ANTOLOGÍA DE TESTIMONIOS DE PRECURSORES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

THE WORK OF THE MEXICAN JUNTA

MISS ANDREA VILLARREAL GONZALES

RICARDO FLORES MAGON

MINAR



CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA





ANTOLOGÍA DE TESTIMONIOS DE PRECURSORES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

ANTOLOGÍA DE TESTIMONIOS DE PRECURSORES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Edición de Diego Flores Magón



CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA







DR © LXIV LEGISLATURA
DE LA H. CÁMARA DE DIPUTADOS
Av. Congreso de la Unión Núm. 66
Edificio E, Planta Baja
Col. El Parque, Venustiano Carranza,
Ciudad de México
Tel. 50360000 ext. 51091 y 51092
www.diputados.gob.mx

DR © CENTRO DOCUMENTAL
FLORES MAGÓN AC
Casa del Ahuizote
República de Colombia, 42
Centro Histórico, Alcaldía
Cuauhtémoc, CP 06000,
Ciudad de México

PRIMERA EDICIÓN, 2019

Formación y cuidado
Casa del Ahuizote

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.
Antología de testimonios de precursores de la revolución mexicana se terminó de imprimir en agosto de 2019 en los talleres de Offset Rebosán SA de CV, Acueducto 115, Huipulco, Tlalpan, Ciudad de México.

ÍNDICE

FIGURAS

NOTA DEL EDITOR

Diego Flores Magón

Se presenta aquí una colección de testimonios de militantes del movimiento revolucionario del Partido Liberal Mexicano, que se integró políticamente en 1901, y sostuvo actividades revolucionarias hasta 1911. El conjunto de lecturas compone un panorama que hace justicia a la complejidad, diversidad y extensión del primer movimiento revolucionario del siglo xx en México. Con Ricardo Flores Magón a la cabeza del mismo, a partir de 1905, se constituyó también como la única corriente de la Revolución mexicana que postuló la subversión del capitalismo. La igualdad política es irrelevante sin la justicia económica. Todos tenemos derecho a la felicidad.

El libro abre con un extenso ensayo de Enrique Flores Magón donde hace un balance del movimiento y la Revolución mexicana. A continuación, siguen algunos relatos centrados en alguno de los múltiples levantamientos armados del movimiento. La segunda parte se centra en figuras específicas. La selección de los textos

siguió la regla de la primera mano: se trata del actor de los hechos que habla, del militante que evoca al compañero o correligionario, o del periodista que relata los hechos a partir de entrevistas. Más de la mitad de estos textos se publican por primera vez en forma de libro, y casi todos salen del archivo de Enrique Flores Magón, que custodia La Casa del Ahuizote.

Este trabajo es fruto de la colaboración. Hugo Sánchez Mavil, archivista histórico de La Casa, puso sobre la mesa resmas de materiales para iniciar el trabajo: la materia prima. Emiliano Canseco Preciado aportó ides e informaciones valiosas para la consideración de algunos de los documentos incluidos. Iraní Larios, Christopher Pérez, Sharon Terán, ÉrikaMosqueda, Magnolia Paz y Mayela Illezcas, servicios sociales, voluntarios y amigos de La Casa del Ahuizote apoyaron con la transcrcipción de documentos.

El editor quiere significar especialmente su agradecimiento a Tita Valencia. Hace algunos meses, Tita donó a La Casa una parte de los materiales, libros, copias de documentos, transcripciones y otros apuntes que recabó, elaboró y conservó amorosamente durante años, como estudiosa, como militante, en realidad, del Partido Liberal Mexicano y su voz profunda, poética, es decir revolucionaria, desesperada e indispensable. El extenso reportaje del *Demócrata* que se publica en segundo término emergió de esas cajas, que seguirán descubriendo primores. La Casa se encargará de socializarlos. La familia del gran historiador José C. Valadés, por conducto de la Dra. Patricia Galeana, autorizó la reproducción de los reportajes extraordinarios de don José que figuran aquí, y que son parte sustantiva de la obra. Compartimos la causa de difundir el magnífico legado de este gran hombre de letras. Finalmente, la existencia de este libro se debe al interés y apoyo del Diputado Hirepan Maya, Coordinador del Órgano Técnico del Consejo Editorial de La Cámara de Diputados.

LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS

Enrique Flores Magón

Notas breves de un viejo revolucionario en defensa del Partido Liberal Mexicano, iniciador de la Revolución Social Mexicana. No es cierto que Francisco I. Madero hiciera la Revolución. Tampoco es cierto que la revolución no tuviera ideales sino hasta que el señor Madero se los dio, como dice el señor Sánchez Azcona.

Por vía de introducción

Muy a pesar mío y sólo forzado por las citas directas que en esta sección de *El Gráfico* matutino se han hecho últimamente del Partido Liberal Mexicano, de mi extinto hermano Ricardo y de mí mismo, me veo obligado a hacer, aunque ligeramente, algunas observaciones. Mientras que en esta sección no se trató de hacer historia de la Revolución Social Mexicana en general, sino solamente del movimiento maderista, por viejos escritores de esa

filiación, como *Rip Rip* y don Juan Sánchez Azcona, no me creí autorizado a intervenir en ello, aunque este último señor, inspirado, quizás, por su sectarismo, en varias ocasiones ha insinuado que sin Madero no hubiera habido Revolución y aun ha afirmado que esta no tuvo ideales antes de que don Francisco I. Madero se los inyectara.

Atareado como estoy en la lucha diaria por la existencia, no deseaba perder tiempo en rectificaciones sobre hechos que son públicos y notorios, teniendo la seguridad de que el historiador imparcial que, andando el tiempo y cuando del rescoldo sectario no queden ni las cenizas, escriba la historia de esta gran epopeya popular, sabrá distinguir hechos de apasionamientos. El historiador sabrá que "cada ciego alaba su bordoncito" y que todos los seres humanos tenemos la debilidad de ver con cristales de aumento nuestros propios méritos y con microscopio los ajenos.

Deseaba, repito, dejar que los maderistas describieran su lado de la Revolución a su manera, pero ahora que Luis Manuel Rojas se hace eco de antiguos cargos en contra de Ricardo y mía, por nuestra actuación en Baja California, principalmente, lanzados entonces por viejos reaccionarios "científicos" y por algunos maderistas y carrancistas de mala fe, para restarnos simpatías en aquella época en que nuestra actuación revolucionaria fue una amenaza efectiva a las aspiraciones bastardas de muchos revolucionarios de pega, que entraron al movimiento como pescadores en río revuelto, y un motivo de rencor para los vencidos, me veo precisado a hablar.

Y aprovecho la oportunidad para, de paso, fijar algunos hechos, aunque sea a la ligera, mientras tanto. Más tarde, cuando la casualidad haga que mi difícil situación presente cambie un tanto y me permita el lujo de holgar un poco, escribiré mis memorias en las que, naturalmente, describiré nuestra lucha. En la palabra "nuestra" englobo los esfuerzos y sacrificios de nuestros camaradas del

Partido Liberal Mexicano, los de Ricardo y los míos, encaminados a derrocar la secular dictadura de Porfirio Díaz, a orientar a las masas irredentas hacia su emancipación completa y hacer este país de esclavos uno de hombres libres y felices.

No se me oculta que pudimos haber cometido errores. "Errar es de humanos". Pero sí espero que aun nuestros enemigos honrados reconozcan que todos nuestros actos tuvieron por norma buena fe y honradez, ya que ninguno de nosotros sacamos de la Revolución riquezas ni prendas, aunque pudimos hacerlo, puesto que hubo épocas en las que fuimos los factores más importantes de la Revolución; dicho todo eso sin falsas modestias, siempre dimos; nunca tomamos. Me limito, pues, mientras tanto, a glosar de memoria y muy a la ligera algunos hechos que sirvan al objeto de estas notas.

El Partido Liberal Mexicano arroja el guante al gran tirano

Casi por demás está decir que el Partido Liberal Mexicano es de ilustre abolengo, ya que supieron darle lustre nuestros grandes hombres como Benito Juárez, Melchor Ocampo y toda esa pléyade de luminarias de nuestra historia y orgullo de nuestra raza india. En toda lucha por nuestras libertades, el Partido Liberal Mexicano supo estar en los puestos de avanzada, esforzado y denodado, siempre abriendo brecha hacia el porvenir.

De ahí que, en agosto de 1900, un grupo de descontentos con las condiciones existentes, y, sobre todo, con el predominio que había adquirido la Iglesia, lanzó un Manifiesto exhortando a todos los anticlericales a unirse e instaló en San Luis Potosí el Club Ponciano Arriaga, y tomó como bandera la del Partido Liberal Mexicano. El llamado de los iniciadores dio pronto fruto: como hongos, nacieron casi de la noche a la mañana clubes liberales por toda la República, con lo que se hizo posible un congreso de ellos, el 5 de febrero de 1901.

A ese Congreso Liberal fue Ricardo, como delegado de *Regeneración*, que fundado por mi hermano Jesús y Antonio Horcasitas en 1900, mes de agosto, pronto tomó una actitud de franca oposición al gobierno de Porfirio Díaz. Antonio se había separado ya y su lugar lo ocupó Ricardo, figurando como director al lado de Jesús en dicho semanario. Yo ayudaba ahí en la administración, en horas libres.

La presencia de Ricardo en el seno del Congreso Liberal dio una orientación abiertamente antiporfirista a este, pues Ricardo hizo comprender a los congresistas que si el clero era fuerte, se debía a que Porfirio Díaz lo apoyaba y que contra la causa y no el efecto, había que enderezar los ataques. Dos meses después, Jesús y Ricardo cayeron presos.

A ese nuevo giro de la lucha del naciente Partido Liberal Mexicano se debió la persecución desatada en contra de los clubes liberales. Tocó la gloria a Heriberto Barrón, de originar la destrucción de la matriz en San Luis Potosí, armando escándalo en una de sus sesiones el 24 de enero de 1902, lo que dio pretexto a la tiranía para aherrojar en las ergástulas porfirianas a Camilo Arriaga, Juan Sarabia, Librado Rivera y otros.

En abril de 1902, salieron de Belén Jesús y Ricardo, muerta ya nuestra inolvidable madrecita mientras ellos estaban presos, y en julio del mismo año Ricardo arrendó de don Daniel Cabrera *El Hijo del Ahuizote*, que por las enfermedades penosas de don Daniel moría ya por falta de la atención personal de aquel aguerrido luchador, injustamente relegado al olvido. A su ejemplo y al de nuestro padre, debimos en mucho nuestro sentir antiporfirista. Al menos, por mi parte.

Yo colaboré con Ricardo en *El Hijo del Ahuizote*, cayendo ambos presos a los dos meses en Santiago Tlatelolco, donde con nuestro carácter brioso hicimos pasar algunos malos ratos a nuestro juez, don Telésforo A. Ocampo, aunque él presumía tener "mano de hierro",

en su inexperiencia de muchacho recién salido de las aulas. Fue entonces cuando se nos reunieron Juan Sarabia y Librado Rivera, al quedar libres en San, Luis Potosí, y después nuestro malogrado Santiago de la Hoz, muchacho de precoz inteligencia y luchador de empuje, lleno del fuego de la bella tierra jarocha.

En febrero de 1903, salimos libres de Santiago Tlatelolco Ricardo, Evaristo Guillén y Federico Fernández, que por ser empleados del periódico también cayeron, y yo. Hay que advertir que *El Hijo del Ahuizote* no suspendió su publicación por nuestro arresto; desde nuestras "cartucheras" en la prisión militar estuvimos escribiendo para él.

Libres ya, multiplicamos nuestra actividad con la eficiente ayuda de Juan Sarabia y Santiago de la Hoz, en la redacción del periódico, y con la de Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama y Librado Rivera y otros trabajos de reorganización del antiguo Club Ponciano Arriaga de San Luis, en la Ciudad de México, y la instalación del club Redención, al cual dimos como órgano nuestro periódico *Excélsior*, en el que colaboramos los redactores de *El Hijo del Ahuizote* y, además, Alfonso Cravioto, Santiago R. de la Vega y otros que por el momento no recuerdo. Además, una manifestación porfirista que se pretendió efectuar el 2 de abril de ese año, la convertimos en contramanifestación, y ello dio por resultado que en 11 del mismo ya estuviéramos en Belén Ricardo, Juan Sarabia, Alfonso Cravioto, Santiago R. de la Vega y yo, y que después entraran más de 46 personas al mismo Belén, entre ellos hasta el barrendero de la oficina y los papeleritos voceadores de nuestros periódicos. Diversas plantas de imprenta que teníamos sembradas en varios barrios de la ciudad fueron cayendo unas tras otras por orden de Díaz, en su afán de matar a *El Hijo del Ahuizote*, que seguía siendo publicado, escrito por nosotros desde el fondo de nuestras bartolinas y a pesar de que se nos tenía rigurosamente incomunicados, tanto que ni nuestros defensores podían vernos.

Se nos amenazó de muerte, se nos arrojó a las bartolinas de abajo, las más hediondas y malsanas, se nos maltrató hasta donde más no se podía… Y *El Hijo del Ahuizote* continuó saliendo a la luz pública con toda regularidad, aunque ya todas sus imprentas habían sido confiscadas, quedaron hechas montón en la Ciudadela, y el tipo de imprenta fue convertido en balas. Después de servir para luchar por la Libertad, ¡quedó convertido en instrumento de sostén de la tiranía!

Agotados todos los recursos para callarnos, Díaz fulminó por conducto de sus tribunales corrompidos su ucase del 9 de junio de 1903, prohibiendo la publicación y circulación de cualquier periódico que fuera escrito por nosotros. Y ante la amenaza del rayo de Júpiter, nadie se atrevió ya a imprimir nuestros periódicos, ni a precios altos. Cuando *El Hijo del Ahuizote* murió, tenía un tiraje de 24 000 ejemplares.

Preparativos revolucionarios y el exilio de los iniciadores a Estados Unidos

En tales condiciones, quedamos libres en noviembre de 1903 y sumidos en la más negra miseria. Después del ucase porfiriano de 9 de junio de 1903, Ricardo, Juan Sarabia y yo, fuera ya de las bartolinas oscuras, hediondas, húmedas y malsanas, gracias a los esfuerzos de Jesús, que era nuestro defensor, y ya en las galeras, planeamos para el futuro las diferentes etapas de la lucha a seguir.

Teníamos amigos y simpatizadores en todas las esferas sociales; y por diferentes conductos, confirmando unas noticias a las otras, supimos que el Tirano había dado órdenes de que "nos diesen agua", que en la jerga porfiriana era orden de muerte. Esa circunstancia y la de que no podíamos publicar periódico en México, nos decidió a irnos a Estados Unidos, llamado pomposamente "Patria de la libertad y de los bravos". Y ahí encontramos peor calvario que en

México. La única ventaja que hallamos fue poder publicar nuestro periódico *Regeneración*, aunque estando siempre al margen de la Ley.

Llegamos a Laredo, Texas, el 3 de enero de 1904, y después de pasar miles de dificultades y de matarnos de hambre materialmente, logramos hacernos de una pequeña imprenta, en la que nosotros mismos trabajamos; y el 4 de octubre de 1904 reapareció *Regeneración*, en San Antonio, Texas.

Asesinos enviados por Díaz y por Bernardo Reyes, según confesión de aquellos, llegaron a San Antonio; uno de ellos asaltó dentro de nuestro mismo domicilio y daga en mano, a Manuel Sarabia, primo de Juan; intervine, y pronto di con aquel hombre de cabeza en la calle. Fui arrestado y aunque probé que el hombre allanó mi morada y asaltó a mano armada a mi amigo, y que lo único que hice fue darle un bofetón que lo arrojó de cabeza hasta la calle, fui sentenciado a tres meses de cárcel, 75 dólares de multa y a pagar gastos y costos del juicio. Otros asesinos llegaron.

Decidimos marcharnos a San Luis, Misuri, don Francisco I. Madero, que aunque Barrón no lo crea, era uno de nuestros partidarios, y mi hermano Jesús, nos facilitaron el dinero suficiente para ese traslado, en febrero de 1905. Madero fue miembro del Partido Liberal Mexicano desde luego.

El 28 de septiembre de 1905 y en San Luis, Misuri, y por indicación de nuestros mismos partidarios, nos constituimos en Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. Los elementos sanos y rebeldes de aquella época, representando todas las capas sociales y todos los matices de descontentos con la dictadura de Porfirio Díaz, llegaron a nosotros inmediatamente, afiliándose al Partido Liberal Mexicano.

Y aunque don Heriberto Barrón lo niega *a priori*, don Francisco I. Madero fue uno de los primeros en afiliarse al Partido Liberal Mexicano y en recibir su credencial que le expedimos, acreditándolo

como miembro de dicho partido. Esto parece una aberración tremenda a don Heriberto, pero fue un hecho. Don Pancho mostró a muchos liberales esa credencial y no es difícil que aún existan viejos amigos que la hayan visto en su poder.

No veo motivo para que don Heriberto halle increíble que don Francisco I. Madero fuera miembro del Partido Liberal Mexicano; por ende, que fuera uno de los que nos seguían en la lucha en esa época, en la cual nosotros éramos reconocidos como jefes y directores del movimiento de oposición a la dictadura porfiriana, ya que habíamos sido lo bastante atrevidos para ponerle el cascabel al gato.

Todos los miembros del Partido Liberal Mexicano, entre ellos Madero, reconocieron y aceptaron nuestro periódico *Regeneración*, al que hacían propaganda activa entre todas las clases sociales en toda la República Mexicana, en todos los estados del sur de la Unión Norteamericana y en todas las demás poblaciones de ese país donde había núcleos de mexicanos.

Regeneración llegó a tener un tiraje semanario de 28 000 ejemplares, cuyo tiro en aquel entonces, para un periódico de su índole, era enorme. Además, era leído entre los peones en corrillos, por aquel de ellos que sabía leer, mientras que los demás escuchaban atentamente, lo que hacía que su influencia llegara a un número mayor en millares de personas que los que tenía de tiro.

Por último, si don Heriberto Barrón quiere convencerse más de que don Francisco I. Madero era partidario nuestro, le ruego que lea las cartas que a este señor escribía don Francisco, padre, y que han sido publicadas en esta sección por don Juan Sánchez Azcona, en las cuales el padre recomendaba al hijo que dejara de tener contacto con los Flores Magón. El viejo amigo de Limantour no podía ver con buenos ojos que su hijo tuviera buena amistad con aquellos que desde México venían atacando rudamente a su buen amigo don Pepe, y que hasta fuera partidario de ellos. Porque,

aunque don Heriberto diga que no, quienes tengan las colecciones de *El Hijo del Ahuizote* y de *Regeneración*, o deseen verlas en nuestra Biblioteca Nacional, se convencerán de que don José Ives Limantour fue atacado por nosotros tan rudamente como lo fue Bernardo Reyes.

Si al hacernos cargo de *El Hijo del Ahuizote* dimos la preferencia a don Bernardo Reyes en nuestros ataques, fue porque entonces él era más temible que Limantour. Don José Ives Limantour preparaba el terreno para el futuro y, así, nos daba amplio tiempo para destruir su labor paciente; que don Bernardo Reyes buscaba un inmediato cuartelazo en toda la República, para apoderarse de la célebre "matona" de don Porfirio, sirviéndose para ello de la segunda reserva, que estaba a sus órdenes directas, armada, pertrechada y disciplinada, y cuyo número de hombres era unas cuatro veces mayor del total de los que componían al ejército federal. Una vez que, gracias a nuestra campaña, Porfirio Díaz vio el peligro y disolvió a la segunda reserva y despidió a Reyes para su ínsula regiomontana, volvimos nuestros cañones en contra de los "científicos".

Nuestra lucha no fue una de gritos y sombrerazos sin ton ni son. Cada paso que dábamos obedecía a un plan preconcebido y madurado. Quien obra alocadamente no deja huella; y nosotros logramos no solo dejar huella, sino abrir brecha.

Nuestros esfuerzos no han dado todo el fruto deseado; nos vimos obligados a sembrar un "poquito" antes de tiempo. Pero abrimos brecha porque logramos voltear el surco y sembrar la semilla, que ha prendido ya. Andando el tiempo, cuando esté "madura", aquella dará sus frutos. Tenemos la honda satisfacción de que hemos contribuido a la felicidad del Hombre del Futuro. Eso nos basta.

El primer brote revolucionario: la huelga de Cananea

Aunque nuestros planes eran absolutamente secretos, no escapó a la perspicacia de Porfirio Díaz, al ver que nos instalábamos como Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, el verdadero objeto de tal paso; se apresuró a entorpecer y eliminarnos en definitiva.

Con tal objeto, envió a San Luis, Misuri, a uno de sus corifeos, un tal Manuel Esperón y de la Flor, a perseguirnos, y dio instrucciones confidenciales a su Cónsul en aquella ciudad. Y el 12 de octubre de 1905 fuimos arrestados Ricardo, Juan Sarabia y yo, acusados de difamación y, a la usanza porfiriana, se saquearon nuestras oficinas; nuestros muebles y nuestra imprenta fueron decomisados y rematados. Hicieron limpia general; hasta los pedacitos de papel y de lápices se llevaron. Pero *Regeneración* continuó publicándose, para desesperación del Tirano.

Andando los meses, logramos salir libres bajo fianza; y pronto seguimos en el desarrollo de nuestros planes. El campo estaba ya preparado para la obra de conspiración. Ricardo y yo, escogíamos las cartas de los amigos más entusiastas y los trabajábamos diplomáticamente hasta hacerlos caer en el terreno deseado, según el grado de entusiasmo y decisión presentado por cada uno de ellos.

Uno de los primeros grupos de conspiradores que tuvimos fue el de Cananea, Sonora, que se distinguía por su bello espíritu rebelde y consciente. Y a ese grupo tocó la gloria de ser el primero en dar la nota heroica de la Revolución Social que estaba en gestación.

A fines de mayo de 1906, cansados los obreros y empleados de la Green Consolidated Mining Company de la explotación despiadada de que eran objeto y de las vejaciones de que se les hacía víctimas, se declararon en huelga, demandando justamente mejores salarios y más humano tratamiento. El coronel Green en persona, al frente de las tropas, abrió fuego sobre los pacíficos

e inermes huelguistas, asesinándolos en masa. Ante ataque tan felón, los huelguistas se defendieron con las armas que primero hallaron: escasísimos rifles, algunos revólveres, cuchillos y piedras, a la vez que prendieron fuego a los almacenes. Fue una refriega dura, una resistencia heroica, en la que hubo muertos y heridos numerosos por ambos bandos y en la que Green estuvo a punto de caer prisionero de los huelguistas, que se batieron como leones.

En la madrugada del 1 de junio de 1906, una vez vencidos los huelguistas por la superioridad de armamento de los esbirros, fueron arrestados los primeros líderes de los huelguistas, que más tarde ganaron el grado de generales: Esteban B. Calderón, Manuel M. Diéguez y Juan José Ríos, que actualmente es jefe del Departamento de Establecimientos Fabriles y Militares, y otros, quienes fueron a pagar su osadía sepultándoles en las fatídicas "tinajas" de San Juan de Ulúa, de donde, después de largos años de suplicios dantescos, supieron salir con sus espíritus enteros y entraron desde luego a combatir en las filas revolucionarias.

Ríos, Calderón, Diéguez y la gran mayoría de los huelguistas de Cananea, eran miembros de la Unión Liberal Humanidad y, a la vez, estaban afiliados al Partido Liberal Mexicano. A esa Unión también pertenecían los que formaban nuestro grupo de conspiradores en dicho mineral, quienes habían elegido como jefes a Diéguez y a Calderón.

Los prerrevolucionarios emigran hacia Canadá

La persecución en nuestra contra arreciaba en San Luis, Misuri. Libres bajo fianza, como estábamos, fuimos objeto de nuevos complots para silenciarnos, porque *Regeneración* seguía fulminando sus anatemas en contra del Dictador e inyectando energía entre sus esclavos. Amigos que teníamos en el consulado nos pusieron sobre aviso acerca de las nuevas instrucciones recibidas de Porfirio

Díaz, en el sentido de que sigilosamente se nos plagiara y se nos llevara violentamente a México, para ahí quitarnos de en medio para siempre. Hechos posteriores demostraron ser factible el plan y cierta la noticia: Librado Rivera, quien quedó encargado de la marcha administrativa del periódico, fue plagiado y encaminado a México, salvándose milagrosamente gracias a la ayuda que periodistas amigos norteamericanos prestaron, haciendo público el atentado y demandando que Rivera fuera vuelto a la ciudad de San Luis, Misuri. A Rivera le dijeron los esbirros que ahí Porfirio hiciera "un trabajo corto" con él; es decir, en jerga norteamericana, que lo asesinaran.

Buscando mayor seguridad y facilidad para proseguir nuestros trabajos, Ricardo, Juan Sarabia y yo, después de pagar a nuestros fiadores el valor de nuestras fianzas, nos fugamos para Canadá, yéndonos a establecer a la ciudad de Toronto, Provincia de Ontario.

Hasta allá nos fueron a alcanzar los esbirros, azuzados por las buenas primas que por nuestra captura pagaba el Tirano, teniendo que irnos más al norte a la ciudad de Montreal, Provincia de Quebec, hasta donde, también, nos fueron a seguir los esbirros anglosajones a salario con Porfirio Díaz.

Programa del Partido Liberal Mexicano puesto a discusión antes de promulgarlo

Antes de salir de San Luis, llevamos a cabo otro de los puntos de nuestro plan de acción: formulamos un programa que sirviera de bandera a nuestro Partido. La redacción de ese programa fue encomendada a Juan Sarabia, después de que los miembros de la Junta hubimos discutido y aprobado todos los puntos, decidiendo publicarlos en forma de proyecto y ponerlo a discusión de todos los miembros del Partido.

El 1 de julio de 1906, después de haber sido ampliamente discutido el proyecto citado por todos los miembros del Partido, durante

los seis meses anteriores, y de haber quedado aprobado en definitiva por ellos, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano promulgó oficialmente el programa de dicho Partido, cuyo original fue calzado por las firmas de los miembros de la mencionada junta, a saber: Ricardo Flores Magón, presidente; Juan Sarabia, vicepresidente; Antonio I. Villarreal, secretario; Enrique Flores Magón, tesorero; y Librado Rivera, Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante, vocales.

Los principales postulados enunciados en ese programa eran: Reducción del período presidencial a cuatro años y SUPRESIÓN DE LA REELECCIÓN para el presidente y los gobernadores de estado; supresión del servicio militar obligatorio y establecimiento de la guardia nacional; establecimiento de la responsabilidad de los funcionarios públicos y penas severas a los que delincan; supresión de los tribunales militares en tiempo de paz; fomento de la instrucción pública; enseñanza laica; clausura de las escuelas del clero; ley de cultos, etcétera, etcétera. En cuestión social obrera proponía: la jornada de ocho horas; salario mínimo; descanso dominical; protección a la infancia; higiene en los talleres; abolición de las deudas de los campesinos para con los amos, etcétera, etcétera. En lo que respecta a la CUESTIÓN AGRARIA se decía textualmente: "Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que posean; cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva, la recobrará el estado y la empleará conforme a los artículos siguientes: A los mexicanos residentes en el extranjero que lo soliciten, los repatriará el gobierno, pagándoles gastos de viaje y les proporcionará tierras para su cultivo. El estado dará tierras a quienquiera que las solicite, sin más condición que dedicarlas a la producción agrícola y no venderlas.

Llamó la atención del señor Sánchez Azcona sobre el hecho, como se desprende de los dos párrafos anteriores, de que cuatro

años antes de que don Francisco I. Madero decidiera dar vida y encabezar al Partido Antirreeleccionista y de que, como dice don Juan, le diera ideas a la Revolución, las había dado ya el Partido Liberal Mexicano. La bandera de NO REELECCIÓN dada por su Pancho como el *summum* de las aspiraciones de su partido, había sido ya enunciada también, por el Partido Liberal Mexicano, cuatro años antes.

Organizando los primeros grupos armados de revolucionarios

Una vez que tuvimos propaganda, aceptado como bandera a seguir por todos los miembros del Partido Liberal Mexicano, tuvimos mayor facilidad para desarrollar nuestros trabajos de conspiración, teniendo a organizar el mayor número de grupos armados posible en toda la República.

Ricardo, Juan Sarabia y yo tomamos a nuestro cargo esa organización. La tarea de descubrir hombres decididos a empuñar las armas se nos hizo más fácil porque hicimos una especie de circular que copiábamos para cada quien individualmente, para que pareciera carta personal, y en la que formulábamos esta pregunta: "Ahora que tenemos ya un programa por el cual regirnos, ¿qué manera nos sugiere usted para implantarlo y llevarlo a la práctica?". Y como por vía de comentarios ociosos hacíamos notar que bajo la férula porfiriana no había libertad política alguna, etcétera, y que era preciso buscar la manera de cambiar tales condiciones bochornosas para un pueblo aguerrido en las luchas por su libertad. Naturalmente, muchos partidarios contestaron que sólo por medio de las armas podría llegarse al fin deseado. ¡Esos eran los elegidos!

Y así logramos organizar 42 grupos de hombres de corazón bien puesto, decididos a todo y diseminados por toda la República. De esos 42 grupos, 30 y tantos quedaron bien armados, montados y pertrechados. Nuestros fondos no alcanzaban para armar y equipar

a todos nuestros grupos, ya que nuestros gastos de propaganda eran enormes.

Regeneración no tenía el privilegio de ser considerado como artículo de segunda clase en las oficinas postales norteamericanas desde octubre de 1905, lo que nos obligaba a distribuir nuestros 28 000 ejemplares de tiro bajo de sobre, como artículo de primera clase, es decir, como cartas; sólo ese concepto nuestros gastos montaban a una suma gruesa de dinero cada semana. Por otra parte, como el espionaje en México era grande, para decomisar nuestro periódico por órdenes de Díaz, nos veíamos precisados a enviar sacos enteros de periódicos por *express* a distintas ciudades de diferentes estados de aquel país, para que nuestros periódicos bajo sobre, llegaran a México como correspondencia de lugares lejanos al de la residencia del periódico.

Finalmente, nuestra correspondencia no bajaba de unas 200 y más cartas dirigidas, amén de miles de circulares, folletos, hojas sueltas, etcétera, etcétera, que expedíamos muy frecuentemente, para levantar y sostener el espíritu de rebeldía entre nuestros hermanos de raza con nuestra literatura en español, y para preparar en Estados Unidos un movimiento anti intervencionista, con nuestra literatura en inglés.

Esto último dio resultados magníficos en varias ocasiones, principalmente cuando Pershing aparentaba venir persiguiendo a Villa y cuyo movimiento no era más que el principio de la intervención armada norteamericana. Pero, como el relato de ese incidente no sirve para el objeto de estas brevísimas notas, lo dejo para que forme parte de mis memorias. Solamente diré que logramos formar en Estados Unidos un bloque compuesto por las facciones liberales, unionistas, sindicalistas, socialistas y anarquistas, que unidas se cuentan por millones, que cada vez que el caso lo requería, entorpecía las ambiciones imperialistas yanquis. Cuando el caso

de Columbus y que Pershing pasó a México, logramos excitar tanto a nuestros amigos de allende el Bravo, que la mayoría de sus periódicos llegaron a publicar artículos con enormes encabezados, proclamando que antes que la intervención armada norteamericana en México, preferían la revolución en Estados Unidos. Eso contuvo la mano de los imperialistas.

El primer levantamiento armado en la Ciudad de México

Nuestros 42 grupos armados se hallaban diseminados por toda la extensión de la República Mexicana, hasta las remotas regiones de Yucatán.

En vista de nuestra imposibilidad de armarlos a todos perfectamente y para impedir que se enfriaran los ánimos, decidimos dar el golpe que, aun fracasando, serviría en mucho para que con el sacudimiento que originara, despertara de su marasmo a las grandes masas esclavas, a quienes había que dar ejemplo de audacia.

Ricardo, Juan Sarabia y yo estábamos en Montreal, Quebec, Canadá. Nuestros fondos eran escasos; los esbirros estadounidenses y canadienses acababan de descubrir que estábamos en Montreal y nos interceptaban la correspondencia; ante el peligro de caer presos cuando había llegado la hora de obrar, nos decidió a movernos antes de pedir auxilio monetario a Rivera, que estaba al frente de *Regeneración* en San Luis; auxilio que era problemático que nos llegara a tiempo, dado el espionaje.

Decidimos movernos; pero no contando con dinero suficiente más que para dos pasajes, echamos suertes: Ricardo y Juan ganaron y se vinieron a El Paso el 2 de septiembre de 1906, a dirigir los últimos preparativos para el levantamiento, señalando ya para verificarse el 23 del mismo mes, y para alistarse al ataque sobre Ciudad Juárez. Yo quedé en aquel lejano país, sin recursos; al día siguiente ya estaba yo trabajando como simple jornalero, batiendo cemento a punta

de pala y envidiando a mis hermanos que, llenos de esperanzas y decisión, iban a tomar parte activa en la lucha armada.

Hasta allá llegó, por *La patria*, periódico francés canadiense publicado en Montreal, la noticia del levantamiento y sentí honda, hondísima satisfacción y alegría, aunque sin conocer detalles, pues Librado Rivera había caído ya preso en San Luis y mis cartas a otros amigos no llegaban a su destino. A la vez, se me acosó en Montreal y tuve que recurrir a miles de argucias para eludir ser arrestado.

La máquina de la tiranía porfiriana estaba bien engrasada, fuerte y eficiente. En sí era ya una institución secular, bien cimentada y ordenada hasta en sus últimos detalles. Razón había para que los moderados, los sensatos, nos llamaran locos, pues consideraban que Porfirio Díaz era invulnerable y nadie podría derrocarlo. Por otra parte, atacar a Porfirio Díaz en aquellos tiempos era algo así como un sacrilegio. Díaz dominaba física y moralmente.

Y debido a su espionaje bien organizado, nuestro primer intento fracasó. Nuestros planes fueron descubiertos en parte por los espías y también por la traición. Nuestros principales camaradas cayeron presos en las "tinajas" de San Juan de Ulúa y demás presidios de la dictadura, y muchos otros quedaron en las encrucijadas de los caminos, acribillados por las balas de la tiranía, bajo el peso de la "ley fuga."

Todo quedó perdido. Solamente dos grupos pudieron escapar del desastre y entrar en acción. Fueron el de Acayucan y el de Jiménez, cuyos grupos fueron pronto aplastados por los soldados de la tiranía al quedar aislados. Entre los de Acayucan figuró el hoy coronel Cándido Donato Padua y el guerrillero Santana Rodríguez, alias "Santanón," al que la prensa vendida de aquella época, encabezada por *El Imparcial*, denigró tanto, haciéndolo aparecer como un bandido, por el simple hecho de haberse remontado a la sierra con su guerrilla y sosteniéndose ahí por varios años, hasta que cayó

al intentar rescatar de los federales a una partida de yaquis que Díaz enviaba a Yucatán a ser vendidos en 200 pesos por cabeza.

Persecuciones desenfrenadas y nuestras cabezas puestas a precio

Aquel desastre fue seguido por un espantoso reinado de terror. Los encarcelamientos y asesinatos estuvieron a la orden del día por largo tiempo, hasta que el Tirano creyó escarmentados a sus enemigos, si no aniquilados por completo. Pero cada nuevo atentado acortaba más y más los días de la dictadura. Por cada compañero que caía surgían cientos de descontentos. El martirio de aquellos precursores no fue inútil.

Por cerca de once meses quedé completamente desconectado de todos los compañeros y acosado por los esbirros de México, Estados Unidos y Canadá, que hacían insostenible mi estancia en Montreal y donde tenía yo que esperar comunicación que me revelara dónde andaban Ricardo y demás miembros de la Junta que habían logrado salvarse. Salí de Montreal huyendo de los esbirros más de una vez, pero siempre volviendo a esa ciudad a buscar noticias; así recorrí casi todo Canadá, trayendo a la policía tras de mí y cambiando siempre de oficio, nombre, nacionalidad, idioma y aspecto físico; hablaba yo entonces inglés, francés, patuá francés, canadiense, italiano y portugués, a más de nuestro idioma; además, era maestro tipógrafo, encuadernador, tapicero, prensista y carpintero de banco. Más tarde dominé otros oficios, como carpintería, mecánica; manufactura de piedras artificiales de cemento artístico, como vasos, jarrones, balaustradas, remates, etcétera, y horticultura, y fui oficial y medio oficial en otros diferentes oficios. Por otra parte, nunca le hice asco al pico y a la pala, al marro y al hacha. Esa diversidad de oficios me permitió burlar a mis enemigos, sin que me pudieran arrestar, hasta 1911, a pesar de que me buscaban como alfiler de oro en pajar, como también

buscaban a los demás camaradas de la Junta, codiciando el premio de 20 000 dólares que el viejo Tirano ofrecía al que entregara a alguno de nosotros, vivo o muerto.

Hasta finales de agosto de 1907 logré ponerme en contacto con los camaradas por conducto de Ricardo, contándome todos los pasos e indicándome dónde los podría encontrar para reunirme con ellos. Tenía yo ahorrados algunos dólares, pero no suficientes para llegar a Los Ángeles, donde se habían refugiado Ricardo, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal.

Burlando la vigilancia de Migración en la frontera canadiense y estadounidense, logré introducirme de contrabando a Estados Unidos, dirigiéndome a Nueva York, para ahí trabajar y completar mi pasaje a Los Ángeles. Tuve la fortuna de que el día siguiente de mi llegada a Nueva York, encontré trabajo como oficial electricista en el edificio de la Singer, entonces en construcción en aquella urbe, donde esperaba trabajar un par de meses, para completar mi pasaje y llevar dinero a los camaradas.

Pero a finales de octubre del mismo año recibí en Nueva York correspondencia participando que Ricardo, Antonio y Librado habían caído presos en Los Ángeles, el 7 de agosto anterior,e inmediatamente emprendí la marcha a esa ciudad, a la que llegué el 7 de noviembre siguiente. Levantando el trabajo abandonado, y formación de nuevos grupos revolucionarios. Considerando que no hay camino más seguro que el que acaban de robar, me fui a Los Ángeles, pero entre los papeles de Ricardo hallaron los esbirros carta mía en la que anunciaba que pronto llegaría a esa ciudad y tendieron sus redes para atraparme. Sin embargo, burlé la red y declarándome a mí mismo formalmente preso, me encerré en un cuarto de la casa habitación de una familia amiga de confianza y no salí de ahí por espacio de ocho meses y medio, hasta el 20 de junio de 1908, que bajé a El Paso a tomar parte en los acontecimientos armados.

Pronto comprendieron los esbirros que yo estaba en Los Ángeles, por la agitación que mi presencia despertó, aunque nadie más que los presos compañeros y otros tres camaradas más, de absoluta confianza, conocían dónde estaba oculto. ¡Cuántas veces vi desde mi ventana a los esbirros rondando mi escondite!

En ese cuarto, del que para nada salía, me entregué a trabajar afanosamente organizando un nuevo levantamiento, a la vez que sostenía la propaganda desde las columnas de *Revolución*, que subsistía temporalmente a *Regeneración* y que nos sirvió para imprimir mayor carácter social al movimiento, para que no degenerara en mera lucha política de "quítate tú para ponerme yo" en contra de Díaz, y asegurar que algo quedara siquiera en beneficio de los trabajadores del campo y de las ciudades al final de la lucha.

Entre los colaboradores de *Revolución* encontré una pluma que me llamó la atención. Tomé informes. Se me dijo que era un joven simpático, inteligente y lleno de fuego, que era minero y llegado de Morenci, Arizona. Pedí que lo llevaran a mi escondite, recordando que en esa población existía en 1906 un grupo activo, consciente y entusiasta, entre los que se distinguían Práxedis G. Guerrero, José Inés Salazar, Cenobio Orozco, Leónides Vázquez y otros.

Me presentaron al joven colaborador. Era Práxedis G. Guerrero, revolucionario de clara inteligencia y voluntad de acero, audaz, discreto, perseverante y optimista. En suma, dotado con todas las cualidades que debe tener un precursor de grandes cataclismos sociales. Encontré además que Práxedis era sincero y sobre todo que poseía la bella cualidad de no tener ambiciones personales, que son otras prendas morales que debe tener todo luchador honrado. Por último, cambiando impresiones e ideas, descubrí que Práxedis era socialista revolucionario, un completo camarada nuestro en ideas.

Después de algunas otras entrevistas en las que acabé de estudiar los dotes personales de mi nuevo amigo, lo propuse a los

compañeros presos, como Secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal, exponiéndoles quién era Práxedis y lo útil que me sería su ayuda; y en enero de 1908, Práxedis entró a formar parte de la Junta, con lo que el trabajo agobiador que tenía yo sobre mis hombros nos lo repartimos, tocando a Práxedis la comisión de organizar a los mexicanos en los estados del sur de Estados Unidos, a cuyo efecto se echó a recorrer dichos estados.

El yaqui Huitimea tenía comprometido a Sibalaume y a su tribu yaqui. Por otra parte, Eugenio Alzalde tomó la tarea de organizar todo el estado de Chihuahua y la entera región lagunera, que pronto quedaron listos casi en masa, igual que Santana Pérez, cacique de los Tarahumaras. Y así, por toda la República, nuestros camaradas se atarearon en formar nuevas guerrillas y en ir llevando ánimo y decisión entre las masas, mientras que yo, desde Los Ángeles, como centro de contacto y organización y propaganda, multiplicaba mis esfuerzos.

A mediados de mayo de 1908 teníamos ya organizados y listos por toda la República, sesenta y cuatro grupos revolucionarios; sin incluir Chihuahua y la región lagunera que contaban con grupos en casi cada población. De ahí vino que en 1910, Chihuahua se convirtió en el baluarte de la Revolución, así como la Región Lagunera; ya habían sido trabajos esos lugares desde 1906 y 1908, en gran escala.

En 20 de mayo de 1908, Francisco Manrique, joven camarada del templo de Práxedis y compañeros de escuela de este desde su niñez, salió de Los Ángeles, California, comisionado para llevar las últimas instrucciones a cada grupo de conspiradores y darles la fecha señalada por nosotros, para que todos a la vez se levantaran en armas por todos los ámbitos del país, de manera de dividir las fuerzas del tirano y poderlas aniquilar a detalle.

De cómo un esbirro hizo fracasar el movimiento

Práxedis y yo decidimos fijar como fecha para el levantamiento el 25 de junio de 1908, en lo que quedaron de acuerdo los compañeros presos; esa fecha dimos a Francisco Manrique, junto con una lista en clave oficial de la Junta, de todos los conjurados que, como he dicho, estaban diseminados por toda la República. Llevó además todas las instrucciones verbales que creímos pertinentes, a más de sus credenciales, firmadas por Práxedis y yo, acreditándolo como nuestro enviado especial. Nos citamos con él para el 24 del mes de junio en El Paso, Texas.

Pancho era muy sagaz y activo, y cumplió con su cometido, recorriendo toda la línea de ida y vuelta, en un mes, tres días. La noche del 24 de junio se presentó a nosotros en El Paso, en el momento en que salíamos Práxedis y yo arrastrándonos entre las yerbas, huyendo de la casa de Prisciliano Silva, invadida por los esbirros mexicanos y norteamericanos.

Exceptuando el estado de Chihuahua y la Región Lagunera que comprende partes de cuatro estados, todos los demás estados tenían cuando menos tres o cuatro grupos conspiradores en otras tantas poblaciones, con 64 jefes y otros tantos subjefes; por ejemplo, en Veracruz, Juan E. Velázquez tenía comprometidos a grupos dispersados en varios pueblos hasta Puebla y Tlaxcala, pero como no teníamos contacto directo con todos los grupos de Velázquez, sino que nos entendíamos con este, a todos esos grupos los considerábamos como un solo grupo.

Para facilitar las operaciones en los campos de batalla, Pancho Manrique llevó instrucciones de dar una lista de todos los jefes y subjefes a cada jefe de grupo para que, en caso de apremio, cada quien supiera por qué lado había refuerzos. Hasta última hora supieron los conjurados los nombres y direcciones de sus compañeros de armas. Esa política se había tomado por la Junta para

evitar posibles indiscreciones, y los nombres no se dieron sino a compañeros de reconocida discreción y de méritos ya probados.

Sin embargo, a última hora, vino el desastre por una indiscreción involuntaria, en la que el compañero que la cometió realmente no tuvo culpa, sino que fue sorprendido en su buena fe, así como por las circunstancias que mediaron.

Porfirio Díaz tenía a su servicio a un tal Ávalos, detective que era verdaderamente un doble de Antonio I. Villarreal; sorprendente era el parecido del esbirro con Antonio y supo sacar partido de esa circunstancia aquel bellaco.

Se llegó a uno de nuestros compañeros que ya había, desgraciadamente, recibido visita de Pancho Manrique; llegó lo más misteriosamente posible, diciendo a nuestro compañero que él era Antonio, que se acababa de escapar del presidio y se había ido a México huyendo de los esbirros, para ahí morir siquiera peleando, ya que se acercaba la hora de obrar, pero que, queriendo ayudar a que pronto llegara la santa hora de levantarse en armas y no sabiendo a quiénes dirigirse porque estando preso ignoraba todos mis trabajos, pedía al compañero que lo pusiera al tanto de todo, para así, también ver cómo me ayudaba en mis labores.

El compañero tenía una fotografía de Villarreal, la comparó con la cara del esbirro y creyó que era el verdadero Villarreal al que tenía ahí en persona y… todo se lo contó, dándole la fecha del levantamiento y los nombres de los jefes y subjefes que acababa de recibir.

Zorro como era el viejo tirano, esperó hasta el último momento para dar el golpe. Caerle de sorpresa al que cree ir a sorprender es desconcertarlo. Porfirio Díaz tendió sus redes y esperó hasta el último momento. En la noche del 23 de junio de 1908, cayó la policía sobre nuestros amigos por toda la República y en la del 24 nos cayeron a Práxedis y a mí en El Paso, en casa de Prisciliano Silva.

Afortunadamente, a fuerza de sufrir persecuciones y correr peligros, habíamos desarrollado un sexto sentido: sentir cuando íbamos a caer en manos enemigas, aun sin ver al enemigo. No puedo explicarme ese fenómeno psicológico, ese presentimiento oportuno que nos salvó cientos de veces, ese malestar que nos venía a poner en guardia en el preciso momento en que íbamos a caer en una trampa de las muchas que nos tendían.

Por una ventana oscura nos dejamos caer al jardín y arrastrándonos entre las yerbas y eludiendo las sombras oscuras de los esbirros que vigilaban los alrededores, nos alejamos de aquella casa en el preciso momento en que era invadida por la policía.

Ahí cayeron nuestras maletas y en la de Práxedis encontraron cartas de Ricardo y mías, y una de Manuel Sarabia, primo de Juan, en la que este usaba alguna clave tan torpemente, que sirvió para traducir las nuestras, que más tarde fueron publicadas en los periódicos de Díaz con el fin de espantar a nuestros compañeros y aislarnos, pues en ellas se dejaba ver lo que habíamos ocultado por tanto tiempo, para no asustar pusilánimes: que éramos socialistas revolucionarios. En aquel entonces, el simple vocablo "socialista" hacía caer de espaldas a la gente.

Solamente cuatro lugares atacados, error nuestro por quijotismo

En la misma casa de Prisciliano Silva cayeron en poder de la policía, la misma noche del 24, 85 carabinas, cincuenta y tantos revólveres, más de 100 bombas de dinamita y varios miles de cartuchos para carabina y para pistola. Eran nuestras armas para atacar Ciudad Juárez. Solamente se salvaron diez rifles, cuatro pistolas, 750 cartuchos para rifle y otro puñado de tiros para pistola, y un saco lleno de bombas de dinamita. ¡Nuestro golpe a Ciudad Juárez había fracasado! Llegaron, además, a nosotros rumores de lo que estaba pasando a nuestros grupos y comprendimos que para levantar el espíritu de nuestros compañeros, era preciso de todo punto atacar a Juárez.

En Casas Grandes, Chihuahua, había un grupo de compañeros en número de 50, armados y montados. Planeamos entonces que una guerrilla que atacara Palomas, Chihuahua, y bajara peinando las rancherías, haciendas y minerales que hallase en su camino a Casas Grandes, podría llegar frente a esa población con unos 100 hombres armados y montados, cuando menos, que podrían atacar esa población y tomarla con ayuda de los 50 que estaban adentro; que haciendo un rápido movimiento de columpio hacia Ciudad Juárez, se podría llegar frente a esa ciudad con no menos de 300 hombres con los reclutados en Casas Grandes, Ciudad Guzmán y rancherías vecinas, y que con esos hombres y los que teníamos dentro de la propia Ciudad Juárez, podríamos atacar ventajosamente a esa ciudad y aun tomarla, antes de que llegaran refuerzos federales.

Contábamos con diez rifles. Se necesitaban, pues, diez hombres que estuvieran dispuestos a entrar a México y a no salir ya, quizás, puesto que la empresa era temeraria. Para dar ánimo a otros, decidimos Práxedis y yo estar en el número de los diez. Además, se nos hacía indecoroso mandar a diez hombres a una muerte segura sin participar de su suerte. No se nos ocurrió que hacíamos más falta en El Paso, como se verá después.

Francisco Manrique, Manuel Banda, José Inés Salazar, Francisco Aguilar, Germán López y otros tres compañeros cuyos nombres escapan a mi memoria al momento, nos acompañaron en la empresa saliendo de El Paso por tierra sobre Columbus, Nuevo México, de donde cortamos hacia Palomas, Chihuahua, que pensábamos tomar por sorpresa. Pero un americano que nos vio, aunque con nuestros rifles cortados en dos y envueltos en sarapes, comprendió nuestras intenciones y desde el lado americano avisó de nuestra proximidad a las autoridades de Palomas. De ahí que, al llegar a Palomas, fuimos informados de que había 45 hombres atrincherados en el cuartel,

esperando nuestra llegada. De todas maneras, atacamos al cuartel, que estaba coronado de cabezas de defensores, y combatimos toda la noche hasta rayar el alba, cuando agotados ya nuestros setenta y cinco cartuchos, que usamos discretamente y que tocaron a cada carabina, tuvimos que retirarnos, internándonos al desierto.

José Inés Salazar, quien más tarde fue general maderista, era nuestro guía y recibió instrucciones de que nos llevara a los ranchos y las haciendas vecinas, para hacernos de nuevos materiales y sangre. Pero José Inés, después de internarnos al desierto, nos abandonó, huyendo a ocultarse a un mineral.

Y en los abrasadores arenales del desierto de Chihuahua nos perdimos. A los cuatro días de vagar, sin alimentos ni agua, la sed enloqueció a los compañeros y cada quien siguió su camino en busca de agua, con las lenguas resecas, inflamadas y jadeantes. La terrible amazona del desierto, la sed, como decía Práxedis, derrotó a nuestra guerrilla.

Frente a Palomas, al pie del cuartel, quedó nuestro Pancho Manrique acribillado a balazos. Otros varios de los nuestros resultaron heridos. No puedo decir cuántos de los defensores de la tiranía cayeron, pero sí que aprovechamos lo mejor posible nuestra escasas municiones. Eran ya pocas las cabezas que coronaban el cuartel cuando nos retiramos.

Tremendas represalias de la dictadura

Tres semanas duramos Práxedis y yo sin separarnos, perdidos en aquellas infernales soledades del desierto chihuahuense, hasta que logramos encontrar la vía del ferrocarril de Corralitos. Y a pie, caminando lentamente porque Práxedis venía herido de bala en el pie derecho, encaminamos nuestros pasos hacia Ciudad Juárez, eludiendo la vigilancia que había ya establecido el tirano y viendo pasar convoyes enteros repletos de soldados destacados en nuestra persecución. Llegamos a El Paso hasta mediados de mayo siguiente.

Encontramos que en el mismo El Paso las persecuciones habían sido tan brutales, que hasta originó que el primer amigo a cuantas puertas tocamos, llevó tal susto al vernos, que con terror en la mirada tartamudeó:

—¡Aquí no! ¡Aquí no, váyanse, no me comprometan! —y prácticamente nos dio con las puertas en las narices. Y ese era uno de nuestros amigos más decididos antes de emprender nuestra jornada. Nos salimos de la ciudad a dormir a orillas de la carretera. Al siguiente día supimos que en Valladolid, Yucatán, se había levantado el grupo encabezado por Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos, pero que en su aislamiento, por falta de apoyo de los otros grupos que fueron destruidos por informes del esbirro Ávalos, habían sido aniquilados, cayendo los tres compañeros citados en poder de las tropas federales; más tarde los fusilaron.

Se nos informó que Viesca, Coahuila, había sido atacada durante la noche del 24 al 25 de junio (1908) y tomada por el grupo de León Ibarra, formado por muchos "jugosos", como decía Ibarra, en vez de aguerridos. Más tarde fueron aplastados, a causa del aislamiento en que quedaron al no poderse levantar los otros grupos. El 3 de agosto de 1910, los que cayeron presos en esa jornada fueron sentenciados como sigue: Lucio Chaires, Juan B. Hernández, Patricio Polendo, Félix Hernández, Gregorio Bedolla, Leandro Rosales, José Hernández, Andrés Vallejo y Julián Cardona, a quince años de presidio; a tres años, Juan Motelongo, y Lorenzo Robledo a veinte años; siendo enviados los once a las tinajas de San Juan de Ulúa. Y a José Lugo se le sentenció a muerte, siendo ejecutado en el acto, sin inmutarse estoicamente.

También se nos dijo que la población de Las Vacas, Coahuila, había sido atacada al amanecer del 26 de junio de 1908 por un grupo de unos 40 camaradas, encabezados por Benjamín Canales, Encarnación Díaz Guerra y Jesús María Rangel. Combatieron

rudamente hasta que, como a nosotros en Palomas, se les acabó el parque. Allí murieron combatiendo por la libertad Benjamín Canales, Pedro Miranda, Modesto G. Ramírez, Juan Maldonado, Emilio Munguía, Antonio Martínez Peña, Pedro Arreola, Manuel V. Velis y otros cuyos nombres se me escapan por el momento. Néstor López, Jesús María Rangel y Encarnación Díaz Guerra regaron con su sangre generosa las calles de Las Vacas, de donde se retiraron heridos y sangrantes, junto con otros camaradas que también resultaron heridos.

Por último, supimos también que pocos días después de habernos ido a atacar Palomas, muchos delegados de todas partes de la República, representando a los grupos cuyos jefes habían caído en manos de los esbirros de Díaz, habían llegado buscándome para pedir nuevas instrucciones para levantarse, pero que en vista de que nada se sabía de mí, todos se habían regresado a sus hogares, creyendo que el fracaso había sido decisivo y que todo había terminado De habernos quedado en El Paso, todos esos grupos se hubieran levantado, aunque algo tardíamente, y la Revolución hubiera prendido desde entonces. De no habernos salido de nuestro papel de directores del movimiento, para tomar el lugar de meros combatientes, habríamos recibido a los delegados y los hubiéramos regresado con instrucciones de que cada grupo se levantara dónde y cómo pudiera. La Revolución hubiera sido un éxito, entonces, tanto porque el terreno estaba ya preparado con el sacudimiento moral que recibió el pueblo con los levantamientos de 1906, como porque las tropas de la dictadura habrían tenido que dividirse y debilitarse, con lo que se habría ganado tiempo para alentar a los tímidos con el ejemplo.

San Juan de Ulúa, la ley fuga y el Valle Nacional

Un nuevo reinado de terror se extendió por todos los confines de la República Mexicana y por los estados del sur de Estados

Unidos. La tiranía, rabiosa, saciaba su sed de sangre sobre nuestros hermanos en ideales. Bien librado salía aquel que solamente daba con sus huesos en las espantosas "tinajas" de San Juan de Ulúa, donde sufrían ya torturas y vejaciones sin fin desde hacía dos años muchos de nuestros mejores compañeros, como Juan Sarabia, César E. Canales, Juan José Ríos, Elfego Lugo, Esteban B. Calderón, Vicente de la Torre, Manuel M. Diéguez y otros, cuyos claros cerebros y espíritus enteros nos hacían tanta falta.

Cientos y cientos de liberales fueron a poblar las cárceles y otro gran número de ellos pagó con la vida su amor a la libertad. El tirano no podía perdonar ponerse en duda su fuerza y poder. Bastaba que se encontrara en poder de alguien una carta nuestra o alguno de nuestros periódicos, para que ese mejor hecho sellara su sentencia de muerte, que se ejecutaba sin más trámites que los necesarios para mandarlos en cuerda de una población a otra y en la primera encrucijada del camino aplicarles la célebre "ley fuga". Otro gran número de nuestros compañeros, más desventurados que los que cayeron asesinados por los rurales, fueron aquellos a quienes se mandó en cuerda al Valle Nacional, el temible Valle Nacional, de donde el que entraba casi nunca volvía. El Valle Nacional y los plantíos del henequén de Yucatán tenían fama de ser verdaderos infiernos dantescos.

En los caminos que conducían al Valle Nacional, era frecuente encontrar cadáveres y esqueletos humanos regados en el camino, y uno que otro ser humano que materialmente caminaba arrastrándose, de aspecto cadavérico, y que huía de aquellos antros inhumanos. Nosotros tuvimos oportunidad de hablar con varios de esos esqueletos vivientes, verdaderos harapos humanos; supimos, dicho a la ligera, que el que caía ahí era tratado peor que a los esclavos negros y a los indios trataban los españoles en la época colonial. Se les hacía trabajar desde antes que saliera el sol hasta

después de haberse ocultado; ni los perros apetecían lo que se les daba como alimentos; a los de espíritu rebelde se les encadenaba de noche, para que no huyeran; los látigos de los capataces caían despiadadamente sobre las espaldas de los que se retrasaban en los surcos; el que caía, agotado ya por el exceso de trabajo, la inclemencia del clima y la pésima alimentación, era levantado a chicotazos, igual que a los enfermos, a quienes se obligaba a trabajar hasta que entraban en agonía. Finalmente, aquellos a quienes los golpes no podían reanimar ya, los enterraban vivos aún, para ahorrar gastos de medicinas y cuidados.

El conocimiento de esos hechos y el de las penas que sufrían nuestros hermanos de raza en las haciendas, que eran muy parecidas a las que sufrían en el Valle Nacional, fueron los que moldearon en mucho nuestros espíritus y templaron nuestro carácter rebelde e indomable. Nosotros no fuimos más que producto natural del medio existente. Extremas tiranías producen extremas rebeldías, o abyección máxima.

Los liberales que estábamos de aquel lado de la frontera, en Estados Unidos, también fuimos objeto de encarnizada persecución; no andábamos muy bien librados.

Los presidentes de México y Estados Unidos se entendían a las mil maravillas. Roosevelt, Taft y Wilson supieron blandir maestrosamente el *big stick* (la tranca gruesa) de don Theodore Roosevelt, que era algo así como la "matona" de don Porfirio. Y el famoso *big stick* fue usado sin tacañerías sobre los liberales. Las autoridades norteamericanas se hacían de la vista gorda cuando no tomaban parte directa en los hechos, cuando se trataba de perseguir a los liberales.

A todo lo largo de la frontera de aquel país con México se desencadenaron rabiosamente las jaurías policiacas en contra nuestra. Como que por cada liberal que entregaban a las autoridades

mexicanas recibían una prima de dinero sonante y contante. Cazar liberales era negocio productivo.

Y, así, cientos y cientos de nuestros compañeros fueron arrestados allá y sin molestarse con leyes internacionales ni trámites de extradición, fueron entregados a las autoridades mexicanas, muchos hasta llevando aún en los puños las esposas de los esbirros americanos para que aquí se les "diera su agua", sumariamente, y muertos ya, no volvieran a perturbar la digestión de don Porfirio.

Todos ellos y los que cayeron en 1906, fueron los mártires anónimos precursores de la Revolución de 1910. La sangre de los caídos en esas dos epopeyas, 1906 y 1908, regó las raíces del árbol de la libertad, sirviéndole de abono para que más tarde fructificara.

Sin el sacrificio supremo de los campeones que alentaron bajo los pliegues gloriosos del estandarte liberal y que generosamente supieron dar sus vidas para el bien de sus hermanos, la Revolución de 1910, óigalo bien, señor Sánchez Azcona, no hubiera triunfado.

Las revoluciones no son hongos que crecen de la noche a la mañana. Menos aún las que llevan en su seno el germen de reivindicaciones sociales. Su gestación es lenta, desesperantemente lenta, porque el espíritu humano es conservador. Necesita del recio talón de la tiranía, como los bueyes de la puya, para que se decida a moverse y rebelarse. Aun así, su aguante al castigo requiere muchos piquetes antes de que una minoría militante pueda arrastrarlo a la conquista de sus libertades perdidas, con sus prédicas y con su ejemplo de arrojo y de temeridad.

Nuestros nuevos preparativos para otro levantamiento

Práxedis G. Guerrero y yo, acosados por las jaurías policiacas que olfatearon nuestro regreso a El Paso, Texas, nos internamos hacia Nuevo México, radicándonos en Alburquerque, donde esperamos a que pasara la fuerza de la tormenta desencadenada en nuestra contra. Ahí trabajé como peón de albañil, primero, y después como

maestro manufacturando piedras artificiales de cemento, aparentando ser un rudo jornalero del interior de México, cuya jerga y sonsonete al hablar usaba al hacerle propaganda mis compañeros de yugo, haciéndole ambiente a la Revolución Mexicana, procurando conquistar adeptos para el siguiente levantamiento.

Una vez amainado el temporal y perdidas nuestras huellas por los sabuesos, recorrimos Nuevo México, Texas, Arizona, California y demás estados de aquel país donde hay muchos mexicanos, llevando la voz de la Revolución entre ellos, mientras trabajábamos codo con codo con ellos en los campos y en las minas, en las fábricas y en los talleres, siempre en diferentes oficios y bajo diferentes nombres y aun nacionalidades e idiomas. Fuimos dejando grupos revolucionarios, organizados a nuestro paso.

Considerando llegado ya el momento de podernos comunicar con nuestros amigos de México sin peligro para ellos, decidimos que me estableciera yo en Los Ángeles o en San Francisco, California, para tener un centro de organización y propaganda, y que Práxedis se quedara recorriendo los estados que ya habíamos visitado, para que siguiera organizando nuevos grupos y sosteniendo el espíritu de los ya organizados.

En San Francisco conseguí trabajo seguro por tiempo indefinido, a voluntad, en la American Can Company, fábrica de botes, como maquinista, primero y, después, como mecánico encargado de tener al corriente, componer y reparar treinta y seis máquinas; y allí, me quedé durante catorce meses, trabajando de día como esclavo del capital y de noche como esclavo de la libertad. Establecido ya en San Francisco, por tener asegurada la vida ahí, comencé mis labores ya en serio y en firme. Desde luego, reorganicé mi servicio especial secreto de correspondencia. Tendí, después, mi red de propagandistas y organizadores en ambos países y, por último, busqué y obtuve ponerme en contacto nuevamente con lo que estaba de

nuestra vieja organización, entrando en correspondencia activa con los veteranos en nuestras filas. Di a todos claves nuevas y nuevas instrucciones, según lo aconsejaba la experiencia adquirida en los dos fracasos anteriores, y les inyecté fe en el porvenir y nuevos bríos para la lucha.

Volví a entrar de lleno a la lucha; la mayor parte de mi salario se convertía en estampillas postales. De día fui el honrado obrero francés *monsieur* Alphonse Leblanc, mecánico de oficio. De noche era yo el "cabeza caliente", el inquieto, el revolucionario.

Libertad de nuestros compañeros presos en Arizona, reaparición del periódico. Madero se prepara

Al fin, después de haber estado preso tres años, mi hermano Ricardo y los compañeros Librado Rivera y Antonio I. Villarreal, salieron en libertad de la penitenciaría de Florence, estado de Arizona. Desde luego, hicieron el viaje a Los Ángeles, California, donde los socialistas les hicieron una gran manifestación en la estación del ferrocarril, celebrando por la noche en su honor un mitin monstruoso, en el que se colectaron cerca de 500 dólares para ayudar a los compañeros mexicanos a abrirse nuevamente paso en la vida.

Anselmo L. Figueroa entró a formar parte de la Junta

Práxedis y yo nos reconcentramos en Los Ángeles y al siguiente mes, el 3 de septiembre de 1910, quedando Anselmo como editor, volvió a la vida nuestro portavoz *Regeneración*, con mayores bríos que antes y ya con una orientación marcadamente socialista; pero cuidando aún nuestro lenguaje, para no espantar a los pusilánimes.

No había "madurado el tiempo" lo bastante para presentarnos como socialistas de la izquierda, revolucionarios. Nosotros sabíamos que el hombre en tiempo de paz es conservador y espantadizo.

Había que esperar a que la Revolución prendiera, cuando el hombre se siente fuerte con un fusil en la mano y que esa conciencia de su fuerza lo hace audaz, atrevido en sus acciones y en sus pensamientos, para abrir el fuego de todas nuestras baterías.

Muchos de nuestros compañeros habían escrito ya, desde cuando don Francisco I. Madero andaba en su gira política, que este señor se les presentaba como compañero liberal, solicitando su cooperación en su empresa y diciéndoles que íbamos de acuerdo con él y nosotros en esos trabajos que hacía, a cuyo efecto, para convencerlos, les mostraba la credencial que nosotros le extendimos en 1905, acreditándolo como miembro del Partido Liberal Mexicano. Más tarde, a principios de la Revolución, hasta circuló su hoja en la que aparecían firmándolas, don Francisco I. Madero como presidente provisional y mi hermano Ricardo como vicepresidente, seguramente para atraerse mejor a los liberales a las filas antirreeleccionistas.

Debe haber aún viejos compañeros que hayan sido testigos de estos hechos que apunto en el párrafo anterior; a ellos apelo, para que den testimonio y con ello cooperen a depurar hechos que es preciso pasen a la historia sin mistificaciones, ni apasionamientos de partidarismo.

Por los pasos del señor Madero comprendimos que se acercaba la hora en que los maderistas se levantarían enarbolando la vieja bandera de Porfirio Díaz de "No reelección". En el otoño de 1910 estaban ya reorganizados nuestros viejo grupos y junto a ese pie veterano, teníamos formados otros nuevos grupos, ansiosos todos de entrar en acción, pero decidimos esperar a que los maderistas fijaran fecha para dar el aviso a los nuestros, de manera de atacar a Porfirio Díaz a dos fuegos y asegurar el triunfo de la Revolución. Oportunamente supimos que el 20 de noviembre de 1910 había sido fijado por el señor Madero para que se llevara

a cabo el levantamiento de sus partidarios y dimos a conocer la fecha a nuestros compañeros, exhortándolos para que no hicieran armas en contra de los maderistas, a quienes había que tratar como camaradas en el campo de la acción, aunque sin hacer causa común con ellos, puesto que no íbamos a imponer persona alguna en el poder, pero sí cooperando con ellos en los accidentes de la lucha armada, cuando el caso lo requiriera. El objetivo principal e inmediato era derrocar al Tirano. En esas condiciones estalló la Revolución el 20 de noviembre de 1910.

Por qué no fueron maderistas los precursores de la Revolución

Como lo he dicho antes, nuestra verdadera filiación era la de socialistas revolucionarios, izquierdistas, no la de los actualmente mal llamados comunistas o bolcheviques, cuyos líderes son asalariados de Moscú que buscan implantar en el mundo la tiranía espantosa que al presente reina en Rusia, aunque pintada de rojo. Me consta que son asalariados de Moscú, porque a mí, personalmente, se me ofrecieron varias veces, por delegados enviados directamente y ex profeso por la llamada Tercera Internacional Roja de Moscú gruesas sumas de dinero, si abrazaba la bandera bolchevique, que jamás acepté. Jamás acepté ser bolchevique, ni aceptaré en mi vida, porque el bolchevismo, mal llamado comunismo, es una nueva forma de tiranía sanguinaria ejercida por un partido político dominante, más brutal que la misma tiranía del dictador Porfirio Díaz o la de los antiguos zares de Rusia. Y yo he luchado siempre contra cualquier forma de tiranía. Tomen nota de esto Luis Manuel Rojas y Heriberto Barrón, ya que ellos han pecado de ligereza al llamarme comunista, queriendo ponerme membrete de bolchevique.

Por vía aclaratoria diré que los bolcheviques tenían tanto empeño en catequizarme, hasta ofrecerme fuertes sumas de dinero,

porque según ellos mismos me lo dijeron, estaban perfectamente seguros de que mi prestigio e influencia entre los trabajadores y campesinos mexicanos harían avanzar y dominar rápidamente en este país sus engañosas teorías.

Y la prueba de que mi nombre les es útil, está en el hecho de que al ver mis repetidas negativas, acabaron por robarse mi nombre, induciendo a un mequetrefe cualquiera carente de dignidad, a que se lo apropiara, para con él firmar sus circulares y manifiestos y hacer caer incautos en la red, pues los obreros y campesinos, al ver mi nombre entre los bolcheviques (mal llamados comunistas), creerían que esa bandera es buena y se afiliarían al Partido Comunista; lo que ha estado sucediendo, desgraciadamente.

Por otra parte, en lo personal, mi nombre ha resultado tan jugoso al bribonzuelo que me lo ha robado y que se hace llamar pomposamente "licenciado Enrique Flores Magón", que a su sombra ha logrado explotar despiadadamente a los campesinos que han caído entre sus uñas. Ha estafado a diferentes personas en cantidades regulares de dinero, logró sorprender a altos empleados de la Secretaría de Agricultura y Fomento, y obtuvo de ellos nombramiento de procurador de Pueblos, asignado al Estado de México, del que se aprovechó para esquilmar campesinos y hacerle propaganda a su desprestigiado partido y, por último, al amparo de mi nombre y ayudado por su espíritu servil y rastrero, ha sabido, después de que lo "corrieron" vergonzosamente de la Comisión Nacional Agraria, irse a meter y ser admitido en el seno del Partido Nacional Revolucionario, al que no dará mucho prestigio tener entre sus adeptos a vulgares estafadores y suplantadores de nombres como es ese apócrifo Enrique Flores Magón, quien es hijo del padre Flores, un cura, y de una pobre señora a quien golpea el hijo desnaturalizado.

De todo lo que dejo dicho acerca de ese pilluelo que se ha robado mi nombre, tengo pruebas documentales y testimoniales; y

si hasta hoy no lo he hecho ingresar a la penitenciaría, con boleto de viaje a las Islas Marías, es porque a mis ideas repugna hacerlo, pero la paciencia y las ideas tienen su límite. Bastante se me ha molestado ya a causa de las estafas cometidas por ese zaragate amparado con mi nombre.

Sirva todo lo anterior para que los señores Luis Manuel Rojas y Heriberto Barrón no me insulten llamándome comunista, bolchevique. Perdóneseme la larga digresión que he hecho; prosigo.

Como llevo dicho, nosotros militamos en las filas socialistas revolucionarias de la extrema izquierda. Nuestro lema Tierra y Libertad condensa nuestras aspiraciones, que explicaré ligeramente, tanto para no abusar de la hospitalidad que se me da en este periódico, como para no alargar estas notas. La palabra "tierra" condensa nuestros ideales en cuestión económica. Quien posee la tierra lo posee todo, es rico y dueño de todo lo que existe en este mundo, ya que de la tierra viene la riqueza social entera y con ella se adquiere, a la vez, la segunda parte de nuestro lema, libertad, porque quien es libre económicamente lo es, también, política y socialmente, ya que la libertad económica es madre de todas las libertades. Lograr que todos los mexicanos tuvieran igual derecho a la tierra, era lograr que fueran libres por completo y, por ende, felices. De ahí que fuéramos, antes que todo, contra los grandes latifundios. Teniendo nosotros esas ideas por las cuales luchamos por tantos años, naturalmente es que don Francisco I. Madero, miembro de una familia latifundista reconocida, no nos inspirase confianza. Por lo mismo y aun haciendo caso omiso de otras razones, no podíamos ir con el señor Madero.

Por otra parte, nuestras tendencias no eran personalistas. Ni aun siendo simples demócratas podríamos ver bien que el primer acto del señor Madero al pisar suelo mexicano, haya sido su apresuramiento a declararse presidente provisional de la República Mexicana y a exigir

de los demás revolucionarios que lo reconocieran como tal. Esa actitud asumida por el señor Madero equivalió a querer reducir un grandioso movimiento revolucionario, preñado de reivindicaciones sociales económicas, a una simple revuelta personalista, que gráficamente describe nuestro pueblo con la frase: "¡Quítate tú, para ponerme yo!".

Nosotros, que por largos años vivimos siempre en contacto directo con el pueblo humilde y que nos identificamos con sus necesidades y sus aspiraciones, conocíamos perfectamente las tendencias sociales económicas de la Revolución. Siendo hijos del pueblo, teníamos necesariamente que saber lo que el pueblo quiere. Habiendo sido nuestro señor padre indio puro, sabíamos lo que nuestra raza india quería; en nuestra misma sangre llevábamos esas tendencias y en nuestros propios cerebros, por atavismo, por herencia, llevábamos esas mismas aspiraciones. No necesitábamos ni auscultar el corazón del pueblo mexicano, ya que siendo hijos humildes del pueblo, traíamos en nuestro propio corazón los ideales heredados de nuestros antepasados. No podíamos ver por lo mismo con buenos ojos, que la Revolución que emanaba de nuestros corazones fuera desvirtuada y degenerada en un movimiento netamente político y personalista. Razón por la cual, no encajó en nosotros ser partidarios del movimiento maderista.

A esas convicciones nuestras se debió que, desde un principio, nosotros declaráramos que no íbamos a la Revolución en busca de puestos públicos y que aun rechazáramos las proposiciones que nos hicieron hasta muchos maderistas, de prestar nuestros nombres como bandera dentro del movimiento armado. Sabíamos que aceptar esas proposiciones implicaría el degeneramiento de la revolución social que comenzaba en una mera revuelta política, que no merecería el sacrificio heroico de nuestro pueblo.

Si el señor Madero, en vez de asumir la presidencia provisional, hubiera abogado por el establecimiento de una Junta Revolucionaria,

electa libremente por los revolucionarios, para que dicha Junta se encargara del gobierno administrativo de las regiones que fuera dominando la Revolución, habría obrado democráticamente y no hubiera repugnado a nuestros principios.

Nuestra propia historia, para no citar también la historia de otros países, es una amarga serie de lecciones, por los desengaños que emanan para el pueblo, de toda revuelta personalista y de caudillaje. Los caudillos y los políticos ofrecen mucho, muchísimo, antes de ocupar el puesto codiciado; una vez en él, olvidan sus promesas y dejan con un palmo de narices a los cándidos que se sacrifican para encumbrarlos. Por esas razones y otras que me reservo dar en mis proyectadas memorias, nunca pudimos ser maderistas.

El señor Barrón nos reprocha que a pesar de que el señor Madero en alguna ocasión nos prestó ayuda monetaria en San Luis, Misuri, no hayamos apoyado al referido señor. Es que el señor Barrón olvida que la gratitud personal es una cosa y otra el interés colectivo. Por el interés general supimos sacrificar nuestros intereses personales: dinero, bienestar, seguridad personal, porvenir propio, familiar, nuestra libertad en años de vivir en presidios y, en fin, todo lo que éramos, y todo lo que teníamos, sin jamás pedir recompensa alguna, como lo demuestra el hecho de que he llegado a viejo y tengo que arrastrar aún mis huesos cansados en busca del sustento diario de mi numerosa familia. Por otra parte, el servicio prestado por el señor Madero no fue por nuestras personas, sino por el movimiento que representábamos. Pero aun cuando hubiera sido un favor personal a nosotros, cuando se sirve al pueblo, a nuestros semejantes, toda consideración personal no debe existir.

De montaña en montaña rodó el grito de rebelión

El 16 de noviembre de 1910, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano se dirigió a sus afiliados en general, después de

haberlo hecho previamente con sus jefes de grupos, haciéndoles por medio de circular, entre otras recomendaciones, estas: "Madero está precipitando un movimiento personalista que tendrá principio el día 20 de este mes... como si ese movimiento maderista se efectúa, los liberales tendremos la mejor oportunidad que pueda presentársenos para rebelarnos también, la Junta recomienda a usted se prepare y recomiende a sus amigos que se preparen y estén listos para que, si hay alguna perturbación en el país originada por los maderistas, aprovechemos el momento de confusión para levantarnos todos los liberales. Esto no quiere decir que la Junta recomiende a usted que haga causa común con los maderistas... La Junta no ha celebrado pacto alguno o alianza con los partidarios de Madero, porque el programa del Partido Liberal es distinto al programa del Partido Antirreeleccionista. El Partido Liberal quiere libertad política, libertad económica por medio de la entrega al pueblo de las tierras que detentan los grandes terratenientes, el alza de los salarios y la disminución de las horas de trabajo; obstrucción a la influencia de clero en el gobierno y en el hogar. El Partido Antirreeleccionista sólo quiere libertad política, dejando que los acaparadores de tierras conserven sus vastas propiedades, que los trabajadores sigan siendo las mismas bestias de carga y que los frailes continúen embruteciendo a las masas. El Partido Antirreeleccionista, que es el de Madero, es el partido conservador. Madero ha dicho que no pondrá en vigor las Leyes de Reforma. Muchos liberales, engañados por los maderistas, han engrosado las filas de Madero, de quien se asegura que está de acuerdo con nosotros. Nada hay más inexacto que eso. Por cuestión de principios, el Partido Liberal no puede estar de acuerdo con el maderismo".

Diez días más tarde, Ricardo decía, interpretando el sentir de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano: "El Partido Liberal trabaja por el bienestar de las clases pobres de la sociedad

mexicana: NO IMPONE CANDIDATURA ALGUNA, porque esa es cuestión que tiene que arreglar el pueblo. ¿Quiere este amos? ¡Que se los nombre! Lo que el Partido Liberal quiere es que todo hombre y toda mujer sepan que nadie tiene derecho a explotar a otro; que todos, por el solo hecho de venir a la vida, tenemos derecho a tomar lo que necesitamos para la vida, siempre que contribuya a la producción; que nadie puede apropiarse la tierra, por ser esta un bien natural que todos tienen derecho a aprovechar." Y más adelante, decía: "El cambio de amo no es fuente de libertad ni de bienestar. Se necesita el cambio de las condiciones que hacen desgraciada a la raza mexicana."

Estaban, pues, bien definidas las tendencias de los dos partidos principales que entraban a la Revolución, cuando esta estalló el 20 de noviembre de 1910. Por un lado, Madero, enarbolando la vieja bandera tuxtepecana de NO REELECCIÓN. Por el otro, nuestra avanzada bandera de REIVINDICACIONES SOCIALES. Al lado de Madero había promesas de prebendas y esperanzas de pescar "hueso". Del lado nuestro no había más promesa que la satisfacción de trabajar y sacrificarse por el bienestar de todos. Satisfacción tonta, dirán los "prácticos"; satisfacción altruista, dirán los filósofos; sacrificio estéril, dirán los escépticos; "locos", nos llamarán los "sensatos", lo mismo que llaman a todo aquel cuya mirada penetra hasta el horizonte lejano del futuro. Aún no ha fallado la historia. Bajo esos auspicios, llegó el 20 de noviembre de 1910 y las montañas mexicanas repercutieron el grito de rebeldía que ha marcado una nueva etapa en nuestra historia y el cual llevó al corazón de los oprimidos la esperanza de mejores días. El valeroso Aquiles Serdán y los suyos habían ya escrito con su sangre la primera página de esta nueva epopeya. El grito de rebelión rodó de montaña en montaña y descendió a los valles. Ya no pasó en esta ocasión, como en 1906 y 1908, por sobre las espaldas encorvadas de los esclavos bajo el

látigo del tirano y sus caciques. Que el maderismo encontró la "mesa servida" es una verdad histórica innegable.

El sacrificio de Práxedis G. Guerrero

En 1906 y 1908 habían despertado ya los esclavos y abierto surco en su indiferencia y pasividad. No eran ya las bestias irredentas del trabajo, carne inconsciente de explotación y despotismo. El ejemplo atrevido de los veteranos liberales había inyectado ya rebeldías en sus pechos y ansias de liberarse. El año de 1910 trabajó en tierra abonada, en materia preparada, en mentes despiertas, y sus falanges de luchadores llevaron el pie veterano de 1906 y 1908, en los Práxedis G. Guerrero, los José Inés Salazar, los Lázaro S. Alanís, los Juan José Ríos y Esteban B. Calderón, los Padua, los Diéguez y tantos otros que ya conocían el olor de la pólvora y sabían jugar con la muerte atrevida y serenamente.

Llevaba, además, en sus filas, miles de liberales con ideales bien definidos en el programa del 1 de julio de 1906, promulgado por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, y del cual habían circulado ya más de 250 000 ejemplares sueltos, a más de haber aparecido impreso muchas veces en *Regeneración* y de haberse desparramado por todas partes cientos de miles de hojas volantes conteniendo extractos los puntos principales del mismo. El fuego cundió rápidamente durante los primeros quince días de la rebelión. Después, todo fue calma, calma desesperante. Pareció que la Revolución sufría un nuevo fracaso. Los espíritus pequeños vacilaron. Los "profetas" declararon haberlo previsto. ¡Todo parecía perdido! Alguien dice que Madero se desalentó entonces y creyó también todo perdido. Práxedis G. Guerrero, ante el desastre, olvidó la lección del pasado y organizando violentamente una guerrilla en El Paso, Texas, a finales de diciembre de 1910, se internó al estado de Chihuahua, atacando y tomando la población

de Janos, de ese estado; y cuando triunfador arengaba a sus camaradas, una última bala tronchó la vida de aquel esforzado paladín de la Libertad. Ahí, el 30 de diciembre de 1910, el Partido Liberal perdió a uno de sus mejores cerebros, ¡y la humanidad perdió a uno de sus más sinceros campeones! El sacrificio de Práxedis G. Guerrero no fue inútil. Su sangre de mártir, fecundo como en propia vida, dio alientos a la Revolución.

Mirando atrás; socialismo y liderismo

En aquel entonces, las ideas socialistas, aun las más tibias, espantaban al pueblo en general. A eso se debió que en nuestro programa de 1 de julio de 1906 sólo apuntáramos ligeramente la cuestión agraria y la del trabajo, sin entrar en mayores consideraciones. Como he dicho muy al principio en estas notas, Ricardo y yo, al unirnos en *El Hijo del Ahuizote,* que alquilamos de nuestro inolvidable maestro en antiporfirismo, don Daniel Cabrera, formamos un plan de campaña para el futuro; plan que, en parte, discutimos más tarde en las galeras de Belén con Juan Sarabia y Alfonso Cravioto, hoy abogado y diplomático.

Desde entonces éramos ya socialistas, enamorados de las teorías expuestas por Bakunin en la Internacional, cuando quebró lanzas con Karl Marx, socialista parlamentario, y de donde emanaron las dos principales escuelas socialistas: la parlamentaria de Marx y la revolucionaria de Bakunin.

Aunque éramos ya en nuestras convicciones, socialistas revolucionarios, convicciones que se amacizaron en nosotros ante la odiosa injusticia y opresión que sufrían los obreros y campesinos, tratados entonces peor que bestias, no creímos conveniente dejar traslucir esas convicciones, porque para poder desarrollar nuestros planes era imperiosa necesidad, dado el medio en que vivíamos, convertirnos en líderes para tener material en el cual trabajar

cuando fuera oportuno. Habernos declarado socialistas en aquel entonces hubiera sido un suicidio social: nadie nos hubiera seguido y cuando viniera el levantamiento armado en contra de Porfirio Díaz, que alguna vez tendría que haber venido como un efecto natural de la opresión y tiranía, ese levantamiento hubiera sido llevado a cabo por una masa inconsciente desesperada, siguiendo a un nuevo Porfirio Díaz. Una mera revuelta política, en la que el pueblo hubiera sacrificado una vez más por el simple placer de cambiar de amos, sin obtener beneficio alguno. Bien sabíamos que el liderismo es peligroso. El líder se convierte pronto en tirano y en explotador de sus mismos hermanos de clase. Nuestra historia contemporánea tiene muchos tristes ejemplos de esa clase de sabandijas y pulpos, a la vez. No cito nombres para no atraer disgustos a este periódico que bondadosamente da hospedaje a estas notas. Pero las clases laborantes y aun las no laborantes, saben bien a quiénes le viene el saco y no hay necesidad de ensuciar estas páginas con tales nombres.

Sabíamos bien lo peligroso que es convertirse en líderes, pero tuvimos confianza absoluta en nuestras cabezas, que no se marearían con las alturas, y en la sinceridad de nuestras convicciones, que serían invulnerables a la ambición. Ahora que todo ha pasado, veo con satisfacción que pasamos por el fuego sin quemarnos: nunca nos marcó la altura, jamás pudo la ambición corroer nuestros corazones. Pobres e ignorados entramos a la lucha y aunque fuimos las primeras figuras rebeldes por largos años, ahora que nuestras naturalezas minadas por las enfermedades mortales, contraídas en nuestros 26 años de constante lucha, privaciones y persecuciones, nos han obligado a retirarnos. Hemos vuelto a la vida privada como entramos a la lucha: pobres e ignorados. También sabíamos, con Enrico Malatesta, que el hombre en tiempo de paz es tremendamente conservador. Hasta para mudarse de casa tiene

miedo, por el trastorno que acarrea. Cuántos hubo, que al comenzar nuestra campaña contra Díaz y exponer los sufrimientos de nuestros peones y los abusos de las autoridades y sus crímenes, nos regresaron nuestros periódicos con frases como esta: "Vivíamos tranquilos ignorando todo, pero ustedes con su maldito periódico han venido a obligarnos a pensar. ¡No queremos su papelucho!". La mayoría de ellos, más tarde, fueron nuestros más adictos partidarios, y de los primeros en empuñar el fusil. Uno de ellos fue don José María Soto, de Jiménez, Chihuahua, que llegó a ser general bajo la bandera de Madero, a la que pasó creyendo ser la misma nuestra, pues era liberal y amigo personal nuestro.

En cambio, cuando el hombre se encuentra empuñando un fusil; cuando está ya consciente de su fuerza y pierde el miedo a todo, aun a la muerte, no se espanta ni con las ideas más atrevidas. Su cerebro evoluciona a grandes pasos.

No es cosa fácil despertar un cerebro sumido en el marasmo producido por el terror que infunde una tiranía casi secular, como se había vuelto la de Porfirio Díaz. Terror que se hacía más intenso frente a las ideas innovadoras socialistas.

De ahí que ocultáramos cuidadosamente nuestras ideas en cuestiones sociales, esperando a que "madurara el tiempo", cuando el mexicano dejara de ser tan espantadizo. Había que convertir al ilota en hombre. A resolver ese problema, bien difícil, nos dedicamos.

Nuestra táctica en la lucha. Don Jesús Martínez Carreón. ¡Ojo, señores diputados!

Cuando a alguien se le tiene miedo cerval, como a Porfirio se le tenía, el primer paso para destruir ese miedo es convertir al tirano en objeto de risa: esas funciones ejerció *El Hijo de Ahuizote*. Bajo nuestra dirección y ayudados por el maestroso lápiz de don Jesús Martínez Carreón, un verdadero artista, y el de don Santiago

Hernández, nuestro otro dibujante, logramos ridiculizar a Díaz y a sus secuaces, y poco a poco el pueblo, a fuerza de reírse del tirano, acabó por perderle el respeto que infundía y, por último, por perderle mucho del miedo que le tenía todo el mundo al que satíricamente llamábamos "Héroe de Icamole".

Antes de continuar, abriré un pequeño paréntesis para hablar de dos mártires de la Revolución que han sido completamente e injustamente olvidados: don Jesús Martínez Carreón, nuestro apto dibujante, que más tarde fue director de *El Colmillo Público*, un periódico que tomó el lugar de *El Hijo del Ahuizote* cuando nos exiliamos a Estados Unidos y de don Juan Peña.

Don Jesús Martínez Carreón y su compañero, el doctor Juan Peña, directores del nuevo periódico, junto con nuestro viejo compañero Federico Pérez Fernández, que fungía como administrador del mismo *Colmillo Público*, al ser clausurado este periódico, cayeron a la cárcel a mediados de 1905. Federico salió libre a los pocos meses, pero toda la saña del tirano cayó sobre los dos directores, ambos de físico débil. Y para asesinarlos calladamente, hizo que a ambos se les encerrara en las bartolinas de abajo de la cárcel de Belén, mismas en las que a nosotros, también para matarnos, se nos tuvo por mes y medio la última vez que estuvimos presos en esta ciudad, antes de expatriarnos, y de las que salimos con vida gracias a nuestras constituciones de indios, fuertes y resistentes en aquella época.

En aquellas mazmorras, cuyo piso lo formaba una capa de lodo espeso, de unos catorce centímetros de espesor, con paredes viscosas salpicadas de huellas sanguinolentas de infinidad de esputos de otras víctimas tuberculosas, sin una brizna de luz en pleno mediodía, con un aire mefítico tremendo, viciado el ambiente más aún por las hediondez de una atarjea abierta en un rincón, por vía de w. c., fueron encerrados Peñita y Martínez Carreón. ¡Aquellos pobres

mártires, de constituciones delicadas, no duraron más que un mes!

Porfirio Díaz tuvo el gusto de saber que al mes de tenerlos encerrados en aquellos antros, ambos mártires fueron sacados ya en estado agónico. Peñita murió al llegar al hospital. Don Jesús dejó de existir en la misma camilla, en la calle, camino al hospital.

Y hoy, su anciana viuda y sus hijas… ¡Oh, ingratitud humana!... solas y desamparadas, a pesar de que han solicitado por varios conductos y en varias ocasiones una triste pensión que bien merecen y se les ha negado, sufren hambres y miserias tremendas. Los señores diputados de las anteriores legislaturas las han visto con desprecio, sin pararse a considerar que si ellos gozaban de la vida en sus curules, lo debían en parte al cruento sacrificio del padre amoroso y del amable esposo de esas desventuradas mujeres que hoy mueren de hambre.

Señores diputados de la presente Legislatura: Vosotros a cada instante hacéis alarde de ser revolucionarios. Probad que de verdad lo sóis, acordándoos de esas desventuradas mujeres. Buscadlas y tendedles la mano. Ellas merecen mucho más esas pensiones que dáis a manos llenas. Ellas lo merecen doblemente, porque son descendientes de dos héroes: de Jesús Martínez Carreón y de aquel otro Martínez, El Pípila, que prendió fuego al histórico Castillo de Granaditas. Don Jesús era bisnieto de El Pípila. ¿Quién de vosotros, señores diputados actuales, tiene más conciencia en su corazón, y a la vez más conciencia revolucionaria, para presentar la iniciativa de pensión respectiva y defenderla hasta hacerla triunfar?

¡Tenéis la palabra, ciudadanos diputados!

Frente al personalismo de Madero opusimos el radicalismo nuestro, para evitar la degeneración del movimiento

Llegó el 20 de noviembre de 1910. El traqueteo de los fusiles sacudía de su marasmo al peón mexicano. Había llegado la santa hora de las reivindicaciones. Como nos lo temíamos, Madero se

erigió desde luego en Presidente Provisional. Su actitud desviaba el verdadero derrotero de la Revolución.

No se trataba de mudar amos. El interés verdadero de la Revolución no se constreñía a un mero cambio de personalidades en el poder. Íbamos hondo de una mera cuestión política. La desteñida bandera tuxtepecana de "No reelección" no sería la panacea que curara los males que aquejaban al pueblo mexicano, aunque esa bandera fuera enarbolada por un honrado ciudadano de magníficas intenciones.

Los males sociales no se curan con cambios políticos, sino extirpando la causa del mal, que es social también. La desgracia del pueblo en esa época emanaba del feudalismo predominante. Los hacendados y los pocos industriales que había, eran amos y señores de horca y cuchillo. Los enormes latifundios eran verdaderas posesiones feudales. El pueblo mexicano era prácticamente un pueblo de siervos, tiranizados, explotados, vejados. Me atrevo a afirmar que la mentalidad de nuestras masas en nada difería a la de las masas de la época colonial. Estábamos atrasados, espantosamente rezagados. En comparación con los pueblos europeos, la mentalidad en México andaba unos 50 años atrás cuando menos. No era un cambio político, sino uno económico social el que urgía. Frente a los latifundios, las tiendas de raya, el Valle Nacional, los plantíos de Yucatán, las iniquidades contra los peones en las haciendas, los desmanes de los rurales y jefes políticos y tantas y tantas otras lacras sociales que padecíamos, no bastaba un mero cambio político.

Había que ir más hondo, aunque la curación fuera dolorosa. La Revolución estaba preñada de aspiraciones reivindicadoras sociales y económicas. La cuestión política era de segundo orden. La actividad personalista de Madero puso en peligro la satisfacción de esas aspiraciones reivindicadoras. No niego que el señor Madero, como hombre, era de buena fe, honrado, caballeroso, cumplido en sus

deberes y soñador. Pero perdónenme los maderistas el sacrilegio: el señor Madero no estaba capacitado para comprender a fondo las necesidades del pueblo ni el origen de sus males, menos sus remedios. Educado en un plano superior, nacido y crecido entre la casta privilegiada latifundista, sin sentir en su propia persona las vejaciones y necesidades que sufrían los de abajo, ni en su propio corazón las amarguras, dolores y agravios de los parias, no podía comprender a fondo los verdaderos alcances de una Revolución que no era hecha por las clases dirigentes sino por la tosca gleba, la sufrida masa esclava.

De ahí vino que su bandera fuera netamente democrática, política y personalista, y que con su actitud hiciera peligrar la satisfacción de las verdaderas aspiraciones políticas, económicas y sociales que incubaron la Revolución.

Para impedir que la Revolución quedara burlada, frente al personalismo del señor Madero y frente a las ambiciones desenfrenadas que inevitablemente despierta todo movimiento personalista, tuvimos que precipitarnos en nuestros trabajos, sin esperar a que el tiempo madurara para el desarrollo de nuestros planes, y oponer a ese personalismo y a esas ambiciones bastardas de espurios maderistas, nuestra actitud más radical. Había que hacer contrapeso al personalismo de Madero y a las ambiciones de otros, para impedir que el movimiento degenerara en un simple "quítate tú, para ponerme yo". Había que pedir mucho, muchísimo, para lograr que siquiera algo quedara. En medio de aquel torbellino de pasiones y vorágine de ambiciones, era preciso que actuara un grupo de hombres sin miras bastardas, que llevaran en su corazón los dolores del pueblo bajo, las lágrimas de los eternos esclavos irredentos, de los tristes hijos de la gleba, cuyos varones, cuando no son esclavos del surco o de la máquina, son carne de cañón o de presidio, y cuyas hembras, forzadas por la miseria, tienen que agotar sus fuerzas

en los talleres, o se ven obligadas a convertirse en carne de placer para terminar en carne de hospital.

Era necesario que un grupo de hombres que amaran a los de abajo y vivieran su vida, para estar identificados con ellos y comprenderlos, luchara abiertamente por ellos, sin importarles las calumnias, los insultos y odios que su actitud despertara. Nosotros, como hijos del pueblo y como socialistas revolucionarios, comprendemos y amamos al pueblo y con él sentimos. Éramos los indicados.

Tomamos ese puesto: Ricardo Flores Magón, Anselmo L. Figueroa, Antonio de P. Araujo, Librado Rivera y Enrique Flores Magón. Y abrimos fuego con nuestros cañones de grueso calibre. *Regeneración* abrió surco y sembró hondo. El fruto completo de su labor no lo ha cosechado aún el paria, porque hubo que sembrar un tanto prematuramente. Pero el día llegará, andando el tiempo, en que la cosecha será abundante.

El señor Madero no hizo la Revolución

Las revoluciones no son hechas por los hombres. Una revolución es el producto natural de las pésimas condiciones sociales, políticas y económicas bajo las cuales son forzados a vivir los seres humanos. Cae por sí sola, como el fruto maduro del árbol. Una revuelta política la puede hacer cualquiera; pero una revolución, nadie.

En una revolución, lo único que es dable al hombre hacer es interpretar el sentir de las masas y encauzarlo a una finalidad consciente. Lo más que puede hacer el hombre es ayudar a precipitarla, con su ejemplo y con su palabra, igual que cuando se sacude cuidadosamente el árbol, para que desprenda su fruto maduro. Si queremos encontrar forzosamente a un hombre al cual prenderle el mérito de haber hecho una revolución, estaríamos más en lo justo designando, en nuestro caso concreto, a Porfirio Díaz, quien con el abuso de su histórica "mano de hierro" forzó al pueblo a vivir

bajo condiciones políticas, económicas y sociales tan insoportables, que le obligó a levantarse en armas.

Un cuartelazo o una revuelta puede hacerla cualquiera a cambio de oro, de la promesa de prebendas y distinciones para los que le sigan, o aunque sea con la simple promesa de dejarles "manos libres". Pero una revolución no se hace así. La revolución es el producto del esfuerzo espontáneo y desinteresado de las masas que buscan salvarse de la opresión, de la esclavitud y de las vejaciones que sufren.

El cuartelazo y la revuelta se incuban en unos cuantos meses. La revolución requiere un proceso dilatado de años, lento, desesperantemente lento, porque sus raíces son hondas, hondísimas, hasta llegar a las profundas capas sociales, para alimentarse con la sangre de la gente humilde del pueblo.

La revuelta lleva fines políticos, ambiciones bastardas y es corta de duración. La revolución lleva en su seno reivindicaciones sociales, políticas y económicas demoledoras. Tiene mucho que destruir y mucho que construir. De ahí que su gestación sea dilatada y su actuación larga.

Un año de propaganda política, netamente democrática (1909-1910), no basta al señor Madero para "hacer" la revolución. Ayudó a enardecer los ánimos, es innegable, pero no hizo la revolución.

Desde el punto de vista netamente político, don Francisco I. Madero fue un factor importante dentro del movimiento, pero eso no quiere decir que fuera todo en la revolución, ni que esta fuera el producto de su esfuerzo. En otras palabras, la Revolución de 1910 no hubiera sido posible sin los años de preparación y encauzamiento que le dedicamos los miembros del Partido Liberal Mexicano, y sin el sacrificio y el ejemplo de audacia y virilidad de estos.

Más aún, la Revolución de 1910 no hubiera tenido éxito sin el pie veterano de los liberales de 1906 y 1908. Pruébalo el hecho de

que los principales generales que militaron bajo la bandera del señor Madero, y quienes se distinguieron más en la revolución, fueron en su inmensa mayoría miembros del Partido Liberal Mexicano, igual que el propio don Francisco I. Madero. Una lista parcial de los nombres de ellos la dio mi hermano Jesús en su carta al licenciado Juan Manuel Rojas, de 18 de noviembre próximo año anterior, publicada por *El Gráfico* matutino en su edición de 22 del mismo mes. Sentiré que mi franqueza pueda lastimar el amor propio de algún maderista. Pero ya que estamos haciendo historia, es mi deber alcanzar que don Francisco I. Madero trabajó en terreno de antemano abonado y preparado y con material ya listo para la empresa. El Partido Liberal Mexicano y no don Francisco I. Madero dio ideales a la Revolución.

Perdóneme el señor Sánchez Azcona que le llame la atención sobre estos otros dos graves errores históricos que ha publicado, haciendo caso omiso de otros pequeños que no vale la pena señalar, tanto por su escasa importancia como porque con los ligeros apuntes que he venido haciendo acerca de la situación revolucionaria del Partido Liberal Mexicano, quedan corregidos.

Cuando el señor Madero inició su campaña política en 1909, hacía ya tres años justos que la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, en San Luis, Misuri, Estados Unidos, había promulgado en 1 de julio de 1906, el programa de dicho partido, cuyo programa o plataforma, como dicen ahora, también usando un anglicanismo, antes de ser promulgado estuvo a discusión durante muchos meses por los miembros del mismo Partido. Es, pues, un genuino documento colectivo porque fue aceptado por mayoría de votos.

Con la inserción del Programa del Partido Liberal Mexicano, hecha arriba, queda plenamente demostrado que mucho antes de que don Francisco I. Madero tuviera la idea de lanzar su candidatura presidencial primero, y después levantarse en armas, la

Revolución tenía ya ideales bien definidos. Y, de paso, he demostrado también que desde el año 1906, había sido ta promulgado por nosotros UN PROGRAMA DE GOBIERNO QUE MÁS TARDE FUE ADOPTADO POR TODOS LOS GOBIERNOS REVOLUCIONARIOS QUE HEMOS TENIDO Y TENEMOS.

Cerraré esta parte de mis notas haciendo la aclaración de que al formular ese Programa, inyectamos las cláusulas sobre trabajo y tierras como un paso preparatorio, enunciador de mayores reivindicaciones sociales futuras. De hecho, ese Programa no fue intentado más que para hacer avanzar al pueblo mexicano de la etapa colonial latifundista en que se hallaba sumergido bajo la férrea bota de Porfirio Díaz, al nivel de la mentalidad mundial de nuestra época, como un paso hacia el progreso humano del futuro, cuando el lema reivindicador: "Tierra, Igualdad y Fraternidad", deje de ser un triste mito para los seres humanos sobre este nuestro mustio planeta tierra.

Los periódicos revolucionarios siempre hicieron revolución

Mi hermano, licenciado Jesús Flores Magón, dejó de existir el 7 del pasado mes de diciembre; no puede defenderse ya del virulento y, en lo que a mí me consta, falso ataque de don Heriberto Barrón, hecho en su carta de 26 de noviembre anterior. Tócame contestar por mi finado hermano, aunque sea con referencia a lo que yo vi personalmente, nada más. Habiendo estado mi referido hermano en México y yo en Estados Unidos, cuando él fue secretario de Estado en el gabinete de don Francisco I. Madero, no puedo rebatir los cargos del señor Barrón, referentes a esa época, pero sí puedo demostrar que el referido don Heriberto no se ajusta a la verdad en otros puntos envueltos en sus ataques y que, por lo mismo, bien puede ser que su apasionamiento lo haya inducido a faltar a la verdad, también, en lo que se refiere a la actuación de mi hermano como secretario de Gobernación. Aquí cabe la prueba

de presunción que establece el código de Procedimientos Civiles, para probar el carácter de Jesús.

El señor Barrón, entre sus mentiras garrafales, dice que siempre ha creído que cuando los hermanos Flores Magón comenzamos nuestra dura campaña contra Bernardo Reyes, estábamos de acuerdo con planes del partido "científico"; en otras palabras, que estábamos en connivencia con ese nefasto partido; y hasta asegura que un joven guanajuatense que en 1901 y 1902 fue administrador de *El Hijo del Ahuizote* y de *Regeneración* le dijo (es decir, le consta de oídas), que don José Ives Limantour impartía ayuda pecuniaria a esos periódicos por conducto de su hermano don Julio, que me es enteramente desconocido.

Afortunadamente, aún vive el administrador de *El Hijo del Ahuizote* en aquella época, don Federico Pérez Fernández, quien me parece trabaja actualmente en el departamento de Estadística, y él podrá atestiguar que es falso lo que dice el señor Barrón, como absolutamente falso es que el administrador de *El Hijo del Ahuizote* haya sido, también, administrador de *Regeneración*. Mi hermano Ricardo y yo éramos los que administrábamos nuestro periódico *Regeneración* en esa época. Jesús y Ricardo eran los directores.

Por otra parte, nunca tuvimos al mismo tiempo *El Hijo del Ahuizote* y *Regeneración*. *El Hijo del Ahuizote* lo tomamos en arrendamiento a don Daniel Cabrera, un año después de que *Regeneración* fue suprimido por Porfirio Díaz. Finalmente, por confesión misma del señor Barrón, su acusación es falsa y no haría fe ante cualquier tribunal, menos el de la historia, que es para quien pretendemos estar escribiendo. No haría fe por la razón sencilla de que testigos de oídas no son testigos de crédito. Esto debe saberlo el señor Barrón, ya que es abogado; poco honor le hace a su título profesional el basar su testimonio en un "me consta porque lo oí decir" o "porque me lo contaron."

Que el señor Barrón haya creído o dejado de creer en algo, tampoco hace fe. Un "yo creía", ante un juez, no vale ni hace fe. Me supongo que el señor Barrón debe de conocer esa verdad jurídica, ya que es abogado; y, por lo mismo, me sorprenden sus pueriles afirmaciones, indignas de un letrado. Otra mentira garrafal del señor Barrón: que al salir Reyes de la Secretaría de Guerra, los Flores Magón nos declaramos abiertamente comunistas.

En primer lugar, nunca hemos sido comunistas los Flores Magón, por las razones que ya expresé en este mismo escrito y que aquí ratifico. Y, en segundo lugar, nuestras ideas socialistas revolucionarias las conservamos en absoluto secreto hasta muchos años después, 1907 y 1908, cuando comenzamos a insinuarlas en nuestros escritos publicados en nuestro periódico *Revolución* en Los Ángeles, California; no fue sino hasta finales de 1910 que nos presentamos ya abiertamente como partidarios de esos ideales, según lo he expresado en líneas anteriores.

De habernos declarado abiertamente comunistas, Reyes dejó de ser Secretario de Guerra (1902), nuestro Programa de 1 de julio de 1906, que he transcrito, habría sido un furibundo documento bolchevique. Otra mentira más: que cuando vio Jesús que corríamos peligro Ricardo y yo nos retiró su ayuda Los licenciados Jesús Flores Magón y Francisco A. Serralde fueron los únicos que tuvieron valor civil suficiente para defendernos de Reyes, porque le atacamos su Segunda Reserva y descubrimos su intento de cuartelazo y nos mandó encerrar en las "cartucheras" de Santiago Tlatelolco. Por esa misma época, Jesús y el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, fueron los únicos que tuvieron valor para constituirse defensores gratuitos, sin paga, como en nuestro caso, de las víctimas del señor Barrón en San Luis Potosí, como últimamente lo ha testificado una de esas víctimas, Librado Rivera, en estas mismas columnas.

El mismo licenciado Jesús Flores Magón, también a pesar de que el señor Barrón dice que ya nos había abandonado a nuestra suerte, fue el único abogado que se atrevió a tomar nuestra defensa durante la última vez que estuvimos presos en Belén (1903).

Y el mismo Jesús fue el único abogado que sin remuneración alguna y sí costeando los gastos de defensa, se constituyó defensor de todos los liberales que caían presos. Así fue como defendió en 1906 a Juan Sarabia, a Juan José Ríos, a Esteban B. Calderón, etcétera, etcétera, muchos de los cuales viven aún y pueden dar fe de lo que digo.

Otra mentira más: que obrárabamos de acuerdo con Limantour. En la Biblioteca Nacional de San Agustín, hoy Uruguay, debe haber colecciones de *El Hijo del Ahuizote*. Revísese esa colección en su años de 1903 y se verá que una vez lograda la caída de Reyes, volvimos nuestros tiros contra Limantour, sin que esto quiera decir que antes no hubiéramos estado atacando al propio Limantour, a la vez que atacábamos a Reyes, solo que, como Limantour no era de tanto peligro inmediatamente como Reyes, a este atacamos más rudamente hasta su caída, para después seguir con la misma rudeza contra aquél. Lo que no quiere decir, tampoco, que estuviéramos alabando a Díaz mientras atacábamos a Reyes primero y a Limantour después, como podría afirmarse el señor Barrón, siguiendo su torcida lógica.

Otra mentira: según la misma torcida lógica del señor Barrón, no fuimos precursores de la Revolución de 1910, Ricardo y yo, porque fuimos enemigos declarados del maderismo. Los hechos dicen lo contrario: defendiendo a la Revolución nos enfrentamos a Madero (lo que nos valió dos años de reclusión en la penitenciaría federal de las Islas McNeil, estado de Washington). Ya expliqué nuestros motivos para no ser maderistas, dense como reproducidos aquí esos motivos. Por los mismos motivos, cometimos el sacrilegio

de no ser carrancistas (lo que nos costó tres años de prisión en la Penitenciaría Federal de Leavenworth, estado de Kansas).

Ruego al señor Barrón que entienda esta verdad: el señor Madero y el señor Carranza, no eran la Revolución. Eran simples factores en ella, eso es todo.

Otra mentira: que Madero nos mandó dinero cuando estábamos en la cárcel y en la miseria. Mi hermano Jesús y Madero proporcionaron fondos para que marcháramos de San Antonio, Texas, a San Luis, Misuri, pero no como favor personal, sino porque representábamos el movimiento de oposición en contra de Díaz. Eran los partidarios ayudando a sus jefes, para la mejor marcha del movimiento. Lo que es muy distinto a que nos haya dado una limosna el señor Madero, como insinúa el abogado. Lo hizo el señor Madero por el movimiento, no por nuestras personas en lo particular. Y eso en nada nos obliga con el señor Madero; y aun cuando nos hubiera obligado en lo personal, no quiere decir que teníamos el deber de seguir a Madero como perrillos falderos al que les da la torta, aunque cometiera un error dicho señor. Reafirmo aquí lo que ya dije: la gratitud, los sentimientos personales, deben sacrificarse al bien colectivo. Otra mentira: que al frente de un grupo filibustero, hicimos estallar un movimiento separatista en la Baja California. Pregunto: ¿Estuvo ahí el señor Barrón? ¿O le consta porque se lo dijeron? Y así como ha mentido tanto y *a priori*, el señor Barrón, guiado por su apasionamiento político que aún caldea en su viejo corazón, en lo que respecta a Ricardo y a mí, según lo he demostrado, así creo, también, que dice mentiras en todos sus cargos a mi difunto hermano Jesús. Cabe la presunción. En resumen, el señor Barrón es un testigo de "oídas". Y, por ende, no merece crédito. Finalmente; Jesús no medró con nuestros sacrificios. Fue con su profesión de abogado como amasó una fortuna no despreciable, que ahora heredan su viuda y sus hijos.

Paso, por último, a contestar el cargo gratuito que el licenciado Luis Manuel Rojas nos hace a mi extinto hermano Ricardo y a mí de ser filibusteros. Cargo que, de paso, toca a todos los miembros del Partido Liberal Mexicano, a quienes tocó actuar en Baja California durante la etapa revolucionaria de 1910, ya que no eran maniquíes a nuestras manos, sino seres conscientes que colaboraron con nosotros.

Que los viejos "porfiristas", "científicos" y "reyistas" derrotados tronaran contra nosotros en tremendos artículos, acusándonos de filibusteros, lo hallamos muy natural; poco nos importó que formularan tal cargo; los pobrecitos respiraban por la herida. Además, los reptiles envidian el volar de las águilas y les arrojan su veneno.

Que, más tarde, en medio del fragor de la contienda, cuando las pasiones son álgidas, los maderistas y los carrancistas de conveniencia, se hicieran eco de los derrotados "científicos", "reyistas" y "porfiristas", y nos hicieran igual cargo torpe, nos tuvo también sin cuidado; tenían que defender a sus ídolos, aunque fuera con el arma innoble de la calumnia; de alguna manera había que ganarse el pan y congraciarse con el sol que mejor calentaba.

Pero que hoy, don Luis Manuel Rojas, cuando ya pasó la época de la efervescencia de las pasiones políticas de aquel entonces, que antes algunos ojos disciplinaría calumniar *a priori*; que hoy un Luis Manuel Rojas, hombre de talento y, a mayor abundancia, abogado, que como ducho en su cargo ha de fundarse en pruebas fehacientes, nítidas claras como la luz meridiana, se haga eco de aquellos cargos producto de la pasión de partidos contendientes, sin que le consten personalmente, no puede ya dejarse pasar por alto. Callar sería asentir.

La Revolución no ha terminado

Los que hemos hecho algunos estudios de sociología, sabemos perfectamente que todo movimiento revolucionario lleva en sí el peligro de la contrarrevolución. Sabemos, también, que ese peligro

es más inminente cuando los habitantes pacíficos sufren el hambre y la miseria que todo movimiento armado produce. Ellos, en su inconsciencia, no distinguen si el que pasa es un bandido o un libertador; para ellos, todos son bandidos, porque todos hacen requisa de cuantas provisiones encuentran.

Para evitar ese peligro, los dirigentes de una revolución deben buscar la manera de alimentar a sus combatientes sin que pasen sobre los no combatientes. Además, obra de humanidad es en esos casos, buscar la manera de que toda esa desventurada gente pacífica sufra lo menos posible, los efectos devastadores de una revolución. Buscando sortear ese peligro nos fijamos en Baja California; precisando: nos fijamos en el Distrito Norte de esa entidad federativa, y más particularmente, para el fin deseado, en los extensos y fértiles terrenos al sur de Mexicali y hacia la boca del río Colorado: TERRENOS TODOS EN MANOS DE EXTRANJEROS POR MEDIO DE CONCESIONES ONEROSAS DE PORFIRIO DÍAZ.

Revolucionarios viejos ya en la lucha y conocedores de los síntomas sociales y económicos que incubaban la Revolución, bien sabíamos que dicho movimiento no sería de uno a dos años, sino de muchos años, hasta que las aspiraciones del pueblo quedaran satisfechas por completo, o hasta que este quedara sin más alientos para seguir adelante, como aconteció al último; pues NO PODEMOS DECIR QUE LA REVOLUCIÓN DE 1910 TERMINÓ YA. Está en pequeño receso actualmente; receso cuya duración es imposible predecir. Bien puede durar ese receso el tiempo que duró el movimiento armado anterior, bien puede durar el doble. Todo depende de la sabiduría y honradez con que nuestros gobernantes sepan conducirse; de las condiciones económicas, políticas y sociales en que el pueblo se vea obligado a vivir.

Sabíamos que el movimiento que tomó cuerpo, al fin, en 1910, tenía necesariamente que ser de muy larga duración. Si se duda de

mis palabras, véase lo que a este respecto decíamos a cada paso en nuestro *Regeneración* desde antes que comenzara el movimiento armado y cuando ya estaba en pie. Mis afirmaciones no son de ahora, que ya cuantos años de revolución armada se sucedieron, sino desde antes de que éste comenzase.

Sin pecar de falta de modestia, aseguro que pocos hombres estuvieron tan identificados con la Revolución y la conocieron tan a fondo como nosotros. A ella nos entregamos en cuerpo y en mente; llegó a ser parte íntima nuestra y la amamos hasta el fanatismo. De otra manera, no podríamos haber resistido tantos años de lucha, de persecuciones de miserias y peligros constantes.

Convencidos como estábamos de que el movimiento armado sería de larga, mejor dicho, larguísima duración, como nunca ha habido otra revolución igual en el mundo entero, porque ninguna otra ha llevado en su seno las mismas aspiraciones y fines que esta, estábamos también convencidos de que mayor era el peligro de la contrarrevolución hecha por las masas inconscientes y pacíficas, al sentirse hambrientas.

Precisamente, por esa causa, y quien quiera puede leerlo en nuestro *Regeneración*, aconsejábamos a nuestros hermanos combatientes que no descuidaran la producción y frecuentemente aconsejábamos a los revolucionarios que se dividieran en dos bandos, que por turnos atendieran a la producción de alimentos y al combate. Hubo compañeros que así le hicieron. Germán López, por ejemplo (el mismo que entró con Práxedis y conmigo), en las montañas del estado de Guanajuato, y en un paraje que, según creo recordar, se llama Mesa del Gallo, estableció un campamento del cual bajaban partidas de hombres a combatir, mientras otros labraban la tierra, turnándose los unos y los otros.

A esa necesidad ingente e inevitable, y al peligro que he indicado se debió que pensáramos en el establecimiento de grandes

centros de producción y aprovisionamiento, donde los soldados de la Revolución que fueran conscientes y sinceros, ayudados por la gente pacífica de la región y de buena voluntad, pudieran dedicarse a la producción de verduras y gramíneas, a la pesca en grande escala y a la cría de ganado, con todo lo cual avituallar a los revolucionarios en armas y auxiliar a los pueblos devastados.

De ahí que nos fijáramos en Baja California, en su Distrito Norte, y especialmente en la región inmediata a la boca del río Colorado y en la prolongación dentro de México, del llamado Valle Imperial. Toda esa tierra fértil, trabajada científicamente, por el sistema de rotación y de cultivo intenso, produciría más que suficiente para sostener no solamente a los revolucionarios, sino aun a todos los habitantes de la República entera. Allí también podía haberse establecido una base de operaciones militares en grande escala, de donde salieran columnas enteras de combatientes. Pero para asegurar esa base de aprovisionamiento y de operaciones, era preciso limpiar de federales todo el Distrito Norte.

Con ese fin, nombramos jefe de la primer columna expedicionaria al hoy general José María Leyva, quien a finales de enero atacó y tomó Mexicali. Para el compañero Leyva y sus fuerzas iban a ser los cañones y ametralladoras que instruimos al ingeniero Higareda Reed, en Los Ángeles, Clifornia, que construyera. Fernando Palomares, Juan Cardoso y otros tomaron Algodones. Luis Rodríguez se apoderó de Tecate. Jack Mosby y John Pryce tomaron Tijuana.

Por disensiones en las filas revolucionarias, en Mexicali, donde no había bajo el mando de Leyva más que unos cuatro americanos voluntarios, pertenecientes a la IWW (Trabajadores Industriales del Mundo, organización obrera roja estadounidense), José María Leyva se retiró, pasando a operar a Sinaloa. Y al faltar jefe, los revolucionarios procedieron a celebrar un mítin para elegir una nueva; y aunque todos eran mexicanos, eligieron como jefe a un americano

IWW, William Stanley, quien a las pocas semanas siguientes murió acribillado por las balas federales al estar combatiendo al frente de sus compañeros mexicanos, por la libertad de estos.

Es una injusticia tremenda acusar a Stanley, a Mosby y a Pryce de filibusteros. Ellos no ganaban un solo centavo. Ninguno de los que combatieron bajo los pliegues del estandarte liberal ganó sueldo alguno. No eran mercenarios.

Y la prueba de que Pryce y los suyos en Tijuana no eran filibusteros, está en el hecho de que más tarde, cuando el general José María Leyva, que militaba ya bajo la bandera de Madero, hablara con Pryce y sus amigos americanos (todos IWW), haciéndoles saber el cargo de filibusteros que se lanzaba en contra de ellos, y que las autoridades porfiristas usaban de pretexto para enardecer al pueblo mexicano, a causa de la ayuda honrada y desinteresada que ellos estaban dando a la revolución, decidieron que no querían pelear con el pueblo y, por lo mismo, esa misma tarde, se retirarían él y los demás americanos al lado estadounidense. Y cuando estaban empacando sus mochilas, una vez depuestas las armas y ya en son de paz, llegaron el general federal Vega y algunos engañados patriotas, cogiendo de sorpresa a los que ya se iban de retirada.

El general José María Leyva vive aún, en esta Ciudad de México, y él puede decir si digo verdad o mentira. Otro testigo más, ya que por ley debe haber dos testigos y estoy procurando convencer a un jurisconsulto, citaré a Antonio de P. Araujo, quien también radica en esta ciudad y estuvo en Tijuana. Otro más: Librado Rivera. Radica, también, en esta capital. Finalmente; pongo de testigos a todos los viejos revolucionarios de aquella época, de las cuales deben vivir algunos todavía.

UNA RECONCENTRACIÓN DE FUERZAS EN BAJA CALIFORNIA ERA LO INDICADO, EN CASO DE HABER DESEADO SEGREGAR ESA PENÍNSULA.

Hace poco honor a nuestros espíritus notoriamente tenaces y aguerridos, atrevidos y sin cobardías, acusarsnos de que nos conformábamos con segregar una faja de tierra para hacer experimentos socialistas.

Nosotros no queríamos solamente la Baja California. Nunca fuimos lo bastante torpes para querer hacer experimentos aislados en pequeña escala. No se nos ocultó que los puntos aislados son absorbidos por la masa que les rodea; con lo que, a más del fracaso, viene el desprestigio de los ideales cuya implantación se busca. Así como el señor Madero buscaba implantar y arraigar su bandera política en toda la República, nosotros buscábamos, también, implantar la bandera del socialismo revolucionario y arraigarla EN TODA LA REPÚBLICA.

No tuvimos éxito completo; con la intromisión del señor Madero se precipitaron los acontecimientos, antes de que hubiera una minoría militante socialista lo bastante fuerte para ganar la supremacía. Pero sí hay que reconocer que si materialmente fracasamos, no así en el orden moral, puesto que ahora nadie cae de espaldas al hablarse de socialismo y hasta nuestros gobernantes por conveniencia política, usan nuestra fraseología; y nuestras leyes nuevas, nuestros nuevos códigos civiles y penal, las leyes agrarias y el nuevo Proyecto de Ley del Trabajo, todos tienen tintes socialistas, buscando adaptarse a las necesidades del momento, de conformidad con el nuevo modo de pensar y las nuevas aspiraciones del pueblo mexicano, que ahora va ya de acuerdo y en armonía con el pensamiento mundial avanzado.

No hemos llegado a la meta de nuestras aspiraciones. Estamos aún distantes de ella; tan distantes que quizás, desgraciadamente, ya no veré esa aurora. Pero nuestros ideales quedaron en el surco y llegará a florecer y a fructificar. Entonces dejaremos de ser filibusteros para ser precursores. Quizás hoy, a pesar de las explicaciones que he dado,

seguiremos siendo filibusteros para aquellos a quienes lastimó nuestra actuación revolucionaria. Es muy de humanos que el lastimado busque lastimar a su vez, aunque sea con la calumnia y la diatriba.

Pero si hubiéramos sido filibusteros y codiciosos apoderarnos de Baja California, como con tanta ligereza se afirma, hubiéramos arrojado sobre ella, en masa, todas nuestras fuerzas.

En aquel entonces aún militaban bajo la bandera del Partido Liberal Mexicano muchos connotados revolucionarios, con mando de guerrillas numerosas. En el estado de Chihuahua teníamos aún a Lázaro Alanís, a Lucio Blanco, a José de la Luz Soto, a los Pascual Orozco, padre e hijo; a Prisciliano y a Benjamín Silva, a José María Rangel, a José Inés Salazar, a Cenobio Orozco, a Leónides Vázquez, a José de la Luz Blanco y a otros muchos cuyos nombres no recuerdo de momento. En Durango operaban Emilio P. Campa y otros. En Zacatecas estaba Luis Mosa, Eulalio Martínez y otros más. En Veracruz operaba Cándido Donato Padua, Hilario C. Salas, etcétera, etcétera. Si nuestro objeto hubiera sido apoderarnos solamente de Baja California, teníamos suficientes compañeros en armas para haberlo hecho rápida y eficazmente.

LA MÁS ELEMENTAL ESTRATEGIA NOS HUBIERA ACONSEJADO RECONCENTRAR TODAS NUESTRAS FUERZAS SOBRE BAJA CALIFORNIA.

La Revolución y los extranjeros

Hay quienes sostengan que porque en nuestras filas militaron algunos extranjeros, nuestras intenciones eran las de segregar la Baja California. Y algunos de nuestros impugnadores han llegado al grado de afirmar que la presencia de extranjeros en los grupos liberales, denotaba plenamente nuestras intenciones de no solo segregar la Baja California, sino aun entregarla a la plutocracia norteamericana. Ambas afirmaciones son lo más infantiles que puede imaginarse y, por lo demás, injustas y unilaterales, ya que

nuestras filas no eran las únicas en las cuales militaron extranjeros. Antes que todo, haré constar que los extranjeros que militaron en las filas del Partido Liberal Mexicano no percibían sueldo alguno, ni tenían el privilegio de "manos libres"; en otras palabras, no eran mercenarios ni bandidos, como es de usanza lo sea todo buen filibustero.

Esos camaradas eran en su totalidad trabajadores en los centros de producción estadounidense y, en su totalidad, también, miembros de las agrupaciones sindicales de la IWW (Trabajadores Industriales del Mundo); cuyos ideales, según puede verlo quien lea el preámbulo de dicha organización obrera, son netamente socialistas revolucionarios, y cuyos miembros, como arma de defensa y de ataque en la lucha diaria en sus pugnas con el capital, usan las tácticas sindicalistas. Por otra parte, los mexicanos que militaban bajo nuestra bandera y que tomaron parte en las acciones de armas efectuadas en Baja California, eran en su totalidad residentes en Estados Unidos y trabajaban en aquellos centros de producción, en contacto con la IWW, a cuya organización muchos pertenecían, a la vez, puesto que eran obreros conscientes, dichos camaradas mexicanos.

Con tal motivo, siendo los individuos de ambas razas, miembros de una misma organización o, al menos, todos conscientes de sus derechos de clase, eran camaradas entre sí y se veían fraternalmente unos a otros. Entre los trabajadores conscientes, sin distinciones de razas, sexos y colores, se practica la solidaridad de clase y se reconocen como hermanos entre sí, haciendo causa común en sus luchas y en cualquier parte del mundo.

Guiados por ese sentimiento de solidaridad de clase, varios trabajadores norteamericanos pasaron a Baja California a ayudar a sus hermanos mexicanos a luchar por su libertad. Ellos estaban bien informados de que se encontraban bajo el dominio porfiriano, los trabajadores mexicanos.

Don Javier Mina, un español, luchó codo con codo con los mexicanos, en nuestra gloriosa guerra de independencia. Y, a pesar de que era extranjero, nadie osa decir que era un filibustero. En las filas maderistas y carrancistas combatieron numerosos extranjeros. Había tanto extranjero en esos bandos, que hasta se formaron con ellos las llamadas "legiones extranjeras". Ahí había un número de extranjeros varias veces mayor del que militó en las filas del Partido Liberal Mexicano.

¿Debemos, por tal motivo, acusar al señor Madero y al señor Carranza de filibusteros? ¿Porque tuvieron ellos extranjeros en sus filas, debemos acusar a los señores Madero y Carranza, de haber pretendido desmembrar la República, ya fuese para hacer ensayos democráticos o para entregarle a los norteamericanos algún trozo de la misma República? ¿O, debemos acusarlos, al señor Madero y al señor Carranza, de haber sido mucho más filibusteros que los hermanos Flores Magón, en vista de que ellos tenían más extranjeros que éstos en sus filas? ¿O acaso queremos usar dos medidas para el mismo hecho? Si un espíritu justiciero sirve de guía para que se nos reproche a Ricardo y a mí el que en nuestras filas figuraran algunos extranjeros, óbrese con verdadera rectitud y, en tal caso, repróchese también a los señores Madero y Carranza el que hayan admitido en sus filas a legiones de extranjeros. Si los Flores Magón son filibusteros, Madero y Carranza lo son también. Causas iguales producen iguales efectos.

Hubo verdaderos filibusteros, los del Huston Dick Ferris

Durante la estancia de las fuerzas liberales en Tijuana, Baja California, hubo un incidente en el cual sí se trató de filibusteros auténticos. En la Ciudad de Los Ángeles, Alta California, había en aquel entonces un cómico muy popular entre los norteamericanos, quien era bastante adinerado y a quien se conocía con el nombre

de Dick Ferris. Ese histrión de las tablas teatrales estadounidenses, como todo advenedizo, incubaba en su torpe cerebro sueños de grandeza. Era un *clown* megalómano. Un día tuvo el histrión la humorada de querer conquistar un imperio para sí y donar con una corona su hirsuta y roja cabellera. Hurgó en el hampa de Los Ángeles; regó dinero a manos llenas entre los rufianes habidos en esas madrigueras; les proporcionó armas y municiones y los mandó a conquistar la Baja California para él.

Los rufianes llegaron a Tijuana en regular número, pretendiendo ser voluntarios en la lucha por la libertad, por lo que al principio fueron admitidos. Pero pronto empezaron a insinuarse, procurando tener la condición de nuestros amigos, para convencerlos de la bondad de su misión a favor del histrión pelirrojo. La respuesta de nuestros amigos fue la de ordenar a los rufianes que regresaran a Estados Unidos, so pena de muerte; quisieron estos hacer resistencia y sostenerse en el lugar. Hubo un ligero combate y los habitantes del hampa, magullados y heridos, fueron forzados a cruzar la línea fronteriza, por las fuerzas de John Pryce.

El tal Dick Ferris, no conociendo el fracaso de sus partidarios mercenarios, envió en un automóvil a cinco aventureros más con una bandera, diseñada y adoptada como suya por el histrión, para que fuese izada en nuestro campo, que consideraba conquistado ya para él por sus hampones.

Los cinco emisarios fueron arrestados en el acto por nuestras fuerzas; la bandera fue quemada en la plaza pública y los cinco aventureros, tras breve consejo de guerra, fusilados en la misma plaza, para escarmiento de filibusteros.

De estos hechos fueron testigos muchas personas; entre ellas, Antonio de P. Araujo, que representaba a la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano en aquella región y quien vive actualmente en esta ciudad.

Conclusión

Todo lo que he relatado en estas breves notas ha sido de memoria y el correr de la máquina. Comprenden solamente el período de 1900 a principios de 1911. Para lo que deseo probar, no necesito más.

Muchos datos se me han escapado, de seguro, igual que muchos nombres, porque no he tenido tiempo para hurgar papeles, ya que mis horas de ocio son limitadísimas, por el diario y duro bregar para el sostenimiento de mi familia; no soy rico.

Internacionalmente no he repetido los datos proporcionados por Librado Rivera y por mi finado hermano Jesús, para ahorrar espacio; pero dense como reproducidos aquí los hago míos.

Todo lo que he relatado en estas notas, son hechos que en aquel entonces fueron públicos y notorios. Quizás vivan aún algunos testigos de ellos; y a todos ellos les ruego que me proporcionen todos los datos, fotografías y documentos que tengan y que me sirvan para reconstruir, lo más completa posible, la historia del Partido Liberal Mexicano y de su lucha por la libertad del pueblo mexicano. Mi dirección actual es, 3ª. Calle de Tiziano No. 34, Col. Mixcoac, México D.F. Ruego se me manden fotografías, datos y documentos, porque mis archivos están sumamente incompletos. La tenaz persecución de que he sido objeto durante más de veintiséis años de lucha constante que sostuve (1900 a 1926), y las frecuentes requisas y despojos sufridos en manos de los esbirros porfirianos, estadounidenses y canadienses, me han hecho perder muchos documentos preciosos. Liberales: Ayudadme a reconstruir nuestra historia completa. Ayudadme a dejar bien comprobado en nuestra historia que debo escribir, que la Revolución de 1910 fue un hecho gracias a los esfuerzos, no de un solo hombre, sino de toda una enorme organización, la del Partido Liberal Mexicano, que ramificada en toda la República y en Estados Unidos, vino luchando desde 1900, por reconquistar sus libertades conculcadas.

Vosotros, viejos agraristas, que estuvisteis en contacto con el glorioso Emiliano Zapata, supisteis que él y nosotros estábamos unidos en correspondencia. Dadme vuestro testimonio.

Entre vosotros, tarahumaras, debe haber quien recuerde nuestros tratos con vuestro viejo jefe, Santana Pérez. Dadme, también, vuestro testimonio.

Vosotros, hermanos yaquis, debéis recordar que por conducto de vuestro hermano de raza, Huitimea, estuvimos siempre en contacto con vuestro jefe Sibalaume. Dadme vuestro testimonio también. En una palabra: Viejos camaradas de todas partes, ¡ayudadme! Que el libro que yo escriba sea la obra de todos nosotros, como lo fue la Revolución iniciada desde 1905 y continuaba en 1908 y 1910.

Todo lo que he dejado escrito, son hechos verídicos. Me he ajustado honradamente a la verdad. Al rechazar el cargo de filibusterismo, he asentado los verdaderos motivos que tuvimos al atacar la Baja California. De haber obrado por diferentes motivos, lo diría francamente. Si algo hizo que los Flores Magón nos distinguiéramos, fue nuestro innegable valor civil. Jamás hemos eludido responder de nuestros actos. En todo este escrito he hablado con sinceridad y buena fe. También he hablado sin estúpidas modestias. Todo lo que he dicho es la verdad y nada más que la verdad. Si los que lean estas notas, me creen, se los estimaré como un acto de justicia. Pero si no me creen, me es completamente indiferente. Porque, en realidad, no he hablado para el presente. He hablado para el futuro. Para el Hombre Libre del Mañana. Para la Historia.

Tengo la plena seguridad de que cuando muchos oropeles de hoy hayan pasado al olvido; cuando muchos fetiches de esta época no existan ni en recuerdos, la Historia, la Verdadera Historia, nos hará justicia.

Mientras tanto, bástame la enorme satisfacción, que muy pocos hombres tienen en estos casos, de haber sabido salir de todo lo pasado con mi conciencia tranquila… y con mis manos limpias.

CÓMO FRACASÓ EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE 1906

El Demócrata

LOS REVOLUCIONARIOS EN EL PASO

Los conspiradores románticos de El Paso, Texas, sugestionados por las palabras sinceras de todos sus correligionarios regados en la República mexicana, y que, hombres viriles, aspiraban a ser unos ciudadanos y no unos parias, decidieron que había llegado el momento de la acción.

¡Atrevidos! ¡Audaces, enamorados de la libertad! Entre ellos existía el eterno traidor de las causas nobles.

De aquellos revolucionarios de El Paso, Texas, viven aún muchos. Algunos en esta capital. Uno de ellos, el señor Humberto Macías Valadez, vive dedicado al pequeño comercio. Tiene en las calles de Guerrero un estanquillo en cuyo frente se ostenta este rótulo simbólico: "El Ideal".

El señor Valadez nos va a decir algo de las actividades revolucionarias de los conjurados de El Paso, Texas, en una entrevista que con él hemos celebrado para consignarla como información preparatoria de los interesantísimos documentos que sobre el proceso político secreto que se instruyera a la Junta Revolucionaria de la ciudad fronteriza comenzaremos a publicar en números sucesivos.

Entrevista con Humberto M. Valadez

El ajetreo de la ciudad es tremendo. Los camiones y los autos cruzan las calles como los aeroplanos el cielo. Pasamos por una esquina que se llama "el paso de la muerte". Es la esquina de las calles de Alvarado y Avenida Hidalgo. El agente del tráfico se vuelve loco con el ríspido y ronco sonar de las bocinas de los autos y de los camiones que desesperados quieren todos ser los primeros en cruzar la calle.

Pasamos el crucero de la muerte y nos vamos "al corazón de la barriada", que dijo el bohemio vate Othón Robledo. Caminamos rápidamente en nuestro fotingo por las calles de Guerrero. Vamos hacia el número 200 de esa calle a donde la clase media y el obrero tienen millares de habitaciones. Por esas calles, el comercio de la barriada ha establecido su corazón comercial. Hemos llegado al número 200. Hay un estanquillo que se llama El Ideal. Es modesta la tiendecilla. En un extremo del mostrador, hay un hombre cuya barba la Gillette no ha cortado. Está muy entretenido en componer algo que adivinamos es parte de un aparato de radio. Apenas si levanta la magnífica cabeza en que Dios ya le ha dado el aviso de la vejez. Sus ojos grandes y expresivos nos ven con sorpresa. Es que nuestra persona no estaba entre su clientela. Lo saludamos. Preguntamos por el señor Humberto Macías Valadez.

—Sí, yo soy —nos dice amablemente.

—Venimos a entrevistarlo sobre algunos acontecimientos en los que usted desempeñó principal papel.

El entrevistado nos mira sorprendido, y cuando nosotros le decimos "Queremos que nos cuente algunos recuerdos de su vida de revolucionario", nos contesta:

—Mire usted, ahora no puedo hilar esos recuerdos, si quiere se los escribiré mañana…

—No —le atajamos—. Lo que deseamos es que usted platique con nosotros de esos pasados días.

Y don Humberto comienza a contarnos lo que sigue.

—Allá por el año de 1900, muchos patriotas potosinos decidimos sustraernos al sopor que embargaba a todos los ciudadanos mexicanos de aquel entonces, y decidimos organizarnos políticamente. Para el efecto, constituímos el famoso Club Ponciano Arriaga, formándose la mesa directiva de las siguientes personas: Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, José María Facha y Juan Sarabia. Cuando nuestros trabajos políticos habían tomado alguna consistencia, un buen día apareció en plena sesión Heriberto Barrón, acompañado del sargento Emilio Penieres, y como al principio sus amenazas no nos hicieron suspender la sesión (se apeló a las armas) y aquello terminó como el rosario de Amozoc. El resultado de esa gloriosa acción del procónsul porfirista en San Luis Potosí fue que fuimos a dar a la cárcel 28 miembros del citado club político. Después de que pasaron esos acontecimientos, me vine a México, adonde en compañía del ahora senador Alfonso Cravioto, Santiago R. de la Vega, Manuel y Juan Sarabia, Federico Pérez Fernández, Ricardo y Enrique Flores Magón, y otras personas que no recuerdo por el momento, fundamos el periódico *El Hijo del Ahuizote*. Poco tiempo tenía de fundado este periódico cuando fuimos puestos en la cárcel de Belén, bajo una grosera acusación y después de sufrir una penosa sentencia, salimos de la cárcel y algunos nos fuimos a San Luis Potosí. Ya allí, nos empezamos a planear un movimiento revolucionario para derrocar al general Porfirio Díaz, ya que por los medios pacíficos y políticos

no lo podíamos hacer. A mí se me nombró jefe del movimiento en el estado, y empecé a trabajar con Patricio Monsiváis (sastre), Luciano Montenegro y Paulino M. Guerrero (rebocero), mientras Juan Sarabia, Librado Rivera y otros agitaban a las conciencias con su periódico *Regeneración*, que editaban en San Luis, Misuri. Cuando los esbirros de don Porfirio persiguieron a estos revolucionarios, nosotros seguíamos trabajando, y yo ya tenía un centro revolucionario de alguna importancia en Matehuala, encabezado por un correligionario apellidado Alvarado, y otro centro de la misma índole en Ciudad del Maíz. Estábamos en esos trabajos revolucionarios cuando supimos que por la delación de un teniente del 18° batallón, llamado Ceferino Reyes, el levantamiento se había descubierto y que Juan Sarabia y otros compañeros habían sido aprehendidos en El Paso, Texas. Hay que advertir que Sarabia había sido condiscípulo del teniente Reyes, y este había hecho juramento con Juan, para levantarse con el destacamento que estaba a sus órdenes en Ciudad Juárez. Este incidente me hizo tomar mis precauciones y permanecí alejado —al parecer— de la política, hasta que se reorganizó el Partido Liberal de San Luis Potosí, con Pedro Antonio de los Santos a la cabeza.

Nuestro entrevistado tiene clientela menuda, que va por golosinas; nosotros le damos a entender que la atienda. Pero del fondo del pequeño estanquillo sale una dama, la esposa del señor Macías Valadez, y empieza a despachar a su infantil clientela.

Nosotros seguimos charlando, y en el curso de la conversación, le preguntamos al señor Macías Valadez:

—Y usted ¿no sabe de otro traidor, aparte del teniente Reina?

—No, y debía de saberlo hace dieciocho años como lo supe que lo era el teniente Reina.

—Pues existe uno y más principal, le decimos.

Hay un momento de silencio en que comprendemos que a nuestro entrevistado la desilusión más grande le ha acabado el

fervor político, y que los desengaños lo retiraron dulcemente a un estanquillo, adonde el pan de cada día viene santificado, a su mesa, de acuerdo con la humilde práctica nazarena: "Con el sudor de su frente".

Nos despedimos, no sin antes que su señora nos entregara un retrato de su esposo, con 18 años menos, y diciéndonos con emoción:

—Se lo recomiendo mucho.

Salimos de El Ideal después del adiós de rigor. Encantados quedamos de la sencillez de aquel exjefe del movimiento revolucionario de 1906, y pensamos, al recordar el significativo nombre del estanquillo, que aquel hombre es un idealista.

Camino de la redacción no se nos desvanecía el simpático recuerdo de aquel ex jefe revolucionario que compone aparatos de radio y vende golosinas a los chicos del corazón de la barriada, y le llama a su estanquillo El Ideal.

UNA ENTREVISTA CON EL CONFIDENTE DE JUAN SARABIA

Un espléndido sol cae a plomo cuando llegamos frente a la gran puerta de entrada del Hospital Militar, sito en la calle del Cacahuatal, esa calle de la que la conseja popular dice que hay un caserón en donde todas las noches los "aparecidos" y los "fantasmas" se pasean dolientes, castigados por las mandas que dejaron de pagar en vida y buscando personas que "los saquen en pena".

Cuando queremos traspasar el umbral de la gran puerta del hospital, unos centinelas se pasean orgullosamente, y uno de ellos grita con pulmones de toro: "¡Cabo de cuarto!" El cabo de cuarto viene y nos permite la entrada. En el cuerpo de guardia unos oficiales conversan, ríen y fuman. Tenemos de nuevo que pedir el

permiso para ir hasta donde debe de estar la persona a quien vamos a entrevistar. El oficial de guardia dice: "Pase usted".

Pasamos a un patio amplio, limpio. Las baldosas relumbran con el sol, y por ellas deambulan algunos soldados convalecientes de sus heridas. En esos momentos nos acordamos del ilustre general Pershing, quien dijo: "Ya es tiempo de que la historia política de la humanidad deje de ser lo que ha sido ahora: una larga serie de reacciones de odio".

Los soldados aquellos están muy limpios. Han aprendido en la asepsia del hospital una gran cosa, la limpieza. Llegamos después de pasar ese gran patio a un pequeño, pero muy bien cuidado jardín. Hay bancas donde algunos oficiales convalecientes se bañan en un sol vivificador. Al pasar la callecita central encontramos a un joven alto, espigado, de facciones simpáticas. Va cubierto del cuello a los pies con una amplia bata blanca. Creemos que es un médico. Nos equivocamos. Al preguntarle por la persona a quien buscamos, contesta: "Soy yo". Se llama Eugenio Martínez (Núñez). Es capitán farmacéutico, y pariente muy cercano de uno de los principales protagonistas del movimiento revolucionario de 1906: Juan Sarabia.

Cuando le explicamos el objeto de nuestra visita, contesta cortésmente: "Vengo enseguida, voy al teléfono con urgencia". Cuando regresa, el capitán Martínez toma asiento a nuestro lado en la amplia banca y conversamos.

Al principio tiene reticencias. No quiere soltar prenda. Mas cuando lo interesamos con decirle que tenemos los documentos secretos de ese proceso político, cambia de actitud, y nos contesta:

—Yo también sé mucho de esas cosas. Juan Sarabia me contó muchos detalles de su vida de revolucionario. Yo la estoy escribiendo. Tengo ya escrito mucho, pero… no le puedo ofrecer a usted algo de esos importantes asuntos porque el original lo he dejado en San Luis Potosí.

—Cuando menos usted puede relatarnos algo.

—Ya lo creo.

Y el joven capitán nos dice:

—El 28 de septiembre de 1905, los buenos liberales que se habían percatado de que la dictadura porfiriana les había arrebatado sus derechos políticos, y que su condición no era la de unos ciudadanos, sino la de unos parias, lanzaron al país un manifiesto que firmaron ese mismo día. Ya de antemano, habían establecido más de 200 clubes políticos en toda la República y aunque el propósito visible era enfrentarse en la política, bien sabían ellos que eso no podía ser, y por eso desde esa fecha habían comprometido a todos sus correligionarios a levantarse en armas en contra del gobierno del general Díaz. Ya por ese entonces, Juan Sarabia había sido perseguido y encarcelado por su actuación periodística y política.

"Sarabia, de acuerdo con sus amigos y correligionarios políticos, salió a principios de 1904 para los Estados Unidos con el objeto de trabajar por el derrocamiento de don Porfirio. Juan salió acompañado para emprender esos trabajos de libertad, de sus parientes Tomás y Manuel, de Rosalío Bustamante y Enrique y Ricardo Flores Magón. De estos han muerto los señores Sarabia y Ricardo Flores Magón.

"Juan acababa de salir de la prisión de Belén por haber redactado el famoso *Hijo del Ahuizote*. Al salir de la prisión, tanto Sarabia como los que ahí estuvieron presos, entre los que se contaba al ahora senador Alfonso Cravioto, fueron llamados a presencia de un famoso juez de distrito de aquel entonces, quien les notificó que el gobierno de don Porfirio los ponía en libertad, pero que si volvían a escribir algún periódico en contra de ese gobierno sería fusilados. Fue esto lo que les decidió a marcharse a San Antonio, Texas, y allí fundaron el periódico *Regeneración*. Allí fueron perseguidos encarnizadamente por los esbirros de don Porfirio y, después de una corta prisión, salieron para San Luis, Misuri, en donde reanudaron

la publicación del periódico *Regeneración*. Hasta allá los persiguió el servicio de espionaje encabezado por el cónsul mexicano, quien se valió de policías yanquis para vigilar los trabajos de Sarabia y compañeros. De nuevo, fueron presos e internados en la cárcel de esa ciudad norteamericana, pero lograron, de nuevo, salir".

Nuestro interlocutor deja de hablar un momento, como para recordar fechas; nos las quiere decir, pero no puede.

—Cuando salieron de la cárcel de San Luis, Misuri —continúa el capitán Martínez—, tercos y valientes, vuelven de nuevo a escribir *Regeneración*. Entonces, irritado, el general Díaz ordena que se fragüe una acusación por delitos del orden común, y que se les retire la franquicia del correo americano para que circulara el periódico como artículo de segunda clase. La acusación prosperó, y la imprenta fue saqueada, lo mismo que las oficinas. A todos los que allí escribían se les aprehendió y se les tuvo presos por el delito de violar las leyes de neutralidad, sentenciándoselos a dos meses de prisión. Una vez cumplida la condena, después de una serie de torturas en la cárcel americana, los valientes escritores antiporfiristas salieron para Toronto, Canadá, hasta donde también llegó la influencia de don Porfirio. Allí iban a ser presos, pero lo evitaron, marchándose a Ontario, distrito de Quebec, Canadá. Estando en esa ciudad percibieron ayuda pecuniaria de sus correligionarios de la frontera mexicana, y decidieron, pasara lo que pasara, irse a conspirar otra vez a territorio americano. Eligieron la ciudad de El Paso, Texas, y allí, con los elementos de prensa y de dinero que reunieron, fraguaron un movimiento revolucionario que se extendía a muchos lugares del país mexicano.

Estamos encantados del fuego con que expresa todo lo que lleva dicho. Continúa su relato:

—Aquí sí que viene lo más interesante. Una vez en El Paso, Texas, Sarabia traba amistad —cuando ya se iba a dar "el golpe"— con el

capitán Adolfo Jiménez Castro y con el teniente Ceferino Reina, ambos jefes del destacamento del 18° Batallón que estaba de guarnición en Chihuahua. Estos oficiales le brindan a Juan una amistad sin límites, y le ofrecieron que ellos estaban a sus órdenes para el pronunciamiento. ¡Pobre Juan! ¡No sabía que aquellos oficiales estaban fraguando una traición! Cuando todo estaba listo para dar "el golpe", Sarabia —confiado en sus amigos los militares del 18° Batallón— pasó la frontera, y allí lo aprehendieron sus "amigos y correligionarios". De allí pasó Juan las de Caín. Lo trajeron de Herodes a Pilatos, y si no lo fusilaron fue porque la prensa siempre se dio cuenta de su prisión y lo defendió. Juan, al fin, fue sentenciado —por el delito de defender la libertad política de México— a pagar una multa de $130.00 y a siete años de prisión en las tinajas de San Juan de Ulúa, donde permaneció cinco años, hasta que la revolución lo sacó de sus mazmorras. Junto con Sarabia, fueron presos y sentenciados los señores César E. Canales, Lázaro Puente, Bruno Treviño, Juan José Ríos —ahora general—, Manuel M. Diéguez y Gustavo Calderón. Dimos por terminada la entrevista.

Una declaración

Hemos recibido la siguiente carta, que con gusto publicamos.

> Guadalupe Hidalgo, D. F., 29 de agosto de 1924.
> Señor director de *El demócrata*, México, D. F.
> Muy señor mío:
> He leído con sumo interés la relación histórica que principió a publicar en *El demócrata,* bajo el rubro de "Cómo fracasó el movimiento revolucionario de 1906", y por vía de rectificación, me voy a permitir aclarar un punto de la entrevista que el repórter de ese periódico de su digna dirección tuvo con el capitán primero Eugenio Martínez Núñez. Afirma este señor que juntamente

con Sarabia fueron procesados en Chihuahua los señores Lázaro Puente, César E. Canales, Bruno Treviño, Juan José Ríos, Manuel M. Diéguez y Gustavo Calderón. Debo hacer saber a usted que los tres últimos mencionados no fueron procesados con Sarabia, pues ellos con anterioridad sufrían los rigores de la prisión en Sonora por haber sido los promotores de la huelga de Cananea en 1906 y desde entonces se les internó en la cárcel de Hermosillo, trasladándoseles en 1907 al castillo de San Juan de Ulúa, en donde ya estaban recluidos Sarabia y compañeros. Entre estos, se encontraba mi hermano Alejandro Bravo, aprehendido en Uruapan, Michoacán, y conducido a Chihuahua, en donde se le formó proceso juntamente con Sarabia y demás compañeros comprometidos en el movimiento libertario fracasado. Mi referido hermano estaba nombrado jefe del movimiento en Michoacán.

Yo fui un entusiasta simpatizante de ese esfuerzo libertador y me hallaba comprometido en él, habiendo tenido que abandonar el estado de Michoacán, a raíz de la aprehensión de mi repetido hermano. Conservaba en mi poder muchos documentos de la Junta Revolucionaria que presidía don Ricardo Flores Magón, pero en un cateo que efectuaron en mi domicilio hace algunos años los agentes de la reservada me despojaron de ellos.

Esperando que, en prueba de imparcialidad, se servirá usted darle cabida a la presente en las columnas de su acreditado diario. Me es grato ofrecerme a sus órdenes como su afectísimo, atento y seguro servidor,

Miguel Bravo
Av. Francisco I. Madero 31, int. 9.

Hay que entrevistar a algunas personas supervivientes de aquellos pretéritos tiempos en que se necesitaba mucha entereza y valor civil para hacer la oposición al gobierno porfiriano. Algunos de estos

hombres están muertos. Otros olvidados, algunos desempeñan puestos públicos de mucha importancia, resultado de su perseverancia en la acción de sus trabajos. Estos son los hombres que con una fe ciega en el porvenir saben trabajar siempre. Cuando el desastre los parece aplastar, ellos hacen acopio de energías y capeando los vendavales políticos, prosiguen el camino luminoso de sus ideales.

¿Quién no conoce el nombre del poeta y del político Alfonso Cravioto? Todo el que haya seguido con interés nuestras contiendas políticas sabe que Cravioto ha estado siempre al lado de las ideas nuevas.

A nosotros —siempre francos— nos entusiasma más Cravioto político que Cravioto poeta. Esto no quiere decir que como literato no tenga emoción y belleza su obra, pero en estos tiempos en que los hombres de acción —los hombres de garras— son los representativos de la fuerza intelectual de los políticos revolucionarios es interesante saber de esos espíritus que incubaron y modalizan las acciones de los hombres de acción.

Nosotros hemos sido siempre inquietos, nos ha gustado ver los acontecimientos cerca. Hemos gustado de estar más allá del triunfo, e intransigentes por temperamento, a la hora del triunfo queremos un paso más allá. Palpar la implantación del mejoramiento de todo ese conglomerado mexicano que a costa de su sangre y de sus lágrimas ha llegado al gobierno de la República.

Es por ello que una entrevista con Alfonso Cravioto, político, resultaría muy interesante, hoy que estamos publicando el proceso secreto de los revolucionarios de 1906 entre los cuales figuró.

LA ENTREVISTA CON CRAVIOTO

Llegamos al Palacio Nacional en los momentos en que los políticos y las “moscas políticas” acudían a todos los departamentos

oficiales que tienen sus despachos en el antiguo Palacio de los Virreyes. En pocos minutos pudimos estar cerca de la puerta del elevador que hace el servicio hacia el departamento que ocupa la Cámara de Senadores.

Un "elevadorista" nos exige severamente la credencial de que somos periodistas.

Subimos. En el trayecto reconozco en el "elevadorista" al mismo de hace muchos años. Él también, como los políticos, ha subido y bajado muchas veces.

Preguntamos a un conserje por el senador Cravioto, y secamente el viejecito nos contesta:

—No ha venido, pero no tarda.

Este conserje es un tipo interesante del Senado. Hace 40 años que sirve allí. Ahora está con un brazo al cabestrillo, y en sus bigotes indígenas el tiempo blanqueó las cerdas que lo forman. Sus ojos de ratón miran fijamente la figura larga y seca de Casasola. Pocos momentos después llega Cravioto. Viene risueño, feliz. Una vez más Cravioto desempeñará en el Senado un papel brillante.

—En estos momentos me voy a ver al Presidente de la República para cumplir con la comisión de participarle la clausura de sesiones de la Cámara de Senadores, pero no tardo. Cuestión de media hora.

Nosotros no tenemos más remedio que hacer un cumplido, no obstante que en nuestro interior pensamos: "Adiós entrevista para hoy".

Discurrimos por la Academia de Bellas Artes buscando al maestro Gonzalo Argüelles Bringas y no lo encontramos. Vamos, este día no es para entrevistas.

Como fuera ya la hora en que nos había dicho Cravioto que regresaba, nos presentamos otra vez en el Senado.Pasamos al salón lateral al de sesiones, pensando que aún no había llegado Cravioto, pero fue mucha nuestra sorpresa cuando él nos dijo: "A sus órdenes".

Nos sentamos frente a una mesa que está colocada en el fondo del salón. Un presunto senador por el estado de Chihuahua lo aborda en asunto electoral. Cravioto le dice algunas palabras y se despide de él.

Estamos encendiendo unos magníficos cigarrillos, dispuestos a fumarlos para hacer más agradable nuestra conversación, cuando Casasola nos manda imperativamente:

—Quietos, pero… sin cigarrillos.

Impresiona su placa Casasola y socarronamente me dice Cravioto:

—En esta fotografía hablaré, pero no oiré.

Cravioto, como se sabe, es tardo de oído.

Algunas anécdotas del senador Cravioto

La conversación se viene tranquila, reposada. Cravioto es un gran conversador. Tenemos reparos en que nos cuente algo de sus años mozos, pero la oportunidad que es la madre de los reporteros, nos salva.

—Yo a mi madre le debo mucho de mi carácter independiente y revolucionario…

Y mientras eso nos dice, nosotros recordamos que el señor Cravioto, *senior*, había sido un fervoroso porfirista, y por ello no manifestamos nuestra perplejidad.

¿Cómo, nos preguntamos, el hijo de un gobernador de rancia cepa porfirista, puede decir esto? Parece que Cravioto ha leído nuestras dudas mentales, y prosigue de esta manera:

—Cuando chico, nosotros vivíamos en una casa que estaba enfrente de un mercado público. Allí había una porción de rapaces de nuestra edad, hijos de los que tenían sus puestos en el mercados. A mí me gustaba mucho ser amigo de ellos. Mi padre nunca me contrarió. Al contrario, semanariamente nos dejaba invitar a nuestra mesa a dos de ellos. También iban a sentarse a esa mesa los hijos

de algunos políticos amigos de mi padre. En aquellos tiempos, yo continuaba mi íntimo trato con los hijos de placeros, obreros y empleados pobres, porque concurría a una escuela de gobierno, no obstante que mi padre era el gobernador del estado (de Hidalgo).

"En ese plantel de educación tenía mis mejores amigos entre las clases pobres, y llegamos a formar una pandilla como de cincuenta muchachos que todas las noches a primeras horas nos reuníamos. Cada noche, elegíamos un jefe y nosotros, sus vasallos, teníamos que hacer lo que el jefe hiciera. ¡Cuántas veces, los jefes hacían cosas imposibles de imitar por nosotros los pequeños, pero… qué caray!, a nosotros no nos gustaba quedarnos atrás, e imitábamos sus grandes travesuras.

"Después de algunos meses, mis camaradas infantiles y yo formamos un partido liberal en contra de otro núcleo formado por mochos, y cada jueves concertábamos guerras a pedradas con nuestros enemigos. Una vez estuve en cama durante ocho días por una pedrada que recibí en una pierna.

"También de esos tiempos es un anécdota que ha dejado profunda huella en mi espíritu. Una de las tardes en que iba de visita a casa de mi padre, el general Negrete —don Miguel, aquel héroe del 5 de mayo, guerrillero en contra de los invasores, y espíritu muy inquieto, razón por la que el general Díaz lo tenía siempre en la reserva— me cogió y sentándome en sus rodillas, me empezó a platicar. Como yo le contara de nuestras guerras, el héroe aquel me dijo: «Mira, cuando hagas un pronunciamiento, no le cuentes nada a los oficiales, siempre cuéntale a los sargentos»".

Y nosotros pensamos que esa filosofía es inmensa en todo el proceso de acción de nuestros pronunciamientos. Cravioto continúa:

—Cuando yo me vine ya adolescente a estudiar a México, vivía con una renta de cuarenta pesos que me mandaba mi padre. Mi casa y mi comida me costaban nueve pesos. El resto lo empleaba

en lo que siempre gastan el dinero los estudiantes en libros y otras fruslerías. Entonces, nosotros le decíamos.

¿Cuál es el verdadero origen?

Amigo Cravioto, ¿cuál es a su juicio el verdadero origen de la Revolución actual? ¿Cuál fue el movimiento político del genuino Partido Liberal, que determinó la oposición activa en contra del porfirismo?

Y Cravioto, fogoso, sincero, añorando sus años de mozo, nos dice, reposadamente:

—El verdadero origen del movimiento maderista de 1910 es sin duda alguna el que se verificó en el Congreso Liberal que se reunió en San Luis Potosí a iniciativa del señor ingeniero Camilo Arriaga, por el año de 1901. Se encontraba en España el obispo don Ignacio Montes de Oca, quien hizo declaraciones contundentes acerca de la situación del clero en México, diciendo que a pesar de las Leyes de Reforma, el gobierno con la política de conciliación había creado para el clero una situación en que de hecho las Leyes de Reforma no se cumplían. Eso provocó, sobre todo en San Luis Potosí, un espíritu de franca protesta, y el ingeniero Camilo Arriaga hizo una convocatoria a toda la República para que se organizaran los liberales en clubes, mandaran delegados a una convención que debía reunirse en San Luis con objeto de tomar una acción efectiva en pro del cumplimiento de las Leyes de Reforma.

"Además, por aquel entonces, las declaraciones del conocido escritor y matemático don José Joaquín Terrazas, en el asunto del Padre Icaza, habían provocado un sacudimiento anticlerical que tuvo repercusión en toda la República.

"La primera acción intensa reveladora de nuestra mentalidad de párvulos políticos fue dirigida contra el gobierno de Díaz, pero reunido el Congreso en San Luis Potosí, se cambió de orientación,

puesto que comprendió que la culpa de la crisis de no cumplir las Leyes de Reforma era banal, al lado de la del gobierno, que era el que estaba obligado a que se cumpliera y como consecuencia aquel Congreso tuvo un marcado color antiporfirista. También en aquel tiempo, el 18 de julio, Soto y Gama pronunció en Pinos un discurso con las mismas tendencias que sirvió para que los clubes tuvieran nuevas orientaciones en toda la República. Fueron la base franca de la agitación que debía de culminar incipientemente en 1906 y categóricamente en 1910. El club de San Luis Potosí fue disuelto, como es bien sabido. Más tarde, los hermanos Flores Magón tomaron en arrendamiento al ilustre oposicionista Daniel Cabrera, *El Hijo del Ahuizote*, siendo internados en la prisión militar de Santiago por ultrajes al ejército, con motivo de una campaña antirreyista que hicieron a propósito de la Segunda Reserva. Reanudaron sus recursos para combatir la reelección del general Díaz y entonces fue cuando yo estuve en contacto con ellos y trabajé a su lado".

Cómo era Ricardo Flores Magón

De todos aquellos hombres resueltos y valientes que hace veintitantos años se enfrentaron por medio de la emisión del pensamiento escrito, ¿cuál de ellos, a su juicio, era el que tenía más poder espiritual y de acción?

—Ricardo Flores Magón —nos contesta nuestro entrevistado—, porque era sin duda uno de los líderes verdaderos, de mayor fuerza que ha producido México, tal vez no era el más inteligente; pero su voluntad tenía algo de extrahumano, era el tipo de un apóstol. Sus tendencias y sus procedimientos eran absolutamente incorruptibles, lo que le daba una fuerza moral incontrastable.

"Tenía tres características principales: una orientación definida en cuestión de objetivo político, una voluntad siempre activa, y una fuerza completa. En el despertamiento del pueblo, otro hombre notable que

hubo entre nosotros fue Santiago de la Hoz, poeta veracruzano de grande energía, que por desgracia murió prematuramente, ahogado en el Río Bravo. Ricardo era sobrio, no tenía más vicio que el de fumar. De un espíritu abierto y fraternal. Siempre que alguno de sus compañeros necesitaba dinero, la bolsa de Ricardo estaba abierta para el amigo necesitado. Su figura era impresionante. Parecía toro. Siempre vestía de negro y tocaba su cabeza con un hongo negro, del que salía una madeja de chinos. A nosotros nos tenía deslumbrados con su carácter de fierro. Desde ese tiempo ya brotaban de su cerebro las ideas socialistas, aunque su acción se concretaba al antiporfirismo".

—Sírvase recordarnos, señor Cravioto, ¿con qué elementos pecuniarios pudieron ustedes hacer aquella modestísima compañía editorial para atacar al gobierno de don Porfirio?

El primer Excélsior

Nuestro entrevistado hace un silencio breve, nos mira fijamente y continúa.

—A iniciativa de Ricardo Flores Magón, el primer periódico que fundamos se llamó *Excélsior*. Este periódico era órgano del club antirreeleccionista que fundamos con el nombre de Redención. Con este periódico empezamos a atacar al porfirismo y a hacer una campaña francamente antirreeleccionista.

—Díganos, amigo Cravioto, la causa de la aprehensión de ustedes, ¿cuál fue?

—Verdaderamente baladí. La verdadera causa de nuestra prisión fue la aparición de *Excélsior*, que estaba destinado exclusivamente a combatir la reelección del general Díaz; pero con el objeto hipócrita de dar a nuestra prisión un aspecto que no fuera político, no se mencionó a *Excélsior* para nada. En ese tiempo estaba en revisión en una sala de tribunal el célebre proceso de Timoteo Andrade; dicho tribunal volvió a condenar a este reo y en *El Hijo del Ahuizote*,

como comentario, apareció un suelto del licenciado Serralde donde, entre otras cosas, decía que, en el caso de Timoteo Andrade, la historia diría como en Francia un célebre político, comentando un sucedido análogo: aquí no solo se equivocó una mula, sino toda la recua. Entonces el procurador presentó acusación por ataques difamatorios contra agentes de la autoridad y ni siquiera contra funcionarios; y una noche en las oficinas de *El Hijo del Ahuizote* se presentó la policía y aprehendió absolutamente a todas las personas que se encontraban dentro de la casa, incluyendo portero, barrendero, dobladoras, etcétera, etcétera.

La fatídica prisión de Belén

¿Cómo lo trataron en Belén, qué clase de vida llevaba usted?

—Al principio fui tratado relativamente bien, pues nos incomunicaron en bartolinas que estaban secas y tenían piso de ladrillo. Esa incomunicación fue relativamente pasadera, pues duró ocho días; pero como los periódicos seguían saliendo sin doblegar sus energías, se nos incomunicó nuevamente por tiempo indefinido en las famosas bartolinas de abajo, que están absolutamente oscuras; tenían el piso flojo, completamente de tierra húmeda, y por excusado había un boquete en una de las esquinas, sobre el albañal por donde pasaban todos los desechos de la prisión, produciendo un ambiente tal que todos los días al amanecer, cuando comenzaba a correr el agua, irremisiblemente despertábamos con vasca. Así duramos más de mes y medio. Más tarde, nos colocaron en el departamento de distinción y por una coincidencia curiosa estuvimos colocados junto a la pieza en donde se encontraban todos los tifosos de la prisión.

—¿Quiénes eran los que estaban presos con usted?

—Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan Sarabia, Humberto Macías Valadez, Manuel Sarabia, Federico Pérez Fernández, Luis

Jasso, Santiago R. de la Vega, etcétera. En ese tiempo, hubo más de ochenta presos por motivos políticos y, más tarde, ingresaron Zubarán y Lozano.

—¿Perteneció usted también a la redacción del *Colmillo Público*? ¿Puede decirnos la causa por la que fueron aprehendidos por su actuación en el citado periódico?

—Saliendo de la prisión, la mayor parte del grupo se fue para los Estados Unidos y los que nos quedamos en México seguimos trabajando en *El Colmillo Público*, periódico de caricaturas del mismo estilo que *El Hijo del Ahuizote*, que fundó el artista Jesús Martínez Carrreón, en colaboración con el doctor Alfredo Ortega, doctor de la Peña, hermano de Rosario, la de Acuña.

"Cuando estuve en Europa, fueron aprehendidos Flores y los redactores principales de *El Colmillo*.

"Martínez Carreón es otro revolucionario de gran mérito que fue tratado con una crueldad inaudita; estuvo incomunicado en la misma bartolina que he descrito, y no solo eso, sino que pocos días antes de su muerte, en que se lo trasladó al Hospital Juárez, y como colmo de ironía, la víspera de su muerte se le permitió a una hermana suya que hablara con él y le diera unas cucharadas de emulsión de Scott. Entonces nadie puede decir que Martínez Carreón fuera asesinado, sino que murió de muerte natural.

"Yo felicito a *El demócrata* por la publicación de esta serie de artículos históricos, que se están publicando y que ponen en claro el aspecto desconocido de uno de los movimientos que precedieron a la Revolución, que muchos creen que se preparó exclusivamente por Madero. Yo llamo la atención de la justicia revolucionaria sobre la situación en que se encuentra Humberto Macías, el ingeniero Camilo Arriaga, por los servicios que ha prestado a las libertades públicas; no es justo que uno esté vegetando dentro de un estanquillo y otro se encuentre en otra situación de pobreza que casi es miseria".

Una nube de presuntos senadores buscaban al senador Cravioto. Y nosotros, en vista de que nuestro entrevistado ya nos había hecho la gracia de contarnos cosas muy interesantes, nos despedimos de él. Y pensamos en entrevistar al general Esteban B. Calderón, al de "igual clase" Juan José Ríos; a Pérez Fernández, a Jasso, a Santiago R. de la Vega, al doctor Ortega, y a todos esos resueltos ciudadanos que pueden aportar a la crónica política interesantes datos de aquellos tiempos en que la lengua guardaba a la cabeza.

Llovía a cántaros cuando salimos ayer de la redacción. Era una de esas lluvias torrenciales que caen en nuestra metrópoli, en que cada gota parece un chorro de agua. Los fotingos hacían su agosto; todos corrían vertiginosamente llevando "por dejadas".

Habíamos localizado a una de las personas que habían tomado participación muy activa en los trabajos de prensa en contra del "porfirismo".

El chofer que conducía nuestro modesto vehículo de gasolina manejaba hábilmente, y aunque íbamos a una fuerte velocidad, el fotingo no derrapaba. Tomamos las calles de las Artes hasta llegar a la esquina que forma una de ellas con la cuarta de Arquitectos.

Una reparación de las líneas eléctricas nos privó de bajarnos a la puerta de entrada del edificio a donde íbamos. Escampó un poco el temporal y llegamos a la puerta. Un portero con todo el acento de la gente de Sonora nos dice:

—Sí, señor, aquí trabaja el señor Federico Pérez Fernández, pero no lo podrá ver usted, porque sus oficinas están en la azotea y, para llegar a ella, se mojaría usted mucho.

Al quedarnos en una banca que sirve para el descanso de los visitantes a las oficinas de Estadística General de la República empezamos a ver que la casa en donde estábamos era la que ocupó El Manco González. Suntuosa residencia construida por un hombre a quien le gustó "darse buena vida". Un portón de

hierro forjado y calado, de una construcción de muy buen gusto artístico, estaba de par en par abierto.

Un gran patio de casa española, adonde discretamente estaba un jardín, embellece un amplio corredor en que, encima de barandal de hierro, se ven lugares para colocar las típicas macetas de plantas, que eran orgullo de nuestras inocentes abuelas.

Cuando escampó el torrencial aguacero, el portero, muy amablemente, nos guía hasta donde debe de estar trabajando nuestro entrevistado.

Maravillosas puertas de rica y jaspeada caoba guardan las entradas de una serie de habitaciones que han de saber de los motines del níquel, de las aventuras políticas y galantes de ese hombre que, valiente y audaz, un día en que el populacho parecía querer lincharlo, salió entre esa multitud y, en un golpe de audacia, dijo:

—Yo soy El Manco González.

Caminamos por una serie interminable de pasillos hasta llegar a un extremo del edificio a donde se encuentra una escalera de servicio y llegamos a la azotea. Dando al frente de la calle estaba la oficina donde trabaja el señor Pérez Fernández. Una señorita muy simpática le hace compañía. Parece que checan algunos documentos de estadística que tienen muchos numeritos.

—¿El señor Pérez Fernández? —decimos nosotros ya cerca del escritorio en que trabajaba el compañero de agradable señorita.

Un señor de factura física enteramente aborigen levanta la vista y nos dice:

—Servidor de usted —y nos hace tomar asiento a su lado.

El entrevistado es realmente un agradable tipo de entrevista. Le decimos a lo que vamos, y él, ladinamente nos hace una salida en falso. Nosotros intentamos desvanecer sus reticencias para hablar y un incidente imprevisto, al dar nuestro nombre, hace que nuestra víctima cambie de actitud. No obstante, cuando le decimos que

veníamos de entrevistar al senador Alfonso Cravioto, sobre los acontecimientos en que le resultaba una cita como se dice en la jerga jurídica, él toma esa razón como un pretexto para que no nos dé una entrevista así sin preparación.

—Esas son las malas, amigo Pérez Fernández, las que se preparan no tienen sabor, deben de ser así, a boca de jarro.

Recapacita un poco nuestro amigo y, sonriendo francamente, dice:

—Pero amigo, yo no puedo decirle nada de eso porque yo era un simple empleado de administración.

—Bueno —le contestamos—, los administradores de los periódicos saben muchas cosas que no saben los redactores.

Vuelve el señor Pérez Fernández a pretender no contarnos lo mucho que él sabe, pero, al fin, cambia de táctica y nos larga una entrevista sensacional.

Cómo se fundó El Hijo del Ahuizote

Ya su actitud es resueltamente franca, ya sus ojos brillan al recuerdo de sus ladinos trabajos para conseguir "la plata para hacerle la oposición a don Porfirio". Y empieza así su interesante relato:

—Yo fui el administrador del famoso periódico *El Hijo del Ahuizote*, que tanta guerra dio a don Porfirio. Ese periódico fue fundado por el señor Daniel Cabrera, tío de Luis Cabrera, que fue ministro de Hacienda en el gabinete de Carranza. Aunque el nombre de don Daniel figuraba como director, en realidad no lo era. Su sobrino Luis era quien alimentaba la parte espiritual, y aunque después vinieron otros directores como don Remigio Mateos y don Néstor González, Luis seguía siendo un factor decisivo en la política de ese formidable periódico político.

Se nos han acabado los cigarrillos y le pedimos uno. Nuestro entrevistado no fuma, pero nos satisface la petición pidiendo uno a un empleado. Entre tanto, mentalmente evocamos la acerada

figura política del gran Luis Cabrera, y nos acordamos de aquel dicho español: "Hijo de gato, caza ratón". Nuestro entrevistado sigue la interrumpida conversación, y dice:

—Estando ya presos los Flores Magón y el hermano de Luis, Alfredo, y vacante el personal de la redacción, así como los otros empleados, decidí hablarle a don Daniel para pedirle permiso de buscar la manera de seguir publicando el periódico para lograr que los empleados cesantes tuvieran algo que comer, porque en aquellos tiempos era muy difícil haber escrito o trabajado en periódicos de la índole del de Cabrera. Don Daniel dio el permiso, y yo comencé a ver a todos los redactores y empleados y les hice ver que había necesidad de volver a sacar *El Hijo del Ahuizote,* comprometiéndose darles, al principio de la nueva campaña, el veinticinco por ciento de los sueldos que antes tenían, que eso era mejor que andar desocupados. Todos, hombres de energías y de pasión por los trabajos de libertad que habían emprendido, y que se habían suspendido en fuerza de las persecuciones, aceptaron, y salió de nuevo el periódico.

Cómo eran los editores de antaño

Ser editor en esos tiempos, mi amigo, era todo un problema, no sólo por el asunto económico, sino más por las consecuencias que de ellos derivaban. De manera que, arrostrando todo lo que viniera, se rehizo el núcleo y comenzamos otra vez la campaña periodística. El público, harto de las adulaciones de los periódicos porfiristas, recibió con júbilo la reaparición de nuestro periódico, y a los pocos números de esa época yo pude ir aumentando el sueldo de todos los que trabajaban allí, hasta pagarles el que disfrutaban antes.

A la cárcel

Mas cuando estábamos gozando de relativa tranquilidad económica y espiritual, un incidente nos vino a quebrantar de nuevo la

campaña. Por algún artículo escrito en contra de los reservistas, nos levantaron el más disparatado proceso penal, dizque por insultos al ejército, y fuimos a dar a la prisión militar de Santiago Tlatelolco, muchos de los que trabajábamos allí. Después de una prisión de cinco meses, salimos libres, y tercos, nos volvimos a agrupar y a sacar de nuevo el periódico. En este tiempo era apoderado del señor Daniel Cabrera el licenciado Jesús Flores Magón, y como su hermano Ricardo quería arrendarle a don Daniel la imprenta y el nombre de *El Hijo del Ahuizote,* me llamó el señor Cabrera para que le aconsejara lo que debía hacer. Yo, desde luego, viendo la imposibilidad física de mi jefe y amigo, le aconsejé que debería rentarlo. El contrato se hizo con una cláusula en la que se estipuló que si el periódico era denunciado, y presos los Flores Magón, no se pagaría renta.

Ricardo Flores Magón toma El Ahuizote

Así las cosas, recibió Ricardo Flores Magón la imprenta y el periódico. Como mi puesto allí era de confianza, deduciendo lógicamente que Ricardo llevaría allí otra persona que le mereciera esa confianza, le manifesté que yo me retiraría de mi puesto. Ricardo me dijo: "Permanezca usted unos quince días". Cumplido ese plazo, se lo recordé, pero Flores Magón no quiso que me fuera, y me dijo: "Yo le tengo ahora la misma confianza", y seguí trabajando con el mismo ahínco y la misma pasión política que sentía por mi amigo don Daniel…

El reloj marca las dieciocho horas. Todos los empleados se aprestan a salir. "Hay que tocar retirada", dijimos, pero la conversación es muy interesante. Invitamos al señor Pérez Fernández a dejarlo a su casa a bordo de nuestro fotingo. Él acepta, y ya a bordo, reanudamos nuestra entrevista.

Otra vez, ¡a la cárcel!

Vino la segunda prisión de los redactores de nuestro periódico libertario, pero entonces no fui yo a la prisión, por haber escapado. La redacción estaba en lo que ahora se llama calle de Colombia, antes Chiconautla. Recién clausurada la imprenta y redacción, yo, por una azotea vecina, me subí a la de la Casa que ocupábamos y, descolgándome con un soga, pude sacar todos los libros y la contabilidad de la administración para proseguir la publicación de *El Hijo del Ahuizote.* Volvimos a ganar dinero, y este me servía para darles a las familias de los presos sus sueldos.

El Colmillo Público

Más adelante, ya no pudimos con las persecuciones, y poco tiempo después, con una imprenta que yo había comprado, hoy una fuente, mañana un titulitom y con trescientos pesos de capital, fundé *El Colmillo Público.* (Esto es muy interesante que lo recuerde el lector, porque ya verá de dónde vino el orígen de la tremenda prisión que sufrió el entrevistado, y más de 500 miembros de la conspiración de octubre de 1906). Cuando salió este periódico, me llamó a sus oficinas mi viejo amigo, el jefe de las Comisiones de Seguridad, Domingo Martínez. Le digo amigo y viejo, porque con eso de las aprehensiones ya nos conocíamos mucho. Una vez que acudí personalmente al llamado de esa policía, me dijo: “Amigo, ¿no le he dicho que don Porfirio no quiere que ustedes hagan ningún periódico? Ya quítese de esas cosas y dedíquese a otras”. Yo no me amilané, y le contesté: “Don Domingo, si este periódico no es ni va a ser político, se trata de comer y todos los que trabajamos en *El Hijo del Ahuizote* vamos a escribir este periódico, con un fin netamente frívolo. Se trata de hacer un periódico de caricaturas, de teatros, pero nunca político”. Como los primeros meses *El Colmillo público* así fuera, no fuimos molestados.

Otra vez la burra al trigo

Cuando nuestro fin era el de inspirar confianza y después proseguir nuestra campaña antiporfirista, dimos un subido color oposicionista a *El Colmillo Público,* ya que Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Librado Rivera, Lauro Aguirre, Antonio I. Villarreal estaban presos en Estados Unidos. Entonces palpé la fuerza y simpatía que tenía nuestro nuevo periódico. Para juntar la caución de cuatro mil dólares que les pedían a nuestros correligionarios presos en San Luis, Misuri, abrimos una suscripción entre todos nuestros lectores, manifestándoles que los que quisieran podían mandar su contribución en la forma que quisieran a donde estaban presos Ricardo y sus compañeros. A las cuantas semanas esa suma se reunió, contribuyendo nuestros lectores, quién con un peso, quién con cincuenta, y otros con cien.

Cuando los trabajos de Sarabia, Aguirre, Villarreal y demás iban a tomar una orientación más efectiva como la de tomar las armas para derrocar al general Díaz, recibí una carta de Ricardo, en la que me decía que si contaba con mi persona y los que estábamos aquí. Yo le contesté que incondicionalmente me ponía a sus órdenes.

Sobre la brecha

Seguimos trabajando con más ardor, y un día se nos presentó un obrero que nos dijo ser enviado de los obreros de Río Blanco, y que quería hablar con nosotros. Con la natural desconfianza, yo hablé con él. Este obrero se apellidaba Neira. Me expresó Neira que los obreros de Río Blanco habían leído desde el primer número de nuestro periódico, y que les gustaba mucho. Que ellos estaban siendo vilmente expoliados por los dueños de esa fábrica, y que deseaban que les hiciéramos un periódico que se llamaría *La Revolución Social*. Con esto nos venía a robustecer nuestros planes, después que me convencí de que aquello no era una celada policiaca, empezamos

a editar el periódico de los obreros veracruzanos. Nos quedaron a deber los obreros el primer número, pero como nuestro fin no era lucrar, continuamos editándolo, y con miles de martingalas lo hacíamos llegar por exprés a Río Blanco. Como el material escrito de los obreros era valiente, pero mal forjado, nosotros le dábamos su "mano de gato", y yo para resarcir un poco los gastos de la edición, le ponía anuncios de los libros que editaba Ángel Pola. Esto, como verá usted más adelante, nos causó enorme daño. Por ese detalle dio conmigo la policía, que mucho tiempo ignoró que en nuestra imprenta se editaba *La Revolución Social*, pues se creía que en el mismo Orizaba había una imprenta en un lugar muy secreto, dado que no habían podido localizarla. Un día del mes de octubre del año de 1906, cuando menos lo esperábamos, nos cayó la policía y enmedio de un lujo de fuerza, vejados y escarnecidos, nos llevaron a Belén.

¿Quién los denunció?

Señor Pérez Fernández, ¿no saben ustedes cómo dieron en el clavo los policías de don Porfirio? —le preguntamos.

—Porque atando cabitos e informaciones de los anunciantes, don Ángel Pola, al ser interrogado si había mandado publicar aquel aviso en ese periódico, *La Revolución Social,* dijo que el que podía saber de eso era quien había tenido injerencia en esa publicación, pues varias veces le había comprado libros, entre ellos *Guía del amansador de caballos y del picador*, que precisamente ese era el anuncio por el que se le preguntaba. Yo creo —continuó nuestro entrevistado— que ese fue el hilo por el que me cazaron.

—Pues ese no fue, señor Pérez Fernández —le replicamos.

—Sí, hombre, yo le enseñaré la sentencia que por el delito de rebelión nos instruyeron a más de trescientos liberales.

—No —contestamos—. El verdadero hilo lo sacó un detective yanqui de la Agencia Pinkerton, de San Luis, Misuri, pagado por

el señor Creel. (Ya verá el lector, mañana, qué interesante es ese informe secreto que le rinde ese famoso agente al señor Creel).

La Constitución ha muerto

Y después, señor Pérez Fernández, ¿qué pasó?

—Espéreme tantito —nos contesta—. Quiero contarle que cuando teníamos *El Hijo del Ahuizote* en Chiconautla llegó un cinco de febrero. Redactores, empleados y amigos políticos decidimos hacer una broma política al general Díaz. Para el efecto, enlutamos todas las paredes del frente de la casa, y pusimos un letrero que decía: "La Constitución ha muerto". Ese fúnebre decorado despertó la curiosidad de todo México, y por el frente desfilaron miles de personas. Todo esto le causaba profundo disgusto a las autoridades, y al mismo don Porfirio, y vino a echar leña a la hoguera de la antipatía por el porfirismo.

—Qué interesante es para la historia del periodismo todo esto, señor Pérez Fernández. Usted ¿nos podría proporcionar esa fotografía?

—Con mucho gusto, y con los autógrafos de todos los que estábamos en los balcones desafiando las iras del porfirismo, no más que tenemos que ir a su casa.

Abusando de la benevolencia del señor Pérez Fernández, fuimos a su casa en la calle de Granaditas. Modesta residencia. Nos conduce hacia el fondo de una casa de vecindad, y nos dice antes.

—En estos balcones de la calle vive mi familia, pero allá dentro tengo un cuartito adonde tengo mis papeles.

Atravesando un largo pasillo, llegamos al cuartito del señor Pérez Fernández. Sobre una pared hay un librero de madera. Está sobre una modesta mesa de pino. En ese librero hay muchos libros. A un lado, un pequeño escritorio antiguo, y encima, muchos papeles. No hay luz eléctrica. Encendemos unas cerillas y a la antigua usanza, nos alumbramos y podemos ver con más claridad los muebles que

distinguimos en la penumbra. Eran las diez y nueve cuando el señor Pérez Fernández nos entregaba la copia de la sentencia que se pronunció en el proceso que por el delito de rebelión le había instruido a él y a más de 100 camaradas las autoridades penales del señor general Díaz. La sentencia es interesante por el número de procesados.

En el momento oportuno, la publicaremos. Debemos una explicación a los lectores que hayan seguido esta labor de *El demócrata*. Como los documentos del proceso político secreto que estamos publicando se refieren a los revolucionarios que trabajan en los Estados Unidos, resulta oportuno ilustrar esos documentos con los que dicen los revolucionarios vivos aún que hacían labor en contra del porfirismo, en México, pues vamos a ver que el gobierno dictatorial descubría, por sus investigaciones aquí y en el extranjero, las relaciones que había entre los dos grupos, sin que estos se dieran cuenta de ello.

Mañana publicaremos el informe rendido al exgobernador Creel de Chihuahua por la agencia de detectives Pinkerton, de Chicago, en el cual informe le da detalles de los trabajos de los revolucionarios y de la vida y los milagros de cada uno de estos. Actores de segunda fila en la campaña que violenta y continuamente hicimos en *México nuevo,* desde su fundación, al régimen de la dictadura porfirista, podemos hablar con conocimiento de causa acerca de lo molesto que era entonces decidirse a escribir en favor de la libertad ciudadana. Mas, si en 1909 era molesto escribir en contra de ese régimen político, compadezco a los escritores que nos precedieron en esa campaña de libertad. Es cierto que a nosotros se nos encarceló, pero la cárcel que tuvimos en Belén ya era "benigna". Es decir ya el alcaide sentía el vendaval de la Revolución y nos trató con alguna consideración, y solamente una noche conocimos las famosas bartolinas adonde los ratones corrían sobre los cuerpos de los presos dormidos.

El informe secreto que publicamos hoy tiene mucho que enseñar, tiene mucho que comentar y es una plena confirmación de la manera como ahogaban aquellos hombres, torpemente, la libertad de escribir. Y decimos torpemente porque, si se hubiera dejado desde entonces escribir, el porfirismo científico habría tenido una válvula de escape a todos los odios y de toda la oposición, y esa válvula hubiera sido la de escape, y no habría estallado tan violenta la ira del pueblo.

El lector debe de meditar este informe secreto, que desde mañana marginaremos y comentaremos, y por su lectura deducirá todo el desprecio que merece la intromisión de agentes políticos extranjeros.

He aquí el informe de la agencia Pinkerton

En su carta, que ya hemos publicado, de fecha 4 de octubre de 1906, dirigida al general Díaz, el exgobernador de Chihuahua, don Enrique Creel, le anunciaba que ya se había dirigido a una agencia policial de San Luis Misuri, pidiendo un agente para que vigilara a los revolucionarios del otro lado del Río Bravo. Es de presumirse que desde antes, el señor Creel ya había solicitado los servicios de los detectives americanos, pues pudo enviar al presidente Díaz poco tiempo después el informe que con fecha 28 del mismo mes de octubre le rindiera el agente confidencial Furlong, acerca de las actividades, costumbres, significación, etcétera, de varios revolucionarios. En ese mismo informe dice la agencia detectivesca que el trabajo de investigación duró cuatro meses. Esta es una confirmación de que el señor Creel desde mucho tiempo antes había solicitado los servicios de la mencionada Agencia.

Como verá el lector por el informe, el ex gobernador Creel formuló a la Agencia un cuestionario que aquella contestó de la manera siguiente.

Información secreta que el agente N. N., de San Luis, Misuri, dio al suscrito, contestando al siguiente interrogatorio

¿Conoce usted a los redactores de *Regeneración*? Sí, los conozco muy bien, por haber desempeñado durante cuatro meses la comisión que usted mismo me dio cerca de esos señores. *Diga usted sus nombres.* Se llaman Ricardo Flores Magón, Enrique Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal y Rosalío Bustamante. *¿Pudiera usted darme la filiación de estos señores?*

Ricardo Flores Magón. Alto: cinco pies, ocho pulgadas. Cuerpo: es bastante gordo. Peso: aproximadamente 225 libras. Color de los ojos: muy negros. Color de pelo: negro rizado. Color de la tez: trigueño oscuro. ¿Fuma? Es un gran fumador de cigarros. ¿Habla mucho? Es más bien sobrio, pero tiene facilidad para hablar, y se expresa con elegancia. ¿Habla inglés? Muy poco. ¿Tiene mucho pelo? Bastante. ¿Qué edad tiene? Representa como cuarenta y cuatro años. ¿Es casado? No. ¿Qué otras cosas puede usted decirme del señor Magón? Que es un periodista muy inteligente, trabajador; activo, ordenado, que nunca se emborracha, que escribe muy bien en máquina, que se hace respetar de las personas que lo acompañan; que tiene un carácter muy resuelto y enérgico, y que está fanatizado por la causa que persigue, con ese fanatismo brutal y peligroso que tienen los anarquistas.

Enrique Flores Magón. Alto: cinco pies, ocho pulgadas. Cuerpo: es de buen cuerpo.Peso: 115 libras Color de los ojos: negros. Color del pelo: negro. Color de la tez: trigueño claro. ¿Fuma? Cigarrillos. ¿Habla mucho? No, y más bien es pensador y reflexivo. ¿Habla inglés? No. ¿Tiene poco o mucho pelo? Tiene bastante, y se lo arregla con cuidado. ¿Qué edad tiene? Representa treinta y cinco años. ¿Qué más puede usted decirme de Enrique Flores Magón? Que viste con gusto; parece americano; anda de prisa; está sugestionado por su hermano Ricardo; y lo considero a un nivel inferior

intelectual respecto de aquel. Creo que es hombre de menos valor civil que su hermano.

Juan Sarabia. Alto: cinco pies, siete pulgadas. Cuerpo: es muy delgado. Peso: 125 libras. Color de los ojos: oscuros. Color del pelo: negro. Color de la tez: trigueño. ¿Fuma? Cigarros. ¿Habla mucho? Es de buen humor, le gustan los chistes y las bromas; pero es hombre de menos importancia que Ricardo Flores Magón. ¿Habla inglés? Un poco. ¿Tiene poco o mucho pelo? Bastante. ¿Qué edad tiene? Representa treinta años. ¿Qué más me puede usted decir de Juan Sarabia? Que escribe con facilidad; que es útil como periodista; que tiene carácter resuelto y audaz; que tiene la cara ligeramente picada de viruela.

Antonio I. Villarreal. Alto: cinco pies, siete y media pulgadas. Cuerpo: de buen cuerpo. Peso: 175 libras. Color de los ojos: negros. Color del pelo: negro. Color de la tez: negro oscuro. ¿Fuma? Bastantes cigarros. ¿Habla mucho? Sí, y se expresa bien. ¿Habla inglés? Poco. ¿Tiene poco o mucho pelo? Bastante. ¿Qué edad tiene? Veintiocho años, aunque representa treinta y dos. ¿Qué más me puede usted decir de Villarreal? Que es el hombre de las confianzas de Ricardo Flores Magón; que conoce todos sus secretos; que recibía y guardaba el dinero; que ha sido uno de los agentes más activos y que también es fanático, como los Magón y los Sarabia; que es muy enamorado, le gustan los líos con las mujeres, y que lejos de Magón le agrada mucho decir bromas y chistes. El padre de Villarreal vive en San Luis, Misuri.

Rosalío Bustamante. Alto: cinco pies, dos pulgadas. Cuerpo: es muy delgado. Peso: 125 libras. Color de los ojos: negros. Color del pelo: negro. Color de la tez: trigueño claro con bigote. ¿Fuma? Cigarros. ¿Habla mucho? No. ¿Habla inglés? No. ¿Tiene poco o mucho pelo? Bastante. ¿Qué edad tiene? Veintinueve años. ¿Qué más me puede usted decir de Bustamante? Que es carpintero; en

el periódico escribía poco, porque no tiene ilustración, y lo ocupaban más bien para rotular y dirigir los periódicos. Tuvo algún disgusto con los Magón, y se separó de ellos hace algún tiempo. Vive en San Luis; está pobre y trabaja como oficial de carpintería. Es hombre de poca importancia, y poco debe saber de los secretos de los Magón. Es casado y tiene una hija.

Manuel Sarabia. Alto: cinco pies, tres pulgadas. Cuerpo: delgado. Peso: 125 libras. Color de los ojos: negros y vivos. Color del pelo: negro. Color de la tez: trigueño claro. ¿Fuma? Cigarros. ¿Habla mucho? Sí. ¿Habla inglés? Muy poco. ¿Qué edad tiene? Veintiséis años. ¿Qué más me puede usted decir de Sarabia? Que es activo, de buen trato, y le gusta tomar la administración de espectáculos públicos, como circos, comedias, etcétera, y ha desempeñado algunos empleados con empresas de orden secundario que viajan por los pueblos cortos.

A. Sauceda. Alto: cinco pies, cinco pulgadas. Cuerpo: regular. Peso: 140 libras. Color de los ojos: negros. Color del pelo: castaño. Color de la tez: blanco. ¿Fuma? Cigarros. ¿Habla mucho? No mucho; pero sí se entusiasma cuando toma la conversación. ¿Habla inglés? Unas cuantas palabras. ¿Tiene poco o mucho pelo? Sí, y le gusta arreglarlo con cuidado. ¿Qué edad tiene? Cuarenta y tres años. ¿Qué más me puede usted decir de A. Sauceda? Que es persona de todas las confianzas de Ricardo Flores Magón; está encargado de una tía de los Flores Magón, y probablemente es el depositario del archivo secreto de dichos señores, aunque es muy posible que no lo tenga en la casa donde vive, sino que todos los papeles de importancia estén depositados en alguna caja de seguridad, de las que arriendan por renta moderada en varios establecimientos de San Luis, Misuri.

¿Dónde vive Sauceda? La última vez que lo vi fue en la casa número 2645 de Lafayette Avenue, de San Luis, Misuri. Ese mismo

día me enseñó el conocimiento de algunos muebles que Flores Magón le había consignado a Toronto, Canadá. En esa misma casa se reúnen los resto que han quedado de *Regeneración*, como un señor Ríos, y otros simpatizantes de los Magón.

¿Quién remitió los muebles de Toronto? Probablemente fue Enrique Flores Magón, porque Ricardo ya se había venido para el estado de Texas, a recorrer la frontera, donde ha estado activando sus trabajos últimamente.

¿Qué sabe usted del señor Serrano, excónsul de México en San Luis, Misuri? No creo que estuviera complicado con los Magón, porque estos no le tenían ni confianza ni simpatías; pero siempre me llamó la atención su conducta apática, fría e indiferente, pues no supe que hubiera tomado ningún interés para averiguar los trabajos de los Magón, ni para ayudar a la causa de México en ningún sentido.

¿Qué explicación le dieron a usted los Magón de su conducta, cuáles eran sus planes y con qué elementos contaban para realizarlos? Los Magón, Sarabia y Villarreal me parecieron siempre de esos hombres fanatizados por una idea, y por lo mismo peligrosos, como son todas las personas que se encuentran con esa obcecación y esa locura. En sus conversaciones hablaban siempre de la tiranía y de la dictadura del señor general Díaz; de la terrible presión sobre la prensa y sobre los hombres intelectuales; de los progresos del clero para matar al Partido Liberal; y de la complicidad con ese orden de cosas de las clases ricas, en particular, los hacendados y los industriales, que explotan al pueblo trabajador, principalmente a los peones, manteniéndolos en la ignorancia y en la miseria. Que no pudiendo tener garantías y la libertad bastante para emitir sus ideas por la prensa, y siendo perseguidos por el gobierno mexicano, habían tenido que emigrar a los Estados Unidos, estableciendo primero un periódico en la frontera; después otro en San Antonio, Texas, y finalmente uno en San Luis, Misuri; que al pueblo mexicano le gusta mucho

la oposición, y que se habla contra el gobierno y contra los ricos, y que esas circunstancias les ayudarían mucho para aumentar la circulación de su periódico, *Regeneración*; y que llegando este a las clases bajas de la sociedad y principalmente a los obreros, estaban seguros de que poco a poco los irían educando en ese orden de ideas, haciéndoles conocer los derechos como hombres libres y preparar su espíritu y sus convicciones para que, con el curso del tiempo, ayudaran a establecer otra distinta administración; que en los obreros tenían un filón rico que explotar, porque esa clase social sí tenía dinero y aspiraciones, y que era fácil inclinarla al socialismo y a las huelgas, preparándola para que tome activa participación en la política, que su trabajo sería lento y obra de algunos años, pero que la muerte del general Díaz podría precipitar los acontecimientos y asegurar el éxito, y que entonces recibirían ellos la compensación de sus trabajos y de sus sacrificios, que entre tanto estaban seguros de ganar lo bastante para vivir en los Estados Unidos desahogadamente, porque los suscriptores y simpatizantes pagaban bien el periódico y les hacían constantes remesas de dinero; que de esta manera pensaban antes que se les hubiese puesto presos en San Luis, Misuri, y antes de que el gobierno de México les hubiera entorpecido la circulación de su periódico, que les estaba yendo muy bien, porque llegaron a imprimir y a remitir a México hasta 11 mil ejemplares y a tener entradas de dinero de bastante importancia, porque a diario recibían una multitud de giros pequeños, que, en conjunto, establecían una corriente constante de dinero; que en esa época se recibía su periódico en la oficina de correos de San Luis, Misuri, como de cuarta clase, y podían remitir los periódicos por un centavo, siendo además el papel y la impresión muy baratos; que cuando el señor Arellano, de Oaxaca, procedió contra ellos, y cuando el administrador de correos de San Luis, Misuri, se negó a recibir el periódico como de cuarta clase, y cuando,

por otra parte, era confiscado en las oficinas de correo de México, las cosas se pusieron muy difíciles, vacilaron mucho sobre lo que debían hacer, y entonces fue cuando le dieron un nuevo giro a sus ideas, planes y trabajos, resolviéndose a organizar el Partido Liberal Mexicano, y con ese objeto publicaron el manifiesto del 1 de julio de 1906. Que desde entonces empezaron a hablar de revolución, lo cual no habían hecho antes, y que de entonces para acá les ha podido notar a los Magón y socios cierta nerviosidad y cierta excitación febril, si bien ya no le fue posible seguirles en todos sus movimientos, por haber recibido orden de la oficina de Servicios Secretos a que pertenece de suspender ese trabajo para ir a desempeñar otro a Denver, Colorado. Que de entonces para acá muy poco puede informar, porque solamente hablaba con los Magón de tarde en tarde, y cuando por casualidad se encontraba con ellos en San Luis, Misuri.

Dígame usted si sabe de algunos periodistas que apoyaran a los Magón y les enviaran dinero. Casi todos los periódicos establecidos por mexicanos en la frontera americana son simpatizantes de los Magón, y sus redactores sostenían constante correspondencia con ellos. De México, el periódico que se recibía en San Luis, Misuri, como amigo de los Magón era *El Colmillo Público*, y varias veces le dijo don Ricardo Flores Magón que en el redactor de *El Colmillo Público* tenía un amigo leal y resuelto a apoyarlo en todos sentidos. (Fíjese el lector que tanto el senador Cravioto como el señor Pérez Fernández no sabían hasta hoy cómo les había venido el ramalazo).

Dígame usted de dónde recibían dinero los Magón, ya sea de los Estados Unidos o de México, y si cuentan con algunos capitalistas que los apoyen. Hasta la época en que yo estuve ocupado por usted para adquirir informes, no pude notar relaciones con ninguna empresa ni con ningún particular americano, con excepción de uno que otro individuo de la frontera, de los que estaban ligados con familias

mexicanas y que simpatizaban con los Magón y les remitían dinero en pequeñas cantidades. Tampoco supe que de México hubieran recibido ninguna cantidad fuerte; ni me hablaron de contar con ningún capitalista, ni extranjero ni mexicano; siempre me dijeron que su negocio consistía en halagar a los obreros y a las clases trabajadoras, y entre ellos conseguir por suscripciones al periódico y por colaboración de simpatías pequeñas cantidades que les enviaban en giros postales, cheques de bancos y casas comerciales y billetes de banco; que los giros y cheques iban extendidos a la orden de Antonio I. Villarreal y dirigidos al apartado postal número 584; que está seguro de que si se revisan los libros de las oficinas de correos de México, se encontrarían bastantes giros internacionales en esa forma, y todo por pequeñas cantidades.

¿Está usted enteramente seguro de que los americanos no les han ayudado a los Magón? Sí, señor, enteramente seguro, no creo que los americanos les hayan prestado ninguna ayuda.

Y los Magón, ¿qué opinión tienen de los americanos, y qué esperan de ellos? Los Magón se manifiestan siempre grandes admiradores del pueblo y del gobierno americano; les agrada mucho la libertad de prensa y creen que, haciendo propaganda para que en México se establezca el mismo sistema y se gocen de las mismas libertades, eso ha de agradar a los americanos y, con el tiempo, cuando todo esté maduro para un cambio de administración, ellos creen poderse atraer las simpatías y el apoyo del pueblo americano.

¿Qué opinan los Magón del ejército mexicano? En la primera época, que fue cuando yo estuve cerca de ellos, hablaban poco del ejército, y se limitaban a hacer esfuerzos porque *Regeneración* llegara a los oficiales, cabos y sargentos.

Dicen que también han trabajado para arrancar compromisos a algunos oficiales, ¿es cierto? Esos trabajos deben de ser posteriores, porque yo no sé.

¿Sabe usted si han comprado dinamita y otros explosivos? No lo sé.

¿De qué estados de la República han recibido más auxilios? De Sonora, Coahuila, Nuevo León, San Luis Potosí y Veracruz.

¿Qué sabe usted de Librado Rivera? Lo conozco muy bien; es un hombre de poca importancia. Estaba empleado y ayudaba en lo que podía, ocupando un papel secundario. Se ha quedado en San Luis, Misuri, en la miseria. Está casado, y tiene un hijo. No habla mal, pero no tiene conocimiento como periodista.

¿Sabe usted que los Magón tengan relación con algunos jefes del ejército mexicano? No lo sé, y creo que no, porque no tuve conocimiento de correspondencia ninguna. Algunas veces se iniciaban conversaciones sobre el general don Bernardo Reyes, pero no tiene usted idea de lo astuto que es Ricardo Flores Magón, y de la rapidez con que trabaja su cerebro. Todas esas conversaciones sobre puntos concretos y delicados de la política y sobre personas no le agradan en mi presencia, por más que llegué a inspirarles mucha confianza e inmediatamente les daba otro giro.

Ya sabe usted que durante cuatro meses estuve trabajando por conseguir los nombres de las personas que enviaban remitidos o datos para confeccionar artículos y calumnias al general Díaz, al señor Corral, al general Terrazas, al señor Creel y a otras personas, y aunque me consta que recibía activa correspondencia de varios estados, sin embargo nunca pude conocer los nombres de los corresponsables (*El demócrata* tiene la lista de colaboradores y corresponsales que publicará a su debido tiempo). Además, en aquella época no se pensaba en revolucionar, como ya se lo he explicado a usted. Esos proyectos han venido después.

De todo el grupo, ¿a quién considera usted el hombre más peligroso? Sin duda, a Ricardo Flores Magón.

¿Lo considera usted capaz de encabezar un movimiento revolucionario? Sí, señor; lo creo capaz de todo.

Y, si Ricardo Flores Magón fuese aprehendido y puesto en la cárcel por varios años, ¿qué sucedería? En el acto se acabaría todo ese movimiento alarmista y agitador, pues él, don Ricardo, es el alma de todo, y sin él nada harían las otras personas; lo repito, se acabaría todo. Fechado el 28 de octubre de 1906.

Hasta esta fecha es el texto íntegro del informe secreto. Ahora, para que se vea cómo se siguió al pie de la letra aquello de que si fuera aprehendido Ricardo Flores Magón y puesto en la cárcel por varios años, oigamos al mártir de las libertades humanas en la página 86 del folleto *Por la libertad de Ricardo Flores Magón:*

"En octubre de 1906 fui arrestado sin orden alguna de arresto, y enviado a las oficinas de Inmigración de San Luis, Misuri. De ahí, se me plagió en ferrocarril por la noche, camino a México.

"Los detectives me dijeron que iba a ser entregado al gobierno mexicano, pero repentinamente, mis guardianes recibieron un telegrama de la pequeña estación de Ironton, Misuri, a ochenta millas de San Luis, en la cárcel de esa población se me dejó completamente incomunicado durante tres semanas.

"El *San Luis Post-Dispatch,* el *San Luis Democrat* y algunos otros periódicos llevaron a cabo una campaña vigorosa para acertar mi paradero. Como el cónsul mexicano y los empleados de inmigración de San Luis, Misuri, sabían dónde me habían escondido, me regresaron a San Luis, Misuri, para presentarme una acusación falsa hecha por el gobierno mexicano, quien, usando en esta ocasión trámites legales, demandaba mi extradición inmediata. La acusación presentada por dicho Gobierno se basaba en los falsos hechos de que durante una huelga de trabajadores en Cananea, Sonora, México, en julio de 1906, yo fui líder, fomenté motines, cometí asesinato, robo, incendio; pero como probé la coartada, y presenté

muchos testigos y pruebas irrefutables a mi favor, el comisionado especial federal, quien era el juez en mi caso, pudo ver claramente la mala fe del gobierno mexicano, y desechó la acusación en contra mía. Minutos después, estando aún en el juzgado, supe que el cónsul mexicano preparaba otra acusación para poder arrestarme otra vez. Me deslicé cautelosamente, y de allí me marché a San Luis, Misuri. Cuando mi esposa y algunos amigos regresaron a mi hogar, encontraron a cuatro detectives apostados alrededor de la casa en espera mía".

El detective que hizo este trabajo

El detective que rindió este informe logró la confianza de los Flores Magón, con quienes llevó vida de compañero durante varios meses. ¿Cómo logró inspirar esta confianza? Trabajando con ellos como agente de anuncios de sus periódicos. En el interesante relato que publiquemos mañana, se verá cómo los Magón no supieron que aquel agente de anuncios era un policía, y hasta hoy *El demócrata* publica estos importantes documentos. Enrique Flores Magón recuerda el detalle del agente de anuncios de que hablamos, y que no es otro que el policía de la Furlong.

"¿Está en México Enrique Flores Magón?", nos preguntamos al ver el silencio en que se ha metido voluntariamente este gran inconforme.

Hay que localizarlo, y en verdad que no costó trabajo, pues si bien es cierto que la dirección que se nos dio resultaba antigua, nada menos que porque el infatigable líder se había mudado de domicilio, una amiga de la portera y del líder ácrata fue tan amable, que nos dijo:

—Sí, yo sé donde vive don Enrique. El otro día me lo encontré en la calle, y me dijo que vivía en la casa número 42 de la calle del Sol.

—Pues a la calle del Sol nos dirigimos.

Estamos en la casa marcada con el número 42 de la calle del Sol. Desde luego se adivina que es una modesta casa, donde a lo largo de un angosto pasillo hay una serie de viviendítas muy modestas. Una inquilina de no malos bigotes conversa con un hombre maduro. Le preguntamos a esa vecinita que si por allí vive don Enrique, y ella, medio amostazada, nos responde:

—Aquí no vive.

Comprendemos que hemos sido inoportunos, y en la siguiente puerta de la amostazada vecina, nos dicen:

—Sí, señor, allá en el rincón.

Y en el rincón de ese estrecho y largo pasillo está la vivienda de Enrique Flores Magón. La puerta de la vivienda estaba abierta. Entre la habitación y la puerta de entrada hay una zotehuela, donde dos hombres con todo el aspecto y traje de obreros hacen algún trabajo.

Uno de ellos es de aspecto interesante. La cabeza parece mostrarnos un temperamento artístico, sus grandes ojos, un poco apagados en su brillo por las amarguras de los años, brillan con restos del fulgor con que brillaron en mejores años. Un bigote fuerte y entrecano le da una marcial apariencia al interesante rostro de ese hombre. El arado del dolor ha dejado honda huella en su cara, una camiseta muy blanca recibe en la parte de los hombros dos fuertes tirantes de un pantalón de obrero mecánico.

Cuando nos ve ese hombre, que nos ha llamado la atención, le preguntamos por don Enrique Flores Magón, y nos contesta con voz metálica:

—Yo soy.

—Pues… venimos... —le contestamos— a tener una entrevista con usted.

—Pasen ustedes —y nos lleva a una pequeña habitación en la que juegan con unos dados de madera con el alfabeto unos simpatiquísimos rapaces.

—Mis hijos —nos dice don Enrique—. Estos chicos gritan mucho. Es mejor que nos dejen solos.

—No, por Dios, don Enrique, a los chicos los queremos mucho, no ve usted que nosotros sabemos mucho de eso.

Y los niños siguen jugando con sus dados de madera, y de vez en cuando hacen reflexiones a la conversación, tan oportunas, que nos hacen reír.

En una esquina de la habitación hay una herramienta de carpintería. Sobre la pared, unas muy buenas fotografías. Desde luego adivinamos en ellas a los dos Flores Magón y a algunos de los revolucionarios de 1906. Les echamos el ojo para su oportunidad, y don Enrique empieza a contarnos algo de su vida pintoresca e interesante como la de algún nihilista del tiempo de Alejandro Romanoff.

No soy mexicano, soy italiano

A raíz de la prisión que sufrimos en San Luis, Misuri, nos fuimos a tierras canadienses, con la seguridad de que hasta esas lejanas tierras no llegaban las persecuciones del dictador don Porfirio. Trabajamos en rudos trabajos manuales hasta que, a fuerza de sacrificios, reunimos algunos dólares, los limitados para ir pensando en regresar a la frontera todos juntos, mas un día, a fuerza de ser espiados tantas veces por los detectives, se me puso en la cabeza que, ya en Toronto, los espías de Porfirio Díaz nos habían encontrado la pista, y que no tardarían en capturarnos. Hice saber esto a mis compañeros, y se resolvió violentamente que mi hermano Ricardo y Juan Sarabia salieran esa misma noche con rumbo a la frontera yanqui-mexicana, pues el dinero que teníamos ahorrado no era suficiente para pagar el tercer pasaje. Así lo hicieron, y apenas dejamos la casa donde vivíamos, los detectives la catearon. Yo descubrí esa maniobra, porque una vez llegando a la puerta

de mi casa en Toronto, un individuo me preguntó que si yo era mexicano, y le contesté que no, que era italiano. Para el efecto, fingí el acento italoamericano.

Como estibador y en el cemento

Cuando se fue mi hermano con Sarabia para el sur de los Estados Unidos, yo me quedé trabajando en unos trabajos de cemento; ganaba como salario nueve dólares semanarios. De esos nueve dólares, ahorraba cinco para ir juntando para pagar mi pasaje que costaba 175 hasta El Paso, Texas. Figúrese usted cuánto tiempo tenía que trabajar y esperar para reunir esa fabulosa suma. Así estuve trabajando hasta que, por fin, viendo que debería de violentar mi viaje a la frontera norte de mi país, decidí hacerlo en escalas, y con lo poco que tenía, llegué a Nueva York, con medio dólar. Allí trabajé en el edificio Singer hasta agosto de 1907, que es cuando supe que los planes de mi hermano y demás revolucionarios habían sido descubiertos por una traición de dos oficiales del ejército. Hay que hacerle notar que cuando me escribió mi hermano Ricardo a Toronto que yo tenía catequizado a esos dos oficiales, le contesté diciéndole que tuviera mucho cuidado con una celada.

Hacia Los Ángeles, California

Como pude, reuní cincuenta dólares, y me embarqué en un tren llamado Colonial con rumbo a Los Ángeles, California, para ponerme al habla con mi hermano. Desde luego le advierto que este viaje lo hice con nombre supuesto y con muchas precauciones, puesto que por mi cabeza también se daban algunos miles de dólares. En el trayecto me iba formando mis planes para poder llegar sin ser notado por los detectives, y en cada estación yo tomaba mis precauciones para no ser muy visto. Así duré todo el tiempo que fue necesario para llegar a Los Ángeles, California.

Ocho meses preso por voluntad

Cuando llegué a Los Ángeles, California, me fui a la casa de un correligionario llamado Rómulo Carmona, a donde permanecí "preso por voluntad" ocho meses. Hice esto para que, por medio de Carmona, mi hermano supiera que yo estaba allí, y que, estando yo ya cerca de él, nuestros trabajos se podrían empezar de nuevo. Para el efecto, tras de una espesa red de alambre que tenía el locutorio de la cárcel del Condado de Los Ángeles, mi amigo metía unos papelitos de cigarrillos americanos, a donde en una clave mi hermano le daba instrucciones a Carmona, para que me las comunicara, y yo a la vez a nuestros correligionarios.

64 grupos organizados

Fue entonces cuando yo me encargué de lleno de la dirección y administración de *Revolución*, el periódico tan perseguido por los esbirros de Porfirio. También conocí en aquellas fechas a mi buen amigo y camarada Práxedis Guerrero, a quien propuse como secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, pues encontré en Guerrero dotes eminentes para periodista y para revolucionario. Mi hermano, que era el jefe, aunque estuviera preso, me ratificó ese nombramiento, y me dio todas las instrucciones e identificaciones de jefes de grupos revolucionarios que teníamos regados en todo el país azteca desde el Bravo hasta Yucatán. El total de esos grupos armados y revolucionarios listos para obrar en contra del gobierno de Porfirio era sesenta y cuatro. Todo estaba debidamente organizado. El jefe del grupo de Sonora era Manuel M. Diéguez; el de Torreón, Juan Álvarez; el de Río Blanco, el obrero Neira; el de Melchor Ocampo, Estado de México, Andrés Avelino Sánchez; el de Oaxaca, ingeniero Ángel Barros; el de Uruapan, Alberto V. P. Tagle; en fin, son los únicos que me vienen a la memoria.

Aniversario de "mátalos en caliente"

La fecha para el nuevo levantamiento, después de haber fracasado el de 1906, fue convenida para el 25 de junio de 1908, para solemnizar de esta manera el aniversario de los fusilamientos de Veracruz, que se conocen por "mátalos en caliente", pero…

Aquí don Enrique se sulfura, se pone frenético, y con voz airada nos dice:

—También en esta vez, los espías de Díaz y de Creel nos descubrieron nuestros movimientos, y la víspera del levantamiento de todos los grupos, como obedeciendo a un conjuro, en todas las poblaciones a donde había compañeros, cayeron los esbirros mexicanos y a unos compañeros los asesinaron, a otros los pusieron presos, otros se fugaron y el levantamiento abortó.

—Mas, ¿cómo fue eso, señor Flores Magón?

Nuestro entrevistado se mesa los cabellos, y nos dice...

Una contrafigura de Antonio I. Villarreal

La cosa es novelesca. Como Antonio I. Villarreal estaba preso junto con mi hermano, y él había tenido mucho contacto con los jefes de grupo de la frontera, se buscó con mano maestra una persona que fuera la contrafigura de Antonio I. Villarreal, y se mandó que fuera con el jefe del grupo revolucionario de Torreón. El ardid fue de resultados magníficos. El compañero Juan Álvarez cayó en las redes de aquel polizonte porfirista después de consultar las fotografías que que tenía de Villarreal, y de que el otro fungió tan bien su papel que a los pocos días Sánchez le contó todos los secretos y la ramificación del movimiento armado. Así fue como la noche del 24 de junio de 1906, en todos los estados de la República se aprehendió a miles de conjurados de ese nuevo levantamiento.

Íbamos de nuevo a ser aprehendidos

Como yo tenía que estar la noche del 24 de junio de ese año en El Paso, Texas, para pasarme del lado mexicano, tan luego como hubiéramos tiroteado a los soldados federales por el lado noroeste de la población, mientras que los conjurados de adentro lo hacían a los cuarteles, teníamos escondidos en casa de Prisciliano Silva ochenta y tantos rifles, muchos miles de cartuchos, bombas de dinamita, etcétera, etcétera. Todo este material estaba listo en esa casa que le cito, y que estaba ubicada en la calle de El Paso, por el barrio mexicano.

—¿Y cómo se salvó usted?

—Como siempre me he salvado, a fuerza de astucia. Así fue como solamente nos salvamos Librado Rivera, Práxedis Guerrero y yo.

Se declaran anarquistas

Entonces, corajudo y acicatado por esos fracasos, decidí lanzar un manifiesto netamente anarquista. Este manifiesto causó una sensación tremenda en toda la línea divisoria, y fue publicado por todos los periódicos asalariados de Porfirio de esa zona. El manifiesto nos había sido robado antes de publicarlo, por los espías de Díaz. Con este motivo, los cónsules nos hicieron una campaña de prensa presentándonos a los correligionarios y no correligionarios como unos peligrosos anarquistas. Esto nos empezó a hacer daño entre nuestro correligionarios de México, pero muy pronto volvimos esa arma contra Porfirio, explicando a nuestros compañeros de México que esas no eran sino armas innobles del porfirismo para que cayéramos en desgracia con ellos. Desde luego que dimos esas explicaciones. Nuestros compañeros se enfurecieron más, y nos enviaron emisarios diciendo que estaban otra vez listos para otro levantamiento armado.

Otra vez la intentona

Pocas semanas después de que la conspiración de junio de 1908 fue abortada por los trabajos de policía mexicana y norteamericana, y teniendo solamente por todo armamento diez rifles, llamé a los que formábamos todavía el pie veterano de los revolucionarios y les dije: "No tenemos más que diez armas y unos cuantos cientos de cartuchos, pero con estas pocas armas y con estos cartuchos debemos hacer la revolución. Allá adentro de nuestro país, nos esperan muchos otros, un rifle será para mí, otro para Práxedis Guerrero, de manera que los ocho restantes que den un paso al frente". Todos los presentes lo dieron, pero como no queríamos llevar gente sin armas, escogimos a ocho de aquellos valientes. Entre ellos a uno que después figuró mucho en nuestras guerras civiles, José Inés Salazar.

José Inés Salazar

José Inés Salazar llevaba en aquellas épocas lejanas el cargo de guía. Salimos de El Paso, Texas, la noche del 26 de junio de 1908. Con una cautela inmensa, nos acercamos a la frontera de México y de los Estados Unidos por un punto llamado Columbus, Nuevo México. Después de una accidentada marcha, llegamos al frente de Palomas, Chihuahua. Allí trabamos un combate con las fuerzas federales que ya nos esperaban. Como nuestras municiones eran en número corto, no pudimos seguir atacando a los federales y decidimos retirarnos, buscando el camino de Casas Grandes, adonde estábamos seguros de que nos esperaba el compañero Enrique Portillo con cincuenta hombres muy bien montados y pertrechados.

Perdidos en el desierto

Como la travesía que íbamos a efectuar era penosísima, larga y peligrosa, a los pocos días de haberla emprendido y estando en

medio del desierto, José Inés Salazar se nos perdió y se fue a esconder en un pequeño mineral llamado Los Ojitos.

"Quedamos los más resueltos, los más valientes. Como nadie de nosotros conocía aquellos terrenos áridos, anduvimos perdidos cuatro días, durante los cuales no bebíamos una sola gota de agua, no probamos alimento. Por fin, vagando, vagando, llegamos a un mineral, a donde había una estación de ferrocarril y estaban descargando carbón. Para evitar sospechas, nos revolcamos Práxedis Guerrero y yo en el carbón descargado y una vez que estábamos muy negritos decidimos bajar al pueblo cercano, fingiéndonos mineros que íbamos a Ciudad Juárez a curar al compañero que se había lastimado de un pie en la ina. Guerrero había sido herido en Palomas. Y así llegamos con felicidad a Ciudad Juárez. Para pasar al lado americano por el Puente Internacional de El Paso, Texas, esperamos que salieran los obreros de las Smelting y confundidos entre ellos llegamos otra vez a tierras norteamericanas".

Cómo se fugó Ricardo Flores Magón en 1906, y la sospecha de un agente de anuncios

Díganos, señor Flores Magón, ¿usted sospechó o supo que alguien de los que trabajaban con ustedes pudiera ser un espía o un traidor?

—No, nunca sospeché de nadie, porque lo agrio lo tratábamos solamente Juan Sarabia, mi hermano Ricardo y yo. Atando cabitos, ahora creo que un individuo que se nos metió como agente de anuncios pudo haber sido el detective que pagó Creel para que supiera algo de nuestros planes.

—Y, ¿cómo se fugó su hermano Ricardo la noche del 4 de octubre de 1906?

—Mi hermano no estaba en la casa a donde lo fueron a aprehender. Cuando la policía estaba cateando esa casa, en El Paso, Texas, mi hermano se escurrió y se fue a esconder en el umbral

de la casa de telégrafos, y allí se estuvo hasta que la policía se fue. Entonces, de una manera muy cautelosa, llegó a la casa de un gran correligionario, de todas sus confianzas, llamado Modesto Díaz. Le participó el peligro en que estaba y del que se había salvado, y resolvieron irse a dormir a Isleta. Allí estuvieron, durmiendo a campo raso, hasta que decidieron irse de moscas en un tren que salía para Los Ángeles, California. Afortunadamente, no hubo novedad y llegaron a Los Ángeles, donde Ricardo de nuevo volvió a luchar por la libertad política de nuestro país.

La entrevista había terminado, don Enrique Flores Magón se puso a la disposición de nuestro fotógrafo. Se impresionó un buen retrato, le pedimos las fotografías que estaban colgadas y despertaron nuestra curiosidad. El líder ácrata nos presenta un compañero de Puebla.

Un trabajo corto

El señor Creel dio margen a que los detectives yanquis se ensañaran cruelmente con los perseguidos políticos, y para demostrar que esa saña era terrible, despiadada, vamos a copiar algo que es interesante. Se trata de las declaraciones que ante la corte de Los Ángeles, California, hizo, bajo juramento, el detective Furlong, a quien ya conocen los lectores de estas notas. Oigamos lo que declaró ante esa corte, interrogado por el defensor del revolucionario Ricardo Flores Magón. Si existe alguna duda sobre quién alquiló a Furlong y a sus agentes, para atrapar a Magón, esa duda quedará desechada al leerse una parte de la declaración bajo juramento dada por Furlong ante la Corte de Los Ángeles, California. Hela aquí.

Interrogatorio por Mr. Harriman

Pregunta: ¿A qué negocio se dedica usted?

Respuesta: Soy el presidente y gerente de la Compañía Furlong, de Servicio Secreto, de San Luis, Misuri.

P: ¿Usted ayudó a aprehender a esos hombres?
R: Yo lo hice.
P: ¿Qué derecho le asistía?
R: Ese es objeto que se deducirá de las declaraciones.
P: ¿Tenía usted orden de aprehensión?
R: No, señor.
El defensor: La otra pregunta está retirada, y ahora usted le pregunta si él tenía una orden de aprehensión.
Mr. Harriman: Sí, señor.
P: ¿Capturó a ellos sin orden de aprehensión?
R: Sí, señor.
P: ¿Usted se apoderó de algunos objetos de la propiedad de ellos sin su autorización?
R: Sí, señor.
P: ¿Entró a la casa y la registró sin autorización?
R: Sí.
P: ¿Y se apoderó de los documentos de ellos?
R: Yo no los despojé de los documentos. Yo los capturé y los encerré, y luego volví y cogí los documentos.
P: Los tomó de la casa de ellos, y se los guardó, ¿lo hizo usted?
R: No, señor. Los entregué más adelante.
P: Bueno. ¿Usted los retuvo tanto tiempo como los tuvo en su poder?
R: Sí, señor.
P: ¿Quién pagó a usted para desempeñar ese trabajo?
R: El gobierno mexicano.

No se crea que Furlong estuvo indeciso en el objeto de su persecución. Un periódico de Los Ángeles, California, dice que Furlong, fanfarroneando sobre la captura, afirmó que había "andado tras de Magón" y sus amigos por más de tres años. "Durante ese período he

tenido éxito en coger 180 revolucionarios mexicanos, que entregué al gobierno de Díaz, quien hizo un trabajo corto con ellos".

De acuerdo con una declaración bajo juramento hecha por W. F. Zeickey, y que existe en los archivos de la corte de Los Ángeles, California, se establece que Furlong dijo: "No estar interesado en este asunto, porque se enjuicia a los demandados como por trasladarlos a Arizona; que es todo lo que queremos nosotros (queriendo decir él y las autoridades mexicanas) es llevar a los perseguidos a Arizona, y luego nosotros veremos de pasarlos al otro lado de la línea divisoria". Estas declaraciones, que son auténticas, que son ciertas, son una afrenta para todos los que intervinieron en esa persecución de los que combatían la dictadura porfirista.

Hay que fijarse en las palabras de Furlong: "He tenido éxito en coger a 180 revolucionarios mexicanos, que entregué al gobierno de Porfirio, quien hizo un trabajo corto con ellos".

¡Qué hizo un trabajo corto con ellos! Es decir que ese detective yanqui había entregado 180 revolucionarios o acusados políticos para que fueran fusilados por el gobierno porfirista. Era una tarea macabra la de esos detectives. Preso que entregaban, preso que era fusilado.

Y no tan solo era el crimen, sino la fama que cobraba el estado social de México al oír que en cuanto Furlong entregaba a sus presos "el trabajo era corto". ¿Qué dirían de esto los funcionarios rectos y probos de la justicia americana, que tanto respetan la vida humana? ¿Qué dirían los periódicos de estos atentados sin nombre a las garantías individuales? Porque no se trataba de tramitar un juicio de extradición legal. No. Lo que efectuaba Furlong, pagado por Creel, era una serie interminable de plagios. Tan es así, que las veces que los perseguidos políticos, como en el caso de Ricardo Flores Magón, podían acudir a las garantías de las leyes americanas, estas no tenían más remedio que ponerlos en libertad, pues solo se

trataba de calumnias judiciales, para poder lograr que les fueran entregados los perseguidos políticos para ejercer la más terrible de las venganzas, la pena de muerte.

¿Y qué dicen nuestros lectores de los juicios críticos del famoso detective Furlong? ¿Qué dicen de la habilísima forma en que entró a trabajar con los Flores Magón?

Nosotros declaramos que el ardid y la astucia de ese detective yanqui sobrepasó las esperanzas del señor Creel.

UNA CARTA DE NUESTROS LECTORES

Ignacio Eduardo Rodríguez, Allende núm. 55, México, D. F.
Jefe de Redacción de *El demócrata*, Ciudad.
He leído con sumo interés los artículos que sobre el movimiento revolucionario de 1906 está publicando *El Demócrata*, y ellos me recuerdan momentos trágicos y pavorosos que viví al lado de Santiago de la Hoz, Daniel Cabrera, Luis Jasso, Alfonso Cravioto, doctor De la Peña, Federico Pérez Fernández, Martínez Carreón, Paulino Martínez y otros tantos periodistas de oposición en aquella lejana época.

Esta carta tiene por objeto hacerle conocer al redactor que tiene en sus manos la labor meritoria de hacer justicia a quienes fueron precursores de la Revolución, un hecho demasiado significativo y de un valor histórico para los obreros de artes gráficas que lo llevaron a cabo y quienes en esa relación que se hace merecemos una mención siquiera, los muertos y los vivos, en pago de tantas amarguras que sufrimos y tantos atropellos como soportamos en aras de la libertad de pensamiento, ayudando eficazmente a combatir al gobierno de Porfirio Díaz.

Los obreros tipógrafos de hace 30 años, con raras excepciones, se prestaron a laborar en periódicos de oposición por dos motivos;

primero, que los editores y redactores solo contaban con su buena voluntad y valor a toda prueba, y con casi nada de dinero, lo que hacía siempre inseguro el pago de sus salarios; y el segundo, que temían ir a pasar vacaciones al Palacio Campuzano, la Cárcel de Belén, como en nuestro *argot* decíamos.

A iniciativa del doctor De la Peña, el que esto escribe, Salvador Estarrona, Julio Larios, Mauricio Villaverde, Federico Ferro, Luis G. Mellado, hermano de los reporteros actuales, Pioquinto Ortiz y otros que no llegaban a una docena, formamos el grupo "Ser o no ser", cuya finalidad suprema sería trabajar siempre en periódicos de oposición, nos pagaran o no nos pagaran, pero que no cesara la campaña en contra del gobierno de Díaz, sin importarnos los resultados de nuestra resolución.

Trabajamos en *El Hijo del Ahuizote, Excélsior,* de De la Hoz; *El Monitor Liberal, El Nieto del Ahuizote, El Paladín, El Trancazo, Onofroff, La Voz de Juárez* y *Los Sucesos,* siguiendo las alternativas de éxito o de derrota que tenían dichas publicaciones, hasta llegar a la revolución armada de 1910, en que algunos de los tipógrafos mencionados fuimos al campo de la lucha a ratificar nuestra manera de pensar y de sentir, con el fusil en la mano, ya que las ideas escritas no habían sido tomadas en cuenta.

Todo esto consta perfectamente al indómito y modesto revolucionario Federico Pérez Fernández y a quienes viven aún de los que he mencionado, habiéndome tocado el honor de ser formador de *El Hijo del Ahuizote,* en diversas épocas, y de *El Colmillo Público,* desde su fundación, llegando a director de *La Voz de Juárez,* al ser asesinado el inolvidable don Paulino Martínez.

Yo reconozco el alto mérito de las informaciones que está publicando *El demócrata,* por las cuales se hace, aunque tardía, justicia al valor y entereza de aquellos hombres de acción que formaron en las filas del periodismo de combate en tiempos del Tetrarca

Oaxaqueño; y juzgo también que como un acto de justicia no de insustancial vanidad se haga mención de los obreros que prestamos valiosa y decisiva ayuda a esa campaña, doliéndome que sólo vivamos de aquel grupo, para ver en parte realizadas nuestras ansias de libertad, Mauricio Villaverde, Salvador Estarrona y el que esto escribe.

Muy agradecido por la atención que le merezca mi súplica, en nombre del ideal que nos reunió en esa época, cuyo recuerdo aterra, quedo suyo, siempre por la causa que persigue el Trabajo Organizado.

Ignacio Eduardo Rodríguez

A LOS HIJOS NO SE LES DEBE NEGAR

El demócrata ha estado publicando en sus ediciones de los últimos días una relación bien documentada sobre el fracaso del movimiento sedicioso tramado en El Paso, Texas, en el año de 1906, y en ella me ha llegado mi turno, con motivo de una comisión oficial que fui a desempeñar entonces en Chihuahua…

Desempeñando el cargo de magistrado, en mediados de noviembre de 1906, fui llamado a Chapultepec por el presidente. Ya en su presencia me informó ampliamente del complot de El Paso, Texas, y me indicó que deseaba que fuera yo a Chihuahua, para ayudar en sus labores y asesorar, si era preciso, al juez de Distrito, que lo era el licenciado Benigno Frías y Camacho; hombre de conocimientos y lealtad; pero que por sus años —frisaba en los setenta—, por su carácter encogido y por la calidad del asunto que se le había venido encima, estaba aturullado y andaba metido en atolladeros. Algo más había, que yo descubrí estando ya en Chihuahua. Algún alto empleado del juzgado traicionaba a Frías y Camacho, recibiendo

dinero de los conspiradores. Y hasta el propio agente del Ministerio Público tenía sus vistas al futuro como conspirador.

No es exacto que haya tenido varias entrevistas con el presidente sobre el particular. No tuve más que una, bien larga. Ignoro si escribió al señor Creel dos cartas sobre mi viaje; la única que yo conozco es la que es la que *El demócrata* ha llamado carta blanca o en blanco, porque el presidente en ella me daba patente para proceder como mejor conviniera. Carta igual envió al jefe de la zona, general José María de la Vega.

Una vez que el presidente me instruyó prolijamente de todo y me dio a conocer sus impresiones personales sobre el caso, me dijo:

—Lo he escogido a usted entre los candidatos que discutí con Novoa, el subsecretario de Justicia, porque sé que su juicio no se blandeará ni para servir a intereses de política local, ni para servir a los de los conjurados. Va usted con toda mi confianza para hacer justicia y nada más que justicia. Lo que disponga la ley para el caso, y nada más. Y no atienda otras indicaciones que las mías.

El propio *Demócrata*, en sus artículos, ha expresado con honradez que Díaz lo que quería era que en el caso los procedimientos se ajustaran a la ley. Rígidamente, pero dentro de la ley.

Todavía al despedirme del presidente, recabé de él si no tenía algunas otras instrucciones que darme, y me refrendó:

—Ninguna más; creo que me ha entendido usted. Ley y nada más que ley.

Protesto que esa fue la única consigna que recibí en mis largos años de servicios en la judicatura y la magistratura. El que quiera creerlo, que me crea; el que no, que me demuestre lo contrario, aunque me tiene sin cuidados. Consigna que me honra. ¿Quiere decir esto que no diera consignas y que a otros no se las haya dado? Absolutamente. Debe haberlas dado a porrillo. Yo tuve suerte para no ser de los que las recibían y nada más. No sé si hubiera recibido

alguna contra deber y conciencia qué hubiera hecho. Tal vez la hubiera cumplido; o tal vez me habría ido a conspirar a El Paso… ¿Que aquellos eran tiempos de consigna? ¿Que ahora son otros? Puede ser… Para mí es pamema creer que, quien tiene necesidad de establecer disciplinas para gobernar, no dé consignas. Y sin un principio, siquiera, de disciplina política no hay gobierno posible…

En la siguiente narración veremos lo que se hizo en Chihuahua y cómo terminó el proceso de los revolucionarios de 1906.

Por qué acepté la consigna

Bajo tales auspicios, marché para Chihuahua. No es exacto que demorara mi viaje por circunstancia alguna. En la noche del mismo día que conferencié con el presidente, salí rumbo al norte. Y esto debe haber sido por mediados de diciembre de 1906… Al llegar a Chihuahua, me encontré con ciento veintidós presos políticos en la cárcel, y con algo insólito; muchos que querían entrar a aquella, sin deber nada, para obtener la alternativa de revolucionarios.

Recuerdo que, con aprobación del presidente, una de las primeras medidas que tomé, haciendo uso de la carta blanca que llevaba, fue la de que el general Vega, jefe de la zona, no siguiera utilizando como espías entre los conspiradores a oficiales del ejército. Para mí, la función del militar era bien distinta; oficial que hace de espía no estando en campaña y contra enemigo en armas lastima el pundonor de su instituto.

La instrucción del proceso a los presuntos responsables no fue cosa difícil, aunque sí laboriosa. El delito estaba comprobado con las propias confesiones de algunos. Y lo llamo así porque a los actos que llevaban a cabo los conspiradores así los llama la ley; ley que aún rige y que ya he citado. Si en el Código Penal no existiera la cortapisa para los delitos de sedición y rebeldía, como existe en todos los similares de la América Latina, ya nos pasaríamos el

rato agradablemente los mexicanos, tramando cómo echar del poder al que lo ejerce, así sea legítimamente. Juan Sarabia, César Canales, De la Torre y pocos otros estaban confesos y sostuvieron con entereza sus participaciones en el complot. La mayoría la negó, sin poderse comprobar lo contrario, o bien resultó inodada de un modo tan indirecto y accidental que fue puesta en libertad. No haberlo hecho así habría sido proceder dando torniquete a la ley, y a mí no me habían mandado, en obsequio de la verdad, para eso.

Y conste que entre las instrucciones que para el proyecto de asalto a Ciudad Juárez se habían dado por los líderes estaba, por ejemplo, la de dinamitar la casa de un señor Ochoa, un pobre anciano, ajeno por completo a la política, y cuyo único delito era ser acaudalado. Probablemente es disculpable que una revolución, si quiere triunfar, tome los recursos precisos de donde pueda y como pueda, pero la ley no lo estima así, y castiga el hecho.

De la multitud de aprehendidos, destacaban como hombres de valor y de ideas; Juan Sarabia y César Canales. Este lo traía de abolengo, pues si mal no recuerdo era descendiente de aquel Canales famoso de Tamaulipas, que dio guerra lo mismo a los gringos que al gobierno mexicano.

Cómo eran Sarabia y Canales

Juan Sarabia era un carácter; un estoico, un convencido sincero de que la revolución era fatalmente necesaria. Tenía su buen talento natural; energía y fondo. Aunque retraído de carácter y suspicaz, cuando se explayaba (y conmigo solía hacerlo) se le advertía el entusiasmo del que cree que tiene una misión y obra por convicción. Lástima que su literatura política, su evangelio preferido fueran las *Voces de admonición y de combate* de Vargas Vila, que no es seguramente un gran evangelio. César Canales era un valiente. Tenía un corte enteramente militar. Había sido alumno de Chapultepec. De

pocas palabras y relativa mentalidad, su arrojo y su decisión eran temerarios. Estando ya preso, se procuró una enorme pistola de calibre 44, no para asesinar al juez de Distrito, que era un "viejo infeliz", según su frase, ni para hacerlo conmigo tampoco, sino para vaciársela al empleado del juzgado que los había traicionado, y al agente del Ministerio Público por "antipático". Y lo hubiera hecho. Supe que él, sin poderlo comprobar, que había salido del taller en donde trabajaba en Laredo, un sábado a mediodía, para encabezar el ataque a Las Vacas, de que la prensa de aquel entonces habló bastante, y el que no tuvo éxito. Canales se presentó a su taller el lunes siguiente, a la hora de costumbre, para probar la coartada. Para ello había tenido que hacer ochenta leguas en treinta y seis horas.

Cómo era de la Torre

Vicente de la Torre era un encadenado a la férrea voluntad de Sarabia. Entre los demás procesados había de todo, pero predominaban los anodinos. Los positivamente peligrosos habían quedado del otro lado. No se ha hecho la debida justicia a Librado Rivera. Era incansable. Trabajaba catorce horas diarias en *Regeneración*. Y hay que poner en su lugar a Lauro Aguirre, que, desde los tiempos de la Santa de Cabora, Teresita Urrea, a la que acompañaba, no era más que un industrioso. Yo digo la verdad sin repulgos.

Cuánto tiempo duró la averiguación

En mes y medio la averiguación estuvo concluida. Para esas fechas, más de la mitad de los procesado habían sido puestos en libertad. Los autos así lo dicen. Algún gobernador cercano había recibido la indicación de que no siguiera haciendo remesas de presos a pie y por cientos de leguas de distancia, por el simple delito de leer *Regeneración*.

No es verdad, como he dicho, que la vista de la causa se celebrara en el Teatro de los Héroes, ni que asistieran a ella el general Terrazas ni el señor Creel. Terrazas estaba tullido a consecuencia de un reumatismo. Yo intenté que en el teatro fuera la vista, pero se optó porque se celebrara en el salón del juzgado, bastante amplio. Hubo su público; pero todo pasó en calma. Por supuesto que hubo sus diatribas para el general Díaz. ¿Qué era preferible? ¿Acallarlas por la intimidación y limitando el derecho de defensa, o dejar rienda suelta al desahogo, lógico en quien se ve procesado por ideas, y al propio tiempo dejar así que el eco de una tempestad remota, pero en marcha, llegara a los oídos del César que vivía crédulo de que el pueblo estaba feliz y contento?

De ciento veintidós procesados, la sentencia abarcó solo a diecisiete. Y de estos, solo Sarabia, Canales y de la Torre tuvieron sentencias que excedieron de tres años, fluctuando las demás entre seis y veinticuatro meses. Por menos, muchos otros no la han contado después… A mí, me tuvo Carranza siete meses en Veracruz, preso, por el delito de haber sido defensor, como abogado, de Félix Díaz.

Antonio Villavicencio fue por los presos

Sentenciados los presos, Antonio Villavicencio se encargó de traerlos a México en revisión de la sentencia, y con esta orden: "Todos absolutamente deben llegar sanos y salvos a México". Y así llegaron. Yo aconsejaba a Sarabia, Canales y De la Torre que no apelaran de aquella. No me hicieron caso. Apelaron, y entiendo que el Tribunal de Circuito les aumentó algo la pena. ¿Por consigna? No lo creo. Creo más bien que por enmendarse la plana el magistrado de circuito y granjearse la buena voluntad de Augusto, demostrando que él, el magistrado, sí sabía hacer justicia… Hoy mismo acaso pasen las cosas en igual forma. Somos humanos. Y los mexicanos muy humanos en esto…

Cuando informé al presidente Díaz de la psicología de los presos y le hablé de las dotes de valor de Canales, me contestó:

—Lástima que esté de la otra banda, porque ya en esta van escaseando.

Con el Código en la mano, podría demostrar a los que procedieran sin prejuicios que a ninguno de los procesados se les aplicó en Chihuahua ni un día más de la pena que les correspondía. Alguno, tal vez, viva aún, de los sentenciados, y a su testimonio apelaría sin ambages. Lo que sucede es que, en este terreno, fallan muchas veces el valor civil y la sinceridad. Todo el que no está conforme con un orden de cosas establecido, lo ataca y sufre las consecuencias, se interesa por conveniencia en aparecer como perseguido, oprimido y víctima. Se carece, así, de la lógica de las circunstancias. No se quiere confesar que, el que ataca, debe estar a las resueltas. Para eso, se necesita madera de Sarabias y Canales.

Mucho luché porque ninguno de los presos fuera a San Juan de Ulúa; sólo pude conseguirlo respecto de De la Torre. La ley dispone, para los delitos políticos, que la condena se extinga en establecimiento especial, y por no ser pena de prisión, sino de reclusión. Y para el caso, sólo existían Ulúa y Perote. Y Ulúa, hay que confesarlo, era el peor de los círculos del infierno del Dante porfirista. Para mí, todo gobierno tiene sus círculos de gloria y sus infiernos.

Ayer publicamos la famosa frase del dictador Díaz acerca de César E. Canales: "Lástima que esté en la otra banda, porque en esta, están escaseando". También hay que recordar el panegírico que de ese modesto y fuerte revolucionario hizo el exmagistrado Maqueo Castellanos al mismo dictador: "César E. Canales era un valiente, tenía un corte enteramente militar… su arrojo y decisión eran temerarios". En la agobiante tarea del diarismo adonde tenemos que coger al vuelo todos los datos de los hombres que surgen

como eslabones de una interminable cadena, en el sincero relato histórico que estamos escribiendo, sabemos mucho de la infancia y de la juventud de este gran revolucionario.

Hemos oído contar una anécdota a un familiar de él, que nos hace saber que Canales tuvo un duelo con Antonio I. Villarreal en Monterrey, cuando los dos estaban estudiando en el Colegio Civil de aquella ciudad. En el duelo, Canales hirió a Villarreal y, como se tratara de un joven que a los ojos del general Reyes era un inquieto, había que mandarlo a filas para que se corrigiera. Canales fue filiado contra todo derecho y sentó plaza de pelón, como entonces se llamaba a los reclutas federales. Siendo recluta, por su no común inteligencia e ilustración, trabó amistad con un subteniente Emilio Querol, al que encontró preso en San Juan de Ulúa, diez y ocho años después, cuando Canales fue recluido en ese castillo, por su participación en los pronunciamientos de la frontera yanqui-mexicana.

SABEMOS SERVIR A NUESTROS LECTORES

Como Canales era una de las figuras más importantes, desde el principio en que empezamos a escribir estos artículos a base de historia, no descansamos en localizar algún familiar que nos diera datos precisos sobre este revolucionario. El hilo, por una rara casualidad, lo teníamos en casa. Un linotipista, José María Naranjo, resultó que era pariente próximo de ese prerrevolucionario. Pero Naranjo no tenía sino el recuerdo de su pariente, y, como era mucho más joven que Canales, no podía recordar nada de su pretérita vida de revolucionario. Lo conoció a la salida de la fortaleza de San Juan de Ulúa. Había, pues, que buscar lo más interesante de ese espíritu valiente y decidido que se enfrentó contra la dictadura y fue una de las columnas básicas del pronunciamiento de 1906.

Hasta Eagle Pass, Texas

Fracasada nuestra expedición a Tacubaya en busca de una tía del extinto revolucionario, porque esta estimable dama no tenía ni un solo retrato de César E. Canales, dimos algunas instrucciones a nuestro corresponsal en Eagle Pass, Texas. Anoche, por una marcada casualidad, que es madre de los buzos de noticias, llegó a Naranjo un paquete con el retrato de ese noble revolucionario y una colección de documentos tan interesantes que el lector juzgará así cuando los haya leído con detenimiento.

En esos documentos se levanta más la figura de Canales. Tiene otro aspecto más definitivo. Era un conspirador de una pieza. De clara visión, de movimientos firmes, cauto, sagaz. En una serie de cartasíntias suyas se ve de una manera definitiva y clara cómo el carácter de ese hombre era la fuente de donde manaban las demás cualidades.

Mas, antes de seguir haciendo un panegírico que parece hiperbólico, copiemos una carta que, sin fecha, porque parece traducción de otra original cifrada, revelará el espíritu fuerte de nuestro revolucionario.

Dice así el documento:

San Juan de Ulúa, sin fecha:

Todo recibí sin novedad. Conserva dio magnífico resultado. Hace diez y ocho años en el batallón conocí entonces al subteniente Emilio Querol Gómez; era un joven calavera, pero no un perverso. Fuimos amigos, y no obstante mi humilde condición de tropa, le hice algunos favores últimamente era capitán. Procesado en noviembre último, vino aquí. Gozaba de más libertad, y cuando vino y supo mi situación, ofrecióme sus servicios. Habiendo logrado tras de muchas dificultades hacer algunos apuntes que nos sirvieran para el porvenir y temiendo que en un registro que se nos hiciera

me lo recogieran, acepté los servicios de Querol. Y en febrero próximo pasado, por su conducto, los envié a ustedes, lo principal iba en la clave. Como no llegaron, estoy seguro de que Querol me vendió. Les escribí a ustedes en marzo, avisándoles para que estuvieran alertas contra Querol, pero como no tengo conducto seguro y estoy rodeado de traidores y espías, temo que no lo hayan recibido y hoy nuevamente que no está, sí les escribo. Si les escribe Querol, muéstrense atentos y corteses, pero no se fíen de él, y en general, de nadie. Quien cometió conmigo felonía, pudiera muy bien querer tenderlas a ustedes en su caso, con objeto de conseguir dinero o empleo.

Me alegro de que la prensa independiente esté resucitando, pero mucho me temo que su resurrección sea ficticia. En México no hay ni puede haber prensa independiente; todos ellos no saben, no pueden salir de cierto radio.

Además, por la buena no haremos nada. La amnistía que creen que se conseguirá en 1910 no se dictará por la sencilla razón de que el dictador diría que no hay reos políticos a quienes amnistiar. Esto bien claramente lo indica la medida que tomó al principio de negarnos el carácter político y declararnos bandoleros, y para estos no hay amnistía. Con la gente de Catarino Garza hizo lo siguiente: en 1898 tenían aquellos infelices siete años de estar presos, y faltándoles para cumplir unos dos años, dirigieron al dictador una carta abierta, suplicativa y humilde hasta la vergüenza, pidiéndole en virtud de estar sus familias en el más completo abandono, y de tener ya sufridos daños, les perdonara lo poquito que les faltaba. Se les negó a pesar del poderoso apoyo que prestó la prensa.

A propósito de prensa, debo de decirles que conocí personalmente a Alfonso Barrera Peniche, director de *Redención,* que no es un liberal de verdaderas convicciones y que seguramente que el trabajo que hoy hace tiene por objeto procurar le callen la boca

subvencionándolo. Es un pillo de marca mayor: cuidado con él. Temo que la revolución que se esperaba en febrero y que en consecuencia estallará más o menos pronto, no tenga mejor resultado que las anteriores. Si se quiere cosechar buenos frutos, debe hacerse punto omiso de las precipitaciones que tan fatales nos han sido y calmosamente prepararla.

Es necesario procurarse elementos de dinero, haciendo para ello un llamamiento al patriotismo de los burgueses altruistas, como Francisco Madero, Francisco Naranjo, etcétera, etcétera. Estos mismos, aceptando indicarán otras personas y formarán el sindicato revolucionario que se necesita escoger escrupulosamente de entre los correligionarios más convencidos y resueltos, de más experiencia y talento y tacto, de entre aquellos que, siendo sangre de nuestra sangre, no nos traicionen.

Los agentes enviados a todo el país, no olvidar los estados de Guerrero, Oaxaca, Michoacán, y otros, que por su particular topografía, han sido la cuna y el baluarte de todas las pasadas revoluciones. Es necesario leer en el pasado. Las introducciones de armas y parque deben de hacerse desembarcándolas en las costas abandonadas y abiertas a los estados del sur, cuyos habitantes tienen, y eso algunos, fusiles de chispa.

Proveerse de una información sucinta sobre la oficialidad, de los accesibles que deben de ser unos 500 que, llevados unos por la ambición y otros por el amor a las aventuras a las emociones y a la guerra, están dispuestos a pronunciarse por cualquiera bandera. Son del que sea ganárselos.

Hay que aprovecharlos antes que el general Reyes, pues precisamente esos desalmados serán los que, si no los utilizamos nosotros, consolidarán la futura dictadura: la de Reyes. Tener los ojos muy abiertos y el oído muy atento para evitar traiciones, cuidarse especialmente de la masonería y demás sectas secretas, de que tan

admirablemente se ha servido el actual gobierno, haciendo de ellas una arma política terrible para consolidarse, sostenerse y descubrir los planes de los patriotas.

Preparad un doble golpe, dirigiéndolo a la cabeza, y no tirárseles si se ha de marcar al general Díaz. Escoger una fecha que a la vez que permita prepararlos de un modo completo, haya sido propicia.

El 15 de septiembre de 1910 me parecerá a propósito, pues además de reunir las condiciones expresadas ya, para entonces la reelección será un hecho y la indignación estará en todos los espíritus; además, la grandiosa y solemne hora llevará el entusiasmo a todos los corazones y al repiqueteo revolucionario de ese hermoso día, les parecerá a los pobres siervos oír la voz alentadora y heroica del anciano Cura de Dolores. No puedo ser más extenso, pero mientras no se tenga todo esto en cuenta, no se hará otra cosa que gastar inútilmente recomendables energías, derramar sangre generosa y poner las cárceles nacionales y extranjeras pletóricas de hombres. Con la franqueza que debe haber entre quienes, como nosotros, nos queremos mucho, voy a decirles lo que necesito, con la seguridad de que, como son cosas superfluas, no intentarán, entiéndanlo bien, enviarlas si para ello tienen que hacer un sacrificio. Me explicaré:

Como sufro constantes registros y me interesa hacer algunos apuntes para el porvenir, necesito un escondrijo seguro: creo que una cajita con doble fondo, movible y perfectamente disimulado, podría servirme. La cajita puede ser de madera o de hojalata, algo mayor o así como una caja de calcetines, y que proporcione un escondrijo como un dedo de alto. Esto sí, creo que con la paciencia e industria que caracteriza a papá, puede hacérmelo poco a poco y mandármela cuando puedan, con dulces, por ejemplo. Así, no sospecharán.

Pasemos a lo otro: no sé qué clase de útiles meten, pues nunca me los ha descrito, pero creo que lo principal serán las sierritas.

Como sigo estrechamente vigilado, y no hago un gesto que no me fiscalicen, me sería imposible utilizarlas; por otra parte, narcotizar a los que me vigilan es imposible, pues por los que nos traicionaron supieron que intentábamos dar narcótico; están muy alertas, pero creo poder disponer de una hora o dos a veces, porque los soldados nos llevan al baño y el calabozo queda solo, y yo una o dos veces podría hacerme enfermo y quedarme encerrado. Ahora bien, como con las sierritas se necesita trabajar muchas horas para cortar los dos rieles, hacer cuatro cortaduras, de nada me servirían; pero recuerdo haber leído que hay un aparatito eléctrico, pequeño, que corta hierro o acero grueso en unos cuantos minutos, y cortados los rieles en un momento que me dejaran solo, los podría disimular durante el resto del día, pegándolos y en la noche, huir. Como es tan incierto mi recuerdo, no puedo precisarles el nombre del aparato, pero los compañeros que tienen entre los correligionarios a individuos de todas profesiones podrían interesándolos, informarse de ello con un mecánico inteligente, comprar el aparato y enviárselo a ustedes, y ustedes ver la manera de hacerlo llegar a mis manos. Entiéndase que para esto no hay que poner ni un centavo, eso sería horrible, pues necesitarían quitarse el pan de la boca, y eso lo prohíbo y no quiero ni pensarlo. En cambio, los compañeros podrían hacerlo fácilmente, pues colectarían lo necesario entre los correligionarios. No me atrevo a tener muchas esperanzas sobre esto, y si lo propongo es solo porque no deja de tener su factilbilidad. Pueden tratar en clave discretamente sobre el particular con Andrea, pero cuidando ustedes no comprometerse, si buenamente se puede, bien, y si no, resignarse tranquilamente a sufrir toda mi sentencia. Después de todo, se acerca ya el término en que debo pedir mi libertad preparatoria, en mayo del año entrante, y aunque no tengo para ello la menor esperanza, puede darse el caso de que me la concedieran.

Acabo de recibir sorprendentes noticias. Dicen que el mes pasado salieron en libertad don Ricardo y Antonio —Villarreal— y que fueron para Nueva York. Que un espía del gobierno los sigue, y por último, que uno de los Flores Magón, sin que hayan podido decirme cuál de ellos, viéndose provocado, dio un tiro a otro hombre. También que un periódico del otro lado da la noticia de que los Flores Magón iban a ingresar a la Cámara de Diputados a pedimento del pueblo mexicano. Lo primero lo creo posible, todo lo segundo, no, porque sé perfectamente que el pueblo mexicano no tiene voz ni voto, ni los Flores Magón aceptarían, puesto que, poniéndose a las órdenes del dictador, morirían civilmente, puesto que así empeñarían todas sus glorias y me dirán ustedes lo que en esto haya de cierto.

A veces, burlando la vigilancia, hablo con Juan Sarabia por medio de signos telegráficos, sirviéndome de una pared que nos separa, pero por ahora no me ha sido posible. Sin embargo, sé que últimamente le han permitido escribir y creo que para ahora haya recibido la mamá sus cartas. Está bien de salud y ya le tratan con más consideración. Yo sigo bien, no más que muy vigilado. Hace más de un mes que no se me permite dirigir a ustedes una línea. Tengo ropa para todo el año y zapatos para seis meses. Calcetines necesito dentro de dos meses. Si les es posible a fines de mayo, denme noticias por igual procedimiento.

Envío esta de contrabando.

César E. Canales

Antes de hacer una desinteresada y calurosa interpretación de los valores políticos del extinto revolucionario, debemos de leer algo de sus cartas íntimas, que nos han sido facilitadas gentilmente por su estimada madre, y por ellas se dará uno cuenta del valor incuestionable que tiene la carta anterior.

Chihuahua, 7 de noviembre de 1906. Señor J. Canales de la Fuente. Eagle Pass, Texas

Querido papá, estoy preso aquí desde el 19 del mes pasado, e incomunicado aún. Pero en cambio estoy bueno y con esperanzas de que la justicia, fallando bien, me deje en libertad no muy tarde. No tengan cuidado, no necesito nada, no me manden nada, no me escribas, pues estando incomunicado no es posible recibir sus cartas. Ya escribiré después. Mil abrazos y besos a mamá y hermanas. Tu hijo, que te quiere.

César E. Canales.

Esta carta está fechada tres años antes de que Canales escribiera su misiva de contrabando a su padre. Desde esta carta, se advierte que Canales es un convencido y un hombre recio para acometer la empresa de hacer una revolución en contra de la tiranía de don Porfirio.

"No necesito nada". Ese será su estribillo filial para no acongojar a sus padres. El estilo epistolar de Canales no es vulgar. Al contrario, es personal. Su letra es elegante, es letra de un hombre que ha tenido escuela.

La primera carta de Ulúa

A los pocos días de que Canales llegó a la prisión militar de San Juan de Ulúa, después de la sentencia de Chihuahua, escribe a su padre una carta entera de valor y de hombría. Dice así:

Fuerte de Ulúa, 21 de febrero de 1907

Señor don J. Canales de la Fuente, Eagle Pass.

Muy querido papá:

Esperando término de mi proceso, estoy aquí desde el 17 del mes pasado. Como calculo estás alarmado por mí, hoy pedí permiso

escribirte esta, para manifestarte que estoy bien en absoluto, y en absoluto nada necesito. No haya cuidado y que reine en ustedes tranquilidad entera. Mis abogados en México son señores Francisco A. Serralde y Jesús Flores Magón. Tengo firme convicción de que ellos saldrán avante y felizmente con mi causa. Reciban, tú, mamá y hermanitos acendrado cariño. Fío en la firmeza y valor de ustedes para su salud y bienestar propios, tu hijo que los adora.

César E. Canales

Al año siguiente, cuando sufría el régimen terrible de San Juan de Ulúa, acrecentado por las órdenes secretas de "fastidiarlo bien" y de vigilarlo más que a ninguno de sus compañeros, le dice a su padre con la misma entereza: "Y en absoluto nada necesito".

Y al final, para recordar al padre que no obstante estar privado de su libertad hay que seguir firmes en la brecha de la revolución, inteligentemente le dice: "Fío en la firmeza y valor de ustedes, para su salud y bienestar propios".

Cree que sus padres no saben nada

Como Canales no recibiera contestación a sus dos primeras cartas escritas bajo la censura del carcelero militar, escribe esta otra muy interesante:

En San Juan de Ulúa, 2 de febrero de 1907.
Señor J. Canales de la Fuente.
Eagle Pass, Texas.

Muy querido papá: con fecha 28 del pasado mes, te escribí. Como no obtuve contestación, volví a hacerlo el 7 del actual. Tampoco de esta tengo noticias que la hayas recibido, y alarmado por tal silencio, vuelvo a hacerlo con la esperanza de que esta sí te llegue. El

principal objeto mío al desear que reciban mi carta es que con ella se tranquilicen, pues si mis dos anteriores cartan se han extraviado, considero que ustedes estén inquietos por mi suerte.

Como te decía en mis dos referidas, sentenciado en Chihuahua, en primera instancia, a siete años un mes y $500.00 de multa o en lugar de tal cantidad, cincuenta días de arresto más. Salí escoltado de aquella población el día 13 de enero y llegué a este fuerte el diez y siete del mismo.

No se alarmen por tan absurda sentencia, pues mi causa será revisada en segunda instancia y de seguro cambiará a menos; mis abogados en la Ciudad de México son los señores Francisco A. Serralde y Jesús Flores Magón. De estos señores que son amigos míos muy inteligentes, prácticos e influyentes, tengo muchísimas esperanzas. Aún en el caso de que no me aminoren mi sentencia y solo la confirmen, solo estaré recluido la mitad del tiempo y la otra mitad la cumpliré en el pueblo, para que fije para mi residencia, trabajando libremente —una libertad condicional como la caucional. Por otra parte, bien sabes que si por cualquier causa hay un cambio administrativo en cualquier tiempo, saldré libre sin trabas; en consecuencia, no hay que apurarse, y si esperen tranquilamente el final de mi proceso, primero y después el curso de los acontecimientos.

Respecto de salud, estoy perfectamente; en cuanto a vestuario, comida, etcétera, nada me falta. En resumen, estoy bien y en absoluto nada necesito.

Mi mayor deseo es, respecto de ustedes, que, como yo, se armen de paciencia, no hagan aspavientos ni se muevan de esa población y tranquilamente sigan en sus trabajos. No olviden que un trastorno en ustedes me puede quebrantar el ánimo, abatir y aún perder. Tengo la convicción de que si ustedes permanecen bravamente impávidos, yo también, impávido, saldré felizmente y en breve.

Cuando escribas, no hagas mención de mis cartas estas; limítate solo a hablarme de asuntos familiares.

Al escribirme, pon mi carta en sobre abierto, adjuntando una atenta carta al señor coronel Jesús M. Hernández, suplicándole me entregue mi carta.

Este coronel es el gobernador del Castillo. En el sobre de encima, que lleve todo, le pones esta dirección:

Señor coronel don Jesús M. Hernández. Fuerte de Ulúa, Veracruz.

Que mis hermanitas se guíen bien, y todos ustedes reciban el corazón de tu hijo, César E. Canales.

Aún cuando este castillo tiene tan mala fama, todo es adulterado; no es el león como lo pintan. Régimen militar nada más, y como saben, a ello estoy acostumbrado. En este castillo han estado hombres como el licenciado Verdad y Abasolo, colaboradores de Hidalgo; el Corregidor de Querétaro, el general Santa Anna, don Benito Juárez y aún don Porfirio Díaz —Vale.

Esta carta está tan hábilmente redactada que el censor de la prisión no sabía todo el veneno que llevaba: "Por otra parte, bien saben que si por cualquier causa hay un cambio administrativo en cualquier tiempo, saldré libre sin trabas; en consecuencia, no hay que apurarse, y si esperan tranquilamente el final de mi proceso, primero y después el curso de los acontecimientos".

Nada de claudicaciones, nada de perdón. ¡Nada de eso! ¡Confiaba en que por cualquiera causa cambiaría la administración!

Para evitar un serio trastorno en la modesta vida de sus padres, Canales lo avisora y enérgicamente aconseja que no se haga, y les dice: "No olviden que un trastorno de ustedes puede quebrantar el ánimo, abatir y aún perderlo. Tengo la convicción de que ustedes permanecerán bravamente impávidos; yo también impávido saldré

felizmente y en breve". Canales no era de los imprudentes, no era de los que abortaban en sus planes. Metódico y sabedor de que la madurez de ellos dependía de un término inviolable, como el embarazo que precede al parto, aguantaba todos los dolores, todas las penas, seguro de que su plan debería de llegar a ser una realidad.

Y al final, para probar que algún día se le haría justicia, señala a los personajes políticos que, como él, habían estado en esa fatídica y dantesca prisión, adonde don Porfirio tenía su infierno para los presos políticos.

Mas volvamos a un ligero análisis de la carta política que hemos copiado en primer lugar.

Desde luego, asombran dos cosas en Canales. Una perseverancia infinita, un carácter de hierro y una inteligencia despierta de conspirador formidable.

Quién le había de decir a Canales que 18 años después "su subteniente Querol" le había de encontrar en la prisión militar por haber defendido la libertad política de su país.

Pero Canales conocía "pat" y aconsejaba cómo debería de tratarse a ese pájaro de Querol…

Donde la visión de Canales es clarísima es en el breve y atinado juicio que hace de la prensa libre en aquellos pretéritos tiempos: teme la resurrección de esa prensa libre, porque "en México es ficticia. En México no hay ni puede haber prensa independiente, todos ellos no saben, no pueden salir de cierto radio". Y César E. Canales murió en el fragor de un combate, como deben de morir esos hombres, peleando por sus altos ideales. El mejor homenaje que se le puede hacer es esta desinteresada apología que ahora le escribimos, pegada a la historia de su proceso secreto.

Canales tenía la firme convicción de que por la buena no se haría nada. Había que ir a la revolución, y a fuerza de sangre, de dolores, de sacrificios, derrocar el régimen porfiriano.

En 1908, cuando parece que se escribió esa carta, ya Canales veía en Madero un burgués altruista. Pero había que buscar entre esos burgueses altruistas el dinero para formar el sindicato revolucionario. A esos hombres había que aceptarles su dinero, pero de ninguna manera la dirección del movimiento revolucionario. Ese se le había de encomendar a los suyos, aquellos que son sangre de su sangre.

La revolución que soñaba y proyectaba el indómito fronterizo era cruel, terrible, salvaje. Esa que vino después de 1910, y que parece ahora ser conducida por los hombres de sangre de su sangre y carne de sus huesos.

Seguimos publicando algunas cartas más de César E. Canales. Al salir de la prisión de Chihuahua, para ser llevado a Ulúa, después de su sentencia, Canales ya había dejado un correligionario que le escribiera a su casa, la fecha de su salida, porque a él no se le permitió escribir y no pudo violar la vigilancia para hacerlo como otras veces. Aquí está la carta del correligionario.

La salida de Canales de Chihuahua

Cárcel Pública, Chihuahua, 14 de enero de 1907

Señor don Jesús de la Fuente. Eagle Pass, Texas.

Estimado señor de mi respeto: con fecha 12 del que cursa, dirigí a usted una carta, pero temo que no lo haya recibido, por lo que hoy la reproduzco.

Habiéndose terminado en esta el asunto de César, Sarabia y demás, salieron anoche a las 9:12 de este desgraciado lugar a la estación, en donde tomaron el tren que a las 8 y 40 minutos sale rumbo a la capital de la República. No abrigue usted por esto temor de ninguna especie. No le pasará nada y puedo asegurarle que le irá bien y le tratarán con las consideraciones que se merece, pues

previendo el caso, le escribí con anterioridad y por indicaciones de ellos a los señores licenciados Jesús Flores Magón y Francisco Serralde, quienes se tomarán a su cargo la defensa de César y Sarabia y gestionarán que sean puestos en un lugar de distinción. Mi madre, que está radicada en México, y a quien escribiré, y ayudará en todo lo que pueda a César y sus relaciones, le reservarán en este caso. En mi anterior ruego a usted que si no le es molesto y sin exponerse puede indagar la dirección de Villarreal y Ricardo Flores Magón, me la envíe, pues me precisa darles algunas noticias. Mi madre me informará de todo lo que acontezca a César, y yo pasaré a usted tales informes. No teman nada por él, yo les garantizo que si el juzgado de circuito le aplica alguna pena, en cambio al pedir gracia al Supremo Tribunal de Justicia, este decretará su absoluta libertad. Suplícale me dirija su correspondencia a Calle Allende número 104. Conviene esto porque tengo algunas sospechas. Deseándole resignación y fe en el porvenir, lo mismo que a vuestra apreciable familia, me repito como siempre afectísimo, atento, y seguro servidor

Agustín Arrioja.

Ulúa, 11 de marzo de 1907.
Señor Jesús Canales de la Fuente y J. C. de Canales.
Eagle Pass, Texas.

Muy queridísimos padres míos; En este mismo momento recibí su carta, fecha 1. Y con ella los $500.00. Gracias. Espero no hagan sacrificios extremos por mí. No hay cuidado, estoy bien. También pocos ha recibí la tarjetita de María y en general todo lo que me han enviado; el polvo para la harina.

Correspondiendo al llamamiento que me hacen para que pida lo que necesite, desearía que si les es posible, me envíen una cajita del ungüento que me enviaron el otro día y que tanto me sirvió, como

sucedió a papá, mi malecito no se me ha quitado completamente. Creo hayan recibido noticias directas de Eutiquio, salúdamelo cuando le escribas.

Mil besos y abrazos para ustedes y mis hermanitas.

César E. Canales.

Ahora que tengo tiempo y facilidad de curarme el cuero cabelludo, quisiera que si les es posible, manden al señor licenciado don Jesús Flores Magón, México, Calle de Patoni, número 5, un girito de unos cinco pesos mexicanos para que este señor me compre la medicina en la Capital y me la mande. Por si acaso pueden hacer ese gasto, sin grandes sacrificios, te adjunto el borrador de la carta para el licenciado. Sin más por hoy, las adora,

Eutiquio

Ulúa, 8 de junio de 1907.
Señor J. Canales de la Fuente.
Eagle Pass, Texas.
Muy querido papá: Adjunto a la cartita de María, recibí la tuya fecha 4 del actual; estoy bien. No envíen ropa a menos de que yo indique conforme advertí. Mis advertencias fueron solo una medida preventiva por más que he tenido y tengo la convicción de que ya no me molestará más con los trámites judiciales. Mucho me confortó la cartita de María y espero que tú aún sigas trabajando donde mismo, sin novedad. De Herlinda, creo otro tanto y estoy tranquilo. Que contigo mamá y hermanitos reciban mi profundo cariño.

César E. Canales
Saludos a mis amistades

Ulúa, 9 de junio de 1907.
Señores J. Canales de la Fuente y Josefa C. de Canales.
Eagle Pass, Texas.
Muy queridos padres míos: por la grata de ustedes, fecha 26 del mes últimamente pasado, supe que la mía, fecha 16 del mismo, la habían recibido sin novedad. En este mismo momento acabo de recibir la de ustedes del día 1 del próximo pasado; adjuntos a esta recibí los cinco pesos de que me hablan.

(Tengo en mi poder) la cajita de la pomada y de los pañuelitos. Muchas gracias. Mi enfermedad no me ha molestado más; y esta cajita de pomada me va a servir quizás en el futuro, pues por ahora creo inútil usarla.

Me complace que mi buen amigo y su apreciable familia hayan visitado a ustedes deséandoles un buen éxito en sus gestiones sobre la justísima indemnización, envío a ellos mi profundo y sincero pésame por la acontecida desgracia.

No haya cuidado por mí, y suceda lo que suceda, estén tranquilos e impasibles.

Múltiples abrazos y besos para mis hermanitas, expresiones cariñosas para toda la familia Domínguez y demás amigos de la casa.

Y ustedes, padres míos, reciba mi corazón.

César E. Canales

Ulúa, 19 de septiembre de 1907
Señor don J. Canales de la Fuente.
Eagle Pass, Texas.
Muy querido papá: contesto tu apreciable fecha 5. Recibí tus medicinas, estampillas y papel con los sobres. Gracias. Creo que no tendré que utilizar tus medicinas, pues me he sentido bien. Estén tranquilos. La vista de mi causa debe haberse efectuado el día 18 del actual, es decir ayer, y espero que se me notifique de un día a otro

el resultado. Avisaré a ustedes enseguida. Nada me falta. Gracias. Mil abrazos y besos a mamá y muchachas. Te adora, tu hijo.

César E. Canales

Ulúa, 15 de octubre de 1907. Señor J. Canales de la Fuente.
Eagle Pass, Texas.
Muy querido papá: Contesto tus cartas fechas 9 y 11, que a última hora recibí. El tribunal nada ha resuelto aún. Sigo bien, nada me falta. No necesito ropa por ahora. Aquí no se hace sensible el frío. Espero que tú como las muchachas sigan tranquilamente en sus trabajos respectivos. Creo positivamente que el tribunal confirmará mi sentencia. Avisaré cualquiera que sea el resultado. Mi abogado, en este caso, va a pedir amparo: esto va largo; paciencia. Los adora.

César E. Canales

Hoy mismo, antes de recibir las cartas tuyas que arriba menciono, puse en el correo otra. Espero que la recibirás al mismo tiempo.

Ulúa, 9 de noviembre de 1907.
Señor don J. Canales de la Fuente.
Eagle Pass, Texas.
Muy querido papá: el 6 fuimos notificados oficialmente haber sido confirmadas nuestras sentencias. No nos habíamos engañado, ya interpusimos el recurso de amparo Sarabia y yo. No haya pesar por tal pequeñez y permanezcan impasibles en espera del porvenir. Paciencia, téngase fe y mantengámonos en nuestro puesto. Rojitas irá para esa en breve. Se ha portado muy bien conmigo, pero ustedes obrarán con él como juzguen conveniente. Al parecer es un buen sujeto, y me ha demostrado algún cariño. Él puede narrarles algunos episodios sobre mi estancia en Chihuahua. Se divertirán de cierto. Los adora,

César E. Canales

Ulúa. 16 de mayo de 1907
Señor J. Canales de la Fuente.
Eagle Pass, Texas.
Muy querido papá: Es en mi poder tu carta fecha 6, así como *magazines* que deseaba. Di a Herlinda recibí su bonita carta 2 del pasado.

Que don Juan escribió a su mamá: hace mucho y está cuidadoso por falta de noticias de ella. Sin novedad. Consérvese bien. Paciencia. Dentro de un mes más o menos necesitaré zapatos, no bonitos ni caros, sino fuertes y baratos. Comprarlos en Ciudad Porfirio Díaz y enviarlos por correo certificados. Por supuesto, si les es posible. Nada de sacrificios. La dicha sea con Uds. Los adora, César E. Canales. P. D. Las dimensiones de mi pie van a la vuelta, aplastándolos mucho.

Ulúa, 25 de abril de 1909
Señora Josefa C. de Canales. Eagle Pass, Texas.
Mamacita: estoy bien, no tengan cuidado. Sigo reventando de salud y fuerza. He recibido sin tropiezo tu último giro, es decir, con igual suerte que todos los anteriores. La conserva me gustó más que todo lo que mandaste, y no puedo menos que felicitar a las muchachas por sus buenos conocimientos sobre la materia. ¡Pobres hermanitas mías! Indudablemente siguen tan hacendosas como siempre. Ya lucirán para ellas más hermosos y felices días. Mucho me extraña que las cartas no traigan la firma de papá, de algún tiempo a esta parte estoy acostumbrado a ver en cada una de ellas a la par que tus letras, la firma de papá, que aquello no puede menos de tenerme si no es sobresaltado. ¿Está enfermo ese valiente y querido papacito? Hago mil votos porque le haya impedido firmar algo menos grave y no pierdo la esperanza de opinión sobre los graves trastornos que sufren nuestros parientes, como asuntos enteramente privados, los trato en clave, a la vuelta.

Ojalá y les sean de alguna utilidad. Mil abrazos y besos para papá, para ti y para mis hermanitas.

César E. Canales.

Nota de la redacción. Esta carta trae en el reverso cerca de 300 líneas en clave. La escritura de esa es de una paciencia de preso. Posiblemente un buen dibujante no la copia en una semana. Los signos apenas son vistos, y el conjunto de esos rengloncitos parecen un manuscrito árabe.

Por nuestras informaciones sabemos que esa carta en que Canales extraña que la firma de su padre no haya sido estampada en las cartas anteriores se debe a que su progenitor ya había muerto. Poco tiempo después la madre tuvo que mentirle piadosamente diciéndole que a su papá le había dado un ataque de parálisis, y que por eso no podía firmar.

Cómo se vive en San Juan de Ulúa

La sagacidad de Canales había logrado que un extenso informe de cómo vivían los presos políticos y del orden común en San Juan de Ulúa llegara hasta un periódico llamado *Evolución social*, publicado en Tohay, Texas, lo recibiera y publicara. El informe es muy extenso, y de él entresacamos lo que sigue:

Haré en consecuencia sólo un ligero bosquejo de nuestra situación, no sin manifestar de antemano para que se comprenda hasta dónde pueden haber llegado los atropellos a nuestras personas que en una ocasión en que, protestando contra los abusos cometidos, alegábamos en nuestro favor lo prescrito por nuestra Carta Fundamental y los Códigos, nos contestó el jefe del Fuerte, entonces coronel José M. Hernández, hoy general brigadier: “Bah, para las leyes

los muelles". Los calabozos en que nos han tenido, verdaderas pocilgas, estrechos, inventilados, oscuros, húmedos, pestilentes y llenos de bichos, tienen nombres hasta sugestivos, tales como Gloria, Purgatorio, Infierno y Limbo. En este último está aislado hace más de un año nuestro buen amigo Juan Sarabia. Todos estos calabozos afectan la forma de enormes nichos o tumbas, con bóvedas de ocho pies de espesor; son elocuentes vestigios de la Edad Media, muy dignos del Santo Oficio. De cuántas escenas terribles desesperadas, habrán sido testigos mudos. Cuántos lamentos se habrán deslizado por las estrechísimas rendijas, cuántas lágrimas se habrán mezclado en el lodoso suelo con el agua que de este brota, cuánta sangre habrá salpicado las paredes húmedas, relucientes y viscosas. Y no obstante, el año pasado, en lo más riguroso de nuestra incomunicación, cuando para soportar el calor teníamos que desnudarnos, el señor don Federico Gamboa, actual subsecretario de Relaciones Exteriores, escritor de mucho talento y goza de fama de hombre observador e intachable, habiendo visitado estos nuestros calabozos, y cuando saliendo preparara base para atravesar otro que conduce al patio del presidio, nos lanzó al rostro, aunque hablando con sus compañeros, esta frase: Qué fresco, parece que estamos en la playa. Frase que nos pareció muy despiadada a nuestra situación.

"Conforme con el régimen militar impuesto, están destinadas dos horas cada ocho días para el lavado y baño de la prisión. Pues bien, nuestros guardianes, dejándose llevar por la animalidad desgraciadamente tan perceptible aún en el hombre, nos han constreñido a efectuar el baño en una sala, y a cargar con la ropa mojada que, traída forzosamente al interior de nuestro estrecho calabozo, acentúa la insalubridad mortal, y en consecuencia, la emigración a la enfermería. Esta por su raquitismo, su pobreza, y su escaso personal es una verdadera antesala de la muerte.

Las prescripciones médicas

"Se dan por prescripción médica, en los meses de mayo y junio, baños extraordinarios, por las circunstancias en que se toman y el lugar donde se efectúan, diferentes de ordinario, constituyen unas de tantas anomalías de nuestro tiempo, y son el oprobio de la ciencia de Hipócrates. Llévanse en los fosos a pesar que estos están llenos de lodo y de los miles de detritus que los barcos anclados en la bahía arrojan, y que la marea trae pacientemente durante todo el año, no es óbice para que este baño se tome aunque la marea esté baja. Así, los novecientos presos que habemos en la fortaleza, divididos en secciones, vamos unos tras otros a revolcarnos en el cieno; llevamos la peor parte nosotros los asilados en el calabozo denominado por antonomasia Gloria, pues siendo los últimos, llegamos cuando el agua escasea, estando esta batida, pestilente, impregnada de los mortales gérmenes expresados, además de los que depositan los presos enfermos. El forzamiento a tomar este baño tiene a veces consecuencias desastrosas e inmediatas, pues cuando los presos se rehúsan a tomar este baño de lodo, el mayor Victoriano Grinda, que como interino segundo jefe de la prisión, vigila la escena, exclama: ¡Al infierno!

"Uno de los compañeros, el señor Román Maró, que respetuosamente insistía en sus deseos de no bañarse, fue soezmente ultrajado por Grinda, y golpeado por el capitán Chávez. Este último es ayudante en el Fuerte. Ambos militares tienen muchos puntos de contacto. Íbamos algunos enfermos. Acerquéme al irascible mayor, y serena y respetuosamente también manifestéle que no era posible bañarse; que, si él no podía resolver de acuerdo con mi necesidad, se dignara permitirme hablar con el señor general Hernández, quien estaba cerca; pero aquel, tras de un torrente de obscenidades y tras de gritarme que nada le importaba mi enfermedad, echóme al cuello para arrancarme a tirones la chaqueta.

“Sin perder la serenidad, manifestéle que no eran necesarios tales extremos, que obedecería, pero que puesto que ni de ellos ni del gobierno podría obtener justicia, me quejaría a la prensa. Después supe que cuando el mayor me estrujaba y llevaba su puño a mi rostro, uno de los compañeros, indignado y sin poderse dominar, levantó el brazo para descargarlo sobre mi ofensor; afortunadamente, otro compañero, más dueño de sí, lo detuvo, evitando de esa manera una dolorísima tragedia.

“Nunca, como ahora, he observado tan marcada diferencia de escuela entre el soldado y el paisano, el profundo hoyo que moralmente separa aquella casta de turbulentos parásitos del pueblo trabajador, que recibe los golpes y que da de comer a su ultrajante.

“Terminado el baño, el señor Ramón Marín y yo, como si hubiéramos cometido algún crimen, fuimos encerrados por disposición del jefe en el Infierno. Omito describir este antro, por haberlo hecho antes otros infortunados; sólo agregaré que es el peor de todos, que no entra ahí, en absoluto, ni luz ni ventilación, y si la baja puerta de madera que tiene se supliera por otra de cal y canto, estaríamos verdaderamente emparedados. En el momento que esto escribo, el calor nos sofoca, y es de tal manera estrecha nuestra cripta, que si extendiera el brazo, tocaría indispensablemente la cuba pletórica de inmundicia.

“Y si de tal manera se nos atormenta, empujándonos inflexiblemente hacia el sepulcro, no se pierde, por otra parte, oportunidad para humillarnos.

“Como para muestra basta un botón, solamente diré que se nos obliga a tomar rancho, a salir al baño, a la revista, etcétera, en compañía de la gente más degenerada de la prisión: de los femeninos.

¡Ave César! Los que van a morir, te saludan

“Pasaré a ocuparme de los compañeros que vegetan en otra ala del edificio. A su llegada fueron puestos en departamentos en cuyos

frentes o fondos hacen sus necesidades corporales por estar allí las cubas que servían de w. c. a siete centenares de presos. Aquel grupo de copartícipes de nuestro infortunio, no de nuestra rebeldía, estaba constituido por laboriosos jóvenes indígenas, por ancianos inútiles y por dos niños de diez a doce años.

"Estos últimos, después de un año de penalidades y en atención a su cortísima edad, fueron puestos en libertad.Muy pocos son los culpables; los verdaderos culpables que con las armas en la mano se internaron en la serranía, no fueron seguidos por las tropas, quienes encontraron más cómodo asesinar inermes pobladores y encordar por sospechosos, pacíficos ciudadanos, que si abrigaban simpatías por el libertador movimiento revolucionario intentado por ellos también oprimidos no tomaron, sin embargo, ningún participio. Respirando deletéreas emanaciones, teniendo vivo en la mente el tristísimo cuadro de la devastación de sus campos y hogares, cuando a la vez eran amarrados codo a codo, quedaban sus míseras familias llorando bajo los árboles de la humeante serranía; mal alimentados, pobres, abandonados, de todos y por todos escarnecidos, ellos han sido los que mayor tributo han pagado a la insaciable Átropos.

"Están esperando vanamente se les juzgue. Puestos en tan mortales condiciones de vida, cogen estos infelices graves enfermedades y pasan a la terrible enfermería que exhausta de medicinas apropiadas y deficiente en el personal les sirve breves días de alojamiento, para enviarlos, en lo general, a la fosa.

"Así se explica que en algo más de dos años, asesinados por el medio en que nos tienen haya muerto más de un centenar de compañeros. Nosotros, sintiendo ya circular por nuestras venas *el tósigo legal del Estado*, esperamos sombríamente nuestro turno. Reciba el alabado jefe de la nación, en nuestra hora postrera, nuestro: ¡Ave César, los que van a morir te saludan!"

César Canales murió en una acción de armas en Pedriceña

Después del rompimiento de Madero y Pascual Orozco, Canales se fue con Orozco, que era sangre de su sangre. Y una mañana, en medio del terrible tiroteo de los maderistas y federales en contra de las fuerzas de Orozco, cuya vanguardia mandaba aquel César Canales que, desde 1906, venía peleando por las libertades políticas y sociales de su pueblo —cayó atravesado por las balas. Su cadáver fue rescatado por los suyos. A Canales lo querían sus tropas, lo amaban. El rescate de su cadáver fue un peligro de muerte para sus subalternos. Digna muerte de un hombre de acción.

El señor Miguel Moreno y M., que firma bajo el pseudónimo de Metralla, nos envía unos interesantes datos acerca de la captura de su padre, que fue uno de los complicados en el movimiento revolucionario de 1906, cuya historia estamos reconstruyendo. Agradecemos al señor remitente los elogiosos conceptos que nos dedica, al decirnos:

Digna por todos conceptos es la labor emprendida por *El demócrata*, al sacar a la luz esta serie de datos, que muchos de nuestros historiadores ignoran y que son de gran utilidad pública, por la importancia que ellos encierran, y más aún digna sería el que todos estos datos fueran proporcionados por las personas que verdaderamente tomaron parte directa en esta jornada.

Indudablemente: las columnas de *El demócrata* están libres para que esas personas publiquen lo que sepan de ese movimiento.

Un excordio

En octubre de 1906, el edificio de la dictadura porfiriana vio que sus cimientos se cuarteaban, a causa del complot revolucionario que se acababa de descubrir, y que había sido fraguado y planeado por hombres de buena voluntad, que no querían estar por más

tiempo bajo la tutela de una odiosa dictadura, buscando nuevos derroteros y dando una nueva orientación a los medios en que vivíamos para lograr alcanzar un mejoramiento, tanto político como social, y lograr salir del estado en que nos encontrábamos, del letargo de treinta años del mismo gobernante.

Las teorías socialistas estaban apenas en embrión, y estos hombres, con su buena voluntad, quisieron desarrollarlas prematuramente, siendo vencidos por esta vez, por medio de una vil traición. Mas, sin embargo, este ejemplo, felizmente no fue en vano, porque pocos años después, sus compañeros, ya mejor organizados y con mayores medios de sostenimiento, dieron al traste, en la misma ciudad en donde los iniciadores quisieron buscar el fin del gobierno autónomo del general Díaz, ellos lograron poner en esa misma ciudad, ya predestinada, el fin de ese gobierno. Relativamente poco o casi nada se ha dicho de cómo pasaron los hechos, y sólo hoy le cabe la gran satisfacción a *El demócrata* de ser el primer periódico que da a la luz esta serie de artículos, para que se conozcan quiénes fueron los precursores de nuestra hoy tan debatida democracia y la que felizmente parece que día a día tiende a ser una verdadera realidad, pues sus progresos y enseñanzas son patentes y no está ya lejano el tiempo en que por fin tengamos la dicha de conocerla tal cual es verdaderamente.

El Chino Octaviano

En una de las frías noches del mes de octubre del año de 1906, cerca de las ocho, llamaron a nuestro domicilio, ubicado en la calle onceava, número trescientos ochenta y uno, de la ciudad de Chihuahua. Mi hermano, que de casualidad había ido a cenar con nosotros, se levantó a ver quién tocaba, y grande fue su sorpresa al encontrarse nada menos que con el Chino Octaviano, jefe de la policía reservada en aquel entonces, el que iba acompañado con

el comandante de la policía de a pie, el señor Ponce de León y ocho agentes a sus órdenes.

Previos saludos, mi hermano les invitó a pasar al interior de nuestro domicilio, con el objeto de saber qué misión tenían que cumplir en nuestra casa.

Lo primero que hicieron fue preguntar por mi padre, a lo que mi hermano contestó que por el momento no se encontraba en la ciudad, pues tenía ya tres días de haber salido fuera, con rumbo a la sierra, sin poderles determinar por el momento el lugar seguro adonde se dirigió, por ignorarlo él mismo.

Entonces, el Chino nos manifestó, porque ya nos habíamos reunido todos en la sala, que el objeto de molestarnos a esa hora era muy contra su voluntad, pero que tenía órdenes estrictas para aprehender a mi padre, en cualquier lugar que se encontrara, al igual para proceder a catear la casa, con el único objeto de recoger algunos documentos comprometedores, de un plan revolucionario que iba a estallar, y en los que tenían plenos informes de que mi padre formaba parte activa en ese complot. Y para mayor convencimiento de nosotros, nos mostró la orden respectiva, tanto de aprehensión como de cateo, manifestándonos que tenían también órdenes de obrar por la fuerza, en caso de que se les opusiera alguna resistencia, pero que él estaba convencido de que no la encontraría de nuestra parte.

El señor Moreno, conspiraba

Efectivamente, mi padre, desde tiempo atrás, estaba haciendo viajes continuos a la sierra, pero él siempre nos manifestaba que andaban buscando unas vetas de metales de muy buena ley, siendo la duración de estos viajes de seis a ocho días, razón por la cual nunca sospechábamos en la casa el real y verdadero objeto de esos viajes, hasta que pasó esto.

El cateo

El cateo principió como a las nueve de la noche, por la misma sala en donde nos encontrábamos reunidos; fue sumamente minucioso, a pesar de que los encargados de efectuarlo eran todos conocidos de nosotros, pero tal vez por las órdenes que habían recibido se excedieron en el cumplimiento de su deber, mostrando un celo inusitado.

Cuadro por cuadro fueron quitando, las alfombras y tapetes, todo levantaron, en los huecos de los espejos metían la mano hasta el codo, con la esperanza de encontrar algo de lo que buscaban, mas todo era en vano, porque ahí no había nada.

Después de dejar todo en desorden, se pasó a la recámara de mi hermana, le ordenaron que abriera su petaquilla, y ella, al principio, se resistió, pero ante la súplica del Chino y las órdenes terminantes de mi hermano, tuvo al fin que ceder y le sacaron todo lo que en ella contenía. Revolvieron toda su cama, y todas sus cosas quedaron regadas por el suelo, cuando se ordenó que se pasara a otra pieza, la recámara de mi padre.

El buró salvador

Este era el lugar principal. Mi padre tenía un pequeño buró en el cual conservaba él todos sus secretos, y mi hermana tuvo en esos momentos una grande inspiración. ¿Cómo salvar el buró? ¿Si ahí estarían los documentos que buscaba la policía? Y si los encontraban, ¿qué le pasaría a mi padre? Mi hermana se adelantó, y lo único que hizo fue pararse disimuladamente delante del famoso buró, cubriéndolo casi por completo; el registro en esa pieza fue del todo minucioso; todo se removió de su lugar; las camas fueron revueltas a diestra y siniestra. Entonces, mi hermana comenzó a llorar y a decir que toda la casa se la había volteado al revés, y todo habían ido dejando tirado, y el comandante Ponce de León, por

caballerosidad, se acercó a consolarle, y le manifestó que ya en las otras piezas se pasarían más violentos y no tirarían nada, excepto lo que encontraran sospechoso, y le pedía que ya no siguiera llorando, pero mi hermana no se movió de su lugar, hasta que ordenaron se pasara a otra parte. Todos salieron, y ella inmediatamente apagó la luz. El famoso buró se había salvado gracias a la estratagema de mi hermana. El cateo siguió en todo su apogeo, sin escaparse la cocina, toda clase de cuartos y hasta el corral; en donde debajo de los macheros, creían encontrar armas y documentos comprometedores. Viendo al fin que todo les había fallado, se conformaron con llevarse cuatro ejemplares del periódico *Regeneración*, en números bastante atrasados, y que de pura casualidad se encontraron tirados en el suelo, en una de las piezas.

El lujo de fuerza empleada para este acto no comenzó a los beneficios que creía obtener, y entonces, al despedirse de nosotros, ordenaron se estableciera un servicio en el perímetro de nuestra casa, con el objeto de que se vigilaran todos nuestros movimientos, y estar al pendiente en el momento en que llegara mi padre, a la casa, para aprehenderlo.

Qué tenía ese buró

Por otra parte, apenas salieron los agentes de la policía de la casa, mi hermano ordenó que se cerrara esta con llave y a nadie se le permitiera de nuevo la entrada. Se dirigió directamente al lugar donde estaba el buró de los secretos, forzando con unos cuantos golpes la cerradura.

Una vez abierto, comenzó a registrar su contenido, y nos convencimos de que, efectivamente, contenía documentos de bastante importancia, que si llegaban a caer en las manos de los comisionados habrían ocasionado un fuerte perjuicio a mi padre. Inmediatamente ordenó mi hermano que se despejara el centro

de la pieza y poco a poco según se iba enterando, fue quemando todos los documentos que a su juicio no debían permanecer por más tiempo en ese lugar, reservándose los que no tenían ningún interés; esta operación se concluyó cerca de la medianoche, hora en la cual abandonó la casa para dirigirse a su domicilio, mas apenas había llegado a la esquina, cuando fue detenido por dos de los agentes que vigilaban la casa y sujeto a un minucioso registro, que fue también de resultados negativos, y si le dejaron su arma, fue porque él les manifestó que nunca se separaba de ella; menos se arregló y dejó todas su cosas aún de noche, que tenía que andar a pie una tan larga distancia.

Llega el seño Moreno
Tres días después de estos hechos, mi padre llegaba a la casa tranquilamente, violando la estricta vigilancia que habían establecido en sus contornos.

Mi madre le puso al momento al corriente de todo lo que pasaba, pero él, sin inmutarse, contestó que esto ya lo esperaba de un momento a otro, pero que tuviéramos cuidado, porque todo lo arreglaría al día siguiente, y que por lo pronto pensaba descansar un poco en la casa, para arreglar y ordenar todos sus asuntos, manifestando un gran disgusto al saber que le habían quemado sus papeles que, según él, encerraban datos de mucha importancia, pero dado que ya no tenía remedio, se conformaba con lo que él ya personalmente había efectuado.

El señor Moreno se presenta a las autoridades
Al día siguiente, después de que nos manifestó él que iba a ir a la jefatura política a presentarse, con el objeto de arreglar de una vez ese asunto, mas viendo que no llegaba a la hora de comida, a mi madre le comenzó a entrar temor de que algo le hubiera pasado,

y me mandó que le fuera a avisar a mi hermano que mi padre no aparecía y que fuéramos a la jefatura a tomar informes. Tan pronto como le di el recado a mi hermano, nos trasladamos a la jefatura, en donde fuimos informados que mi padre estaba detenido, por órdenes del ciudadano gobernador del estado, y acusado del grave delito de querer perturbar el orden público, y que no nos podíamos comunicar con él hasta nueva orden. Además, que sabían que él era uno de los miembros inodados en el completo que días antes habían descubierto, y que mi padre era uno de los comisionados para llevar armas a los de la sierra, con el objeto de que se levantaran en contra del gobierno constituido; será cierto o no, eso solo quienes lo procesaron lo supieron, porque a nosotros jamás nos dijo una sola palabra en lo que respecta a este asunto, aún después de haber pasado todo.

Querer seguir la secuela del proceso y sus múltiples incidentes es cosa que está fuera de mi alcance; pero sí debo manifestar que el trato que se les dio a los prisioneros en la Cárcel de Allende fue digno de toda una Rusia zarista. Han pasado dieciocho años, y sin embargo hay detalles que es imposible por los bárbaros el que se borren de la memoria.

Cómo es la cárcel de Allende

La vetusta cárcel de Allende, en Chihuahua, presenta una particularidad. Contiene en su interiores, para los reos peligrosos, una serie de doce calabozos de los cuales cada uno corresponde exactamente a un mes del año. Pues bien, a estos reos, según calculaban su grado de responsabilidad, los iban poniendo en esos calabozos y primeramente los interpretaban en el que corresponde al mes de julio, es decir, el que está pegado a la cocina, y en el que se siente un calor infernal; no lo sacaban en todo el día y ahí mismo, el bote que a veces ni se los cambiaban, tenían que hacer sus necesidades

y soportar al mismo tiempo el calor y el olor de todo aquello; después, violentamente, los cambiaban al calabozo de diciembre, donde la humedad y el frío son insoportables.

El lujo de fuerza desplegada tanto por las autoridades militares como civiles para custodiar a quince o dieciocho presos, no valía la pena; pero dichas autoridades tenía miedo de que el pueblo, fuera a libertar a estos prisioneros.

Todas las diligencias del proceso se efectuaban a las altas horas de la noche, y las primeras de la madrugada, para lo cual sacaban en medio de una doble escolta de cincuenta soldados, a grupos de dos o tres de los prisioneros, y en cambio, en el Palacio de Gobierno, don Enrique C. Creel, puerta de por medio, se encontraba protegido por fuerzas del 18 batallón de infantería, y la montada del Estado, tal era el miedo que les tenían a estos ciudadanos. Y más todavía escogían para efectuar las mencionadas diligencias los días en que el tiempo era más inclemente, después de una nevada o bien en la madrugada, cuando estaba cayendo un aguanieve de esos cristales que rompe la cara. Por otra parte, también y de órdenes de quién sabe quién, los sacaban de sus calabozos a la media noche, y les simulaban juicios sumarios, que felizmente todos fueron puras pantomimas y sin consumación.

Los resultados de tan crueles procedimientos no se hicieron esperar, pues la mayoría de los prisioneros se vieron pronto quebrantados de salud, y los más se enfermaron de la vista; entre estos últimos se encontró mi padre, que aún en la actualidad padece de la vista.

Un fenómeno

Debo manifestar que durante esos meses sucedió un fenómeno bastante raro en Chihuahua, y era que este grupo de prisioneros contaba con la simpatía de casi todas las clases sociales, excepto los

allegados y parientes de los gobernantes y los señores de la horca y haciendas (Terrazas, Creel y compañía), y como una prueba inequívoca diariamente durante el tiempo que los sacaban de sus calabozos, les mandaban infinidad de obsequios, la mayoría de los cuales, si es verdad no llegaban a poder del destinatario, era porque los carceleros y sus custodios los robaban. Un mes después de la detención de mi padre, y gracias a las numerosas influencias que movimos en su favor, nos permitieron comunicarnos con él, pero la entrevistas se efectuaban en la alcaidía en presencia de testigos y solo por media hora, vencida la cual lo regresaban inmediatamente de nuevo a su encierro.

Durante su retención, mi padre siempre estuvo resignado con su suerte, y lo único que nos aconsejó fue que las causas como la que ellos defendían y que era una causa noble, se tiene que defender aunque cueste la vida, y que si desgraciadamente los mataba, él moriría tranquilo, porque creía y tenía la firme convicción de haber cumplido con su deber, pidiéndonos únicamente el que siempre siguiéramos su ejemplo.

Semblanzas de algunos revolucionarios

Felizmente, en la segunda decena del mes de diciembre, y no habiéndole podido comprobar ningún cargo a mi padre, quedó en libertad en unión de varios otros de sus compañeros. En mis frecuentes visitas a la cárcel, donde ya bien me conocían, tuve la oportunidad de conocer a los inodados en el complot, y que se encontraban detenidos, pero aparte de que todos me simpatizaban, yo tuve predilección especial por tres de ellos; el primero era un señor cuyo nombre no recuerdo por el momento, a este señor lo habían capturado en Sonora, precisamente el día en que contraía nuevas nupcias, durante el baile que se efectuaba con motivo de su matrimonio; era un señor de una edad ya un poco avanzada, es decir, algo anciano, y lloraba

amargamente por la ausencia de su señora esposa, a quien recordaba con adorable cariño. El segundo era César Canales. A este siempre lo consideré yo como el verdadero director intelectual del movimiento. En él se veía fibra, energía y resolución. Era un hombre de acción, que si llega a obrar habría sido sin duda alguna de las principales figuras del movimiento. El tercero era don Juan Sarabia, íntimo y personal amigo de mi padre; era también mi predilecto, mi padre y yo siempre lo quisimos con verdadera estimación, y aún hoy, después de muerto, lo recordamos con respeto y cariño.

Cómo salieron los presos de Chihuahua

El día en que sacaron de la prisión a los pocos prisioneros que fueron sentenciados a purgar el delito de querer libertar al pueblo, de la tiranía porfiriana a las tinajas de San Juan de Ulúa, a donde fueron enviados, principiaron los preparativos desde las siete de la noche. El 18 batallón, con su coronel Valdés a la cabeza, el 13 regimiento y la gendarmería montada fueron tendidos desde la entrada de la cárcel hasta la estación del Central. A los prisioneros los sacaron codo a codo, en medio de una doble escolta que atravesó toda esta fila de soldados hasta que fueron embarcados en un furgón que estaba coronado de soldados por todas partes. Miles de gentes presenciaron este triste espectáculo y maldecían a quienes habían dado tales órdenes.

Cómo los aprehendieron en El Paso, Texas

Esta pléyade de ciudadanos fueron los que verdaderamente quisieron llevar a efecto el fin de la tiranía porfiriana, y que si no dieron al traste con ella, fue porque obraron con suma precipitación, sin esperar a confirmar los datos que tenían, pues creían contar con casi toda la guarnición de Ciudad Juárez, que decían que estaba de su parte, sin comprender como después se vio, que todo era

un plan de mi entonces profesor de matemáticas el general José María de la Vega, que más astuto que ellos, los hizo caer en la red que les tendió y si se salvaron los Flores Magón de caer, fue porque ese día retrasaron por otros asuntos pasar el puente como lo hacían todos los días, y que en los momentos en que ellos llegaban, el general de la Vega, que no quiso esperar unos momentos más, pues temía que se le escaparan los que estaban, procedió a su captura, y los Flores Magón se salvaron, gracias a que llevaban bombas de dinamita en la mano y sus aprehensores les tuvieron miedo, dejándolos que pasaran el puente.

Por lo demás, la aprehensión de canales, Sarabia y otros no tuvo para nada la importancia que se le dio en las esferas gubernamentales de aquella época, por la sencilla razón de que el general don José María de la Vega ya tenía su plan dispuesto sabía perfectamente bien que el lugar donde se reunían los complotistas era en las bancas del jardín de la plaza principal de Ciudad Juárez, y precisamente el día en que los aprehendieron habían quedado algunos de los militares inodados en el complot, de que les iban a presentar a otros nuevos compañeros. Ellos no conocían al general de la Vega, de modo que los vieron pasar a la primera vuelta y no se fijaron. En cambio, el general de la Vega contaba con todas las ventajas, aunque él no conocía tampoco a ninguno de los civiles revolucionarios, la oficialidad de Ciudad Juárez, sí los conocía muy bien, por esto es que a la primera vuelta, lo que hicieron fue que se los señalaron al general de la Vega. Este distribuyó su gente convenientemente y a la segunda vuelta, cuando los otros estaban más confiados, pistola en mano les intimó su rendición. La traición se había consumado, lo demás ya es conocido.

En tanto que la Cárcel de Allende, en Chihuahua, estaba repleta de presos políticos a quienes se les seguía proceso por los delitos de rebelión, asesinato, pillaje, destrucción de edificios públicos,

en el fatídico Belén, se encontraban alojados cómodamente centenares de hombres que eran procesados por *provocación al delito de rebelión*, seguido de oficio, en contra de los ciudadanos Jesús Martínez Carreón, Rosendo Frausto, Juan de la Peña, Venancio Aguilar, Fabián González Martínez, José Aguilar Rosales, Pedro Ramírez Rodríguez, Apolonio Villa Espinosa, Arnulfo Zertuche Sánchez, Pilar Garza Guerra, Adolfo Valdés y García, Andrés Prieto y Sarabia, Librado Rodríguez y Rodríguez, Ventura Cardona Alemán, Amado Rodríguez y Espinosa, Fidel Melitón Cervantes Martínez, Casimiro Rosales Fernández, José Leal Gutiérrez, José de la Cortina de la Garza, Feliciano Villarreal de la Garza, Serapio Luna Cardona, Fructuoso Urdiales Mata, Ireneo Cruz y Jasso, José María de la Garza, Juan Zepeda, Ceferino Bernal, Juan de la Garza Bazán, Antonio Rábago, Isaías Ayala, Feliciano y José Orozco, Pedro García, Nicanor Villarreal, Abraham Garza, Tiburcio Balderas, Luis Domínguez, Modesto Abascal, Cástulo de la Garza, Juan José Arredondo, Nicanor Valdés, José Serna, Melitón Perea, Juan de la Cruz, Napoleón Barrera, Mauricio Uruñuela, Apolonio Barrera, Jesús García Peña, Aureliano González, Cástulo Gómez, Felipe de J. Martínez, Antonio S. Salas López, J. Guadalupe Velasco, Límbano Domínguez, Lázaro Parada Espinosa, Atilano Barrera, Leopoldo Villarreal o Eulalio Treviño, Felipe Martínez, Juan Ibarra, José María Saucedo, Francisco Villanueva, Joaquín O. Serrano, José Neira, Donaciano Rojas, Leopoldo Alvarez, José María González, Andrés Flores, Federico Pérez Fernández, Aarón López Manzano y Juan E. Velázquez.

Estos eran solamente los hombres que quedaron en la cárcel de Belén, hasta el 31 de octubre de 1910, en que el tribunal primero de circuito vio en apelación el proceso que se les instruyó desde el año de 1906, es decir, desde que en Chihuahua se empezaron a tomar los hilos de la revolución antiporfirista.

Como era muy interesante que nuestros lectores conocieran ese Toca, nos dedicamos a buscar "esa maravillosa pieza judicial", y gracias a la amabilidad de don Federico Pérez Fernández, podemos presentarlo íntegro: Y como dice el doctor en Leyes de los *Intereses creados:*

Resultado primero. Que en cuatro de julio de mil novecientos seis pidió el señor agente del Ministerio Público, adscrito al juzgado de Distrito que se indicó al principio de este fallo, que se abriera averiguación criminal, a fin de esclarecer si unos artículos publicados en los periódicos *La Revolución Social* y *El Colmillo Público* incitaban a los ciudadanos de la República a rebelarse contra el gobierno de la Federación; que abierta esa averiguación y detenidos Jesús Martínez Carreón y Federico Pérez Fernández, director y administrador, respectivamente, del segundo de los periódicos susodichos, se aseguraron las imprentas, tipos y demás útiles que habían servido para la impresión de los periódicos denunciados, y se ordenó por medio del exhorto respectivo la aprehensión de José Neira y demás firmantes de los artículos que componían el número uno de *La Revolución Social*; que examinados Carreón y Fernández, el primero asumió desde luego de redactor exclusivo de los artículos publicados en *El Colmillo Público* entre los cuales se encuentra el denunciado; y el segundo, sostuvo ser únicamente administrador del impreso, a cuyo carácter se debió que recibiera *La Revolución Social*, semanario que aseguró no saber en qué imprenta se editaba; que puestos en formal prisión, Fernández y Carreón, por decreto de 7 de julio de 1906, se recibió declaración al señor Ángel Pola, sobre si él había mandado publicar que obra al final de la segunda plana de *La Revolución Social,* y contestó negativamente, asegurando que no conocía dicho periódico, y que probablemente Pérez Fernández era quien había tenido injerencia en aquella publicidad, pues varias veces le había comprado libros,

entre ellos *Guía del amansador de caballos y del picador*, que precisamente era el denunciado; que en esa época se recogieron varias cartas de la Administración de Correos, como consecuencia de la orden respectiva, dirigidas una a Pérez Fernández y suscritas otras por este, fojas 29 a 43, cuaderno primero de los autos de primera instancia, así como algunas relativas a Jesús Martínez Carreón, todas las cuales vinieron a robustecer los indicios que fundaron los decretos de formal prisión de que se habló no ha mucho.

Resultado segundo. Que librado exhorto a la ciudad de Orizaba, donde se suponía editaba *La Revolución Social*, por las declaraciones de George A. Artington, Adolfo Peirot y Manuel Lezama, se supo que dicho periódico se imprimía en esta capital, y de aquí era enviado a la negociación de Río Blanco, en aquella población, probablemente por Federico Pérez Fernández, dato que coincidió con la consignación del individuo Rosendo Frausto, hecha por la oficina de la Policía Reservada de esta capital, porque se sospechaba que era el encargado de procurar la circulación de una hoja impresa titulada *Resoluciones tomadas por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano*, hoja suscrita por los señores Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Enrique Flores Magón, profesor Librado Rivera, Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante; que recibida preparatoria a Rosendo Frausto, surgieron una serie de laboriosas diligencias, que fueron descubriendo los nombres de otros complicados, entre ellos, los de las personas que se indicaron al principio de este fallo; pero como de todas ellas solo apelaron de la sentencia de primera instancia, Federico Pérez Fernández, Aarón López Manzano y Juan E. Velázquez, causando ejecutoria, por la consiguiente, dicho fallo, en lo relativo a todos los demás, el suscrito se ocupara sólo de dichos tres apelantes.

Resultado tercero. Que Federico Pérez Fernández, después de habérsele prestado una guía del *express* del Ferrocarril Mexicano,

en la cual aparecía como remitente de un paquete de impresos dirigido a José Neira, de Río Blanco, Orizaba, manifestó que efectivamente enviaba tales periódicos, los cuales eran ejemplares de *La Revolución Social,* impreso que un obrero desconocido le propuso alguna vez que hiciera en la imprenta de *El Colmillo Público*, y que hizo más tarde aquel obrero en unión de otra persona, amiga de él (Pérez Fernández), cuyo nombre manifestó no recordar, expresando en ampliaciones posteriores que era amigo de los señores Flores Magón, redactores de *Regeneración*, a quienes enviaba algunas veces dinero, que recibía de terceras personas desconocidas para él, y de cuyos señores, Flores Magón, Ricardo, por indicación de Jesús Martínez Carreón, había remitido algunos artículos para que vieran la luz en *El Colmillo Público.*

Resultado cuarto. Que en tres de mayo de 1907 cuando, además de los acusados de que se ocupan los anteriores resultados, habían sido puestos en formal prisión algunos otros, fue consignado por la policía reservada Aarón López Manzano, miembro de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, según su propia confesión, quien fue detenido en El Paso, dijo en Monterrey, cuando llegaba de San Antonio, Texas, y venía a visitar a su familia, trayendo el carácter de delegado general de dicha junta, para organizar, palabras textuales, fojas 538, véase también cuaderno tercero del proceso "La Revolución de la República", que el propio López Manzano, en sus diversas declaraciones, y en las ampliaciones de estas, confirma lo anterior, si bien alega que no llegó a usar del carácter con que se le había investido, porque al llegar a México, se lo aprehendió.

Resultado quinto. Que en 4 de mayo del año citado, se puso en formal prisión a López Manzano, cuyo nombramiento de delegado para organizar la revolución, fue reconocido debidamente, y está glosado a fojas 552 del tercer cuaderno de los autos que se vienen

extractando; que continuada la averiguación, fueron aprehendidos los demás individuos que se mencionan en la parte expositiva de esta sentencia, entre ellos Juan E. Velázquez, del cual se ocupará únicamente el suscrito, en virtud de la advertencia contenida en la parte final del resultado segundo.

Juan E. Velázquez fue detenido por la jefatura política de Veracruz, en momentos en que pretendía tomar un tren para salir de dicha población, donde se le vigilaba hacía algún tiempo, porque se sospechaba estuviera en relaciones complicadas en la rebelión de que se viene tratando, sospechas que confirmó la declaración de Velázquez, pues en ella expresó, después de relatar su modo de vivir en Veracruz, desde que llegó del lugar de su origen, hasta el día de su detención, que desde pequeño, leyendo primero *El Hijo del Ahuizote* y después *Regeneración*, había simpatizado con las ideas de los señores Flores Magón, quienes últimamente lo nombraron jefe de la zona de oriente, y delegado especial para los fines de la revolución; que tales confirmaciones se corroboraron en la visita domiciliaria practicada a una de las casas ocupadas por Juan E. Velázquez, pues allí se descubrieron varios ejemplares del *Programa del Partido Liberal*, sirviendo asimismo de pruebas en contra de aquel las cartas, nombramientos y claves que se le ocuparan cuando fue aprehendido, y que obran en la foja 1187 a la 1227 del cuaderno séptimo de los autos de primera instancia, documentos entre los cuales existe el nombramiento de Comandante en Jefe de la Zona de Oriente, ya mencionado.

Resultado sexto. Que en 23 de agosto de 1908, fue decretada la formal prisión de Juan E. Velázquez, y en 15 de noviembre del año siguiente, después de evacuadas las diligencias consiguientes a las consignaciones posteriores al referido Juan E. Velázquez y a los demás trámites que fueron precisos y en derecho indispensables para perfeccionar el sumario, formuló el Ministerio Público conclusiones de

acusación para los individuos cuyos nombres constan al principio de esta sentencia, estimando que Pérez Fernández ayudó, por medio de impresos, a excitar al pueblo a la rebelión, siendo persona instruida, de mala conducta, y habiendo faltado deliberadamente a la verdad; que Aarón López Manzano era responsable del delito de rebelión, consistente en haber pretendido separar de su cargo al presidente de la República, para cuyo fin aceptó el nombramiento de delegado general de los rebeldes y la idea de que se perpetraron robos, asesinatos, saqueos y destrucciones, siendo mala su conducta anterior y estando confeso; y que Juan E. Velázquez era también culpable, en términos semejantes a López Manzano, con más haber incitado a los ciudadanos, formal, directa y seriamente para rebelarse, perseverando largo tiempo en sus propósitos y proporcionando dinero a los rebeldes; que el mismo señor agente del Ministerio Público solicitó la aplicación de las leyes que juzgó pertinentes que se dejara abierto el proceso contra los culpables no aprehendidos y se pusiera en libertad a los procesados Modesto Abascal, José Aguilar Rosales, Isaías Ayala, Tiburcio Balderas, Napoleón Barrera, Zeferino Bernal, Juan de la Cruz, José de la Cortina de la Garza, José M. de la Garza, Cástulo de la Garza, Pedro García, Abraham Garza, Juan Garza Bazán, Jesús Gutiérrez Leal, Juan F. Ibarra, Serapio Luna, Guillermo Rodríguez, Pedro Ramírez Rodríguez, José Serna, Joaquín O. Serrano, Fructuoso Urialdes, Mauricio Uruñueta o Uruñuela, Nicolás Valdés, Apolonio Villa, Feliciano Villarreal, Apolonio Zertuche, Melitón Pearea, Antonio Rábago, Feliciano Orco, Andrés Prieto Sarabia, Amado Rodríguez y José María Saucedo; que el señor procurador de la República confirmó las conclusiones de culpabilidad anteriores, excepción hecha de las relativas a los cuatro individuos últimamente mencionados, pues juzgó que Andés S. Prieto y Amado Rodríguez habían conspirado para hacer una rebelión; que el mismo Prieto y José María Saucedo habían proporcionado dinero a los rebeldes y

Feliciano Orozco había ocultado en su casa al delegado revolucionario Antonio M. Araujo, procesados que tenían acreditadas sus buenas costumbres anteriores y merecían las penas que indicaban.

Resultado séptimo. Que puestos en libertad los procesados a quienes no acusó el representante de la sociedad, declarado que la acción penal había concluido con la muerte de algunos otros, y mandados cancelar las fianzas otorgadas en favor de quienes quedaban en libertad, los defensores, mejor dicho, el defensor de los acusados, licenciado Luis Cabrera, renunció el término del artículo 245 del Procedimiento Penal federal, y pidió se citara para audiencia de alegatos, petición que se proveyó de conformidad, celebrándose aquella en doce del pasado abril con asistencia de las partes, que alegaron en el Ministerio Público cuanto estimó preciso para fundar sus conclusiones, las cuales sostuvo, y el licenciado Cabrera todo aquello que en su sentir fue preciso para motivar la absolución de sus clientes.

Y resultando octavo, que en 30 del precitado abril se pronunció una sentencia de la cual los considerandos de la parte resolutiva concernientes a Fernández, Manzano y Velázquez dicen a la letra:

Considerando primero. Que la base del procedimiento criminal es la comprobación del cuerpo del delito, y en el caso quedó plenamente comprobado el de rebelión previsto y definido por el artículo 1095 del Código Penal, por las diversas declaraciones rendidas por los acusados, por las proclamas publicadas por la llamada Junta Organizadora del Partido Liberal, por la correspondencia seguida entre los miembros de dicha junta y varios de los acusados por el testimonio de la sentencia pronunciada por el Tribunal del Primer Circuito en la causa seguida contra Juan R. Hernández y socios por la circular de la llamada Junta de fojas setecientas cuarenta y ocho que se refiere a los movimientos revolucionarios de Acayucan y Jiménez, siendo además notorio el movimiento revolucionario que

estalló en Casas Grandes, como resultado del cual fueron reducidos al orden, juzgados y sentenciados los autores del motín, de cuyas constancias aparecen de acuerdo con el programa e instrucciones de la citada junta en los distintos puntos de la República, que se han citado varios vecinos se lanzaron públicamente y en abierta hostilidad para separar de su cargo al presidente de la República y a todas las autoridades legítimamente constituidas. (Programa de fojas 220, ejecutoria de fojas 1419 y siguientes; declaración del Pedro Ramírez, de fojas 475 a 485, declaraciones de Ventura Cardona, fojas 305 y declaración de Casimiro Regalado, fojas 376 vuelta, 471, y todas las rendidas por Juan José Arredondo).

Considerando segundo. En cuanto a la responsabilidad de los acusados presentes, que por sus propias confesiones, por los documentos que les fueron recogidos, por las declaraciones de sus acusados y por los careos habidos entre ellos, aparece que Federico Pérez Fernández ayudó, por medio de impresos a la llamada Junta Organizadora del Partido Liberal a excitar al pueblo a la rebelión y proporcionó auxilios pecuniarios a la propia Junta, estando por tanto comprometido en el caso del artículo 1110 del Código Penal para ser considerado como autor de la rebelión, pues llegó a estallar, siendo en consecuencia de estricta aplicación al caso para el efecto de la pena del artículo 1101, en su fracción primera, que castiga con tres años de reclusión y multa de doscientos a dos mil pesos al que proporciona a los rebeldes, dinero… Aarón López Manzano y Juan E. Velázquez, que aparecen como directores y jefes de los rebeldes, están comprendidos en el caso de la fracción I del artículo 1102, que castiga con seis años de reclusión a los directores, a los jefes y a los caudillos de los rebeldes. Por estas consideraciones, con fundamento en las consideraciones legales, citadas, artículos 250, 254, fracciones I, VI y VII, 256, 259 y 264 del Código Federal de Procedimientos Penales, se falla:

Primero. Venancio Aguilar, Arnulfo Zertuche, Casimiro Regalado, Aarón López Manzano, Feliciano Orozco, José M. González, Cástulo Gómez, Lázaro Parada Espinosa, Atilano Barrera, Leopoldo Villarreal o Eulalio Treviño, Juan E. Velázquez, Federico Pérez Fernández, Rosendo Frausto y Amado Rodríguez son culpables del delito de rebelión.

Segundo. Por el expresado delito se condena a Venancio Aguilar a sufrir cuatro años de reclusión, a Aarón López Manzano, Casimiro Regalado, Arnulfo Zertuche y Juan E. Velázquez a sufrir seis años de reclusión, que extinguirán en el lugar que designe el Ejecutivo, debiendo contarse estas penas desde el día en que se decretó la formal prisión de los acusados.

Tercero. Con la prisión sufrida se dan por compurgados de la pena que debiera imponerse a los acusados Feliciano Orozco, José María González, Cástulo Gómez, Lázaro Parada, Atilano Barrera, Federico Pérez FErnández, Eulalio Treviño, Rosendo Frauso y Amado Rodríguez. En consecuencia, póngase desde luego en absoluta libertad.

Cuarto. Los acusados que se mencionan en el primer punto resolutivo quedan privados de sus derechos políticos durante cinco años, que marca el artículo 1118 del Código Penal.

Quinto. Hágase a los acusados la amonestación que previene el artículo 18 del Código Penal, constando de autos que Andrés S. Prieto falleció después de presentadas las conclusiones del Ministerio Público, con fundamento del artículo 255 del Código Penal se declara extinguida la acción pena respectiva del expresado Andrés Prieto Sarabia. Queda abierta esta causa para concluirla contra los acusados que gozan de libertad caucional, cuando se logre la aprehensión o reaprehensión en su caso. Se decomisan y aplican al Gobierno los útiles de imprenta que se emplearon para la publicación del periódico *El Colmillo Público*… Doy fe. Ricardo

Cicero. S. Hernández Serrato, secretario de Rúbricas. México, 7 de noviembre de 1910.

Y de tanto resultado, no resultó más que una sola cosa verdadera: resultó la Revolución.

CARTA DEL SEÑOR ROSALÍO BUSTAMANTE.

Rosalío Bustamante, Altamira Oriente, 61.
Tampico, 11 de septiembre de 1924.
El Demócrata

Estimado amigo: correspondiendo a su apreciable del 30 de agosto próximo pasado, dirigida a la Compañía Huasteca y por esa circunstancia recibida hasta ayer, debido a la huelga. No me siento capacitado para colaborar en las relaciones históricas que está usted publicando el *El demócrata*, porque mi actuación se limitó a laborar en el Club Ponciano Arriaga en San Luis Potosí, primero, y después en México, en donde trabajé en las administraciones de *El Hijo del Ahuizote* y *Excélsior*. Más tarde marché a San Luis, Misuri, a desempeñar labores administrativas en *Regeneración*. Ahí me retiré de las cuestiones políticas cuando Ricardo y Enrique Flores Magón y Juan Sarabia marcharon al Canadá, siendo precisamente cuando iniciaron los trabajos del movimiento armado de 1906. El señor profesor Librado Rivera, residente ahora en San Luis Potosí y colaborador del grupo liberal, desde un principio continuó en San Luis, Misuri, con la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, y con admirable abnegación siguió en la lucha al lado de Ricardo Flores Magón, hasta caer en la prisión americana. Él sí puede proporcionar amplios y verídicos datos sobre la fracasada revolución. Podría yo decir algo del período anterior a la lucha armada, pero sería desviar el propósito de la publicación.

Agradecido por su atención al dirigirse a su servidor y deseándole un gran éxito en su empresa, queda su amigo,

R. Bustamante

ALGO DE HISTORIA SOBRE SANTANÓN

José C. Valadés

Narración histórica del primer movimiento revolucionario registrado en la costa oriental de México

Hasta ahora, los sucesos de 1906 habían sido dados a conocer fragmentariamente. Los principios que guiaron a los hombres de 1906 y las acciones de guerra que entonces se empeñaron pueden ser apreciados en este interesante relato.

Cartas privadas, manifiestos, diarios personales, partes oficiales, y en fin, todas las fuentes posibles, han sido consultadas para formar esta narración. Los documentos más interesantes fueron proporcionados por Cándido Donato Padua.

Padua figuró prominentemente en estos acontecimientos, habiendo tenido la paciencia de reunir una serie de documentos que ahora forman parte de uno de los archivos privados más valiosos en México.

Herido gravemente en combate, el señor Padua se encuentra ahora retirado a la vida privada en Matías Romero, Oaxaca, y donde escribió una valiosa *Relación cronológica* que ha servido en gran parte para esta narración histórica, dividida en varios capítulos, el primero de los cuales es el siguiente:

CAPÍTULO I

Desde San Luis, Misuri, Estados Unidos, un grupo de hombres prendió la llama que en pocos meses avanzó hasta las fronteras y litorales mexicanos, provocando un enorme incendio. Siete eran los hombres que formaban parte del grupo —todos habían salido de México huyendo de persecuciones sin cuento—; pero cada uno de ellos era representación de calidad, de osadía, de voluntad.

El 28 de septiembre de 1905, los siete exiliados constituyeron la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, la que quedó integrada como sigue: Presidente, Ricardo Flores Magón; vicepresidente, Juan Sarabia; secretario, Antonio I. Villarreal; tesorero, Enrique Flores Magón; vocales, Librado Rivera y Rosalío Bustamante. Pero apenas iniciados los trabajos de la Junta, Ricardo y Enrique Flores Magón y Juan Sarabia eran detenidos (12 de octubre), al mismo tiempo que las autoridades impedían la aparición del periódico *Regeneración*.

Los Flores Magón y Sarabia recobraron la libertad en febrero de 1906, y reunidos nuevamente con Villarreal, Rivera y Bustamante, reiniciaron la publicación de *Regeneración*.

Desde las columnas del periódico, se lanzaban las más terribles acusaciones al régimen del general Porfirio Díaz y se insinuaba la necesidad de una revolución. Sin embargo, ningún paso formal fue dado hacia la preparación de un movimiento revolucionario, sino hasta después de la expedición del manifiesto del 1 de julio de 1906.

El Manifiesto, uno de los documentos más interesantes de la Revolución Mexicana, fue redactado por Juan Sarabia. Ricardo Flores Magón solamente escribió la parte final, que dice:

> Mexicanos: Entre lo que os ofrece el despotismo y lo que os brinda el Programa del Partido Liberal, ¡escoged! Si queréis el grillete, la miseria, la humillación ante el extranjero, la vida gris del paria envilecido, sostened la dictadura que todo eso os proporciona; si preferís la libertad, el mejoramiento económico, la dignificación de la ciudadanía mexicana, la vida altiva del hombre dueño de sí mismo, venid al Partido Liberal que fraterniza con los dignos y los viriles, y unid vuestros esfuerzos a los de todos que combatimos por la justicia, para apresurar la llegada de ese día radiante en que caiga para siempre la tiranía y surja la esperada democracia con todos los esplendores de un astro que jamás dejará de brillar en el horizonte sereno de la patria.

El programa del Partido

El Programa del Partido Liberal, aprobado por la Junta, fue el siguiente:

Reducción del periodo presidencial a cuatro años. Supresión de la reelección para el presidente y los gobernadores de los estados. Estos funcionarios solamente podrán ser nuevamente electos hasta después de dos períodos del que desempeñaron. Inhabilitación del vicepresidente para desempeñar funciones legislativas o cualquier otro cargo de elección popular, y autorización al mismo para llenar un cargo conferido por el Ejecutivo. Supresión del servicio militar obligatorio y establecimiento de la Guardia Nacional. Los que presten sus servicios en el ejército permanente, lo harán libre y voluntariamente. Se revisará la Ordenanza Militar para suprimir de ella lo que considere opresivo y humillante para la dignidad

del hombre, y se mejorarán los haberes de los que sirvan en la milicia nacional. Reformar y reglamentar los artículos sexto y séptimo constitucionales, suprimiendo las restricciones que la vida privada y la pública imponen a las libertades de palabra y de prensa, y declarando que sólo se castigarán en ese sentido la falta de verdad que entrañe dolo, el chantaje, las violaciones de la ley en lo relativo a la moral. Abolición de la pena de muerte, excepto para los traidores a la patria. Gravar las responsabilidades de los funcionarios públicos, imponiendo severas penas de prisión para los delincuentes. Restituir a Yucatán el territorio de Quintana Roo. Supresión de los tribunales militares en tiempo de paz. Mejoramiento de la instrucción. Multiplicación de escuelas primarias, en tal escala que queden ventajosamente suplidos los establecimientos de instrucción que se clausuraron por pertenecer al clero. Obligación de impartir enseñanza netamente laica en todas las escuelas de la República, sean del gobierno o de particulares, declarándose la responsabilidad de los directores de escuelas que no se ajusten a este precepto. Declarar obligatoria la instrucción hasta la edad de catorce años, quedando al gobierno el deber de impartir protección en la forma que le sea posible, a los niños pobres que por su miseria pudieran perder los beneficios de la enseñanza. Pagar buenos sueldos a los maestros de instrucción primaria. Hacer obligatorio para todas las escuelas de la República, la enseñanza de los rudimentos de artes y oficios y la instrucción militar, y prestar preferentemente atención a la instrucción cívica que tan poco atendida es ahora.

De los extranjeros

Prescribir que los extranjeros, por el solo hecho de adquirir bienes raíces, pierden su nacionalidad primitiva, y se hacen ciudadanos mexicanos. Prohibir la inmigración china.

Restricciones al clero

Los templos se consideran como negocios mercantiles, quedando, por lo tanto, obligados a llevar contabilidad y a pagar las contribuciones correspondientes. Nacionalización, conforme a las leyes, de los bienes raíces que el clero tiene en poder de testaferros. Agravar las penas que las Leyes de Reforma señalan para los infractores de las mismas. Supresión de las escuelas regenteadas por el clero.

Capital y trabajo

Establecer un máximo de ocho horas de trabajo y un salario mínimo en la proporción siguiente: de un peso para la generalidad del país, en el que el promedio de los salarios es inferior al citado, y de más de un peso para aquellas regiones en que la vida es más cara y en las que el salario no bastaría para salvar de la miseria al trabajador. Reglamentación de servicio doméstico y del trabajo a domicilio. Adoptar medidas para que con el trabajo a destajo los patrones no burlen la aplicación del tiempo máximo y del salario mínimo. Prohibir en lo absoluto el trabajo de niños menores de catorce años. Obligar a los dueños de minas, fábricas y talleres, etcétera, a mantener las mejores condiciones de higiene en sus propiedades y a guardar los lugares de peligro en un estado que preste seguridad a la vida de los operarios. Obligar a los patrones a pagar indemnización por accidentes de trabajo. Declarar nulas las deudas actuales de los jornaleros de campo para con los amos. Adoptar medidas para que los dueños de tierras no abusen de los medieros. Obligar a los arrendadores de campos y casas que indemnicen a los arrendatarios de sus propiedades por las mejoras necesarias que dejen en ellas. Prohibir a los patronos, bajo severas penas, que paguen al trabajador de cualquier otro modo que no sea con dinero en efectivo; prohibir y castigar que se impongan multas a los trabajadores o se les hagan descuentos de su jornal o

se retarde el pago de la raya por más de una semana, o se niegue al que se separe del trabajo el pago inmediato de lo que tiene ganado; suprimir las tiendas de raya. Obligar a todas las empresas o negociaciones a no ocupar entre sus empleados y trabajadores, sino una minoría de extranjeros. No permitir en ningún caso que trabajos de la misma clase se paguen peor al mexicano que al extranjero en el mismo establecimiento, o que a los mexicanos se les pague de otra forma que a los extranjeros. Hacer obligatorio el descanso dominical.

Tierras

Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que posean; cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva, la recobrará el estado y la empleará conforme a los artículos siguientes. A los mexicanos residentes en el extranjero que lo soliciten, los repatriará el gobierno, pagándoles los gastos de viaje, y les proporcionará tierras para su cultivo. El estado dará tierras a quien quiera que lo solicite, sin más condiciones que dedicarlas a la producción agrícola, y no venderlas. Se fijará la extensión máxima de terrenos que el estado pueda dar a una persona. Para que este beneficio no solamente aproveche a los pocos que tengan elementos para el cultivo de las tierras, sino también a los pobres que carezcan de estos elementos, el estado creará o fomentará un Banco Agrícola que hará a los agricultores pobres préstamos con poco rédito y redimible a plazos.

Impuestos

Abolición del impuesto sobre capital moral y del de capitación, quedando encomendado al gobierno el estudio de los mejores medios para disminuir el impuesto del timbre hasta que sea posible su completa abolición. Suprimir toda contribución para capital

menor de cien pesos, exceptuándose de este privilegio los templos y otros negocios que se consideren nocivos y que no deben tener derecho a las garantías de las empresas útiles. Gravar el agio, los artículos de lujo, los vicios, y aligerar de contribuciones los artículos de primera necesidad. No permitir que los ricos ajusten iguales con el gobierno para pagar menos contribuciones que las que les impone la ley. Hacer práctico el juicio de amparo, simplificando los procedimientos. Restitución de la Zona Libre. Establecer la igualdad civil para todos los hijos de un mismo padre, suprimiendo las diferencias que hoy establece la ley entre legítimos e ilegítimos. Establecer, cuando sea posible, colonias penitenciarias de regeneración, en lugar de las cárceles y penitenciarías en que hoy sufren los delincuentes. Supresión de los jefes políticos. Reorganización de los municipios que han sido suprimidos y robustecimiento del poder municipal. Medidas para suprimir o restituir el agio, el pauperismo y la carestía de los artículos de primera necesidad. Protección a la raza indígena. Establecer lazos de unión con los países latinoamericanos.

Al triunfar el Partido Liberal, se confiscarán los bienes de los funcionarios enriquecidos bajo la dictadura actual, y lo que se produzca se aplicará al cumplimiento del Capítulo de Tierras —especialmente a restituir a los yaquis, mayas y otras tribus, comunidades o individuos, los terrenos de que fueron despojados— y al servicio de la amortización de la deuda nacional.

El Primer Congreso Nacional que funcione después de la caída de la dictadura, anulará todas las reformas hechas a nuestra Constitución por el gobierno de Porfirio Díaz; reformará nuestra Carta Magna, en cuanto sea necesario para poner en vigor este programa; creará las leyes que sean necesarias para el mismo objeto; reglamentará los artículos de la Constitución y de otras leyes que lo requieran, y estudiará todas aquellas cuestiones que considere de

interés para la patria, ya que estén enunciadas o no en el presente programa, y reforzará los puntos que aquí constan, especialmente en materia de trabajo y de tierras.

Queda a cargo de la Junta Organizadora del Partido Liberal dirigirse a la mayor brevedad a los gobiernos extranjeros, manifestándoles en nombre del Partido, que el pueblo mexicano no quiere más deudas sobre la patria y que, por lo tanto, no reconocerá ninguna nueva deuda que bajo cualquier forma o pretexto arroje la dictadura sobre la nación, ya contratando empréstitos, o bien reconociendo tardíamente obligaciones pasadas sin ningún valor legal.

Duplican sus actividades

Apenas expedido el manifiesto, las actividades de los miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano fueron duplicadas.

Mientras que los hermanos Flores Magón y Librado Rivera escribían y administraban el periódico, Antonio I. Villarreal y Juan Sarabia iniciaron esa lucha sin igual durante la cual hicieron los preparativos para un movimiento revolucionario, a lo largo de la frontera de Estados Unidos y México.

El manifiesto señaló la entrada a una época de conspiración —conspiración que se extendió con rapidez vertiginosa a lo largo de la costa oriental de México y desde San Luis, Misuri, hasta el estado de Yucatán.

Las actividades de los siete hombres tenían dos poderosos vehículos de propaganda: el periódico *Regeneración*, y la hoja secreta, subversiva, enviada desde el cuartel general de San Luis a toda la República. Los clubes fundados no solamente en territorio mexicano, sino también en territorio americano, que en un principio tenían las características de clubes electorales, fueron adquiriendo mayor volumen, para luego transformarse en juntas conspiradoras.

Ya el manifiesto del 1 de julio indicaba la necesidad de una revolución; pero esta indicación no pasaba de serlo, ya que parecía que los hombres de la Junta Organizadora podrían conformarse con una simple reforma.

Pero la agitación promovida por el mismo manifiesto —agitación cuyas consecuencias seguramente no calculaban los liberales— inclinó a Flores Magón a señalar abiertamente, en los últimos días de julio, en las columnas de *Regeneración*, la necesidad imperiosa de un movimiento armado en el país.

La abierta propaganda subversiva de la Junta Organizadora atrajo la atención del gobierno del general Díaz, y el cuartel general de San Luis, Misuri, se vio nuevamente atacado por la policía mexicana en combinación con la americana.

Preparativos de revuelta

Los hermanos Flores Magón y Juan Sarabia se vieron en la necesidad de marchar a Canadá en busca de asilo; Antonio I. Villarreal se encaminó hacia la frontera mexicana, esperando el momento oportuno para cruzarla e iniciar la lucha armada; Librado Rivera y Manuel Sarabia permanecieron en San Luis, haciendo aparecer clandestinamente algunos números más de *Regeneración*, que eran enviados a los clubes, y agitando así más la llama de la revolución.

En los primeros días de septiembre de 1906, el Partido Liberal Mexicano contaba con tres gruesos núcleos. El primero en el estado de Texas, a lo largo de la frontera, y cuya dirección estaba en manos de Antonio I. Villarreal y Juan Sarabia, quien después de una corta permanencia en Canadá, había logrado regresar al sur de los Estados Unidos; el segundo en el estado de Chihuahua, bajo la dirección de Prisciliano Silva, y el tercero en el estado de Veracruz, animado por Hilario C. Salas y Cándido Donato Padua. Lleno de entusiasmo, desde los últimos días de 1905, Hilario C.

Salas inició la campaña contra el gobierno del general Díaz en los cantones de Acayucan, San Andrés Tuxtla y Minatitlán, en el estado de Veracruz.

Hijo de una familia humilde, Salas nació en el pueblo de Chazumba, estado de Oaxaca, el 3 de noviembre de 1870. Sus padres eran Eustaquio Salas y Atanasia Rivera. Hizo sus primeros estudios en la escuela de su pueblo natal y más tarde los continuó en la Cantonal de Tlaxiaco, Oaxaca. A los dieciocho años quedó huérfano, marchando entonces a Orizaba, donde encontró ocupación en la fábrica de hilados de Cocolapan. En 1890 hizo un viaje al puerto de Veracruz, resolviendo quedarse ahí, al ser empleado en los Baños de Rocha y poco después en el Hotel México.

Cuando comenzaron las obras del puerto fue ocupado al lado del ingeniero en jefe de las obras John B. Body, donde años más tarde tuvo oportunidad de ver por primera vez al presidente Díaz, con motivo de una visita que este hizo a Veracruz.

En el año de 1886 se casó con Paula López. A partir de esta fecha, hizo numerosos viajes a la ciudad de México, trabando desde entonces amistad con Ricardo Flores Magón, Filomeno Mata y otros líderes antiporfiristas.

Seducido por los elementos revolucionarios, a fines de 1904 se trasladó a Puerto México y más tarde a otros pueblos de los cantones de Acayucan y Minatitlán, donde desde finales de 1905 inició preparativos para un movimiento revolucionario.

Dos clubes liberales, el Valentín Gómez Farías, de Puerto México, y el Vicente Guerrero, de Chihuahua, eran los centros de conspiración.

Conociendo las actividades subversivas de los miembros de ambos clubes, las autoridades resolvieron disolverlos por la fuerza.

La disolución de ambos centros no hizo más que empujar a sus miembros a la revolución. Sin embargo, cuando a mediados

de 1906, el Valentín Gómez Farías y el Vicente Guerrero eran disueltos, y sus componentes perseguidos, no existía conocimiento exacto de lo que la Junta Organizadora del Partido Liberal hubiera resuelto llevar a cabo.

Todo movimiento armado, en esos momentos, parecía prematuro, y solamente Salas y algunos de sus íntimos amigos se atrevían a predecirlo en voz baja.

No fue sino hasta los primeros días de septiembre, cuando la Junta Organizadora dio la palabra de orden e invitó a los clubes a prepararse para la revolución. Advertido de la situación, Hilario C. Salas, quien tenía el cargo de delegado de la Junta en el Estado de Veracruz, se refugió en los pueblos donde tenía amigos de confianza, haciendo los preparativos finales y esperando las últimas disposiciones de los liberales.

El fracaso de Jiménez

En los últimos días de septiembre, recibieron aviso urgente de la Junta del Partido, en el que se le daba a conocer el fracaso de una tentativa revolucionaria en Jiménez, Chihuahua, el 23 de septiembre de 1906, al mismo tiempo que le autorizaban para levantarse en armas.

A pesar de la noticia del fracaso de la aventura de Jiménez, Salas no desmayó y se dispuso a llevar a cabo el movimiento.

Un acontecimiento hizo que quizá Salas hubiera precipitado la insurrección. Los indios de la Sierra de Soteapan, entre quienes había hecho una activísima propaganda antoporfirista, dieron a conocer su propósito de rebelarse contra el gobierno, como consecuencia de la hostilidad de que eran víctimas por parte de las autoridades y de los constantes despojos de tierra que se les hacía.

Dispuesto a aprovechar el contingente de los indios, el Delegado del Partido Liberal se dirigió a sus amigos de los clubes Vicente

Guerrero y Valentín Gómez Farías, a quienes expuso su resolución de lanzarse al movimiento.

La resolución de Salas fue aceptada unánimemente por los liberales veracruzanos y unos cuantos días fueron suficientes para que los conjurados se pusieran de acuerdo en la forma como iban a desarrollarse sus planes de campaña.

Aprobados los planes, el jefe revolucionario marchó a la sierra de San Pedro Soteapan, casi al mismo tiempo que expedía una proclama subversiva, firmada por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

CAPÍTULO II

La proclama, probablemente redactada por Juan Sarabia, quien en compañía de Antonio I. Villarreal se encontraba en El Paso, Texas, invitando al pueblo de México al primer movimiento armado contra el régimen del general Porfirio Díaz, decía:

> A LA NACIÓN. Conciudadanos:
>
> En legítima defensa de las libertades holladas, de los derechos conculcados, de la dignidad de la patria pisoteada por el criminal despotismo del usurpador Porfirio Díaz; en defensa de nuestro honor y de nuestra vida, amenazados por un Gobierno que considera delito la honradez y ahoga en sangre los más legales pacíficos intentos de emancipación; en defensa de la justicia, ultrajada sin tregua por el puño de bandoleros que nos oprime, nos rebelamos contra la dictadura de Porfirio Díaz, y no depondremos las armas que hemos empuñado con toda justificación, hasta que en unión de todo el Partido Liberal Mexicano hayamos hecho triunfar el programa promulgado el 1 de julio del corriente año, por la Junta Organizadora del Partido Liberal.

Los excesos cometidos a diario por la dictadura en toda la extensión de nuestro infortunado país, los atentados en contra el derecho electoral, contra el derecho de reunión, contra la libertad de imprenta y de discursos, contra la libertad de trabajo; las hecatombes con que sofoca el gobierno las manifestaciones de civismo, los asesinatos y robos que cínicamente y en todas partes cometen las autoridades, el desprecio sistemático con que tratan al mexicano los actuales gobernantes; los empréstitos enormes con que la dictadura ha comprometido a la nación sin más objeto que el enriquecimiento de unos cuantos opresores; la indignidad de nuestros tiranos que han solicitado la invasión de nuestro territorio por fuerzas extranjeras, y en una palabra, todo ese cúmulo de iniquidades, de opresiones, de latrocinio y de crímenes de todo género que caracterizan al gobierno porfirista, ameritan ser detenidos y castigados por el pueblo, que si durante treinta años ha sido respetuoso y humilde con la vana esperanza de que sus déspotas volvieran al buen camino, hoy que se ha convencido de su error y se ha cansado de soportar cadenas, sabrá ser inflexible en la reivindicación de sus derechos.

Los crímenes cada día mayores de la dictadura, y la imposibilidad de ser atendidos por medios pacíficos, pues cuantas veces hemos querido ejercitar un derecho hemos sido atropellados por los tiranos, nos precipitan a la revolución. Los que en ella vean un mal, no culpen al pueblo que durante treinta años ha sido de sobra pacífico y sufrido; culpe a la tiranía, que por sus desenfrenos y su despótica intolerancia, nos ha hecho preciso recurrir a la fuerza de las armas para defender nuestros derechos y realizar nuestras justas y honradas aspiraciones.

No hay tras de nuestro movimiento miras ambiciosas ni personalismos. Luchamos por la patria, por todos los oprimidos en general, por el mejoramiento de todas las condiciones políticas y sociales en nuestro país, para beneficio de todos.

Nuestra bandera de lucha es el Partido Liberal. La única autoridad que reconocemos mientras se establece un gobierno elegido por el pueblo, es la Junta Organizadora del Partido Liberal. Somos una fracción de ese gran partido que ha luchado y luchará hasta vencer por la redención de la patria, y obramos de acuerdo de nuestros correligionarios del resto del país que, como nosotros, se han levantado en esta misma fecha contra la actual corrompida administración, que no tarda en ser derribada y que en estos momentos ya tiembla ante el formidable movimiento revolucionario que estremece a todos los ámbitos de la República Mexicana.

Hacemos un llamamiento a los oficiales y soldados del ejército nacional para que, lejos de servir a la vil dictadura que deshonra a la patria y la traiciona, se unan al movimiento libertador.

Ellos son hijos del pueblo como nosotros; sobre ellos pesa el mismo yugo que a todos nos aplasta; ellos también son mexicanos y tienen el deber de luchar por la dignidad y por el bien de la patria, y no por el bien personal de un déspota ladrón y sanguinario, como Porfirio Díaz.

A los jefes y oficiales en servicio de la dictadura que pasen a las filas liberales, se les concederá un ascenso de dos grados sobre el que tengan; a los soldados rasos se les pagará un peso diario, libre de gastos, y a las clases se les darán sueldos equivalentes.

A los extranjeros les advertimos que nada pretendemos contra ellos, pero también les recordamos el deber que tienen de ser neutrales en los asuntos políticos de México, en los que no tienen derecho de intervenir.

Prestaremos a las personas y propiedades de los extranjeros todas las garantías que nos sea posible, pues por el interés de nuestra querida patria y de nuestra propia causa, no queremos dar lugar a conflictos internacionales; pero los extranjeros que faltando a la neutralidad, sirvan al gobierno y nos combatan, no pueden esperar ninguna consideración de nuestra parte.

Reforma, libertad y justicia.
Septiembre de 1906.

Quinientos hombres inician la aventura

Hilario C. Salas organizó a los serranos de San Pedro Soteapan, Veracruz, en tres fracciones, con el objeto de iniciar la guerra civil.

Al hacer el recuento de los hombres que los acompañaban en la aventura, el jefe revolucionario encontró que eran 500, apenas armados. Desde las últimas semanas de agosto se habían hecho grandes esfuerzos por obtener armas y parque, pero ambas cosas eran sumamente escasas, al estallar el movimiento.

Las tres fracciones de sublevados de San Pedro, quedaron organizadas en la siguiente forma: Columna a las órdenes del propio Salas, que había de avanzar sobre la plaza de Acayucan, Veracruz. Columna a las órdenes de Enrique Novoa, para atacar la plaza de Minatitlán. Columna a las órdenes de Juan Alfonso y Román Marín para avanzar sobre Puerto México.

El Jefe del movimiento, al frente de sus hombres, avanzó rápidamente sobre Acayucan, llegando frente a la plaza en la noche del 30 de septiembre. Salas inició el ataque a las once de la noche logrando entrar hasta el centro de la población y atacando a las fuerzas del gobierno, que se habían hecho fuertes en el Palacio Municipal.

Los ataques habían logrado conquistar posiciones ventajosas y habían sido dictadas las órdenes para que se prendiera fuego al reducto gobiernista, cuando una bala, después de rebotar en uno de los pilares del edificio, hirió en el vientre a Hilario C. Salas.

La caída de Salas causó enorme desconcierto entre los liberales, quienes emprendieron la retirada casi en desorden. Mientras tanto la columna a las órdenes de Enrique Novoa, hizo alto, la noche del treinta, en el rancho de Manuel Primo, a tres kilómetros de

Chinameca, donde hizo un recuento de su gente y de sus armas, que consistían en varias carabinas viejas, en machetes, reatas de lazar y unas cuantas pistolas.

La noche perdida en las cercanías de Chinameca hizo que las fuerzas gobiernistas que se encontraban en Minatitlán se prepararan no solo para la defensa, sino para enviar una columna volante que había de tomar la ofensiva.

Teniendo conocimiento, el día 1 de octubre, en la mañana, que las fuerzas gobiernistas venían a su encuentro, Novoa se dispuso a avanzar para presentar combate.

Pero al llegar a las puertas de Chinameca, detuvo a su gente, gritando: "Alto, compañeros, no conviene avanzar porque al encontrarnos con el enemigo dentro del pueblo, ¡van a morir muchos pacíficos! ¡Regresemos a poner una emboscada, porque los federales vienen a alcanzarnos!"

La resolución de Novoa causó pésima impresión entre los insurgentes; la mayor parte la juzgaron como acto de cobardía. Unos cuantos minutos bastaron para que el grupo que marchaba con entusiasmo quedara desmoralizado y dividido; la mayor parte de los rebeldes abandonó silenciosamente la columna para regresar a la sierra.

El fracaso del ataque a Puerto México

Otro fracaso fue el proyectado ataque a Puerto México. En el trayecto de la sierra a las cercanías de la plaza, surgieron graves dificultades entre Alfonso y Marín, lo que hizo perder a los revolucionarios un tiempo precioso, ya que, con el retardo, dieron oportunidad para que la pequeña guarnición del puerto amenazado, fuera reforzada rápidamente.

El ataque a Puerto México había sido preparado con todo detenimiento, ya que al mismo tiempo que los serranos empezaban el

ataque, los miembros del Club Valentín Gómez Farías iban a dar el grito de rebelión dentro de la plaza.

Los miembros del Club se habían armado silenciosamente, gracias a un acto generoso de Ramón Marín, quien vendió una casa que poseía en Tampico, entregando el dinero a los liberales para la compra de armas y parque. Después de este fracaso en el estado de Veracruz, los liberales sufrieron un nuevo descalabro en la frontera norte, cuando Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal y otros activos militares fueron aprehendidos, los unos por las autoridades mexicanas y los otros por las americanas. Sarabia y Villarreal, de acuerdo con Lauro Aguirre, quien publicaba el periódico *La Reforma Social,* y con Ricardo Flores Magón, quien había llegado de Canadá, preparaban la insurrección desde El Paso, Texas, con sorprendente actividad. Las actividades de los dos jefes revolucionarios fueron conocidas por el gobernador del estado de Chihuahua, Enrique C. Creel, quien el 4 de octubre de 1906 envió al presidente Díaz el siguiente mensaje:

> Presidente general Porfirio Díaz, Palacio Nacional, México. En El Paso, Texas, existe un centro revolucionario encabezado por Lauro Aguirre, que está activando mucho sus trabajos. Tiene reuniones todas las noches. Se cree que Magón o Sarabia está escondido en El Paso. Está solicitando gente para dar algún golpe. Creo conveniente que general Vega vaya a Ciudad Juárez a vigilar al enemigo y a infundir respeto. Escribo. El Gobernador.

Aunque no era Aguirre, sino Magón el que preparaba el golpe, los informes recogidos por el gobernador Creel eran verídicos. El presidente Díaz aprobó la sugestión del gobernador de Chihuahua y dispuso que el general José María de la Vega pasara a Ciudad Juárez, para vigilar las actividades de los liberales.

Una trampa
Teniendo conocimiento de que Flores Magón, Villarreal y Sarabia trataban de conquistar a algunos elementos militares para provocar una sublevación en Juárez, el general De la Vega, de acuerdo con el comandante de policía, Antonio Ponce, hizo que varios oficiales fingieran simpatía hacia la causa liberal y se pusieron en contacto con los jefes revolucionarios.

Magón, Sarabia y Villarreal cayeron en la trampa, resolviendo que mientras el primero pasaba a Ciudad Juárez, para ultimar el golpe, el segundo permanecería en El Paso, para cruzar la línea al frente de un grupo de revolucionarios.

Confiado en la promesa de los oficiales, Juan Sarabia llegó a Juárez, acompañado de César E. Canales y Vicente de la Torre, la noche del 19 de octubre; pero apenas habían cruzado la línea, cuando se vieron rodeados de la policía y momentos después eran conducidos a presencia del general De la Vega.

Al mismo tiempo, en El Paso, eran aprehendidos Antonio I. Villarreal, Lauro Aguirre y J. Cano. Sólo Flores Magón, acompañado de Modesto Díaz, logró escapar, saliendo violentamente de la ciudad para dirigirse a Los Ángeles. Los planes de los conjurados habían sido descubiertos y el gobernador Creel fácilmente pudo saber quiénes eran los elementos que en el estado de Chihuahua simpatizaban con el movimiento, y las aprehensiones se sucedieron una tras otra. Entre los detenidos se encontraban Elfego Lugo, Antonio Balgoa, Nemesio Tejeda, y Eduardo González. Juan Sarabia y sus compañeros fueron trasladados a la penitenciaría de Chihuahua, el 21 de octubre, y dos días después, firmado por el presidente Díaz, el gobernador Creel recibió este mensaje:

> Diga usted al juez que el caso es excepcional y que debe emplear toda la severidad que sea posible y que quepa dentro de la ley, y en

algunos casos preparar los procedimientos para que quepa.

En los primeros días de enero, Sarabia, Canales y De la Torre fueron enviados a la fortaleza de San Juan de Ulúa, condenados a siete años de prisión.

Continúan las persecuciones

La serie de persecuciones se extendió por todos los Estados Unidos. Librado Rivera fue detenido en los últimos días de octubre en San Luis, Misuri, y libre varios meses después, hizo el viaje a pie de esta ciudad hasta Los Ángeles, California.

Ricardo Flores Magón, después de un penoso viaje desde El Paso, llegó a Los Ángeles el 11 de noviembre y tres días más tarde, estuvo a punto de ser aprehendido; el 18 de enero de 1907 corrió un nuevo peligro y tuvo que marchar a San Francisco y luego a Sacramento.

A pesar de todos los fracasos, la lucha terrible había empezado y continuaba en México, sin desmayo. El movimiento había tenido eco en el Estado de Tabasco, donde Ignacio Gutiérrez se sublevó al frente de unos cuantos hombres. Derrotado y herido en el asalto de Acayucan, Hilario C. Salas fue conducido por sus compañeros a un escondrijo en la sierra, desde donde continuaba dando órdenes a sus pocos, pero entusiastas partidarios, y haciendo preparativos para el futuro.

Las fuerzas federales, dispuestas a sofocar el levantamiento de los serranos, continuaron la ofensiva, teniendo dos encuentros con los insurgentes, uno en el llamado Paso de Tecizapa, y otro en las cercanías del pueblo de San Pedro Soteapan.

Pero en ambos encuentros los revolucionarios resultaron derrotados. Numerosos pueblos y rancherías fueron incendiados; numerosos también fueron los rebeldes ejecutados, pero más fueron

los capturados y enviados en cuerdas a San Juan de Ulúa.

Era tal la tranquilidad que reinaba en las últimas semanas de 1906, que el movimiento revolucionario parecía haber sido sofocado para siempre.

Sin embargo, en un lugar en lo más intrincado de la selva de la sierra de Soteapan, Salas había logrado constituir el grupo que continuaba conspirando.

Segundo de este grupo era Cándido Donato Padua, quien había formado parte en la columna que a las órdenes de Enrique Novoa, había sido destinada al ataque de la plaza de Minatitlán.

Los sangrientos sucesos registrados en Río Blanco, Veracruz, el 7 de enero de 1907, con motivo de la huelga de los obreros hilanderos hizo que el gobierno redoblara la persecución al grupo de Salas, por lo que éste, ya aliviado de la herida sufrida en el combate de Acayucan, resolvió marchar en compañía de Padua a la Boca de Sontecomoapan, donde tenía una pesquería Teodoro Constantino Gilbert, poeta revolucionario.

Cuatro meses permaneció la pareja en la pesquería, dedicada al trabajo y a visitar, con todo género de precauciones, a los amigos y simpatizadores que vivían en San Andrés Tuxtla y Catemaco. La labor revolucionaria hubiera continuado desde la pesquería, a no ser porque Salas y Padua fueron descubiertos por las autoridades, viéndose en la necesidad de salir violentamente, refugiándose en el pueblo de Galería, en las cercanías de San Andrés.

Confundidos con la peonada dedicada al cultivo del tabaco, y ganando cincuenta centavos diarios, los dos revolucionarios pasaron en el pueblo otros meses hasta por conducto de Samuel A. Ramírez, quien habiendo tomado parte en los sucesos de Río Blanco se encontraba refugiado en Puerto México, fueron advertidos de que la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano preparaba un nuevo movimiento armado en el país.

Un pacto

Salas convocó a los liberales en un punto llamado Mata de Canela, cerca de San Andrés Tuxtla, donde expuso la necesidad de continuar la lucha a la mayor brevedad posible, sugiriendo que todos los jefes de guerrilla firmaran el pacto.

El pacto firmado dice:

> Pacto de unión entre varios jefes revolucionarios.
> Los abajo suscritos, miembros perseguidos del Gran Partido Liberal, depositarios de la confianza de los correligionarios, nos proponemos en acuerdo mutuo y minuciosamente discutido, efectuar nuestra unión basada en las cláusulas del presente pacto, para llevar hasta el triunfo el Programa del Partido Liberal, promulgado el 1 de julio de 1906.
>
> Siendo para el efecto necesario hacer uso de la fuerza, pues quedando agotados todos los recursos que por la vía de la paz se han hecho para rehacer nuestros derechos vulnerados, y en vista de las circunstancias y situación aflictiva de nuestra patria, no vacilamos en desplegar todas nuestras energías hasta no ver coronados nuestros propósitos, contando con la ayuda incondicional de nuestros correligionarios, quienes por su parte quedan dispuestos y sometidos al siguiente pacto.
>
> Obligaciones de los jefes revolucionarios. *Cláusula primera.* Habiendo manifestado nuestra formal protesta, nos comprometemos a ser rigurosamente juzgados, si por debilidad o mala fe, ya sean denunciados los nombres o trabajos del partido, o haciendo uso de traición contra alguno de nuestros compañeros, el que tal hiciere será juzgado por un Consejo de Guerra, o ejecutado por el que sobreviva. *Cláusula segunda.* Ningún movimiento se efectuará sin tener acordada con anterioridad, la fecha y hora en que deba efectuarse, en atención a la falta de elementos y al espionaje del actual dictador que impide hacerlo. *Tercera*. Cada uno de los jefes

estrictamente (varias palabras perdidas en el original) y facultado a expedir credenciales a los demás jefes subalternos que ingresen a su campo, así como instruirlos y disciplinarlos conforme el caso lo requiera. *Cuarta*. Si por una fatalidad, el ejército que acompañe a uno de estos jefes desertase cobardemente y este quedare con vida, se incorporará a los demás grupos y se procederá a un consejo de guerra contra el cobarde desertor o desertores; pero de ningún motivo se le admitirá disculpa para retirarse del combate. *Quinta*. Quedan facultados todos los jefes a reconocer los beneficios o préstamos que los correligionarios o simpatizadores reciban para el sostenimiento de los trabajos de la causa, expidiéndoles documentos, según el caso, los que serán reconocidos al triunfo de la revolución. *Sexta*. Es de estricta obligación de los jefes respetar y hacer respetar los intereses particulares mexicanos y extranjeros, para los primeros, siempre que no motive daño alguno, para los segundos, siempre que no violen las leyes de neutralidad, o causen algún, y se guardará escrupulosamente el respeto al sexo débil, castigando severamente, si necesario fuese, la infracción de esta cláusula. Reforma, Libertad y Justicia. San Andrés Tuxtla, a 5 de septiembre de 1908. Hilario C. Salas. Samuel A. Ramírez. Cándido Donato Padua. Pedro A. Carvajal. Juan B. García. Rúbricas.

La organización de nuevos grupos

Firmado el pacto, Salas salió del estado de Veracruz, dispuesto a recorrer Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y México, para organizar nuevos grupos revolucionarios. Padua se dirigió a la sierra de Soteapan, con el fin de preparar nuevas fuerzas entre los serranos.

Sin embargo, nada formal pudo ser llevado a cabo y a mediados de 1909, Hilario Salas logró llegar hasta el Distrito Federal. Informó a Padua que había celebrado varias conferencias con los líderes del Partido Nacional Antirreeleccionista, en las cuales se

habían puesto de acuerdo en el sentido de luchar unidos para derrocar el régimen del general Díaz.

En los primeros días de enero de 1910, Salas regresó al estado de Veracruz, iniciando un recorrido por los pueblos, anunciando un nuevo y próximo levantamiento general.

De Tlaxcala, escribió la siguiente carta a Ignacio Gutiérrez, quien continuaba en abierta rebelión en el estado de Tabasco:

> Tlaxcala, 18 de abril de 1910. Mi querido coronel Ignacio Gutiérrez; Tabasco. Por la presente, tengo el gusto de poner en su conocimiento que en junta de ayer por más de veintidós correligionarios en este estado, previa su formal protesta, se adhirieron al Programa del Partido Liberal y se comprometieron a empuñar las armas para derrocar al gobierno e imponer un gobierno liberal que el mismo pueblo tlaxcalteca elija, lanzando una proclama que enseguida le enviaré para justificar su actitud ante la nación, pues están dispuestos a ayudar a otros estados en que hay grupos revolucionarios para hacer triunfar la revolución y llevar a la práctica el programa de nuestro partido; por lo tanto, compañero, urge ponerse en pie antes de que se pase la oportunidad, ahora o nunca. Están tan agitados los ánimos en Tlaxcala que de un momento a otro espérase el movimiento; con toda la actitud que el caso requiere, prepárese a secundarnos; son varios los estados que se levantarán; espero dentro de pocos días las instrucciones necesarias. Sin otro asunto, quedo a sus órdenes, afectuosísimo. Y correligionario que lo estima. H. C. Salas.

La voz de la revolución había sido dada a los liberales veracruzanos y Padua se lanzó con unos cuantos hombres, después de haber recibido este nombramiento de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano:

"Al margen: Provisional. Al centro: En atención a los servicios

prestados a la causa liberal, así como por su patriotismo y lealtad, extendemos al ciudadano Cándido Donato Padua el nombramiento de coronel del Ejército Nacional Mexicano. Esperamos que la conducta posterior que observe en las filas libertadoras lo hagan merecer rápidos ascensos y que pueda conquistarse la estimación de sus compañeros de armas y la gratitud de la patria por cuya emancipación ha jurado luchar. Reforma, Libertad y Justicia. San Luis, Misuri, a 1 de junio de 1910. Por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. Delegado especial, León Cárdenas. Delegado Especial, Salvador Medrano".

CAPÍTULO III

Después de haber estado varios meses en la cárcel de El Paso, Texas, Antonio I. Villarreal se fugó novelescamente pocos días antes de ser entregado a las autoridades mexicanas, dirigiéndose a Los Ángeles. Fue esta ciudad californiana el centro de reunión, y poco más tarde el centro de actividades, de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. A mediados de julio de 1907 los siguientes miembros de la Junta se encontraban en Los Ángeles: Ricardo Flores Magón, Antonio I. Villarreal y Librado Rivera. Enrique Flores Magón se encontraba en Canadá, mientras que Juan Sarabia había sido enviado a San Juan de Ulúa. Un nuevo y valioso elemento había entrado a formar parte del grupo revolucionario: Práxedis G. Guerrero. Para llevar a cabo los planes, Enrique Flores Magón y Práxedis Guerrero se instalaron en los primeros meses de 1908 en El Paso, Texas.

Una carta de Flores Magón

La forma como Flores Magón tejía los hilos del movimiento desde la cárcel puede apreciarse por los siguientes párrafos de una carta dirigida a su hermano Enrique, y que cayó en poder del gobierno

mexicano y fue publicada por los periódicos de la Ciudad de México, después de los trágicos sucesos de 1908.

> Juan Olivares —escribe Ricardo a su hermano, el 7 de junio de 1908— uno de los que con nuestro infortunado José Neyra fundaron en Río Blanco *Revolución Social* y el Gran Circulo de Obreros, está comprometido para ir a agitar el distrito fabril de Orizaba. Él es obrero tejedor y está en esta nación desde hace dos años que se vino con Neyra. Es miembro del Club de aquí y trabaja como cajista con Palomares en *Libertad y Trabajo*.
>
> Si Olivares tiene oportunidad de encontrar en las fábricas algunos viejos amigos, la revolución podrá hacerse en Orizaba; los mejores obreros han huido de aquellos malditos lugares, y los que no huyeron están en el Valle Nacional, en Quintana Roo, en Tres Marías y en los cuarteles. Por eso no lleva Olivares la seguridad de levantar a la gente, pero lo intentará. Yo creo que Orizaba puede caer en poder de la revolución si se pone en práctica el siguiente plan que he comunicado a Olivares para que lo medite sobre el terreno.
>
> En Orizaba debe haber no menos de mil quinientos hombres contra los cuales no se puede obrar sino por medio de la dinamita, derribando los cuarteles. Al mismo tiempo, un pequeño grupo se encargará de destruir la maquinaria de Necaxa, que es la que produce la fuerza para las fábricas Río Blanco, Nogales, Cocolapas, El Yute y otras más que hay en esa importante región. Entonces, como una avalancha, se echará la masa de obreros sobre Orizaba, cuyos cuarteles en ese preciso momento estarán siendo volados y la plaza quedará en poder de la revolución. Orizaba es una ciudad muy rica, de donde pueden sacarse varios millones de pesos, una gran cantidad de armas y municiones y provisiones de boca y de guerra. Si el ataque contra los cuarteles fracasa, de todos modos quedará sin trabajo más de dos mil obreros, con la destrucción

de la maquinaria de Necaxa, y esos hombres serán otros tantos rebeldes empujados por el hambre.

Olivares necesita la ayuda de un perito dinamitero; comunica este plan a Velázquez (Juan E. de Veracruz), para ponerlo de acuerdo...

¡Ojalá que logres echar a El Paso a esos compañeros! Yo mandaré diez, cuando menos. Lo malo es que no irán armados más que con pistolas, por la maldita miseria; pero los que no tengan armas se armarán aunque sea de piedras; de todos modos sirven los que no tienen armas, pues pueden encargarse de cortar alambres, de forzar las puertas de las armerías y de arrojar bombas.

Hemos pensado mucho sobre la posible invasión norteamericana con motivo de la revolución. Creemos que, si para evitar la invasión se agitase al pueblo norteamericano antes de comenzar el movimiento, no haríamos sino preparar a los dos tiranos. Hay que recordar que se resolvió no circular el manifiesto revolucionario, precisamente para que Díaz no se preparase y pudiéramos cogerlo descuidado. Por su parte Roosevelt, aunque no invadiera, mandaría sus tropas a la frontera y perderíamos (la oportunidad) de realizar parte del plan, no pudiendo meter compañeros de esta nación, como los diversos grupos de Texas. No se podría tomar Juárez con la gente reclutada en esta nación, ni Encarnación Díaz Guerra podría pasar la línea con su gente, y así sucesivamente. Pero no es esto todo; el pueblo norteamericano y aun los trabajadores organizados de este país no son susceptibles de agitarse. Lo hemos visto en nuestro caso. Saben bien las uniones y el partido socialista que no somos unos politicastros de los que hacen revoluciones en la América Latina. Nuestro manifiesto lo expresó de modo de no dejar lugar a duda alguna.

Tal vez si comenzamos una agitación en contra de la invasión, antes de que se haya decretado tal invasión, o de que Roosevelt dé los primeros pasos para efectuarla, lo que conseguiríamos sería

que comprendieran nuestra impotencia y entonces, si no tenían pensado intervenir, lo harían seguros de nuestra debilidad.

A mayor abundamiento, los gringos, tarde o temprano, tienen que echársenos encima para adueñarse de la Baja California, cuya propiedad anhelan por la buena o por la mala.

Enseguida, Flores Magón indica que los grupos en la República "estarán completamente listos, esto es, armados como ellos y nosotros lo deseamos. Si esperásemos a que queden los grupos completamente listos, no podría estallar nunca la revolución, y de aplazamiento en aplazamiento se iría pasando el tiempo y los grupos contadísimos que ya estuvieran listos caerían en el desaliento; se necesitaría entonces volver a visitarlos, comenzar a alentarlos de nuevo, y mientras se conseguía eso, los grupos que por no estar listos habían ocasionado la demora del movimiento y el desaliento de los ya listos, se desalentarían a su vez, por el aplazamiento que fuera acordado para reorganizar los desanimados y así se seguiría aplazando hasta no sé cuándo. Debemos, pues, renunciar a la esperanza de tener una perfecta organización de grupos absolutamente listos. Lo que hay que hacer, según nosotros, es obtener de los grupos el *ofrecimiento solemne* de levantarse el día que fije como quiera que se encuentren... No será malo, y así lo proponemos a ustedes, señalar de una vez la fecha para dentro de un mes del día que se señale".

Es fijado el día para el movimiento

De acuerdo con la indicación de los revolucionarios presos en Los Ángeles, Enrique Flores Magón, Práxedis Guerrero y otros liberales que se encontraban en el estado de Texas, esperando el momento para cruzar la línea, fijaron el 25 de junio de 1908 para iniciar el movimiento.

Cerca de 40 grupos liberales se encontraban esparcidos en la

República. Entre los jefes de los grupos se contaban: Manuel M. Diéguez, en el estado de Sonora; el indio yaqui Huitimea, en la sierra del Bacatete; el doctor Antonio Cebada, en Puebla; el ingeniero Ángel Barrios, en Oaxaca; Lumbano Domínguez, en Chiapas; Ignacio Gutiérrez, en Tabasco; Juan Álvarez, en Torreón; Hilario Salas y Cándido D. Padua, en Veracruz.

Pero dos días antes de que el movimiento estallara, el gobierno del general Díaz, debido a varias denuncias, logró descubrir los planes de los revolucionarios y rápidamente en todo el país fueron aprehendidas las personas comprometidas en la conjuración.

Sin embargo, hubo movimientos aislados. La noche del 24 al 25 se levantaron los liberales en Viesca, Coahuila, apoderándose de la población durante varias horas, hasta que sintieron la proximidad de las fuerzas federales, salieron de la plaza. A las órdenes de Jesús M. Rangel, Encarnación Díaz Guerra y Benjamín Canales, 40 liberales cruzaron la línea divisoria de Estados Unidos y atacaron el pueblo de Las Vacas, el día 26 de junio, sin haber logrado el triunfo, debido a que se les agotó el parque.

Casi al mismo tiempo ocurría un levantamiento en Valladolid, Yucatán, sofocado en unas cuantas horas.

El 1 de julio, un grupo de once liberales a las órdenes de Guerrero y Enrique Flores Magón atacó la población fronteriza de Palomas; pero tuvo que retirarse después de un rudo combate, por falta de parque.

Fracasado el movimiento de 1908, dos largos años habían de pasar para que se reiniciaran las actividades insurgentes en México.

Actividades rebeldes en Veracruz; surge Santanón

Cuando Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal salieron el 4 de agosto de 1910 de la penitenciaría del estado de Arizona, donde habían purgado la condena de tres años

de prisión, los revolucionarios veracruzanos habían dado nuevas señales de vida.

De acuerdo con el nombramiento y la misión que le había conferido la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, Cándido D. Padua reorganizó una guerrilla en la sierra de Soteapan en los últimos días de junio de 1910.

Además de la guerrilla de Padua, existía en Veracruz otro grupo armado, que se había hecho famoso en unos cuantos meses.

El grupo había nacido, sin duda, a consecuencia de las condiciones políticas, sociales y económicas que reinaban en ese entonces en el país; su jefe tenía el mismo origen que el famoso guerrillero duranguense. Francisco Villa y otros revolucionarios que más tarde se hicieron famosos —tan famosos que lograron borrar con sus hazañas o sus triunfos todo su pasado—, del abigeo y del estupro. Santana Rodríguez Palafox, quien era conocido con el apodo de Santanón, era el jefe de la famosa guerrilla. Rodríguez nació en la hacienda de Horcones, perteneciente al municipio de San Juan Evangelista, Veracruz, en julio de 1883.

En 1906, el joven Rodríguez fue aprehendido, acusado de rapto y estupro, siendo sentenciado a varios años de prisión por el juez de Primera Instancia de Acayucan, Veracruz, licenciado Francisco Ruiz y Flores, hermano del actual delegado apostólico en México.

Después de haber estado preso varios meses en Acayucan, Rodríguez fue trasladado a Juchitán, Oaxaca, donde permaneció hasta los primeros meses de 1910, cuando al quedar libre, regresó a Veracruz para organizar el grupo armado que lo hizo célebre. Las correrías de Santanón habían alarmado al gobierno federal y numerosas guerrillas habían sido destacadas en sus persecuciones, y hasta el poeta Salvador Díaz Mirón había ofrecido sus servicios para ir a batirlo, cuando el 14 de julio de 1910 en la finca de San Ricardo, Veracruz, era firmado un plan revolucionario por un

grupo de antirreeleccionistas, entre los que se encontraban Enrique Bordes Mangel, Cándido Aguilar, Rafael Tapia, Pedro y Clemente Gabay y Vicente E. Escobedo.

En nombre de Santana Rodríguez, un señor A. Vega firmó el Plan. El día siguiente a la firma del Plan, Santanón llegó a San Ricardo, donde después de celebrar una conferencia con los sublevados, hizo saber que el grupo que dirigía se unía al movimiento antiporfirista.

Una conferencia histórica

Cuatro días antes, Santanón había avisado a Cándido D. Padua por conducto de Valeriano Ortiz, que deseaba celebrar una conferencia con el jefe liberal.

La fecha para la conferencia entre Padua y Rodríguez fue para el 19 de julio. El 18 en la noche, el jefe liberal abandonó el campamento provisional establecido en la sierra y acompañado de Valeriano Ortiz, Fidencio Carvajal y Evaristo Pérez, se dirigió al pueblo de Jalapilla.

A las dos de la mañana del 19 y horas después de que Padua había llegado al punto indicado, llegó Santanón acompañado de Eduardo Díaz, Fermín Cortés, Odón Camacho y del hoy general de brigada Nicanor Pérez. Dos mujeres iban en el grupo.

Santanón explicó al coronel Padua que no tenía compromisos políticos de ningún género, y que su única lucha era defenderse de numerosas fuerzas gobiernistas destacadas en su persecución, y que como su situación era a veces muy difícil, tenía necesidad de robar para él y los suyos. Padua le informó que era delegado de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, cuyo programa le dio a conocer sintéticamente.

El guerrillero se mostró interesado por las luchas del Partido Liberal, y el interés aumentó cuando el coronel le hizo saber los

planes para un movimiento general en toda la República, contra el gobierno del general Díaz. Santana Rodríguez quedó de acuerdo en unir sus contingentes a los de Padua, resolviendo ambos regresar a la sierra para reorganizar las fuerzas y emprender una ofensiva.

Un documento interesante a propósito de esta conferencia es el firmado por el general Nicanor Pérez, en San Juan Felipe Evangelista, el 10 de diciembre de 1925, y que dice textualmente:

> Al margen, un sello que dice: Ejército Nacional. Ex División Martínez. Al centro: El suscrito, siendo el único superviviente de los que acompañaron al extinto Santana Rodríguez, Santanón, en 1910 y actual general de la Brigada, perteneciente a la primera reserva del Ejército Nacional, con residencia en San Juan Evangelista, Veracruz, para un legado a la historia hago constar: que en la madrugada del día 19 de julio de 1910, en las inmediaciones de la ciudad de Acayucan, Santana Rodríguez y los que lo acompañábamos, nos reunimos con el señor Cándido Donato Padua, que era entonces el segundo en jefe del malogrado Hilario C. Salas. Dicho señor Padua nos recibió amablemente y nos condujo después a su campamento general de la Sierra de San Pedro Soteapam; siendo las personas que en esa vez acompañábamos al citado jefe Santana; Eduardo Díaz, Fermín Cortés, Odón Camacho, el que suscribe, más dos mujeres.

Este documento fue firmado por el general Pérez a petición del señor Padua, para certificar los hechos a que se refiere.

Una pregunta al Partido y el problema principal

Al llegar al campamento establecido en la sierra, el coronel Padua envió una comunicación a la Junta del Partido Liberal, preguntando con qué carácter militar había de reconocer a su nuevo aliado.

El problema para los revolucionarios consistía en la falta de armas y de parque para armar a tantas personas que querían unirse al movimiento.

Hacía varias semanas que Santana Rodríguez y Padua se encontraban reunidos, cuando llegó a manos del segundo un número de *El Imparcial* de la ciudad de México, en el que se aseguraba que el poeta Salvador Díaz Mirón, al frente de un grupo armado, había tenido un encuentro con Santanón, en el que este había resultado completamente derrotado.

El guerrillero rió de muy buena gana, comentando alegremente la falsa noticia.

Desde los primeros días de agosto, la comunicación entre el jefe liberal veracruzano y la Junta del Partido Liberal en Los Ángeles, se hizo más activa. No se pensaba más que en la revolución y sobre todo, en los medios para adquirir armas y parque.

La junta por conducto de Enrique Flores Magón informó al coronel Padua que un rifle Winchester calibre 30-30 valía en Estados Unidos 20 dólares, y que el precio del militar de tiros de "bala expansiva y de pólvora sin humo" era de 38 dólares. Por su parte, el jefe liberal informó que había reunido en la sierra 218 hombres, que carecían de armas, pero que de todas maneras intentarían un ataque a la plaza de San Andrés Tuxtla, donde creían encontrar suficientes fondos para poder adquirir en los Estados Unidos un buen cargamento de armas y parque que sería desembarcado en algún punto del litoral del Golfo de México.

El intercambio de correspondencia entre los veracruzanos y la Junta del Partido Liberal se hacía con todo género de precauciones, y como el coronel Padua pidiera un delegado directo del Partido, se le contestó:

Mande usted a la estación de Chinameca, al compañero Sotero Vargas, el delegado (del Partido); al llegar al punto dado preguntará

por él y una vez que lo encuentre y después del saludo de estilo, le dará esta palabra: "Juárez", Vargas contestará; "Hidalgo"; enseguida el delegado dirá: "Libertad", contestando su enviado: "Revolución", y después el de aquí dirá: "Confraternidad", y se le contestará: "Solidaridad"; dándose enseguida la mano ambos y se darán cinco toques en la parte superior con el dedo índice.

Santanón comisionado para hacer una exploración

Con el objeto de buscar un sitio en la costa del Golfo, donde pudiera ser desembarcado el cargamento de armas y parque, el coronel Padua comisionó a Santana Rodríguez para que llevara a cabo una exploración.

Santanón abandonó el campamento revolucionario el 24 de septiembre de 1910, acompañado de Eduardo Díaz, Fermín Cortés y de seis hombres más a las órdenes de Espiridión Pérez.

Los revolucionarios creían que el luchar más propicio para el desembarque de los pertrechos de guerra era un punto cercano a la Barra de Sontecomapan, y hacia allá se dirigió el guerrillero.

Después de explorar las cercanías de la barra, Rodríguez se dirigió hasta las inmediaciones de San Andrés Tuxtla —plaza que los insurgentes pretendían atacar— con el fin de explorar el terreno y regresó al campamento el 5 de octubre.

Al regresar, se encontró con el nombramiento de comandante militar que en su favor había extendido la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

El documento es el siguiente:

> Al margen, un sello que dice: Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. Reforma, Libertad y Justicia. Primera Zona Revolución de Oriente. Número 10. Al centro: Ejército Libertario Mexicano. En nombre de la causa de la emancipación de México,

extendemos al ciudadano Santana Rodríguez el nombramiento de Comandante Militar de los grupos revolucionarios que organice para el movimiento que dirige esta Junta; autorizándolo al mismo tiempo como Delegado Especial, de la misma, para que reúna elementos de todas clases para la Revolución. Reforma, Libertad y Justicia, Los Ángeles, California, 20 de septiembre de 1910. Ricardo Flores Magón. Práxedis G. Guerrero.

Santanón enfermo

Cuando Santanón regresó al campamento revolucionario en la sierra de Soteapan, era víctima de un furioso ataque de paludismo.

Sin embargo, su condición no afectaba su entusiasmo, dando muestras de viva alegría cuando Padua le leyó la correspondencia de la Junta Organizadora del Partido Liberal, que había recibido.

Al mismo tiempo, el Coronel hizo saber a Rodríguez que había recibido una petición de un grupo como de 50 indios yaquis que estaban condenados a trabajos forzados en la finca azucarera llamada San Carlos.

Padua dio a conocer su resolución de ponerse en marcha al día siguiente para liberar a los indios, quienes por medio de un enviado que había logrado fugarse de la finca, advertían que estaban dispuestos a unirse al movimiento revolucionario.

Conforme a los planes trazados para liberar a los yaquis, el jefe liberal abandonó el campamento en las primeras horas del día 6 de octubre.

Santanón estuvo presente a la hora de la partida de Padua, quien era acompañado solamente por cuatro hombres.

—¡Hasta luego, compañero! —dijo Padua a Santanón.

—¡Nos vemos pronto! —respondió el guerrillero.

Los dos jefes revolucionarios ignoraban que esa sería la última vez en su vida que se habían de ver.

Con todo género de precauciones, bajó de la sierra el coronel Padua, queriendo caer de sorpresa sobre la finca de San Carlos y liberar a los indios yaquis.

CAPÍTULO IV

Cinco días caminaron los revolucionarios hasta el día 11 en la noche, cuando llegaron a un punto cercano a la finca donde se encontraban los yaquis descontentos. En ese punto, se les unieron otros seis hombres armados.

Durante el día 12, el coronel Cándido D. Padua se limitó a hacer observaciones en los alrededores de San Carlos, pudiendo darse cuenta de que en las horas de luz, los yaquis eran estrechamente vigilados por los capataces y de que era imposible hacer intento alguno por liberarlos en esas condiciones, ya que, por otra parte, desde que salía el sol, los dividían en varios grupos que difícilmente podrían ser reunidos en caso necesario.

Esperó la noche y por medio de un espía supo que los indios dormían en un patio de la finca azucarera cercado con alambres de púas.

A las ocho de la noche los revolucionarios se acercaron silenciosamente a San Carlos, y a una señal convenida, se lanzaron sobre los veladores. Los indios, llenos de alegría, se dispusieron inmediatamente a acompañar a los liberales. De los yaquis ahí encerrados 25 eran hombres, 14 mujeres y un gran número de niños.

El coronel Padua hizo saber a los liberados que no era posible llevar a las mujeres y a los niños al campamento, ya que para emprender la marcha río abajo, solamente contaba con una lancha, por lo que la mayor parte de la gente tenía que marchar por tierra, con gran peligro de que las fuerzas federales la alcanzaran, debido a la dificultad para caminar con las mujeres y los niños.

Pero los indios rogaron que se permitiera a las mujeres acompañarlos, explicando que, si se les abandonaba en la finca, sería objeto de la furia de los capataces. El coronel accedió y la marcha fue iniciada desde luego.

Revolucionarios y prófugos ocuparon la lancha en que habían llegado los primeros más un viejo lanchón. Pero al día siguiente hubo necesidad de abandonar las embarcaciones y emprender el camino a pie.

Debido a las mujeres y a los niños, la marcha era muy lenta, y el día 14 la caravana pernoctó en un punto llamado Amamaloya. La gente se preparaba a descansar cuando a unos cuantos metros del improvisado campamento se escuchó un "¡Quién vive!", comprendiendo Padua que las fuerzas del gobierno los tenían cercados.

De los diez revolucionarios, solamente ocho se encontraban en el campamento, debido a que los otros habían sido enviados como avanzada. Padua, al ver al enemigo a unos cuantos metros de distancia, ordenó que tanto las mujeres como los hombres que carecían de armas se echaran pecho a tierra, mientras que él y sus siete compañeros, perfectamente ocultos entre la maleza, se dispusieron a hacer frente a los federales.

La situación del terreno y la luz de la luna favorecían a los insurgentes. Desde las improvisadas posiciones los liberales dominaban el campo, pudiendo ver cómo los rurales abandonaban sus cabalgaduras para avanzar pie a tierra. En unos cuantos minutos se trabó el combate, al mismo tiempo que el jefe liberal despachaba a un propio para que trajera ocho hombres de refuerzo que se encontraban apostados en un lugar cercano.

Después de media hora de lucha, los rurales se retiraron, llevándose a sus muertos y heridos. Uno de los guías de los federales fue capturado por los liberales, informando que aquellos, en número de catorce, estaban a las órdenes del capitán Francisco Cárdenas,

quien años más tarde habría de tomar parte directa en la muerte del presidente Francisco I. Madero.

Los rurales se retiraron con rumbo a Acayucan, mientras que Padua ordenó que inmediatamente se continuara la marcha hacia la sierra, llevando con todo género de precauciones a los dos revolucionarios que habían resultado heridos en la acción.

Al mismo tiempo que levantaba el campo, el coronel envió un propio a Santana Rodríguez, indicándole que tuviera a toda la gente lista para poner una emboscada a los federales que seguramente le perseguirían. Santanón recibió el recado el día 16 de (julio de 1910) y sin esperar a Padua, abandonó el campo en la sierra al frente de 59 hombres.

Llegó Rodríguez a Amamaloya el día 17 en la mañana y registró el campo, recogiendo las cosas que habían dejado abandonadas los indios yaquis al reemprender la marcha hacia la sierra, después del combate del día 14, cuando inesperadamente se vio rodeado por las fuerzas federales a las órdenes del coronel Manuel Jasso, jefe de la plaza de Acayucan, y del capitán Francisco Cárdenas.

El número de federales ascendía a 120, de los cuales la mitad era de caballería. Jasso ordenó que los soldados de caballería echaran pie a tierra, dejándolos ocultos entre la maleza.

Hizo avanzar a un grupo de soldados de infantería, atrayendo así a Santanón y un grupo de revolucionarios hasta el lugar donde tenían preparada la emboscada.

Insurgentes y federales lucharon cuerpo a cuerpo durante ya varios minutos, hasta que Rodríguez, Eduardo Díaz, Fermín Cortés, Pedro Garduza, Espiridión Pérez y otros jefes, cayeron muertos.

La derrota y muerte de Santanón Rodríguez causó gran desmoralización entre los elementos liberales de Veracruz, y por momentos se creyó que el movimiento revolucionario había fracasado. Solo los miembros de la Junta Organizadora del Partido

Liberal Mexicano, en Los Ángeles, seguían teniendo fe en el triunfo de su causa.

Fechada el 16 de noviembre de 1910, la Junta dirigió al coronel Padua, la siguiente carta:

> Estimado compañero:
> La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano esperaba tener oportunidad de enviar a usted un delegado para ponerlo de acuerdo sobre los planes revolucionarios que se están preparando, así como la fecha del movimiento y (que no existe) ninguna liga que el Partido Liberal tiene con el partido maderista; pero parece que Madero está precipitando un movimiento personalista que tendrá principio el día 20 de este mes, o a más tardar el primero del próximo diciembre y, como si ese movimiento se efectúa, los liberales tendremos la mejor oportunidad que pueda presentársenos para rebelarnos también, la Junta recomienda a usted se prepare y recomiende a sus amigos que se preparen y estén listos para si hay alguna perturbación en el país originada por los maderistas, aprovechemos el momento de confusión general para levantarnos todos los liberales.
>
> Esto no quiere decir que la Junta recomiende a usted que haga causa común con los maderistas, ni que sus amigos lo hagan. Simplemente se recomienda a los liberales el aprovecharse de las circunstancias especiales en que estará el país si los maderistas perturban el orden. La Junta no ha celebrado pacto alguno o alianza con los partidarios de Madero, porque el Programa del Partido Liberal es distinto del Programa del Partido Antirreeleccionista. El Partido Liberal quiere la libertad política; libertad económica por medio de la entrega al pueblo de las tierras que tengan los grandes lugartenientes; el alza de los salarios y la disminución de las horas de trabajo; obstrucción a la influencia del clero en el gobierno y en el hogar. El Partido Antirreeleccionista sólo quiere libertad

política, dejando que los acaparadores de tierras conserven sus vastas propiedades, que los trabajadores sigan siendo las mismas bestias de carga y que los frailes continúen embruteciendo a las masas. El Partido Antirreeleccionista, que es el de Madero, es el partido conservador. Madero ha dicho que no pondría en vigor las Leyes de Reforma.

Muchos liberales engañados por los maderistas han engrosado las filas de Madero, de quien se asegura que está de acuerdo con nosotros. Nada hay más inexacto que eso. Por cuestión de principios, el Partido Liberal no puede estar de acuerdo con el maderismo.

Así, pues, la Junta recomienda a usted que al levantarse en armas aprovechando el movimiento de Madero, no haga causa común con el maderismo conocido por antirreeleccionismo, pero sí que trate con todo empeño de atraer bajo las banderas del Partido Liberal a todos los que de buena fe se precipiten a la lucha. Procure usted por todos los medios que su iniciativa le sugiera, contrarrestar la tendencia del elemento maderista, para que la revolución sea beneficiosa para el pueblo y no el medio criminal para que escale el poder un grupo de ambiciosos.

Si los maderistas no llevan a cabo el movimiento que tienen proyectado, entonces pasará a ver a usted un delegado de la Junta para tratar los asuntos del Partido Liberal.

El Programa del Partido Liberal es el promulgado el 1 de julio de 1906, en San Luis, Misuri.

Reforma, Libertad y Justicia

R. Flores Magón, A. I. Villarreal, Librado Rivera,
Práxedis G. Guerrero, E. Flores Magón

Las primeras sublevaciones maderistas

La carta de la Junta llevó a los insurgentes de la sierra de Soteapan un gran aliento. El coronel Padua, acompañado de dos o tres

hombres, recorrió las rancherías, tratando de animar a la gente al mismo tiempo que establecía nuevas relaciones con los liberales de Puerto México, Acayucan, Minatitlán, San Andrés y Orizaba.

En los últimos días de noviembre de 1910, llegaron también a los liberales veracruzanos las primeras noticias de las sublevaciones de maderistas y magonistas en el norte del país.

Práxedis G. Guerrero, desde la frontera de Estados Unidos y México, escribió el 13 de diciembre una carta para Padua, en la que decía:

> Nuestros amigos de la sierra de Chihuahua y algunos grupos maderistas del mismo punto están causando serias derrotas a la tiranía; pronto abriré la campaña en el norte. Tal vez cuando usted reciba esta carta ya esté yo en el campo de la acción.
>
> Aprieten ustedes cuanto puedan por el sur, mientras enciendo la frontera para dar oportunidad y medios a los grupos del interior de lanzarse a la lucha. Hagan ustedes constar por cuantos medios sea posible que se levantan para sostener el Programa del Partido Liberal y procurar atraerse a todos los maderistas de buena fe, convenciéndoles de lo absurdo que es luchar por personalismos, pudiendo hacerse la lucha verdaderamente libertaria.
>
> Los acontecimientos me impidieron ir a verlos a ustedes como se los ofrecí. Me habría complacido combatir al lado de ustedes. Ya no hay tiempo que perder. A la lucha todos los buenos.
>
> Procurará informar la Junta con frecuencia, usando la dirección de L. Gante. La victoria nos espera si sabemos ganarla. Salud y buen éxito para todos.

Se ahonda la división

Pero si en los movimientos anteriores había existido unidad entre los jefes, a finales de 1910, y cuando la lucha parecía más definitiva,

se sintió la primera división entre maderistas y magonistas.

Las fuerzas de Padua sintieron los efectos de la división, formándose un segundo grupo a las órdenes de Guadalupe Ochoa, quien se acreditó como delegado del Partido Antirreeleccionista.

Como consecuencia de la división y habiendo recibido una invitación del jefe liberal Ignacio Gutiérrez, quien operaba en el estado de Tabasco, para que unieran sus contingentes, Padua resolvió emprender la marcha al Sur. Acompañado de un grupo de hombres, el jefe liberal abandonó tristemente las montañas donde había operado durante cuatro años, bajando a la costa, a lo largo de la cual continuó hasta el estado de Tabasco.

El 17 de abril de 1911 llegó a Huimanguillo, que pocos días antes había sido ocupado por las fuerzas revolucionarias, y desde esta población envió una comunicación por medio de un propio, a Gutiérrez, que se encontraba en Aldama, Tabasco, y quien el día siguiente contestó:

> Cuartel General. Aldama
> 18 de abril 18 de 1911
> Señores Cándido Donato Padua y Joaquín Gómez,
> Huimanguillo
> Estimados amigos y queridos hermanos: Tengo a la vista apreciable de ustedes fecha de ayer, por la que veo que aún continúan con el propósito de proseguir la defensa de los sagrados derechos del hombre. En tal concepto espero que inmediatamente se pongan en camino para esta con el contingente de hombres y armas que tengan a su disposición, procurando llegar a este cuartel general a la mayor brevedad posible. Agradezco a ustedes su correcto proceder y los espero en este campo. Reciban por la presente mi abrazo fraternal y mis deseos de que lleguen a este sin ningún tropiezo.
> Su afectuosísimo amigo y compañero, Ignacio Gutiérrez

Una derrota

Al día siguiente, los revolucionarios veracruzanos a quienes se unieron varios civiles de Huimanguillo, entre los que se encontraba Ernesto Aguirre Colorado (actualmente general del ejército), emprendieron la marcha hacia Aldama.

Los insurgentes caminaron con todo género de precauciones, teniendo conocimiento de la proximidad de un fuerte grupo de soldados federales. Al llegar frente a la finca llamada El Tulipán, perteneciente al gran terrateniente tabasqueño Policarpo Valenzuela, los revolucionarios se dieron cuenta de la presencia de un hombre armado, y como este se retirara rápidamente, consideraron que se trataba de una avanzada de los federales.

En realidad, minutos después, entre pitales y a una corta distancia de los rebeldes, aparecieron los soldados federales.

Los revolucionarios echaron pie a tierra y rápidamente se atrincheraron tras de los troncos de los corozos.

Después de los gritos de "¡Quién vive!" lanzados por ambos grupos, empezó la lucha. El coronel Padua y sus acompañantes se fueron replegando poco a poco, para protegerse tras de un alambrado de púas, que servía de cerca de un naranjal.

Ante la superioridad numérica del enemigo, la situación de los rebeldes era a cada momento más comprometida, hasta que el jefe liberal dio la orden de retirada. Esta fue hecha en desorden completo y no fue sino hasta el día siguiente, cuando los insurgentes se reunieron en el campamento de Gutiérrez, llenándose todos de satisfacción al descubrir que ninguno había sido tocado por las balas de los federales.

Gutiérrez creía unidos a Madero y a Flores Magón

Gutiérrez recibió afablemente a los liberales veracruzanos y después de que Padua le refirió cómo había sido la escaramuza del día

anterior, el jefe tabasqueño quiso saber las relaciones que existían entre el Partido Liberal y el partido maderista. Ignacio Gutiérrez no dejó de mostrarse sorprendido cuando el coronel Padua le explicó la diferencia que había entre liberales y maderistas.

—Yo tengo informes —dijo Gutiérrez— de que Madero se ha puesto al frente de la revolución con el carácter de presidente provisional, mientras que Flores Magón está reconocido por los revolucionarios como el vicepresidente de la República.

Padua insistió, mostrándole los documentos de la Junta del Partido Liberal Mexicano de que era portador, a lo cual Gutiérrez comentó:

—Bueno, compañero, continuaremos la lucha y después aclararemos estas situaciones.

Después de haber cambiado impresiones con el jefe veracruzano, Gutiérrez llamó a su lugarteniente a fin de preparar los planes de campaña. Durante la reunión, el jefe tabasqueño fue advertido de la proximidad de los federales, sugiriendo la mayor parte de los asistentes a la junta que los revolucionarios salieran a la mayor brevedad posible de Aldama, considerando que la plaza no era fácilmente defendible. Gutiérrez aceptó la sugestión, pero al mismo tiempo expuso que no era posible salir inmediatamente, ya que había ordenado a las partidas de rebeldes que operaban en las cercanías que se concentraran en la población.

Acechados por los federales

En las primeras horas del día 21 de abril de 1911, Gutiérrez se mostraba nervioso, debido a que los grupos rebeldes que debían presentarse en Aldama no llegaban a la plaza.

Llamó aparte a Padua, y le dijo:

—Temo, compañero, que nos suceda algún percance por esperar a los expedicionarios. Porque el enemigo está muy cerca, según las

últimas noticias que he recibido.

—Yo creo, compañero, que debemos salir, de acuerdo con la opinión de la mayoría —sugirió el coronel.

—Esperaremos hasta las doce; si a esa hora no llegan los compañeros, saldremos a presentar combate fuera del poblado.

En esos momentos se acercó un oficial para informar a Gutiérrez que en la comandancia acababa de recibir nuevos informes sobre el avance de los federales.

El jefe tabasqueño fue a la comandancia, y a los pocos minutos mandó llamar a Padua, a quien le dijo:

—Compañero, los federales están en san Vicente; es necesario salir a batirlos y quiero que usted se encargue de la vanguardia. ¿Acepta?

—Con todo gusto, compañero —contestó Padua.

Los preparativos para la marcha fueron iniciados violentamente.

La gente se empezaba a reunir en la plaza del poblado, cuando se escucharon varios disparos hacia el oriente de Aldama.

Eran los federales, que llegaban de sorpresa por el lado opuesto al que se había preparado la defensa del pueblo, y que cambiaban los primeros tiros con las avanzadas rebeldes.

Un relato de los hechos

Un testigo presencial de estos hechos, José Coffin, narra de la siguiente manera las horas de la tragedia que había de culminar con la muerte del jefe tabasqueño.

Dice el relato de Coffin:

"Con la rapidez con que corren las malas noticias, se supo en Aldama que los federales no tardaría mucho en presentarse.

"Gutiérrez, desconfiando del pésimo armamento de sus tropas, envió al coronel, entonces capitán Magaña, en busca de algunas armas y parque del faro de Tupilco; al capitán Naranjo a Comalcalco en busca de medicina, y a sus hijos Pedro e Ignacio,

oficiales también, a Río Nuevo, con instrucciones de ahuyentar a algunos porfiristas recalcitrantes que convenían retirar del lugar donde estaba la familia, por si llegaba el caso de refugiarse otra vez allí si sobrevenía desastre.

"En estas y otras comisiones se emplearon más de cien hombres de los mejor armados y valientes que después hicieron mucha falta al lado de Gutiérrez, pues, habiéndose retardado más del tiempo prefijado en las órdenes que llevaban, privaron a sus compañeros de un contingente que debió haber sido valioso en el momento crítico.

"El miércoles 19 se supo vagamente que un grupo de maderistas que venía a Veracruz se había tiroteado con las fuerzas del gobierno en la fábrica de aguardiente El Tulipán, y aquel día se pasó entre planes y conjeturas, acordando algunos oficiales rogar a Gutiérrez que desocuparan el campo, pues era de temerse un descalabro ante un enemigo superior.

"Oyó el general aquellas prudentes advertencias, pero preocupado por la suerte que tocaría a los jefes expedicionarios de la costa si quedaban aislados, acordó enviarles, como ya se había hecho, otros correos, ordenándoles que regresaran a toda prisa, y dispuso que no se movilizaran las tropas, contra la opinión de varios jefes.

La llegada de Padua

"El jueves 20, muy temprano, se presentó el coronel Cándido Donato Padua, que fue recibido cordialmente por Gutiérrez. Venía el valiente jefe veracruzano al frente de unos cuantos compañeros, presentando todavía frescas las señales del encuentro en El Tulipán. Así quedaron enterados los maderistas del número, clase y posición exacta de sus contrarios, y en vez de tomar otra medida, resolvieron esperar el ataque en el lugar, habiendo en esto un punto misterioso que no nos toca aún esclarecer. El día y la noche los pasó Gutiérrez enviando espías, comisiones y avanzadas por distintos rumbos.

"Al amanecer del viernes 21 se recibió la noticia de que las fuerzas del gobierno venían cerca, habiendo salido de la hacienda de San Vicente. Como si la masa de heroicos reclutas hubiera estado predestinada para el desastre, oyeron decir esto sin preocuparse.

"Unos dos o tres días antes, un oficial circuló la nueva de que el presidente Díaz había caído prisionero en poder de Madero, por lo que ya no habría batalla entre federales y pronunciados, pues ya el gobernador Bandala y Gutiérrez estaban en inteligencia para evitar derramamiento de sangre en el estado. Como de costumbre, tomaron café en medio de la mayor confianza, sin sospechar aquellos joviales revolucionarios que era el último desayuno que tomarían juntos.

"Todavía se vieron salir grupos hacia el río en busca de árboles frutales, sin que los oficiales les marcaran el alto, en vista del riesgo que se corría.

"El General, sin embargo, parecía cada vez más impresionado por ignorar el resultado y paradero de los que habían ido a Tupilco, a quienes se había mandado ya tres correos, pues decía necesitar de aquellos fieles para tomar cualquier determinación, toda vez que de un momento a otro debían llegar, según se creía".

Último capítulo sobre Santanón

Los restos de los contingentes que combatieron con Rodríguez fueron destrozados en Tabasco.

Con la muerte de Gutiérrez, la gravísima herida de Padua y la prisión de Hilario C. Salas, terminó el movimiento revolucionario iniciado por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano en 1906 en el estado de Veracruz, y en la que figuró de manera prominente Santana Rodríguez, Santanón.

Hilario C. Salas no había podido participar en el movimiento de 1910; el 26 de febrero de 1911 y al hacer un viaje a la Ciudad

de México con el objeto de proveerse de algunos elementos para sublevarse en el estado de Morelos, fue aprehendido.

El jefe liberal estuvo preso en la Penitenciaría del Distrito Federal hasta la firma de los Tratados de Ciudad Juárez.

Libre, regresó a Veracruz, sublevándose de nuevo en 1913 y muriendo en una emboscada de las fuerzas federales el 21 de febrero de 1914, en Osotepec, Municipio de Soteapam, Cantón de Acayucan, Veracruz.

JIMÉNEZ, 1906

Ismael R. Nuncio

Allá en el año de 1906, cuando nació el primer brote revolucionario fomentado por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón para derrocar la nefasta dictadura de Porfirio Díaz, en el ribereño pueblecito fronterizo llamado Jiménez, Coahuila, nos reunimos varios amigos, debido a que la Revolución brotaría pronto.

Hacía ya un año y medio que todos estábamos de acuerdo y conformes en tomar participación en ese movimiento; y en la última noche que tuvimos junta, acordamos que el levantamiento fuera en 26 de septiembre de 1906, llevando como jefe a don Juan José Arredondo, a quien seguíamos el que esto escribe y los compañeros siguientes: Calixto Guerra, Eulogio Yáñez, Eugenio Espinosa, Telésforo González, Onésimo Arreola, Cayetano Arredondo, Patricio Guerra, Salomón Espinosa, Alejandro Villarreal, quienes tienen aún vida, y estos otros compañeros que ya dejaron de

existir: Antonio Villarreal, Pedro Arreola, Justo Guerra, Hilario H. Conde, Macario Arreola, Genaro Domínguez, Florencio Menchaca, Guillermo Menchaca, Luz Villarreal, Manuel Yañez, Porfirio Treviño, Juan Casías. Hubo otros compañeros conjurados; pero desgraciadamente, no recuerdo sus nombres en este momento. Es en la ciudad de Piedras Negras, Coahuila, donde hago este relato, mi historia revolucionaria, a petición del compañero y fino amigo señor J. Edilberto Pinelo, precursor de la Revolución de los hermanos Flores Magón, desde aquellos tiempos.

Yo, como muchos de mis compañeros de aquel entonces, antes de iniciarse la Revolución estuvimos ayudando pecuniariamente, con nuestro óbolo, en la causa justa que perseguían los hermanos Flores Magón, desde que fueron encarcelados hasta que se cambiaron a El Paso, Texas, donde, al poco tiempo, se acordó el levantamiento, fijándose el día 6 de septiembre de 1906, a las cinco de la mañana, para que se efectuara ese movimiento.

Entonces se me acercó el compañero Telésforo González diciéndome: “Compañero, se llegó la hora”. En esos momentos le puse la silla a mi caballo y comencé a levantar a los demás compañeros ese mismo día en la Villa de Jiménez, Coahuila, declarándonos en abierta rebelión en contra del gobierno de don Porfirio Díaz.

Durante ese día, en el mismo pueblo, después de algunos encuentros leves con las autoridades de esa Villa, nos organizamos como unos cien hombres; por cierto muy mal armados y equipados, porque el que llevaba carabina únicamente tenía cuatro o cinco cartuchos, otros llevaban pistola, en iguales condiciones de municiones, y otros llevaban machetes de cortar carrizo. En fin, y como quiera que sea, el ánimo fue enorme, porque enorme era, también, el odio que profesaban al régimen de aquel tiempo, por los muchos abusos que se cometían y por la opresión y carencia de libertad en que se nos tenía.

Salimos ese mismo día, por la noche, rumbo a las haciendas de don Lorenzo González Treviño; serían las dos de la mañana cuando llegamos a la hacienda Puerto Rico. Yo oí decir que los federales venían ya muy cerca de ahí. Después pasamos a Victoria y eran aproximadamente las tres de la mañana cuando se acercó un jefe nuestro y me dijo:

—Prevéngase: le tocó una comisión que va a desempeñar usted y Antonio Villarreal (homónimo de Antonio Irineo).

Enseguida salimos. Habríamos caminado un kilómetro cuando caímos en una emboscada que nos habían tendido las fuerzas federales; fuimos hechos prisioneros. Una vez en poder de ellos, el jefe que encabezaba a los federales ordenó que nos amarraran. Vino un soldado con una soga gruesa y amarró a mi compañero de las manos, por atrás; y luego siguió el de la soga conmigo y me ató en la misma forma, con lo que mi compañero y yo quedamos amarrados y mancornados.

Acto seguido, el que a esas horas fungía de jefe, don Herculano Bermea, se acercó, diciendo al jefe de la Acordada, que caminaba a la cabeza de los federales:

—Aquí les entrego a estos hombres; al llegar a la hacienda de Victoria y al sonar el primer tiro, enfrente del enemigo, me les forma el cuadro y me los fusila inmediatamente.

En esos momentos comenzó a movilizarse la acordada. Nosotros íbamos colocados atrás, pie a tierra, amarrados y mancornados, un soldado a lado mío y otro a lado de mi compañero Antonio Villarreal, con las carabinas en las manos y en las puntas de estas las bayonetas. Al frente nuestro quedaban las colas de los caballos de los soldados; atrás iba el jefe encargado de la ejecución. Con los dos soldados, empezamos a correr al trote de los caballos, hasta llegar a la Hacienda de Victoria; notando nosotros la llegada, porque como nos llevaban al trote de los caballos, cuando los soldados pararon

sus caballos bruscamente, chocamos nosotros sobre las colas de estos. Después, nos tomaron de los hombros, y nos jalaron hacia atrás, formándonos a la mitad del camino. El jefe formó sus cuatro soldados a distancia de dos o tres pasos de nosotros.

En ese momento, sonó el primer disparo en el frente del enemigo; y enseguida dieron la orden: ¡Fuego! Sentí que mi compañero cayó; y yo también, pues estaba mancornado con él. En seguida, noté que se acercaban y oí dos descargas, y luego se fueron al frente de la balacera, quedando nosotros solos en medio del camino.

Yo me sentí un poco lesionado por unos rozones de bala; pero restablecí en el momento y logré desatarme. Vi que mi compañero había muerto; y yo comencé a correr, alejándome de aquel lugar.

A las cinco horas después, me encontré con algunos de mis compañeros en derrota; y nos concretamos a reorganizarnos. Al fin de cuatro días, nos reorganizamos como diecinueve, de los cien que éramos; entre ellos el jefe, Juan José Arredondo, quien nos dijo:

—Muchachos; ya la mayor parte de nuestra gente se nos ha dispersado. Síganme.

Serían más o menos las once de la noche cuando comenzamos a caminar; a eso de las cinco de la mañana llegamos a Balcones, tres leguas abajo de Villa Acuña. Allí nos detuvimos un momento a deliberar. Llegamos al acuerdo de que debíamos disolvernos, y que cada quien tomara el rumbo que mejor le gustara. Comenzamos a separarnos, unos tomaron un lado, y otros otro; yo seguí hacia el norte.

Siguiendo hacia el norte, al cabo de seis meses crucé la frontera a los Estados Unidos del Norte, en Sierra Blanca; bajé a Del Río, Texas, donde, en marzo de 1907, volvimos a reorganizarnos, preparando el ataque a Las Vacas, hoy Villa Acuña. Pero como en esta nueva empresa, igual que en la anterior función de armas, nos había ido muy mal, yo opté por internarme al norte y esperar a ver qué sesgos tomaban las cosas.

Llegó el año de 1910. Yo trabajaba en la Casa Redonda de Del Río, Texas; aunque me simpatizaba la causa del señor Madero, ya no me presté a regresar a tomar las armas, pero sí ayude a la Revolución en otras diversas formas.

Este relato es dado el seis de abril de 1936, en la ciudad de Piedras Negras, Coahuila, por mí, señor Ismael R. Nuncio, con domicilio en la casa número 736 de la calle Zaragoza, de esta ciudad.

Jiménez, Coahuila, 1906

El 26 de septiembre de 1906, se levantó un grupo de rebeldes, encabezado por Juan José Arredondo, en la villa de Jiménez, Coahuila, contra el dictador Porfirio Díaz, enarbolando el estandarte del Partido Liberal Mexicano, y llevando como programa el promulgado por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano el 1 de julio de ese mismo año en San Luis, Misuri, Estados Unidos de América.

Entre los combatientes liberales figuraron (siguió como coronel en ese levantamiento) Telésforo González Garza, Zacarías Guevara, Féliz Arreola, Florentino Martínez, Eugenio Garza (que mató la vaca), Fidel Barrera Delgado, Jesús Villarreal, Natividad García, y otros. Juan José Arredondo, llevado a Belén por ese acto rebelde, años más tarde murió en esa prisión.

Regeneración, 13 de junio de 1914

VIESCA

Práxedis G. Guerrero

La organización había sido un trabajo laborioso ejecutado en medio de grandes dificultades y peligros. La indiscreción y cobardía de las masas, la vigilancia de las autoridades apoyada en la sucia labor de espías y delatores, la carencia de recursos monetarios, todo fue venciéndose o esquivándose por los revolucionarios del Grupo de Viesca. Su organización adquirió vigor y consistencia al impulso constante que supieron emplear aquellos pocos trabajadores libertarios. Una a una fueron reuniéndose armas para el Grupo: un día era una pistola, otro una carabina; poco a poco se las dotó de parque. Hubo que imponerse dobles privaciones, que trabajar triple de lo ordinario para ganar unas cuantas monedas más de las necesarias para pagar el derecho de vivir; pero al fin, cuando se aproximaba la fecha de la insurrección se contaba con algunos elementos, valiosísimos desde el punto de vista de las condiciones miserables que rodean a todos los luchadores de principios.

La Revolución nunca ha tenido capitales. Los ricos difícilmente llegan a militar en las luchas por la emancipación humana: cuando más arriesgan alguna parte de sus capitales en tal o cual juego político. Son egoístas del tipo suicida: quieren para ellos hasta lo innecesario aunque la plétora los reviente. Por eso Tolstoi y Krotpotkin son dos tipos extraordinarios en estos tiempos.

La noche del 24 al 25 de Junio, aniversario de los asesinatos de Veracruz, era la fecha indicada para iniciar la rebelión en distintas partes del país. El Grupo de Viesca se alistaba sigilosamente; se habían tomado minuciosas precauciones; pero todas ellas no pudieron impedir que sus trabajos se manifestaran tan claros y amenazadores que las autoridades principales del lugar, temerosas, huyeron la víspera, del levantamiento. Además, la traición de Casas Grandes reveló al gobierno la existencia de la vasta conspiración y lo que era más importante para el buen éxito de sus planes, la fecha en que comenzaría la agresión de los rebeldes. El telégrafo había comunicado órdenes apremiantes a todos los pueblos y ciudades, para que las autoridades civiles y militares hicieran cuanto pudieran para sofocar la revolución, mientras se preparaba un embajador a presentarse en Washington, a pedir la más vergonzosa ayuda en favor de la tiranía mexicana.

A la media noche se reunieron los compañeros; señalóse a cada quien su sitio y se puso manos a la obra. La policía pretendió resistir; se cruzaron algunos disparos que causaron un herido de cada lado y un muerto de los gendarmes. La cárcel fue abierta cuan grande era la puerta; no quedó allí nadie. Proclamóse el Programa Liberal y se declaró nulo el poder de la Dictadura. Se efectuó una requisa de caballos y se tomaron los escasos fondos que había en las oficinas públicas. La Revolución se apoderó del pueblo por completo, sin que se diera un solo caso de violencias o atropellos, contra las familias o las personas neutrales.

José Lugo, que no había tomado parte en los preparativos, la tomó muy activa en los momentos de la acción.

La denuncia paralizó el movimiento de muchos grupos; otros, que pudieron levantarse oportunamente, faltaron a sus deberes de solidaridad quedándose en un silencio bochornoso.

El Gobierno empezó a destacar tropas sobre la región lagunera. Y entonces, vino también sobre los valientes insurrectos de Viesca, la inundación de la calumnia y de la injuria. Escritorzuelos que ostentan el título de liberales y amigos de los proletarios, emprendieron la tarea de levantar contra los rebeldes el odio ciego de la patriotería nacional. Se insinuó unas veces, se aseguró otras, que las armas de los revolucionarios eran facilitadas por los Estados Unidos, que ávidos por adueñarse de México, lanzaban al motín a unos malos mexicanos, traidores o ilusos, comprados como los de Panamá, bandidos y forajidos. El epíteto más benigno que se les aplicó fue el de mitoteros.

De ese modo los "amigos del pueblo" manifestaron lo que son y lo que valen. Quisieron con sus pobres declamaciones, facilitar el aplastamiento de los dignos por los mercenarios del poder y el patrioterismo ignorante de las masas. La brutalidad de la represión podía ejercerse sobre ellos tan ampliamente como agradara al despotismo; ya había entre los liberales mismos quien condenara a los pocos, que, para vergüenza del rebaño, habían roto con la pasividad, y la mansedumbre. Pero aquellas voces que traían todas las notas de las bajas pasiones, aquellos murmullos que eran el gruñido de una impotencia envidiosa, murieron al llegar al oído de los parias, hermanos de los bandidos insumisos. A pesar de la cobardía, a pesar de la abyección y del envilecimiento que deprimen el carácter de las masas, no se dio entero crédito a la calumnia de los "amigos del pueblo." En lo general se amaba y se admiraba a los audaces que supieron enfrentarse resueltamente con el poder que espantaba a los viles.

La evacuación de Viesca se impuso; los voluntarios de la libertad salieron de su recinto, despedidos por la mirada cariñosa y llena de esperanza de las mujeres proletarias, cuyas simpatías se despertaban delirantes por los trasformadores de la paz y el orden, que llevaban sobre sus indómitas espaldas el título de bandidos, como lo han llevado todos los iniciadores de una reforma, como lo han merecido los libertadores de todas las épocas.

Hacia la serranía, hacia las montañas amigas, se encaminaron sus pasos. Ahí el núcleo se quebró obedeciendo a un nuevo plan; la cantidad se descompuso en unidades proyectadas en todas direcciones, a donde irían a crear nuevas organizaciones rebeldes, repitiendo el fenómeno biológico de ciertas especies zoológicas que se reproducen en sus fragmentos.

Viesca dio a conocer caracteres como Lugo y otros, cuyos nombres todavía no es tiempo de mencionar.

Viesca desenmascaró a los liberales de conveniencia y excluyó de la Revolución elementos dañados con el temor o la incompetencia.

En 1908 las tropas de la tiranía no vencieron en ninguna parte. La traición aplazó el triunfó de la Revolución, fue todo.

Regeneración, 17 de septiembre de 1910

LAS VACAS

Práxedis G. Guerrero

Había llovido tenazmente durante la noche; las ropas empapadas de agua y la insistencia del barro que se pegaba a los zapatos, dificultaban la marcha.

Amanecía; el sol del 26 de Junio de 1908 se anunciaba tiñendo el horizonte con gasas color de sangre. La Revolución velaba con el puño levantado. El Despotismo velaba también con el arma liberticida empuñada nerviosamente y el ojo azorado escrutando la maleza, donde flotaban aún las sombras indecisas de la noche.

El grupo de rebeldes hizo alto, a un kilómetro escaso del pueblo de Las Vacas. Se pasó lista. No llegaban a cuarenta los combatientes. Se tomaron las disposiciones iniciales para el ataque, organizando tres guerrillas: la del centro dirigida por Benjamín Canales, la de la derecha por Encarnación Díaz Guerra y Jesús M. Rangel, y la de la izquierda por Basilio Ramírez; se indicó el cuartel como punto de reunión, barriendo con el enemigo que se encontraba en el trayecto.

El insomnio y la brega de largas horas con la tempestad y el fango del camino, no habían quebrantado los ánimos de los voluntarios de la libertad; en cada pupila brillaba un rayo de heroísmo, en cada frente resplandecía la conciencia del hombre emancipado. En el ligero viento del amanecer se aspiraba un ambiente de gloria. El sol nacía y la epopeya iba a escribirse con caracteres más rojos que el tinte fugaz de las gasas que se desvanecían en el espacio.

¡Compañeros!, dijo una voz, la hora tan largamente ansiada ha llegado por fin. ¡Vamos a morir o a conquistar la libertad!

¡Vamos a combatir por la Justicia de nuestra causa!

En aquel momento un pintor épico habría podido copiar un cuadro admirable. ¡Qué de rostros interesantes! ¡Qué de actitudes expresivas y resueltas…!

En marcha las tres diminutas columnas, con dirección al pueblo, llegaron al borde de un arroyo. De repente alguien, que iba a la cabeza, gritó: ¡Aquí están estos mochos! Y el arroyo fue atravesado rápidamente, con el agua a la cintura. Los soldados que estaban tendidos pecho a tierra entre los matorrales se levantaron en desorden ante la acometida de los rebeldes, buscando, unos, abrigo en las casas, mientras otros desertaban pasando el río a nado para internarse a los Estados Unidos.

Las calles de Las Vacas fueron recorridas en pocos minutos, trabándose combates a quemarropa con el resto de la guarnición, que dividida en varias secciones y protegida por los edificios, pretendió detener a los libertarios. Canales, al frente de la guerrilla del centro, llegó el primero a pocos pasos del cuartel; las balas rodeaban su altiva figura; sus grandes y bellos ojos, normalmente plácidos como los de un niño, brillaban intensamente; su clásico perfil se destacaba puro, viril, magnífico, en medio de la lluvia de acero; mas su lucha fue breve: disparando su carabina y dando

vivas a la libertad, se acercaba a la puerta del cuartel, cuando recibió una infame bala en medio de su frente, de aquella frente suya tan hermosa, donde hicieron su hogar tantas aspiraciones justicieras, tantos sueños de libertad, donde tomaron alas tantos pensamientos nobles. Benjamín quedó muerto, con el cráneo deshecho y los brazos extendidos. No pudo ver lo que tanto deseaba: la libertad de México.

Desalojados repetidas veces, los defensores de la tiranía buscaban una posición que pudiera librarlos del ímpetu de los libertarios, que inferiores en número y armamento, se imponían por su temerario arrojo y su terrible precisión de tiradores. Al principiar el combate, los tiranistas llegaban a muy cerca de cien, entre soldados de línea y guardias fiscales; al cabo de dos horas su efectivo había descendido considerablemente por las deserciones y las balas. En ese primer periodo, en el cual muchas veces se dispararon las armas chamuscando la ropa del contrario, fue en el que cayó el mayor número de los nuestros.

El primero de todos, Pedro Miranda, el revolucionario por idiosincrasia a la vez que por convicción, el Pedro Miranda cuyos dichos mordaces se repiten todavía por los compañeros que lo trataron; el que era la acción y la firmeza encarnadas en un cuerpo hecho a las luchas con la naturaleza y con los hombres de la injusticia; el mismo que pasaba los años trabajando sin descanso y dedicando a la Revolución cada centavo que salvaba de la rapiña burguesa. Sus carabinas, un arsenal siempre con perspectiva de aumento, se hallaban a toda hora listas para entrar en acción por la libertad. Entre los compañeros ha venido a ser proverbial esta condición invariable de las armas de Pedro; cuando se quiere significar que una persona o una cosa está en muy buenas condiciones, se dice: Está como las carabinas de Pedro Miranda. Sus palabras postreras fueron: Ya no puedo... sigan ustedes...

Néstor López, el activo y sincero propagandista, admirable para encontrar recursos para la causa, quedó con una pierna rota a una cuadra del cuartel.

El valiente Modesto G. Ramírez, autor de una carta llena de consciente heroísmo, escrita la víspera del combate y publicada más tarde por la prensa norteamericana, cayó junto a una cerca de ramas, al lado de dos bravos, muertos minutos antes en aquel sitio fatal. Pasaba un compañero, y Modesto en la agonía le dijo: Hermano, ¿cómo vamos?... Dame agua... y... sigue... adelante...

Juan Maldonado encontró la muerte cuando osadamente avanzaba a desalojar al enemigo.

Emilio Munguía, un joven fríamente temerario, pereció también.

Antonio Martínez Peña, viejo y constante obrero de la causa, acabó allí su vida de sacrificios al exponer su cuerpo a muy corta distancia de la boca de los máusers.

Pedro Arreola, revolucionario y perseguido desde los tiempos de Garza, y por largos años uno de los hombres más temidos por los esbirros de la frontera de Coahuila y Tamaulipas, murió con la frase burlesca en los labios y el gesto del indomable en el semblante. Atravesado por una bala que le rompió la columna vertebral, arriba de la cintura, se esforzaba por alcanzar su carabina que había saltado lejos de él al tiempo de caer; un camarada se acercó y puso el arma en sus manos desfallecientes; sonrió, quiso, sin conseguido, colocar nuevo cartucho en la recámara de su carabina; interrogó sobre el aspecto que llevaba la lucha y en medio de su trágica sonrisa deslizó lentamente la última frase de su áspera filosofía: La causa triunfará; no hagan caso de mí, no porque muere un chivo se acabará el ganado.

Manuel V. Velis, a menos de veinte metros del enemigo disparaba con asombrosa tranquilidad apoyándose en un delgado arbusto; contestando con mucha flema todas las instancias que

se le hacían para que abandonase aquel sitio barrido por las fusiladas, permaneció sirviendo de blanco hasta que casi agotada su cartuchera fue a reunirse a sus compañeros. Una bala salida de una casa dejó tendido a este sereno luchador, a quien nadie vio reñir nunca; a este hombre de hábitos apacibles y laboriosos, de convicciones profundas de libertario, en quien la conciencia dominaba al temperamento.

Hubo otros muertos cuyos nombres no he podido recoger; ya en los momentos del combate se unieron a los nuestros. Se dice que uno era de Zaragoza; el otro vivía en Las Vacas, y al sentir el ruido de la pelea y oír las exclamaciones de los combatientes se despertó en él la solidaridad de oprimido; ciñose la cartuchera, tomó su carabina, se echó a la calle al grito de ¡Viva el Partido Liberal!, se lanzó a pecho descubierto sobre los soldados del despotismo. Una fusilada lo dejó en medio de la calle.

Por largas cinco horas se prolongó el combate. Pero después de las dos primeras ya no fueron mortales los disparos de los tiranistas; su pulso se había alterado notablemente, no obstante que algunos tiraban a cubierta. Las carabinas libertarias hablaban elocuentes. Asomaba el cañón de un máuser y en diez segundos la madera de la caja saltaba hecha astillas por las balas de Winchester. Aparecía un chacó por alguna parte y presto volaba convertido en criba por los 30-30. Los libertarios estaban diezmados; había muchos heridos; pero su empuje era poderoso, su valor muy grande. Díaz Guerra se batía en primera fila con su revólver; sus viejos años pasados en el destierro, se habían vuelto de repente los ligeros y audaces del guerrillero de la Intervención. Un fragmento de bala le hirió en la mejilla; otra bala disparada sobre él a quemarropa desde una ventana le atravesó un brazo. Esa herida costó el incendio de una casa. Se avisó que salieran de ella los no combatientes y se le prendió fuego. Rangel sostenía una lucha desigual; solo en un

extremo tenía en jaque a un grupo de soldados, mandados por un sargento, que recortaba su figura de león enfurecido con el acero silbante de sus fusiles.

Por todas partes se desarrollaban escenas de heroísmo entre los voluntarios de la libertad. Cada hombre era un héroe; cada héroe un cuadro épico animado por el soplo de la epopeya.

Un joven, rubio como un escandinavo, corría de un peligro a otro con el traje desgarrado y sangriento; una bala le había tocado un hombro, otra una pierna, abajo de la rodilla; otra en un muslo y una cuarta fue a pagarle en un costado sobre la cartuchera; el choque lo derribó; el proyectil liberticida había encontrado en su camino el acero de los proyectiles libertarios y saltó dejando intacta la vida del valiente, que, puesto de nuevo en pie, continuó el combate.

Calixto Guerra, herido como estaba, se mantuvo en su puesto con bravura y energía admirables.

Los enemigos tuvieron también sus grandes hechos; los defensores de la tiranía y la esclavitud se revelaron en sus actos.

Un grupo de ocho soldados y un sargento se vieron cortados de sus compañeros y acometidos de flanco por el fuego de los rebeldes; junto a ellos estaba el cuartel, pero tenían para llegar a él que cruzar la calle que estaba en poder de cuatro rebeldes.

Apurado el sargento por salir de la falsa posición en que lo había metido una de las bruscas acometidas de los libertarios, apareció en la calle agitando un pañuelo blanco en señal de paz, seguido de los soldados llevando los fusiles con las culatas hacia arriba; los rebeldes creyeron que se rendían y los dejaron avanzar; pero de pronto, cuando los traidores esbirros se hallaban próximos a la puerta del cuartel, volvieron los fusiles e hicieron fuego sobre los que les habían perdonado la vida.

Hicieron fuego sin efecto y corrieron a meterse al cuartel, menos

tres, que no pudieron llegar. Las balas de 30-30 les evitaron para siempre la repetición de su cobarde estratagema.

En el cuartel había un montón de cadáveres; otros se veían en las calles. Las huellas de las balas se encontraban por todas partes. Las casas presentaban un aspecto desolador. Era después de las diez; el parque de los libertarios estaba agotado; los soldados de la tiranía no llegaban a quince, guarecidos en las casas donde había familias; el resto eran muertos o desertores. El capitán, jefe de la guarnición, se defendió tenazmente con el triste valor de la fidelidad del siervo. Aquello habría concluido en un triunfo completo para los revolucionarios, pero... ya no había parque... Rangel hizo un esfuerzo más; con cuatro tiros en el revólver y algunos compañeros con él, intentó un ataque decisivo; avanzó algo y recibió un balazo en un muslo: la última sangre de libertarios de aquella jornada tremenda.

Se inició la retirada; paso a paso fueron reuniéndose los supervivientes y abandonando el pueblo. Nadie quería dejar, con los cuerpos de tantos camaradas, una victoria que ya era suya. Pero... ya no había parque... Un rebelde se negó a salir; tenía algunos cartuchos; no iría con ellos sin completar el triunfo; escogió un lugar y él solo permaneció frente al enemigo hasta las tres de la tarde.

La carabina vacía, la cartuchera desierta, se alejó, intocable para las balas, a continuar la lucha por la emancipación. Más tarde el nombre de este héroe, y los de todos los que tomaron parte en la acción de Las Vacas, se oirá cuando de sacrificios y grandezas se hable.

Fracaso, murmuran algunas voces.

Ejemplo, enseñanza, estímulo, episodio inmortal de una revolución que triunfará, dice la lógica.

JESÚS M. RANGEL

José C. Valadés

Un tejido de misterio, de aventura de audacia, de fanatismo, entreverado con las ideas sostenidas por un grupo de hombres, es el relato sobre los primeros movimientos revolucionarios en México en los años de 1906-1908.

Jesús M. Rangel, uno de los principales jefes de las aventuras revolucionarias de 1908, entregó a un redactor de *La Opinión* una serie de notas y apuntes, con la que es formada esta narración.

Por vez primera, se conocerá la forma como trabajaron los primeros revolucionarios mexicanos a lo largo de la frontera, y especialmente en el sur del estado de Texas, pretendiendo llevar a cabo un movimiento general para derrocar al régimen del presidente Porfirio Díaz.

Al entregar los documentos con los que ha sido formada esta relación, el señor Rangel ha hecho una preciosa contribución a la

historia de la Revolución Mexicana, revelando cómo se conspiró en los Estados Unidos, y cómo fueron empeñadas las primeras batallas que precedieron a la caída del gobierno del general don Porfirio Díaz.

He aquí el primer capítulo de esta impresionante narración histórica:

CAPÍTULO I

El grito de un grupo de hombres que había salido huyendo de México y que había encontrado refugio en los Estados Unidos, fue el llamadoa la batalla para los miles de hombres que años más tarde habían de abandonar sus hogares, los campos, las minas y las fábricas para pelear lo mismo en los valles que en las montañas, al igual en las costas que en las altiplanicies, en los bajíos del Centro que en las exuberantes selvas del Sur.

Ricardo y Enrique Flores Magón, seguidos de Antonio I. Villarreal, de Librado Rivera, de Juan Sarabia, habían abandonado la Ciudad deMéxico después de haber sido víctimas de una serie de persecuciones, trayendo consigo un pequeño periódico, que había de ser la primera tribuna de la Revolución Mexicana: *Regeneración*.

Y el pequeño grupo que audazmente se levantaba en son de guerra contra un régimen establecido y que se encontraba en pleno esplendor, emprendió la peregrinación, que más que peregrinación parecía cruzada, haciendo aparecer su pequeño periódico en San Antonio, Texas, en San Luis, Misuri, y por fin en Los Ángeles, California.

Al igual que en la capital de la República, desde los primeros números de *Regeneración*, editados en los Estados Unidos, el periódico estuvo siempre alentado por el tono subversivo, retador, vigoroso, irreverente.

Una transformación

Fue este tono el que convirtió en fanáticos a los audaces, en audaces a los entusiastas; y en entusiastas a los conscientes. Las inspiraciones demagógicas de la primera época rápidamente alcanzaron a las masas, y llegaron a conquistar con rapidez creciente a los peones en el Norte de la República, y a quienes iban dirigidas las más enérgicas exhortaciones, junto a las condenaciones más vigorosas del régimen imperante. Ricardo Flores Magón no se limitó a predicar la rebelión en México: invitó a ella formalmente al pueblo, expidiendo un manifiesto el 1° de julio de 1906. Con una actividad asombrosa y con toda la fogosidad de un espíritu arrebatador, Flores Magón nombró delegados especiales en todo el país, al que dividió en varias zonas militares; buscó y encontró conjurados; constituyó los principales centros que habían de distribuir las armas, de nombrar los jefes de guerrilla y de caer a un mismo tiempo sobre los cuarteles, levantando barricadas en un momento necesario; formó grandes listas de futuros soldados de la Revolución.

División militar de la república

A mediados de 1906, la República se encontraba dividida en seis zonas militares y en cuarenta y cinco centros subversivos. Cada centro se comprometió a comprar sus propias armas y el parque necesario.

La República estaba a punto de arder. Unos cuantos meses de labor infatigable de Ricardo Flores Magón y de los miembros de la Junta Directiva del Partido Liberal Mexicano, que residía en Los Ángeles, y de la que formaba parte Villarreal, Rivera, Sarabia, Antonio de P. Araujo y Anselmo Figueroa, parecían haber conquistado a miles de hombres, dispuestos a la lucha armada contra el gobierno del general Díaz.

Cuarenta y cinco centros, en los cuales día y noche se reunían secretamente cientos de conspiradores, habían sido establecidos en la República, y especialmente en los Estados de Chihuahua, Durango, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Zacatecas, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora y Nayarit.

"Cada lector de *Regeneración* debe ser un soldado de la Revolución, cada miembro del Partido Liberal Mexicano debe ser un agente de armas y parque; el día de exterminar al tirano, ha llegado, pueblo ¡A las armas!" escribía Flores Magón.

Considerando que había realmente llegado el momento de la rebelión, la Junta del Partido Liberal Mexicano señaló el día veintidós de septiembre de 1906 para que los grupos de conspiradores se lanzaran a la conquista del país.

Actividades del gobierno del gral. Díaz

Pero, mientras Flores Magón trabajaba incansablemente desde Los Ángeles, alentando a sus amigos en México, el gobierno del general Díaz daba los primeros pasos para hacer fracasar a la proyectada revolución, inmediatamente que fue descubierto en la ciudad de Chihuahua el primer grupo de conspiradores.

La vigilancia a lo largo de la frontera de los Estados Unidos fue redoblada; todos los cuerpos rurales fueron movilizados a los lugares en donde los conspiradores trabajaban con mayor empeño; el gobierno de Washington ordenó la prohibición y venta de armas y parque en los estados del Sur. Como jefe de la tercera Zona de la República, comprendida por los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, fue nombrado Jesús M. Rangel.

Fuerte de cuerpo, de carácter enérgico, de espíritu convencido, Rangel, inmediatamente que recibió el nombramiento se acercó a la frontera con el objeto de tomar los primeros dispositivos a fin de organizar la expedición armada en México.

Jesús Rangel, ayudado por Simón Rodríguez y Casimiro Regalado, realizó una gira por la hacienda "Porfirio Díaz", las congregaciones Haba, Chihuahua, Peñitas, y por los pueblos de Hidalgo, Texas y Reynosa y San Ignacio, México.

Conquistan al prefecto

El prefecto político de San Ignacio simpatizó con el movimiento y ofreció al jefe revolucionario toda su ayuda.

—Señor Rangel, estoy dispuesto a combatir, y creo que debemos formar dos compañías de veteranos de la gente del general Cortina y de Catarino Garza —dijo el prefecto de San Ignacio al Jefe de la Tercer Zona.

El jefe revolucionario continuó abiertamente sus actividades a lo largo de la frontera de Texas, hasta celebrar una conferencia con los que habían de encabezar las guerrillas cerca de la ribera del Río Bravo.

Terminados los preparativos, Rangel cruzó la frontera y se dirigió a Sanfordyce, Texas, en compañía de Simón Rodríguez y Casimiro Regalado. En esta población habían de esperar el momento de regresar a México para iniciar el movimiento. Pero horas antes de salir para territorio nacional, Rangel y Rodríguez fueron aprehendidos por las autoridades norteamericanas, logrando escapar Regalado.

Amarrados y perfectamente custodiados, los aprehendidos fueron conducidos a Río Grande City y entregados a la oficina de Migración. Frente a Río Grande City, y en el lado mexicano, doce rurales, a las órdenes del cónsul mexicano Candelario Flores, esperaban que los aprehendidos fueran deportados de los Estados Unidos.

Rangel y sus acompañantes fueron acusados por las autoridades de Migración de llevar a cabo "incursiones sospechosas" en el estado de Texas, siendo declarados bien presos.

Una entrevista con el cónsul

Cuando Rangel fue declarado bien preso, el cónsul Flores pidió permiso para hablar con el detenido, y llevándolo a un lugar aparte, le dijo en voz baja:

—Señor Rangel, ¡es inconcebible que usted pretenda hacer una revolución en México!...

—¿Por qué?

—El gobierno es muy fuerte; el General Díaz es querido por el pueblo; tenemos soldados y cañones, disciplina y poder, y lo que usted pretende hacer es sencillamente una locura.

—Señor, yo sé lo que hago y no quiero tener controversias con usted.

—Señor Rangel, usted obra bajo la influencia del Partido Liberal Mexicano, y el gobierno tiene en su poder a todos los complotistas.

—No importa, yo he cumplido con mi deber.

—Siento que lo vaya a castigar el gobierno americano por atacar las leyes de neutralidad.

—Lo que siento es que el gobierno de Estados Unidos esté también a las órdenes del viejo tirano, señor Cónsul, si usted es hombre digno, debería estar en nuestras filas. El pueblo mexicano está cansado de tantos años de régimen oprobioso y lucharemos sin descanso hasta derrumbar al dictador del Castillo de Chapultepec.

—Señor Rangel, sus esperanzas son vanas; el gobierno no caerá.

—El gobierno caerá antes de cinco años, ¡porque el pueblo luchará por su libertad!

—¡Qué esperanzas!, ¡Qué esperanzas! —terminó diciendo el cónsul mexicano, riendo.

El primer combate y la primera victoria

Y mientras que Rangel era aprehendido en Texas, otros muchos conspiradores eran detenidos en el estado de Coahuila, y entre

ellos Amado Gutiérrez, periodista y jefe de una guerrilla. Sólo un grupo de conspiradores, a las órdenes de Juan José Arredondo, logró cruzar la frontera seguido de treinta hombres, y caminando rápidamente cayó como rayo sobre Jiménez, Coahuila. En Jiménez, Coahuila, se había, pues, desarrollado el primer combate que precedió a los cientos de batallas registradas en México en los últimos veinte años, y en Jiménez cayó también el primer revolucionario: un joven apellidado Almaraz.

También en la ciudad de Chihuahua eran aprehendidos varios conspiradores, contándose entre ellos Juan Sarabia, miembro de la Junta del Partido Liberal Mexicano.

La aprehensión de los jefes del movimiento revolucionario, tanto en México como en los Estados Unidos, causó enorme amargura en inmenso desaliento entre los hombres que habían estado dispuestos a emprender la lucha armada. Sólo Flores Magón y los miembros de la Junta parecían llenos de optimismo. Caídos los primeros, la Junta del Partido Liberal, lanzó un manifiesto urgiendo a la batalla y prometiendo el triunfo de la Revolución Mexicana.

Nuevos alistados

Y este manifiesto atrajo mayores simpatías a la Revolución. Pasando el primer momento de confusión, de fracaso y de pánico, nuevos hombres se alistaron bajo la bandera de Flores Magón. Temiendo que la nueva conspiración fuera igualmente descubierta, Flores Magón envió a sus amigos una clave, con la cual habían de entenderse en lo sucesivo.

Rangel continuó sosteniendo correspondencia con la Junta del Partido Liberal, pero cada carta que recibía y que escribía debería ser censurada por el cónsul Flores.

—¡Bah! Y esto de que "papá está fuera de todo peligro", ¿qué quiere decir? —preguntaba el cónsul inquietamente, al leer una carta.

—La misma carta se lo dice a usted: se trata de asuntos meramente familiares.

El Cónsul quedaba pensativo, y agregaba:

—Bien, y esto de tantas cajas de bastones marca 30 y otras tantas de dulces, ¿qué quiere decir?

—Mercancía, señor, mercancia y nada más. No se apure usted, ya sabe usted que soy comerciante, y que esos encarguitos los hago por acuerdo de las sociedades de que soy presidente: la México Zaragoza y el Club Melchor Ocampo de Waco, Texas, así es que déjese de preocupaciones.

El representante de las autoridades americanas, que escuchaba atentamente el diálogo, agregó:

—Pero todo esto es un misterio; hasta la firma de ese señor Arcuijo se me hace sospechosa.

En libertad

Tres meses después, Rangel y Simón Rodríguez eran puestos en libertad, advertidos por las autoridades americanas de que serían estrechamente vigilados y castigados enérgicamente en caso de que pretendieran violar las leyes de neutralidad.

Rangel y Rodríguez salieron de la cárcel silenciosamente, pero a unos cuantos metros de distancia se encontraba Leonardo Flores, otro de los designados jefes de la guerrilla. Los tres amigos se abrazaron.

—Amigos, ¡a continuar la guerrilla! —les dijo Rangel.

—¡A seguirla! —respondieron Rodríguez y Flores.

Y los tres amigos se alejaron de Río Grande City con el objeto de cambiar impresiones sobre sus futuros planes.

Al ser descubierta la conspiración de 1906, el gobierno mexicano inició la persecución no sólo de los conspiradores que residían en el territorio nacional, sino en el territorio norteamericano.

Capturan a Flores Magón

Los miembros de la Junta del Partido Liberal Mexicano, residente en Los Ángeles, fueron acusados de haber pretendido atacar las leyes de neutralidad, y los hermanos Flores Magón fueron aprehendidos, al mismo tiempo que *Regeneración* era clausurado. Pero, suspendido *Regeneración*, los revolucionarios refugiados en los Estados Unidos hicieron aparecer El Progreso, en San Antonio, Texas, y El Rebelde, en Oklahoma. Desde la cárcel, Ricardo Flores Magón, burlando la vigilancia de las autoridades, continuaba escribiendo en los periódicos revolucionarios, alentando al pueblo y ofreciendo continuar la lucha inmediatamente después de conquistada su libertad. En apoyo de Flores Magón aparecieron los liberales y socialistas americanos, quienes realizaron una campaña en todo el país hasta no lograr la libertad de los detenidos.

Mientras que Jesús M. Rangel se encontraba preso, por acuerdo de la Junta del Partido Liberal, se hizo cargo de la Tercera Zona rebelde en México el coronel Díaz Guerra. El coronel Díaz Guerra era un viejo militar mexicano que se había afiliado a los grupos revolucionarios desde los primeros días. El sur del estado de Texas se había convertido en el más vasto campo para los conspiradores mexicanos.

Almacenando armas y parque

Cada pueblo se había convertido en sucursal del Partido Liberal; los emigrantes mexicanos eran decididos partidarios de la Revolución. Los miles de trabajadores que habían salido de México, buscando el mejoramiento de sus condiciones económicas, habían creído encontrar su salvación para regresar al país cuando un nuevo régimen fuera establecido. Pasados los primeros momentos de sorpresa y de pánico, después del fracaso del levantamiento del 22 de septiembre de 1906, los revolucionarios empezaron nuevamente

a almacenar armas y parque. Para ser miembros del Partido Liberal era necesario tener un arma y un poco de parque, además de la entereza necesaria para marchar a hacer frente a las balas del enemigo. El coronel Díaz Guerra recorría día y noche la frontera, buscando siempre partidarios y pretendiendo organizar militarmente a los nuevos grupos. Inmediatamente que Rangel salió de la cárcel de Rio Grande City, se puso en comunicación con Aarón López Manzano, jefe de los conspiradores de Monterrey, pretendiendo pasar a México veinticinco mil rifles 30-30 y diez millones de cartuchos. Una fábrica de armas de los Estados Unidos se había comprometido a facilitar este armamento a los revolucionarios, cuyo valor sería cubierto al triunfo de la revolución.

Pero las esperanzas de conseguir este cargamento de armas y parque fueron perdidas cuando las autoridades descubrieron la labor de López Manzano, quien inmediatamente fue aprehendido en Monterrey. Sin embargo, Rangel logró obtener varios cientos de carabinas, las cuales depositó en una cueva cerca de la margen del Río Bravo.

Planes

La Junta del Partido Liberal anunció que una nueva fecha para que estallara la revolución de México había sido dada, pero que ésta sería comunicada directamente a los jefes de zona por los delegados especiales. Corrían los primeros días del mes de abril de 1908, cuando Antonio de P. Araujo llegó hasta el lugar desde el cual Rangel continuaba la conspiración.

—Compañero, ha llegado el momento que realicemos nuestros sueños —dijo Araujo a Rangel.

—Estamos listos, compañero.

—Compañero, la Junta del Partido Liberal quería esperar unos cuantos meses hasta que todos nuestros hombres estuvieran

perfectamente armados; pero no es posible esperar más. El viejo Dictador está pendiente de todos nuestros pasos. Además, el pueblo está siendo horriblemente martirizado. Ya sabe usted lo que pasó en Cananea y en Río Blanco; ya conoce usted la situación de los obreros del Ferrocarril Central, quienes perderán la huelga que han empeñado con toda virilidad. La República está encendida moralmente y es necesario que aprovechemos este momento para insurreccionar al pueblo, cuyos derechos están siendo cada vez más ultrajados.

—Estamos listos, compañero.

—Bien, y ¿de qué elementos dispone usted?

—Tengo carabinas y tengo parque, todo oculto cerca del Río Bravo; tengo hombres que me seguirán...

La nueva fecha de la revolución

—Esto es suficiente —agregó Araujo—. Cuando todos los grupos pasen, aunque no estén formados por más de dos mil hombres, se encontrarán con que el pueblo los recibe con los brazos abiertos. Compañero, hemos de ser nosotros, los liberales, los que festejemos el Centenario en la capital de la República.

—Prometo que al frente de mis valientes compañeros ¡llegaré al Alcázar de Chapultepec! —respondió Rangel.

—¡A Chapultepec, compañero! —gritó enrusiasmado Araujo, y agregó: El 25 de junio es la fecha señalada por la Junta para que todos los grupos pasen la frontera. Ha sido elegido este día para conmemorar el aniversario de los mártires de Veracruz.

—Para ese día estaremos en México —repuso Rangel.

—Estaré también con ustedes, porque quiero asistir a la primera jornada que será gloriosa en la historia de la revolución libertadora.

Unas cuantas horas después de que Rangel recibía estas instrucciones, secretamente los jefes de guerrilla en el estado de Texas

celebraban una sesión con el objeto de ultimar los planes para la campaña. Todos los asistentes a la reunión temblaban de emoción.

—¡A las armas! —gritaron todos al saber que el día 24 de junio cruzarían la línea divisoria.

CAPÍTULO 2

Después del primer fracaso revolucionario, cuando la basta conspiración dirigida por la Junta del Partido Liberal Mexicano, residente en Los Ángeles, fue descubierta por el gobierno del general Porfirio Díaz, los revolucionarios, a lo largo de la frontera americana, al preparar el segundo movimiento, lo hicieron cuidadosamente. Estrechamente vigilados en el territorio americano, desde donde hacían todos los preparativos, los miembros del Partido Liberal marchaban de un punto a otro, recogiendo las armas que eran donadas por los simpatizadores de la causa; reuniendo los cartuchos que era posible comprar con los raquíticos fondos recaudados entre los emigrados mexicanos; entusiasmando a los futuros combatientes; dando ánimo a las esposas, a las madres y a los hijos que habían de quedar abandonados cuando los hombres cruzan la frontera en busca de la victoria.

Los futuros combatientes, llenos de entusiasmos, como pequeños que desconocen el peligro, se habían alistado en las guerrillas cuidadosamente organizadas por los delegados del Partido Liberal.

Reuniones continuas

Los planes para el movimiento revolucionario eran discutidos en las reuniones secretas de los conspiradores, unas veces efectuadas en algún barrio solitario; otras en los campos y en los bosques; a la medianoche o en plena luz del día, pero siempre evitando el encuentro con los agentes del gobierno porfirista que se movían

activamente a lo largo de la frontera americana. En las primeras semanas de junio de 1908, las márgenes del río Bravo quedaban plantadas de carabinas y cartuchos.

Por acuerdo de los jefes de guerrilla, los pertrechos de guerra fueron convenientemente repartidos en lugares solitarios y cercanos a los pueblos que deberían ser atacados simultáneamente y conforme a las instrucciones de la Junta del Partido Liberal.

En los últimos días del mes de junio, Jesús M. Rangel y el coronel Díaz Guerra advirtieron a los revolucionarios, tanto del lado mexicano como del americano, que la revolución había de empezar el día 25 de junio.

La noche del 24 fue de ansiedad. Unas cuantas horas más tarde, todos los conspiradores, con la carabina sobre el brazo, habían de estar haciendo fuego sobre el enemigo.

¡Cuántos habrían de quedar tirados en el campo para no levantarse más!

Un baile

Del Río, Texas, fue el lugar señalado como punto de reunión. Los revolucionarios quedarían sólo a unos cuantos pasos del lugar que debían de asaltar horas más tarde: Las Vacas.

Para evitar ser descubiertos en los momentos de reunirse para cruzar la frontera, los conspiradores resolvieron llevar a cabo un baile en la humilde casa de un conjurado en los suburbios de Del Río. Durante el baile, los conspiradores habían de recibir las últimas órdenes. Cerca de la media noche y mientras bailaban varias parejas, entre las que se encontraban futuros soldados de la revolución, los jefes de guerrilla Díaz Guerra, Rangel, Benjamín Canales, Julián Hernández, Pedro Mireles, Victoriano López, Calixto Ramírez, Nestero López, Pedro Vara y Jesús Longoria tomaban las últimas disposiciones.

Minutos antes de las doce, los conspiradores empezaron a abandonar el baile, y en grupos de tres y cuatro se dirigieron hacia las márgenes del río, donde otros les entregaban armas y parque.

Salieron con música

Por vez primera, los soldados revolucionarios se cruzaban las carrilleras que habían de hacerse famosas durante 20 años de batallas.

Rangel y Díaz Guerra salieron silenciosamente.

—Compañero, de la música de viento vamos a la música de las balas —dijo Díaz Guerra a Rangel.

—Sí, compañero, siquiera hemos salido con música. Así recordaremos más estos instantes —respondió Rangel. La pareja de jefes se dirigió a la casa de Froylán Guerra, otro de los conjurados, quien ya estaba listo para la marcha.

—¡En marcha, amigos! —dijo Guerra, quien se acababa de despedir de su familia, al mismo tiempo que, sonriente, mostraba un morral lleno de cartuchos.

El trío continuó la marcha silenciosamente hacia la orilla del río, y al pasar por un jacal, Rangel gritó: ¡Ya!

—¡Ya! —respondió un individuo, quien apareció en la puerta del jacal seguido de una mujer y de tres niños. La mujer y los niños lloraban, abrazando tiernamente al hombre. —¡No te vayas, papá, no te vayas! —decían.

—¡Ya! —gritó nuevamente Rangel.

—¡Ya! —respondió Pedro Enríquez, deshaciéndose de los brazos de su esposa.

Otro coniurado

Los cuatro revolucionarios siguieron caminando entre las sombras de la noche, cuando fueron alcanzados por un coche.

—¡Ya! —gritó el ocupante del vehículo.

—¡Ya! —respondió Rangel.

—¿Es usted, Rangel? Yo soy Canales. —Y agregó— Súbase, que llegaremos más pronto, y los compañeros nos alcanzarán.

Rangel trepó al coche.

—Compañero Rangel, ¡qué noche tan hermosa!, ¿eh? —dijo Benjamín Canales.

—Sí, Benjamín, así la queremos.

—¡Bravo! ¡Con que vamos a abonar la tierra, eh!

—Sí, pero debemos tener presente que el estiércol para el abono lo tenemos que sacar de las barrigas de los parásitos y de los "Juanes" que los defienden...

—Tiene razón, Rangel, y cuánto siento no haberlo conocido antes.

—Lo siento yo también, Benjamín.

—Tenía tantos deseos de conocer a usted como a Práxedis Guerrero. ¿Lo conoce usted? Acabo de hablar con él. ¡Qué hombre, compañero! No sólo predica la insurrección, sino también nuevas ideas humanas. Nos ha hablado largamente hace dos días. ¡Inspira tanta confianza a todos! Con estos hombres y con estas ideas, compañero Rangel, llegaremos al triunfo, y vale la pena abandonar el hogar y exponer la vida.

—Tienes razón, Benjamín, debemos sentirnos satisfechos de tener a la cabeza de nuestro partido a hombres como Flores Magón, como Antonio Villarreal, como Librado Rivera, como Figueroa y como Guerrero.

—Bien, compañero, parece que hemos llegado a nuestro destino.

—Benjamín, un abrazo, y piense en el triunfo.

Rangel y Canales bajaron del coche y se abrazaron silenciosamente.

Últimos preparativos

Varios hombres, embozados, se acercaron a Rangel.

—¡Ya! —dijo uno de ellos.

—iYa! —respondió Rangel.
—Todo está listo, compañero —intervino otro.
—¿Está el coronel? —preguntó Rangel.
—Sí, está disponientro el paso del río.
Lloviznaba, mientras los revolucionarios se cruzaban las cananas al pecho, poniéndose en fila para pasar el río y entrar a territorio mexicano.
—Compañero Rangel, ¿está usted por ahí? —interrogó Díaz Guerra.
—Sí, coronel.
—Ya está todo listo. He distribuido trescientos cartuchos por plaza; he enviado una avanzada que hará una exploración hasta media milla de distancia de aquí. Nuestros guías están ya en México. Le suplico que tenga mucho cuidado, que nuestros compañeros no fumen ni griten. Todo en secreto. ¡Si viera usted que tengo miedo de que tengamos algún espía que dé a conocer a los federales nuestras intenciones, y que nos haga frustrar nuestros planes de ataque!
—No tenga cuidado coronel; sus órdenes serán cumplidas.
—No, compañero, estoy seguro en la victoria, pero no quiero derramamiento inútil de sangre. He pasado revista, y contamos con tres escasas compañías. Nuestro enemigo está perfectamente afortinado en el cuartel de Las Vacas y está formado por las fuerzas más aguerridas del porfirismo.
—No sería honroso, coronel, que pelearan los muchos contra los pocos, pero sí los pocos contra los muchos.
—¡Bravo, compañero! ¡Y más cuando nos asiste la razón!

En territorio mexicano

Media hora después, los revolucionarios se encontraban en territorio mexicano. Díaz Guerra ordenó que fueran formadas dos columnas que habían de avanzar a paso veloz hasta quedar a una

distancia de seiscientos metros de la parte norte del cuartel de Las Vacas.

Los hombres se alistaron. Las palancas de los 30—30 empezaron a funcionar. Los más entusiastas pidieron marchar al frente. Un muchacho de no más de catorce años se acercó a Díaz Guerra, y le dijo:

—Coronel, déjeme ir delante de todos. Mi hermano fue asesinado hace unos cuantos días por el mayor Pérez. Déjeme vengarlo. Él era liberal y me dijo que quería que yo también peleara. ¿Me deja usted?

—Anda, muchacho, anda, si te sientes hombre, porque ya sabes que la guerra se hace con los hombres...

—Pues ya le probaré que soy hombre —agregó el muchacho cargando su 30-30.

Las columnas se iban a poner en marcha. Rangel las detuvo y dijo en voz alta:

—Compañeros, recuerden que dar la espalda es contra nuestro honor y contra los principios de nuestro partido.

Los hombres, a paso veloz, avanzaron hacia la muerte.

Las primeras órdenes militares

La avanzada de la izquierda dio la palabra de "Enemigo al frente". Fue un golpe; los hombres se detuvieron; siguió un silencio. Díaz Guerra saltó y con energía dio un grito estentóreo:

—Capitanes, a sus sargentos. Flancos izquierdo, derecho, a sus secciones. Alzas a quinientos metros. En tiradores... ¡Corten cartucho! ¡Sobre el enemigo!

Con rapidez, las órdenes de Díaz Guerra fueron ejecutadas. Habían sido las primeras órdenes militares dadas en la Revolución Mexicana. Los clarines federales respondieron: ¡Enemigo al frente! ¡Fuego! Empezaba la batalla. El coronel Díaz Guerra gritó todavía con más fuerza.

—¡Muera la tiranía poifiriana! ¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva el pueblo soberano!

Y los tres vivas fueron respondidos por los revolucionarios con el grito enérgico de quien va al combate por un principio. Díaz Guerra se puso al frente del ala izquierda. El ala derecha quedó a las órdenes del jefe de guerrilla Guzmán. El centro fue encargado a Jesús M. Rangel, a quien seguían Lázaro Alanís, Julián Álvarez, Benito Solís, Rafael Barrera, Victoriano López y cuatro compañeros más.

Una audacia del jefe federal

El combate se generalizó en menos de cinco minutos. Los federales habían ocupado los lugares más estratégicos en el centro del pueblo; se combatía en cada calle, en cada esquina, en el cuartel.En el costado Norte del cuartel y dentro de un jacal, Rangel y Lázaro Alanís disparaban sobre los federales; pero al ser descubiertos por el jefe del 12 regimiento de caballería, Mayor Pérez, éste, seguido de cinco oficiales, dando una gran prueba de valor, salió del edifico gritando:

—¡Ora, ora, muchachos, adentro con esos del jacal!

Los oficiales avanzaron atacando el jacal por los dos flancos. El Mayor Pérez, audazmente, llegó hasta treinta metros, pero, en esos momentos, lanzando un quejido, se dejó caer; había sido herido mortalmente. Los oficiales corrieron a levantar a su jefe, regresando precipitadamente al interior del cuartel. Mientras tanto, el coronel Díaz Guerra, al frente de una compañía de rebeldes, sostenía un terrible tiroteo con más de cincuenta federales que habían quedado cortados, y que al fin, precipitadamente, cruzaron el río, internándose a los Estados Unidos.

Una valiente mujer

Díaz Guerra había obtenido ya un triunfo, cuando al regresar al centro del pueblo, fue atacado a boca de jarro desde un jacal. Una

mujer, armada con un máuser, disparaba carga tras carga sobre los revolucionarios. Más de diez minutos sostuvo su posición la valiente mujer, amante de uno de los oficiales federales, hasta que al fin, se rindió. Hacia el sureste del cuartel, los revolucionarios sufrían una gran pérdida cuando Benjamín Canales, después de combatir por más de media hora al frente de una guerrilla caía mortalmente herido. En el lado sur del cuartel, Pedro Vara, seguido de tres hombres, arrastrándose, había llegado hasta cuarenta metros del edificio, haciendo grandes daños a los federales.

En esos momentos, el clarín de órdenes de Díaz Guerra tocó "alto el fuego".

—Compañeros, todo está terminado. No sería posible seguir combatiendo contra los que se encuentran encerrados en el cuartel; tengo conocimientos de que se acerca a la población gente armada y quizás sean federales; que los muchachos recojan el botín y vamos a marcha; ya tenemos suficiente para continuar la lucha.

Rangel, herido

Díaz Guerra dio las últimas órdenes y marchó, diciendo a Rangel:

—Sígame.

Rangel montó a caballo y salió del lugar donde se encontraba Alanís; pero apenas había caminado unos cuantos metros; cuando se escuchó una descarga cerrada. Rangel cayó herido. Rápidamente montó en otro caballo y continuó la marcha para unirse a Díaz Guerra. Amanecía cuando los rebeldes se retiraban de Las Vacas, lanzando vítores y tocando dianas. Los federales, encerrados en el cuartel, no pretendieron perseguirlos. Ambos creían en la victoria. Cuando Rangel se unió a Díaz Guerra en las afueras del poblado, éste reprendía duramente a uno de los hombres montados cuya actitud había parecido sospechosa.

—¿Por qué llegó usted tan tarde, Longoria?

—Coronel, yo recibí instrucciones de la Junta del Partido Liberal para que cruzara el río a ocho kilómetros al sureste de aquí, y que con mi guerrilla viniera a apoyar el movimiento de usted con mis quince hombres —respondió Jesús Longoria.

—¿A qué hora le dijeron que estuviera en el pueblo?

—A las cinco y media.

—Pues, compañero, usted ha llegado tarde, y no solamente eso, sino que también ha hecho que nos retiráramos. ¡Nos faltó usted! Algunos compañeros murieron pensando que usted había faltado a su compromiso con el Partido.

—Coronel, dígame usted qué debo hacer para borrar mi falta, si es que la tengo.

—Nada, por ahora, Longoria, nos hemos retirado, conformándonos por ahora con el botín.

Durante tres horas se había combatido con todo valor y audacia. Los revolucionarios, llenos de tierra y de sangre, se retiraban. A unos cuantos metros de distancia, los federales observaban sus movimientos, sin tomar resolución alguna.

Una y otra parte parecía aturdida. Había sido el primer combate. Los revolucionarios, sin embargo, parecían satisfechos. Pensaban en los que habían caído y también en lo que llevaban: armas, parque y caballada quitada al enemigo. Díaz Guerra se volvió a Rangel, y viéndolo cubierto de sangre le dijo:

—Compañero, parece que está usted herido.

—Así parece, coronel.

—Bien, pues a todos nos ha tocado, pongámonos en marcha, y a lavar nuestras heridas. Ya tenemos confites para continuar la lucha, y la continuaremos en guerrillas, como lo ordena la junta del Partido Liberal Mexicano.

Treinta bajas
Los revolucionarios llevaban sobre sus cabalgaduras a sus muertos. Todos caminaban silenciosamente. El día había aclarado. Nadie volvía la vista hacia los muertos, un hilo de sangre iba quedando en el camino, marcando el paso de los primeros hombres que pensaron que el cambio de un régimen político en México daría bienestar al pueblo.

Después de caminar cerca de seis horas, la columna revolucionaria hizo alto. Díaz Guerra ordenó que se pasara revista, y luego, mirando a los cadáveres de los compañeros caídos y que habían sido tendidos en fila con la cara al sol, dijo con energía y amargura:

—Treinta bajas. ¡Benditas bajas!

Pero luego, reponiéndose, agregó:

—¡Cayeron por redimir al pueblo mexicano! Compañeros: ¡Adelante! Los heridos a vendarse, los buenos y sanos a sepultar a nuestros compañeros. Todos listos pronto para nuestros nuevos planes. La revolución proseguía, y proseguiría por veinte años...

CAPÍTULO 3

Cuando los hombres que habían muerto en el combate de Las Vacas recibieron sepultura, y cuando los heridos fueron vendados, el coronel Díaz Guerra dio una nueva orden de marcha. La columna, reducida a menos de cincuenta hombres, caminaba penosamente a lo largo de la margen del Río Bravo. Díaz Guerra ordenó un nuevo alto y dirigiéndose a todos sus acompañantes les dijo:

—Compañeros: vamos a llegar al rancho de los Madero, ahí se quedará Rangel y los que no se sientan con fuerzas para continuar el camino. El mayordomo del rancho es miembro del Partido Liberal, y él les dará atenciones.

Después, ya en el rancho, llamando a Rangel a su lado, le dijo:

—Rangel, usted se queda aquí; se atiende lo mejor posible; cruza luego la frontera y espera las órdenes que le envíe la Junta del Partido Liberal, a la que ya he enviado un propio llevando cuenta de los sucesos ocurridos en Las Vacas.

Ya en el rancho, el coronel Díaz Guerra llamó al mayordomo, un individuo apellidado Zamora, y le dijo:

—Compañero, dejo bajo su cuidado a Jesús Rangel. Usted será responsable de lo que le suceda. Recuerde que debe cumplir como miembro del Partido Liberal.

Con un gesto, se despidieron los hombres que unidos habían cruzado la frontera para atacar Las Vacas y que se despedían cubiertos de sangre, pero llenos de esperanza.

El fin de la expedición

La expedición había terminado después del combate de Las Vacas. Una semana bastó para que todos los miembros de la columna expedicionaria regresaran a los Estados Unidos, cuando se vieron faltos de parque y de dinero y mientras que el gobierno federal enviaba en su persecución varios cientos de hombres que recorrían paso a paso todo el territorio donde había informes que habían operado los insurgentes. Durante un mes, permaneció Jesús M. Rangel en un punto cercano al rancho de los Madero, desde donde le llevaban diariamente alimentos y vendas para las heridas. Un cuerpo de rurales había vigilado estrechamente a los moradores del lugar. Los rurales habían sido advertidos de que Rangel se encontraba oculto en algún punto cercano y que algunas noches habían llegado a platicar hasta los jacales del rancho.

Interrogando a un pastor

Desesperado por no descubrir el paradero de Rangel, el jefe de los rurales, acompañado de varios hombres, esperó un día a un

pastorcito que diariamente era visto que llevaba una canasta de alimentos.

—Oye muchacho, ¿a quién le llevas de comer? —preguntó el jefe de los rurales.

—A mi Tata, señor —respondió el muchacho.

—A tu Tata, y ¿dónde está tu Tata?

—Trabaja en su labor.

—Llévame adonde está.

Y como el pastorcito se rehusara, el jefe de los rurales ordenó que fuera pasado por las armas.

El joven, con toda resignación, esperó el final de su suerte.

Ya ante el cuadro, el jefe de los rurales insistió:

—Dime dónde está el bandido Rangel.

—No sé.

Viendo que el pastorcito se negaba a responder, a pesar de la amenaza de fusilamiento, el jefe de los rurales lo cintareó hasta dejarlo cubierto de sangre mientras que el muchacho se quejaba amargamente.

Rangel cruza la frontera

Rangel había podido ver la escena desde el lugar de su escondite, y temiendo que las represalias siguieran con otros habitantes del rancho, optó por pasar el río e internarse en los Estados Unidos. Dos horas después, mientras llovía torrencialmente, cruzaba el Río Grande, refugiándose en territorio americano.

Jesús Rangel llegó a la casa de un amigo en Del Río, Texas, pero hacía dos horas que se encontraba ahí, cuando fue advertido de que era buscado por las autoridades americanas, que lo acusaban de haber violado las leyes de neutralidad.

Rápidamente salió Rangel hacia la Congregación de Puerto Rico, donde fue recibido cordialmente por Patricio Guerra, David

Hernández y otros miembros del Partido Liberal, cuya misión era proteger a todos los rebeldes.

Pocos días después, Rangel recibió un nuevo aviso de la Junta del Partido Liberal: el 10 de agosto se había de intentar un nuevo levantamiento general en México y todos los preparativos a lo largo de la frontera deberían ser hechos a efecto de que nuevas partidas cruzaran la línea.

Dispuestos a organizar un nuevo grupo y con el objeto de poder moverse con mayor libertad, Rangel se dirigió a un punto llamado El Pinto, donde fue albergado en la casa de J. Almaraz, padre del primer hombre que murió en los inicios de la Revolución Mexicana, cuando un grupo de liberales atacó la plaza de Jiménez, Coahuila, en 1906.

Almaraz y su esposa vivían en el más completo retiro, guardando la memoria de su joven hijo muerto en Jiménez, y auxiliando a los miembros del Partido Liberal que incansablemente preparaban una nueva insurrección en México.

Contraorden del presidente del Partido Liberal

Cuando los preparativos para una nueva expedición estaban listos, Ricardo Flores Magón envió órdenes a todos los miembros del Partido Liberal para que aplazaran el movimiento.

Jesús Rangel recibió instrucciones de trasladarse violentamente al estado de Oklahoma, donde miles de mexicanos partidarios que trabajaban en las minas habían solicitado un activo propagandista con el objeto de reunir fondos, armas y parque.

Una gran cantidad de policías americanos y mexicanos vigilaban todos los pueblos a lo largo de la frontera de Texas y México. Las policías perseguían sin descanso a todos los hombres identificados como miembros del Partido Liberal; vigilaban a todos los simpatizantes del movimiento revolucionario; tenían en su poder datos

para identificar a cualquiera de los que incansablemente reunían armas y parque y formaban grupos de futuros combatientes.

La policía constituía un enorme cordón que iba de El Paso a San Antonio, y de San Antonio hasta Brownsville. Este enorme cordón tenía que ser burlado por Rangel para poder cumplir con su nueva comisión en el estado de Oklahoma.

Actividades revolucionarias en Oklahoma

Disfrazado unas veces de viejo, otras de limosnero, de obrero, o de acaudalado, Rangel pudo evadir la vigilancia de la policía y llegar hasta Wilburton, Oklahoma.

En Wilburton, se encontró el jefe liberal con el coronel Díaz Guerra, quien había buscado refugio en el pequeño pueblo minero, y donde se curaba las heridas recibidas en el combate de Las Vacas.

Unos cuantos días después, Díaz Guerra y Rangel salían de Wilburton y se dirigían a los minerales de Bown Gowan, Colgate y Lehigh, donde encontraron nuevos adictos a la causa, los que inmediatamente quedaban inscritos y comprometidos para formar parte de los grupos armados que habían de lanzarse hasta la frontera para entrar combatiendo a México hasta derrocar al gobierno del general Díaz. Los dos hombres que habían combatido en Las Vacas se volvieron a separar en Wilburton. Rangel para marchar a McAlester, donde era esperado por cientos de mineros mexicanos, y Díaz Guerra para permanecer en el pueblo con el objeto de seguir conspirando.

Con nuevos líderes

Hacía pocas horas que los dos amigos se habían despedido, cuando Díaz Guerra fue aprehendido en compañía de Juan Castro, siendo ambos conducidos por la policía americana a Muskogee, acusados de violar las leyes de neutralidad.

Continuó Rangel durante varios días la gira por el estado de Oklahoma, hasta que fue invitado para pasar a San Antonio, Texas, con el objeto de celebrar una entrevista con Andrea Villarreal, la mujer a quien la prensa americana de aquel entonces llamaba la "Juana de Arco mexicana". Después de celebrar la conferencia con la señorita Villarreal, continuó Rangel hasta El Paso, donde había de ultimar los arreglos para una nueva expedición, con el delegado del Partido Liberal Práxedis G. Guerrero.

Quién era Guerrero

Era Práxedis Guerrero, al lado de Ricardo Flores Magón, de Antonio I. Villarreal y de Manuel Sarabia, uno de los hombres más notables del partido cuya directiva residía en Los Ángeles.

Hijo de una acomodada familia de León, Guanajuato, Práxedis Guerrero se había convertido en una de las figuras más atrayentes de los conspiradores mexicanos que residían en los Estados Unidos.

Alto, delgado, moreno, de veinticuatro años de edad, orador elocuente y escritor lapidario, Guerrero se había hecho notable no sólo por sus actividades revolucionarias sin igual, sino también debido a sus ideas: Era anarquista.

Creía Práxedis Guerrero en una nueva sociedad sin leyes ni gobernantes, donde los seres humanos disfrutaran del más grande bienestar. Había luchado incansablemente desde los veinte años: había asistido a la huelga de los empleados del Ferrocarril Central; había repartido propaganda socialista durante las terribles huelgas de los mineros de Arizona; había hecho aparecer periódicos en Los Ángeles, San Antonio y El Paso; había llevado armas a la frontera; había organizado grupos de combatientes. Perseguido día y noche por los policías de la Agencia Americana Furlong, encargada de vigilar a todos los magonistas, vivía una vida de aventura y de misterio, desapareciendo de un pueblo para aparecer en otro.

Era un entusiasta de la Revolución

Cuando Rangel llegó a El Paso, se dirigió a la casa de Lauro Aguirre, quien le dio la dirección del lugar donde se encontraba Guerrero.

—Da usted dos toques largos y dos cortos en la puerta del cuarto de Guerrero —advirtió Aguirre a Rangel.

Pocos minutos después, Rangel llamaba a la puerta de la residencia.

—¡Adelante! —gritó Guerrero del interior del cuarto, como respuesta.

Guerrero escuchó serenamente a Rangel, quien le informó de todos los trabajos realizados en Texas y Oklahoma para preparar la nueva insurrección.

—Por mi parte, compañero Rangel, no tengo más que decirle que todos los preparativos están hechos para que entremos a México. El gobierno del General Díaz rodará, no le quede duda. ¡Qué satisfacción sentiremos entonces por haber luchado!

El joven revolucionario, lleno de entusiasmo, agregó:

—Por supuesto, no crea usted que la revolución va a parar con la caída de Díaz. Mire usted: seguirá por muchos años. Habrá que luchar mucho. El pueblo despertará y se llenará de ambiciones. Por nuestra parte, tendremos que asistir a muchas batallas para poder vencer a los ambiciosos que se colarán en nuestras filas. Además, compañero, necesitamos que esta revolución sea social, si el pueblo mexicano no siente los beneficios inmediatos de este movimiento, caerá en poder de cualquier caudillo que tratará de establecer una nueva dictadura.

Después, Guerrero dio a conocer a Rangel los planes del Partido Liberal: La revolución estallaría en los primeros días de 1909. Los revolucionarios organizarían pequeños grupos en todo el país, atacando las plazas sin importancia, sin buscar victorias y sí solamente

para obtener armas y pertrechos. Después, avanzarían sobre las ciudades y más tarde sobre la capital.

—Compañero Rangel, lo único que le recomiendo es que trabaje con todo género de precauciones. La policía sigue todos nuestros pasos, y no es justo que nuestros planes vayan a ser trastornados por un descuido.

Guerrero enseñó a Rangel todos los disfraces de que disponía y con los cuales podía evadir la persecución de la policía de los Estados Unidos.

El Delegado del Partido Liberal invitó a Rangel a una conferencia con otros miembros del partido en la casa de Prisciliano Silva, el hombre que dos años más tarde estuvo a punto de aprehender a Francisco I. Madero. Prisciliano Silva acababa de salir de la penitenciaría de Leavenworth, donde estuvo dos años, acusado por el gobierno americano de haber violado las leyes de neutralidad.

Con todo género de precauciones, Guerrero y Rangel llegaron a la casa de Silva, donde otros liberales se encontraban reunidos. El joven revolucionario dio a conocer a sus amigos los planes del Partido Liberal y dirigiéndose a Rangel, le dijo:

—Compañero: queremos que usted se haga cargo de la frontera desde aquí al sur. Yo me haré cargo de aquí al norte. Así que le suplico que inmediatamente marche a San Antonio, donde establecerá el centro de sus actividades, y esté listo para que a nuestra primera palabra entre a México a sangre y fuego.

—Así lo haré, compañero —respondió Rangel.

Y Rangel, dos días después, partía para San Antonio, donde habían de ser organizados los famosos rifleros que fueron los hombres que más ayuda prestaron a la Revolución de 1910.

CAPÍTULO 4

Las ideas inspiraron todos los actos de los hombres que, animados por Ricardo Flores Magón y miembros de la Junta del Partido Liberal Mexicano, radicada en Los Ángeles, California, llevaron a cabo los primeros movimientos revolucionarios de 1906 a 1908.

Llenos de entusiasmo y de fe, sin medir los peligros, sin pensar en las derrotas, alentados vigorosamente por el sacrificio de los inspiradores del movimiento, los primeros soldados de la Revolución Mexicana discutieron ardientemente sobre las ideas, antes de tomar el fusil. Mientras que los grupos revolucionarios eran formados a lo largo de la frontera, dándose órdenes para que los futuros soldados se ejercitaran en el tiro al blanco y secretamente tomaran instrucción militar, la Junta del Partido Liberal Mexicano inició las primeras gestiones para obtener el apoyo del Partido Socialista de los Estados Unidos para la Revolución Mexicana.

Práxedis G. Guerrero fue comisionado por la Junta del Partido para obtener el apoyo de los socialistas americanos.

Con Haldemann Julius

Guerrero realizó una gira por los estados de Kansas, Missouri e Illinois, conferenciando con los principales líderes americanos, quienes ofrecieron todo el apoyo a la Revolución Mexicana.

Entre los líderes socialistas americanos que dieron su apoyo al Partido Liberal se encontraba Haldemann Julius, editor de *Appeal To Reason,* quien, besando a Guerrero en la frente, le dijo:

"Diga usted a los liberales mexicanos que los socialistas americanos les brindan su más decidido apoyo hasta que realicen el programa de la Junta de Los Ángeles".

Después de haber entrevistado a los socialistas americanos, Guerrero regresó a San Antonio, donde celebró una larga conferencia

con Jesús M. Rangel y con Andrea Villarreal, hermana de Antonio I. Villarreal, y una de las primeras figuras de la Revolución Mexicana. En la conferencia, Rangel informó a Guerrero que los grupos armados habían quedado debidamente organizados, y que sólo esperaban órdenes de la Junta para entrar a territorio mexicano.

Cómo fueron organizados los revolucionarios

Los grupos habían quedado organizados en el Estado de Texas en la siguiente forma y a cargo de las siguientes personas: En Kerville, a cargo de Pablo Esparza; en San Ángel, de Hilario y Jesús de Hoyos; en Colman, a Victoriano López; en Goldwaite, a Lázaro Alanís; en McGregor, a Agustín Sierra y Pablo Navejar; en Rockdale a Julián Hernández; en La Coste a Aniceto Soto; en González, a Jesús Ruiz; el Teniente Coronel Catarino Garza quedó a cargo de los pequeños grupos extendidos a lo largo de la frontera desde el Condado de Nieves hasta el de Valle del Río Grande.

El Teniente Coronel Catarino Garza era famoso a lo largo de la frontera, ya que era considerado como el primer hombre que había pretendido cruzar la línea para derrocar al general Díaz. Garza, de acuerdo con el general Ignacio Martínez, organizó la primera expedición contra la administración porfirista en 1891, habiendo sido descubierto y detenido por las autoridades americanas durante tres años, acusado de haber violado las leyes de neutralidad.

Cómo pensaba Práxedis Guerrero

Al terminar la reunión, Guerrero dijo a Rangel.

—Vamos a dar una vuelta por la ciudad, así podremos platicar más.

Cuando salieron a la calle, el joven revolucionario tomó del brazo al jefe de los insurgentes que habían atacado Las Vacas en 1908, y le explicó:

—Mire, compañero Rangel, hemos resuelto lanzarnos a la lucha porque tenemos las ideas muy bien metidas aquí, aquí en la cabeza. El hombre que piensa y siente las ideas no teme a los sacrificios: va a ellos dispuesto a dar la vida. Usted verá que soy intransigente, que muchas veces discuto detalles, que parezco terco y meticuloso, que estoy inconforme con la organización disciplinada de los grupos rebeldes. Es porque creo que una revolución popular debe ser espontánea: sin jefes. Si me dirijo a usted en esta forma es porque creo que ama verdaderamente la libertad.

El joven revolucionario se detuvo, y luego agregó:

—Compañero, yo no soy un simple enemigo político del general Díaz. Yo soy anarquista; no lucho por odio a un gobierno, sino por amor a una humanidad libre.

La pareja se detuvo frente a una palaciega mansión. Guerrero añadió amargamente:

—La residencia del alcalde Gallaghan, amigo mío... Fueron estas mansiones enormes, contrastando con las chozas de nuestros peones, las que me hicieron pensar en una lucha por un mundo mejor. ¿Por qué esta diferencia entre el rico y elpobre? ¿No cree usted justo que la idea suprema de la Revolución Mexicana debe ser conquistada el bienestar para los que carecen de patrimonio?

Libertar, no gobernar

Práxedis Guerrero, apretando fuertemente el brazo de Rangel, continuó la marcha poco a poco, explicando cómo y por qué deberían ser abolidos los privilegios, para terminar, lleno de entusiasmo, sobre los últimos instantes de la lucha en territorio americano y antes de empeñar las armas en México.

—Sí, compañero Rangel —terminó diciendo el joven revolucionario—, y conforme avancemos en México, necesitamos ir realizando nuestros principios: Reconquistar la tierra que fue

arrebatada por los privilegiados; terminar con la era de los caudillos grandes y chicos, que si el pueblo mexicano ha sufrido es debido a que cada uno de sus miembros se ha sentido gobernante. Nuestra revolución debe enseñar la forma de libertar y no de gobernar.

Los dos insurgentes se despidieron. Guerrero para continuar a El Paso, donde habría de editar un periódico, y Rangel hacia la frontera, donde daría un último vistazo a los grupos revolucionarios.

Rangel es capturado

Hacía unas cuantas horas que Rangel se encontraba haciendo los preparativos para el viaje, en compañía de Tomás Sarabia, cuando fue aprehendido por las autoridades americanas.

Consignado a las autoridades judiciales, el jefe rebelde fue rápidamente condenado a dos años de prisión en la penitenciaria federal de Leavenworth. Rangel llegó a la prisión federal de los Estados Unidos, encontrando en ella a los liberales Antonio de P. Araujo, Coronel Encarnación Díaz Guerra, Prisciliano Silva y C. Treviño.

Surge Madero

Mientras tanto, en México era iniciado un nuevo movimiento: era el movimiento político. Francisco I. Madero era el director de él.

Los miembros del Partido Liberal Mexicano que se encontraban a lo largo de la frontera, esperando el momento oportuno para cruzarla y emprender la Revolución, fueron advertidos por la junta de Los Ángeles de que habían de mantener armonía con los maderistas. "Aunque nuestro Partido persigue fines distintos a los anunciados por Francisco I. Madero, la Junta ha resuelto indicar a todos sus miembros la necesidad de cooperar con los maderistas para derrocar a la dictadura porfirista", escribió Ricardo Flores Magón en *Regeneración*, a mediados de 1910. "Pero cuando

la dictadura porfirista haya sido exterminada —agregaba Flores Magón—, liberales y maderistas se separarán para luchar independientemente por los ideales que cada uno sustenta".

Flores Magón aclaró que los ideales del Partido Liberal Mexicano eran más avanzados que los de Madero. "Nosotros luchamos por la repartición de la tierra; por el mejoramiento social en el interior de las fábricas y de los talleres; por el respeto a los peones; por el exterminio de las tiendas de raya y de la esclavitud en los campos agrícolas" —explicaba Flores Magón.

Francisco I. Madero, por su parte, sólo señalaba la parte política de su programa, limitándose a generalizar en lo referente a la situación social y económica del pueblo mexicano, aunque más tarde, en el Plan de San Luis, insinuó algunas conquistas características en todos los programas políticos. Madero, perdidas las esperanzas de conquistar pacíficamente el poder, convocó a la revolución, y señaló un día: el 20 de noviembre. La Junta del Partido Liberal Mexicano, desde Los Ángeles, respaldó el llamamiento: Todas las fuerzas habían de estar unidas momentáneamente para derrocar al que consideraban como enemigo común: el general Díaz.

CAPÍTULO 5

Cuando la unión de los Partidos o de los grupos o de los hombres no está inspirada por la comunidad de ideas, la unión sirve solamente paraque los débiles dejen todos sus esfuerzos, sus esperanzas y sus anhelos en aras de los fuertes. Sin abandonar un solo momento los principios alimentados desde la constitución del Partido Liberal Mexicano, la Junta radicada en Los Ángeles, y que en 1910 quedó constituida por Ricardo Flores Magón, Práxedis G. Guerrero, Librado Rivera y Anselmo Figueroa, acordó que todos los miembros del Partido que habían organizado grupos

armados a lo largo de la frontera de México y Estados Unidos, se dispusieran a entrar a territorio mexicano, formando un frente único momentáneo con las fuerzas maderistas.

Francisco I. Madero había lanzado desde los Estados Unidos el Plan que aparecía firmado en San Luis Potosí. En diferentes partes del país, la Revolución había estallado.

Práxedis Guerrero cruza la frontera

El primero que se dispuso a cruzar la frontera fue Práxedis G. Guerrero. Acompañado de Antonio I. Villarreal, Julián Álvarez, Lázaro Alanís, José Inés Salazar, Jesús Longoria, Calixto Guerra Chico, Jesús Ruiz, Prisciliano G. Silva, Luz Mendoza, Rafael Campa y Lázaro Gutiérrez de Lara, y seguido de otros cuarenta hombres perfectamente armados y municionados, Práxedis G. Guerrero cruzó la línea divisoria a unos cuantos kilómetros al norte de Ciudad Juárez.

Guerrero avanzó rápida y silenciosamente a lo largo de la vía férrea que une a Ciudad Juárez con Casas Grandes, destruyendo varios puentes y levantando rieles. Los liberales detuvieron un tren que conducía armas de Ciudad Juárez a Casas Grandes, apoderándose de más de cien carabinas y tres mil cartuchos.

Después de destruir las comunicaciones, Guerrero dividió a sus fuerzas en dos grupos, con el objeto de atacar los pequeños poblados a lo largo de la frontera, dando tiempo a que otros grupos liberales que estaban siendo organizados cruzaran la línea divisoria. Después, se dirigiría sobre Casas Grandes, que se encontraba guarnecida por más de trescientos soldados federales.

Otro grupo al sur

Un grupo integrado por treinta y dos liberales quedó a las órdenes de Prisciliano G. Silva, quien se dirigió hacia el sur con

instrucciones de reunir a todas las partidas de revolucionarios maderistas e invitarlos a cooperar en el ataque a Casas Grandes.

Entre las partidas maderistas que habían de ser invitadas se encontraban las de Pascual Orozco y Francisco Villa.

Los dos grupos de liberales pudieron ser bien armados y pertrechados gracias al primer golpe de audacia dado por Guerrero al capturar el tren que conducía pertrechos a los federales de Casas Grandes. Antes de dividir a los grupos, Guerrero dispuso que habían de usar en todos los combates una bandera roja con la siguiente inscripción: Tierra y Libertad, y en el sombrero, una franja roja con el mismo lema.

La toma de Janos

Guerrero, acompañado de cuarenta hombres, avanzó a lo largo de la frontera, con intenciones de caer sobre Janos. No fue sino hasta un mes después de haber pasado a territorio nacional, cuando Guerrero cayó rápidamente sobre Janos. Los veinte soldados federales que se encontraban de guarnición en la población salieron huyendo al sentir la aproximación de los revolucionarios, quienes ocuparon la plaza el veinte de diciembre.

Ocupada la plaza, Práxedis Guerrero envió a varios delegados a distintas panes del estado de Chihuahua, buscando el apoyo de otros grupos con el objeto de continuar la campaña hacia el sur. En los últimos días de diciembre pasaron la frontera más de veinte liberales, quienes se unieron a los revolucionarios lejanos.

Mientras tanto, los soldados federales que habían abandonado a Janos se dirigieron a Casas Grandes, dando cuenta de la presencia de los liberales y destacándose inmediatamente ciento cincuenta soldados y cincuenta rurales.

Un ataque federal

Los doscientos hombres cayeron inesperadamente sobre Janos la noche del 20 de diciembre de 1910. Guerrero organizó rápidamente a sus compañeros, combatiendo durante cuatro horas con desesperación en las calles de la población.

Los liberales, combatiendo a razón de uno contra cinco, se replegaron hacia el lugar donde se encontraban establecidas las oficinas de Guerrero, en la casa del señor Azcárate, persona rica y a quien los revolucionarios habían tomado en calidad de rehén.

A las cuatro de la mañana del día 30, cuando el pueblo estaba completamente sitiado, los liberales hicieron un supremo esfuerzo, rompieron el cerco y salieron paso a paso, combatiendo, hacia el sur.

Antes, quemaron los archivos públicos, recogieron todo el dinero que encontraron a su alcance y se llevaron preso al presidente municipal y a los vecinos ricos.

Al salir de Janos, los liberales eran veinte. Veinte más habían quedado muertos en las calles de la población. Entre los muertos se encontraba Práxedis G. Guerrero, cuyo cadáver llevaban sus compañeros.

Práxedis G. Guerrero murió en la azotea de la casa de Azcárate, recibiendo un balazo en el ojo izquierdo, que le salió por el lado derecho de la cabeza, destrozándole el cerebro.

El entierro de Guerrero

Los liberales se alejaron a dos kilómetros de Janos, sin ser perseguidos.

En la noche, regresaron silenciosamente hasta las puertas de Janos, cavando la fosa donde fue sepultado el cadáver de Guerrero, como a doscientos metros de la Colonia Fernández.

El joven anarquista fue sepultado y envuelto en una gran bandera roja.

Los liberales se retiraron al sur del Distrito de Galeana, quedando como jefe del grupo Leónides Vázquez, y uniéndose dos semanas después a las fuerzas maderistas que operaban a las órdenes de José de la Luz Blanco.

La revolución maderista continuaba extendiéndose en diferentes partes del país, pero en el Norte todas las fuerzas dependían de los grupos liberales animados por los principios del Partido Liberal Mexicano.

Madero cruza la frontera

Madero permanecía en los Estados Unidos hasta los primeros días de febrero de 1911, hasta que, advertido de que sería aprehendido por el gobierno noneamericano, acusado de violar las leyes de neutralidad, cruzó la frontera el día 14.

Cuando Madero cruzó la frontera sólo veinte hombres armados lo recibieron en territorio mexicano; parecía casi abandonado y las esperanzas de un triunfo estaban bien lejanas.

El señor Madero llegó a San Agustín, y de este punto se dirigió a Guadalupe, Chihuahua, donde se encontraba Prisciliano G. Silva al frente de más de cien liberales. Madero envió un propio a Silva, indicándole que había asumido la Jefatura de la Revolución, y que sus órdenes habían de ser obedecidas. Prisciliano G. Silva se presentó, seguido de su gente, a Madero.

Inminente captura de Madero

Silva y Madero celebraron una conferencia.

—No estoy dispuesto a subordinarme a usted, porque no obedezco órdenes de nadie; soy miembro del Partido Liberal Mexicano, y sólo lucharé por los principios sociales de mi Partido —dijo Silva a Madero.

—Pues quedará usted arrestado —respondió Madero.

—No, señor, yo tengo aquí a mis compañeros, y daré órdenes para que lo aprehendan a usted, porque usted es el representante del partido burgués.

Mientras tanto, Lázaro Gutiérrez de Lara se había dirigido a las fuerzas de Silva pronunciado un violento discurso contra la dictadura del general Díaz y pidiendo que los insurrectos reconocieran a Madero como jefe.

Los revolucionarios aceptaron la proposición de Gutiérrez de Lara, y cuando Silva rompió la plática con Madero para pedir a sus compañeros la captura del jefe de la Revolución, pudo descubrir que la mayor parte de sus fuerzas lo habían desconocido y así fue como quedó prisionero de los maderistas.

El magonismo rompe con el maderismo

La unidad predicada desde Los Ángeles por Ricardo Flores Magón había quedado rota, y fue desde ese momento cuando la Junta del Partido Liberal Mexicano abrió la más violenta campaña contra el maderismo. Los grupos llamados en aquel entonces magonistas en su mayoría se unieron definitivamente al maderismo, aunque un buen número de liberales continuó la lucha independientemente. El grupo dirigido por Lázaro Alanís sostuvo un combate cerca de San Buenaventura con los federales, derrotándolos completamente y causándoles cincuenta bajas. Perecieron el capitán federal Ortiz y fueron capturados el teniente Escobedo y el subteniente Mejía. Un segundo combate sostuvo Alanís en el Cerro de la Cantera con el 18° batallón, siendo derrotados los federales. En esta acción tomaron parte más de cien maderistas, junto con los cien liberales a las órdenes de Alanís. Todos los hombres que habían cruzado la frontera al lado de Guerrero pasaron a las filas maderistas, pereciendo del magonismo toda la fuerza organizada que había tenido hasta fines de 1910 en el norte de México.

Rangel sale libre

Jesús M. Rangel, quien se encontraba preso en la penitenciaría federal de Leavenworth desde mediados de 1909, acusado de haber violado las leyes de neutralidad, salió libre a fines de abril de 1911.

Apenas salió de la prisión, Rangel partió para Los Ángeles, con el objeto de celebrar una conferencia con Ricardo Flores Magón y los miembros de la Junta del Partido Liberal.

Llegó Rangel a Los Ángeles en los primeros días de mayo. Después de saludar afectuosamente a Rangel, Flores Magón le dijo con energía:

—Compañero, ¿ha leído usted *Regeneración* con regularidad?

—Sí, compañero.

—¿Y está usted conforme con que la principal mira de la Revolución Mexicana debe ser la inmediata entrega de la tierra a los campesinos?

—Lo estoy, y creo que si algo hay que quitar o poner, eso ya será cosa de la comunidad.

—Bueno, yo deseaba saber si usted era de los nuestros, porque muchos se han dejado arrebatar del triunfo de Madero, olvidando que cuando el Partido Liberal se lanzó a la lucha no fue solamente para derrocar a Porfirio Díaz, sino para conquistar la tierra para los campesinos. Si esa conquista no se realiza, la revolución estará perdida, y sabemos que sólo el Partido Liberal puede llevar a cabo esa aspiración, porque Madero no sólo es terrateniente, sino que representa a un partido que será siempre enemigo de los pobres. Ya lo he dicho: Madero quiere el poder; el Partida Liberal quiere el bienestar y la libertad para todos. ¿Continuará usted luchando por nuestros principios?

—Se lo aseguro.

—Muy bien. Nuestra lucha ha de ser única: necesitamos tomar la tierra —terminó diciendo con énfasis Ricardo.

La lucha contra Madero

Después de esta plática con Flores Magón se celebró una conferencia a la que asistieron Librado Rivera, Anselmo Figueroa y Enrique y Ricardo Flores Magón, en la cual se trató la forma de organizar nuevos grupos para combatir al régimen de Madero, que acababa de quedar instaurado como consecuencia de los tratados de Ciudad J uárez.

Dos días después, Rangel salía de Los Ángeles, con destino a El Paso, llevando una carta dirigida a Prisciliano G. Silva. Al despedirse de Rangel, Flores Magón le dijo:

—Compañero, póngase de acuerdo con el compañero Silva, y apoyado en los puntos esenciales de nuestra conversación, soy del parecer que en la campaña sea usted reconocido segundo de Prisciliano. ¿Le parece a usted?

En El Paso, Rangel celebró una conferencia con Silva, a la que asistieron Lázaro Alanís, José Inés Salazar, C. Acosta y J. Saavedra.

Durante la conferencia, Silva relató a Rangel el incidente con Madero y le platicó la manera como había muerto Práxedis G. Guerrero y la forma como el Jefe de la Revolución había aprovechado todos los elementos magonistas en la lucha contra el gobierno porfirista.

Ahí mismo quedó concertada la forma para entrar nuevamente a territorio mexicano e iniciar la revolución contra el maderismo.

Silva explicó que la guarnición de Ojinaga, Chihuahua, estaba integrada en su mayoría por elementos liberales, y que sería dado un golpe para apoderarse de la plaza, estableciendo ahí el Cuartel General de Operaciones.

El golpe debería ser dado el 23 ó 24 de junio, reuniéndose todos los liberales en un punto llamado Boquilla desde donde avanzarían a Ojinaga.

Otra vez a revolucionar México

El día 22 de junio en la mañana, Silva, Rangel y otros cuatro individuos se reunieron en el lado americano, cerca de Boquilla y, después de caminar cuatro horas, cruzaron el río y entraron a territorio de México.

Inés Salazar, que se había adelantado al grupo, al frente de diez hombres, encontró a Rangel y a Silva, indicándoles que había sido recibido hostilmente en Boquilla; pero ya todos reunidos avanzaron nuevamente, ocupando pacíficamente este poblado.

Inmediatamente, ordenó Silva que una pareja de liberales hiciera una exploración por los contornos del pueblo, esperando la oportunidad para movilizarse sobre Ojinaga, donde el movimiento estaba siendo secretamente preparado.

Mientras tanto, y con el objeto de evitar una sorpresa, alrededor de Boquilla fueron rápidamente construidas unas trincheras, cooperando todos los campesinos de la región.

Sobre la trinchera central, fue izada la bandera roja, en la que se leía la inscripción de Tierra y Libertad. El día 23 en la tarde, y esperando esa misma noche, los liberales en Ojinaga dieran el golpe, Silva y Rangel avanzaron hasta San Antonio.

Descubren la conspiración

Pero al llegar a San Antonio fueron informados por varios liberales que la conspiración de Ojinaga había sido descubierta en la mañana, y que José de la Cruz Sánchez, al saber la presencia de los nuevos revolucionarios, avanzaba sobre Boquilla al frente de fuerzas de caballería. Los liberales se retiraron a Boquilla, dispuestos a hacer resistencia. En la madrugada del 24, Silva fue advertido de la proximidad de las fuerzas maderistas a las órdenes de Cruz Sánchez. Los dieciséis liberales, perfectamente parapetados esperaron el momento del combate.

Los maderistas aparecieron frente a Boquilla a las seis de la mañana, lanzándose impetuosamente sobre las trincheras, pero fueron rechazados con grandes pérdidas. Una hora después, llevaban a cabo una nueva carga, pero fueron nuevamente rechazados, dejando tres prisioneros, los que fueron liberados momentos después por Inés Salazar.

La situación era apremiante, y en la noche los liberales celebraron una conferencia en la que determinaron que Silva saliera urgentemente hacia El Paso con el objeto de traer elementos.

Piden entrar en pláticas

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Sánchez abrió nuevamente sus fuegos sobre los liberales, pero éstos se defendieron con todo valor hasta las dos de la tarde, cuando el jefe maderista hizo bandera blanca pidiendo entrar en pláticas con los revolucionarios. Por medio de un enviado, el jefe maderista invitó a Rangel a celebrar una conferencia a la mitad de la distancia que separaba a las fuerzas contendientes. Rangel aceptó, y avanzó, seguido de dos compañeros hasta más de doscientos metros, avanzando Sánchez también. En un momento, sin embargo, Sánchez regresó a todo correr hasta donde estaba su gente, disparando sobre los liberales.

Fue así como se reanudó el combate. Cuarenta y ocho horas más se combatió casi día y noche. Los liberales comían y bebían en las trincheras. Sin embargo, la situación se hizo insostenible y empezaba a escasear el parque, cuando Rangel dispuso hacer un supremo esfuerzo: romper el sitio.

Reuniendo a los quince compañeros y ya entrada la noche del 27, los liberales salieron victoriosamente de Boquilla y, caminando veinticuatro horas seguidas, llegaron el 23 a Pilares.

En Pilares, Rangel encontró a un grupo de liberales que acababa de cruzar la frontera y que marchaba en su auxilio, pero al saber que

José de la Cruz Sánchez lo seguía con nuevos refuerzos, continuó la marcha hasta La Parrita, en plena Sierra Madre.

Los liberales acantonaron ahí, en espera de refuerzos y de pertrechos de guerra.

CAPÍTULO 6

Cuatro días permanecieron los liberales en La Parrita, disponiendo Jesús M. Rangel la salida de Inés Salazar hacia Banderas, donde había de reunirse con Prisciliano G. Silva, quien se encontraba organizando nuevos grupos revolucionarios en el sur de los Estados Unidos. Salazar se había comprometido a informar un día después del resultado de su misión, pero en vista de que no rendía informe alguno, Rangel salió hacia Banderas, donde supo que Salazar había cruzado la frontera americana, seguido de toda su gente. Rangel se dirigió hacia el lugar donde estaban los miembros de la guerrilla de Salazar, convenciéndolos de que pasaran nuevamente a territorio mexicano. Organizadas nuevamente las fuerzas liberales y concentradas en Banderas, se continuó la marcha hacia El Paso de Santa María, Chihuahua, donde se esperaban nuevos contingentes.

La cueva del fraile

El liberal Juan Luján servía de guía a los expedicionarios, quienes el primer día de marcha pernoctaron en la Cueva del Fraile. En la Cueva del Fraile, Rangel recibió, por medio de un propio, una nota de Salazar, anunciando que marchaba hacia El Paso, Texas, y que no era posible continuar la lucha en la frontera debido a la extrema vigilancia de la policía americana.

Los acompañantes de Rangel, al tener conocimiento de la actitud de Salazar, lanzaron "mueras" al que consideraban desertor, al mismo tiempo que vitoreaban al Partido Liberal.

—Compañeros —dijo Rangel a los miembros de la expedición—, ya hemos tenido al primer desertor. Los que estén de acuerdo con Salazar, pueden abandonarnos inmediatamente. Los que permanezcan aquí, deben jurar que están dispuestos a continuar la lucha por los principios del Partido Liberal.

—¡Todos! —gritaron los miembros del grupo, y llenos de entusiasmo, agregaron —¡Viva el Partido Liberal Mexicano!

Atravesando la sierra, los liberales llegaron a Guzmán, Chihuahua, y Rangel llamó a sus amigos, disponiendo los planes para caer de sorpresa sobre El Sabinal, donde se encontraba un destacamento federal.

Captura de diez rurales

Formulados los planes, los liberales caminaron durante la noche, y antes de las cinco de la mañana del siguiente día, caían de sorpresa sobre el cuartel de rurales, donde fácilmente fueron capturados y desarmados diez rurales.

Fue en El Sabinal donde los principios del Partido Liberal Mexicano fueron llevados a la práctica.

Un niño fue comisionado para que izara una bandera roja con una inscripción que decía Tierra y Libertad sobre el asta del edificio de la escuela pública. Cientos de proclamas firmadas por la Junta del Partido Liberal fueron repartidas. Rangel llamó al pueblo a un mitin explicando que a partir de ese momento las tiendas quedaban a disposición del pueblo; los maestros de escuela fueron instruidos para que cobraran, además de sus sueldos, los que percibían las autoridades municipales, y en la plaza fueron quemados los archivos de las oficinas públicas.

Más de diez trabajadores se unieron a la columna, que horas más tarde avanzó hacia Asunción. Después de varias horas de marcha, los revolucionarios pernoctaron en una hacienda cercana

al lugar que había de ser atacado al siguiente día, pero antes de poder descansar, los liberales llevaron a cabo un baile, que terminó hasta momentos antes de proseguir el camino hacia Asunción.

Un baile

La plaza fue tomada por sorpresa, cayendo en poder de los revolucionarios los pocos rurales que guarnecían la plaza.

Conforme a la instrucción de la Junta del Partido Liberal, Jesús Rangel convocó a los miembros del Ayuntamiento a una reunión durante la cual expuso que a partir de ese momento, todos los munícipes quedaban cesados, ya que se llegaba el día de establecimiento de un nuevo orden de cosas.

Al mismo tiempo, fueron quemados los archivos de las oficinas públicas, izada la bandera roja y proclamado el derecho para que todos los habitantes de la población se surtieran libremente en las tiendas de comestibles. Dos días después, la columna revolucionaria avanzó hacia la Colonia Dublán. Las avanzadas siguieron hacia Palomas hasta tomar contacto con las avanzadas de los maderistas, replegándose hasta el grueso de la columna después de un ligero tiroteo con los federales.

Armados de bombas

Rangel estableció su cuartel general en un paraje a ocho kilómetros al sur de Palomas, mientras que Antonio Seara, ayudado por varios insurgentes, fabricaba más de doscientas bombas de dinamita. En veinticuatro horas, los revolucionarios, provistos de las bombas y perfectamente armados y municionados, se dispusieron al asalto de Palomas, esperando dar un albazo.

Poco después de las cuatro de la mañana, los revolucionarios, burlando la vigilancia de las avanzadas federales, cayeron sobre Palomas. Los defensores de Palomas, en su mayoría, fueron sorprendidos,

mientras que otra parte cruzaba rápidamente la frontera. Un día permanecieron los liberales en la población fronteriza, continuando el siguiente para El Carrizal, a cuarenta kilómetros al suroeste de Palomas, que Rangel consideró el lugar más propicio para esperar refuerzos y municiones de los grupos magonistas del sur de Texas. Inesperadamente, cayeron los insurgentes en El Carrizal, y Rangel convocó a los peones que prestaban sus servicios a una compañía guayulera, leyéndoles el programa del Partido Liberal. Más de veinte peones se adhirieron espontáneamente al movimiento, pidiendo armas y parque.

Enemigo al frente

Al siguiente día, cuando la columna iba a salir de El Carrizal, los liberales que se marchaban de avanzada informaron que se acercaba el enemigo. Rápidamente dio Rangel las órdenes para la defensa del pueblo, ocupando la entrada de la plaza Eugenio Alzalde, mientras que él, al frente de la mayor parte de los revolucionarios, pretendió ocupar una loma, pero se vio envuelto por un rápido asalto de los federales. Rangel tuvo que retirarse hasta las puertas del rancho, donde fue herido en la cabeza. Antonio Seara se encargó de la dirección del combate, deteniendo una furiosa carga de caballería dada por los federales por el lado sur de la población, usando en compañía de diez liberales solamente bombas de dinamita que causaron estragos en las filas del enemigo. Durante siete horas combatieron federales y liberales en El Carrizal. Ya entrada la noche, los federales suspendieron el fuego, retirándose a varios kilómetros al sur del poblado.

Llega Silva

Cuando el combate se encontraba en todo su apogeo, Prisciliano G. Silva llegó hasta varios kilómetros de donde se luchaba, y en

lugar de tomar parte en la acción, permaneció observando. Al terminar la lucha, Silva se presentó a Rangel, mostrándole una carta firmada por Ricardo Flores Magón en la que comunicaba un acuerdo de la Junta del Partido Liberal para que la lucha contra el nuevo régimen que provisionalmente encabezaba Francisco León de la Barra fuera activada. Silva y Rangel, después de que éste recibió la primera curación de las heridas que tenía, optaron por abandonar El Carrizal para continuar con rumbo a Villa Ahumada. Después de descansar de las fatigas del combate, los liberales emprendieron la marcha hacia Villa Ahumada.

Un aviso de Salazar

Poco habían caminado los insurgentes cuando un individuo los alcanzó, entregando a Rangel una carta firmada por Inés Salazar, quien pedía que se le esperara para comunicar noticias importantes. Los insurgentes detuvieron la marcha para esperar a Salazar, no sin antes discutir si había de ser aprehendido y castigado por traicionar al Partido Liberal, o si sólo había de ser expulsado de las filas revolucionanas. Durante la discusión, Ángel Salazar, hermano de Inés, dijo:

—Compañeros, por los últimos movimientos de mi hermano, comprendo que ha traicionado nuestra causa, pero si él se va, yo me quedo, porque antes de ser soldado he sido y soy magonista. Si ustedes lo quieren fusilar por traidor, sólo les pido que no tomen mi voto. Yo respetaré su decisión.

Las palabras de Ángel Salazar causaron gran impresión, resolviendo los liberales respetar la vida a Salazar, y sólo expulsarlo de las filas revolucionarias. Varias horas después, llegó Inés Salazar, y dirigiéndose a Rangel, le dijo:

—Compañero Rangel, estoy convencido de que yo no sirvo para revolucionario. Con toda franqueza le diré que sigo siendo magonista, pero que he resuelto sentar plaza en el ejército federal.

Sólo he venido aquí para jurarles qu ejamás dispararé un tiro contra ustedes y para pedirles, en nombre del Jefe de la Guarnición de Ciudad Juárez, que depongan las armas en bien de la paz del país. Si usted considera que he cometido una traición, y que he de pagarla con mi vida, puede, sin embargo, disponer de mí.

—Salazar, ya hemos discutido su caso. Puede usted marchar. Haga usted lo que guste. Nosotros no somos matones de profesión —respondió Rangel con energía.

Salazar se acercó a su hermano, a quien abrazó fuertemente, y montando a caballo abandonó rápidamente el campamento rebelde.

El gobierno organiza una expedición

Mientras tanto, el gobierno de México organizaba una verdadera expedición contra los liberales, formando nuevos cuerpos rurales y pidiendo la ayuda de todos los hacendados.

Hubo momentos en que los liberales se vieron asediados y perseguidos hora tras hora por los federales.

Marchando de un lugar a otro con el objeto de dar un golpe seguro sin sufrir descalabro, los liberales llegaron a la haciendo El Cuervo Grande, donde celebraron una reunión, en la cual acordaron dividir la columna en varias guerrillas que deberían operar simultáneamente en el estado de Chihuahua, hasta lograr formar un fuerte núcleo capaz de caer sobre las plazas de importancia.

Organizados los grupos, Rangel y Silva se dirigieron hacia la frontera de los Estados Unidos con el objeto de tratar de pasar armas y parque a territorio mexicano, hasta llegar a un rancho llamado Papalotes.

Las capturas

Cuando los liberales se encontraron en Papalotes descansando fueron sorprendidos por los rurales, quienes les ordenaron rendirse,

poniéndoles las carabinas en el pecho. Fue así como Rangel, Eugenio Anzalde, Prisciliano G. Silva, Antonio Seara y ocho liberales más quedaron presos.

Los detenidos fueron conducidos, perfectamente escoltados, a Villa Ahumada y de esta población a Ciudad Juárez.

Cerca de una semana permanecieron los detenidos en Ciudad Juárez, hasta que el gobierno federal ordenó que fueran remitidos a la Ciudad de México.

Cuando los presos eran conducidos a la capital de la República, al pasar por la ciudad de Chihuahua, los generales Francisco Villa y Raúl Madero subieron al tren.

Villa, momentos después, se acercó a Rangel y socarronamente le dijo:

—¿Con que te quedaron ganas de peliar?, ¿eh?, ¿amiguito?

—Como que los principios de la revolución no han triunfado —respondió Rangel.

—¿Quién dice que no?

—El Partido Liberal Mexicano.

Villa dio media vuelta riendo, aunque más tarde se volvió al asiento ocupado por Rangel, y le dijo:

—Hasta luego, amiguito, ya llegué a Santa Eulalia, y ya sabes que aquí tengo de siete a ochocientos hombres, dispuestos al pleito.

Y el guerrillero más famoso de México sonrió maliciosamente.

CAPÍTULO 7

La captura de Rangel y de los principales insurgentes pareció dar fin al movimiento del Partido Liberal Mexicano contra el régimen maderista. Sólo Ricardo Flores Magón y los miembros de la Junta del Partido, radicada en Los Ángeles, continuaban llenos de optimismo.

“La Revolución Mexicana no ha terminado: ha empezado”, escribió Ricardo Flores Magón en *Regeneración*, y al mismo tiempo lanzaba el Manifiesto fechado el 23 de diciembre de 1911 y suscrito por Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Anselmo L. Figueroa y Antonio de P. Araujo.

El manifiesto dice textualmente:

Mexicanos: La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano ve con simpatía vuestros esfuerzos para poner en práctica los altos ideales de emancipación política, económica y social, cuyo imperio sobre la tierra pondrá fin a esa ya bastante larga contienda del hombre contra el hombre, que tiene su origen en la desigualdad de fortunas que nace del principio de la propiedad privada.

Abolir ese principio significa el aniquilamiento de todas las instituciones políticas, económicas, sociales, religiosas y morales que componen el ambiente dentro del cual se asfixian la libre iniciativa y la libre asociación de los seres humanos que se ven obligados, para no perecer, a entablar entre sí una encarnizada competencia, de la que salen triunfantes, no los más buenos, ni los más abnegados, ni los mejor dotados en lo físico, en lo moral o en lo intelectual, sino los más astutos, los más egoístas, los menos escrupulosos, los más duros de corazón, los que colocan su bienestar personal sobre cualquier consideración de humana solidaridad y de humana justicia.

Sin el principio de la propiedad privada no tiene razón de ser el gobierno, necesario tan sólo para tener a raya a los desheredados en sus querellas o en sus rebeldías contra los detentadores de la riqueza social; ni tendrá razón de ser la Iglesia, cuyo exclusivo objeto es estrangular en el ser humano la innata rebeldía contra la opresión y la explotación por la prédica de la paciencia, de la resignación y de la humildad, acallando los gritos de los instintos más poderosos y fecundos con la práctica de penitencias inmorales, crueles y nocivas a la salud de las personas, y, para que los pobres

no aspiren a los goces de la tierra y constituyan un peligro para los privilegios de los ricos, prometen a los humildes, a los más resignados, a los más pacientes, un cielo que se mece en el infinito, más allá de las estrellas que se alcanzan a ver...

Capital, Autoridad, Clero: he ahí la trinidad sombría que hace de esta bella tierra un paraíso para los que han logrado acaparar en sus garras por la astucia, la violencia y el crimen, el producto del sudor, de la sangre, de las lágrimas y del sacrificio de miles de generaciones de trabajadores, y un infierno para los que con sus brazos y su inteligencia trabajan la tierra, mueven la maquinaria, edifican las casas, transportan los productos, quedando de esa manera dividida la humanidad en dos clases sociales de intereses diametralmente opuestos: la clase capitalista y la clase trabajadora; la clase que posee la tierra, la maquinaria de producción y los medios de transportación de las riquezas, y de la clase que no cuenta más que con sus brazos y su inteligencia para proporcionarse el sustento.

Entre estas dos clases sociales no puede existir vínculo alguno de amistad ni de fraternidad, porque la clase poseedora está siempre dispuesta a perpetuar el sistema económico, político y social que garantiza el tranquilo disfrute de sus rapiñas, mientras la clase trabajadora hace esfuerzos por destruir ese sistema inicuo para instaurar un medio en el cual la tierra, las casas, la maquinaria de producción y los medios de transportación sean de uso común.

Mexicanos: El Partido Liberal Mexicano reconoce que todo ser humano, por el solo hecho de venir a la vida, tiene derecho a gozar de todas y cada una de las ventajas que la civilización moderna ofrece, porque esas ventajas son el producto del esfuerzo y del sacrificio de la clase trabajadora de todos los tiempos. El Partido Liberal Mexicano reconoce, como necesario, el trabajo para la subsistencia, y, por lo tanto, todos, con excepción de los ancianos,

de los impedidos e inútiles y de los niños, tienen que dedicarse a producir algo útil para poder dar satisfacción a sus necesidades.

El Partido Liberal Mexicano reconoce que el llamado derecho de propiedad individual es un derecho inicuo, porque sujeta al mayor número de seres humanos a trabajar y a sufrir para la satisfacción y el ocio de un pequeño número de capitalistas.

El Partido Liberal Mexicano reconoce que el Capital, la Autoridad y el Clero son el sostén de la iniquidad y, por lo tanto, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano ha declarado solemnemente guerra a la Autoridad, guerra al Capital, guerra al Clero.

Contra el Capital, la Autoridad y el Clero el Partido Liberal Mexicano tiene enarbolada la bandera roja en los campos de la acción en México, donde nuestros hermanos se baten como leones, disputando la victoria a las huestes de la burguesía, o sean: maderistas, reyistas, vazquistas, científicos, y tantas otras cuyo único propósito es encumbrar a un hombre a la primera magistratura del país, para hacer negocio a su sombra sin consideración alguna a la masa entera de la población de México, y reconociendo, todas ellas, como sagrado, el derecho de propiedad individual.

En estos momentos de confusión, tan propicios para el ataque contra la opresión y la explotación; en estos momentos en que la Autoridad, quebrantada, desequilibrada, vacilante, acometida por todos sus flancos por las fuerzas de todas las pasiones desatadas, por la tempestad de todos los apetitos avivados por la esperanza de un próximo hartazgo; en estos momentos de zozobra, de angustia, de terror para todos los privilegios, masas compactas de desheredados invaden las tierras, queman los titulos de propiedad, ponen las manos creadoras sobre la fecunda tierra y amenazan con el puño a todo lo que ayer era respetable: Autoridad, Capital y Clero; abren el surco, esparcen la semilla y esperan, emocionados, los primeros frutos de un trabajo libre.

Estos son, mexicanos, los primeros resultados prácticos de la propaganda y de la acción de los soldados del proletariado, de los generosos sostenedores de nuestros principios igualitarios, de nuestros hermanos que desafían toda imposición y toda explotación con este grito de muerte para todos los de arriba y de vida y de esperanza para todos los de abajo: ¡Viva Tierra y Libertad!

La tormenta se recrudece día a día: maderistas, vazquistas, reyistas, científicos, delabarristas os llaman a gritos, mexicanos, a que voléis a defender sus desteñidas banderas, protectoras de los privilegios de la clase capitalista. No escuchéis las dulces canciones de esas sirenas, que quieren aprovecharse de vuestro sacrificio para establecer un gobierno, esto es, un nuevo perro que proteja los intereses de los ricos. ¡Arriba todos; pero para llevar a cabo la expropiación de los bienes que detentan los ricos!

La expropiación tiene que ser llevada a cabo a sangre y fuego durante este grandioso movimiento, como lo han hecho y lo están haciendo nuestros hermanos los habitantes de Morelos, sur de Puebla, Michoacán, Guerrero, Veracruz, Norte de Tamaulipas, Durango, Sonora, Sinaloa, Jalisco, Chihuahua, Oaxaca, Yucatán, Quintana Roo y regiones de otros Estados, según ha tenido que confesar la misma prensa burguesa de México, en que los proletarios han tomado posesión de la tierra sin esperar a que un Gobierno paternal se dignase hacerlos felices, conscientes de que no hay que esperar nada bueno de los Gobiernos y de que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.

Estos primeros actos de expropiación han sido coronados por el más risueño de los éxitos; pero no hay que limitarse a tomar tan sólo posesión de la tierra y de los implementos de agricultura: hay que tomar resueltamente posesión de todas las industrias por los trabajadores de las mismas, consiguiéndose de esa manera que las tierras, las minas, las fábricas, los talleres, las fundiciones, los

carros, los ferrocarriles, los barcos, los almacenes de todo género y las casas queden en poder de todos y cada uno de los habitantes de México, sin distinción de sexo.

Los habitantes de cada región en que tal acto de suprema justicia se lleve a cabo no tienen otra cosa que hacer que ponerse de acuerdo para que todos los efectos que se hallen en las tiendas, almacenes, graneros, etcétera, sean conducidos a un lugar de fácil acceso para todos, donde hombres y mujeres de buena voluntad practicarán un minucioso inventario de todo lo que se haya recogido, para calcular la duración de esas existencias, teniendo en cuenta las necesidades y el número de los habitantes que tienen que hacer uso de ellas, desde el momento de la expropiación hasta que en el campo se levanten las primeras cosechas y en las demás industrias se produzcan los primeros efectos.

Hecho el inventario, los trabajadores de las diferentes industrias se entenderán entre sí fraternalmente para regular la producción; de manera que, durante este movimiento, nadie carezca de nada, y sólo se morirán de hambre aquellos que no quieran trabajar, con excepción de los ancianos, los impedidos y los niños, que tendrán derecho a gozar de todo.

Todo lo que se produzca será enviado al almacén general en la comunidad del que todos tendrán derecho a tomar TODO LO QUE NECESITEN SEGÚN SUS NECESIDADES, sin otro requisito que mostrar una contraseña que demuestre que se está trabajando en tal o cual industria.

Como la aspiración del ser humano es tener el mayor número de satisfacciones con el menor esfuerzo posible, el medio más adecuado para obtener ese resultado es el trabajo en común de la tierra y de las demás industrias. Si se divide la tierra y cada familia toma un pedazo, además del grave peligro que se corre de caer nuevamente en el sistema capitalista, pues no faltarán hombres astutos o que

tengan hábitos de ahorro que logren tener más que otros y puedan a la larga poder explotar a sus semejantes; además de este grave peligro, está el hecho de que si una familia trabaja un pedazo de tierra, tendrá que trabajar tanto o más que como se hace hoy bajo el sistema de la propiedad individual para obtener el mismo resultado mezquino que se obtiene actualmente; mientras que si se une la tierra y la trabajan en común los campesinos, trabajarán menos y producirán más. Por supuesto que no ha de faltar tierra para que cada persona pueda tener su casa y un buen solar para dedicarlo a los usos que sean de su agrado. Lo mismo que se dice del trabajo en común de la tierra, puede decirse del trabajo en común de la fábrica, del taller, etcétera, pero cada quien, según su temperamento, según sus gustos, según sus inclinaciones podrá escoger el género de trabajo que mejor le acomode, con tal de que produzca lo suficiente para cubrir sus necesidades y no sea una carga para la comunidad.

Obrándose de la manera apuntada, esto es, siguiendo inmediatamente a la expropiación la organización de la producción, libre ya de amos y basada en las necesidades de los habitantes de cada región, nadie carecerá de nada a pesar del movimiento armado, hasta que, terminado este movimiento con la desaparición del último burgués y de la última autoridad o agente de ella, hecha pedazos la ley sostenedora de privilegios y puesto todo en manos de los que trabajan, nos estrechemos todos en fraternal abrazo y celebremos con gritos de júbilo la instauración de un sistema que garantizará a todo ser humano el pan y la libertad.

Mexicanos: Por esto es por lo que lucha el Partido Liberal Mexicano. Por esto es por lo que derrama su sangre generosa una pléyade de héroes, que se baten bajo la bandera roja al grito prestigioso de ¡Tierra y Libertad!

Los liberales no han dejado caer las armas a pesar de los tratados de paz del traidor Madero con el tirano Díaz, y a pesar, también,

de las incitaciones de la burguesía, que ha tratado de llenar de oro sus bolsillos, y esto ha sido así porque los liberales somos hombres convencidos de que la libertad politica no aprovecha a los pobres, sino a los cazadores de empleos, y nuestro objeto no es alcanzar empleos ni distinciones, sino arrebatarlo todo de las manos de la burguesía, para que todo quede en poder de los trabajadores.

La actividad de las diferentes banderías politicas que en estos momentos se disputan la supremacía, para hacerla que triunfe, exactamente lo mismo que hizo el tirano Porfirio Diaz, porque ningún hombre, por bienintencionado que sea, puede hacer algo en favor de la clase pobre cuando se encuentra en el Poder; esa actividad ha producido el caos que debemos aprovechar los desheredados, tomando ventajas de las circunstancias especiales en que se encuentra el país, para poner en práctica, sin pérdida de tiempo, sobre la marcha, los ideales sublimes del Partido Liberal Mexicano, sin esperar a que se haga la paz para efectuar la expropiación, pues para entonces ya se habrán agotado las existencias de efectos en las tiendas, graneros, almacenes y otros depósitos, y como al mismo tiempo, por el estado de guerra en que se había encontrado el país, la producción se había suspendido, el hambre sería la consecuencia de la lucha, mientras que efectuando la expropiación y la organización del trabajo libre durante el movimiento, ni se carecerá de lo necesario en medio del movimiento ni después.

Mexicanos: Si queréis ser de una vez libres, no luchéis por otra causa que no sea la del Partido Liberal Mexicano. Todos os ofrecen libertad política para después del triunfo; los liberales os invitamos a tomar la tierra, la maquinaria, los medios de transportación y las casas desde luego, sin esperar a que nadie os dé todo ello, sin aguardar a que una ley decrete tal cosa, porque las leyes no son hechas por los pobres, sino por señores de levita, que se cuidan bien de hacer leyes en contra de su casta.

Es el deber de nosotros los pobres trabajar y luchar por romper las cadenas que nos hacen esclavos. Dejar la solución de nuestros problemas a las clases educadas y ricas es ponernos voluntariamente entre sus garras. Nosotros los plebeyos; nosotros los andrajosos; nosotros los hambrientos; los que no tenemos un terrón donde reclinar la cabeza; los que vivimos atormentados por la incertidumbre del pan de mañana para nuestras compañeras y nuestros hijos; los que, llegados a viejos, somos despedidos ignominiosamente porque ya no podemos trabajar, toca a nosotros hacer esfuerzos poderosos, sacrificios mil para destruir hasta sus cimientos el edificio de la vieja sociedad, que ha sido hasta aquí una madre cariñosa para los ricos y los malvados, y una madrastra huraña para los que trabajan y son buenos.

Todos los males que aquejan al ser humano provienen del sistema actual, que obliga a la mayoría de la humanidad a trabajar y a sacrificarse para que una minoría privilegiada satisfaga todas sus necesidades y aun todos sus caprichos, viviendo en la ociosidad y en el vicio. Y menos malo si todos los pobres tuvieran asegurado el trabajo; como la producción no está arreglada para satisfacer las necesidades de los trabajadores sino para dejar utilidades a los burgueses, éstos se dan maña para no producir más que lo que calculan que pueden expender, y de ahí los paros periódicos de las industrias o la restricción del número de trabajadores, que proviene, también, del hecho del perfeccionamiento de la maquinaria, que suple con ventaja los brazos del proletariado.

Para acabar con todo eso es preciso que los trabajadores tengan en sus manos la tierra y la maquinaria de producción, y sean ellos los que regulen la producción de las riquezas atendiendo a las necesidades de ellos mismos.

El robo, la prostitución, el asesinato, el incendiarismo, la estafa, productos son del sistema que coloca al hombre y a la mujer en

condiciones en que para no morir de hambre se ven obligados a tomar de donde hay o a prostituirse, pues en la mayoría de los casos, aunque se tengan deseos grandísimos de trabajar, no se contigue trabajo, o es éste tan mal pagado, que no alcanza el salario ni para cubrir las más imperiosas necesidades del individuo y de la familia, aparte de que la duración del trabajo bajo el presente sistema capitalista y las condiciones en que se efectúa, acaban en poco tiempo con la salud del trabajador, y aun con su vida, en las catástrofes industriales, que no tienen otro origen que el desprecio con que la clase capitalista ve a los que se sacrifican por ella.

Irritado el pobre por la injusticia de que es objeto; colérico ante el lujo insultante que ostentan los que nada hacen; apaleado en las calles por el polizonte por el delito de ser pobre; obligado a alquilar sus brazos en trabajos que no son de su agrado; mal retribuido, despreciado por todos los que saben más que él o por los que por dinero se creen superiores a los que nada tienen; ante la expectativa de una vejez tristísima y de una muerte de animal despedido de la cuadra por inservible; inquieto ante la posibilidad de quedar sin trabajo de un día para otro; obligado a ver como enemigo aun a los mismos de su clase, porque no sabe quién de ellos será el que vaya a alquilarse por menos de lo que él gana, es natural que en estas circunstancias se desarrollen en el ser humano instintos antisociales y sean el crimen, la prostitución, la deslealtad, los naturales frutos del viejo y odioso sistema, que queremos destruir hasta en sus más profundas raíces para crear uno nuevo de amor, de igualdad, de justicia, de fraternidad, de libertad.

¡Arriba todos como un solo hombre! En las manos de todos están la tranquilidad, el bienestar, la libertad, la satisfacción de todos los apetitos sanos; pero no nos dejemos guiar por directores; que cada quien sea el amo de sí mismo; que todo se arregle por el

consentimiento mutuo de las individualidades libres. ¡Muera la esclavitud! ¡Muera el hambre! ¡Viva Tierra y Libertad!

Mexicanos: Con la mano puesta en el corazón y con nuestra conciencia tranquila, os hacemos un formal y solemne llamamiento a que adoptéis, todos, hombres y mujeres, los altos ideales del Partido Liberal Mexicano. Mientras haya pobres y ricos, gobernantes y gobernados, no habrá paz, ni es de desearse que la haya porque esa paz estaría fundada en la desigualdad política, económica y social de millones de seres humanos que sufren hambre, ultrajes, prisión y muerte, mientras una pequeña minoría goza toda suerte de placeres y de libertades por no hacer nada.

¡A la lucha! A expropiar con la idea del beneficio para todos y no para unos cuantos, que esta guerra no es una guerra de bandidos, sino que hombres y mujeres que desean que todos sean hermanos y gocen, como tales, de los bienes que nos brinda la Naturaleza y que el brazo y la inteligencia del hombre han creado, con la única condición de dedicarse cada quien a un trabajo verdaderamente útil.

La Libertad y el bienestar están al alcance de nuestras manos. El mismo esfuerzo y el mismo sacrificio que cuesta elevar a un gobernante, esto es, un tirano, cuesta la expropiación de los bienes que detentan los ricos. A escoger, pues: o un nuevo gobernante, esto es, un nuevo yugo, o la expropiación salvadora y la abolición de toda imposición religiosa, política o de cualquier otro orden.

¡Tierra y Libertad!

Dado en la ciudad de Los Ángeles, Estado de California, Estados Unidos de América, a los 23 días del mes de septiembre de 1911.

Durante 1912 y los primeros meses de 1913, varios grupos de revolucionarios afiliados al Partido Liberal intentaron continuar la lucha en territorio mexicano, organizando grupos en los Estados Unidos.

La lucha, sin embargo, fue débil, y los grupos, después de casi ser vencidos materialmente, regresaban a los Estados Unidos.

Jesús M. Rangel permaneció preso en la Ciudad de México durante un año y al obtener su libertad regresó a los Estados Unidos, dispuesto a organizar una nueva expedición.

Varios meses trabajó Rangel nuevamente a lo largo de la frontera de Texas, organizando a los liberales, hasta el 11 de septiembre de 1913, cuando, después de reunir a todos sus compañeros en un punto llamado Capones Wind Mills, cerca de Carrizo Springs, Texas, cuando, armados y municionados, se dirigían a territorio mexicano, fueron sorprendidos por un grupo de *rangers* texanos, con los que trabaron un combate.

Rangel y los principales compañeros del grupo fueron capturados y, después de un severísimo juicio abierto por las autoridades americanas, fueron condenados a largos años de prisión, parte de los cuales purgaron en la penitenciaria del Estado de Texas.

PALOMAS

Práxedis G. Guerrero

Este capítulo de historia libertaria debería llamarse Francisco Manrique, debería llevar el nombre de aquel joven casi niño, muerto por las balas de la tiranía el 1° de julio de 1908 en el poblado fronterizo de Palomas. Los hechos trazan su silueta sobre el fondo borroso de esa jornada semidesconocida, que se esfuma en el gris panorama del desierto.

Apenas once libertarios pudieron reunirse cuando las persecuciones caían como granizo sobre el campo revolucionario. Once nada más para intentar con un audaz movimiento salvar la revolución que parecía naufragar en la marejada de las traiciones y las cobardías.

Había brillado ya el alba roja de Las Vacas, y Viesca evacuada por la revolución retumbaba todavía con el grito subversivo de nuestros bandidos, cuando este grupo diminuto se formó en medio de las violencias represivas y se lanzó con un puñado de cartuchos y unas

cuantas bombas manufacturadas a toda prisa con materiales poco eficientes, sobre un enemigo apercibido a recibirlo con incontables elementos de reistencia; contra la tiranía fortalecida por la estupidez, el temor y la infidencia, contra el secular despotismo que hunde sus tacones en la infamada alfombra de espaldas quietas que se llama pasivismo nacional.

Palomas se hallaba en el camino que debía seguir el grupo; su captura no era de importancia para el desarrollo del plan estratégico adoptado, pero convenía atemorizar a los rurales y guardas fiscales que lo guarnecían para cruzar el desierto sin ser molestados por la vigilancia.

En el camino, los hilos telegráficos fueron cortados de trecho en trecho.

Las carabinas empuñadas y listas a disparar, los sombreros echados hacia atrás, el paso cauteloso y a la vez firme, el oído atento a todos los sonidos y el ceño violento para concentrar el rayo visual que batallaba con la negrura de la noche, los once revolucionarios llegaron a las proximidades de la Aduana. Dos bombas arrojadas a ella descubrieron que estaba vacía. Los rurales y los guardas fiscales, obligando a los hombres del lugar a tomar las armas, se habían encerrado en el cuartel. Antes de atacarlo, se registraron las casas del trayecto para no dejar enemigos a la espalda, tranquilizando de paso a las mujeres, explicándoles el objeto de la revolución en breves frases.

Pronto se tocaron con las manos los adobes del cuartel, y pronto sus aspilleras y azoteas enseñaron, con los fogonazos de los fusiles, el número de sus defensores. Adentro había el doble o más de hombres que afuera. La lucha se trabó desigual para los que llegaban. Las paredes de adobe eran una magnífica defensa contra las balas del Winchester, y las bombas que hubieran resuelto en pocos segundos la situación, resultaron demasiado pequeñas.

Francisco Manrique, el primero en todos los peligros, se adelantó hasta la puerta del cuartel; batiéndose a pecho descubierto y a dos pasos de las traidoras aspilleras, que escupían plomo y acero, cayó mortalmente herido.

La lucha continuó, las balas siguieron silbando de arriba abajo y de abajo hacia arriba. El horizonte palidecía con la proximidad del sol, y Pancho palidecía también, invadido por la muerte que avanzaba sobre su cuerpo horas antes altivo, ágil y temerario. El día se levantaba confundiendo sus livideces con las de un astro de la revolución que se eclipsa.

Era necesario continuar la marcha hacia el corazón de las serranías. Era preciso llevar rápidamente el incendio de la rebelión a todos los lugares que se pudiera.

La última bomba sirvió para volar una puerta y sacar algunos caballos.

Pancho, desmayado, parecía haber muerto.

El interés de la causa había sacrificado la vida de un luchador excepcional, y el mismo interés imponía cruelmente el abandono de su cuerpo frente a aquellos muros de adobe salpicados con su sangre, espectadores de su agonía, testigos de su última y bella acción de sublime estoicismo.

Pancho volvió en sí poco después de la retirada de sus diez compañeros. Lo interrogaron y tuvo la serenidad de contestar a todo, procurando con sus palabras ayudar indirectamente a sus amigos. Conservó su incógnito hasta morir, pensando lúcidamente que, si su nombre verdadero se conocía, el despotismo, adivinando quiénes lo acompañaron, procuraría aniquilarlos si la revolución era vencida. De él no pudieron saber ni proyectos, ni nombres; nada que sirviese a la tiranía.

Pancho amaba la verdad. Jamás mentía para esquivar una responsabilidad o adquirir un provecho. Su palabra era franca y leal,

a veces ruda, pero siempre sincera. Y él, que habría desdeñado la vida y el bienestar comprados con una falsedad, murió mintiendo (mentira sublime), envuelto en el anónimo de un nombre convencional —Otilio Madrid— para salvar a la revolución y a sus compañeros.

Conocí a Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en la misma banca. Después, en la adolescencia, peregrinamos juntos a través de la explotación y de la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serio. Nadie como yo penetró en la belleza de sus sentimientos: era un joven profundamente bueno, a pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar en tempestad.

Pancho renunció al empleo que tuvo en el ramo de Hacienda, en el estado de Guanajuato, para convertirse en obrero y más tarde en esforzado paladín de la libertad, en aras de la cual sacrificó su existencia, tan llena de borrascas intensas y enormes dolores que supo domeñar con su voluntad de diamante. Sus dos grandes amores fueron su buena y excelente madre y la libertad. Vivió en la miseria, padeciendo la explotación y las injusticias burguesas, porque no quiso ser burgués ni explotador. Cuando murió su padre, renunció a la herencia que le dejara. Pudiendo vivir en un puesto del gobierno, se volvió su enemigo y lo combatió desde la cumbre de su miseria voluntaria y altiva. Era un rebelde del tipo moral de Bakunin: la acción y el idealismo se amalgamaban armoniosamente en su cerebro. Dondequiera que la revolución necesitaba de su actividad, allá iba él, hubiera o no dinero, porque sabía abrirse camino a fuerza de astucia, de energía y de sacrificios.

Ese fue el Otilio Madrid, a quien llamaron el cabecilla de los bandidos de Palomas. Ese fue el hombre que vivió para la verdad y expiró envuelto en una mentira sublime y en cuyos labios pálidos

palpitaron en el último minuto dos nombres: el de su madre querida y el mío, el de su hermano que todavía vive para hacer justicia a su memoria y continuar la lucha en que él derramó su sangre; que vive para apostrofar al pasivismo de un pueblo con la heroica y juvenil silueta del sacrificado de Palomas...

¿Cuántos fueron los hombres del gobierno que perecieron en combate? La tiranía ha sabido ocultarlo.

La naturaleza se alió al despotismo.

El grupo fue vencido por esa terrible amazona del desierto: la sed; llama que abraza, serpiente que estrangula, ansia que enloquece; compañera voluptuosa de los inquietos y blandos médanos... Ni el sable, ni el fusil... La sed, con la mueca indescriptible de sus caricias; tostando los labios con sus besos; secando horriblemente la lengua con su aliento ardoroso; arañando furiosamente la garganta, detuvo aquellos átomos de rebeldía... Y, a los lejos, el miraje del lago cristalino riendo del sediento que se arrastraba empuñando una carabina, impotente para batir a la fiera amazona del desierto y mordiendo con rabia la hierba cenicienta sin sombra y sin jugo.

Regeneración, 24 de septiembre de 1910

BAJA CALIFORNIA, 1911

José C. Valadés

CAPÍTULO I

Ciudad de México, octubre de 1931. Veinte años después de haber preparado y dirigido una de las más discutidas expediciones armadas de las que en 1910 y 1911 entraron a México para combatir al régimen del General Porfirio Díaz, el General José María Leyva ha accedido a referir todos los detalles de esta aventura a la que no ha faltado quien llamade "filibustera".

"Durante veinte años he soportado pacientemente las calumnias y las injurias que se han lanzado a los compañeros que juntamente conmigo se lanzaron sobre la Baja California para combatir al régimen porfirista, y creo que ha llegado la hora de dar a conocer todas las intimidades de este movimiento", dijo el General Leyva al redactor de los periódicos Lozano.

“No ha faltado mal intencionado que asegura que el movimiento del que fui jefe estuvo influenciado por el Gobierno americano, y que nuestro propósito era independizar de México a la Baja California” dijo el General Leyva, quien añadió: “pero los que han lanzado esta calumnia, quieren disfrazar su porfiriato con el disfraz del patriotismo”.

Según el General Leyva, las personas que tomaron parte en la lucha armada al lado de Coronel Celso Vega, “no fueron defensores de México, sino del régimen del General Díaz”.

Después de estos comentarios e indicando que podía recordar todos los detalles de la expedición ya que en los últimos meses había estado escribiendo sus memorias, comprendiendo que “ha llegado el momento de hacer historia, y, sobre todo, de que sea escuchada la otra parte, la parte que se lanzó a la lucha para derrocar al régimen del General Díaz”.

El General Leyva tiene actualmente cincuenta y cuatro años. Jefe de la expedición revolucionaria en 1911; comisionado junto con el licenciado Jesús Flores Magón por don Francisco I. Madero para hablar con los hermanos Flores Magón para que estos depusiera su actitud rebelde contra el Gobierno que emanó de la revolución de 1910; delegado de la Secretaría de Gobernación para licenciar de acuerdo con don Arturo M. Elías, a los insurrectos bajacalifornianos; jefe de un grupo revolucionario en 1913 y general desde 1914, José María Leyva depende actualmente de la Secretaría de Guerra y Marina. Trabajaba José María Leyva como obrero carpintero en el mineral de Cananea, Sonora, cuando a fines de 1904 se suscitó un grave conflicto. La Cananea Copper Company, de acuerdo con el Gobernador del Estado, Rafael Izábal, decretó una reducción de un cincuenta por cientos de los salarios. El acuerdo de la empresa causó gran malestar entre los trabajadores, máxima que los únicos afectados por la reducción eran los obreros mexicanos.

Dispuestos a protestar por las rebajas de sus sueldos, varios obreros se reunieron a fin de acordar las medidas que habían de tomar en su defensa. El grupo de descontentos, entre los que se encontraba Leyva, resolvió aprovechar la visita del gobernador Izábal al mineral para organizar una manifestación y hacer patente al gobernante el disgusto que había causado la rebaja de los salarios.

El acuerdo de aquel grupo de hombres fue pronto conocido por todos los trabajadores, quienes unánimemente resolvieron tomar parte en el desfile.

Izábal llegó a Cananea el 10 de enero de 1905, y tenía apenas unas cuantas horas en la población, cuando los trabajadores, reunidos silenciosamente y en número de más de dos mil, avanzaron hacia el hotel donde se hospedaba el gobernador.

El funcionario, quien ya había recibido aviso de que la manifestación avanzaba en su busca, al descubrir el numerosos grupo de trabajadores, salió a la puerta del hotel y dirigiéndose a quienes encabezaban el desfile, gritó: "Me extraña que los obreros de Cananea tengan el atrevimiento de hacer esta clase de manifestaciones, cuando saben que la rebaja de salarios decretada por la compañía minera es justa". Y el gobernador, subiendo la voz, casi rugió: "¡Díganme en qué parte de la República los obreros ganan lo que aquí ganan! ¡La empresa tiene la razón, y los que se opongan al acuerdo serán tratados como rebeldes!"

La audacia del gobernante parecía haber dejado paralizados a los trabajadores; pero estos, apenas repuestos de la sorpresa causada por la actitud de Izabal, y al escuchar sus últimas palabras, estuvieron a punto de lanzarse sobre el gobernante. En esos momento que la tragedia parecía inminente apareció el Capitán 1o., Luis Medina Barrón al frente de una compañía. Comprendiendo el peligro en que se encontraba el gobernante de Sonora, se arrojó sobre los manifestantes, logrando dispersar a la multitud en pocos

minutos. Aunque los trabajadores se retiraron en orden, desde aquel momento el malestar fue mayor, empezando a germinar así el descontento que culminó con los sucesos del 1° de junio de 1906.

Miembro del Partido Liberal

Por su parte, la Cananea Copper Company tomó las primeras medidas defensivas, hostilizando a los trabajadores que fueron señalados como los iniciadores de la manifestación ante el gobernador Izábal.

Entre las víctimas de la empresa se contó José María Leyva quien se vió precisado a salir de territorio mexicano, refugiándose en los Estados Unidos.

Consecuencia de ese malestar de la clase obrera fueron los primeros grupos secretos organizados por Esteban Baca Calderón, Lázaro Gutiérrez de Lara y Manuel M. Dieguez, asiduos lectores del periódico *Regeneración* que a partir de noviembre de 1904 publicaban los Flores Magón en San Luis Misuri

Leyva permaneció varios meses en los Estados Unidos, afiliándose, entonces, al Partido Liberal, del que era presidente Ricardo Flores Magón, y regresando más tarde a Cananea para ponerse al frente de una tienda de la que era propietario un amigo.

Sin embargo, nuevas dificultades, surgidas como resultado de la hostilidad de que eran objeto todas las tiendas establecidas en el mineral por parte de la poderosa empresa minera que tenía establecido un monopolio comercial en beneficio de su tienda de raya, hicieron emigrar nuevamente a Leyva, quien marchó a Bisbee, Arizona.

A mediados de mayo de 1906, José María Leyva recibió la visita de Lázaro Gutiérrez de Lara, quien lo puso al corriente de los trabajos que llevaban a cabo los liberales de Cananea, preparando un movimiento revolucionario, que había de ser iniciado con una

huelga. "No pasaron muchos días, compañero, sin que tengamos una novedad en Cananea; así es que lo esperamos allá", advirtió Gutiérrez de Lara a Leyva.

Y en efecto, 1º de Junio estallaba la huelga, días antes había llegado Leyva al mineral, pudiendo asistir a los sangrientos sucesos de esa fecha. Pero tuvo que salir esa misma noche de Cananea para ganar la frontera americana, huyendo de la policía que sospechó su intervención en el movimiento huelguístico.

Dos fracasados intentos revolucionarios

Apenas de regreso a los Estados Unidos, tuvo conocimiento de los preparativos que Juan Sarabia, César Canales y otros hacían para hacer un movimiento revolucionario y apoderarse de Ciudad Juárez, y marchó a El Paso. Fracasado el movimiento de Juárez, debido al engaño de que Juan Sarabia fue víctima por parte del oficial federal Jiménez Castro, quien le había asegurado que contaba con la Guarnición de la Plaza, Leyva, trabajando a veces, trampeando trenes las otras, logró llegar hasta Los Ángeles, California, en cuya vecindad trabajó hasta 1906.

Dispuesto a cooperar en el derrocamiento del régimen del General Porfirio Díaz, formó parte del grupo revolucionario que a las órdenes de don Benito y León Ibarra y de Jesús María Rangel, asaltaron y tomaron Las Vacas, Coah.

Un segundo fracaso revolucionario fue el de Leyva en esta expedición; pero sin desanimarse volvió a California, entregándose al trabajo, aunque sin perder el contacto con el comité del Partido Liberal, que se encontraba establecido en Los Ángeles. Los principales miembros del Partido, sin embargo Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal, se encontraban presos en Florence, Arizona, desde el 23 de agosto de 1907.

El 9 de agosto de 1910, José María Leyva, quien estaba trabajando

en las ceremonias de San Diego, California, recibió noticias de que los liberales que habían estado presos en Arizona, habían sido puestos en libertad, y que se dirigían a Los Ángeles.

Lleno de contento y deseando estar en Los Ángeles al arribo de los libertados, Leyva abandonó su trabajo en San Diego.

Flores Magón, Villarreal y Rivera, llegaron a Los Ángeles el día 10, siendo aclamados por cientos de personas. Los andenes de la estación de Sur Pacífico quedaron cubiertos de flores arrojadas por niñas, mujeres mexicanas y extranjeras.

Simón Berthold

Desde la llegada de Flores Magón, José María Leyva se convirtió en un asiduo visitante a las oficinas del Partido Liberal, que se encontraban establecida en la calle Cuatro y Grand Av.

Pocos meses antes, y trabajando en un campo betabelero en Oxnard, California, Leyva había conocido a un hombre sencillo, pero inteligente, miembro también del Partido Liberal: Simón Berthold.

Era Simón Berthold originario de Nacozari, Sonora, hijo de madre mexicana, de poco más de treinta años de edad y había emigrado a los Estados Unidos a mediados de 1900. La amistad de Leyva y Berthold era estrechísima desde el momento que ambos descubrieron la comunidad de sus ideas. Muy a menudo, Leyva le decía:

Oye, Simón, se me hace que cualquier rato me voy otra vez para México a pelear contra don Porfirio.

¿Tú crees que la dictadura será eterna?

¡No, hombre, el General Díaz estará en el poder hasta que nosotros queramos! —contestaba invariablemente Berthold, añadiendo: — y ya sabes que cuando te vayas, ¡me voy contigo!

En los primeros días de diciembre de 1910, las noticias de que

habían estallado los primero movimiento revolucionarios en México hacían crear las más grandes esperanzas de triunfo a los liberales que desde 1904 habían simpatizado con las ideas de los Magón.

De acuerdo con los planes del Partido Liberal, Práxedis G. Guerrero, José Inés Salazar, Emilio Campa, Pascual Orozco y otros se habían lanzado al campo de batalla.

Decidido a marchar a la aventura

Comentando sabrosamente las primeras noticias de la revolución mexicana, y esperando a la vez el momento de la raya, se encontraba José María Leyva con varios compañeros de trabajo, apoyando en una vigueta del esqueleto de acuerdo del edificio contiguo al Palacio Municipal de Los Ángeles, que estaba siendo construido, cuando sintió un golpe en la cabeza.

A sus pies cayó un remache de hierro al rojo blanco, y que se había desprendido de las tenazas de un operario que trabajaba en el 7° piso del edificio. Leyva había estado a punto de morir. El terrible proyectil había pasado rozándole la cara.

—¡Muchachos! —exclamó Leyva repuesto de la sorpresa y dirigiéndose a los amigos con quienes hacía comentarios sobre la revolución— ¡la muerte me andaba muy cerca, y para morir, prefiero los campos de batalla! ¡Vamos darle duro y macizo al régimen porfirista y el que me quiera seguir, que me siga!

Los compañeros de trabajo de Leyva soltaron una carcajada. Todos conocían de sobre las ideas liberales de quien había hecho la invitación para la rebelión, pero esta invitación había sido hecha en momentos tan dramáticos, que nadie creyó que aquel hombre tan fácilmente se decidiera a marchar a los campos de combate.

—¡A la revolución, compañeros! —repitió Leyva, el mismo tiempo que a grandes pasos se alejaba por la calle Main en busca del amigo quien en varias ocasiones a había prometido marchar

con él a México para iniciar la lucha armada contra el gobierno del General Díaz.

Preparando la aventura

No fueron necesarias muchas palabras para que Leyva conquistara a Simón Berthold.

—¿Te vas conmigo? —le preguntó Leyva

—Adonde vayas, ¡con tal de ir a pelear contra los porfiristas! —respondió con firmeza Berthold.

—Pues iremos hoy, mañana o pasado… —agregó Leyva— todo depende de lo que nos diga el compañero Flores Magón.

Leyva y Berthold, dispuestos a pelear lo mismo en Chihuahua, que en Sonora que en la Baja California, se presentaron a Ricardo Flores Magón, Presidente de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

Flores Magón escuchó atentamente a Leyva, preguntando en qué región de México creían contar con un número mayor de amigos. Leyva informó al Presidente de la Junta que le gustaría revolucionara en Sonora o en la Baja California, donde creía poder levantar un fuerte núcleo revolucionario.

—Creo que deben ir a la Baja California —dijo Flores Magón, añadiendo —¡Ya la Junta ha estudiado las probabilidades de triunfar en el norte del Territorio!

Después de esta aclaración, el famoso revolucionario mexicano invitó a Leyva y a Berthold para que regresaran días más tarde a fin de informarles lo que la Junta del Partido Liberal resolviera a este respecto.

Cuando los dos amigos regresaron a las oficinas del Partido, tuvieron la oportunidad de cambiar impresiones con la mayor parte de los miembros de la Junta. Ricardo Flores Magón, puntualizó: La Junta acepta los servicios de ustedes. Dos cosas solamente pidió

Flores Magón a los futuros rebeldes: el cumplimiento del programa que la Junta había expedido en San Luis, Misuri, en 1906, y los constantes informes del movimiento que pretendían llevar a cabo.

—La Junta —explicó Flores Magón— no tiene mucho que ofrecer a ustedes. En estos momentos está haciendo esfuerzos para comprar doscientos rifles Springfield y quince mil cartuchos, y si logra cerrar la operación se os enviará al lugar donde ustedes indiquen.

Leyva y Berthold, quienes desde la primera entrevista con Ricardo habían pensado en la posibilidad de triunfar cayendo inesperadamente sobre Mexicali, dieron cuenta a los miembros de la Junta de su plan, el que fue aprobado sin reserva alguna.

—De aquí —informó Leyva— iremos a El Centro y después a Holtville, donde ya el compañero Camilo Jiménez nos ha preparado un alojamiento en el cual estaremos sin el peligro de la vigilancia de las autoridades americanas.

Flores Magón indicó otro sitio, también en Holtville, en el cual los dos iniciadores del movimiento rebelde podría hacer llegar más fácilmente las armas y el parque en caso de que ambas cosas fueran obtenidas. Aceptados definitivamente todos los planes, José María Leyva y Simón Berthold se presentaron el 10 de enero de 1911 a despedirse de Ricardo Flores Magón y del resto de los miembros de la Junta.

—Compañero, esto es lo único que la junta puede darles por ahora —dijo Flores Magón a Leyva al mismo tiempo que le entregaba un rifle 30-30, unos cuantos cartuchos y diez dólares en efectivo.

Leyva y Berthold sonrieron, prometiendo organizar un rápido movimiento y cumplir con las disposiciones del programa del Partido Liberal, expedido en 1906. Horas después, los dos amigos salían sigilosamente a iniciar la revolución en la Baja California.

CAPÍTULO 2

En la noche de la misma fecha en que salieron de Los Ángeles, José María Leyva y Simón Berthold, dispuestos ambos a termina a las fuerza porfiristas que encontraban en el territorio de la Baja California, llevando solamente una carabina y unos cuantos cartuchos, pero con la promesa de recibir días más tarde doscientos rifles de la junta del partido liberal, llegaron a El Centro, California. Después de haber cambiado impresiones con algunos liberales de El Centro, a quienes pusieron al tanto de sus proyectos revolucionarios, y después de descubrir que la mayor parte de estos hombres no aceptaban marchar al campo de batalla, la pareja de revolucionarios siguió a Holtville. En una humilde choza de un suburbio de Holtville, fue donde Leyva y Berthold establecieron provisionalmente su cuartel general. Ahí fueron visitados por los Delegados del Partido Liberal en el Valle Imperial, Fernando Palomares y Camilo Jiménez, y por un hombre que vivía en el lado mexicano en las cercanías de Mexicali, y en quien los liberales tenían una gran confianza Rodolfo Gallego, el revolucionario que alcanzó gran nombre en la revolución mexicana y quien al correr de los años fue el jefe del movimiento "cristero" en el centro del país. Tanto Jiménez como Gallego pusieron al corriente de la situación de Mexicali y de otros puntos en el Norte de la Baja California a Leyva y a Berthold. Leyva hizo saber a los delegados del Partido Liberal la necesidad de que a la mayor brevedad posible y con todo género de precauciones se procediera al reclutamiento de gente.

—Son más de mil los hombres que se encuentran inscritos en el Partido Liberal en esta región; pero me conformo con doscientos para iniciar nuestras operaciones en México —dijo Leyva a los delegados.

Precauciones

Apenas habían pasado veinticuatro horas de la llegada de Leyva y Berthold a Holtville, cuando los rumores de que dos agentes de los Flores Magón estaban preparando un movimiento armado se esparcieron por toda la región. Jiménez advirtió inmediatamente a Leyva el peligro de que los planes fracasaran en virtud de que los rumores no tardarían en llegar a las autoridades americanas, que desde hacía varias semanas vigilaban a los más activos liberales. Dado que la choza donde los revolucionarios se encontraban albergados no sólo presentaba seguridad alguna, sino que también había sido ya conocida por un buen número de personas, por iniciativa de Fernando Palomares, Leyva y Berthold se trasladaron al pequeño sótano de una cantina del pueblo, donde los liberales podrían entrar tranquilamente como si se tratara de simples parroquianos. El día 15 de enero (1911) en la mañana, Leyva fue advertido de que habían llegado a Holtville varias cajas conteniendo mercancía y consignadas a nombre de Ricardo Leyva.

—¡El Partido ha cumplido su promesa! —exclamó entusiasmado Leyva, y dirigiéndose a Berthold, agregó:— ¡Son doscientos rifles y los quince mil cartuchos, Simón! ¡Ahora sí se las puede arreglar el tirano Díaz!

En efecto, las cajas trasladadas con todo género de precauciones al sótano de la cantina, contenían doscientos rifles Springfield y quince mil cartuchos. Inmediatamente, Leyva citó a todos los amigos que habían prometido formar parte de la expedición para esa misma noche, ofreciendo, tanto Gallego como Jiménez, guiar al grupo hasta la frontera mexicana, burlando la vigilancia de las autoridades americanas. Con una actividad sin igual, los liberales trabajaron durante todo el día, formulando los planes definitivos de campaña. Leyva creía contar para esa noche con unos cincuenta hombres resueltos a todo, teniendo al mismo tiempo la esperanza

de que apenas en territorio nacional, sus fuerzas se verían llenas de voluntarios. Sin embargo, a las ocho de la noche, hora de la reunión, en la pequeña cantina de Holtville, sólo se encontraban diez hombres.

El encargado de la expedición, desesperado, espiaba cualquier ruido, y en la calle. "Parece que ahí viene otro compañero" — decía, asomándose cautelosamente por la puerta y queriendo descubrir en las sombras de la noche e nuevo y futuro soldado de la revolución. "¡No es nadie!" repetía, después, desconsolado.

¡En marcha!

La hora de la marcha había llegado. Era cerca de la media noche y Berthold exigió la inmediata salida.

—Pero ¿qué vamos a hacer diez hombres? —preguntó desconsolado Leyva.

—¡Vamos a probar a los rajones de todo lo que son capaces diez liberales convencidos! —exclamó Berthold.

—Tienes razón, Simón, comentó Leyva, añadiendo: además, — apenas el pueblo se dé cuenta de nuestros propósitos, se nos unirá en masa. ¡Abajo el gobierno de Porfirio Díaz, compañeros! ¡Abajo!

—¡En marcha! —respondieron todos.

Cada hombre recibió un Sprinfield y doscientos cartuchos. Todos sonreían, al mismo tiempo que acariciaban sus armas. Todo estaba listo. Sin embargo, nadie había reparado en las armas que quedaban todavía dentro de los cajones.

—Y ahora ¿qué haremos con estas armas? —preguntó Leyva.

Varios opinaron que quedaran depositadas en el mismo sótano; pero, al fin, se resolvió llevarlas en un carro que los dos americanos, dueños de la cantina, ofrecieron conseguir en el acto. Aceptando el ofrecimiento de los propietarios de la cantina, Leyva dispuso que cinco hombres quedaran para escoltar el carro hasta la frontera,

mientras que los otros se ponían en marcha. Y mientras se cargaba el carro y se iniciaba la marcha, el grupo revolucionario se vio reforzado con siete hombres. Otros cinco liberales mexicano más llegaron al mismo tiempo que los dos americanos, propietarios de la cantina, pidieron toma parte en la expedición, lo que fue aceptado previa consulta de Leyva, advirtiéndoseles que no se les daría ninguna comisión militar. Terminados los preparativos y con toda cautela los expedicionarios marcharon hacia la frontera.

Frente a Mexicali

Guiados por Camilo Jiménez, los antiporfiristas llegaron felizmente a territorio mexicano, cruzando la línea como a catorce kilómetros de Mexicali. "Compañero", dijo Gallego a Leyva cuando los expedicionarios estaban en México, "los he traído aquí, porque estamos en un lugar estratégico. A un kilómetro de distancia está la casa de E. Gallego y a doscientos metros al sur, un pequeño lomerío, donde pueden acampar y desde donde pueden dominar una larga extensión de la línea divisoria, mientras que se terminan los preparativos para el ataque a Mexicali". Los revolucionarios caminaron hacia un pequeño barranco, oculto tras de una loma, y allí establecieron su cuartel general. Cuando los revolucionarios quedaron instalados, la pareja de americanos que había conducido el carro con las armas y el parque, pidió permiso para permanecer en territorio mexicano. Los americanos expresaron temores de que serían molestados si las autoridades de los Estados Unidos descubrían que habían ayudado a los rebeldes, alquilándoles el carro. Ya instalados en territorio mexicano, Leyva anunció a sus compañeros que el asalto a Mexicali sería pospuesto por varios días en vista de que necesitaba algunos informes que iba a recoger Gallego y que, por otra parte, esperaba también la llegada de otros liberales.

Orden de avance

Después de permanecer tres días ocultos a unos doscientos metros la línea divisoria y desde donde podían ver diariamente a los guardias fiscales mexicanos que recorrían la frontera, José María Leyva anunció que el día 18 de enero, en la noche, se avanzaría sobre Mexicali. Pero en la noche señalada para el avance apareció una hermosa luna, y creyendo el revolucionario que su movimiento sería descubierto, y deseando caer de sorpresa sobre la plaza, nuevamente propuso la fecha del asalto. Esperando que la luna dejara de iluminar los campos, los antiporfiristas permanecieron escondidos, no solamente habían padecido hambre, sino que también habían recibido malas noticias. En primer lugar, ningún otro liberal había llegado a incorporarse al pequeño grupo, y en segundo lugar, Leyva había sido informado que el 23 de enero el subprefecto de Mexicali, Gustavo Terrazas había aprehendido al delegado del Partido Liberal, Mariano A. Barrera, a quien después de recogerlos importantes documentos, había sido conducido a Ensenada, aplicándosele la Ley Fuga en un punto llamado Agua de Mula. La noticia del asesinato de Barrera causó indignación entre los antiporfiristas, quienes nuevamente juraron luchar hasta vengar la muerte de su compañero. La orden de avance dada por Leyva el 28 en la noche llenó de júbilo a los insurgentes, y cerca de la media noche la pequeña columna se puso en marcha, haciendo el primer alto frente a la casa de Rodolfo Gallego, donde fueron enterradas las armas y el parque que sobraban, quedando amargados de su custodia los dos americanos propietarios del carro, que fue llevado a un corral vecino.

Leyva designado jefe

A las tres de la mañana, los rebeldes se encontraban frente a Mexicali. La madrugada era oscura en extremo, y Gallego, señalando con el índice, dijo a Leyva:

—Compañero, ahí está Mexicali.

Después de conducir a los liberales hasta las puertas de la plaza, Gallego se retiró, a petición de Leyva, y después de haber recibido la comisión de "proveedor" del pequeño ejército. Diecisiete hombres, perfectamente armados y municionados y resueltos a tomar la población a sangre y fuego, esperaron pacientemente que aclarara el día.

Primer día de lucha

A las cinco de la mañana pudo descubrirse la pequeña población, silenciosa e ignorante de lo que se preparaba a sus puertas. Una campaña frente a las oficinas de la Colorado River Company, marcó la hora para que los peones se reunieran a fin de iniciar las tareas cotidianas.

—¡Ha llegado nuestra hora, compañeros! —dijo José María Leyva a sus acompañantes, añadiendo— Y ha llegado la hora de que también designemos al compañero que nos ha de llevar a la batalla.

—¡Leyva! ¡Leyva es el que manda! Gritaron todos.

—Muy bien —dijo Leyva—. Vamos a dividir nuestras pequeñas fuerzas.

La garita, la aduana, la casa del subprefecto Terrazas y la cárcel municipal fueron señalados como los puntos sobre los cuales se habían de lanzar los antiporfiristas. Designados los grupos de atacantes, Leyva gritó:

—¡Compañeros, a vencer o a morir! ¡Viva el Partido Liberal Mexicano! ¡Muera la dictadura de Díaz!

—¡Viva el Partido Liberal! ¡Muera Porfirio Díaz! —respondieron los insurgentes, lanzándose a todo correr hacia la población.

Dueños de la plaza

Leyva, acompañado de dos hombres, se dirigió a la cárcel, y después de llamar fuertemente a la puerta, al Alcaide José Villanueva respondió desde adentro, negándose a acceder a la petición de los rebeldes.

—¡Echaremos la puerta abajo! —le gritó Leyva.

Villanueva no respondió, pero al ver que los liberales rompían la puerta, le abrió, preguntando:

—¿Qué quieren ustedes aquí?

—Las llaves de la prisión —le respondió Leyva.

—Aquí tiene sus llaves —dijo el Alcalde, tendiendo su rifle.

En esos momentos, sonó un disparo, y Villanueva cayó muerto. Dueños de las llaves, los rebeldes pusieron en libertad a los presos, de los cuales sólo uno se unió a la revolución después de saber que se trataba de un movimiento armado contra el gobierno del general Díaz. Acababa Leyva de quedar dueño de la prisión, cuando se le unieron Simón Berthold y otros rebeldes, informándole que la plaza se encontraba en poder de la revolución y que se encontraban presos el administrador de la Aduana Cosme D. Muñoz, el Subprefecto Gustavo Terrazas, y el comerciante Benigno Barrero. Recibía Leyva los informes de sus compañeros, cuando rodeado de un grupo de rebeldes se acercó a él un administrador de la Aduana.

—Señor Leyva —le dijo afablemente Muñoz— supongo que usted y sus compañeros estarán fatigados y desearían tomar un desayuno; los invito para que pasen a mi casa en donde serán atendidos debidamente.

Los revolucionarios se negaban a aceptar, y sólo ante la insistencia de Muñoz acordaron dirigirse a la casa de éste, donde fueron atendidos suntuosamente.

La suerte de los jefes en la balanza

Mientras que los antiporfiristas se desayunaban atendidos por la madre y esposa de Muñoz, estas lloraban amargamente, expresando temores de que el administrador fuera fusilado.

—No, no será fusilado si nos entrega los fondos de la aduana —aseguró Leyva.

—¡Si no tengo un sólo centavo en caja, porque desde ayer situé los fondos en el lado americano! —insistía Muñoz.

Y en efecto, el administrado comprobó no tener fondos en su poder.

—El que no se escapa es Terrazas —decían los rebeldes.

Sobre Terrazas recaían graves acusaciones. No sólo era señalado como el autor la muerte, en los primeros días de enero, de cinco delegados del Partido Liberal. Cuando los antiporfiristas terminaron de comer, se dirigieron al lugar donde se encontraba el subprefecto. Terrazas, al ver a los revolucionarios, se sentó en el suelo, llorando copiosamente. Varias veces intentó hablar, pero el pánico le hacía enmudecer.

—¡A fusilarlo! ¡A fusilarlo! —gritaban los liberales— ¡Asesino! ¡Asesino! —insistían.

Ni el llanto ni los gritos desgarradores de una mujer que rodeada de diez niños imploraba piedad para su esposo, parecían conmover a los rebeldes. Leyva llamó a Berthold aparte, diciéndoles:

—¿Qué hará esta mujer con sus diez pequeñines, si matamos a este hombre?

CAPÍTULO 3

—¿Qué hará esa mujer con sus diez hijos si matamos a este hombre? —preguntó por segunda vez José María Leyva a Simón Barthold,Fernando Palomares y Antonio Fuertes, mientras que los revolucionarios seguían pidiendo el inmediato fusilamiento de Gustavo Terrazas y mientras que la esposa de éste, rodeada de sus pequeñines, lloraba y gritaba desgarradamente, pidiendo misericordia para el prisionero.

—Creo que el Partido Liberal no nos ha enviado para asesinar a nadie —dijo Berthold.

—Es verdad, Simón, creo que debemos perdonar hasta a nuestros más feroces enemigos y ¿qué crees tú, entonces, que debamos hacer con Terrazas? —preguntó Leyva.

—Lo pondremos en la cárcel…

—Pero, ¿no crees que ya es suficiente el castigo que le hemos dado? ¿No sería vergonzoso que así se portaran quienes combaten la tiranía de Porfirio Díaz?

En esos momentos un grupo de americanos se acercó a Leyva y a Barthold, y después de identificarse como miembros de una logia masónica de Caléxico, California, dijeron que al tener conocimiento "del peligro que corría el hermano Terrazas" no habían dudado en acercarse a los jefes rebeldes, implorando gracia para el prisionero.

—Terrazas será puesto en libertad dentro de unas cuantas horas —prometió Leyva.

Dos horas después, el subprefecto de Mexicali era puesto en libertad, mediante una multa de quinientos dólares, y conducido hasta la línea divisoria por Rodolfo Gallego.

Planes futuros

Poco más de cinco horas hacía que los liberales ocupaban la plaza, cuando más de veinticinco mexicanos, la mayor parte trabajadora del Valle Imperial, llegaron a unirse a las filas revolucionarias. Al mediodía del 20 de enero, el número de rebeldes en el territorio de la Baja California era de cuarenta y cinco hombres. Después de armar y pertrechar a toda la gente debidamente, Leyva llamó a sus más íntimos compañeros: Simón Berthold, Fernando Palomares, Camilo Jiménez, Antonio Fuertes, Francisco Piña, Francisco Pesqueira, Francisco Pacheco y Pedro Cauli para darles a conocer sus planes. Leyva informó a sus amigos que después del éxito obtenido con la toma de la plaza y después de haber informado

de este triunfo a la Junta del Partido Liberal, creía necesario salir inmediatamente con rumbo a Ensenada, ya que suponía que el Jefe Político del Territorio, coronel Celso Vega, al tener conocimiento de los sucesos de Mexicali, avanzaría sobre esta población. Y pidió finalmente opiniones sobre el lugar más apropiado para esperar al enemigo.

Camilo Jiménez, perfecto conocedor del terreno, opinó que si las fuerzas revolucionarias lograban avanzar rápidamente y tomar posiciones en Los Picachos, estarían en el lugar más estratégico del territorio bajacaliforniano.

—Con cuarenta y cinco hombres, más los que después agreguen a nuestra columna, podemos resistir en Los Picachos a un ejército de mil —informó Jiménez.

Las indicaciones de Jiménez fueron aceptadas por los liberales, quienes antes de aprobar los dispositivos de marcha, resolvieron nombrar, a petición del Capitán Morán, a un viejo militar mexicano que se había unido al movimiento, a José María Leyva, como Jefe del ejército insurgente. Este nombramiento lo traía consigo expedido por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

La caminata a Ensenada

A las cinco de la tarde, doce horas después de haber ocupado la plaza, los revolucionarios se pusieron en marcha hacia Los Picachos. En Mexicali solamente quedaron tres hombres con instrucciones de mantener clausuradas todas las cantinas y centros de vicio, y de indicar a los liberales que llegaran de Estados Unidos el camino que debían tomar para incorporarse al grupo insurgente. Cerca de las ocho de la noche hicieron el primer alto en el rancho de Little, para continuar la marcha el día 30 en la marcha. Leyva ordenó que diez hombres permanecieron en el rancho de Little, con instrucciones de continuar el camino tan luego como se incorporaran los nuevos

elementos liberales que eran esperados en Mexicali. Después de caminar todo el día 30, los antiporfiristas llegaron a Laguna Salada, donde pernoctaron para continuar el siguiente día hasta La Mina. Los revolucionarios caminaban kilómetros tras kilómetro, sin sentir ni la fatiga ni el hambre, y con el sólo deseo de llegar cuanto antes a Los Picachos, temerosos de que la notable posición natural fuera ocupada antes por las fuerzas porfiristas. En efecto, el 30 de enero a las seis de la mañana, después de haber recibido los primeros informes del asalto y toma de Mexicali, el Jefe Político del Norte de la Baja California salió de Ensenada dispuesto a recuperar la plaza perdida. El Coronel Celso Vega salió de Ensenada acompañado de ciento once hombres, de los cuales noventa pertenecían a la Compañía Fija, catorce de la Gendarmería y siete voluntarios. Pero mientras que los revolucionarios marchaban a gran prisa, el coronel Vega movía sus contingentes con grandes precauciones, deteniéndose en las rancherías con el objeto de encontrar más voluntarios.

En Los Picachos

El 1° de febrero de 1911, mientras que los antiporfiristas, después de una penosa marcha, llegaban felizmente a Los Picachos, los porfiristas pernoctaban en un punto llamado La Posta, cuando los revolucionarios ocuparon las posiciones naturales de Los Picachos, Leyva y sus amigos no pudieron ocultar su alegría. La posición era, realmente, admirable. Los Picachos es la parte más elevada de la sierra que corre a lo largo de la península de Baja California y el único paso que existe para la comunicación entre la costa occidental, y fácilmente defendible por unos cuantos hombres. Al establecer el cuartel general en esta altura, José María Leyva pasó revista a sus hombres: eran cincuenta y seis, poco después de habérseles reincorporado los elementos que habían quedado en el rancho de Little algunos otros liberales mexicanos que se habían unido al movimiento en Mexicali.

Esperando de un momento a otro a los porfiristas, quienes segùn los informes obtenido por Leyva, continuaban avanzando lentamente, cuarenta y ocho horas pasaron los liberales tras de las trincheras naturales y vigilando los hermosos valles que se extendían a sus pies. El horizonte era escrutado al minuto tras minuto, siempre en espera del aviso: "Ahí vienen los pelones".

Largos días de ayuno

Era tal el ansia de pelear; era tal el deseo del triunfo, era tal la esperanza de llegar hasta Ensenada —la capital del Distrito Norte— que ni la falta de alimentos, ni la lluvia menuda y pertinaz hacía mella en los revolucionarios.

—¡Cómo no pensamos que aquí nos haría falta víveres! —decía Leyva a Berthold constantemente, añadiendo con amargura— ¡quién pudiera tomar algunas de las tantas reses que se encuentran en los valles!

Un grupo de rebeldes enviado por Leyva para que recorriera la sierra en busca de alimentos, después de una búsqueda de todo el día 3, había regresado desconsolado. El frío, el terrible frío que en aquella altura hacía tiritar día y noche a los liberales, había hecho estragos no sólo al ganado, sino también a los venados y a las liebres que en otro tiempo abundan ahí. Solamente de agua disponían los rebeldes; de una agua casi congelada que tenían que calentar para poderla beber.

—¡Pero no hay que perder la fe en nuestra causa y en nuestro triunfo! —repetía Leyva constantemente— Mañana a más tardar tendremos frente a frente a los pelones y entonces, compañeros ¡duro contra ellos, y hasta Ensenada!

Tres días más de hambre y de frío, y esperando inútilmente al enemigo, pasaron para los revolucionarios. Ni una señal de la

proximidad de las fuerzas de Vega. En los valles, al pie de las posiciones rebeldes, todo seguía siendo lo mismo; todo era quietud.

Cuatro desertores

El día 7 en la mañana, cuando Leyva, acompañado de dos hombres hacía una exploración, descubrió que cuatro liberales se deslizaban por una vereda con rumbo a Laguna Seca.

—¡Alto ahí! —les gritó Leyva.

Los cuatro individuos, sorprendieron, se detuvieron.

—¿Adónde van? —les preguntó el Jefe liberal con energía.

—Compañero —dijo uno de ellos— hace siete días que estamos sufriendo por el hambre y por el frío. No es posible soportar por más tiempo esta situación; los pelones no llegan y no llegarán mientras nosotros estemos aquí y hemos resuelto marcharnos a Mexicali, donde siquiera tendremos qué comer…

—¡Cobardes! ¡Si todos los liberales fueran como ustedes, la tiranía de Porfirio Díaz, jamás terminaría! ¡Cobardes! —volvió a llamarles Leyva, ordenándoles: —¡Dejen las armas que servirán para los valientes, y puedes marcharse!

Los hombres obedecieron y dejando silenciosamente sus armas, continuaron cuesta abajo.

Un nuevo extranjero de las filas

Hacía muy pocas horas que los cuatro prófugos habían partido y se encontraba Leyva cambiando impresiones con varios liberales, cuando inesperadamente llegó hasta el cuartel general un hombre rubio, de ojos azules, alto, vigoroso, regularmente vestido y con sombrero de bombita, quien con soltura y hablando en inglés, preguntó:

—¿Quién es el general José Leyva?

—José María Leyva soy yo —dijo el revolucionario, adelantándose— ¿Qué se le ofrece?

El desconocido, irguiéndose, hizo un severo saludo militar y sacando del bolsillo una carta se la entregó a Leyva. Era una carta de presentación firmada por Ricardo Flores Magón, en la cual el Presidente del Partido Liberal pedía que diera un lugar entre los soldados del ejército revolucionario "al socialista inglés William Stanley".

—¿Es usted socialista? —le preguntó Leyva.

—Sí, compañero, y vengo a pelear —contestó Stanley, repitiendo el saludo militar.

—Pues amigo, en primer lugar debo decirle que aquí hemos abolido los saludos militares; nosotros somos demócratas —le dijo Leyva—, y en segundo lugar le participo que queda a las órdenes del compañero Simón Berthold, en la inteligencia de que usted, al igual que otros dos extranjeros que aquí tenemos, no recibirán comisiones de carácter militar.

Stanley protestó, aunque débilmente, mientras Leyva, dirigiéndose a Berthold, le dijo en voz baja:

—Ahí te paso a este gringo, que viene recomendado por la Junta; trátalo con cuidado, porque no me simpatiza.

Enemigo al frente

Después de siete días de quieta espera, los dos incidentes registrados en la mañana del día 7 habían interesado vivamente a los soldados revolucionarios; pero un tercer incidente registrado en la tarde, había de causar dolorosa impresión. Advertido Leyva de que un grupo de porfiristas había llegado hasta el valle de Japa destacó dos hombres en calidad de exploradores. Los dos hombres avanzaron confiadamente, descubriendo por de pronto a dos porfiristas y aunque llevaban instrucciones de regresar al cuartel general al confirmar la presencia del enemigo, deseosos de lucha, se lanzaron sobre la avanzada federal, que poco a poco

se fue retirando hasta llevar a los revolucionarios al lugar donde se encontraba escondido un núcleo de gobiernistas y donde ya todos reunidos se lanzaron sobre los dos rebeldes, que a los pocos minutos cayeron acribillados a balazos. Descubierta la proximidad del enemigo, todo hizo creer a Leyva que al siguiente día el coronel Vega avanzaría sobre las posiciones rebeldes; la vigilancia fue redoblada y la hora del combate fue esperada ansiosamente. Pero Vega no dio señales de avance, limitándose a esperar la reunión de nuevos voluntarios que a toda prisa estaban siendo reclutados por sus agentes. Sufriendo las consecuencias del hambre y del frío, los insurgentes permanecieron dos días más en sus posiciones.

—Nuestra situación es insostenible —dijo Leyva a Berthold—. Si continuamos esperando moriremos de hambre o bien cuando nos ataquen, faltos de fuerzas que a pesar de la ventaja de esta posición, seremos arrollados por los porfiristas.

Berthold fue de la misma opinión, y entonces resolvieron abandonar Los Picachos y regresar a Mexicali a marchas forzadas. El día 9 cerca del mediodía, los liberales abandonaron las posiciones en las cuales durante nueve días habían esperado inútilmente al enemigo. La marcha cuesta abajo fue hecha con gran rapidez y el día 10 los revolucionarios pernoctaron en Laguna Salada, no sin antes haber logrado devorar algunos víveres que fueron descubiertos en La Mina y que probablemente habían sido abandonados por algunos mineros. Al llegar a Laguna Salada, Leyva hizo recuento de sus hombres; eran cincuenta y uno. Además, comprobó ante sus compañeros que los quinientos dólares que Gustavo Terrazas había dado en calidad de rescate se encontraban íntegros, resolviendo los revolucionarios que inmediatamente fuera enviado un propio a Los Ángeles para que llevara trescientos dólares a la Junta del Partido Liberal, mientras que el resto sería empleado para la compra de víveres en Mexicali. Después de pernoctar en Laguna

Salada, los revolucionarios continuaron el 11 hacia el rancho de Little, a donde llegaron en la tarde de ese mismo día, quedando ahí un núcleo a las órdenes de Camilo Jiménez, mientras que el resto continuó hasta Mexicali. Poco antes llegaron a la población, Leyva indicó a Berthold la conveniencia de que se propalara la versión de que los revolucionarios continuaron horas más tarde hacia el estado de Sonora, con el fin de que el rumor fuera transmitido desde luego al coronel Vega por sus amigos en Caléxico, quien seguramente avanzaría con rapidez sobre la plaza, que creería se encontraba abandonada. Al llegar a Mexicali, Leyva dispuso que Berthold saliera inmediatamente con destino a Los Ángeles, para que informara verbalmente a la junta del Partido Liberal la causa por la cual había sido abandonada la posición de Los Picachos. Leyva estableció su cuartel general en la plaza de toros de Mexicali. Unas cuantas horas después de haber llegado a Mexicali y comprendiendo Leyva que el coronel Vega, animado por los rumores de que la plaza sería desocupada, avanzaría violentamente sobre ella, ordenó que con toda rapidez fuera construido un bordo defensivo en los puntos más estratégicos. El día doce en la mañana, Leyva recibió informes de que los federales avanzaban y de que el momento de la batalla estaba próximo.

CAPÍTULO 4

Al mismo tiempo que se iniciaban las obras de defensa de Mexicali, José María Leyva hacía todo género de esfuerzos a fin de introducir al país más armas y parque, sobre todo parque, que ya empezaba a escasear. Las dificultades para introducir las armas y las municiones a territorio mexicano eran numerosas, debido a la estricta vigilancia que había establecido el gobierno de los Estados Unidos, tendiendo un cordón de tropas a lo largo de la frontera. En la introducción del

parque se distinguían Rodolfo Gallego, la familia Esparza, de Caléxico, y algunas mujeres mexicanas que residían en el lado americano y el jefe de estación de Mexicali. Una noche, cuando varios liberales introducían por un punto como a tres kilómetros de Mexicali, cerca de veinte rifles y cinco mil cartuchos fueron sorprendidos por las tropas americanas, trabandose un ligero tiroteo. Leyva urgía constantemente tanto a la Junta del Partido como a los grupos liberales en el Estado de California, que contribuyeran para la adquisición de material de guerra, temiendo que no se pudiera resistir un largo sitio de los federales. Mientras tanto, el número de liberales defensores de la plaza había aumentado hasta cerca de ciento cincuenta.

La muerte de Camilo Jiménez

En las primeras horas del 15 de febrero, Leyva recibió informes de que las tropas federales se acercaban cautelosamente al rancho de Little, dónde Camilo Jiménez se encontraba con poco más de veinte hombres y con instrucciones de concentrarse en la plaza inmediatamente después de tomar contacto con las avanzadas del enemigo. Dictaba Leyva las últimas disposiciones de defensa cuando fue advertido por un correo que Jiménez había entablado combate con los porfiristas. Poco después se escuchaba un fuerte tiroteo, y no tardó en llegar la noticia de la muerte de Camilo Jiménez, quien en los primero momentos del combate, para animar a sus compañeros que se encontraban perfectamente parapetados, subió sobre un bordo. Y gritando: "Así luchan los enemigos de la tiranía", cayó muerto, acribillado a tiros. Los compañeros de Jiménez al ver caer a éste abandonaron sus posiciones y se concentraron en Mexicali. Cerca de las dos de la tarde, los defensores de la plaza pudieron distinguir la avanzada de las tropas federales. Eran momentos de inquietud. Leyva, acompañado de Fernando Palomares, Antonio Fuerte y de varios amigos, recorría los puntos

defensivos dando las últimas órdenes. Los porfiristas se aproximaron a la plaza, cambiando algunos tiros con los puestos avanzados, pero retrocediendo luego, quizás con el objeto de esperar el grueso de la columna que seguía avanzando al mando del Coronel Celso Vega. Mientras que los defensores de Mexicali lanzaban "vivas a la libertad" y "mueras a la tiranía", los atacantes, vitoreando al gobierno del General Díaz y buscando posiciones defensivas, se situaban en línea de tiradores.

En plena lucha

Había ya empezado el combate, y temiendo que Vega ordenara un movimiento envolvente sobre la plaza, Leyva ordenó que fuera quemado el puente del ferrocarril —única entrada que podían aprovechar los federales. En menos de quince minutos se generalizó el combate. Los federales habían tenido a sus mejores tiradores sobre los bordos del río Nuevo, desde donde hacían un mortífero fuego de fusilería. Fernando Palomares, que cubría el ala izquierda, gritaba ordenando movimiento de cientos de hombres que un grupo de liberales en número de veinte sostenía uno de los reductos de mayor importancia en la margen opuesta del río, cuando Leyva, acompañado de tres liberales, llegó ahí.

—¡Bájese del caballo, compañero, porque los pelones tienen enfrente a sus buenos tiradores! —gritó a Leyva Antonio Fuertes. Y Leyva bajó del caballo en los momentos que el animal caía acribillado a balazos. El jefe liberal volvió la cabeza para pedir a su asistente un morral con tiros, cuando éste se desplomaba sin vida. Fuertes, que estaba pecho tierra, se incorporó para dar auxilio a un herido, siendo muerto también. En menos de cinco minutos, el grupo liberal había sido notablemente mermado.

—¡Todos pecho a tierra, sin desperdiciar el parque, y a cazar pelones!— gritó Leyva.

Y la cacería había empezado, cuando uno de los liberales, descubriendo a un hombre envuelto en una capa de color gris que se aproximaba a la línea de fuego, dijo a Leyva:

—Compañero, me parece que ese pelón de la capa debe ser uno de los jefes.

—¡Es Celso Vega! —contestó Leyva, añadiendo— ¡Duro con él!

La derrota

Diez rifles apuntaron hacia el lugar donde se encontraba el blanco.

—¡Ahí te dejo un plomito, pelón! —dijo un revolucionario, disparando su arma.

—¡Ahí te va otro, hijo de tal…! —dijo un segundo.

Y al hombre a quien se dirigían balas y denuestos, se tambaleó al primer disparo. Dio varios pasos; pero luego, llevándose las manos al pecho, los insurgentes pudieron ver cómo se desplomaba. Varios soldados federales acudieron en su ayuda y casi todos ellos fueron blanco de los proyectiles de los defensores de la Plaza. Dos hombres cargaron en peso al individuo de la pelorina, y ocultándose entre los matorrales, llegaron hasta donde otros tenían un caballo de la brigada; pero en esos momento rodó el animal y rodaron otros dos hombres. La caída del hombre de la capa produjo un gran desconcierto entre los federales y los revolucionarios pudieron ver cómo muchos soldados abandonaban sus posiciones en la margen opuesta del río y emprendían la carrera.

—¡Pelones, cobardes, no corran! —gritaba los liberales.

Cinco minutos después, los rebeldes escuchaban cómo un clarín de los porfiristas tocaba reunión.

—Esto se acabó —comentó Leyva.

En efecto, en unos cuantos minutos el fuego de los federales había sido suspendido, y el jefe de los revolucionarios pudo observar cómo ya fuera de tiro de fusil, los federales organizaban

una pequeña columna y marchaban con dirección al rancho de Little. La derrota de los federales causó gran entusiasmo entre los insurgentes. Lanzando vivas al Partido Liberal los unos, cantando los otros, los rebeldes recorrían la población. Leyva, mientras tanto, discutía con algunos compañeros la posibilidad de perseguir a los derrotados; pero la falta de caballos hizo que los rebeldes desistieran de su propósito.

Nuevos voluntarios

La victoria obtenida el día 15 no sólo sirvió para animar a los revolucionarios, sino para que las filas de la revolución se vieran engrosadas, por varios cientos de hombres más, la mayor parte de los cuales se encontraban desde hacía varios días en Caléxico, esperando quizás los resultados de la primera batalla. Sin embargo, no todos los voluntarios pudieron ser armados. Aparte de los doscientos Springfields que habían sido pasados a territorio mexicano la noche del 15 de enero, en las dos primeras semanas de febrero sólo había sido posible pasar otras cien carabinas, la mayor parte de ellas calibre 30 30. Entre los nuevos voluntarios que se habían presentado en Mexicali, se encontraban cerca de treinta extranjeros, la mayor parte de los cuales se habían presentado a Leyva con recomendaciones de la Junta del Partido Liberal. Leyva advirtió a los extranjeros que sus servicios no serían utilizados en el servicio militar, con lo cual estuvieron conformes.

La toma de los algodones

Queriendo aprovechar el entusiasmo provocado por la victoria del día 15, el jefe de los rebeldes comisionó a Manuel Valenzuela para que con quince hombres marchara sobre los Algodones, una pequeña agencia aduanal al oriente de Mexicali, que se encontraba protegida por una docena de guardias fiscales. Conforme a las

órdenes recibidas, Valenzuela salió de Mexicali con sus quince compañeros a bordo de una locomotora, a fin de poder llegar hasta los Algodones por sorpresa y haciendo creer a los guardias fiscales que se trataba de un tren de carga. Valenzuela llegó hasta la pequeña estación de los Algodones sin ser descubierto por los guardias, sino hasta el preciso momentos de desembarcar, y cuando uno de los guardias, dándose cuenta de la llegada de gente armada, pidió rendición a los revolucionarios, quienes le contestaron con una descarga cerrada, dejándolo muerto. Tras de un ligero tiroteo con los guardias, los liberales quedaron dueños de la aduana de los Algodones. Valenzuela dio cuenta a Leyva del triunfo obtenido, participándole al mismo tiempo que, sin que nadie le diera tal comisión, el extranjero William Stanley había tomado parte en la expedición, lo que había causado gran disgusto entre los revolucionarios por considerarlo como un simple aventurero. Inmediatamente que recibió este informe, Leyva ordenó que Stanley fuera conducido a Mexicali. Stanley se presentó en el cuartel general, y con tono fanfarrón dijo a Leyva que él era un soldado y que había llegado a territorio mexicano para pelear y decir cómo pelear.

—Entregue usted su arma —le ordenó el jefe rebelde.

Stanley pretendía hacer resistencia, pero rápidamente fue desarmado, advirtiéndole Leyva que podía permanecer en territorio mexicano, pero que a cualquier intromisión que tuviera en el movimiento revolucionario, sería conducido hasta la frontera de los Estados Unidos.

El histórico incidente de la plaza de toros

Stanley pareció quedar conforme; pero horas más tarde, aprovechándose de la ausencia de Leyva, reunió rápidamente a los cincuenta y seis extranjeros que se encontraban en Mexicali y los invitó a una reunión en la plaza de toros. Cerca de las cinco

de la tarde del día 18, el jefe de los insurgentes supo que William Stanley y otros extranjeros armados estaban lanzando, pretendiendo quedarse dueños de la situación. Sin perder un minuto y acompañado solamente de cinco hombres, Leyva se dirigió a la plaza de todos, llegando en los momentos en que Stanley proponía a los extranjeros que se exigiera a los revolucionarios mexicanos que se les diera un puesto de responsabilidad en la lucha armada, y que en caso de que éstos se negaran, apelaran a la violencia

—¡Traidor! —le gritó Leyva.

—¡A las armas! —contestó Stanley dirigiendose a sus compañeros.

—¡El que se mueva, se muere! —volvió a gritar Leyva, mientras que sus cinco compañeros tendían sus carabinas apuntando a los reunidos en el coso.

— ¡Manos arriba! — insistió el jefe, advirtiendo que algunos amigos de Stanely hacían movimientos sospechosos.

La situación era delicadísima. Stanley no se daba por vencido. Leyva saltó hasta donde estaba el extranjero, arrebatándole el arma. En esos momentos más de cincuenta liberales, que seguro habían sido advertidos del peligro que corría Leyva, entraron a la plaza de toros.

—¡A desarmar a todos! —ordenó Leyva a los revolucionarios que habían llegado.

Los extranjeros quedaron desarmados en un instante, mientras que los revolucionarios mexicanos rugían:

—¡A fusilar a los traidores! ¡Muerte a los traidores!

Leyva y Simón Berthold, quien acababa de regresar de Los Ángeles, trataban de calmar los ánimos, haciendo comprender a sus compañeros, cuyo número había aumentado considerablemente, que el fusilamiento en masa de todos aquellos individuos sería un crimen, amén de que entre ellos se encontraban algunos socialistas de buenas intenciones y que sin ambiciones de ningún género se

habían unido a la revolución. Calmados los ánimos, y mientras que Berthold reprochaba ácremente a Stanley la conducta que había asumido, Leyva se dirigió a los extranjeros indicándoles que a partir de ese momento quedaban totalmente desligados de la revolución y que los que gustaran podían partir para los Estados Unidos. Pocos fueron los que partieron; la mayoría pidió permiso para permanecer en territorio mexicano, asegurando que su vidas correrían peligro en el lado americano.

Una queja de las autoridades de Estados Unidos

Cuatro días más tarde y mientras que los liberales hacían preparativos para una nueva expedición sobre Ensenada, el jefe de las fuerzas americanas en Caléxico pidió celebrar una conferencia con José María Leyva, a lo que accedió éste. Durante la conferencia, celebrada en la línea méxico-americana, el jefe de las fuerzas norteamericanas aseguró a Leyva que "una gavilla formada por extranjeros" había asaltado varios ranchos al sur de Mexicali, robando caballos, pidiendo "protección para los interesados americanos que estaban resultando gravemente afectados". Leyva se limitó a escuchar al jefe norteamericano y al regresar a su cuartel general envió a una partida de hombres a fin de que recorriera los ranchos cercanos, pidiendo informes sobre los sucesos registrados. Los comisionados regresaron horas más tarde, informando a Leyva que cerca de cuarenta extranjeros al mando de William Stanley eran los asaltantes de los ranchos, donde habían recogido caballos, armas, parque y víveres. El Jefe liberal envió un grupo de revolucionarios con instrucciones de dar alcance a Stanley y de capturarlo junto con sus acompañantes. El día 23, los revolucionarios que habían sido enviados tras del grupo capitaneado por Stanley regresaron a Mexicali, trayendo presos a los extranjeros. Pocas horas permanecieron los extranjeros detenidos en el cuartel general,

donde Leyva les reprochó acremente la actitud que había asumido, siendo conducidos después en masa hasta la frontera americana.

Dos nuevas figuras

Pocos días antes de la incursión de los cuarenta y tantos extranjeros que a las órdenes de Stanley pretendieron operar en territorio mexicano por su propia cuenta, dos hombres, uno de ellos mexicano y el otro hijo de alemanes, se presentaron en el cuartel general revolucionario establecido en Mexicali. Uno de estos hombres era Luis Rodríguez, un individuo como de cuarenta y cinco años de edad, alto, fornido, trigueño y de muy pocas palabras, y quien dijo a Leyva:

—Compañero, hace varios meses que estamos reuniendo dinero entre los grupos liberales del sur de California para comprar armas y parque, y vengo comisionado para pedir a usted autorización para entrar a territorio mexicano por un punto cercano a Tijuana.

Rodríguez no dió más detalles de sus propósitos, añadiendo solamente que al obtener la autorización daría una sorpresa a los mismo revolucionarios. El otro era Jack Mosby, un joven alto, delgado, moreno, con un bigote pequeño y fino, y vestido con traje humilde. Mosby se presentó a Leyva enseñandole una carta firmada por Ricardo Flores Magón, en el cual el jefe del Partido Liberal lo presentaba como militante del movimiento socialista internacional.

—Vengo a ofrecer mis servicios a la revolución como simple soldado —dijo Mosby a José María Leyva. —Nunca he tomado un rifle, pero mis ideas me han impulsado a venir a prestar ayuda a los compañeros mexicanos.

Desde ese momento Mosby quedó incluido en las filas liberales, siendo el único extranjero a quien más tarde se le confirieron comisiones militares.

La expedición de Luis Rodríguez

Cumpliendo con su promesa, Luis Rodríguez, acompañado de quince hombres, entró a territorio mexicano el día primero de marzo por un punto cercano a Tijuana dirigiéndose rápidamente hasta las cercanías de Tecate. Mientras que Leyva, de acuerdo con Simón Berthold, organizaba con todo cuidado a la nueva expedición sobre Ensenada a fin de detener el avance de los soldados federales que el gobierno del centro enviaba desde Manzanillo a bordo del Cañonero Guerrero, Luis Rodríguez continuó también avanzando cautelosamente sobre Tecate. El octavo Batallón al mando del Coronel Manuel Mayol, desembarcó en Ensenada el día 8, casi al mismo tiempo que las avanzadas liberales salían de Mexicali. El día 12, momentos antes de salir de Mexicali al frente de trescientos hombres perfectamente armados y pertrechados, José María Leyva recibió los primero informes de la entrada de Luis Rodríguez a territorio mexicano y del avance de éste sobre Tecate. La expedición de Rodríguez hizo crear nuevas esperanzas a Leyva, quien apresuró la salida del grueso de su tropas a fin de poder estar a tiempo en Tecate y poder combinar un movimiento envolvente sobre los federales que de seguro serían destacados desde Ensenada. Los liberales al mando de Leyva pernoctaron el día 13 (de marzo) en el rancho de Little, y el 14 en Laguna Salada.

El último abrazo

Estando el cuartel general establecido en Laguna Salada, la noche del 14, Leyva, Berthold y otros liberales celebraron una larga junta para determinar el plan de campaña, ya que por los informes recibidos se tuvo exacto conocimientos de que la columna del Coronel Mayol, fuerte en más de ochocientos hombres, avanzaba en dos fracciones, la una en dirección a Tecate y la otra directamente sobre Mexicali. En la reunión tanto Leyva como Berthold estuvieron de

acuerdo en fraccionar sus fuerzas formando dos columnas, una de las cuales debería esperar a los soldados porfiristas en un punto estratégico de la sierra para detener el avance sobre Mexicali, y la otra debería seguir a marchas forzadas hasta Tecate a fin de reunirse con la gente de Luis Rodríguez. Reunida esta columna con los liberales de Rodríguez avanzaría violentamente sobre Tijuana para después atacar la retaguardia de las fuerzas federales. Aprobado este plan, Leyva dijo a Berthold:

—Simón, ahora tú elige al frente de cual columna marchas.

—Compañero —contestó Berthold—, tú ya te batiste en Mexicali y con todo éxito; permíteme ahora marchar al frente de la columna que detendrá el paso de los pelones en la sierra; tengo muchas ganas de pelear y creo que lo podré hacer, si tú me lo permites, dentro de tres días. Mientras, tú, con el resto de la gente y apoyado con las fuerzas de Luis Rodríguez, atacarás como hemos convenido la retaguardia de los soldados de la tiranía. El jefe revolucionario accedió a la petición de Berthold y en las primeras horas del día 15 los dos amigos, llenos de entusiasmo, se abrazaron, sin saber que ese sería el último abrazo de su vida.

—Simón, que la bandera del Partido Liberal te lleve hasta el triunfo —dijo Leyva a su amigo.

—Hasta la vista, amigo mío —contestó Berthold emocionado.

El fin de Luis Rodríguez

Minutos después, ciento veinticinco hombres a las órdenes de Simón Berthold desaparecían entre las sinuosidades del terreno y tratando de llegar lo más pronto posible hasta los puntos más elevados de la sierra donde establecerían el baluarte para detener el avance de las fuerzas federales. Horas después, José María Leyva, al frente de ciento cincuenta liberales, partió de Laguna Salada siguiendo paralelamente la línea divisora. Leyva hizo todo

género de esfuerzos con el objeto de llegar a la mayor brevedad posible a Tecate, pero el desconocimiento del terreno y la falta de un guía competente hizo perder mucho tiempo a los revolucionarios. Extremadamente fatigados con la larga caminata, la columna insurgente llegó en las primeras horas del día 17 a un punto llamado Agua Grande, resolviendo Leyva descansar ahí largas horas para continuar la marcha el día 18. Cuando el día 18 los liberales reemprendieron la marcha desde Agua Grande, en Tecate ocurría una tragedia inesperadamente en la madrugada del 18, sobre el grupo de Rodríguez, logrando quedar dueños de la situación en poco más de media hora. Rodríguez, luchando valientemente y acompañado de tres hombres, se retiró de Tecate, seguido por los porfiristas. Se parapetó en una pequeña loma donde se defendió hasta caer acribillado a balazos. Ignorante de lo que ocurría en Tecate, Leyva continuó avanzando cautelosamente hasta el 18 en la tarde, cuando recibió los primeros informes del desastre ocurrido a los liberales de Luis Rodríguez. Sin desanimarse por este fracaso, formuló sus planes a fin de caer sobre los soldados porfiristas en la madrugada del siguiente día.

El avance de los insurgentes fue hecho con todo género de precauciones y como a las cinco de la mañana del 10 se encontraban a unos cuantos metros de distancia de las posiciones de los soldados federales y la orden del ataque iba a ser dada, cuando un revolucionario rodó desde un peñasco al mismo tiempo que se disparaba su carabina, lo que hizo que los gobiernistas descubrieran la presencia del enemigo retirándose con rapidez asombrosa hasta las trincheras que previamente habían construido casi paralelamente a la frontera de los Estados Unidos. Aunque, viéndose descubierto, Leyva ordenó el ataque a las trincheras federales, entablándose un combate que empezó a las siete de la mañana y terminó tres horas después, cuando Leyva comprendió la inutilidad de seguir

luchando ya que los porfiristas se encontraban prácticamente protegidos por las fuerzas americanas que resguardaban la línea divisoria, Comprendiendo la inutilidad de continuar hostilizando a los soldados federales que habían recapturado Tecate y creyendo más importante el regresar a Mexicali para evitar cualquier sorpresa de las otras columnas porfiristas, Leyva se retiró con rumbo a Agua Grande a donde llegó el día 20 en la noche. Al llegar a Agua Grande y en los momentos que los liberales acampaban, Leyva, dirigiéndose a varios compañeros que le rodeaban, dijo:

—He sentido un golpe en el pecho; como se me pone que algo malo ha pasado a Simón.

En realidad, en esos momentos y en un punto llamado El Álamo, Simón Berthold acababa de ser herido mortalmente en una escaramuza con una avanzada federal.

—¡Cuánto daría por tener informes de Simón en estos momentos! —exclamó tristemente Leyva. Pero no había de ser sino hasta dos días después y al llegar al rancho de Little, cuando el Jefe liberal pudo comprobar que su presentimiento había sido un hecho. Los informes recibidos indicaban que Berthold había recibido un balazo en la rodilla; pero que había esperanza de salvarlo. Dispuesto a reorganizar sus tropas y a acudir con la mayor prontitud posible en auxilio de la columna de Berthold, entró Leyva a Mexicali el día 24 al mediodía, dando desde luego los primeros pasos para organizar una nueva y poderosa columna revolucionaria.

Tres malas noticias

En los últimos días de marzo y cuando se disponía a llevar a cabo su nuevo plan, recibió la noticia de la muerte de Berthold y enseguida una comunicación de la Junta del Partido Liberal radicado en Los Ángeles, California, en la cual se le informaba que Francisco Vázquez Salinas, ex Capitán del Ejército Federal

había sido nombrado su segundo en Jefe. La resolución de la Junta causó sorpresa a José María Leyva; pero más le disgustó la nueva orden que personalmente llevó el nuevo Secretario de la Junta, Antonio P. Araujo, quien sustituyó a Antonio I. Villarreal, la cual consistía en autorizar a William Stanley para que, bajo las órdenes de Adrián M. López, y J. Morán, Capitán Instructor de las fuerzas revolucionarias, con el grupo de extranjeros que habían sido expulsados de Mexicali, se les permitiera regresar a territorio mexicano, se establecieron en los Algodones y desde ahí operaran independientemente de las fuerzas que comandaba Leyva, obedeciendo órdenes de la Junta del Partido Liberal, cuya disposición fue causa de que José María Leyva abandonara aquel movimiento revolucionario y el territorio mexicano el 5 de abril.

Las persecuciones que emprendieron los Cónsules Mexicanos Señores Enrique de la Sierra, de Caléxico y Antonio Lozano de Los Ángeles, California, impidieron a Leyva pudiera comunicarse con Ricardo Flores Magón, Presidente de la Junta, y en Colton, California, tomó el tren de Salt Lake a Utah City, de donde regresó a Las Vegas, Nevada dedicándose a trabajar para reunir fondos y poder continuar su viaje a la frontera de Chihuahua. El 9 de mayo de 1911, arribó José María Leyva a El Paso, Texas, y después de alojarse en un hotel de segundo orden, se dirigió a una fonda mexicana acompañado del Garrotero del tren en que había viajado y, sin cambiar de indumentaria, cuyo disfraz de mecánico le sirvió para que el Lic. Lázaro Gutiérrez de Lara, que estaba almorzando en dicha fonda, no lo reconociera. Después de terminar su refrigerio, se disponía a trasladarse a Ciudad Juárez, pero ese día se desató incontenible la batalla entre revolucionarios maderistas y federales, y por más esfuerzos que hicieron los Delegados del Gobierno del General Díaz ante el señor Francisco I. Madero, no pudieron evitar la caída de la plaza; y el triunfo de la revolución se consumó, así como la caída del Presidente Porfirio Díaz.

El tráfico se reanudó el día 12, ya sin interrupción. El día 12 se hizo acompañar del Lic. Gutiérrez de Lara para pasar a Ciudad Juárez y con el primero que tropezaron fue con el Mayor Cástulo Herrera, que acababa de ser nombrado Inspector de Policía de Juárez. Sin perder tiempo, le dijo Leyva al Mayor Herrera; quiero que me presente con Don Francisco I. Madero, pero en ese instante se presentaba Don Abraham González, quien también acababa de ser nombrado Gobernador Provisional del Estado de Chihuahua y quien con toda amabilidad saludó al revolucionario magonista, suplicándole que se hiciera acompañar del Mayor Herrera para aprovechar la ocasión y presentarlo con el señor Madero. Transcurrieron dos días para poder ser presentado con el señor Madero, quien desde luego autorizó a Don Abraham González que atendiera y se entendiera con José María Leyva, advirtiendo desde luego que ya no había razón para seguir peleando y era necesario pacificar el país y ponerse a trabajar.

A fines del mismo mes de mayo arribó a Ciudad Juárez el entonces Coronel Antonio I. Villarreal, procedente de Santa Rosalía Camargo, con quien desde luego se entrevistó Leyva, informándole de la situación de la Baja California y, dado que ya no había motivo para continuar la revolución, convinieron en que era necesario llegar a un acuerdo con Don Abraham González quien estaba autorizado para ordenar el licenciamiento de toda aquella región.

En los primeros días de junio de 1911, arribaron a Ciudad Juárez, Chih., el señor Lic. Jesús Flores Magón y Juan Sarabia. El 4 del mismo mes se adornó e iluminó profusamente el Teatro de Ciudad Juárez, con objeto de que el señor Juan Sarabia diese una conferencia, la cual resultó jugosa y el tema que trató de actualidad, lo sucedieron en el uso de la palabra Antonio I. Villarreal, Braulio Hernández y otros varios oradores. El compañero Jesús M. González, luchador infatigable y defensor del proletario, quiso

que aprovecháramos la ocasión el día 5 de junio que Don Abraham González estaba con espíritu conciliador y, reunidos en el Paso Texas con los señores Lic. Flores Magón, Sarabia y Villarreal, para Amnistiar al Güero Lázaro Alanís y a Emilio Campa, lo cual se consiguió poniendo cada uno la parte que le tocaba.

El día 6 del mismo junio, se extendieron Credenciales de Delegados de Paz al compañero Jesús M. González y a Leyva, para partir al día siguiente a Mexicali. A la llegada a Imperial Johnson, pusieron telegramas a Rodolfo Gallego y a Benigno Barreiros para que los esperaran en la Estación, en Caléxico. Atentos al mensaje, concurrieron a la estación Gallego y Barreiros con la noticia que el Cónsul Enrique e la Sierra se proponía detener a Leyva acusándolo del delito de rebelión y por infracción a las leyes de neutralidad. Sin intimidarse por la noticia, se presentaron Leyva y González, ante el Coronel, exhibiendo sus Credenciales de Delegados de Paz, y en la mañana siguiente muy temprano el Agente de Migración Americano Mr. Webber estuvo a informar a Leyva que el Coronel de la Sierra quería aprehenderlo. Pero esa mañana del día 8 de junio, amanecieron en Caléxico el señor Consúl de Los Ángeles, Antonio Lozano, Don Aurelio Sandoval y el señor Lozano intervino y disuadió de su propósito al Consúl de la Sierra con lo cual Leyva y González llevaron a feliz término el licenciamiento de los revolucionarios y, poniendo la Plaza de Mexicali en manos de Rodolfo Gallego y treinta voluntarios que se le unieron para garantizar el orden y los intereses de aquella región, fue así como terminó la expedición revolucionaria y antiporfirista que ha sido calificada de "filibustera".

FIGURAS

CAMILO ARRIAGA Y TEODORO HERNÁNDEZ

Futuro

DOS PRECURSORES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Los vecinos de la calle de Rosales ven con cierta frecuencia transitar por ella, a dos viejos completamente encanecidos; uno, ya agobiado por la edad y los achaques; el otro aún vigoroso y avispado. Casi siempre encaminan sus pasos a la Universidad Obrera a donde van a hablar con "ese muchacho de Lombardo" como ellos le llaman con la familiaridad que da una limpia y combativa veteranía.

¿Quiénes son esos viejitos, en cuyos ojos brilla una chispa de eterna juventud?

Don Camilo Arriaga y Teodoro Hernández

El más anciano es el ingeniero don Camilo Arriaga, hijo de don Benigno Arriaga y sobrino de don Ponciano Arriaga, este último diputado al Congreso Constituyente de 1856 por diversos distritos electorales de San Luis Potosí y el Estado de México. Tanto el

padre como el tío de don Camilo Arriaga fueron actores destacados en la vida pública de nuestro país el siglo pasado, figurando preeminentemente en la lucha contra la dictadura de Santa Anna, en la guerra de Reforma y finalmente, contra la invasión francesa. Ambos hombres fueron pues, figuras preclaras en aquella brillante pléyade de los forjadores de la patria, los hombres de la Reforma y de la Segunda Guerra de Independencia. Don Camilo, haciendo honor a la prosapia de héroes a que pertenece, fue el precursor de nuestra Revolución nacional, el pionero que valerosamente abrió la senda, por la que más tarde correría el impetuoso torrente de nuestra guerra civil.

Teodoro Hernández ha venido a la lucha más tarde. Fue un magonista destacado, un luchador contra la tiranía porfirista y uno de los periodistas más combativos que hemos tenido: es, como don Camilo, un verdadero precursor de nuestra Revolución. Decidor y optimista, jarocho de pura cepa, supo usar la pluma y el brazo para darnos libertad. Son esos dos hombres, verdaderos santos laicos, porque bienes de fortuna que poseyeron o pudieron alcanzar fácilmente, no los tienen. Viven estrecha y pobremente de su trabajo, ganando su pan con su esfuerzo; pero como en los días de su brillante juventud, arde en ellos odio inextinguible contra los explotadores del pueblo, contra los simuladores de la Revolución. Representan el pasado limpio, transido de amor visceral para las masas trabajadoras, verdaderos santos laicos, que entregan al joven movimiento obrero de nuestros días, sus tradiciones de pureza de hombres, de nitidez de conducta, de incorruptibilidad y de hombría. No podrán jamás alardear de cuadras de caballos de raza, ni de quintas, ni de rascacielos. Son, a lo mejor, inquilinos modestos de algún potentado de nuestra Revolución; pero mantienen acrecido el tesoro inestimable de su pureza revolucionaria. Hablar con ellos es no solo encarar el cercano pasado de luchas, de derrotas, de victorias

y de heroísmos, sino bucear también en las fuerzas indomables y eternas de nuestro pueblo. Porque ambos son representantes esclarecidos de esa masa triste y generosa que acaudilló Hidalgo, que hizo triunfar a Morelos, que siguió a Gómez Farías, que venció con Zaragoza el 5 de Mayo, que con Régules combatió en guerrillas contra los franceses; que bajo Escobedo sitió Querétaro que se sublevó en Tomochic, en Acayucan, en Las Vacas, en Puebla; que nutrió las filas revolucionarias de Zapata y que lleva en nuestros días, en sus manos el destino de México. Hombres surgidos de la entraña patria, forjados en las persecuciones, en las cárceles, en los destierros; para los cuales fue compañera cercana la muerte y que no se doblegaron jamás.

—¿Cuándo empezó la oposición de ustedes?

—En realidad, el descontento era muy fuerte, antes de que empezáramos a dar una forma organizada a la oposición. Pero en 1900, al enterarnos de las escandalosas declaraciones del obispo Montes de Oca, quien asistiendo ese año al Congreso Internacional de Obras Católicas que se efectuaba en París, declaró que merced a la política de conciliación de Díaz, las Leyes de Reforma y ciertos mandatos constitucionales eran letra muerta, decidimos protestar. Al efecto nos pusimos de acuerdo Juan Frías —descendiente de don Valentín Gómez Farías— y yo. Yo propuse además la constitución de un club liberal, conforme a la denominación de las organizaciones de lucha política en aquellos años. Así nació la idea de crear, primero el Club Ponciano Arriaga, en noviembre de 1900, más adelante, la Confederación de Clubes Liberales de la República, y finalmente el Partido Liberal Mexicano.

—¿Tuvieron dificultades?

—Puede imaginárselas. El jefe de la zona militar era el general Pedro González, que había sido jefe de la escolta de la Emperatriz Carlota… Pero los liberales de temple y corazón eran muchos

y acudieron a mi llamado. Fundado el Club Ponciano Arriaga entramos en comunicación con todos los liberales del país —hombres y mujeres— tanto por correspondencia como por medio del periódico que editábamos que se llamaba *Renacimiento*.

Se organiza la oposición

En el mismo mes de noviembre de 1900, acordamos convocar a un congreso de todas las organizaciones liberales para el año siguiente. La convocatoria circuló rápidamente por todo el país. Los temas que pensábamos discutir eran tres: Lucha contra el clericalismo, reorganización de los liberales y adecuada organización de los ayuntamientos.

—¿Cuál fue la respuesta?

—Verdaderamente asombrosa. Recuerdo la Corporación Patriótica Privada de Pachuca, Hidalgo, el Club Liberal Juárez-Ocampo de Tula, Tamaulipas; el Club Liberal Melchor Ocampo de Puebla, Puebla; el Club Liberal Benito Juárez de Rayón, San Luis Potosí; la Sociedad Liberal Sánchez Camacho de Minas Nuevas, Chihuahua; el Club Liberal Villaldamense de Villa Aldama, Nuevo León; el Club Gregorio Méndez de Villa Paraíso, Zacatecas; el Club Sebastián Lerdo de Tejada de Veracruz, Veracruz; el Club El Nigromante de Chignaguapan, Puebla; el Club Liberal Ignacio Ramírez de Molango, Hidalgo; el Club Liberal Esteban Coronado de Chihuahua, Chihuahua, y muchísimos más cuyos nombres he olvidado. Los periódicos *Regeneración* de México —en el que trabajaba Ricardo Flores Magón— y *Excélsior* de Veracruz, donde trabajaba Santiago de la Hoz, nos apoyaron con entusiasmo.

El Congreso Liberal

En medio de una gran expectación, se reunió en San Luis Potosí, el Congreso Liberal convocado por el Club Ponciano Arriaga, el 5 de

febrero de 1901. Las resoluciones más importantes se refirieron a las medidas de organización de la Confederación de Clubes Liberales de la República Mexicana, a la lucha anticlerical y a las garantías de la impartición de la justicia, exigiendo responsabilidades a los funcionarios, aseguramiento de la libertad de prensa y autonomía del municipio. Se adoptó además un Manifiesto a la Nación, una resolución condenando la nefasta política de conciliación y una felicitación al pueblo bóer por su magnífica lucha contra el imperialismo inglés.

Persecuciones

Naturalmente que las persecuciones no se hicieron esperar…

—Efectivamente. De un escrito de aquella época, elevado por mí en carácter de presidente del Club Ponciano Arriaga, podemos extractar las siguientes: el Club de Lampazos, Nuevo León, fue destruido, pues sus integrantes fueron encarcelados y sentenciados; Antonio Díaz Soto y Gama fue condenado a cuatro meses de prisión por haber pronunciado un discurso de defensa de Juárez y condenación de la política de conciliación; Medel, preso en Morelia por sus críticas al clero; Ricardo y Jesús Flores Magón, por la brillante lucha de su periódico *Regeneración*, sepultados en el nauseabundo Belén; Escalante, enfermo de gravedad, encerrado en sórdida prisión en Cuicatlán, Oaxaca, por el solo delito de ser liberal; el Club *Regeneración* de Pichucalco, Chiapas, disuelto por orden del jefe político; el Club de San Nicolás Tolentino, de San Luis Potosí, perseguido por el reaccionario presidente municipal del lugar. Pero todas esas persecuciones no nos desmoralizaban. Durante los últimos meses del año de 1901, luchamos en todo el país en defensa de nuestras organizaciones y contra las persecuciones constantes. El 4 de noviembre de 1901, convocamos al Segundo Congreso de los clubes liberales en la República para

el 5 de febrero de 1902. El temario del Congreso era el siguiente: 1° Manera de complementar las Leyes de Reforma y de hacer más exacta su observancia. 2° Medidas encaminadas a hacer efectiva la libertad de imprenta. 3° Manera de implantar prácticamente y de garantizar la libertad de sufragio. 4° Organización y libertades municipales y supresión de los jefes políticos. 5° Medidas prácticas y legales para favorecer y mejorar la condición de los trabajadores en las fincas de campo y para resolver el problema agrario y el del agrio. 6° Medios de afirmar la solidaridad, defensa y progreso de los Clubes Liberales, y 7° Temas no especificados que los clubes propongan.

—¿Llegó a reunirse el Congreso?

—No. Semanas antes fuimos objeto de una provocación. Habiéndonos pedido por interpósita persona el general Bernardo Reyes —entonces ministro de la Guerra— que le postuláramos para la presidencia de la República y habiendo rechazado su petición, ardió en ira y empezó a intrigarnos con el general Díaz, ofreciéndosele para disolver nuestras organizaciones. Al efecto, dio instrucciones al gobernador del Estado, ingeniero Blas Escontría, al jefe de la zona, general Kerllegan y su esbirro, el entonces diputado federal, licenciado Heriberto Barrón, para realizar tales fines. Esto ocurrió la noche del 24 de enero de 1902. Barrón, asistente a una Conferencia organizada por el Club Ponciano Arriaga, provocó un tumulto, insultando a los directivos y disparando su pistola, lo que era una señal para que los esbirros que estaban al acecho se lanzaran sobre las personas que salían atemorizadas. A mí me invitaron a salir a nombre del jefe político, Gustavo Alemán, y del jefe de la policía, pero me negué a ello. Entonces rodearon mi casa y me amenazaron con derribar las puertas, y aprehenderme con violencia, intimaciones a las que no cedí. Junto conmigo estaban Librado Rivera y mi hermana. Al día siguiente, una persona

muy venerable vino a rogarme de parte del licenciado José María Aguirre y Fierro, juez de distrito, compañero de mi padre y de mi tío y que había acompañado a Juárez en su peregrinación hasta la frontera, que me presentara ante él, pues había sido acusado. Accedí a esa petición y entonces se me procesó, encarcelándoseme en la Penitenciaría del Estado.

—¿Cuánto tiempo duró en prisión?

—Once meses. Una parte de mi prisión la pasé en la Penitenciaría, donde continuábamos trabajando, editando inclusive un periódico, *El Demófilo*, que causó gran escozor. Defendíamos a los presos y continuábamos la propaganda contra el régimen. Seguramente esto influyó en un ilegal traslado a un cuartel donde nos volvieron a incomunicar. Pudimos hacer llegar al juez de distrito el conocimiento de nuestra situación y este intervino. Luego fuimos trasladados a México, José María Facha y yo, permaneciendo en la Penitenciaría de San Luis hasta la extinción de su condena, Librado Rivera y Juan Sarabia, este último director del *Hijo del Ahuizote*.

"En la Cárcel de Belén completamos Facha y yo la condena de once meses. Algunas semanas antes de salir, me visitaron los licenciados Pablo Macedo y Joaquín Casasús, quienes, como «científicos» y enemigos de Reyes, venían a proponerme que cesara en mis ataques a Díaz. Yo les contesté que si pensaban que iba a abandonar mi lucha contra el régimen, por temor a las persecuciones, que mejor no me molestaran. Salí luego en libertad y me dediqué a reorganizar el Partido Liberal, lo que llevábamos a cabo participando en este trabajo Santiago R. de la Vega, Alfonso Cravioto, doña Juana B. Gutiérrez de Mendoza, Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Librado Rivera, Alfonso Arciniegas, Rafael A. Vélez, sus hijas Refugio y Dolores Vélez, Santiago de la Hoz y otros cuyos nombres no recuerdo.

Exiliados

¿No les estorbaban?

—Sí. Pero… nos ingeniábamos para luchar, para editar nuestros periódicos, para mantener el ánimo levantado. En el año de 1903, el aniversario de la batalla del 2 de abril, se efectuó una manifestación en la ciudad de Monterrey, de apoyo a la candidatura del licenciado Francisco Reyes, muy querido por el pueblo. Como también jugaba para reelegirse Bernardo Reyes, enfurecido al ver la alegría popular expresada en una manifestación enorme, al desembocar esta en la Plaza de Armas, ordenó que los soldados y policías que estaban en el Palacio de Gobierno, dispararan sobre los inermes manifestantes. La mortandad fue terrible.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Acusamos al general Bernardo Reyes ante la Cámara de Diputados, la que dio entrada a la acusación, constituyéndose en gran jurado. Más por consigna del general Díaz, se absolvió al criminal Reyes y nosotros, responsables de "acusación temeraria", fuimos procesados y perseguidos, razón por la que tuvimos que exiliarnos del país, huyendo a los Estados Unidos, desde donde continuamos, sin descanso, la lucha contra la tiranía.

Acayucan

—Pero —interviene Teodoro Hernández—, la lucha no menguaba por la ausencia de los principales dirigentes don Camilo Arriaga, Ricardo Flores Magón y otros. Por el contrario, se extendía, cobraba un contenido profundamente popular y obrero. Así estalló la huelga de Cananea, en Sonora, y el magnífico movimiento campesino de Acayucan…

—¡Cuéntenos algo de Acayucan! —le rogamos.

—De los clubes liberales Vicente Guerrero de Chinameca, Gómez Farías de Coatzacoalcos y Sebastián Lerdo de Tejada de

Veracruz, salieron los agitadores de las jornadas de Acayucan, cuyos jefes fueron Hilario C. Salas y Enrique Novoa. Cándido Donato Padua, mutilado de la revolución, figuró destacadamente en las luchas de esos días…

—¿Cómo surgió el conflicto?

—Ante la ausencia de Romero Rubio, que tenía algunos bienes en la región. Traspasó sus propiedades a la Compañía Pearson, que realizaba exploraciones en las zonas petroleras del Golfo. Localizados los lugares donde se tenían sólidas presunciones de que había petróleo, se procedió a despojar a los indígenas de la sierra de San Pedro Soteapan de sus tierras. Esto produjo un terrible descontento, que aprovecharon los liberales, especialmente Salas, para organizar primero la lucha contra el desalojo de los indígenas y, más adelante, la lucha armada con todas sus consecuencias.

—Sabemos que la lucha fue sangrienta…

—Así fue. En septiembre de 1906, se arrojaron sobre los campesinos que habían recobrado la posesión de sus tierras por su propia fuerza tropas federales y rurales. Asaltaron los poblados, saquearon los escasos bienes de los habitantes, violaron a las mujeres y a las niñas; asesinaron por doquiera y procedieron, finalmente, a incendiar pueblos enteros. Se trataba de hacer un "escarmiento" en toda regla. Uno de los dirigentes de la matanza fue Demetrio Santibañez, entonces jefe político de Minatitlán; más tarde asesino de Jesús Carranza, hermano de don Venustiano.

—¿Cuál fue la característica principal de la lucha de Acayucan?

—Su profundo contenido agrario, reivindicador de lo esencial para las masas campesinas: la tierra. Por ello tuvo una resonancia enorme, un apoyo entusiasta de las masas en toda la región donde se desarrollaron los acontecimientos. Y a pesar de la tremenda desigualdad de fuerzas, el movimiento liberal tuvo éxito, pues casi llegó a tomar Acayucan. Cuando finalmente fue vencido, Salas y

otros dirigentes pudieron escapar, protegidos fraternalmente por los campesinos y los indígenas. Muchos de los que cayeron presos y no fueron muertos, los encerraron en San Juan de Ulúa, donde permanecieron largos años…

Acayucan, Las Vacas, Jiménez, Cananea, Río Blanco, la guerra del Yaqui. Van surgiendo ante nosotros las luchas grandiosas de nuestro pueblo, que fueron agrietando la sólida base de la dictadura que iba a hundirse estrepitosamente en noviembre de 1910.

Esas luchas, muchas ignoradas, otras olvidadas fueron como veneros que permearon las murallas de la tiranía y anularon su resistencia. No, 1910, nuestra larga lucha, el fruto de la Constitución, los artículos 27 y 123, no son accidentales. Fueron engendrados en la lucha de los precursores, en sus escritos, en sus periódicos ilegales, en las cárceles, en las siniestras "tinajas" de San Juan de Ulúa.

Y un día aquellas fuerzas subterráneas, que eran obligadas a trabajar en la sombra y el disimulo, hicieron erupción y la ardiente lava de las masas campesinas y obreras barrió la tiranía vergonzosa del porfirismo.

A los sembradores, a los precursores, a los primeros que abrieron los senderos y levantaron la antorcha, a los que con voz airada lanzaron al tirano el odio del pueblo, debe ir nuestro recuerdo. Porque ellos fueron la chispa que engendró el incendio purificador, del cual ha surgido un México distinto.

Futuro, junio de 1943

ROSALÍO BUSTAMANTE

Redacción de *Novedades*

Nació en San Luis Potosí el 4 de septiembre de 1882. Murió en Tampico, Tamaulipas, el sábado 23 de marzo de 1963, a los ochenta y un años. De adolescente abandonó sus estudios en el Instituto Potosino para unirse a los precursores de la Revolución. Se unió en 1904 a los Flores Magón en Estados Unidos. Es el único superviviente de los PRM (Precursores de la Revolución Mexicana) en 1906. (Para el señor Bustamante)

El único superviviente de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano que propuso el primer movimiento sedicioso contra el régimen porfirista en 1906, tras de una enérgica campaña escrita y que vino a ser precursora de la Revolución Mexicana, vive en Tampico en condiciones de salud difíciles y sujeto a las privaciones que resultan de las raquíticas pensiones que en méritos a sus servicios le tienen otorgados el gobierno federal y el municipio

de Tampico. Nos referimos a don Rosalío Bustamante, nacido en San Luis Potosí el 4 de septiembre de 1881.

Don Rosalío Bustamante, juntamente con los hermanos Ricardo y don Enrique Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, profesor Librado Rivera y Manuel Sarabia, todos estos ya extintos, lanzaron el Programa y el Manifiesto del Partido Liberal Mexicano, el 1 de julio de 1906, valioso documento que fue redactado en San Luis, Misuri, hasta donde este grupo había sido obligado a radicar por virtud de las persecuciones que el gobierno porfirista les hiciera con todo encarnizamiento.

El último párrafo del Manifiesto decía:

"Mexicano: Entre lo que os ofrece el despotismo y lo que os brinda el programa del Partido Liberal Mexicano, ¡escoged! Si queréis el grillete, la miseria, la humillación ante el extranjero, la vida gris del paria envilecido, sostened la dictadura; si preferís la libertad, el mejoramiento económico, la dignificación de la ciudadanía mexicana, la vida altiva del hombre dueño de sí mismo, venid al Partido Liberal que fraterniza con los dignos y los viriles, y unid vuestros esfuerzos a los de todos los esplendores de un astro que jamás dejará de brillar en el horizonte sereno de la Patria. Reforma, Libertad y Justicia. San Luis, Misuri, 1 de julio de 1906. —Presidente, Ricardo Flores Magón; vicepresidente, Juan Sarabia; secretario, Antonio I. Villarreal; tesorero, Enrique Flores Magón; primer Vocal, profesor Librado Rivera; segundo vocal, Manuel Sarabia; tercer Vvcal, Rosalío Bustamante".

Entrevistado por *Novedades*, el señor Rosalío Bustamante, que desgraciadamente padece de una sordera absoluta y que vive recordando siempre aquella época en que resulta y decididamente se enfrentó a la dictadura porfirista, celebró que un periódico de la importancia de Novedades se acordara de su modesta personalidad (textual) y por escrito nos expuso:

—En 1909, impresionado por los discursos escuchados en el Congreso de Clubes Liberales y en el Club Ponciano Arriaga, en San Luis Potosí, me di cuenta de la situación política del país bajo la dictadura de don Porfirio Díaz, y se formó el propósito de lucha contra el gobierno. Esto ocurrió desde febrero de 1901. Y ya en plena lucha, el 24 de enero de 1902 fue asaltado y disuelto el Club por el diputado Heriberto Barrón y militares disfrazados. Junto con 25 compañeros fuimos encarcelados durante cuatro días, a excepción del ingeniero Camilo Arriaga, Juan Sarabia y Librado Rivera, que siguieron presos. Pero continuaron en la brega antiporfirista. Colaboré en *El Porvenir*, *Acción*, *El Hombre Libre*, en San Luis Potosí, y en *El Hijo del Ahuizote* y *Excélsior*, de México, con don Camilo Arriaga, los Flores Magón, Santiago de la Hoz, Librado Rivera, Alfonso Cravioto y varios estudiantes.

"Pero los encarcelamientos, robos de imprentas y, por último, la prohibición de la circulación de los citados periódicos, obligaron a los hermanos Flores Magón, Sarabia, Rivera y de la Hoz a trasladarse a Laredo, Texas, quedándome yo en México para embarcar la imprenta. En Laredo celebraron mítines y escribieron artículos que se publicaron en hojas sueltas, como alcance de *El Hijo del Ahuizote*. Yo era el encargado de ello, pero una vil denuncia me llevó a prisión, donde estuve durante cuatro meses acusado de sedición. Estuve totalmente incomunicado. Obtuve mi libertad bajo fianza que otorgó el licenciado Rodrigo Gutiérrez Azcué. Estaba en la más completa inopia; entonces, don Filomeno Mata me dio un modesto empleo en *El Diario del Hogar*, pero más tarde, junto con mi esposa, doña Elena González de Bustamante, que con abnegación digna de todos los encomios me acompañó a mis aventuras revolucionarias como me sigue acompañando en mi vejez, trabajó en el *Daily Record* en México. Los hermanos Flores Magón me enviaron dinero para reunirme (con ellos) en San Luis,

Misuri, en donde se hallaban editando su periódico *Regeneración*, que ya me encargaba de distribuir en México hasta el instante en que me exilié, porque la policía me perseguía.

"En San Luis me reuní con Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan Sarabia y Antonio I. Villarreal, quienes redactaban *Regeneración*, mientras que Enrique Flores Magón, Manuel Sarabia, Librado Rivera y yo hacíamos los trabajos administrativos. Constantemente estudiábamos los problemas de la patria, los que desde el Club Liberal Ponciano Arriaga nos preocupaban hondamente a los liberales. Después de cambiar opiniones con los correligionarios de México, llegamos a la conclusión de que era inevitable la revolución para derrocar la dictadura de Porfirio Díaz e implantar un régimen de libertad y de mejoramiento social.

"Durante mayo y junio de 1908, Ricardo Flores Magón y Juan Sarabia, redactores del Manifiesto de la Junta Organizadora del Partido Liberal, que escribieron ellos, (suscrito por) Enrique, Rivera, Sarabia (Manuel), Villarreal y yo, Bustamante, siendo publicado en *Regeneración* el 1 de junio de 1906. Los Flores Magón y Sarabia se trasladaron a Canadá y luego a El Paso, Texas, para preparar el movimiento revolucionario que desdichadamente se frustró al intentarse la ocupación de Ciudad Juárez. Falto de recursos, quedé en San Luis luchando por ganarme la vida en un sinnúmero de trabajos, hasta 1911, en que triunfante la Revolución del señor Madero y libertado de San Juan de Ulúa don Juan Sarabia, este gestionó mi repatriación. Y desde entonces me dediqué a mi profesión de tenedor de libros, pues era preciso sostener a mi familia.

"Me enorgullece ser el único superviviente de la Junta Organizadora del Partido Liberal, pero no el único superviviente de los precursores de la Revolución, pues seguramente existen algunos otros en el país de los que en aquel entonces celebraron en el movimiento que preparó la Revolución. De momento,

solo recuerdo al licenciado Antonio Díaz Soto Y Gama, que fue de los fundadores del Club Ponciano Arriaga, y a don Teodoro Hernández, que actuó en Veracruz.

Nosotros preguntamos al héroe olvidado:

—¿Qué obtuvo de la misma Revolución?

Y su respuesta fue la siguiente:

—¿Que qué he obtenido por mi participación en el movimiento revolucionario? La satisfacción de ver plasmados mis aspiraciones y principios en la constitución que nos rige y una pensión del Gobierno Federal, más otra del estado por mis servicios durante doce años en la Tesorería Municipal.

Y agregó:

—Consecuentemente con mis principios, he colaborado en el movimiento de trabajadores. El 1 de julio de 1956 la Federación de Tamaulipas me otorgó un diploma conmemorativo que tengo en alta estima.

"Mi vida actual, ya inútil por los achaques de mis ochenta años, apacible al lado de mi abnegada esposa que ha compartido conmigo las peripecias de mis luchas.

Y la pregunta final:

—¿La Revolución ha cumplido con los propósitos y fines que la motivaron?

—La Revolución ha cumplido en parte con los propósitos y fines, ¡pero todavía le falta!

SANTIAGO DE LA HOZ

Teodoro Hernández

Este talentoso escritor e inspirado poeta nació en el puerto de Veracruz en 1882. Desde niño comenzó a sentir odio por los tiranos y los déspotas, y a los veinte años de edad se inició abiertamente en las luchas populares. En 1900 fundó en su tierra natal el Club Liberal Sebastián Lerdo de Tejada y el periódico *Excélsior* para combatir la dictadura porfirista.

En 1903 marchó a la Ciudad de México para unirse a los Flores Magón, Juan Sarabia, Soto y Gama y otros vibrantes periodistas revolucionarios. Volvió a publicar *Excélsior* para combatir la sexta reelección del general Díaz, y colaboró brillantemente en *El Hijo del Ahuizote*, en donde publicó toda una larga serie de enérgicas notas condenando con sin igual entereza los abusos y los crímenes de la tiranía, y defendiendo virilmente a los periodistas independientes que eran perseguidos sin piedad en toda la República.

Fue encarcelado en Belén, y a fines del mismo año emigró a los Estados Unidos en compañía de los Flores Magón y Juan Sarabia a continuar con la campaña periodística contra el régimen de Díaz.

Pero la desgracia perseguía al joven luchador. El 22 de marzo de 1904 fue a bañarse al Río Bravo junto con sus compañeros de destierro, pereciendo ahogado en las aguas turbulentas del río cuando iba a cumplir veintidós años de edad. Alfonso Cravioto dice refiriéndose a su sentida muerte: "Una tarde siniestramente bella como las rosas envenenadas de Lucrecia, De la Hoz se bañaba en el Río Bravo. Lo rodeaban sus hermanos de corazón y de idealismo. Tenía la soberana altivez de los gladiadores del Circo; su pecho palpitaba con ardores juveniles; su frente esplendía con el fuego de los pensamientos inmortales…. Las aguas no quisieron abandonar tanta grandeza y aprisionaron para siempre, entre sus brazos traidores y sutiles, el cuerpo del gran desventurado….".

El 22 de marzo de 1904, sucumbió el esforzado joven veracruzano, Santiago de la Hoz, víctima de las traidoras ondas del Río Bravo del norte.

Santiago murió a la temprana edad de veinte años. Perseguido tenazmente por el régimen de la dictadura, hubo que expatriarse en compañía de los hermanos Flores Magón y de Juan Sarabia, después de haber sufrido reclusión en las mazmorras de Belén, donde no faltaron esbirros que lo rodearan de toda suerte de miserias.

No fue Santiago de la Hoz, magüer sus pocos años, uno de esos luchadores improvisados, sino uno de esos espíritus facetados que saben lo que quieren y adónde van, aun comprendiendo los grandes sacrificios que les esperan. Su recuerdo va unido a otro tristísimo para mí: al de la muerte de mi padre en Veracruz, acaecida el 24 de octubre del año de 1900. La noche de ese día, reunidos varios jóvenes entonces en torno al cadáver de mi padre, acordamos fundar

el Club Lerdo de Tejada, conforme a las bases del Club Liberal Ponciano Arriaga, de San Luis Potosí. Desde entonces empezamos la lucha contra el régimen del general Porfirio Díaz aquellos jóvenes reunidos en el hogar de duelo, de los cuales algunos torcieron la ruta y otros se retiraron de la dura brega, decepcionados o abatidos. ¡Como en un reflejo lejano viene a mí la remembranza evocada de aquella solemne fecha!

El desaparecido sabía que una lucha social se podía descubrir en el entrevero de aquella época. Alguna vez dijo a quien esto escribe que lo visitaba en su fatídica prisión, que él preveía para un futuro no muy lejano una revolución; pero no una revolución como las que se habían registrado anteriormente, sino una gran revolución que sacudiría y removería todos los escombros y las ruinas morales de la época citada. Una gran revolución cuyos ecos repercutían infinitamente y cuyo impulso vigoroso e incontrastable se proyectaría en el continente indoamericano.

Así fue como Santiago de la Hoz previó la lucha cruenta que había de surgir pocos años después; y así fue como se resolvió, el estremecimiento de una convicción profunda, a ser de los precursores de la Revolución Mexicana.

A raíz de la muerte trágica de Santiago, Alfonso Cravioto escribió un emocionante artículo de su memoria, un artículo "lúgubremente bello", en el que se decía: "La gratitud no llevará a tu morada eterna homenajes de siemprevivas y tributos de violetas. ¡Pronto, muy pronto, las enormes alas negras del cárabo siniestro del olvido, arroparán con sombras del olvido la paz de tu sepulcro! ¡Fuiste un gran bueno; por eso serás un gran olvidado!".

¡Pero no! los augurios de Cravioto no se cumplirán. Santiago de la Hoz no será olvidado. El grupo Precursores de la Revolución (1906) prepara un acto, que no por ser sencillo, será menos solemne y colecciona los trabajos políticos y literarios de aquel púgil para

darlos a conocer próximamente. Acaso gestione también la translación de sus restos que yacen en Laredo, Texas, a esta ciudad o a la de Veracruz.

"No lo acompañarán los olvidos en la tumba como la desgracia lo acompañó en la vida".

El mismo Cravioto presintió, aunque con cierta incertidumbre, que no sería indefinido ese olvido, cuando al final de su doliente prosa, expresa: "¿Mañana?...¡Ah! ¡Mañana.... quién sabrá!".

El Universal Gráfico, 22 de marzo de 1932.

CARTA A SU ABOGADO

Ricardo Flores Magón

Señor licenciado Harry Weinberger
Nueva York, Nueva York

Mi querido Harry Weinberger:
Su carta de 25 del pasado abril, y una copia de la que el señor Daugherty escribió a usted, fueron recibidas.

Desea usted que le suministre los datos relativos a mi sentencia que terminó en 19 de enero de 1914; pero para que usted pueda juzgar si he sido, o no, víctima de una conspiración encaminada a retener en la esclavitud al peón mexicano, voy a dar a usted un extracto de la persecución que he sufrido desde que me refugié en este país. Más, antes de seguir adelante, debo rogarle que me perdone el substraer su atención de otros negocios que, indudablemente, serán de mayor importancia que el mío.

Después de pasar años, muchos años, en una lucha desigual por medio de la prensa y de los clubes políticos en la Ciudad de México, en contra del cruel despotismo de Porfirio Díaz; después de haber sufrido repetidos encarcelamientos por mis creencias políticas, desde que tenía yo diecisiete años de edad, de que en varias ocasiones hube escapado casi milagrosamente de la muerte a manos de asesinos alquilados, en aquel negro periodo de la historia mexicana, cuando la costumbre del gobierno era la de silenciar la voz de la verdad con el fusilamiento, el puñal o el veneno. Después de que el Poder Judicial, por decreto de 30 de junio de 1903, me prohibió no solamente escribir para mis propios periódicos, sino aun colaborar en otros, habiendo sido mis plantas de imprentas secuestradas sucesivamente por el gobierno y estando mi vida en peligro, decidí venir a este país, que yo sabía era la tierra de los libres y la patria de los bravos, para continuar mi trabajo de educar a las masas mexicanas.

El 4 de enero de 1904 me vio poner pie en tierra, casi sin dinero, pues todo lo que llegué a poseer había sido secuestrado por el gobierno mexicano, pero rico de ilusiones y esperanzas de justicia social y política. *Regeneración* hizo su reaparición en suelo norteamericano en noviembre de 1904. Al siguiente diciembre, un asesino enviado por Díaz entró a mi domicilio, y me hubiese apuñalado por la espalda a no ser por la pronta intervención de mi hermano Enrique, que casualmente estaba cerca. Enrique arrojó fuera al rufián. Las circunstancias que mediaron en este asalto brutal prueban que fue preparado por ciertas autoridades y que hasta fue previsto un posible fracaso en la empresa del rufián, porque cuando este cayó en la banqueta, una nube de agentes del orden público invadió mi casa. Enrique fue arrestado, encarcelado, y finalmente multado por perturbar el orden público… Envalentonado por la protección que gozaba, el rufián forzó nuevamente la entrada de

mi casa. En esta ocasión telefoneé a la policía: el hombre fue arrestado y yo fui instruido para aparecer ante el juez al día siguiente temprano. Cuando llegué al juzgado de policía, el hombre había sido ya puesto en libertad. Viendo que mi vida era considerada con tal ligereza por aquellos que claman estar investidos de autoridad para velar por los intereses y vidas humanas, decidí peregrinar al norte, y en febrero de 1905, *Regeneración* reanudó su publicación en San Luis, Misuri.

En octubre de ese mismo año, nuevas calamidades cayeron sobre mí. Un funcionario del gobierno mexicano, llamado Manuel Esperón y de la Flor —quien sostenía la peor clase de esclavitud en el distrito de su dominio, a causa de que él mataba a hombres, mujeres y niños, al igual que acostumbraban hacerlo los señores feudales—, fue escogido por Díaz para venir a presentar demanda por lo que él consideraba ser un artículo difamatorio, que fue impreso en *Regeneración*, y que trataba sobre el despotismo por él desplegado sobre los infortunados habitantes del distrito por él controlado. Se presentó acusación de libelo; y junto con mi hermano Enrique y Juan Sarabia fui arrojado a la cárcel. Todo fue secuestrado en la oficina del periódico: imprenta, máquinas de escribir, libros, muebles, etcétera, y vendido aún antes de que se nos hiciera jurado.

Un detalle que ilustra la connivencia habida entre las autoridades, mexicanas y norteamericanas para perseguirme puede ser visto en el hecho de que el administrador de correos de San Luis me llamó a sus oficinas con el aparente propósito de obtener de mí algunos informes acerca de las cuentas administrativas del periódico; pero en realidad para dar oportunidad a un espía de la Agencia Pinkerton a que me viera para que, más tarde, pudiera identificarme. El espía estaba ya en la oficina del administrador de correos cuando llegué atendiendo a la cita. Este mismo espía dirigía a la policía que nos arrestó.

Después de varios meses de languidecer en una celda, fuimos puestos en libertad bajo fianza, hallando, al salir, que el privilegio de segunda clase para *Regeneración* había sido cancelado por el administrador general de correos, basándose en el deleznable pretexto de que más de la mitad de los ejemplares de cada tiraje del periódico circulaba en México y de que en México se estaba tramitando nuestra extradición, para pedir que fuéramos entregados a las autoridades mexicanas. Pagamos a nuestros verdugos el monto de la fianza, y en marzo de 1905 tomamos refugio en Canadá por estar seguros de que la muerte nos esperaba en México. En aquella época bastaba con que Díaz pidiera que se le mandara cualquier persona para que esta fuera conducida secretamente a través de la frontera y fusilarla.

Estando en Toronto, Ontario, Quebec, *Regeneración* se publicaba en San Luis. Pero los agentes de Díaz encontraron al fin dónde estábamos, e informados de sus intenciones evadimos ser arrestados marchando a Montreal, Quebec. Pocas horas después de haber salido de Toronto, la policía llegó al domicilio abandonado. Hasta la fecha ignoro cómo pudo Díaz usar en nuestra contra a las autoridades canadienses.

Mientras que estábamos en Montreal, los compañeros mexicanos planeaban en México un levantamiento armado para derrocar al salvaje despotismo de Porfirio Díaz. Secretamente marché a la frontera mexicana en septiembre de 1906 para participar en el generoso movimiento. Mas mi presencia en El Paso, Texas, aunque tenida estrictamente en secreto, fue descubierta por los esbirros norteamericanos y mexicanos, quienes, en octubre del mismo año, asaltaron el cuarto donde tenía yo que conferenciar con algunos de mis compañeros. Antonio I. Villarreal, que ahora es ministro de Agricultura en el gabinete de Obregón, y Juan Sarabia, fueron arrestados. Yo escapé, poniéndose precio sobre mi cabeza. Un

premio de veinticinco mil dólares fue ofrecido por mi captura, y cientos de miles de hojas sueltas con mi retrato y descripción personal se hicieron circular por todo el Suroeste y pegados en las oficinas de correos y otros lugares prominentes con el premio tentador. Sin embargo, tuve éxito en evadir el arresto, hasta agosto 23 de 1907, cuando con Librado Rivera y Antonio I. Villarreal fui hecho prisionero en Los Ángeles, California, sin las formalidades de orden de arresto.

La intención de los perseguidores era la de enviarnos a través de la frontera, como lo habían hecho ya con Manuel Sarabia, en junio del mismo año, y por esta razón ellos obraron sin llevar orden de arresto. Manuel Sarabia era uno de mis asociados. Sin orden de aprehensión fue arrestado en Douglas, Arizona, por las autoridades norteamericanas, y en el peso de la noche fue entregado a los rurales mexicanos, quienes lo llevaron al lado mexicano. Toda la población de Douglas se agitó en contra de dicho crimen, y la intranquilidad que produjo fue tan intensa, que Sarabia fue devuelto a los Estados Unidos tres o cuatro días después, y en donde fue puesto inmediatamente en libertad.

Nosotros evitamos ser plagiados a México gritando por las calles las intenciones de nuestros aprehensores. Una gran multitud se reunió; y fue necesario a nuestros plagiadores llevarnos a la estación de policía y manufacturar rápidamente alguna acusación en nuestra contra. Nuestro abogado, Job Harriman, obtuvo una declaración, certificada por notario público, que creo fue enviada al Ministerio de Justicia, en la cual se asegura que un tal Fourlong, jefe de una agencia de policía secreta en Sain Luis confesó que estaba empleado y pagado por el gobierno mexicano y que su propósito era el de pasarnos secretamente a través de la frontera mexicana.

Acusación tras acusación fue presentada en nuestra contra, variando en importancia desde la de haber hecho resistencia a un

policía hasta la de robo y asesinato. Todas estas acusaciones fueron refutadas con éxito por Harriman; pero mientras tanto, nuestros perseguidores estaban falsificando documentos, aleccionando testigos, etcétera, hasta que, por último, fuimos acusados de haber violado las leyes de neutralidad prestando ayuda material a los patriotas para que se levantasen en armas en contra de Porfirio Díaz. Estos documentos falsificados y testigos aleccionados fueron examinados por el comisionado federal en Los Ángeles, y como consecuencia de ello, después de estar más de veinte meses presos en la cárcel del condado, fuimos enviados a Tombstone, Arizona, para ser juzgados ahí.

Basta con leer las declaraciones hechas por los testigos del gobierno ante el comisionado federal en Los Ángeles y después ante el juez, durante nuestro jurado en Tombstone, para que se vea que ellos testificaron falsamente, ya sea en uno o en ambos lugares.

Peritos presentados por la defensa probaron que los documentos aportados por la defensa eran groseras falsificaciones. Fuimos, sin embargo, sentenciados a diez y ocho meses de prisión, cuya sentencia cumplimos en Yuma y en Florence, Arizona, siendo puestos en libertad en 1 de agosto de 1910, después de haber pasado tres años tras las rejas de prisión.

En junio de 1911, fui arrestado junto con mi hermano Enrique, Librado Rivera y Anselmo L. Figueroa, acusados de haber violado las leyes de neutralidad, por enviar hombres, armas y municiones a los que combatían en México en contra de esa forma de esclavitud vergonzosa conocida bajo el nombre de peonaje, que ha sido la maldición de cuatro partes de la población mexicana, según lo sabe todo el mundo.

Jack Mosby, uno de los testigos en perspectiva de la acusación, dijo en la silla de los testigos que el fiscal federal le había prometido toda clase de beneficios si declaraba falsamente en contra de nosotros. Fueron presentados por la parte acusadora testimonios

falsos, como fue probado por medio de declaraciones certificadas ante notario público, y dadas por los mismos testigos de la acusación después de que el jurado hubo pasado; documentos que deben estar archivados en el Ministerio de Justicia, adonde fueron enviados en 1912. En junio de 1912, después de un año de pelear el caso, fuimos enviados a la penitenciaría de la isla de McNeil a cumplir veintitrés meses de prisión, a que se nos condenó, habiendo sido puestos en libertad en enero de 1914. Figueroa murió poco después, como resultado de su encarcelamiento.

En 18 de febrero de 1916 fui arrestado, junto con mi hermano Enrique, por haber publicado en *Regeneración* artículos atacando la traición cometida en contra de los trabajadores por Carranza, que entonces era el presidente de México, y por haber escrito que los mexicanos, que en esos días estaban siendo asesinados por la policía rural texana, merecían justicia en vez de balas. A mí se me dio una sentencia de un año y un día, porque se esperaba que no viviría arriba de unos cuantos meses; pues se me levantó de la cama de un hospital para llevárseme a jurado. A Enrique le tocaron tres años. Apelamos la sentencia, y, finalmente, logramos ser puestos en libertad bajo fianza, mientras se decidía sobre la apelación que, por último, nos fue negada.

En 21 de marzo de 1918 fui arrestado con Rivera por haber publicado en *Regeneración* el Manifiesto por el cual fui condenado a veinte años de prisión y Rivera a quince. Las frases y significado del Manifiesto fueron declarados sediciosos por la parte acusadora, es decir, encaminados a provocar la insubordinación y amotinamiento de las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos.

Cualquiera persona de sentido común que lea el Manifiesto no puede llegar a tal conclusión, porque en realidad el Manifiesto es solamente una exposición de hechos y una advertencia oportuna a la humanidad entera acerca de los males que esos hechos pueden

ocasionar. En uno de sus párrafos está claramente expresado que nadie puede hacer una revolución, porque esta es un fenómeno social. El Manifiesto estaba encaminado a prevenir los males que una revolución lleva en sí misma, considerando la revolución desde un punto de vista científico, como un resultado mundial inevitable de las desarregladas condiciones del mundo. El Manifiesto no se refiere en lo más mínimo a la política del gobierno norteamericano durante la última guerra, ni da ayuda ni aliento a sus enemigos. No es germanófilo ni aliadófilo, ni tampoco señala especialmente a los Estados Unidos en su breve revista de las condiciones mundiales. Sin embargo, fue suficiente para que asegurara para mí una sentencia de vida tras las rejas del presidio. La persecución fue excesivamente severa en esta ocasión. Mi pobre esposa, María, fue encarcelada por cinco meses y ahora se halla libre bajo fianza esperando que se le haga jurado, por haber notificado a mis amigos acerca de mi arresto, para que ellos pudiesen prestarme su ayuda en mi defensa legal.

Después de leer esta exposición de hechos, extremadamente larga y espantosamente tediosa, ¿cómo puede cualquier persona creer que yo he sido legalmente encausado y de ninguna manera perseguido? En cada caso, y en flagrante contravención a la ley, mis fianzas han sido fijadas en sumas exorbitantes para así impedirme hacer uso de ese privilegio.

En cuanto a la veracidad de mis aserciones hechas en estas líneas, está mi honor de viejo luchador por la justicia.

El señor Daugherty dice que soy hombre peligroso a causa de las doctrinas que sostengo y practico. Ahora bien: las doctrinas que sostengo y practico son las doctrinas anarquistas, y desafío a todos los hombres y mujeres honrados de todo el mundo a que me prueben que las doctrinas anarquistas son perjudiciales a la raza humana.

El anarquismo tiende al establecimiento de un orden social basado en la fraternidad y el amor, al contrario de la presente forma de sociedad, fundada en la violencia, el odio y la rivalidad de una clase contra otra y entre los miembros de una misma clase. El anarquismo aspira a establecer la paz para siempre entre todas las razas de la tierra, por medio de la supresión de esta fuente de todo mal: el derecho de propiedad privada. Si este no es un ideal hermoso, ¿qué cosa es?

Nadie cree que los pueblos del mundo civilizado están viviendo en condiciones ideales. Toda persona de conciencia se siente horrorizada a la vista de esta continua lucha de hombres contra hombres, de este interminable engaño de unos y otros. El objetivo que atrae a hombres y mujeres en el mundo es el éxito material; y para alcanzarlo ninguna vileza es bastante vil. Ni bajeza lo bastante baja para desanimar a sus oradores de codiciarla.

Los resultados de esta locura universal son espantosos: la virtud es pisoteada por el crimen, y la astucia toma lugar de la honradez; la sinceridad no es más que una palabra, o a lo sumo una máscara tras de la cual sonríe el fraude. No hay valor para sostener las propias convicciones. La franqueza ha desaparecido y el engaño forma la pendiente resbaladiza sobre la cual el hombre encuentra al hombre en sus tratos sociales y políticos.

"Todo por el éxito", es el lema, y la noble faz de la Tierra es profanada con la sangre de las bestias contendientes…

Tales son las condiciones bajo las cuales vivimos nosotros, los hombres civilizados; condiciones que engendran toda clase de torturas morales y materiales, ¡ay!, y todas las formas de degradación moral y material. Las doctrinas anarquistas tienden a corregir todas esas influencias malsanas; y un hombre que profesa estas doctrinas de fraternidad y amor, nunca puede ser llamado peligroso por persona alguna razonable y honesta.

El señor Daugherty reconoce que estoy enfermo; pero cree que mi enfermedad puede ser atendida en la prisión de la misma manera que allá fuera.

Todas las circunstancias y cosas que rodean y que afectan a un enfermo, son de suma importancia para el tratamiento de las enfermedades, y nadie puede imaginarse que una prisión sea el lugar ideal para una persona enferma y mucho menos cuando la estancia de esa persona en la prisión se debe a que haya sido fiel a la verdad y a la justicia.

Los dignatarios del gobierno han dicho siempre que no hay en los Estados Unidos personas que sean retenidas en cautiverio a causa de sus creencias; pero el señor Daugherty dice en la carta que escribe a usted: "De ninguna manera da él señales de arrepentimiento, sino que, por el contrario, más bien se enorgullece de su desprecio a la ley… Por consiguiente, mi opinión es que hasta que él muestre una actitud diferente a la expresada en su carta a la señora Branstetter, debe él, al menos, estar preso… hasta agosto de 1925".

Los párrafos citados y la parte de la carta del señor Daugherty, en la que dice que se me considera peligroso a causa de mis doctrinas, son la mejor evidencia de que hay personas que están retenidas en prisión a causa de sus creencias sociales y políticas.

Si yo creyese que no es persecución, sino proceso legal el que ha sido ejercido en contra mía; si yo creyese que la ley bajo la cual se me ha dado un término de prisión por vida es una buena ley, sería yo puesto en libertad, según el criterio del señor Daugherty

Esa ley fue indudablemente una buena ley, pero para unas cuantas personas, para aquellas que tenían algo que ganar por medio de su promulgación. Mas, para las masas, tal ley fue mala, porque debido a ella miles de jóvenes norteamericanos perdieron sus vidas en Europa, muchos miles más fueron mutilados o de algún modo inutilizados para ganarse la vida, y debido a ella la colosal

carnicería europea, en la que decenas de millones de hombres resultaron muertos o mutilados por vida, recibió un enorme impulso y engendró la tremenda crisis financiera que está amenazando sepultar al mundo en el caos. Sin embargo, como lo he hecho constar anteriormente, yo no violé tal ley con la publicación del Manifiesto de 16 de marzo de 1918.

En lo que respecta a lo del arrepentimiento, al cual el señor Daugherty da tanta importancia, sinceramente declaro que mi conciencia no me reprocha de haber hecho algo malo; y por lo tanto arrepentirme de lo que estoy convencido ser justo, sería un crimen de mi parte; un crimen que mi conciencia jamás me perdonaría.

El que comete un acto antisocial puede arrepentirse, y es deseable que se arrepienta; pero no es honrado exigir promesa de arrepentimiento a quien no desea otra cosa que procurar libertad, justicia y bienestar para todos sus semejantes, sin distinción de razas o credos. Si algún día alguien me convenciera de que es justo que los niños mueran de hambre y de que las jóvenes mujeres tengan que escoger alguno de estos dos infiernos: prostituirse o morir de hambre; si hay alguna persona que pudiera arrancar de mí ese instinto elemental de simpatía que empuja a cada animal sociable a auxiliar a los demás individuos, de su propia especie, y la de que es monstruoso que el hombre, el más inteligente de las bestias, tenga que recurrir a las viles armas del fraude y del engaño si quiere alcanzar éxito; si la idea de que el hombre debe ser el lobo del hombre entra en mi cerebro, entonces me arrepentiré. Pero como esto nunca sucederá, mi suerte está decretada: tengo que morir en presidio, marcado como un criminal.

La obscuridad va envolviéndome ya, como si estuviera ansioso de anticipar para mí las sombras eternas dentro de las cuales se hunden los muertos. Acepto mi suerte con resignación viril, convencido de que tal vez algún día, cuando el señor Daugherty y yo

hayamos lanzado el último suspiro, y de lo que hemos sido quede solamente el nombre grabado exquisitamente sobre una lápida de mármol en un cementerio elegante, y del mío solamente un número, 14596, toscamente cincelado en alguna piedra plebeya en el cementerio de la prisión, entonces se me hará justicia.

Dando a usted muchas gracias por la actividad que ha desplegado en mi favor, quedo sinceramente suyo.

Ricardo Flores Magón

LA MUERTE DE RICARDO FLORES MAGÓN

Wiliiam C. Owen

Ricardo Flores Magón está muerto. Por lo general, la noticia de un fallecimiento no me afecta tanto. Este caso es distinto. No tanto porque, tras largos años de exilio y prisión, este indómito guerrero de la libertad falleciera en la cárcel. Un sentimiento mucho más profundo que la compasión e incluso que el afecto personal me afecta. Por razones que me cuesta dilucidar, esta muerte se me figura como la síntesis de una época, y despierta ideas y sentimientos que no atino a expresar con palabras. Presiento que una fuerza, que era esencial, dejó de funcionar.

Me parece que todos aquellos que desarrollaron relaciones de carácter íntimo con Ricardo Flores Magón han de sentir como yo. Algo puso en él una semilla singular, que le dio su carácter distinto, cualquiera que fueran las circunstancias. Siempre fue *alguien*, una fuerza que debía tomarse en cuenta, un carácter que no podía

pasarse por alto. Incluso los empleados de la corte y de la cárcel, que, debido a sus instintos antinaturales, lo consideraban una anomalía legal, estaban conscientes de este hecho, como constaté cuando hablé con ellos.

Creo que la explicación radica en que era un hombre profundamente sincero, inamovible en sus convicciones. Cualquier otra persona puede someterse al silencio. Él, por el contrario, tenía que hablar. Tan firme era su decisión de formar parte de esta gran conflagración contra la esclavitud humana, que debía combatir, personalmente, hasta su aliento final. Odiaba la opresión. La que fuera: del gobierno o del monopolio de la tierra, de la superstición religiosa o las grandes finanzas.

Sabía, como mexicano, que esto había arruinado la vida de su país. Como anarquista, entendía que tal es la fatalidad de los desheredados que, voluntariamente, renuncian a la libertad en todo el mundo.

Periódicamente, surge la justa indignación en cualquiera de nosotros. Magón, en cambio, era un volcán que nunca descansaba.

Si mal no recuerdo, fue en San Luis Potosí, hará unos treinta años, que Ricardo Flores Magón, un joven periodista aún, se volvió célebre. Podría decirse que saltó a la fama. El Partido Liberal celebró un congreso. Según la costumbre, todas sus protestas se dirigieron a la Iglesia Católica. Ricardo, en cambio, sobrepujó al congreso con un discurso de ataque directo a Porfirio Díaz, el dictador de México coludido con Wall Street, quien era en realidad el origen de los vicios del país.

En aquella época, atacar a la Iglesia era común y consabido. Atacar a Díaz no tenía precedentes y era muy arriesgado. Esta acción atrajo a Ricardo la amistad de Librado Rivera, quien desde entonces militó a su lado y en la actualidad se encuentra encarcelado en la prisión de Leavenworth. Ricardo, su hermano Enrique

y Librado se volvieron el blanco de la ira del dictador Díaz. El trío emprendió un trabajo enérgico de agitación con una finalidad muy clara, hasta que entendieron, tras varios encarcelamientos, que no podían continuar en México, y emigraron a Estados Unidos. Fueron ellos quienes iniciaron el incendio. Con una gran audacia empezaron el movimiento económico que a la larga condujo a Porfirio Díaz al destierro. En mi opinión, el hombre verdadero es quien sirve de motor al movimiento, y la brecha que abre lo conduce ineluctablemente a la cruz. Estoy completamente seguro de que Ricardo Flores Magón lo preveía con serenidad. En sus pláticas reconocía con estoicismo el precio que tendría que pagar.

Con demasiada frecuencia se dejaba llevar por el empuje de sus afinidades y antipatías, y difícilmente encontraba virtud alguna en sus adversarios. No así, sin embargo, en los problemas fundamentales, porque en ningún momento perdió el contacto con lo fundamental. Frecuentemente me pareció que sus juicios condenatorios eran injustos, pero también me di cuenta de que las personas que criticó en el pasado se convirtieron precisamente en la clase de políticos que Magón había predicho. Era el más destructivo y constructivo de los luchadores, y se hacía de legiones de amigos y enemigos por igual.

Me interesé en Magón leyendo México bárbaro, de John Kenneth Turner, y acabó por atraerme su odio apasionado contra un sistema social que sólo se preocupa por el dinero. Desde hace años, estoy convencido de que el culto al becerro de oro es el obstáculo más grande que enfrenta la humanidad en su progreso, obligatorio a la luz de las conquistas intelectuales de los últimos siglos. He encontrado muchos hombres y mujeres que comparten esta convicción conmigo, pero ninguno tan saturado de ella como Magón. Ricardo estaba convencido de que lo peor que podía pasar a México era caer bajo el yugo de Wall Street. Vio con claridad

el hecho de que la humanidad entera está atada a las ruedas del poderoso y brutalmente triunfal Carruaje del Dinero, y que debe liberarse a sí misma o perecer. Yo comparto esa idea. Analicé a la Revolución mexicana en su desarrollo, y constaté que la plutocracia local acaparó los tesoros del país. Ese proceso transformó mis nociones, antes teóricas, en convicciones sólidas.

Ricardo Flores Magón fue uno de los más poderosos escritores que produjo la Revolución. Salvo alguna ocasión en que se dejó llevar por rencillas deplorables, no gastaba su tiempo en tonterías. Siempre tocaba las cuerdas fundamentales con firmeza extraordinaria. A todo lo largo de su trabajo, enfatizaba las emociones más poderosos hasta lo heroico. Pedía demasiado del hombre. No sé si conociera la obra de Nietzsche. Lo dudo. En todo caso, parecía un Nietzsche, pero democrático. En esta clase de personajes siempre operan fuerzas similares: insisten a la par en lo excelente, en la realización de su respectivo ideal con urgencia y rectitud. Para esa meta no hay sacrificio demasiado grande.

No es mi propósito escribir una biografía ni un elogio. Me limito a evocar recuerdos personales que dan una medida de la estatura del hombre. Recuerdo que, a sabiendas de que lo perseguían, se negó a esconderse porque "el movimiento se desorganizaría". Cuando por fin lo sacamos de la cárcel, tras meses de lucha, fue directamente a las oficinas de *Regeneración* y se puso inmediatamente a contestar su correspondencia, labor a que dedicaba ocho horas diarias. Nunca me encontré a un propagandista tan activo, con excepción de su hermano Enrique. Vivía modestamente, y hasta donde sé, no tenía vicios. De hecho, no tenía tiempo para vicios.

En mi primera visita a las oficinas de *Regeneración* me llamó la atención un paquete enorme que sólo contenía folletos de *La conquista del pan*, de Kropotkin, para remitir a México. Durante años, estos hombres trabajaron así, cavando con tenacidad y sacrificio,

con recursos muy escasos. Su deseo era formar revolucionarios. Admiraban profundamente a Kropotkin. Admiración que considero justa y comparto.

Cuando reemplacé a John Kenneth Turner como editor de la sección en inglés de *Regeneración*, se tiraban 27 mil ejemplares. Algún dinero debía ganarse, mismo que se destinaba a comprar anuncios para el periódico. Había entre 600 y 700 periódicos en la lista de intercambio de noticias, y se recibían muchas del mundo hispano. Queríamos unificar la opinión hispana de América contra la invasión plutocrática del norte: poner un cerco a la constante amenaza de invasión estadounidense. Me parece que Ricardo consideraba que esto último era una de las aportaciones más importantes de *Regeneración*, y por eso se resistió a mudar el periódico a México, que yo le propuse con apremio hace algún tiempo.

En su libro *The Real Mexico*, Hamilton Fife, ahora editor del *Daily Herald*, se ocupa de la caída de Díaz, que Estados Unidos reconocía como una potencia de primer orden, con un ejército importante a sus órdenes. Fife dice que Díaz descuidó un importante factor: un hombre llamado Ricardo Flores Magón. Comparto esta apreciación. Creo que los hombres de Magón fueron el factor real que empujó a Díaz al destierro. Me parece un gran triunfo, del tipo que marca una época. Díaz era el hombre que, a decir de William Archer, vendió a su país a cambio de abalorios, con la indolencia de un niño que sopla burbujas de jabón. Su caída fue el primer obstáculo que la plutocracia del norte se encontró en su marcha arrolladora de conquista al sur.

Cuando Madero sucedió a Díaz en la presidencia, nombró al hermano mayor de Ricardo, Jesús, como parte del gabinete, y Jesús, como se sabe, trató de persuadir a Ricardo y Enrique de regresar a México, a cambio de seguridad y posiciones. Luego de persecuciones y encarcelamientos, como agitadores de la paz

plutocrática, vivían en la más absoluta pobreza. A pesar de todo, rechazaron esos ofrecimientos. Puede ser difícil, acaso imposible, entender las maniobras del ser mexicano, las formas de pensar de estos hombres, con su sangre india. No puede negarse que estos hombres —Ricardo, Enrique y Librado Rivera, quien aún se encuentra preso en Leavenworth— eran fanáticamente fieles a su ideal anarquista.

Ricardo Flores Magón está muerto. Sin duda, después de una vida de actividad febril, descansa en paz. Ni el encomio ni la condena podrían afectarlo. Murió en la prisión de Leavenworth, donde llevaba cumplidos cinco años de la salvaje sentencia de veinte que se le impuso por escribir artículos contra la leva. Padecía diabetes. Había perdido completamente la vista. Podía obtener su libertad si mostraba arrepentimiento, pero tal era imposible para una naturaleza como esta. En meses pasados, los trabajadores organizados de México habían promovido su liberación. Cuando murió, el Congreso mexicano se vistió de luto.

El gobierno mexicano solicitó los restos del mártir para dar sepultura digna a un luchador incansable de la causa de la emancipación que las masas —de México y del mundo— aún tienen que conquistar. Sus camaradas, en atención a los principios del mártir, rechazaron el ofrecimiento del gobierno para cubrir los gastos de su funeral.

Esperamos que el pueblo de Estados Unidos siga el ejemplo de este luchador, se yerga y exija la libertad de los muchos presos políticos encarcelados en estas mazmorras, mártires de su libertad de conciencia. Tal sería el más justo homenaje a la vida y memoria de Ricardo Flores Magón.

Freedom, Londres, December 1922

PRÁXEDIS GUERRERO HA MUERTO

Ricardo Flores Magón

Últimas noticias procedentes del representante de la Junta en la ciudad de El Paso, Texas, confirman los rumores que circulaban sobre la suerte que corrió en las montañas de Chihuahua el segundo secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal, Práxedis G. Guerrero.

"Guerrero ha muerto", dice el delegado de la Junta. En la gloriosa jornada de Janos dio su adiós a la vida Práxedis G. Guerrero, el joven libertario.

Práxedis ha muerto y yo todavía no quiero creerlo. He copiado datos, he tomado informaciones, ha analizado esos datos, he desmenuzado a la luz de la más severa crítica esas informaciones, y todas me dicen que Práxedis ya no existe, que ya murió; pero contra las deducciones de mi razón se levanta anegado en llanto mi sentimiento que grita: "No, Práxedis no ha muerto, el hermano querido vive…"

Lo veo por todas partes y a todas horas; a veces creo encontrarlo trabajando en la oficina en sus sitios favoritos, y al darme cuenta de su ausencia eterna, siento un nudo en la garganta. El hermano se fue, tan bueno, tan generoso.

Recuerdo sus palabras, tan altas como su pensamiento. Recuerdo sus confidencias; yo no creo que sobreviviré a esta revolución, me decía el héroe con una frecuencia que me llenaba de angustia. Yo también creía que tendría que morir pronto. ¡Era tan arrojado!

Trabajador incansable era Práxedis. Nunca oí de sus labios una queja ocasionada por la fatiga de sus pesadas labores. Siempre se le veía inclinado ante su mesa de trabajo escribiendo, escribiendo, escribiendo aquellos artículos luminosos con que se honra la literatura revolucionaria de México; artículos empapados de sinceridad, artículos bellísimos por su forma y por su fondo. A menudo me decía: qué pobre es el idioma, no hay términos que traduzcan exactamente lo que se piensa: el pensamiento pierde mucho de su lozanía y de su belleza al ponerlo en el papel.

Y sin embargo, aquel hombre extraordinario supo formar verdaderas obras de arte con los toscos materiales del lenguaje.

Hombre abnegado y modestísimo, nada quería para sí. Varias veces le instamos a que se comprara un vestido. Nunca lo admitió. "Todo para la causa", decía sonriendo. Una vez, viendo que adelgazaba rápidamente, le aconsejé que se alimentara mejor, pues se mantenía con un poco de legumbres. "No podría soportar —me dijo—, que yo me regalara con platillos mejores cuando millones de seres humanos no tienen en este momento un pedazo de pan que llevar a la boca".

Y todo esto lo decía con la sinceridad del apóstol, con la sencillez de un verdadero santo. Nada de fingimiento había en él. Su frente alta, luminosa, era el reflejo de todos sus pensamientos. Práxedis pertenecía a una de las familias ricas del estado de Guanajuato. En unión de sus hermanos heredó una hacienda. Con los productos

de esta hacienda pudo haber vivido en la holganza, cómodamente; pero ante todo era un libertario. ¿Con qué derecho había de arrebatar a los peones el producto de su trabajo? ¿Con qué derecho había de retener en sus manos la tierra que los trabajadores regaban con su sudor? Práxedis renunció a la herencia y pasó a unirse a sus hermanos los trabajadores, para ganar con sus manos un pedazo de pan que llevar a la boca sin el remordimiento de deberlo a la explotación de sus semejantes.

Era casi un niño Práxedis cuando, después de haber renunciado al lujo, a las riquezas, a las satisfacciones casi animales de la burguesía, se entregó al trabajo manual. No llegaba a las filas proletarias como un vencido en la lucha por la existencia, sino como un gladiador que se enlistaba en el proletariado para poner su esfuerzo y su gran cerebro al servicio de los oprimidos. No era un arruinado que se veía obligado a empuñar el pico y la pala para subsistir, sino el apóstol de una grande idea que renunciaba voluntariamente a los goces de la vida para propagar por medio del ejemplo lo que pensaba.

Y *El imparcial* llama bandido a este hombre magnífico. Con grandes caracteres esa hoja infame, al dar cuenta de los sucesos de Janos, dice que allí encontró muerte "el temible bandido de Guerrero".

¿Bandido? Entonces, ¿cuál es la definición de un hombre de bien? Ah, duerme en paz, hermano querido; ¡tal vez esté yo predestinado para ser tu vengador! Al hablar de Práxedis G. Guerrero, no es posible dejar de hacer mención de aquel otro héroe que cayó atravesado por las balas de los esbirros en la gloriosa acción de Palomas en el verano de 1908. ¿Os acordáis de él? Se llamó Francisco Manrique, otro joven guanajuatense que renunció a su herencia también para no explotar a sus semejantes. Práxedis y Francisco, bello par de soñadores, fueron inseparables camaradas a quien sólo la muerte pudo separar; pero por breve tiempo.

En el hermoso artículo que escribió Práxedis sobre la acción de Palomas dice refiriéndose a Francisco Manrique: "Conocí a Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en el mismo banco. Después, en la adolescencia, peregrinamos juntos a través de la explotación y la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serlo. Nadie como yo penetró en la belleza de sus intimidades; era un joven profundamente bueno a pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar de tempestades".

Práxedis era el alma del movimiento libertario. Sin vacilaciones puedo decir que Práxedis era el hombre más puro, más valiente con que contaba la causa de los desheredados, y el vacío que deja tal vez no se llene nunca, ¿Dónde encontrar un hombre sin ambición de ninguna clase, todo cerebro y corazón, valiente y activo como él? El proletario tal vez no se da cuenta de la enorme pérdida que ha sufrido. Sin hipérbole puede decirse que no es México quien ha perdido al mejor de sus hijos, sino la humanidad misma la que ha tenido esa pérdida, porque Práxedis era un libertario.

Y todavía no puedo dar crédito a la terrible realidad; a ratos me parece que va a llegar un telegrama consolador dando cuenta de que Práxedis está vivo. La verdad brutal no puede aniquilar en el fondo de mi corazón un resto de esperanza que arde como una lámpara de aceite próxima a apagarse. Y mi torturado espíritu cree encontrar todavía en sus sitios favoritos, en la oficina, donde tanto soñamos con el bello mañana de la emancipación social él y yo, al mártir, inclinado en su mesa de labores, escribiendo, escribiendo, escribiendo.

HISTORIA DE UN REFUGIADO POLÍTICO

L. Gutiérrez de Lara

Al llevar este artículo a la imprenta llegan noticias de México informando que la Revolución ha estallado en varios puntos del país. Debido a la actitud del gobierno que convirtió en una farsa las elecciones presidenciales del mes de junio, el pueblo se ha levantado para lograr por la fuerza lo que había esperado y tratado de obtener por medios pacíficos; es decir, restaurar el gobierno constitucional.

Por primera vez desde que Díaz se apoderó del gobierno de México, hace treinta y cuatro años, su régimen se ve seriamente amenazado. Aunque la Revolución seguramente triunfará en última instancia, de momento es imposible predecir el resultado de la insurrección. Podría ser controlada; pero si mañana se celebrara una elección honrada, Madero triunfaría sobre Díaz por diez votos a uno; desafortunadamente, las mayorías no cuentan en un país gobernado por la espada. Lo que cuenta es la organización militar,

y nada más. Díaz tiene 40 000 soldados regulares, casi 10 000 rurales y una tremenda fuerza policíaca secreta, todos perfectamente entrenados y armados hasta los dientes. Los revolucionarios, por su parte, tienen muchos partidarios, pero su organización es mediocre debido al espionaje excesivo a que están sometidos, y sólo cuentan con las armas que han logrado introducir de contrabando al país o comprar en pequeñas cantidades.

Se ve, pues, que por justa que sea la causa revolucionaria y por impopular que sea el gobierno, este debe ganar a menos que los rebeldes puedan conquistar para su causa una parte importante del ejército. Podrían conseguirlo siempre y cuando logren mantenerse en el campo de batalla durante las primeras semanas de lucha. Un noventa y siete por ciento del ejército mexicano está formado por hombres reclutados por la fuerza que seguramente preferirán pelear contra el gobierno y no a su lado. Cada soldado capturado se convertirá en un recluta revolucionario y cuando la revolución tenga una oportunidad razonable de vencer, el ejército se pasará a sus filas por regimientos y compañías enteras.

En el momento de escribir lo anterior, los Estados Unidos están enviando soldados a la frontera con el propósito evidente de hacer respetar las leyes de neutralidad. Si hacen solo eso y nada más, enhorabuena; pero como se verá en este artículo, la tendencia, en el pasado, ha sido pisotear la autoridad legal para cooperar con Díaz en el exterminio de sus enemigos. La mera presencia de tropas en la frontera es una amenaza para los mexicanos que residen en los Estados Unidos, quienes con absoluto derecho, desean regresar a su país y tomar parte en la lucha contra el gobierno. También representa una amenaza de intervención a corto plazo. Una de las contingencias que más temen los revolucionarios, cuando se vea que las huestes de Díaz no pueden enfrentárseles, es que los Estados Unidos, con el pretexto de proteger vidas y propiedades

americanas, intervengan en favor de Díaz.

John Kenneth Turner

Cuando llegué a los Estados Unidos, hace unos cuatro años y medio, como ciudadano mexicano, creía ciegamente que ningún hombre podía ser arrestado y encarcelado en este país a menos que hubiese cometido un delito. Y que un hombre honrado y respetuoso de la ley, como lo era yo y lo sigo siendo, fuese deportado por sus ideas políticas me parecía totalmente imposible.

Los mexicanos, como la gente bien informada del mundo en general, conocíamos la reputación de que goza vuestro país como un paraíso para los perseguidos políticos. Había oído hablar de los honores que vuestro pueblo ha concedido a Palma, Shurz, Garibaldi y Kosciusko, así como a otras muchas estrellas que iluminaron el camino pesado y tortuoso que conduce a la libertad política. Jamás había sabido que se deportara o encarcelara a ninguno de estos patriotas. En mi propio país —tan equivocadamente llamado república— un hombre puede ser encarcelado, despojado de sus negocios, privado de sus propiedades y hasta asesinado. Pero en los Estados Unidos, según se sabía, era diferente. Cuando llegué al lado norte del Río Grande tenía la absoluta seguridad de que cualquier individuo, americano o extranjero, por humilde y oscuro que fuera, tenía derecho a expresar sus propias ideas dentro de límites justos y respetuosos, sin ser castigado.

No me hice residente de vuestro país únicamente porque lo deseara. Hubiera preferido permanecer en mi tierra y luchar dentro de mis posibilidades en el movimiento iniciado para sacudir el yugo del cuello de mi pueblo. Me convertí en refugiado político para salvar mi vida. Confieso con orgullo que por mis venas corre sangre de los conquistadores españoles aunque en una mínima porción. Soy casi azteca puro. Mi familia es conocida en el noreste

de México desde mucho antes de nuestra independencia. Mi bisabuelo fue el primer enviado de Hidalgo a vuestra ciudad capital. Bancroft y otros historiadores hablan de sus hazañas en sus obras. Su nombre era Bernardo Gutiérrez de Lara; luchó durante toda la Guerra de Independencia y llegó a ser comandante en jefe de los ejércitos del norte de México. Más tarde, después de que Iturbide se nos impuso como emperador, después de ser desterrado del país y después de volver con la esperanza de reconquistar el poder, fue la postura inquebrantable de mi bisabuelo la que condujo a su arresto y ejecución. El general José María Mier, actual gobernador del estado de Nuevo León, pertenece a nuestra familia; mi hermano menor, el doctor Felipe Gutiérrez, ha prestado servicios importantes al Departamento de Salud de México.

Mi padre heredó una pequeña parte de la fortuna familiar, pero murió siendo yo niño y mi madre tuvo que estirar el resto de dicha fortuna para enviar a sus tres hijos a la escuela. Cuando cumplí dieciocho años salimos de Monterrey estableciéndonos en la capital, donde estudié derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En 1892 participé en una enorme manifestación en contra de la cuarta "elección" de Díaz, y cuando la policía y la soldadesca nos atacaron tratando de dispersar a los manifestantes, fui uno de los arrestados. Afortunadamente, en la confusión del acarreo de cientos de personas a las cárceles y estaciones de policía, logré huir, escapando así a meses de cárcel que muchos de mis compañeros de escuela tuvieron que sufrir, entre ellos Ricardo Flores Magón, que hoy es presidente del Partido Liberal Mexicano y, al igual que yo, un refugiado.

Los estudiantes de las instituciones públicas de México tienen prohibido participar en actividades políticas y la ley se hace respetar sólo cuando esas actividades políticas son contrarias al gobierno. En 1892 fueron expulsados muchos de mis compañeros; yo me salvé ese año, pero no el siguiente; fui expulsado por

criticar socarronamente a algunos figurones de nuestra aristocracia mezquina. Mi artículo apareció en el Diario del Hogar, que por supuesto fue suprimido por el gobierno precisamente antes de la "elección" de junio. Posteriormente, volvió a circular.

Después de mi expulsión de la escuela trabajé como empleado en una corte militar de la capital; estudié en la escuela para diplomáticos del departamento de Relaciones Exteriores y actué como juez en la ciudad de Parral, Chihuahua. Más tarde ejercí mi profesión en los estados de Chihuahua y Sonora. Y cuando trabajaba en Cananea ocurrieron los sucesos que me convirtieron en refugiado político, en un hombre errante y nostálgico en tierras extrañas.

La huelga de Cananea, incluso ahora después de tanto tiempo, me parece tema digno de un artículo. La historia fue casi totalmente falsificada en la prensa americana. El cónsul americano en Cananea, que al mismo tiempo era empleado de la Greene Cananea Copper Company, distorsionó de tal manera los hechos que fue despedido una semana después de iniciarse los problemas. La verdad es que el asunto de Cananea no fue en absoluto una guerra entre dos países, que las mujeres y niños americanos de Cananea jamás estuvieron en peligro. Fue una huelga industrial, simple y sencillamente, provocada por los promotores de la Greene Cananea Copper Company que planeaban "hacerse" con las acciones de Greene Cananea y comprarlas para ellos mismos.

La víspera de que estallara la huelga, Greene telegrafió pidiendo tropas mexicanas, pero fueron los hombres de Greene los que dispararon la primera bala. ¿Quién, si no Green, dictó los informes falsos que reprodujo la prensa americana? Fue él quien contrató a trescientos hombres de Arizona para que invadieran México con el pretexto de proteger a las mujeres y niños americanos. Después de controlado el primer alboroto, que en realidad no tuvo gran importancia, los hombres de Greene recorrieron las calles disparando sus

Winchesters sobre ciudadanos mexicanos. Finalmente, el gobernador Izábal, títere del vicepresidente Corral y socio de Greene, fue quien masacró a los huelguistas desarmados, reclutó a cientos de ellos para el ejército y, de no haber malentendido sus órdenes, me hubiera asesinado como lo hizo con sus otras víctimas.

Mi delito era haber asistido y hablado en una reunión de mineros días antes de la huelga, eso y nada más. En realidad la huelga fue una sorpresa para mí; sin embargo, la mañana del primero de mayo de 1906, me encontré como sardina enlatada en la cárcel de Cananea, acusado de "incitar" a la huelga. Tres días después, el vicepresidente Corral telegrafió una lista de 34 prisioneros, en la que aparecía mi nombre, ordenando que fueran sacados de la cárcel y fusilados.

Me salvé gracias a que el operador del telégrafo era mi amigo; este leyó el texto del mensaje al jefe de correos, también amigo mío, quien arriesgando su puesto y su libertad, telegrafió a mi hermano pidiendo ayuda. Mi hermano logró llevar el asunto hasta Díaz y este telegrafió al gobernador Izábal preguntando de qué delito se me acusaba. Malinterpretando el mensaje, Izábal me dejó en libertad y cuando se dio cuenta de su error, yo había desaparecido.

Llegué al suelo americano en un tren de carga y después de unos días, sintiéndome seguro, decidí viajar a México, disfrazado, y explicar a Díaz la verdad de los hechos, confiando que castigaría a los criminales de Cananea.

Díaz accedió a concederme una audiencia, pero constantemente posponía la fecha hasta que supe que Izábal se me había adelantado y que la policía me buscaba. Nuevamente hui a los Estados Unidos y milagrosamente logré llegar sano y salvo. En Douglas, Arizona, el cónsul mexicano trató de inducirme a cruzar nuevamente la frontera, pero no lo consiguió. En Naco, por la ventanilla del tren, ví hileras de soldados americanos y de rurales mexicanos; estos

esperaban mientras los americanos registraban el tren. Pensé que sería secuestrado y conducido al lado mexicano. Sigo creyendo que ese era el plan, pero una amable pasajera cantante de ópera con quien había conversado casualmente, me ocultó en su compartimento privado y logré escapar. Cuando el tren cruzó la frontera hacia México, el compartimento de la dama fue registrado tres días consecutivos por los rurales.

Llegué a Los Ángeles, California, en el otoño de 1906, y durante casi un año los agentes de Díaz me dejaron en paz. Trataba de encontrar un trabajo para sostenerme, pues cuando abandoné México me vi obligado a olvidarme de mi profesión. Mis conocimientos de inglés eran limitados y las oportunidades que había para los hombres de cierta educación, estaban vedadas para mí. Durante unos días trabajé en las calles, cosa que generalmente hacían los refugiados políticos. Pero logré vender unas propiedades mineras que tenía en México y pude vivir del producto de la venta. Escribí una novela en español, Los bribones, cuyo tema era la huelga de Cananea.

Fue más o menos en esa época cuando el Gobierno mexicano, usando de sobornos, perjurio y triquiñuelas políticas, trató de apresarme bajo sus garras.

La historia de mi persecución como refugiado político en tierras americanas es sólo una de tantas. Supongo, desde luego, que mi caso es insignificante ya que las hondas y flechas lanzadas contra mí solo eran incidentales, y no parte integral de la campaña emprendida contra los miembros del Partido Liberal Mexicano que habían escapado a este país. Además, no es mi intención hablar únicamente de mi propio caso. No soy, ni jamás he sido, miembro del Partido Liberal Mexicano, aunque siempre he simpatizado con sus elevados ideales. El partido nació en 1900 con el propósito de restaurar el gobierno popular abolido por Díaz hace treinta y

cuatro años, cuando condujo su ejército hasta nuestra capital y se proclamó presidente.

El Partido Liberal era un partido de paz, de derecho, de orden y progreso. No violaba ninguna ley ni intentaba hacerlo. Pero el gobierno ilegal de Díaz lo aplastó con los métodos de sangre y hierro propios de la barbarie. Sus clubes fueron asaltados, sus funcionarios encarcelados y sus publicaciones prohibidas; también sus editores fueron a prisión, otros al ejército y otros más vendidos como esclavos. Los que tenían propiedades fueron privadas de ellas. Todas y cada una de las garantías constitucionales de las naciones civilizadas fueron anuladas y cerrados los caminos pacíficos hacia una reforma. Estos son los métodos inevitables de un despotismo dispuesto a sostenerse en el poder. ¿Existe algún americano tan lerdo o envilecido, o tan olvidadizo de las proezas de sus abuelos, que pueda culpar a los liberales mexicanos por pensar en una revolución?

Sin embargo, debe recordarse que los líderes de ese movimiento progresista fueron perseguidos hasta sacarlos del país antes de que el partido adoptara un programa militar. En enero de 1904, Ricardo y Enrique Flores Magón llegaron a Laredo, Texas, con un grupo de compañeros. Casi inmediatamente empezó un hostigamiento sordo y constante contra ellos. Recuerdo que en 1905 y 1906, se hablaba de procesos por difamación, tanto penales como civiles, de demandas por daños a reputación presentadas por personas llegadas de México como instrumentos del gobierno de Díaz. Cuando fracasaron los primeros planes del Partido para una revuelta armada, planeada para septiembre de 1906, se informó de numerosos encarcelamientos, especialmente en Texas y Arizona, y de gran número de intentos para conducir a los refugiados al lado mexicano de la frontera con objeto de que el gobierno de Díaz se encargara de ellos con sus propios métodos sumarios. Algunos de

dichos intentos tuvieron éxito. Pero evidentemente estas detenciones no hubieran ocurrido, ni se hubieran llevado a cabo las deportaciones, ni siquiera se hubieran intentado, sin la cooperación de funcionarios americanos.

Si no considerara injusta y hasta ilegal esta cooperación de fuerzas gubernamentales de los Estados Unidos con Díaz para ayudarlo a aniquilar a sus enemigos políticos, y como una contravención en general del principio americano que garantiza la seguridad a refugiados políticos, no escribiría este artículo.

Algunos de los métodos empleados durante estos años en la campaña de deportación fueron, primero, instituir el proceso de extradición bajo cargos de "asesinato y robo"; segundo, deportación por el departamento de Inmigración por considerar a los refugiados "inmigrantes non gratos"; tercero, secuestro y conducción del secuestrado al otro lado de la frontera.

Entre los miembros del Partido Liberal cuya extradición fue solicitada en el curso de unos cuantos meses por cargos de "asesinato y robo", puedo mencionar a Librado Rivera, Pedro González, Crescencio Villarreal, Trinidad García, Demetrio Castro, Patricio Guerra, Antonio I. Villarreal, Lauro Aguirre, Ricardo Flores Magón y Manuel Sarabia. Hubo otros casos, pero no los conozco a fondo. Algunos procesos fueron en San Luis, otros en El Paso, Del Río, Texas, y Los Ángeles, California.

La base de los cargos en todos los casos, con excepción de uno o dos, fue el levantamiento de un club liberal de Jiménez, Coahuila. Durante este levantamiento una persona resultó muerta y la oficina de correos del gobierno perdió algún dinero. Por esa única muerte y por el dinero, cualquier mexicano que pudiera ser culpado de pertenecer al Partido Liberal, aunque jamás hubiera estado en Coahuila ni se hubiera enterado del levantamiento, estaba en peligro de extradición por "asesinato y robo". El gobierno de los

Estados Unidos gastó muchos miles de dólares procesando estas acusaciones, evidentemente sin base, aunque debo mencionar que algunos jueces federales lograron que tales acusaciones no tuvieran éxito. El juez Gray, de San Luis, y el juez Maxey, de Texas, sentenciaron que las ofensas eran de naturaleza política.

El plan para deportar a los refugiados políticos por medio del departamento de Inmigración tuvo más éxito. Según entiendo, las leyes de inmigración de los Estados Unidos establecen que si se descubre que un inmigrante es un criminal o un anarquista, o si ha entrado al país ilegalmente, siempre y cuando la averiguación se haga dentro de los tres primeros años de su llegada al país, los funcionarios de inmigración tienen derecho a deportar a ese inmigrante. En el caso de que el inmigrante sea considerada persona *non grata*, su caso no será revisado por los tribunales americanos, el inmigrante no podrá apelar y, con dos o tres excepciones, la palabra del agente de inmigración es ley. Resulta evidente que si tal agente no es un hombre honesto, o si está dispuesto a aceptar sobornos o a inclinarse ante las influencias, podrá, impunemente, enviar muchos hombres limpios y honrados a una muerte prematura.

Y es esto, precisamente, lo que se ha hecho. Estoy seguro que se hubiera hecho en mi caso de no haber intervenido la opinión pública.

Antonio I. Villarreal, secretario del Partido Liberal, estaba, como muchos otros, en peligro de ser deportado "bajo las leyes de inmigración". Después de intentarse la extradición por varios medios, sin éxito, fue enviado a los agentes de inmigración en El Paso, y cuando lo conducían a la frontera, logró huir en busca de su libertad.

En el otoño de 1906 un gran número de liberales mexicanos fueron arrestados en Arizona, entre ellos Lázaro Puente, Abraham Salcido, Gabriel Rubio, Bruno Treviño, Carlos Humbert y Leonardo Villarreal; varios más fueron deportados en grupo por los agentes de inmigración de Douglas. No hay excusa legal para

deportar un inmigrante por el hecho de ser refugiado político. Por otra parte, de acuerdo con vuestros principios americanos, dicho inmigrante tiene derecho a un cuidado especialmente solícito, precisamente por esta razón. Y sin embargo, todos estos hombres fueron deportados porque eran refugiados políticos, no por otra razón. Todos eran personas pacíficas y respetuosas. La ley, bajo ninguna circunstancia, permite la deportación si el inmigrante ha sido residente de este país por más de tres años y varios de los mencionados habían vivido más tiempo del citado en los Estados Unidos. Puente, quien editaba un periódico en Douglas, alegaba haber residido en este país ininterrumpidamente durante trece años.

En el caso de estos hombres puede citarse un abuso más de los agentes. En casos normales, cuando se decide deportar a un inmigrante, este simplemente es devuelto al país del que provino. Pero en el caso a que me refiero, el grupo de mexicanos liberales fue entregado a la policía mexicana esposado y las esposas americanas no fueron retiradas hasta que los prisioneros llegaron a la penitenciaría de Hermosillo en el estado de Sonora.

El gobierno mexicano, por su parte, no encontró delito alguno en estos hombres, excepto el de pertenecer al Partido Liberal. Y a pesar de ello todos y cada uno fueron enviados a prisión por largo tiempo.

Los secuestros no son registrados excepto cuando los secuestradores son aprehendidos. Por lo menos en el caso de los refugiados políticos, pues cuando el secuestro tenía éxito, los secuestradores se encargaban de que la víctima jamás pudiera contar lo sucedido. Existen muchos informes sobre secuestros de políticos mexicanos refugiados. Algunos liberales que fueron vistos cerca de la frontera, posteriormente desaparecieron y se supone que fueron víctimas de secuestro. Existen pruebas de varios de estos casos. Por ejemplo, unos detectives de la ciudad de San Luis, supuestamente a petición

de los agentes de Díaz, secuestraron a Librado Rivera y a Aarón Manzano y en secreto los condujeron a Irontown, Misuri. No tenían orden de arresto, no los presentaron ante ningún tribunal, no hicieron cargos, ni siquiera fueron registrados por la policía. Si un periodista amigo de San Luis no hubiera hablado de este acto ilegal, indudablemente las víctimas hubieran sido llevadas en secreto a la frontera y entregadas a las autoridades mexicanas.

También hay pruebas concluyentes de un plan para secuestrar a Magón, Villarreal y Rivera en Los Ángeles, en agosto de 1907 y para llevarlos al otro lado de la frontera. La evidencia es tanto circunstancial como directa. Pero entre todos, el caso más completo contra los secuestradores es el de Manuel Sarabia, segundo vocero del Partido Liberal. Sarabia se encontraba en Douglas, Arizona, trabajando como impresor bajo un nombre ficticio. El 30 de junio de 1907 se le acercó en la calle un *ranger* de los Estados Unidos, Sam Hayhurst, quien lo detuvo pistola en mano y sin orden de arresto lo encerró en la cárcel de la ciudad. Alrededor de medianoche Sarabia fue sacado de la cárcel, metido en un automóvil, atado y amordazado, y conducido al otro lado de la frontera donde fue entregado a una banda de rurales que lo esperaba. Estos amarraron a su prisionero en el lomo de una mula y durante cinco días, atravesando las montañas, lo llevaron hasta la penitenciaría de Hermosillo.

Antes de ser amordazado Sarabia gritó su nombre diciendo que lo estaban secuestrando, y eso lo salvó. Alguna persona que pasaba por el lugar de los hechos refirió lo que había escuchado. Douglas entero protestó, se celebraron mítines públicos de protesta, el gobernador y el presidente fueron informados del asunto y, finalmente, cuando los conspiradores se vieron descubiertos, decidieron entregar el prisionero. El *ranger* Wheeler hizo el viaje hasta Hermosillo para recogerlo. A su regreso a Douglas, Sarabia

no fue acusado ni arrestado. Se trató, eso sí, de sobornarlo para que abandonara la ciudad.

El caso de los conspiradores era evidente. El gobierno mexicano estaba involucrado a través de su representante local, el cónsul mexicano Antonio Maza; el gobierno de los Estados Unidos estaba involucrado a través del *ranger* Hayhurst. Y también lo estaban los oficiales de la ciudad y del territorio, el alcaide de la cárcel, Lee Thompson y el comisario Shorpshire, este último por haber llevado al secuestrado a través de la frontera. El chofer, Henry Elvey, hizo una confesión plena del asunto; el cónsul Maza, Hayhurst, Thompson y Shorpshire fueron arrestados y acusados del secuestro. Otros individuos debieron ser detenidos también; por ejemplo, el jefe de la cárcel quien cambió al velador de turno para poner en su lugar a Thompson y los detectives privados que ayudaron en el secuestro. Se probó que Maza había pagado al chofer y que había visitado varios periódicos tratando de acallar el asunto cuando la noticia de los hechos empezó a circular. Pero Maza no fue procesado, su gobierno ni siquiera tuvo la decencia de retirarlo de su puesto; tampoco fueron procesados los demás, la evidencia era concluyente, los acusados fueron citados a declarar ante una corte superior, pero cuando el enojo público decayó, los casos fueron tranquilamente archivados.

Todos estos incidentes y muchos otros similares ocurrieron antes de que yo me convirtiera en uno de los perseguidos, lo que ocurrió en el otoño de 1907.

Ricardo Flores Magón, Antonio I. Villarreal y Librado Rivera, presidente, secretario y primer vocero, respectivamente, del Partido Liberal, habían llegado en secreto a Los Ángeles —ya eran buscados por los detectives— y fundaron un periódico semanal al que titularon Revolución. Se publicó bajo el nombre del propietario de la imprenta, Modesto Díaz. El 23 de agosto fue localizado el

lugar donde se ocultaban Magón, Villarreal y Rivera y, por supuesto, fueron arrestados. Se inició entonces una batalla legal por su libertad y contra su extradición que terminó al ser confinados en cárceles americanas durante casi tres años. Cuando dos detectives de la ciudad de Los Ángeles, los muy conocidos Talamantes y Rico, con un grupo de los Pinkerton, allanaron la casa de Magón y sus amigos, tenían planeado conducirlos en secreto a México en un automóvil, no encarcelarlos. Las circunstancias apuntan hacia este hecho y la confesión de uno de los mercenarios del cónsul mexicano así lo demostró. La falta de preparación legal de parte de los oficiales es otro agravante que apunta al plan de secuestro. No tenían orden de arresto y ni siquiera sabían qué acusaciones presentarían en su contra. Los encerraron en la cárcel y los mantuvieron incomunicados durante varios días sin hacerles cargos ni registrarlos.

Arrestados por orden del procurador general Bonaparte y retenidos sin evidencia

Fue en estos momentos cuando yo, antiguo compañero de colegio de Magón, me ocupé en despertar la opinión pública en favor de mi amigo. Como el arresto de los tres dejó al periódico sin editor, desempeñé el trabajo temporalmente y por esas dos únicas razones fui arrestado.

El 27 de septiembre, un mes después del arresto de los liberales, un comisario de los Estados Unidos se presentó en mi casa diciéndome que estaba arrestado. No me mostró una orden, pero me informó que el procurador general Bonaparte había ordenado mi detención mientras se llevaban a cabo los arreglos para mi extradición a México. Durante mucho tiempo no logré imaginar de qué delito me acusarían los agentes mexicanos.

El tratado de extradición entre los Estados Unidos y México establece que cuando un gobierno pide al otro la extradición de un criminal, deberá presentar la evidencia de culpabilidad requerida

en un lapso de cuarenta días. En mi caso, dicha estipulación fue repetidamente violada.

En un principio, la demanda presentada me acusaba de robo cometido el día (blanco) del mes (blanco) de 1906, en el estado (blanco) de la República Mexicana.

Pasaron los cuarenta días y yo seguía en prisión. No se había presentado ninguna evidencia. Se presentó una segunda acusación, exactamente igual a la primera, excepto que el estado (blanco) fue cambiado por el estado de Sonora.

Durante cuarenta días más engañé mi apetito con los horrendos guisos que llaman comida en esa clase de prisiones en las que el *sheriff* alimenta a los prisioneros a base de un contrato. Nada sucedió. Cuando transcurrieron noventa días mi abogado solicitó un auto de *habeas corpus*. Su petición fue denegada, y la fiscalía dispuso de más tiempo para preparar una nueva demanda.

Finalmente, fui acusado de robar leña para estufa en el estado de Sonora, el día 13 de agosto de 1903. Llegaron tan lejos las autoridades que trataron de obtener mi extradición por este delito. Efectivamente, había tenido algo que ver con una leña para estufa: era el abogado de una viuda a quien cierto ricachón propietario de minas de Cananea intentaba robarle un pedazo de tierra. Había en él unos árboles y cuando la viuda necesitó leña le aconsejé que la cortara de dichos árboles. El dueño de las minas me hizo arrestar y como el tribunal local estaba totalmente a su merced, se me declaró culpable. Apelé, y aunque la justicia no es fácil de encontrar en un tribunal mexicano, la injusticia de mi arresto era tan evidente que un juez superior se rehusó a conocer mi caso.

Logré mencionar estos hechos en la audiencia y demostrar, además, que el valor de la leña en cuestión era de cuatro dólares, mientras que los procedimientos de extradición estipulaban que el robo, causa de una acusación, debería ser de veinticinco dólares. Y

el estatuto de limitaciones era aplicable. Había otras irregularidades. A pesar de todo estuve en prisión durante ciento cuatro días y, finalmente, presentaron mi caso ante una corte superior. Todo lo anterior es una relación del primer intento de Díaz para someterme.

La conexión directa del gobierno mexicano en las acusaciones que se hicieron en mi contra, en contra de Magón y de otros políticos mexicanos refugiados, incluso en los casos en que no se pedía la extradición, quedó demostrada de mil maneras.

Con anterioridad al arresto de Magón, Modesto Díaz, su familia y asociados fueron hostigados por los detectives de la ciudad, Talamantes y Rico, quienes trataron mediante amenazas de obtener información sobre los líderes liberales. Modesto Díaz fue llevado a prisión en donde el propio cónsul mexicano, Antonio Lozano, lo interrogó y amenazó.

Varias semanas antes de que hicieran los arrestos, fue localizado el sitio en donde se ocultaba Magón, pero los detectives esperaron la llegada a Los Ángeles del embajador mexicano, Enrique C. Creel, actualmente ministro de Relaciones del gobierno de Díaz. El día del arresto, los periódicos informaron que Creel había venido a la ciudad a contratar asesoría legal especial para acusar a los prisioneros. En efecto, se contrató dicha asesoría entre los abogados más caros de California, el exgobernador Henry T. Gage, Horace H. Appel y Gray, Barker & Bowen.

Inmediatamente después del arresto de Magón y sus amigos, Talamantes confió a un conocido, Federico Arizmendez, que había recibido mil dólares del dinero de la recompensa, y en la euforia de su éxito, los Pinkerton declararon que dicha recompensa había sido ofrecida por el gobierno mexicano. La declaración jurada de Arizmendez aparece en los protocolos.

Modesto Díaz, el impresor, fue también arrestado y cuando poco después fue puesto en libertad y reclamó sus efectos personales,

se le informó que tendría que esperar unos días pues sus papeles habían sido entregados al cónsul mexicano.

Finalmente, Thomas Furlong, líder del grupo que arrestó a Magon, admitió que el gobierno mexicano lo contrató. He aquí un extracto del testimonio prestado en una de las audiencias posteriores:

Sr. Harriman:
P. ¿A qué se dedica usted?
R. Soy el presidente y gerente de la Furlong Secret Service, de San Luis, Misuri.
P. ¿Ayudó usted al arresto de estos hombres?
R. Sí.
P. ¿Qué derecho tenía usted para hacerlo?
Sr. Lawler: Objeción, insinúa una conclusión al testigo.
Sr. Harriman:
P. ¿Tenía usted una orden de arresto?
R. No, señor.
El Comisionado: Se retira la pregunta anterior y ahora le pregunta usted si tenía una orden.
Sr. Harriman: Sí, señor.
P. ¿Fueron arrestados sin una orden?
R. Sí, señor.
P. ¿Tomó usted estas cosas que les pertenecen sin una orden?
R. Sí, señor.
P. ¿Recorrió toda la casa y la registró sin una orden?
R. ¿Cómo dijo?
P. ¿Recorrió toda la casa y la registró sin una orden?
R. Sí.
P. ¿Y les quitó los papeles que tenían?
R. No les quité ningunos papeles. Los tomé, los puse bajo llave y

después regresé a recogerlos.
P. ¿Los tomó de la casa de ellos y los conservó?
R. No, señor. Los entregué a…
P. ¿Pero los conservó usted, en lo que a ellos se refiere?
R. Sí, señor.
P. ¿Quién le pagó por este trabajo?
R. El gobierno mexicano.

Un periódico de Los Ángeles publicó que Furlong había dicho que anduvo "detrás" de Magón y sus amigos durante tres años, y que en ese tiempo había entregado al gobierno mexicano ciento ochenta revolucionarios mexicanos. Refirió a W. F. Zwickey, veterano de la Guerra Civil y ex *sheriff* que no estaba "tan interesado en el caso y los cargos por los que se juzgaba a los acusados, como en llevarlos a Arizona; que todos nosotros (por "nosotros" se refería a él y al gobierno mexicano) lo que queremos es llevar a los acusados a Arizona y después nos encargaremos de que pasen al otro lado". El testimonio juramentado de Zwickey aparece en los protocolos.

Durante esta época, la ciudad de Los Ángeles estaba inundada de detectives mexicanos. Se hicieron otros arrestos, repitiéndose los métodos ilegales para atrapar a los refugiados o intimidar a sus amigos. Manuel Sarabia llegó a la ciudad después de mi arresto y se hizo cargo del periódico *Revolución*.

Muy poco después fue detenido y acusado de los mismos delitos impugnados a Magón, *et al*. Modesto Díaz, Arizmendez y Ulibarri, impresores, se encargaron del periódico, pero también fueron detenidos. Se les acusó de libelo criminal contra los oficiales que habían cometido los tres delitos de falso arresto, agresión y robo, al arrestar a Magón y confiscar sus papeles. El periódico liberal, por supuesto, fue suprimido. Muy poco antes del arresto de Magón, dos presuntas agencias de empleo operaban al mismo

tiempo en Los Ángeles con el propósito de inducir a liberales no sospechosos a viajar a México, con la promesa de ofrecerles un buen empleo. El cónsul mexicano Lozano me había conocido en la escuela diplomática y me ofreció un puesto como investigador de una de las agencias mencionadas. Con la esperanza de ayudar a mis amigos, acepté, y, por unos días, yo mismo fui técnicamente un espía mexicano. Pero me imagino que a mí también se me espiaba, pues Lozano se mostró sospechoso y me despidió. Un americano llamado Crowley, encargado de una de las agencias, fue asesinado a plena luz del día en sus propias oficinas, y el criminal escapó misteriosamente. Tengo muchas razones para pensar que Crowley fue muerto porque sabía demasiado del negocio de los agentes de Díaz en Los Ángeles y estaba tratando de extorsionarlos.

Había espías por todos lados. Lozano quiso emplear a algunos de mis amigos para que lo mantuvieran informado, y no todos esos amigos eran mexicanos. Recuerdo que en varias ocasiones invité a otros espías pensando que podía confiar en ellos. Tengo pruebas de que los espías de Díaz gozaban de facultades extraordinarias para intervenir el correo de los mexicanos en la oficina local y también de que varios detectives municipales eran pagados regularmente por el cónsul mexicano. Una semana después de mi visita secreta a México, en 1908, y aunque siempre viví normalmente y jamás pensé en ocultarme, por lo menos tres espías diferentes interrogaron a amigos míos de Los Ángeles tratando de averiguar mi paradero. A tal grado llegaba el espionaje.

"Sospecha", "resistencia a un oficial", "asesinato y robo", "asesinato de John Doe", "violación a las leyes de neutralidad", "conspiración para violar las leyes de neutralidad", eran algunos de los cargos por los que Magón, Villarreal, Rivera y Sarabia, los cuatro líderes liberales, estuvieron detenidos en cárceles de Los Ángeles durante diecisiete angustiosos meses. Casi en todos los casos se demostró

que las acusaciones carecían en absoluto de fundamento. Fueron retenidos en la cárcel no porque hubieran cometido un crimen, sino porque eran enemigos políticos del gobierno de Díaz y Díaz deseaba quitarlos del camino como lo hacía con sus enemigos a en su país, es decir en forma definitiva.

Ahora bien, es evidente que un gobierno extranjero no podría tener éxito reteniendo injustamente a sus enemigos en cárceles americanas, sin que algo sucediera con la propia administración de justicia de ese gobierno. Señalaré algunos hechos con los que pretendo demostrar que existía una política general que permitía hacer acusaciones mal intencionadas de parte de los poderes públicos de vuestro país en el procesamiento de estos casos, contraria a una política que debería exigir acusaciones legales y posibles de probar.

Primero, de parte de la policía. Magón, Villarreal y Rivera fueron arrestados por Thomas Furlong, detective privado, ayudado por un grupo de hombres y dos detectives de la ciudad de Los Ángeles. Al arrestarlos sin una orden los detectives violaron las leyes penales, y al no poder presentar dicha orden, las víctimas, temerosas de que se tratara de un secuestro, se defendieron. Los detectives los golpearon con las pistolas quedando uno de ellos sobre la banqueta, seriamente herido, insensible y sangrando; los otros fueron amordazados. He aquí un caso claro de agresión, segunda violación a las leyes penales. Después del arresto, Furlong, sin derecho legal alguno, se dirigió a la casa de Magón, se introdujo en ella por la fuerza y tomó sus papeles privados, tercera violación al derecho penal. Los detectives recibieron un soborno en efectivo, como se les había ofrecido, lo que constituye la cuarta violación a la ley, merecedora de multa y cárcel. Estos hechos fueron claramente demostrados; hubo otros similares de violación a las leyes penales, cometidas por las mismas personas, que también pueden probarse.

Sin embargo, ni las autoridades de la ciudad de Los Ángeles, ni

las del estado de California, tomaron acción contra los criminales. Furlong no fue arrestado; Talamantes y Rico no fueron arrestados, ni siquiera retirados de sus puestos. Hasta el día de hoy siguen formando parte de la fuerza policial de Los Ángeles.

Segundo, de parte de los fiscales. El procurador general, Charles J. Bonaparte, se hizo cargo personalmente de las acusaciones. Los acusados protestaron ante el Senador Perkins declarando que aunque la acusación era por violación a las leyes de neutralidad —el proceso de extradición había sido abandonado— el verdadero propósito era llevarlos a Arizona y desde ahí, con un pretexto u otro, obligarlos a cruzar la frontera hacia México. Perkins preguntó a Bonaparte si tal afirmación era verdad, y Bonaparte, en una carta que fue publicada, contestó que no era ese el propósito de la detención. Pero menos de diez días después, en una audiencia ante el juez Ross de San Francisco, Bonaparte confesó que efectivamente el propósito era ese, es decir, obligarlos a cruzar la frontera. El fiscal de los Estados Unidos lo confirmó al leer el siguiente telegrama del Procurador General: "Resista procedimiento de *habeas corpus* en caso de Magón *et al*, a como dé lugar, pues son requeridos en México".

Más significativos todavía fueron los métodos de Oscar Lawler (el mismo Lawler que unos meses antes rindió testimonio pro administración en la investigación Ballinger), en aquel entonces fiscal de distrito en Los Ángeles, quien se encargó de la acusación en los casos presentados en aquella ciudad. Durante la primera semana de julio de 1908, por órdenes de Lawler, los prisioneros fueron incomunicados; es decir, se implantó el sistema medieval español que prohíbe a los prisioneros recibir visitas, y tal prohibición estuvo vigente por más de seis meses. Durante este lapso Lawler emitió una declaración al público afirmando que los prisioneros eran culpables de delitos de los que nunca habían sido

acusados y de los que no tenía pruebas. Finalmente Lawler confesó al señor John Kenneth Turner, según el testimonio de este último, que "hacemos todo esto a petición del gobierno mexicano; ellos nos han ayudado y es justo que nosotros los ayudemos ahora".

Tercero, por lo que respecta a lo judicial. Durante las audiencias celebradas en su sala, el juez Welborn de los Estados Unidos tuvo ocasión de hablar sobre las relaciones amistosas de este país con "nuestra República hermana", y "sobre la malicia de las personas que cruzan nuestra frontera con el propósito de preparar una rebelión en aquella república". Cuando empezó la acusación por violación a las leyes de neutralidad, se fijó una fianza de $5 000 dólares, aunque el delito era solo de mala conducta y aunque la fianza, en el caso de Espinosa, sobre el que se basaron los casos de Los Ángeles, había sido únicamente de $500 dólares. Con el tiempo, dicha fianza fue todavía aumentada. El juez Welborn se negó a aceptarla, dando como excusa una interpretación peculiar de un reglamento de la Suprema Corte, declarando que mientras estén pendientes los procedimientos de *habeas corpus*, la custodia del prisionero no puede cambiarse. Por ello, se negó a los prisioneros el privilegio que normalmente se concede a todos los acusados, excepto al asesino a sangre fría.

La campaña para extraditar a los refugiados por cargos de "asesinato y robo" casi siempre fracasó. Tuvo cierto éxito pues se logró retener en prisión a buen número de liberales durante muchos meses, agotó sus recursos, debilitó su organización e intimidó a sus amigos, pero no se obtuvo la extradición. La mayoría de los liberales deportados lo fueron por oficiales de inmigración o mediante secuestro.

La campaña por "asesinato y robo" tampoco consiguió las extradiciones porque era evidentemente contraria a los principios y leyes americanas. Los fiscales americanos deben haberlo sabido,

pero, deseando dar gusto a Díaz, siguieron adelante con las acusaciones. Que esta campaña no fue un mero desatino de parte de los fiscales locales de los Estados Unidos sino que fue una política de los altos funcionarios del gobierno, quedó demostrado en 1908, cuando numerosos informes publicados por varios departamentos de Washington y Oyster Bay expresaron el deseo del gobierno americano de deportar políticos mexicanos refugiados como "criminales comunes".

Continuando con lo que parece haber sido una política general de ayuda a Díaz para exterminar a sus enemigos políticos, la administración americana, durante la rebelión de Las Vacas de 1908, envió tropa, grupos de comisarios, agentes del Servicio Secreto, *rangers* americanos y oficiales de aduana a patrullar la frontera con instrucciones de regresar a México a cualquier refugiado que huyendo del ejército mexicano, intentara cruzar la línea divisoria para salvar su vida. Estas instrucciones fueron fielmente obedecidas. Algunos refugiados, en efecto, fueron entregados para ser condenados a muerte, otros fueron arrestados y languidecieron en prisión durante meses y meses. Que el gobierno americano se excedió en su autoridad en este asunto, parece bastante claro. La Prensa Asociada presentó un aspecto del caso en un despacho fechado en Washington y publicado en casi todo el país el 1 de julio de 1908. Después de hablar sobre las fuerzas militares en la frontera y del objeto que perseguían, el artículo comenta:

"El empleo de tropas americanas para este propósito prácticamente no tiene precedente en los años recientes y los funcionarios jurídicos del departamento de Guerra, así como el propio procurador general, han sido obligados a estudiar cuidadosamente hasta qué grado pueden ejercer su derecho de evitar que los fugitivos entren a los Estados Unidos por la frontera mexicana.

"De acuerdo con la ley, no se necesita pasaporte, excepto en

el caso de ciudadanos chinos y japoneses, y casi la única razón para detener a los fugitivos que tratan de cruzar la frontera sería el de una presunta violación a las leyes de inmigración o de la inspección sanitaria.

"Por lo tanto, será una tarea delicada para los oficiales del Ejército encargados de patrullar la línea divisoria internacional el evitar disputas con los tribunales civiles si se dedican a hacer arrestos arbitrarios de personas que huyen de México y pretenden entrar a Estados Unidos".

Como los procesos de extradición por cargos de "asesinato y robo" tampoco tuvieron el éxito deseado, se inició la campaña de persecución por violación a las leyes de neutralidad, o por conspiración para violar dichas leyes. Es un delito grave preparar una expedición militar contra una "potencia amiga" o conspirar para prepararla.

Algunos de los refugiados acusados de violaciones a esta ley son: Tomás de Espinosa, Jesús M. Rangel, Casimiro H. Regalado, Lauro Aguirre, Raymundo Cano, Antonio de P. Araujo, Amando Hernández, Tomás Morales, Encarnación Díaz Guerra, Juan Castro, Prisciliano Silva, José María Martínez, Benjamín Silva, Leocadio Treviño, José Ruiz, Benito Solís, Tomás Sarabia, Práxedis Guerrero, Servando T. Agis, John Murray, Calixto Guerra, Guillermo Adán, E. Dávila, Ramón Torres Delgado, Amando Morantes, Francisco Sainz, Marcelino Ibarra, Inés Ruiz, Manuel Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera y Ricardo Flores Magón. La mayor parte de los arrestos se hicieron en San Antonio, Del Río, El Paso, Douglas o Los Ángeles. La lista anterior no es la completa en absoluto, sólo incluye los casos más notables.

Prácticamente en todos estos casos se mantuvo a los acusados en prisión mes tras mes, sin concederles oportunidad de probar su inocencia. Cuando fueron llevados a juicio, generalmente eran

exonerados de las acusaciones. Se hicieron condenas en los casos de Espinosa, Araujo, Guerra, Prisciliano Silva, Treviño, Rangel, Magón, Villarreal y Rivera. Las sentencias de prisión variaron entre un año y año y medio a dos años y dos años y medio. Los convictos fueron confinados en Leavenworth, Kansas o Florence, Arizona.

¿Eran culpables estos hombres? El pueblo americano me da la impresión de ser eminentemente respetuoso, diría yo apasionado, de las leyes y no puedo creer que sientan simpatía por estos hombres, o que les brinden su ayuda, por muy patrióticos que fueran sus propósitos, si puede probarse que realmente prepararon una expedición militar contra México desde suelo americano o que planeaban hacerlo.

Pero si no eran culpables, ¿por qué fueron condenados?

En mi opinión ninguno de ellos era culpable si se interpreta correctamente la ley; creo que las leyes fueron manipuladas para poder condenarlos y, por lo menos en algunos casos, fueron definitivamente acomodadas al deseo de los acusadores.

Es una acusación grave pero creo que los hechos me apoyan. Que existió de parte de vuestro gobierno un deseo por demás exagerado de ayudar a Díaz lo demuestran otros casos en que la evidencia de violación a las leyes de neutralidad es diez veces más clara, como son las expediciones americanas para ayudar a los revolucionarios de países centro y sudamericanos, y estos casos han sido y son habitualmente ignorados por vuestras autoridades. Pero no intento subrayar este hecho en favor de los liberales mexicanos. La verdad es que jamás hubo una evidencia definitiva que probara una violación a las leyes de neutralidad por parte de dichos refugiados.

¿Organizaron una expedición militar contra una potencia amiga? ¿Planearon hacerlo? Definitivamente no. ¿Qué hicieron? Vinieron a este país y desde aquí trataron de ayudar el movimiento

revolucionario de su país. Llegaron hasta aquí huyendo para salvar sus vidas, aquí se quedaron, pensando regresar y tomar parte en un movimiento revolucionario en tierra mexicana; eso y nada más.

¿Constituye esto una violación a las leyes de neutralidad? De nuevo, no, como afirmó el juez Maxey de Texas al revisar algunos de los casos. El 17 de enero de 1908, la *Daily Light and Gazette*, de San Antonio, citó una sentencia del Juez Maxey, como sigue:

"Si Jesús M. Rangel, el acusado, simplemente cruzó el río y se unió a la lucha, estaba en todo su derecho de hacerlo y así lo diré al jurado a mi cargo. La acusación no es por luchar en un país extranjero, sino por iniciar y preparar una expedición en el condado Val Verde".

El texto exacto de la ley es el siguiente: "Toda persona que dentro del territorio o jurisdicción de los Estados Unidos inicie o prepare, provea u organice los medios para cualquier expedición o empresa militar a realizarse desde aquí en contra del territorio o dominios de cualquier príncipe o estado extranjero, o de una colonia, distrito o pueblo con el que Estados Unidos vivan en paz, será considerado culpable de una seria mala conducta y multado con una cantidad no mayor de $3000 dólares y retenido en prisión no más de tres años". Magón, Villarreal y Rivera, los líderes, no prepararon una expedición contra México, no cruzaron el río, ni siquiera lucharon ellos mismos. Su condena se obtuvo por testimonios evidentemente perjuros de un detective mexicano, de nombre Vázquez, quien presentó la única evidencia directa en su contra. Vázquez declaró ser espía y que logró asistir a una junta del Club Liberal. En esa junta —según Vázquez—, se leyeron cartas de Magón ordenando al club constituirse en un cuerpo militar e invadir México. En la misma junta —sigue diciendo Vázquez— se hicieron nombramientos militares enviados por Magón; los nombres estaban escritos por uno de los miembros llamado Salcido. Se presentó la prueba, pero

los expertos calígrafos llamados por la defensa, demostraron que el documento era falso. Vázquez cambió entonces su testimonio y declaró bajo juramento que él mismo había escrito los nombres. Fue un punto vital del testimonio y si los acusadores públicos se hubieran interesado en apoyar la ley, más que en acusar a los enemigos políticos de Díaz, hubieran declarado inocentes a los acusados y procesado a Vázquez por perjurio.

Por falta de espacio he dejado de mencionar otros muchos ultrajes perpetrados por americanos o agentes mexicanos de Díaz en esta campaña de persecuciones. John Murray fue arrestado por el propio jefe del Servicio Secreto, Wilkie. El delito de Murray consistía en reunir dinero para la defensa legal de los refugiados. Estuve en el juicio de Silva y Treviño en El Paso y quedé anonadado al escuchar a un oficial de la policía de la ciudad testificar descaradamente que su jefe le había ordenado obedecer las instrucciones del jefe de policía de Juárez, México, y del cónsul mexicano en El Paso. Robert M. Dowe, el cobrador americano de Aduanas de Eagle Pass, Texas, fue obligado a renunciar al ser acusado de actuar como agente secreto del gobierno mexicano y de recibir dinero por dicho servicio. La evidencia en este caso fue suprimida por vuestro departamento del Tesoro, pues Dowe fue reinstalado en su puesto unos meses después, cuando la indignación pública de Eagle Pass se había calmado. Desde hace varios meses existe en el tribunal de distrito de Los Ángeles California, una orden de arresto contra mí, contra mi esposa y una veintena de amigos, lista para usarse en cualquier momento. Se nos acusa de violar las leyes de neutralidad porque circulamos un manifiesto impreso por el Partido Liberal. Varios de mis amigos han sido amenazados con esta orden con el propósito evidente de desanimarlos y evitar que sigan ayudando al movimiento para la regeneración de México.

El esfuerzo más reciente del gobierno mexicano por lograr mi

extradición se hizo en octubre de 1909, poco después de publicado el primer artículo del señor Turner sobre "México bárbaro", en *The American Magazine.* En dicho artículo el autor menciona que lo acompañé en su viaje a los campos de esclavos y que le brindé mi ayuda en dicho viaje; no tengo la menor duda de que fui acusado en venganza por mi asociación con Turner.

Se trató también de lograr mi extradición acusándome de ser un "anarquista extranjero". Todos mis amigos saben que no soy anarquista y reto a cualquier persona a demostrar que en alguna ocasión haya yo expresado ideas anarquistas. He sido residente de los Estados Unidos por más de tres años; durante seis semanas estuve en peligro. Los detectives de la ciudad y los empleados de Díaz rindieron un testimonio falso en mi contra y no hay la menor duda en mi mente de que hubiera sido llevado a México si no se hubiera suscitado una protesta pública cuando se hizo la acusación. De ser menos conocido —por mis conferencias, mis contactos con el señor Turner, etcétera—, mi caso no hubiera recibido la publicidad que recibió, no hubiera habido la protesta pública y hoy estaría muerto, víctima de un pelotón de fusilamiento contra un muro, o pudriéndome en uno de los horribles calabozos de las cárceles de Díaz. Tal fue la suerte de muchos otros deportados ilegalmente por vuestros oficiales públicos.

La persecución generalizada de políticos mexicanos refugiados que el pueblo americano permitió, continuó hasta junio de 1910, cuando el escándalo llegó a tal grado que el asunto fue llevado ante el Congreso y los hechos que he descrito aquí, en forma más completa, fueron probados con testimonios juramentados ante el Comité de la Cámara encargado de Leyes y Reglamentos. Hoy en día están pendientes en ambas Cámaras las resoluciones para una investigación minuciosa de dichas persecuciones.

El gobierno planeaba continuar con las persecuciones hasta que

se iniciaran los trabajos del Congreso. Repetidamente se anunció que cuando Magón, Villarreal y Rivera cumplieran sus condenas en la penitenciaría de Florence, se les acusaría de otros delitos. Pero el 3 de agosto de 1910 fueron dejados en libertad y no se les volvió a arrestar. Desde esa fecha hasta el momento de escribir este artículo no ha habido acusaciones, aunque durante las últimas semanas las poblaciones a lo largo de la frontera han empezado a llenarse de detectives mexicanos y tengo pruebas claras de que agentes de Díaz y oficiales del gobierno de los Estados Unidos han formulado planes y están preparando los documentos necesarios para iniciar una campaña más intensa que las del pasado, en contra de los políticos mexicanos refugiados en este país.

¿Permitirá nuevamente el pueblo americano el abuso de su noble y justo postulado de protección a los refugiados políticos?

The Pacific Monthly, enero de 1911

Trad. de Mercedes Quijano Narejo, publicado en Josefina Moguel Flores (comp.), *El magonismo en Coahuila*, Gobierno del Estado de Coahuila, 2006.

EN POS DE LA QUIMERA

Juana Belén Gutiérrez de Mendoza

No me consta, pero me han asegurado que nací en San Juan del Río, Durango, el nevado amanecer del día 27 de enero de 1875.

Este dato debe ser importantísimo, porque lo han anotado con minuciosa escrupulosidad en los registros de la cárcel, cada vez que he estado allí. Y a fuerza de repetirlo, me he acostumbrado a ello de tal modo, que cuando entro a alguna parte, especialmente a los edificios públicos, o cuando me presentan a alguien, digo invariablemente: Juana B. Gutiérrez de Mendoza, San Juan del Río, Durango, 27 de enero de 1875, etcétera, etcétera.

Estos etcéteras son la segunda parte del programa: comprenden toda una serie de detalles que se agregan a los primeros, siempre en creciente. Estos etcéteras también me los sé de memoria y también me he acostumbrado a repetirlos; parecen un sonoro repique de campanas a vuelo: SEDICIÓN-REBELIÓN, SEDICIÓN-REBELIÓN,

SEDICIÓN-REBELIÓN… eso dicen las palabras que agregan a mi nombre en los registros.

Y los hechos que han precedido al repique, también me los sé de memoria. Vean ustedes:

Se me ocurrió publicar un periódico del mismo modo que se me hubiera ocurrido hacer cualquier otra cosa. Los periódicos se llaman de algún modo: el mío se llamaría VÉSPER. *¡Vésper!* La estrella de mis recuerdos… Y tendría un lema; esto era ya más serio, el lema debía decirlo todo, y pensé mucho para reducir a dos palabras aquel mundo de cosas que yo quería; la reducción estuvo hecha en quince días, y las enormidades de mis pensamiento juntas, apretadas en el tormento de la condensación, se redujeron a estas mínimas proporciones: ¡JUSTICIA Y LIBERTAD! Así, con admiración y todo. Esa bellísima quimera, fue el lema de *Vésper*.

Y el periódico se publicó con gran regocijo del impresor que en muy poco tiempo se había llevado todos mis ahorros. Cuando estos se hubieron concluido hice vender las cabras. ¡Mis cabras! Confieso que cuando llegó este trance tuve el impulso de volver a la montaña, un deseo desesperado de abrazar a la Sancha, mi cabra favorita, de remontar a las cumbres, de ver el sol, aquel sol ardiente que reverberaba en las lomas y quemaba la frente… Sí, volver a la montaña… ¿Y todo esto?... Todo esto era un montón de periódicos de canje, en su mayor parte de oposición, otro montón de cartas que decían cosas horribles de la dictadura. Una cólera sorda pero inmensa que rugía dentro de mí contra aquella dictadura odiosa, que yo veía en todas partes y a la que culpaba de todo, me impedía marcharme. No. Decididamente yo no volvería a la montaña mientras Porfirio Díaz fuera presidente.

En mi cerril de ignorancia creía que su caída lo arreglaba todo, y me enseñaba injuriándolo, cosa que agradaba muy profundamente a sus enemigos que me colmaban de elogios y enviaban remitidos

al periódico recomendándome que les guardara el incógnito.

Esto acabó por desagradar muy seriamente al gobernador de Guanajuato, que decidió moderar el tono de la publicación por el procedimiento más expedito, y el día 9 de diciembre de aquel año de gracia de 1901, Felipe Espinosa, el único que se atrevió a ser amigo de *Vésper* en Guanajuato, a las once de la noche llamó misteriosamente a la ventana:

—Acabo de saber que van a aprehenderla y a decomisar la imprenta; don Carlos Díaz Sollano presentó una acusación contra usted… y es preciso que salga de Guanajuato.

No fue preciso que lo repitiera; el Castillo de Granaditas me infundía pavor, y por ningún motivo hubiera querido ser castellana de Granaditas en Guanajuato.

1902

El día 2 de enero de 1902 amanecí en la famosa Ciudad de los Palacios, que me infundía un terror casi como el Castillo de Granaditas. No podía dormir, porque cuando trataba de hacerlo creía ver a los "robachicos" llevándose a mis chiquitinas, ni sabía cómo salir a la calle porque se me figuraba que me las arrebatarían de la mano. Al fin un día hube de hacerlo…. fui a buscar al presidente de la Liga Republicana, con quien había cambiado algunas cartas a propósito de una conspiración que organizaba la liga. Éramos dos buenos amigos que teníamos la candidez de conspirar por carta y la ingenuidad de creer que aquellas infantiles cartas eran una conspiración. Afortunadamente, me encontré con un verdadero amigo; era Jesús Medina, astrónomo, políglota, todo un sabio de reluciente calva y blanca barba patriarcal, que quería hacer una revolución para poner en la bandera nacional no sé que constelación… y levantarle un monumento al general Escobedo… Comprendí el espíritu reformador y eminentemente

nacionalista de mi amigo, e ingresé a la logia, a la que según constancias habían pertenecido doña Laureana Wrigth de Kleinhans, la doctora Matilde Montoya y otras muchas más.

Los suscriptores aumentaron notablemente, entusiasmados por los artículos de *Vésper*, y después, gracias a las aportaciones que recibían, ya no salió a cepillo. Naturalmente que don Porfirio Díaz no estaba conforme con los artículos de *Vésper* y ordenó a sus policías que me localizaran para que fuera a hacerles compañía a los Flores Magón, Sarabia y otros.

Si hubiera estado ciega sin saberlo y repentinamente hubiera visto, habría recibido la misma impresión que recibí viendo la cárcel. Tuve la sensación de que había vivido fuera de la realidad, en un mundo fantástico o artificial.

La cárcel, con sus crudas realidades, me advirtió la distancia a que estaba de la verdad. Porque es cierto que ya no creía que bastaba la caída o la muerte o la supresión en cualquier forma del presidente de la República, para que se resolviera todo…

Pero aquella multitud de seres humanos, torturados en nombre de la ley, modificó de un solo golpe mi criterio; aquel dolor inmenso, aquella miseria honda como abismo, no se curaría con parches democráticos.

Allí había seres arrancados a su condición de seres humanos, transformados en no sé que monstruosidades de abyección y dolor. Imposible que aquello dejara de ser con solo aplicar exactamente la ley, si precisamente la aplicación de ese odioso instrumento era lo que transformaba a la humanidad en monstruo.

La ley se había aplicado a los chicos de Roncesvalles enterrados en la nieve, la ley se había aplicado a los habitantes de la cueva en aquella noche terrible; la ley se había aplicado a los mineros que quedaron sepultados en el hundimiento de “La sirena”; la ley se había aplicado a los peones que yo había visto trabajar desde

las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde, por un puñado de maíz. La ley… la ley se les había aplicado a todos los que yo había visto sufrir.

1904

De la razia de periodistas de oposición que la policía hizo en 1903, fueron puestos en libertad, bajo caución, en septiembre del mismo año, los de *Excélsior* y *El Hijo del Ahuizote*, y los de *Vésper* en diciembre, por lo que el año de 1904 nos encontrábamos todos en libertad.

Arriaga y Soto y Gama estaban todavía en Estados Unidos, lo que seguramente influyó para que los Flores Magón y Sarabia pensaran ir allá.

Santiago de la Hoz, a su vez, se marchó, invitándome para que fuera yo también… Poco después recibí carta de todos. Ya había recibido la misma invitación de parte de los otros compañeros, pero no me resolvía a ir porque sentía pena de ir a luchar al extranjero… Insistieron de tal modo que me fui.

El grupo de expatriados lo formaban: Camilo Arriaga, Ricardo Flores Magón, Santiago de la Hoz, Enrique Flores Magón, Juan Sarabia, Santiago R. de la Vega, Manuel Sarabia, Sara Estela Ramírez, Elsa Acuña y Rosete. Con la familia de Arriaga, la de Flores Magón y la mía hacíamos un buen número, con el que fue a vivir también la excelsa poetisa Sara Estela Ramírez, directora del periódico de combate La Corregidora.

La prensa de Texas entonaba himnos bárbaros en honor nuestro y los correligionarios nos daban serenatas estruendosas. Las juntas las hacíamos en la mesa del comedor de la casa, y había discusiones muy enojosas entre todos. Nadie se ponía de acuerdo… resolviendo De la Hoz y yo marcharnos de allí. Camilo Arriaga, Santiago de la Vega y su familia, junto con la servidumbre de estos se habían

marchado a San Antonio, Texas. En la víspera ocurrió la muerte de Santiago de la Hoz. De aquella tragedia presencial, dichas a otras personas en mi presencia; cuatro o cinco horas después de ocurrido el accidente.*

—¿Cómo no nos habían dicho que se ahogó Santiago?

—Sí, lo mató Enrique y Juan Sarabia le quitó la rama que tenía agarrada para salvarse, entonces se lo llevó el río.

En un estado de ánimo insufrible y en una situación económica más insufrible todavía, regresé a Laredo, Texas. Me acompañaron Elisa Acuña y Rosete y Sara Estela Ramírez. Hicimos un gran esfuerzo y reanudamos la publicación de *Vésper*, haciendo además La Protesta Nacional, que aparecía como impresa y redactada en Saltillo. La Protesta Nacional fue el periódico fantasma cuya imprenta personal buscó inútilmente la policía. Manuel Bravo, un agente de correos de a bordo que trabajaba en la línea de San Luis Potosí a Laredo, Tamaulipas, pasaba a Laredo, Texas, y recogía el periódico impreso, entregándolo en Saltillo a aquel buen amigo y tenaz luchador que se llamó Cruz Zepeda Flores.

1905

Se dirá lo que se quiera, pero lo cierto es que me estaba consumiendo la nostalgia de la patria. Ya no podía vivir entre aquellos yanquis odiosos y menos entre los bárbaros de Texas.

De mi estancia en Texas saqué la convicción de que el fantasma de la intervención con que se nos amenazaba siempre, era eso: un verdadero fantasma, propio para asustar a espíritus pusilánimes.

Aunque parezca contradictorio, ese pueblo práctico es pura vanidad. No tiene de formidable más que la apariencia que le da el reclamo; cualquier esfuerzo lo agotará, y la fuerza de su primer

---

* Doña Juana repote una versión que corrió entonces sobre la muerte de Santiago. Era época de pasiones. Creo que ela la aceptó como cierta. La fecha no coincide.

impulso puede tomarse en cuenta, pero en materia de resistencia será una nulidad.

1906

En 1906 se reanudó en México la publicación de *Vésper* y de La *Corregidora*, casi al mismo tiempo que en San Antonio, Texas, los Flores Magón y los Sarabia reanudaban la de *Regeneración*, anunciando la publicación del famosos Programa del Partido Liberal.

Vésper anunció que comentaría el programa tan luego como apareciera, y suponiendo tal vez, que yo había modificado mi opinión, o para que la modificara favorablemente, *Regeneración* me dedicó media plana de elogios; pero como no hubo tal modificación me dedicó una plana entera de insultos.

Poco después le tocó a Camilo Arriaga… (que) selló sus relaciones rotas con Flores Magón y Sarabia… que por su mediación obtuvieron la cantidad de dinero suficiente para la publicación del periódico; pero la soldadura no duró mucho tiempo y Camilo Arriaga recibió el chaparrón de injurias con que la Junta Organizadora del Partido Liberal pretendía hacerse temer.

1907

Este año fue pródigo en incidentes desagradables. La Corregidora inició ataques a Flores Magón-Sarabia y cuando esto sucedió, el Licenciado Soto y Gama felicitó a La Corregidora y no hay para qué decir que hizo lo mismo con la redacción de *Vésper*. Aunque no habíamos olvidado la dudosa conducta de Soto y Gama en el asunto de Bernardo Reyes, aceptábamos su colaboración con desconfianza; pero un día el coronel Felipe Castillo me remitió una carta autógrafa de Soto y Gama dirigida a Flores Magón-Sarabia en la que los felicitaba por sus "enérgicos ataques a *Vésper*"... Por todo comentario *Vésper* publicó otro autógrafo de Soto y Gama

en el que el veleidoso licenciado ponía de “oro y azul” a Magón-Sarabia. Con estos autógrafos Soto y Gama quedó en berlina y no volvió a dirigirme la palabra.

1908-1909
En estos dos años todo apareció muerto. Lo único que alteró su monotonía fue la fundación de un periódico nuevo: *El Partido Socialista*.

Pero Maldonado insistió dirigiéndose a cada uno de nosotros… y como Maldonado formaba parte del grupo, acabamos por tomar en cuenta sus indicaciones y se me comisionó para entrevistar al señor Madero. En estas entrevistas quedó convenido que secundaríamos el movimiento armado que se iniciaría después del movimiento electoral, que indudablemente fracasaría, siendo la seguridad del fracaso una de las razones por las que no queríamos tomar parte en unas elecciones inútiles, si no las seguía una manifestación de fuerza.

Por las seguridades que nos dió Madero de iniciar la rebelión después de las elecciones nos comprometimos a secundarlo y, sobre todo, a secundar el movimiento rebelde. *Vésper* hacía una labor que pasaba todos los límites de la prudencia, y en junio de 1910, con todo lujo de fuerza, trataron de aprehendernos. Con un poquito de disfraz y otro poquito de audacia, salimos por entre nuestros aprehensores, que no encontrándonos, confinaron a la familia en una pieza de la casa y custodiaron todas las puertas, parejas de gendarmes, de día y de noche.

En 1910, colaboraban en el periódico José Edilberto Pinelo y los estudiantes Julio Prieto, Gustavo Durón González, Eusebio de la Cueva, Enrique Schultz, y Santiago Orozco. Además, ayudaban los obreros Casimiro Zanabria de la fábrica La Linera, Miguel Jiménez de la fábrica La Carolina, y José Neira, de Orizaba.

El complot de Tacubaya
La cohesión del ejército preocupaba, y para abrirle una brecha, propuse hablarle a mis sobrino Agustín Maciel, subteniente de Artillería. Las juntas tenían lugar indistintamente en casa de la señora María de los Ángeles Méndez, viuda de Jiménez (en las calles de Mugiro, donde se encuentra ahora el cine Acapulco; actualmente, la calle se llama Leona Vicario) y solamente se verificó una junta en la casa de la señora Mercedes Arvide, por indicaciones de Dolores Arana, señora a la que siempre le tuvimos desconfianza. No volvimos a su casa… Otra junta tuvo lugar en Tacubaya...

EMILIO MUNGUÍA

Antonio de P. Araujo

Las matas de algodón estaban bien desarrolladas y llenas de botones. La labor que se extendía allá en el declive de las lomas que distinguen al condado de Travis, desde la casa del labrador, parecía un tendido de cintas de esmeralda en paralelo. Él estaba orgulloso de su trabajo, y esperaba poder salvar del "blanco", el socio burgués, los más dólares posibles para ayuda de la revolución que debía proclamarse ese año por el Partido Liberal en México. Un mes más, y la pizca comenzaría. Los pesos, los centavos que pudiera ir escapando del miserable burgués en la venta de las pacas, irían convirtiéndose en cuarenta y cuatros, treinta treintas y el parque respectivo.

Desde el portal de su casucha estaba contemplando el paisaje que presentaba el lomerío cubierto de algodonales en botón y, a lo lejos, allá muy lejos, alcanzaba la cúpula del capitolio de Austin, la ciudad tejana, en donde en esos momentos la mujer burguesa,

con ropajes de seda y adornos de joyas gozaba de la vida en *garden parties*, en teatros, bailes y soirées con el político, el banquero, el militar y el ministro de la religión. A su cerebro acudía el hecho de que esos sostenes e instrumentos del capitalismo no producían nada a la comunidad porque no trabajaban en persona, y sí recibían en efectivo la mayor parte de los productos de los labradores, dejando a estos una ínfima cantidad para mantenerlos vivos y útiles para el trabajo.

Recordaba que su presencia en el extranjero se debía a que el bandidaje de Bernardo Reyes lo había señalado para ser una víctima de aquellas acordadas que en Nuevo León y Tamaulipas a las altas horas de la noche y cuando los pueblos y ranchos estaban entregados al sueño, se presentaban a las puertas de las casas y del interior arrebataban de los brazos de la esposa y sin permitirles dar un beso de despedida a sus tiernos niños, que apaciblemente dormían el sueño del inocente, a los hombres que por su altivez y odio a la burguesía estaban marcados para morir por orden del chacal de Nuevo León. Él había podido escapar y vadear el Bravo, y en Texas, aunque no era feliz, porque el producto de su trabaja le era robado en gran parte por el Mr. X., sí se había libertado del hacendado que en México lo hacía trabajar de cinco de la mañana a siete la noche por 37 centavos mexicanos, como también del fraile, que trataba de hurtarle su mujer y corromper a sus hijitos en la confesión. Y además, sentía una gran satisfacción porque desde varios meses antes se había afiliado al Partido Liberal Mexicano, el único que por la falta de personalismo en sus banderas y persecución de altos ideales de fraternidad, esperaba que hiciera a su triunfo la felicidad de todos los mexicanos, sin distinción de sexo.

Esa noche, debía asistir a la sesión regular del Club Liberal que semanariamente se reunía en Creedmoor, punto cercano al rancho, y tenía ansias de concurrir porque sabía que el organizador del

movimiento revolucionario en la frontera iba a visitar por primera vez el grupo.

El Club estaba en sesión. La casa en que se verificaba la reunión era amplia. Decenas de agricultores, medieros, simples peones de rancho y uno que otro trabajador de Lockhart y Kyle llenaban los asientos. En las puertas, abiertas para dar entrada al aire puro de una noche de verano, se apiñaban las esposas, hermanas e hijas de varios de los compañeros liberales. Abrió la sesión el presidente del Club y, después de una corta peroración, introdujo al organizador del movimiento revolucionario en la frontera de México, quien empezó á dirigirse hermanablemente a todos los compañeros y pagó un tributo a la nobleza de la mujer mexicana de la clase proletaria, muy diferente en cualidades a la de la burguesía, revisó los actos de la dictadura de Díaz y la criminalidad del capitalismo en México durante los últimos treinta años. En seguida, elevándose y elevándose, dijo que la Revolución era el único medio para conseguir la destrucción de ambos causantes de la desgracia mexicana, y cuando anunció que su objeto en esa noche era obtener los elementos de guerra que los oyentes tuvieran a bien donar para tan justa causa, las contribuciones comenzaron á llover. Pistolas de 32, 38, 44, carabinas y rifles de diversos calibres, cajas de parque y monedas llenaron la mesa del presidente. El orador era escuchado y atendido. Aquellos nobles proletarios entregaban sus armas y su dinero para la lucha que debía darles su libertad da todas las tiranías.

El labrador no había dado ningún donativo. Carecía de armas, de dinero y de parque. Él había contado con la venta de su cosecha para hacer un buen donativo a la Revolución. No creía que se necesitaría su ayuda tan pronto. En esos momentos no tenía nada. Seguía escuchando al orador. Este, ahora relataba los detalles de los asesinatos del 25 de junio en Veracruz, el ametrallamiento de

los obreros de Río Blanco, los crímenes de Juchitán y de Papantla, los arrestos de los liberales en los Estados Unidos a pedimento de Díaz, y cuando preguntaba al auditorio si ese estado de cosas no debía ser parado cuanto antes, que si el miedo a la muerte había arrojado al pasivismo al proletariado mexicano, que si en presencia de un crimen oficial, el pueblo no debía contestar con una venganza popular, que cuántos hombres había en esa noche que no tuvieran miedo de morir, y cuando, por último, anunció que la Revolución rompería contra la Dictadura el 25 de junio, es decir en cuatro días más, y que los concurrentes que de verdad fueran hombres, que quisieran alistarse para presentarse en el terreno de los acontecimientos a tiempo, y desearan tomar parte activa en la Revolución, que hablaran. Entre una falange de diez que respondieron, el labrador pidió la palabra y dijo: “No tengo armas, ni parque, ni dinero. Yo había pensado donar los provechos que me dejara la burguesía de la venta de mi cosecha de algodón para ayuda de la Revolución. Ahora, he cambiado de parecer. Estoy listo para marchar a la lucha mañana mismo. Primero es la causa que mi familia. Quede la cosecha para sus necesidades y las de los compañeros”.

El 26 de junio se daba la batalla de Las Vacas, Coahuila. El despotismo, acorralado en la vieja aduana del lugar, hacía esfuerzos inauditos por acabar con aquel puñado de héroes que en las calles de la población combatían las batallas del pueblo esclavizado. Centenares tras centenares de balas silbaban al aire. Díaz Guerra y Rangel, a los gritos de ¡Viva la Libertad! ¡Muera la tiranía! ¡Muera el capitalismo! hacían prodigios de valor para obtener el triunfo. El labrador había disparado de su carabina más de sesenta tiros. Muchos hicieron blanco y pusieron fin a la existencia de más de media docena de los mochos del 7° Regimiento. Se había hecho de una buena posición y continuaba manejando la carabina,

siempre con éxito. De pronto, oyó el toque de clarín de las fuerzas liberales para la retirada. El parque se había agotado, y los compañeros decidieron replegarse al sur. Iba a disparar más su carabina sobre un esbirro que se columbraba al lado izquierdo de la aduana, cuando una bala mauser le perforó los pulmones. Cayó, y todavía algún compañero oyó sus últimas palabras: "Me muero. Ojalá que, como yo, hagan mañana su deber el resto de los compañeros de Creedmoor. ¡Viva la Libertad!"

Emilio Munguía, el labrador tamaulipeco, se acababa de sacrificar por la causa del proletariado mexicano.

MARGARITA ORTEGA

Ricardo Flores Magón

Es difícil seguir paso a paso la acción de los compañeros que en México luchan por encauzar el movimiento revolucionario hacia el comunismo anárquico. No hay que contar con vías de fácil comunicación: las líneas de ferrocarril están destruidas; los puentes han sido volados; en los pasos de las montañas vigilan por igual soldados huertistas y soldados carrancistas, libertarios y zapatistas o gente armada de cualquiera otra facción. Aparte de todo esto, las contingencias de la lucha obligan a las diferentes fuerzas combatientes a cambiar de posiciones, a cortar las comunicaciones telegráficas o a guarecerse en el corazón de las montañas y de los bosques.

Por todas estas razones llegan muy retrasadas las noticias, cuando llegar pueden, pues con frecuencia los mensajeros son fusilados antes de llegar a su destino, o de cualquiera otra manera se

ven imposibilitados de llevar a cabo su empresa. No es de extrañar, por lo mismo, que tan tarde hayamos podido comprobar la muerte de la grande anarquista que en vida se llamó Margarita Ortega.

Esta mujer extraordinaria era miembro del Partido Liberal Mexicano, cuyos ideales comunistas anarquistas propagaba por medio de la palabra y de la acción. En 1911 Margarita fue el lazo de unión entre los elementos combatientes del Partido Liberal Mexicano en la Baja California. Hábil jinete y experta en el manejo de las armas de fuego, Margarita atravesaba las líneas enemigas y conducía armas, parque, dinamita, lo que se necesitaba, a los compañeros en el campo de la acción. Más de una vez su arrojo y su sangre fría la salvaron de caer en las fuerzas de las garras de la tiranía. Margarita Ortega tenía un gran corazón: desde su caballo, o detrás de un peñasco, podía tener a raya a los soldados del gobierno, y poco después podíase verla cuidando a los heridos, alimentando a los convalecientes o prodigando palabras de consuelo a las viudas y a los huérfanos. Apóstol, guerrera, enfermera, todo a la vez era esta mujer excepcional. Ella no podía ver con tranquilidad que alguien sufriese en su presencia, y a muchos les consta cómo ella se quitó de la boca un pedazo de pan para dárselo al que tenía hambre.

Mujer de exquisitos sentimientos, amaba entrañablemente a su familia; pero su familia estaba compuesta de personas inconscientes, de burgueses y de proletarios aspirantes a ser burgueses, y estas personas nunca pudieron comprender cómo una mujer dotada de tan extraordinario talento, de tan inagotable energía, y que poseía sustanciosos bienes de fortuna, pudiera hacer causa común con los desheredados, y por ese motivo la odiaban, la odiaban como odian los corazones vulgares a los espíritus nobles y puros que constituyen un obstáculo a sus mezquinas ambiciones.

Margarita contaba con bienes de fortuna que le hubieran bastado para pasarse una vida regalona y ociosa; pero ella no podía gozar de

la vida cuando sabía bien que había millones de seres humanos que luchaban penosamente por ganar su subsistencia. Con la energía que solamente se halla en personas convencidas, Margarita dijo en el mismo año de 1911, a su inconsciente compañero:

Yo te amo; pero amo también a todos los que sufren y por los cuales lucho y arriesgo mi vida. No quiero ver más hombres y mujeres dando su fuerza, su salud, su inteligencia, su porvenir para enriquecer a los burgueses; no quiero que por más tiempo haya hombres que manden a los hombres. Estoy resuelta a seguir luchando por la causa del Partido Liberal Mexicano, y si eres hombre, vente conmigo a la campaña; de lo contrario olvídame, pues yo no quiero ser la compañera de un cobarde.

Las personas que presenciaron esta escena aseguran que el cobarde no quiso seguirla. Entonces, dirigiéndose Margarita a su hija, Rosaura Gortari, le habló en estos términos: "¿Y tú, hija mía, estás resuelta a seguirme o a quedarte con la familia?" A lo que respondió la otra heroína: "¿Yo separarme de ti, mamá? ¡Eso nunca! ¡Ensillemos los caballos y lancémonos a la lucha por la redención de la clase trabajadora!"

Al alcanzar el Poder el maderismo fueron expulsadas Margarita y Rosaura de Mexicali, por orden de Rodolfo Gallegos.[1] Para hacer más penosa la situación de las mártires, Gallegos ordenó que se las encaminase al desierto y se las hiciera marchar por los arenales inmensos, bajo un sol abrasador, sin agua, sin alimentos y a pie, con la advertencia de ser pasadas por las armas si volvían al pueblo. Por espacio de varios días se arrastraron las pobres víctimas del sistema capitalista sobre los ardientes arenales. La sed las devoraba; el hambre las hacía desfallecer. Ni un viajero que les prestase ayuda, ni un arroyo que calmase su sed. Rosaura decaía visiblemente, haciendo más triste la situación de Margarita. Por fin, a pesar de su extraordinaria energía, Rosaura sufrió un desmayo,

cayó por tierra y cerró los ojos. Margarita creyó que la hija de su corazón había muerto y, loca de dolor, trató de suicidarse; pero al aplicarse el revólver a la cabeza vio que su hija la miraba, y, turbada por la emoción, corrió en busca de agua que dar a la paciente. Afortunadamente esa vez sí la consiguió.

Llegaron a Yuma, Estados Unidos, y allí fue arrestada Margarita por los inspectores de inmigración. Una mujer como Margarita, honra de la humanidad, espléndido ejemplar de la raza humana, no podía residir en este país de la vulgaridad y de la estupidez. Para que una persona pueda entrar en los Estados Unidos necesita creer en la Ley y en la Autoridad. Libertaria, Margarita, conforme a las imbéciles leyes de los Estados Unidos, no podía ser admitida, y tenía que ser deportada a México. Gracias a los buenos servicios de excelentes camaradas, Margarita logró escapar de las garras de los inspectores de inmigración, y con Rosaura fue a refugiarse a Phoenix, Arizona, donde adoptó el nombre de María Valdés para despistar a los esbirros. Rosaura adoptó el nombre de Josefina.

Rosaura quedó enferma a consecuencia de las penalidades sufridas en el desierto, y todo su anhelo era volver a México, pero con las armas en la mano, para morir luchando por Tierra y Libertad. Ella no quería morir en su cama, sino en el campo de batalla, cambiando vida por vida, y cuando ya la enfermedad se agravó hasta el extremo de no permitirla abandonar el lecho, decía a Margarita: “Mamá: no quiero morir aquí; llévame a la calle, donde se reúnen los trabajadores mexicanos. Quiero morir en medio de ellos, de mis hermanos, hablándoles de sus derechos como productores de la riqueza social”. Poco después moría la dulce niña sin arrepentirse de haber dejado las comodidades de la vida burguesa por la vida agitada, llena de peligros y de miserias de los verdaderos revolucionarios.

Margarita quedó sola. Su hija y compañera de lucha no compartiría más con ella las penalidades, los sinsabores, las miserias

que son el premio de los luchadores sinceros; pero no por eso dejó de trabajar con el empeño de siempre la noble sembradora de ideales. Con el compañero Natividad Cortés emprendió la tarea de organizar el movimiento revolucionario en el norte del Estado de Sonora, teniendo como base de operaciones el pueblecillo de Sonoyta, de dicho estado. Esto ocurría en octubre del año pasado. Ambos compañeros trabajaron con ardor, poniendo de acuerdo a los compañeros que residen en territorio mexicano, cuando Rodolfo Gallegos, que esta vez era carrancista y tenía la misión conferida por su amo de vigilar la frontera, tropezó con ellos por casualidad. El compañero Natividad Cortés fue fusilado en el acto, y Margarita llevada prisionera hasta la Baja California, donde Gallegos mandó dejarla en un lugar en que forzosamente tenía que ser vista y aprehendida por los huertistas, dejando de esa manera a éstos la tarea de asesinarla.

Margarita fue arrestada el 20 de noviembre del año pasado, cerca de Mexicali, por los huertistas, y puesta en un calabozo con centinela de vista. Los felones que la dragonean de autoridades aguzaron el ingenio para martirizarla. No tuvo miedo de confesar que era miembro del Partido Liberal Mexicano, y que, por lo mismo, luchaba contra la hidra de tres cabezas: Autoridad, Capital, Clero; pero no delató a ninguno de los compañeros que estaban de acuerdo con ella para lanzar el grito de Tierra y Libertad en el norte del Estado de Sonora. Entonces se la sujetó a tortura, como en los negros tiempos de la Inquisición. Sus cobardes verdugos la querían obligar a que descubriera a los compañeros que estaban comprometidos a rebelarse; pero todos los esfuerzos se estrellaron contra la voluntad de bronce de la admirable mujer. "¡Cobardes! —gritaba— haced pedazos mi carne, resquebrajad mis huesos, bebeos toda mi sangre, que jamás denunciaré a mis amigos!"

Entonces los sicarios de la tiranía la condenaron a estar en pie

de día y de noche, en medio del calabozo, sin permitirla sentarse o apoyarse contra la pared. Rendida por el cansancio, a veces vacilaba y tenía que apoyarse en el centinela que vigilaba: un empellón y un puntapié la ponían en medio del calabozo. Otras veces caía por el suelo desfallecida y agotada por tanto sufrimiento: a culatazos se la hacía ponerse nuevamente en pie.

Cuatro días con sus noches duró ese suplicio, hasta que las autoridades de Mexicali la sacaron del calabozo el 24 de noviembre para fusilarla. Se formó el cuadro de la ejecución en un lugar desierto, por la noche, para que nadie se enterara del atentado. Margarita sonreía. Los verdugos temblaban. Las estrellas titilaban como si forcejearan por descender para coronar la cabeza de la mártir.

Una descarga cerrada hizo rodar por tierra, sin vida, a la noble mujer, cuya existencia ejemplar debe servirnos de estímulo a los desheredados para redoblar nuestros esfuerzos contra la explotación y la tiranía.

LA MANO FÉRREA DE LA DICTADURA

Librado Rivera

Capítulo 1

He leído en el Gráfico de fecha 30 del próximo pasado noviembre una carta dirigida por el señor Heriberto Barrón, con el propósito, según él, de aclarar algunos puntos históricos sobre determinados personajes que figuraron en la revolución de 1910. Siendo yo por completo opuesto al criterio del señor Barrón en muchos de los puntos de su carta, vacilaba dirigirme para la publicación de esta misiva, pero comprendiendo que la misión del periodista no es sólo la publicación de hechos, sino también la investigación y depuración de la verdad, esta sana labor del periodista fue lo que me animó a hacerlo, esperando de la imparcialidad la publicación de este artículo, cuyo contenido no es otro que la recordación de hechos pasados, que a pesar de ser ya del dominio público no se citan en la carta del señor Barrón. Y como me considero autorizado a refutar las aseveraciones del señor Barrón, por ser yo uno de los

revolucionarios más antiguos contra la dictadura de Porfirio Díaz, opino, sin embargo, como el señor Barrón, de que esta tarea de depuración histórica es muy provechosa para que cada uno de los que tomaron participación en los acontecimientos políticos que originaron la Revolución de 1910, quede en su lugar. Agregando yo: revolución que no ha terminado porque la intranquilidad del pueblo, originada por la miseria, no ha desaparecido todavía.

Es bien sabido que durante el reinado de la dictadura porfirista, la desorganización del Partido Liberal (el Partido de más prestigio en México) era completa. La dictadura lo invadía todo, y desde Sonora a Yucatán dominaba una sola voluntad, que era la del dictador. Cuando solía surgir una que otra candidatura independiente, inmediatamente era nulificada por la dictadura y se aprisionaba o se hacía desaparecer al candidato, cuando éste representaba algún peligro para la estabilidad del dictador. Por esta causa desaparecieron de la vida los generales Donato Guerra y García de La Cadena, así como el doctor Martínez, asesinado en la vecina población de Laredo, Texas, de cuyo crimen la opinión pública acusó al general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León, como el instrumento intelectual que preparó el plan estratégico para la ejecución del vil asesinato. El doctor Martínez publicaba un periódico de oposición en Laredo, contra la dictadura, y eso fue lo que ocasionó su muerte. También la ley fuga desempeñó un papel de mucha trascendencia durante la administración de Porfirio Díaz.

Transcurría el año de 1900, cuando por vez primera surgió la iniciativa de un grupo de estudiantes y gente del pueblo, en la ciudad de San Luis Potosí, quienes acordaron en una reunión celebrada en el Tívoli de San Francisco lanzar un llamamiento al Partido Liberal, llamándole la atención sobre los progresos del clero en este país, comprobados por las recientes declaraciones hechas en la ciudad de París por el obispo Ignacio Montes de Oca, quien

mencionaba que el clero mexicano había hecho grandes progresos, debido a la sabia política del general Porfirio Díaz. En esa circular se pedía al pueblo liberal la imperiosa necesidad de estar alerta y no dormir en sus laureles por más tiempo, excitando a todos los de estas ideas a formar clubes en cada rincón del país, a fin de que de su seno se nombrarán delegados que los representarán en una reunión que debía tener lugar del 5 al 12 de febrero de 1901, en la ciudad de San Luis Potosí. Esta reunión que fue conocida con el nombre de Primer Congreso del Partido Liberal Mexicano, se llevó a cabo con tal entusiasmo, que el pueblo en masa asistía diariamente a sus sesiones, interesado en escuchar los acuerdos del Congreso. Delegados de todas partes del país estaban allí presentes, siendo Ricardo Flores Magón uno de los delegados de la ciudad de México, y representando yo uno de los clubes de San Luis Potosí. Tuve entonces la oportunidad de conocer y tratar personalmente a muchos de los representantes, entre los cuales se encontraba el ingeniero Camilo Arriaga, uno de los principales iniciadores, Antonio Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia, Diódoro Batalla, Salomé Botello, Lázaro Villarreal, el ingeniero Francisco Naranjo, Trinidad Pérez, de Zitácuaro; el doctor Navarro, de Pachuca; Chico Sein, etcétera. El Congreso comenzó anticlerical y terminó antiporfirista, declarándose abiertamente contra la dictadura de Porfirio Díaz. Ninguno de los delegados fue arrestado durante el Congreso a pesar de los duros ataques que en el discurso de despedida de los delegados en el Teatro de la Paz lanzó Ricardo Flores Magón contra Porfirio Díaz, acusándolo como directamente responsable por las injusticias y crímenes cometidos en todo el país. Pero a medida que los delegados fueron llegando a sus respectivos lugares de procedencia, cada uno era arrestado, golpeado o asesinado por los esbirros de la dictadura. El ingeniero Francisco Naranjo fue traído preso de Lampazos, Nuevo León, a la Ciudad de México,

escapando de más graves consecuencias, debido a la poderosa influencia de su padre, el general Francisco Naranjo.

Ricardo y su hermano, el licenciado Jesús Flores Magón, que publicaban *Regeneración* en esta capital, también fueron arrestados el año de 1901, y conducidos a la prisión por varios meses. El Club Ponciano Arriaga, de San Luis Potosí, centro director de todos los clubes de la República, fue asaltado la noche del 24 de enero de 1902, por el diputado al Congreso de la Unión, señor Heriberto Barrón, quien descendiendo a desempeñar las simples funciones de un esbirro de la tiranía, fue al cuartel que guarnecía la plaza, tomó un grupo de soldados al mando de un teniente apellidado Cristo y el sargento Jacinto Penieres, y se introdujeron en el salón de sesiones del Club disfrazados de simples hombres del pueblo. Y en los momentos en que el orador de esa noche, Julio B. Uranga, subía a la tribuna para ilustrar al pueblo sobre los actos arbitrarios de la dictadura, entonces el señor Heriberto Barrón, levantándose de su asiento y sin dejar que terminara el orador, atacó rudamente a todos los ahí presentes, reprochando nuestras censuras al señor presidente Porfirio Díaz, al señor general Bernardo Reyes, ministro de la Guerra, y al señor Blas Escontria, gobernador del Estado, y sacando su pistola del bolsillo lanzó al viento un balazo como señal convenida con la policía, oculta precisamente en el Teatro de La Paz, situado frente al salón de nuestras reuniones, el que pronto fue invadido. Mientras los concurrentes a la sesión de esa noche se batían a brazo partido con los soldados al mando inmediato del señor Barrón, que dirigían su puntería sobre nuestras cabezas (sobre Camilo Arriaga, Juan Sarabia y Librado Rivera, que fungían como presidente y secretarios, respectivamente) nos escapamos de ser asesinados si los que nos defendían del atentado no hubieran estado tan prontos y oportunos. Uno de los concurrentes, Carlos Uranga, hermano del orador, resultó con una grave herida en la cabeza a

consecuencia de un golpe de pistola que recibió durante sus luchas con uno de los soldados que dirigían su puntería sobre nosotros. A pesar de la asistencia oportuna de la policía, solo veinticinco de los concurrentes fueron aprehendidos, escapándose un gran número de ellos. Y como si hubiéramos sido los autores del asalto, el señor Barrón hizo declaraciones a la prensa en el sentido de que él estuvo a punto de ser asesinado por nosotros. Sin embargo, los procesados sólo fuimos tres, quedando los demás en libertad. El cargo contra Camilo Arriaga, Juan Sarabia y yo fue por ataques a funcionario público en el ejercicio de sus funciones. El proceso duró cerca de un año, poniéndonos al fin en libertad por falta de méritos. Cuando en ese tiempo nadie se atrevía a defendernos, nos defendieron, sin cobrarnos un centavo el licenciado Jesús Flores Magón, quien se constituyó defensor voluntario de muchos de los que caímos presos por enemigos de la dictadura, siendo otro de nuestros defensores el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama.

Aunque las persecuciones contra los clubes y sus miembros sólo sirvieron para hacer más intensa y más efectiva la propaganda contra la tiranía. Comenzaba el año de 1903 cuando al pueblo de Nuevo León se le ocurrió cambiar de gobernador, postulando a un señor cuyo nombre no recuerdo, para ponerlo en lugar del general Bernardo Reyes. El pueblo en masa preparó, para el 2 de abril de ese año, una gran manifestación de simpatía a su candidato. Hombres y mujeres, niños y ancianos tomaron participación en la manifestación tan espontánea en favor de su candidato; pero el general Reyes, en su despecho porque esa clase de manifestaciones no se hacían para él, colocó tropa armada en los altos del palacio municipal, con órdenes de hacer fuego sobre la muchedumbre que tenía que pasar por allí; orden que fue ejecutada al pie de la letra, quedando la calle, momentos después, cubierta de muertos y heridos. Los miembros del Club Ponciano Arriaga en México, que

estaban bien informados de los detalles de esta infamia, dirigieron a la Cámara de Diputados una acusación contra el Gobernador de Nuevo León. La farsa de proceso se llevó a cabo, y con tal descaro, que poco faltó para que los acusadores fuéramos llevados a la cárcel. Poco tiempo después de los hechos referidos, el general Bernardo Reyes obsequió con un banquete al presidente Porfirio Díaz, quien a pesar de estar aún fresca la sangre derramada el 2 de abril, en su brindis ensalzó a Reyes, resumiendo sus elogios al tirano de Nuevo León en esta célebre frase: "¡Así se gobierna!". Cito este crimen, unos de tantos cometidos por Bernardo Reyes, por haber sido el escogido por el señor Barrón para la vicepresidencia de México.

Hay que notar que en aquel tiempo ninguno de los acusadores era comunista, socialista ni mucho menos anarquista. Obrábamos como simples seres humanos impulsados por el horror al crimen. Nuestras reuniones no tenían otro objeto que buscar el medio más a propósito para quitarnos de encima la agobiadora dictadura que nos oprimía, nos explotaba y nos vejaba. Amábamos la libertad y queríamos evolucionar para llegar a ella. Deseábamos para el pueblo esclavizado una vida mejor y más humana, pero estas sanas intenciones nuestras fueron sofocadas por la mano de hierro de la dictadura, que tenía a su servicio muchos "Heribertos Barrón", hábiles puntales de todas las tiranías.

Capítulo 2

Libres Ricardo y su hermano el licenciado Jesús Flores Magón, editores de *Regeneración*, agenció Ricardo el traspaso de *El Hijo del Ahuizote*, cuyo propietario era el señor Daniel Cabrera. La dirección de esta revista jocoseria se la dejó Ricardo a Juan Sarabia, que acababa de salir de la penitenciaría de San Luis Potosí, siendo el dibujante el inolvidable Jesús Martínez Carreón, quien después de quedar casi ciego en la prisión de Belén dejó allí mismo tan valiosa vida. Sus

caricaturas muy expresivas y de gran fondo, debido a esa agudeza de ingenio que lo caracterizaba, le ocasionó el odio de los de arriba. Recuerdo que en una de esas caricaturas salió Porfirio Díaz representando a la Suprema Corte de Justicia (hago notar que casi todos ellos formaban parte del Partido Científico). Debido a la publicación de esta caricatura fueron allanadas las oficinas de *El Hijo del Ahuizote*, cargando la policía con todos nosotros. Como desde la prisión Ricardo Flores Magón no cesaba de escribir, el director Villavicencio, que era un buen amigo suyo, le indicó privadamente que tenía orden superior de hacerlo desaparecer si no cesaba de escribir.

Una vez libres Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan Sarabia, Santiago de la Hoz, Manuel Sarabia y yo, emigramos a los Estados Unidos de Norteamérica, creyendo encontrar allá más libertad para continuar nuestra labor revolucionaria contra la dictadura; pero en lugar de encontrar más libertad, nos encontramos con la poderosa hostilidad del capitalismo norteamericano y su aliado el gobierno. Con el más simple pretexto éramos perseguidos, encarcelados y despojados de toda clase de papeles, imprentas, etcétera, por donde pudo el gobierno de México conocer los nombres y direcciones de nuestros mejores amigos, persiguiendo y asesinando a muchos de ellos. ¡Dos gobiernos con todos sus recursos se aliaron para perseguirnos y acabar con nuestros anhelos de libertad para todo un pueblo esclavizado! Desde entonces, muchos de nuestros amigos fueron arrestados y entregados a las autoridades mexicanas en la frontera sin cubrir ningunas fórmulas legales, y asesinados de este lado de la línea.

Constituidos en Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano en San Luis, Misuri, expedimos un manifiesto con tendencias reformistas el 1 de julio de 1906, haciendo especial mención sobre la cuestión de tierras y trabajo, cosa que era para nosotros la parte más importante del programa. Pedíamos la

expropiación de las tierras de todos los que se habían enriquecido durante la administración de Porfirio Díaz; abolición de las deudas de los peones con el hacendado; ocho horas de trabajo en lugar de catorce y dieciséis, con un peso como salario mínimo, en lugar de dieciocho centavos que se le pagaba al campesino, aumentando proporcionalmente sus salarios los trabajadores de la ciudad y de las minas, tomando como base el salario mínimo. La introducción de este manifiesto, cuyo tiro fue de un cuarto de millón, se hizo de contrabando por la frontera, por estar ya prohibida la circulación de *Regeneración* en México. En vista de las persecuciones tan tenaces de parte de los dos gobiernos, el de México y el de Estados Unidos, el pueblo norteamericano comenzó a fijar su atención sobre nuestra labor revolucionaria contra Porfirio Díaz, al grado de que en 1908 nombró como comisionado de investigación a John Kenneth Turner y como su intérprete al licenciado Lázaro Gutiérrez de Lara, quienes para evitar toda sospecha, se introdujeron con el carácter de capitalistas compradores de haciendas, a fin de informarse bien de nuestros cargos contra la dictadura. Este informe de Turner, publicado en su interesante libro *México bárbaro,* prueba con numerosas fotografías y testimonios oficiales de empleados y gobernantes mexicanos que lo que Turner vio con sus propios ojos superaba en mucho a lo que nosotros asegurábamos. Libro que tuvo una gran circulación; agotada su primera edición se tiró la segunda aumentada, contribuyendo con esto a cambiar la opinión del pueblo en contra de Porfirio Díaz, a grado tal que toda la prensa de ideas avanzadas decía que no solo se debía de ayudarnos para ponernos libres, sino que su deber era facilitarnos armas y dinero para derrocar al tirano de México.

El prestigio oropelado de Porfirio Díaz tanto en México como en los Estados Unidos se había desvanecido para siempre. Viendo esta realidad, los millonarios de aquel país, enviaron a un notable

político y periodista de gran prestigio apellidado Creelman, cuyos artículos circularon con profusión tanto en México como en el extranjero. Entonces se verificó también la entrevista del presidente Taft con Porfirio Díaz en la población fronteriza de Laredo, Texas, con el propósito de levantar la opinión en favor del desprestigiado presidente de México. Entonces fue cuando Francisco I. Madero comenzó su labor política contra Porfirio Díaz. Es bien sabido tanto en México como en el extranjero, que antes de 1910 ya se habían iniciado dos movimientos revolucionarios contra la dictadura porfiriana, los de 1906 y 1908. Movimientos preparados por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, siendo testigos de ello los pueblos de Las Vacas, Jiménez y Viezca en Coahuila, Acayucan en Veracruz y Valladolid en Yucatán. Cuando estalló la Revolución de 1910, muchos de los grupos revolucionarios que no sabían qué hacer por no poderse comunicar con nosotros, presos en los calabozos norteamericanos, se adhirieron al movimiento, aunque implantando en los campos de batalla las tendencias revolucionarias de la Junta. Si Práxedis G. Guerrero, secretario de la Junta, se unió a la Revolución de 1910, fue con el fin de orientar en lo posible la Revolución; pero le tocó la negra suerte de caer muerto atravesado por una bala de los defensores de la tiranía, en el pueblo de Janos, Chihuahua, el 30 de diciembre de 1910.

Por eso es que considero injustificado el cargo que el señor Barrón asienta respecto al llamado filibusterismo en el norte de la Baja California cuando nuestros compañeros revolucionarios tomaron Mexicali el 30 de enero de 1911. Varios otros pueblos fueron también tomados por los nuestros en diferentes lugares de la República implantando la bandera roja en cada uno de ellos. No era tampoco un movimiento separatista porque nuestro plan revolucionario no se limitaba a conquistar un pedazo de tierra para vivir allí, sino llevar ese mismo movimiento en todo México, hasta

hacer que la tierra, las aguas, los instrumentos de trabajo, las vías de comunicación, como si el aire, el calor del sol y la luz fueran de todos para su felicidad y completo bienestar. Dice también el señor Barrón que siendo él agente consular del gobierno de Madero ante el gobierno norteamericano, influyó para que Mother Jones, mujer de gran prestigio entre los mineros, entrevistara a los Flores Magón, a fin de conseguir que regresaran a México, pero que rehusaron la oferta. Todo esto es muy cierto, como son ciertas otras varias intentonas anteriores a esta, en las que el mismo hermano, el licenciado Jesús Flores Magón, ministro de Gobernación del gobierno de Madero, formó parte de una de estas comisiones, sin lograr su objeto. A las ofertas que los comisionados hacían, invariablemente contestaba Ricardo a nombre de todos los miembros de la Junta que nada cambiarían las condiciones de miseria de los desheredados con tener nosotros la panza llena y ellos con hambre.

El Gráfico, 12 de diciembre de 1930.

CÓMO FUI SECUESTRADO

Manuel Sarabia

RELACIÓN DE MI ESCAPE DE LOS RURALES Y DE LA PRISIÓN DE HERMOSILLO

El secuestro de Manuel Sarabia de la cárcel de Douglas, Arizona, por instrucciones del cónsul mexicano, Antonio Maza, dio lugar a una rabiosa indignación popular en el sur de Arizona. Se celebraron reuniones públicas, se enviaron telegramas a Washington, y finalmente el gobierno mexicano se vio obligado a soltar a su presa. Más que nada, este secuestro abrió los ojos de los norteamericanos al asombroso poder del Presidente Porfirio Díaz en este lado de la línea. Todo parece indicar que puede abrir y cerrar las puertas de las prisiones estadounidenses a capricho, dar órdenes a funcionarios de Estados Unidos y evitar que se castigue por sus infracciones al sistema de espionaje que mantiene en este país.

En México, los rurales cabalgan como los cosacos en Rusia, amenazantes, capturando y asesinando a todo aquel que se oponga a la voluntad de su amo, el Dictador.

México vive habituado a un régimen militar que golpea en la noche sin dar razones. Los mexicanos aceptan como un hecho de la vida diaria ser sustraído repentinamente de su casa sin orden judicial, ser encarcelado sin haber cometido ningún delito, quedar incomunicado porque sus opiniones políticas difieren de sus gobernantes.

Sin embargo, en Estados Unidos todo es distinto, de modo que cuando el largo brazo del Presidente Porfirio Díaz se extiende a través de la línea fronteriza para secuestrar en este país a quienes teme y odia, es preciso que los ciudadanos estadounidenses estén en guardia. Por este motivo ahora relato la historia de mi secuestro.

Comenzó con un hombre de rostro enrojecido que me había estado mirando desde el lado opuesto de la calle, cruzándose y bloqueando mis intentos de tomar el tren de Douglas, Arizona, a El Paso, Texas. Tenía que depositar una carta en el vagón postal. La locomotora silvaba ya la nota de "apresúrense a abordar", de modo que dije al hombre, con señas, que esperara. De ninguna manera mi extraño interceptor iba a esperar, sin embargo, se plantó frente a mí, y trató de tomarme por el hombro. Me detuve y lo encaré, pasmado del atrevimiento. Entonces me preguntó con voz amenazante:

—¿Sabes hablar inglés?

Respondí bruscamente "Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con usted?"

—Está usted bajo arresto, es todo —fue su hosca respuesta.

Me sentí indignado, porque no estaba en México, donde la policía arresta a la gente de manera repentina, y la conduce apresuradamente a la cárcel por sus opiniones políticas. Estaba en Estados Unidos, y le exigí una orden de aprehensión.

—¡Orden de aprehensión! No necesito orden para arrestarte.

¡Arriba las manos! —dijo, colocando la punta de un revólver de cañón azul contra mi pecho.

Este despliegue de violencia por parte de un hombre sin insignia ni uniforme me hizo enojar y dudar. Me negué a alzar las manos o acompañarlo hasta que me empujó del hombro por la banqueta. Seguí por donde indicaba, con protestas, pero ¿qué podían hacer mis cincuenta kilos contra sus noventa? Con todo, parecía inquietarle mi constitución menuda, y procuró reforzar su corpulencia y su revólver con un trabajador que llamó de un aserradero vecino para que lo ayudara "en nombre de la ley". Entre los dos, pronto me encontré frente a la puerta de la cárcel.

Se puede imaginar el desaliento e indignación que me invadieron cuando el carcelero, un tipo grande de ceja oscura, dijo con sorna, al echar llave a la puerta de mi celda, "ni el dinero a millones te sacaría de aquí". Para exacerbar mi predicamento, impidió que me comunicara con amigos ni abogado, y se negó a informarme con qué cargos me arrestaban. "Estarás incomunicado, es todo", dijo por despedida, y se fue.

Nunca olvidaré a esos dos hombres. No sabía su nombre cuando me arrestaron. Eran desconocidos. Ahora los conozco bien, y los saludo, Sam Hayhurst, *ranger*, y Lee Thompson, carcelero de la Bastilla de Douglas.

Tú, lector, nunca has sido zarandeado. Por lo tanto no te puedes imaginar cómo hierve la sangre cuando un policía registra tus bolsillos, y amontona sobre la mesa papeles privados, cartas, o una fotografía que uno debería reservar a miradas amigas. Todo aquel día padecí una ira febril por la injusticia de mi arresto, y por la noche me eché en el suelo de la prisión a descansar. Del otro lado de la puerta de mi prisión había un guardia armado que constantemente escudriñaba el interior de la celda, rondando de un lado a otro bajo el pálido resplandor de la luz eléctrica.

Por ahí de las once y media de la noche escuché que una llave chirriaba. Cuando levanté la cabeza, vi a Shropshire, el condestable de Douglas, y un desconocido (luego supe que se trataba de un agente privado de la Pinkerton), ante las rejas. El condestable me ordenó que me pusiera de pie y me pusiera mi abrigo, que usaba de almohada, y dijo "Síguenos".

Le pregunté a dónde, pero se negó a contestar. Entre los dos hombres, caminé por la prisión hasta la noche: contra el aire viciado de mi celda llegó como un aliento celestial, fresco y dulce.

Algo en la calle despertó mis más oscuras sospechas. Sentí que me atravesaban de lado a lado los haces de luz amarilla que proyectaban los faros del automóvil encapotado, y me estremecí.

Estaba claro que me iban a secuestrar e introducir a México con ayuda de este diablo de llantas de hule que exhalaba bocanadas de humo en la calle.

Para que el lector comprenda que se trate así a un hombre inocente, debo decir que soy un miembro de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, un partido político que se ha atrevido a exigir las garantías constitucionales de la libertad de expresión, de una prensa y un voto libres en la República Mexicana. Todo esto se niega en la actualidad a los ciudadanos de mi país, con las carabinas del Amo de los Rurales, Porfirio Díaz.

Mis convicciones políticas me obligaron a huir de México para salvar mi vida, y ahora todo parecía indicar que me iban a introducir clandestinamente a mi desventurado país, donde había manos que esperaban ansiosamente el momento de agarrarme tan pronto pusiera pie del otro lado de la línea.

Aunque estaba esposado entre dos esbirros profesionales, decidí resistir al máximo ingresar al automóvil. Eludí el abrazo de mis captores y me precipité calle abajo. Me persiguieron como dos perros detrás de un gato. A tan sólo diez metros sentí un jalón

en el hombro y me encontré en el piso. Me incorporé, jadeante y sin sombrero. Me llevaron con firmeza entre ellos de vuelta al coche. Con el aliento, recuperé la determinación de resistir hasta el final la obvia finalidad de mis captores, y comencé nuevamente a resistir, gritando para que alguien pudiera escucharme "¡Ayuda!, amigos, ¡me están secuestrando! Soy inocente. Mi nombre es Sarabia, Manuel Sarabia. ¡Ayuda!"

Con unos gestos, el agente Pinkerton a mi lado sacó un pañuelo de su bolsillo, lo enrolló y con una violencia brutal lo metió en mi boca. Estaba amordazado. No grité más. Entre los dos corpulentos me cargaron y empujaron al interior del coche, no sin que opusiera resistencia a cada palmo.

"Baja las cortinas", dijo el Pinkerton al condestable, y luego, al chofer, "vámonos, ya sabes a dónde, rápido".

Las llantas comenzaron a apretar la grava y en un santiamén volábamos por la calle a la salida del pueblo.

El detective Pinkerton desenfundó un segundo pañuelo de su bolsillo y me vendó los ojos. Amordazado y a ciegas, me recliné exhausto en el cojín del asiento. Continuar la resistencia era inútil.

El trayecto, breve y veloz, no duró más de cinco minutos. La máquina se detuvo por la acción de los frenos. Me levantaron del asiento y pusieron de pie en la calle. Un tintineo familiar me llegó al oído. Sí, ahí estaban, riendas y espuelas, ¡los rurales!

Me quitaron la venda de los ojos, y me encontré de cara a mi cruel destino: ostentando carabinas que rielaban a la luna, diez rurales ensombrerados, a caballo, formados en semicírculo. Dos de ellos se afanaban con una mula sin jinete: de inmediato entendí que su carga sería mi pobre y reluctante cuerpo.

Tras recibir instrucciones sumarias de su oficial, me cargaron a cuestas de la mula. Con un trozo de soga cruda ataron mis pies bajo el vientre de la mula, y apretaron hasta que las correas se

hincaron en mi carne. Quedaron luego a la espera de la orden para comenzar la marcha nocturna.

El hombre de la carreta

Me habían entregado a los rurales en un pueblo fronterizo de apenas un centenar de casas de adobe llamado Agua Prieta, que gobernaba un tal Laguna, jefe de la policía. A poca distancia, sobre la calle, cerca de la aduana, di cuenta de un extraño carruaje. Tan pronto como estuve bien atado a la mula, el oficial cabalgó a un costado de ese vehículo. Saludó a los ocupantes al interior del carro, y recibió instrucciones de iniciar la marcha de nuestra comitiva, con el carruaje al frente.

La mula que yo montaba salió terca. Tan sólo con el apoyo de un sólido vergajo, que el rural de enfrente llevaba atada a su montura, andaba a sacudidas. Atado como iba, sin poderme acomodar al paso lastimero de la bestia, muy pronto quedé agotado al punto de la agonía. Mis súplicas de ir a galope o a paso lento se contestaron con insultos, así que cerré mis ojos y apreté los dientes para enmudecer en algo el dolor.

Durante toda la noche, el carruaje se mantuvo al frente de aquella procesión, a poca distancia. A pesar del sufrimiento, me consumía una aguda curiosidad de saber qué personalidad la ocupaba. Era evidente que algún funcionario mexicano de importancia se interesaba por mi captura.

En la plomiza claridad de la mañana, cuando estábamos cerca del pueblo de Naco, el carruaje se hizo a un lado del camino, para que nuestra comitiva lo rebasara. Cuando estuvo a un costado, el jefe de la partida saludó al ocupante, y una cabeza asomó del interior para vernos. Lo reconocí al instante. Era Laguna, el jefe de policía de Agua Prieta. A sus espaldas había alguien más, parcialmente oculto. Con mucho dolor giré cuanto pude y miré al

interior del carruaje al pasar, pero no pude reconocerlo. ¿Quién sería? ¿Podría tratarse de…? Volteé hacia el rural que cabalgaba a mi lado y le dije de pronto: “¿Sabías que el General Kosterlitsky venía en el carruaje?”

Se sonrió y contestó alegremente “Claro, era el General, deberías sentirte honrado de su presencia”.

Poco antes de las seis de la mañana, la partida se detuvo frente a la cárcel de Naco, y dos rurales me llevaron a cuestas a su interior. La marcha nocturna me había dejado tan adolorido y débil que no podía caminar por mi propio pie, y me dejaron en calidad de bulto contra el muro, sobre el piso de la celda. Más tarde, llevaron algo de comida, y comí, lo mejor que pude, con las manos todavía sujetas por las esposas de acero. Agradezco rendidamente al amigo que me envió la comida. Creo que nunca sabré su nombre, pero no me cabe duda de que era un amigo, porque no se acostumbra dar a los reos la calidad de comida que recibí esa mañana.

En la cárcel había un indio yaqui, y a poco entablamos conversación. Este pobre nativo de Sonora, como todos los de su raza perseguida, no esperaba ni justicia ni misericordia del gobierno mexicano. Había atestiguado la deportación de decenas de miles de sus hermanos, condenados a trabajos forzados en los campos del sur de México, y no esperaba un mejor destino para sí. Sin embargo, mi caso era otro. Yo tenía educación. Sacaba la conclusión de que mi crimen debía ser inmenso, para ameritar la severidad del trato que se me dedicaba, como había visto. Le dije que yo era un Liberal, y me contestó: “Ha de ser un crimen muy grave. He visto a más de un criminal, pero a ninguno que trataran como a ti”.

Esa mañana, cerca de las once, con guardia de veinte rurales, me sacaron de la cárcel de Naco y me llevaron en tren a la de Cananea, donde pasé dos noches. El segundo día de mi cautiverio en ese lugar, uno de mis carceleros me dio una desagradable noticia. “Sarabia”,

me dijo, "esta noche, los rurales te van a llevar a Hermosillo. Es un duro y largo trayecto de noventa y tantos kilómetros por la sierra, pero tú no vas a llegar vivo a esa ciudad. Dicen que ya está decidido que te van a poner un tiro en el camino".

Me sentí abatido. Ese modo clandestino de matar prisioneros es práctica común de los rurales. Por la tarde, me montaron, esposado, a un caballo, y cabalgué por las calles de Cananea. ¿Sería mi última cabalgata? No lo sabía. Sin embargo, con la determinación de realizar un último esfuerzo por mi vida grité para llamar toda la atención que me fue posible:

"¡Viva la libertad! ¡Muera la tiranía!", y otras cosas que dieran a entender a los circunstantes que yo era un prisionero político en riesgo de morir asesinado por los rurales.

Creo que estos gritos ayudaron efectivamente a salvar mi vida, porque algunos transeúntes se detenían a escuchar, y el que me llevaran entre tantos rurales llamaba mucho la atención. Pasaron veinte horas de la más terrible camino serrano, esposado y con los pies atados bajo la barriga de mi caballo, antes de llegar a Hermosillo, vivo, en efecto, pero a punto de morir de agotamiento como jamás lo estuve.

A lo largo de esta terrible sección del viaje supliqué a menudo a mis captores, los rurales, que me dejaran descansar, que me quitaran las esposas. En toda ocasión me dieron una y la misma respuesta: "Tenemos instrucciones de entregarte esta misma noche al carcelero de la prisión de Hermosillo, y esta misma noche habremos de llegar. A seguir".

El superintendente de la prisión de Hermosillo me conocía de la Ciudad de México y, de haber tenido la valentía para ello, habría procurado mi amistad sin lugar a dudas en esta nueva circunstancia. A tres días de mi primer encarcelamiento, no había ningún cargo en mi contra. Pregunté al superintendente "¿Cómo es posible que

violes la ley de nuestro país en mi caso? ¿Sabes que la Constitución mexicana establece que a las setenta y dos horas se debe levantar el arresto cuando no hay cargos?¿De qué se me acusa? O, de ser inocente, ¿por qué no me liberas?"

Desviando la mirada, el superintendente respondió, avergonzado, "Lo que dices es cierto, pero, si te dejara libre, sería yo el que iría preso. Mira, Manuel, pregunté ya por carta al Gobernador Torres qué hacer contigo, pero no me ha contestado".

Una enorme sorpresa aguardaba en el octavo día de mi cautiverio, en Hermosillo. El capitán Wheeler de los *rangers* de Arizona entró a mi prisión. Apenas podía creerlo. Estaba libre, y el capitán venía para llevarme de vuelta al territorio estadounidense.

"¿Sabes cuánto me ha costado este asunto, Sarabia?", dijo acongojado, como si el dinero que había perdido fuera la parte más importante de aquel embrollo.

Le contesté que de buen grado pagaría varias veces doscientos dólares antes de volver a pasar por aquella terrible travesía una vez más, y le mostré cómo tenía las muñecas, hinchadas y llagadas por las esposas.

Wheeler se esforzó genuinamente por mostrarse amable conmigo. Me dijo que todo el *affair* era un verdadero fiasco, que un oficial del ejército mexicano me había acusado de matar a tres personas en México, por lo que había solicitado mi arresto, y me dio a entender que mi secuestro había causado revuelo en Douglas. Se habían celebrado manifestaciones; se habían remitido telegramas de protesta a Washington solicitando la acción inmediata de las autoridades para procurar mi liberación. Entonces entendí por qué el capitán había accedido tan gustosamente a gastar doscientos dólares de su propio pecunio para agilizar mi salida. También me dijo que se había entrevistado con el Gobernador Torres. Emplazado por su pregunta directa, el gobernador de Sonora

había admitido que yo no era un asesino, sino, tan solo "un revolucionario que estaba provocando muchos problemas al gobierno de México". Según Wheeler, el gobernador no sabía de mi secuestro. La noticia le causó sorpresa y pesar, y ordenó inmediatamente que se me pusiera en libertad.

Esto confirmó la hipocresía del gobernador, quien sabía todo lo que había pasado mucho antes de que Wheeler se apareciera por Hermosillo.

Wheeler se había apresurado a facilitar mi aprehensión, en Douglas. Fue notable, por el contrario, la parsimonia con la que me condujo de vuelta a esa población. Sin problemas pude haber regresado el día trece, como esperaban mis amistades, pero no, el capitán fue contumaz en su insistencia de que parara por una noche en su residencia de Naco, y este retraso decepcionó a quienes habían organizado una recepción pública en Douglas. Wheeler sin lugar a dudas había adoptado la política de que este episodio internacional cayera en el olvido cuanto antes fuera posible.

Tan pronto como el tren que me conducía a mí y a Wheeler llegó a Nogales, la primera estación en territorio americano, dos oficiales de la policía de este país ingresaron al vagón y empezaron a conversar conmigo. Uno de ellos había estado en Bisbee, y otro venía de El Paso, Texas. Los dos expresaron lo mucho que se alegraban de verme de regreso en Estados Unidos, y me disuadieron de emprender acciones legales contra los hombres que habían colaborado en mi secuestro.

Al llegar a Douglas, me sorprendió y regocijó ver a una multitud reunida en la estación para recibirme. Algunos llevaban pancartas con la leyenda "Bienvenido, Justicia, Libertad". Cuando bajé del tren, mis amigos me llevaron en hombros a un templete montado en la calle, y me pidieron decir algunas palabras a la concurrencia. Lo más sorprendente de todo, sin embargo, fue la conducta de dos

empleados de la Copper Queen Company, quienes me ofrecieron trescientos dólares y un boleto a donde quisiera con tal de que me fuera de Douglas cuanto antes.

Uno de ellos, de nombre Gallardo, dijo que sólo tenía que ir a la tienda de la Copper Queen, y se me entregaría tanto el dinero y como el boleto prometidos. Rechacé sus ofrecimientos, suponiendo acertadamente la fuente de su actuación y de su deseo de ayudarme a salir de aquel lugar.

Antonio Maza, el cónsul mexicano, continuamente mandaba a sus agentes con la conminación de tomar el dinero de la tienda de la Copper Queen e irme del pueblo. En fin, les dije de manera contundente que no me iría, que, por el contrario, acudiría a la autoridad judicial para acusar a mis secuestradores, de modo que se impartiera justicia, algo que, lamentablemente, no ocurre todavía.

El gran jurado se reunió en Tombstone; fui a declarar todo cuanto ocurrió, pero no se hizo nada.

Hubo muchos policías presentes, de Bisbee, Naco, Douglas y otros lugares, y el mismo cónsul Maza, y no se hizo nada.

ANTONIO I. VILLARREAL

José C. Valadés

Antonio Irineo Villarreal, maestro de escuela, originario de Lampazos, Nuevo León, se dirigía en los primeros días de 1905 a San Luis, Misuri, tanto para ver a un hermano que residía allí, como para tener oportunidad de visitar la Exposición Universal, cuando al pasar por San Antonio, Texas, resolvió detenerse por unos cuantos días en esa ciudad.

El objero único de Villarreal al detenerse en San Antonio era conocer personalmente a los jóvenes mexicanos que editaban el periódico *Regeneración*, valiente hoja en la que se atacaba con vigor, hasta con rudeza, al régimen porfirista.

Tenía Villarreal veinticinco años de edad y, desde febrero de 1901, cuando los liberales celebraron una convención en San Luis Potosí, seguía con atención los movimientos de éstos. En varias ocasiones había enviado noticias y pequeños artículos tanto a *El Hijo del Ahuizote* como a *Excélsior*.

Flores Magón y Juan Sarabia

Ya en San Antonio, Villarreal fue a buscar a los editores de *Regeneración*. Los editores formaban un grupo de jóvenes audaces, valientes; del grupo se destacaban Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia y Camilo Arriaga.

Villarreal se encontró ante Sarabia y Flores Magón, en el porche de la humilde casa que ocupaban. Era Ricardo un hombre de estatura mediana, de piernas largas y delgadas y abdomen un tanto abultado; sobre una frente de torre surgía una cabellera revuelta, de negro azabache; tenía unos ojos hermosos, medio saltones; unos bigotes ralos, de erguidas puntas, le cubrían un tanto del labio superior; una barba cuadrada significaba al hombre de carácter. Vestía siempre de negro, y sobre el pecho flotaba una corbata "voladora" del mismo color.

Juan Sarabia era delgado, de espaldas caídas, con una cabeza pequeñísima; tenía una frente interesante, aunque no notable; unos ojillos vivarachos, de mirada bondadosa, revelaban que el hombre poseía un valor sereno. Peinaba su cabellera laboriosa con dos rayas, una sobre la izquierda, otra sobre la derecha.

Magón y Sarabia recibieron a Villarreal de píe. No tenían ni una silla que ofrecerle, y parecían siempre interesados en no darle la espalda un solo instante. Cuando Villarreal, después de la primera visita, se despidió de ellos, tanto Sarabia como Magón retrocedieron para dejarle el paso franco. Había en ellos ciertos movimientos que no dejaron de llamar la atención del visitante, y cuya explicación tuvo meses después, cuando los dos jóvenes liberales le confesaron que no habían querido volverle la espalda ni un momento ¡debido a que tenían hechas trizas las asentaderas del pantalón!

A San Luis, Misuri

El desinterés de aquellos jóvenes editores de *Regeneración* y los propósitos de lucha que los animaban, entusiasmaron a Villarreal, quien les ofreció permanecer en los Estados Unidos para luchar al lado de ellos por el derrocamiento del régimen porfirista.

El joven Villarreal continuó su viaje para San Luis, no sin antes haber conocido por Flores Magón los deseos del grupo revolucionario de marchar a la misma ciudad, en donde creían contar con más seguridades para continuar los trabajos revolucionarios, ya que en San Antonio eran constantemente vigilados por la policía mexicana, que trabajaba por cuenta del gobierno del general Díaz.

En febrero de 1905, llegaron los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan y Manuel Sarabia, Aarón López Manzano y Rosalío Bustamente a San Luis. Poco después, se unió al grupo el profesor Librado Rivera. Alquilaron una casa en la calle Channing para instalar en ella las oficinas y talleres de *Regeneración*, cuya redacción quedó a cargo de Ricardo, Sarabia y Villarreal. La administración quedó en manos de Enrique Flores Magón, quien contaba con la cooperación de Manzano, Rivera y Bustamante.

Los jóvenes vivían entregados al trabajo. *Regeneración* alcanzó en unas cuantas semanas un tiro de veite mil ejemplares. Tanto los redactores como los encargados de la administración vivían modestamente. Cada sábado recibían lo que por acuerdo de todos consideraban necesario para subsistir. Los sueldos fluctuaban entre cinco y diez dólares semanarios a cada uno.

Un ambiente de camaradería reinaba entre los miembros del grupo, y sólo la separación de Camilo Arriaga —a quien Ricardo Flores Magón llamaba constantemente el "autócrata" y a quien acusaba de que no tendría el valor suficiente para llegar al final de la lucha— enturbió por varias semanas la vida pacífica de los jóvenes desterrados.

La Junta Organizadora del Partido Liberal

Deseoso de dar mayor vigor a la campaña que sostenían desde las columnas de Regencración contra el gobierno poitirista, Flores Magón propuso a sus compañeros la fundación de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. La junta tendría por objetivo principal luchar por todos los medios posibles contra el régimen porfirista.

Después de varias reuniones, durante las cuales los jóvenes cambiaron impresiones sobre el proyecto de Flores Magón, el 5 de septiembre de 1905 quedó instalada la Junta Organizadora, integrándose así: presidente, Ricardo Flores Magón; vicepresidente, Juan Sarabia; secretario, Antonio I. Villarreal; tesorero, Enrique Flores Magón; vocales, Librado Rivera, Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante.

El primer golpe

Había pasado un poco menos de un mes de la instalación de la Junta y de la iniciación de los primeros trabajos conspirativos para derrocar al régimen porfirista, cuando el 12 de octubre fueron aprehendidos, bajo el cargo de difamación, los hermanos Flores Magón y Juan Sarabia.

Ricardo lanzaba en cada número de *Regeneración* terribles ataques al porfirismo, pero especialmente a los Jefes Políticos. Uno de los jefes políticos que fue objeto de las más duras acusaciones fue el de Pochutla, Oaxaca, Manuel Esperón y de la Flor. Ricardo había recibido una carta de Oaxaca en la cual el firmante le aseguraba que Esperón y de la Flor se sostenía en la Jefatura Política debido a que permitía que su esposa sostuviera relaciones ilícitas con el gobernador Pimentel.

Considerándose víctima de atroz calumnia, Esperón y de la Flor llegó a San Luis, denunció la publicación de la noticia, y logró que las autoridades americanas procedieran en contra de *Regeneración*. Pero las autoridades, animadas por el gobierno de México, no se

limitaron a la aprehensión de los Flores Magón y Sarabia, sino que confiscaron la imprenta del periódico.

El jurado

Dos meses después, se llevó a cabo el jurado ante el cual comparecieron los Flores Magón y Sarabia. Cuando todo hacía creer que los acusados serían absueltos, se presentó en el salón de jurados, acompañado de su esposa, el señor Esperón y de la Flor. Era la señora a quien se había señalado como adúltera, una grave matrona, como de cuarenta y cinco años de edad. El aspecto de la dama, la dramática entrada que había hecho al salón del jurado, hicieron tal efecto entre los jurados que estos, que habían estado a punto de absolver a los acusados, los declararon culpables del delito de difamación, aunque más tarde se pudo poner en claro que Ricardo había sido víctima de los mismos porfiristas, que no habían vacilado en calumniar a la señora Esperón y de la Flor, para tener así un motivo de proceder contra los redactores de *Regeneración*.

El primerr manifiesto del partido

Los tres liberales presos no recobraron su libertad, sino hasta las primeras semanas de 1906, gracias no solamente a la activa defensa que habían hecho de ellos numerosos liberales y socialistas alemanes y rusos residentes en San Luis, sino que se había logrado, después de grandes esfuerzos, depositar una fianza de diez mil dólares.

En la primera semana de febrero de 1906, reapareció *Regeneración*, pero, desde la salida del primer número del periódico, la policía visitaba casi diariamente las oficinas de Channing St. Los miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal estaban desesperados por la actitud de la policía, ya que no podían dedicarse tranquilamente a la labor conspirativa, por más que ya habían logrado que

para abril del mismo año se organizaran varios grupos en México dispuestos a lanzarse a un movimiento armado.

En estas condiciones, los Flores Magón y Sarabia resolvieron marchar al Canadá, con el objeto de preparar el movimiento armado, mientras que Villarreal quedaba al frente de *Regeneración*.

Antes de partir, los miembros de la junta acordaron expedir un programa político. Comisionado para redactar la parte expositiva quedó Ricardo Flores Magón; para redactar la parte obrera y política fue designado Sarabia, y para redactar los capítulos sobre educación y condición agraria de los peones mexicanos fue nombrado Villarreal. Los tres se pusieron inmediatamente a trabajar. Sin emhargo, la obra no quedó terminada en San Luis, debido a que Flores Magón y Sarabia tuvieron que salir violentamente para el Canadá, y así, aunque parte del programa fue redactado en San Luis y el final en Toronto, apareció firmado en la ciudad americana.

Los sucesos de Cananea

Antes de que apareciera el manifiesto, sucedieron los acontecimientos de Cananea, en donde los liberales Manuel M. Diéguez y Esteban B. Calderón estaban de acuerdo para llevar a cabo un movimiento armado, y aprovechándose del descontento reinante entre los trabajadores de la Cananea Consolidated Copper Company, provocaron una huelga.

Desde Regeneración, Villarreal animaba a los huelguistas, al mismo tiempo que continuaba haciendo trabajos subterráneos a favor de la insurrección.

El programa del partido

El 1° de julio de 1906 apareció el programa del Partido Liberal, el cual empieza con una amplia exposición, señalando los defectos políticos del gobierno porfirista, al que llama gobierno tiránico.

Continúa analizando las reformas hechas por el general Díaz a la Constitución de 1857, considerando que esas reformas no han tenido más fin que perpetuar al partido tuxtepecano en el poder. Se refiere a la enseñanza laica, y condena la intromisiún del clero en la educación de la niñez; se declara a favor de la jornada de ocho horas de trabajo y la fijación de un salario mínimo. Indica la necesidad de los repartos agrarios; pide la reducción de los impuestos en beneficio de los consumidores; defiende la existencia del amparo como garantía de los derechos individuales y denuncia a los grandes y gravosos empréstitos contratados por el gobierno de Díaz.

Cincuenta y dos cláusulas contiene el Programa del Partido, divididas en los siguientes capítulos: reformas constitucionales, mejoramiento y fomento de la instrucción, derechos de los extranjeros, restricciones a los abusos del clero, capital y trabajo, tierras, impuestos, y puntos generales. El Programa termina diciendo:

> Mexicanos: entre lo que os ofrece el despotismo y lo que os brinda el Programa del Partido Liberal, ¡escoged! Si queréis el grillete, la miseria, la humillación ante el extranjero, la vida gris del paria envilecido, sostened la dictadura, que todo eso os proporciona; si preferís la libertad, el mejoramiento económico, la dignificación de la ciudadanía mexicana, la vida altiva del hombre dueño de sí mismo; venid al Partido Liberal que fraterniza con los dignos y los viriles, y unid vuestro esfuerzo a los de todos los que combatimos la injusticia para apresurar la llegada de ese día radiante en que caiga para siempre la tiranía y surja la esperada democracia con todos los esplendores de un astro que jamás dejará de brillar en el horizonte sereno de la patria.

Encargados Villarreal y Rivera de hacer la distribución del programa en territorio mexicano, tropezaron con grandes dificultades.

El embajador de México en Estados Unidos, Enrique C. Creel, había puesto en movimiento a las mejores agencias de detectives para que los pasos de los liberales fuesen seguidos día y noche. Un individuo apellidado Samuels, haciéndose pasar por agente de anuncios y asegurando que obtendría para Regencración los anuncios de las principales casas comerciales de San Luis, era el principal espía de la agencia Fourlong, subsidiaria de la Pinkerton.

Villarreal se interna en México

Ante las dificultades que había para la distribución del manifiesto, Villarreal decidió entrar a territorio mexicano disfrazado de mecánico. Llegó a Eagle Pass, de ahí se internó al estado de Coahuila dirigiéndose a Allende, en donde había un grupo de liberales. Entre los miembros más activos de este grupo estaban Atilano Barrera y Reinaldo Garza, quienes quedaron comprometidos a dirigir la distribución de la propaganda de la Junta Organizadora en toda la República.

De Allende, siempre disfrazado, se dirigió Villarreal a la región de Lampazos, en donde el ingeniero Francisco Naranjo, liberal también, tenía un rancho. El ingeniero Naranjo era hijo del general Francisco Naranjo, uno de los primeros oposicionistas al gobierno del general Díaz. Conforme a instrucciones de la Junta Organizadora, Villarreal puso al ingeniero Naranjo al tanto de los proyectos, indicándole que los liberales creían que había llegado el momento de la insurrección, pidiéndole que hiciera saber al general Naranjo los deseos de los antiporfiristas de que se pusiera al frente del movimiento armado.

A la invitación que por su conducto hacían a su padre, el ingeniero Naranjo aseguró que el viejo general sería de los primeros en ponerse sobre las armas; pero que creía más conveniente que se invitara al general Cuéllar, quien residía en Tamaulipas para que

encabezara la revolución. El ingeniero Naranjo dijo a Villarreal que estimaba que serían necesarios unos veinte mil pesos para iniciar el movimiento revolucionario, y sugirió que ese dinero lo podría proporcionar Francisco I. Madero, reconocido ya como líder antiporfirista en el norte del país. Naranjo quedó comisionado para catequizar a Cuéllar y obtener los fondos necesarios de Madero, y Villarreal regresó a Eagle Pass.

Planes para atacar Ciudad Juárez

Al llegar a esta población americana, supo de los intentos revolucionarios de Jiménez y Acayucan, al mismo tiempo que recibió noticias de los Flores Magón, quienes le comunicaban que habían resuelto dar el primer golpe formal en Ciudad Juárez, para donde Villarreal debería partir lo más pronto posible, y en donde los miembros de la Junta Organizadora se reunirían.

En la última semana de septiembre de 1906, los miembros de la Junta Organizadora del Partido se encontraban reunidos en una humilde casa perteneciente a Modesto Díaz, en East El Paso.

Los planes para caer sobre Ciudad Juárez fueron rápidamente confeccionados. Este plan consistía en hacer acopio de armas, municiones y una buena cantidad de dinamita. Todos estos pertrechos de guerra serían suficientes para armar a cien hombres, al frente de los cuales se pondrían los jóvenes liberales para caer sobre los cuarteles de la población mexicana.

El problema principal para dar el golpe consistía en pasar el material de guerra al lado mexicano, en donde quedaría depositado para que los futuros insurrectos pudieran pasar por el puente internacional sin causar sospechas a las autoridades de la frontera, y armarse ya dentro de Ciudad Juárez.

Para realizar este plan, los liberales contaban con la visible simpatía de numerosos habitantes de El Paso, así como con el apoyo

de los contrabandistas que operan a lo largo de la línea divisoria entre México y los Estados Unidos. Un contrabandista, José Cano, hombre desinteresado, simpatizante de la Junta Organizadora, tipo de gran valor y resolución y gran conocedor del terreno, quedó comprometido para llevar los pertrechos de guerra a territorio mexicano.

Comisionados para cruzar la frontera

Cuando ya estuviera el material de guerra en Ciudad Juárez, cruzarían la frontera Prisciliano Silva, Modesto Díaz, César Canales, Antonio I. Villarreal, Juan Sarabía y los hermanos Flores Magón.

Hasta los primeros días de octubre, todo había ído de mil maravillas y nada hacía sospechar que el gobierno porfirista tuviera conocimiento de lo que se intentaba. Sin embargo, ya el gobierno del general Díaz estaba al corriente de los propósitos de los liberales. Los policías de la agencia Pinkerton habían logrndo llegar hasta muy cerca de los liberales y, enterados de sus planes, se los habían hecho conocer al embajador Creel, quien se encargó de comunicarlos al presidente Díaz.

El gobierno de México desde luego giró instrucciones al cónsul de El Paso, Francisco Mallén, para que empleara todos los elementos a su alcance a fin de que vigilara las actividades de los liberales, así como ordenó al jefe de la zona, general José María de la Vega, para que se trasladara a Juárez, llevando suficientes contingentes militares para evitar una sorpresa a la plaza.

Mallén puso en movimiento a las agencias de policía en El Paso, mientras que el general De la Vega comisionó a dos de sus oficiales para que hiciera caer en una trampa a los conspiradores.

CAPÍTULO 2

El general José Ma. de la Vega, deseando hacer méritos con el gobierno, no se concretó a reforzar a la guarnición de Ciudad Juárez, sino que comisionó al capitán Adolfo Jiménez Castro y al teniente Zerefino Reyes para que, haciéndose pasar por liberales, ofrecieran a la Junta Organizadora establecida provisionalmente en El Paso, sublevarse en el cuartel de la plaza con un grupo de soldados para cooperar así en el movimiento revolucionario.

Los dos oficiales fueron recibidos con la natural desconfianza por los conspiradores, con quienes celebraban constantes conferencias. Los conspiradores tuvieron la precaución de no llevar a Castro y a Reyes a la casa en donde se reunían. En cambio, los pusieron al tanto de sus proyectos, pudiendo así enterarse el jefe de la guarnición de Juárez, cómo y cuándo los liberales intentarían el golpe en la población fronteriza.

El problema: pasar las armas

En la segunda semana de octubre de 1906, la Junta Organizadora tenía ya en su poder los elementos de guerra que habían de ser conducidos a Juárez.

Cano había quedado seriamente comprometido a conducir los pertrechos a territorio mexicano; pero el día señalado para ello se presentó ante los miembros de la Junta diciendo que no era posible cumplir con su compromiso, porque "el río llevaba mucha agua".

—¡Es que tienen miedo! —les reclamó Villarreal.

Los contrabandistas protestaron; pero Villarreal insistió en que tenían miedo, y que si el cargamento no era pasado a México ese día, se perdería la oportunidad de dar un golpe seguro en Juárez.

Ante la actitud de los contrabandistas, los jóvenes liberales resolvieron ir ellos mismos a pasar el contrabando de guerra, siempre y

cuando los contrabandistas los acompañaran para que señalaran el lugar más propicio en la margen derecha del Bravo para pasar a México.

Villarreal, César Canales, Vicente de la Torre y Juan Sarabia quedaron comisionados para llevar a cabo la tarea, y salieron de El Paso en un guayín, conduciendo armas, municiones y explosivos.

Feliz conclusión

Como a ocho o nueve millas al oriente de El Paso, encontraron un vado. Los jóvenes liberales se desnudaron, e iban a cruzar el río llevando las armas en alto, cuando Juan Sarabia se arrepintió, no por temor a la avenmra, sino por miedo a la impetuosa corriente del Bravo.

—¡Adiós, capitán araña! —le gritó Villarreal, al tiempo que junto con los otros jóvenes y seguido de los contrabandistas, entraba a las aguas del río.

Sarabia, al escuchar la exclamación de Villarreal, se contrarió visiblemenre, y haciendo un gesto como para significar "me sacaré la espina", vio cómo sus compañeros llegaban a la margen opuesta y a poco, abordo de un guayín, desaparecían hacia Guadalupe y Ciudad Juárez.

Entraban los conspiradores a Juárez llevando su precioso cargamento cuando las autoridades de la ciudad mexicana destacaban a varios fiscales, quizás teniendo conocimiento de un movimiento sospechoso sobre la margen izquierda del Bravo.

Pero los liberales llegaron felizmente hasta el centro de Ciudad Juárez, y frente a la casa comercial del señor González desembarcaron la "mercancía". El señor González que, al igual del señor Timoteo Cuéllar y otros liberales, estaba de acuerdo con los proyectos de la Junta, almacenó los pertrechos de guerra para entregarlos a los combatientes al primer grito de guerra.

Una celada

Ya teniendo las armas y las municiones en territorio mexicano, los miembros de la Junta resolvieron dar el golpe la noche del 19 de octubre. Así se lo comunicaron a los oficiales Jiménez Castro y Reyes, quienes a su vez lo pusieron en conocimiento del general De la Vega.

Con los informes recibidos, el general De la Vega se apresuró a hacer fracasar los planes de los conspiradores, y comisionó a sus dos oficiales para que inmediatamente se trasladaran a El Paso e invitaran a los liberales a que pasaran el puente, fingiendo interés de que, ya en territorio mexicano, hicieran los últimos preparativos para el asalto al cuartel de las tropas federales.

La invitación de Jiménez Castro y de Reyes hizo desconfiar a los liberales, quienes por primera vez temieron una celada, ya que consideraban que cruzar el puente internacional en pleno día sólo podría llevarlos a manos de la policía. Pero Juan Sarabia, quien creía que sus compañeros dudaban de su valor por no haber cruzado las aguas del Bravo, dijo con resolución que él sí acompañaría a los oficiales Jiménez Castro y Reyes. César ofreció seguirlo. Esta actitud de Sarabia hizo que todos los conspiradores se resolvieron también a marchar a la población mexicana inmediatamente.

Sin embargo, Sarabia y Canales, queriendo dar pruebas de audacia, se adelantaron a sus compañeros, pero, apenas habían pisado territorio mexicano, fueron aprehendidos por el comandante de la policía Antonio Ponce y conducidos al cuartel del general De la Vega.

Aprehensión de Villarreal

Y mientras que esto sucedía en territorio mexicano, en El Paso, Villarreal, Cano y Lauro Aguirre eran también detenidos. Se dirigía Villarreal al puente internacional cuando se encontró frente a

frente al capitán Jiménez Castro. El capitán estaba tan nervioso que Villarreal sospechó en el acto que algo tramaba en contra de los compañeros. Jiménez Castro pretendía que Villarreal lo acompañara a Juárez, pero el liberal se dio cuenta de que un grupo de individuos, entre los que descubrió al cónsul Mallén, observaba sus movimientos, y rehusó la invitación, diciendo al oficial que era necesario ir por otros compañeros.

Jiménez Castro, viendo la posibilidad de aprehender al resto de los compañeros de Villarreal, tomó a éste del brazo para ir en busca de los otros liberales. Aunque comprendiendo que no escaparía de la policía, Villarreal lo que quería era que su aprehensión se llevara a cabo a la vista de sus amigos, a fin de que éstos se pudieran poner a salvo.

Villarreal logró su deseo, ya que cuando Jimémez Castro comprendió que había sido víctima de un engaño, dijo al joven revolucionario:

—¡Todo está perdido, compañero!... Ahí viene la policía...

Esta era la palabra convenida para que la policía cayese sobre Villarreal, pero en los momentos en que éste era detenido, Ricardo Flores Magón, Modesto Díaz y otros liberales se dieron cuenta de la situación y pudieron escapar.

Cuatro meses en la cárcel

Villarreal fue conducido a la cárcel junto con Jiménez Castro, quien seguía fingiéndose revolucionario. El objeto que perseguía el oficial al continuar la comedia era lograr que Villarreal le dijera dónde se ocultaban los Flores Magón. Por la noche, cuando encerrados Villarreal y Jiménez en dos celdas contiguas, este gritaba:

—¡Ay, compañero, qué irá a ser de mí! Compañero, diga usted dónde están los otros amigos y nos salvaremos! ¡Hágalo por mi familia, Villarreal!

El joven revolucionario, sin embargo, permaneció callado. Ahora tenía la firme creencia de que Jiménez Castro había sido el instrumento para acabar con la conspiración. Y la creencia quedó confirmada veinticuatro horas después, cuando el militar salió tranquilamente a la calle, mientras que él, Villarreal, era consignado bajo el cargo de violar las leyes de neutralidad de los Estados Unidos.

Cuatro meses permaneció Villarreal en la cárcel de El Paso. El gobierno de México, entre tanto, hacía trabajos encaminados a lograr su extradición.

Audaz fuga

Un día, el acusado pidió permiso para ir a la oficina de telégrafos de El Paso a depositar un mensaje. El permiso le fue concedido, y acompañado de un policía, llegó a la oficina de telégrafos. Ya en la oficina, tuvo la idea de emprender la fuga. ¿Cómo? Ni él mismo lo sabía. Observó que la oficina tenía una puerta lateral para un pequeño callejón, y resolvió realizar un acto de audacia. Mas, para poder alcanzar la puerta lateral, tenía que cruzar el salón donde se encontraban los aparatos telegráficos, y tenía que luchar antes con su custodio.

Un inesperado acontecimiento puso a Villarreal en el camino de la libertad. El policía que vigilaba sus movimientos fue llamado desde la calle por una pareja de oficiales. El custodio acudió al llamado. Este fue el momento aprovechado por Villarreal, que, abriendo intempestivamente la puerta que comunicaba el despacho de la oficina con el salón de aparatos, cruzó este salón a grandes pasos ante el asombro de los empleados, y alcanzando violentamente la puerta lateral, tomó el callejón y emprendió veloz carrera.

El callejón desembocaba en una de las principales calles de El Paso. Villarreal, sin perder tiempo, abordó un tranvía y en unos cuantos minutos estuvo bien lejos de la oficina de telégrafos.

Se dirigió el prófogo a la casa de uno de los liberales de El Paso, quien junto con otros compañeros lo condujo a un lugar cercano a la ciudad, proporcionándole una carabina. Oculto en una pequeña cueva, y siempre con la carabina en la mano, permaneció Villarreal tres días, hasta que sus compañeros le llevaron víveres y dinero, sugiriéndole la conveniencia de que se dirigiera a Los Ángeles, en donde se encontraba Flores Magón.

Con Flores Magón

A pie, y siguiendo a lo la largo de la vía ferrea, Villarreal emprendió el camino hacia Nuevo México. Cuatro días anduvo el fugitivo hasta que, considerándose libre de sus perseguidores que lo habían buscado empeñosamente en El Paso, tomó el ferrocarril y llegó felizmeme a Santa Fe, en donde supo que Flores Magón no estaba en Los Ángeles, sino en Sacramento.

De Santa Fe, Villarreal se dirigió a Denver y de allí a Sacramento, en donde encontró, ciertamente, a Flores Magón. Magón vivía en un cuarto miserable pasando días angustiosos, ya que la policía de la agencia Pinkerton lo buscaba por todos los estados de la Unión Americana. Villarreal y Magón no tuvieron, durante dos o tres meses, más alimento que carnes frías, pan y agua; y si podían comer carnes frías y pan, se debía a Rómulo Carmona, quien desde Los Ángeles, con gran desinterés, ayudaba económicamente a las víctimas de la persecución porfirista.

De Sacramento, los dos perseguidos se trasladaron a San Francisco, desde donde colaboraban en *Revolución*, periódico que, sustituyendo a *Regeneración*, aparecía en Los Ángeles.

En Los Ángeles

En los primeros días de julio, Flores Magón y Villarreal llegaron a Los Ángeles, en donde se encontraba Librado Rivera. Vivían

los tres perseguidos en una humilde casa en la calle Pico, y sólo contados amigos los visitaban, ya que la agencia Pinkerton había ofrecido veinte mil dólares por la captura de Flores Magón. Pero la indiscreción de una amiga de éste llevó a la policía hasta el escondite de los liberales mexicanos.

El 23 de agosto, Thomas H. Furlong se presentó frente a la casa en donde se ocultaban los tres revolucionarios. Iba acompañado de los detectives F. Talamantes, J. Rico y de un buen número de policías. Talamantes había sido contratado por el cónsul de México en Los Ángeles, Antonio Lozano, para que siguiera las huellas de Magón, con un sueldo de doce dólares a la semana. Rico había sido contratado para el mismo objeto por Furlong. Otro de los ayudantes del jefe de la agencia de detectives era Samuels, el mismo que fingiéndose agente de anuncios había seguido los pasos de Villarreal cuando éste se encontraba en San Luis. Furloug y sus acompañantes sitiaron la casa de la calle Pico, y con gran aparato de fuerza dieron el asalto. No fue grande la sorpresa de Magón, Villarreal y Rivera, ya que habían observado desde minutos antes del asalto la presencia de gente sospechosa en las cercanías de su escondite.

Al entrar a la casa, Talamantes y Rico esposaron rápidamente a los tres liberales. Ricardo protestó, pero Rico le dio un pistoletazo en el cráneo, derribándolo.

—¡Es usted un bandido! —le reclamó Villarreal.

—Eso no me lo dice afuera —contestó Rico.

—Quíteme las esposas y vámonos afuera —pidió Villarreal.

—Ya nos veremos —agregó Rico, mientras que Talamantes daba de golpes a Villarreal.

Una estratagema

Los tres detenidos fueron subidos en un automóvil para ser conducidos a la cárcel del condado. Villarreal daba gritos desesperados.

—*Help, help!* — gritaba Villarreal, a pesar de los esfuerzos de la policía para callarlo.

Y frente a la cárcel del condado, tanto Magón como Rivera y Villarreal se negaban a entrar al edificio. Villarreal gritaba con todas sus fuerzas, y en su mal inglés:

—*Help, help! They want to kidnap us!... Help! Help!*

Los poilicias hacían esfuerzos para callar a Villarreal, pero éste continuaba gritando a las puertas de la cárcel:

—*Help! Help! The Mexican govermnent wants us!*

Y a los gritos de Villarreal y la vigorosa defensa que Magón hacía para evitar entrar a la cárcel empezó a reunirse una multitud de curiosos.

Gracias a aquella vigorosa y desafiante actitud de los detenidos, horas después algunos militantes socialistas y laboristas iniciaban una defensa ardiente de los tres liberales presos, evitándose así que Villarreal, Magón y Rivera fuesen conducidos a territorio mexicano, como eran los propósitos de los agentes de Furlong, quien obraba por cuenta del embajador mexicano en Washington, Enrique C. Creel.

El caso de Manuel Sarabia

Con los tres liberales presos en Los Ángeles se pretendía repetir el secuestro de que había sido víctima Manuel Sarabia, en Douglas, el 30 de junio de 1907. Sarabia había sido aprehendido en Douglas en los momentos que pretendía tomar el ferrocarril para El Paso. Un agente de la agencia Pinkerton hahía realizado la aprehensión.

Después de haber sido detenido, Sarabia fue conducido a la cárcel de Douglas, de donde fue sacado dos o tres horas después para subírsele a un automóvil. Sarabia comprendió que se le iba a conducir a territorio mexicano y, deshaciéndose de las manos de sus aprehensores, emprendió la carrera, pero fue alcanzado y

reaprehendido. El joven liberal, considerando que si era entregado a las autoridades de México sería condenado, empezó a gritar.

En efecto, lo amordazaron, lo esposaron y en el automóvil lo condujeron a Nogales. Pero los gritos de Sarabia habían sido escuchados por varias personas, quienes denunciaron los hechos y así se logró que liberales y socialistas americanos de Arizona emprendieran una campaña intensa en favor del secuestrado, campaña que tuvo eco hasta en Washington, y que obligó al gobierno de los Estados Unidos a exigir al de México la devolución de Sarabia a Arizona.

Fracasan los planes del gobierno de méxico

El procedimiento seguido en el caso de Sarabia por la policía de la agencia Pinkerton hizo creer a Magón, Villarreal y Rivera que estaban amenazados de ser conducidos a territorio mexicano.

Pero la forma como habían sido aprehendidos los tres liberales, y el hecho de que la policía de Furlong hubiese confiscado la correspondencia de Magón en la casa de la calle Pico, sin tener autorización legal para ello, levantó una ola de protesta no sólo en Los Ángeles y otras ciudades de California, sino en toda la Unión Americana.

Tanto interés tenía el gobierno porfirista en acabar con la Junta Organizadora del Partido Liberal que el embajador Creel llegó a Los Ángeles. Creel dijo entonces que el objeto de su viaje no era sino disfrutar de cortas vacaciones. Sin embargo, años más tarde, el secretario del embajador, don Victoriano Salado Álvarez, confesó que Creel, dúrante su permanencia en Los Ángeles, había conferenciado varias veces con las autoridades judiciales que tenían a su cargo el proceso contra los tres liberales. Creel obsequió a uno de los jueces un valioso reloj de oro, haciendo otros regalos a otras autoridades.

Los cargos a los prisioneros

Fracasado el intento de secuestro, el gobierno porfirista, por conducto de la agencia Furlong, nombró a Henry T. Cage, ex gobernador de California, para que sostuviera la acusación en contra de los detenidos, quienes a su vez designaron defonsores a los abogados Job Harriam y A. R. Holson.

Tres fueron los delitos que se imputaron a los liberales presos. Por el primero se les acusaba de ser los autores intelectuales de la muerte de un señor González, guardia fiscal que había perecido cuando los liberales atacaron Jiménez; por el segundo se les acusaba del robo de quince o veinte pesos a la oficina de correos de Jiménez; por el tercero se les acusaba de conspiración para violar las leyes de neutralidad.

Villarreal con W

Para comprobar la tercera acusación, que podía ser la más seria, Arturo M. Elías, cónsul de México en Arizona, se encargaba de recoger pruebas.

Al efecto, Elías denunció a un club liberal de Bisbee, Arizona, como el centro de conspiración. El club fue asaltado por la policía de Furlong, presentando entonces el cónsul Elías una lista que aseguraba había sido encontrada por la policía, en la cual se hacía figurar a los supuestos conspiradores. Había, sin embargo, pruebas casi irrefutables de que la lista había sido fraguada por los mismos agentes de Pinkerton, ya que se hacía aparecer el nombre de Villarreal con W. Además, el cónsul Elías pidió la detención de un tal Vázquez, a quien señaló como el jefe de los conspiradores en Arizona.

Vázquez negó categóricamente su participación en los trabajos conspirativos, pero semanas más tarde se le hizo aparecer como testigo de cargo contra Magón, Villarreal y Rivera, declarando

Vázquez que sí era cierto que se violaban las leyes de neutralidad, asegurando haber sido el enviado por la Junta Organizadora a Arizona para reclutar gente para introducir pertrechos de guerra a México.

CAPÍTULO 3

Ciertamente que los tres liberales presos en la cárcel del condado de Los Ángeles conspiraban para derrocar al gobierno porfirista, pero el movimiento armado no había de estallar ni debía ser preparado en territorio americano, y en esto se fundaba el abogado Job Harriman para defender a los acusados. Las autoridades que tenían el proceso obraban, sin embargo, bajo la influencia del embajador Creel y de la agencia Pinkerton.

Tanto Harriman como A. R. Holston, el otro defensor, hicieron todo género de esfuerzos para liberar a Villarreal, Magón y Rivera, pero cada vez que creían haber obtenido un triunfo, se encontraban con nuevas negativas. Los tres liberales habían estado incomunicados durante veintitrés días y, agregando a este hecho el de la actitud de las autoridades judiciales que con visible parcialidad negaban cuantos recursos planteaba la defensa, al grado que el juez Ollin Wellborn, negó terminante la libertad del trío, mediante cualquier cantidad que fuese depositada como fianza, levantó una ola de indignación en los sectores liberales y socialistas de los Estados Unidos. Eugene V. Debbs, jefe del partido socialista, al igual que los líderes laboristas Samuel Gompers y Mother Jones iniciaron una recia campaña en favor de los presos.

En Tucson

Sin embargo, nada pudieron lograr socialistas, laboristas y liberales americanos, y a fines de 1908, Rivera, Magón y Villarreal fueron

trasladados a Tucson, debido a que las autoridades de Tombstone, a petición del cónsul Arturo M. Elías, les habían abierto un nuevo proceso, fundándose en las supuestas confesiones de Vázquez.

Un mes después de haber llegado a Tucson, los tres liberales comparecieron ante el jurado. Los testigos de cargo fueron los policías de la agencia Pinkerton y Vázquez.

Los defensores de los revolucionarios mexicanos destruyeron los dichos de los policías, así como refutaron enérgicamente las pruebas que había reunido Elías. Vázquez, considerado como testigo estrella, estuvo tan torpe que durante el interrogatorio a que lo sometió la defensa, declaró que había conocido que los acusados eran socialistas en el "modo de andar" de estos, lo cual provocó hilaridad entre la numerosa concurrencia que asistía al jurado.

Cuando los miembros del jurado se retiraron a deliberar, los acusados tenían plena confianza de que serían absueltos. Así, la sorpresa recibida cuando al cabo de media hora supieron que el jurado los declaraba culpables, fue enorme. A continuación, el juez Alexander los condenó a un año y medio de prisión, y al pago de una multa de cerca de cien dólares a cada uno.

En la prisión

Los sentenciados fueron conducidos al día siguiente del jurado, a la prisión de Yuma. Esa prisión, considerada como una de las más negras de los Estados Unidos, se encontraba sobre una pequeña colina en una de las márgenes del río Yuma. Había sido un fuerte construido por los españoles a fines del siglo XIX, durante la guerra con los apaches.

Varias largas galeras construidas de adobes se encontraban dentro de un recinto amurallado. Había en aquella prisión, por cuyas paredes y pisos corrían cientos de alimañas, numeroso prisioneros, predominando los negros y los mexicanos. Una rígida

disciplina reinaba dentro de la prisión. Los vigilantes estaban armados de gruesos *clubs*, con los cuales golpeaban sin piedad a los reclusos, por la más leve falta.

Los detenidos tenían que ponerse en pie a las cuatro de la mañana, y después de recibir una taza de café, un plato de avena y un pedazo de pan, eran destinados a diferentes trabajos. Los que cumplían las más largas condenas estaban obligados a trabajar en una cantera en las cercanías de la prisión. Con su traje de rayas y llevando los pies atados a una fuerte cadena de hierro de cuya extremidad pendía una enorme bola del mismo metal. El recluso salía de la prisión cargando la pesada bola de hierro hasta el lugar en donde tenía que trabajar seis, siete u ocho horas consecutivas. Los presos que estaban sentenciados a pocos meses, trabajaban en los talleres de la prisión. Eran estos talleres muy rudimentarios. Los había de sastrería, de zapatería, de carpintería, etcétera

Sastres

Magón y Villarreal fueron enviados al taller de sastrería, mientras que Rivera, por sus delicadas condiciones de salud, quedó comisionado en la enfermería. Una semana de aprendizaje en el arte de fabricar pantalones se dio a Magón y a Villarreal. Pasado el aprendizaje, los liberales recibieron órdenes de coser diariamente dieciocho pantalones, o, en su defecto, una docena de camisetas y calzoncillos.

Resignados a su suerte y esperando que llegara el día de su libertad, Villarreal y Magón trabajaban afanosamente de las cinco a las once de la mañana. Después de esa hora, era menester un descanso, debido al excesivo calor que agotaba, físicamenre, a los reclusos más fuertes.

A excepción de alguna carta familiar que recibían cada ocho días, los liberales no tenían otra comunicación con el exterior. Sin embargo, durante la prisión de los tres liberales, la Junta

Organizadora del Partido continuó trabajando en favor de la insurrección, registrándose en ese tiempo los episodios de Las Vacas, Palomas y Viesca, los cuales han sido ya dados a conocer con todo género de detalles en los Periódicos Lozano.

Ocho meses permanecieron Villarreal, Magón y Rivera en la cárcel de Yuma hasta que fueron trasladados a la penitenciaría de Florence, que acababa de ser inaugurada. Las primeras semanas de reclusión en Florence transcurrieron tranquilamente para los liberales. Había mejorado, ciertamente, en cuanto a la higiene de la prisión, pero los trabajos continuaban siendo los mismos.

El dungeon

Un día, Villarreal y Magón vieron con tristeza que Librado Rivera era conducido entre dos guardianes al *dungeon*. Rivera, según supieron sus dos compañeros, no había estado pronto a ponerse en la fila de presos en el patio de la prisión, y este hecho había provocado la ira de un guardián, quien había injuriado y amenazado con el *club* a Librado. Éste tomó inmediatamente el lugar en la fila, pero no por ello dejó de levantar la voz como protesta por las injurias de que era objeto. La digna actitud de Rivera fue considerada por el guardián como un acto de indisciplina, y fue por ello que se lo condujo al *dungeon*. Era el *dungeon* un agujero en uno de los patios de la prisión, como de dos metros y medio de altura por uno y medio de diámetro, forrado de hierro y cubierto en la parte superior con una tapa del mismo metal, con una pequeña ventanilla. El infeliz prisionero gue caía en el *dungeon* no sólo tenía que permanecer de pie, sino que no recibía de alimentación más que pan y agua. En ese calabozo subterráneo permaneció Rivera diez días. Cuando salió de él, estaba cadavérico, apenas podía sostenerse en pie y fue necesario que se lo condujera inmediatamente a la enfermería. Allí, Librado contrajo una enfermedad que debilitó su organismo para todos los días de su vida.

En libertad

Mientras que los tres liberales se encontraban en Florence, los trabajos para obtener su libertad no cesaban en los Estados Unidos. Debbs y Mother Jones, especialmente, realizaban giras, mítines y escribían en un gran número de periódicos socialistas a favor de los presos. Pero aquellas actividades de Debbs y Mother Jones no resolvieron la libertad de los detenidos. Estos salieron a la calle al vencerse la sentencia dictada por el juez Alexander.

A las diez de la mañana del 3 de agosto de 1910, Villarreal, Magón y Rivera abandonaban la penitenciaría de Florence, a cuyas puertas los esperaban John Kenneth Turner y una numerosa comisión de la Western Federation of Miners. "Continuaremos trabajando por una revolución en contra de Díaz. No hay otra manera de acabar con el régimen porfirista que una revolución" dijeron los tres liberales al recobrar la libertad, y sus palabras fueron transmitidas a todos los periódicos de los Estados Unidos.

El día 5 regresaron a Los Ángeles. Una multitud los esperaba en la estación de Southern Pacific. Las mujeres arrojaban flores a su paso. Ya no eran solamente los liberales y socialistas quienes acudían a aplaudir a los excarcelados, sino que eran gentes que veían con simpatía la enérgica lucha que mantenían en contra del gobierno porfirista.

Mitin monstruo

Dos días después de la llegada de Flores Magón, Rivera y Villarreal, se efectuó en el auditorio del Labor Temple de Los Ángeles, un gran mitin. Cuando los tres liberales llegaron al auditorio, había ahí reunidas más de cuatro mil personas que, de pie y lanzando "hurras" por los "martyrs to the cause of liberty", hacían de aquella reunión un espectáculo imponente y conmovedor. La orquesta tocaba el Himno Nacional Mexicano. Rivera, acompañado de

su esposa y de sus hijos, y Magón y Villarreal, llevados del brazo por los abogados Harriman y Holston, por el licenciado Lázaro Gutiérrez de Lara y por el escritor Turner fueron conducidos a la plataforma del auditorio.

El abogado Holston hizo la presentación de los tres liberales. En seguida, Villarreal habló en inglés, dando las gracias por el recibimiento que se les hacía y haciendo una formal promesa, en nombre de sus compañeros y al suyo propio, de que la Junta Organizadora continuaría trabajando por el derrocamiento del régimen porfirista. "Por el pueblo mexicano de ahora y por sus futuras generaciones, daré mi sangre, mi honor, mi dignidad: daré todo", dijo Villarreal, y su discurso fue traducido al inglés por Gutiérrez de Lara.

Habló después John Kenneth Turner, quien criticó duramente a las autoridades que habían aprehendido y sentenciado a los liberales, siguiéndole en la tribuna Job Harriman, quien dio a conocer los detalles del proceso que se había seguido a Magón, Villarreal y Rivera.

Flores Magón habló al final, a petición de la concurrencia, diciendo: "Mi brazo se levantará siempre y hasta que muera a favor del débil y contra el déspota. Tengo en mis carnes las huellas de las cadenas y de ello me siento orgulloso. Creo en un futuro de bienestar, y mientras llegamos a ese futuro, lancemos un viva a la revolución social".

Reaparece Regeneración

Al regresar a Los Ángeles, después de la larga prisión en Florence, uno de los primero trabajos de la Junta Organizadora fue publicar nuevamente *Regeneración*. El periódico reapareció el 3 de septiembre de 1910, con mayores bríos. "La revolución está próxima", decía Flores Magón en uno de sus artículos, y la revolución era preparada por los liberales con mayor actividad y entusiasmo.

El partido maderista, entre tanto, preparaba también la insurrección. Teniendo conocimiento de los propósitos de Francisco I. Madero, la Junta Organizadora expidió una circular a los clubes existentes en México, advirtiendo que el movimiento armado que preparaba el maderismo no era la insurrección popular preconizada por los liberales. Pocos días habían pasado de la expedición de esa circular cuando llegó a Los Ángeles José de la Luz Soto, quien después de haber hablado en Sonora con don José María Maytorena para ponerlo al corriente de los planes de Francisco I. Madero, iba a hablar, en nombre de este líder político, a los miembros de la Junta Organizadora, buscando un entendimiento en la lucha armada contra el gobierno del general Díaz. Desde la primera reunión con los miembros de la Junta, Soto fue recibido con frialdad, sobre todo por Ricardo.

Le ofrece una cartera

Soto, hablando en nombre de Madero, propuso la adhesión de la Junta Organizadora al Partido Antirreeleccionista, diciendo que el jefo del movimiento deseaba, al triunfo de la revolución, compartir el poder con los liberales, y por ello ofrecía a Flores Magón una cartera en el gabinete que se constituyera a la caída del régimen porfirista.

Flores Magón rechazó la proposición que Madero hacía por conducto de Soto, diciendo que la Junta solamente iría a la rebelión junto con el Partido Antirreeleccionista, siempre que este partido se adhiriera a los liberales, aceptando el programa de julio de 1906. En las discusiones entre Magón y Soto intervino Villarreal, haciendo ver la conveniencia de que la Junta y el Partido Antirreleccionista se unieran para combatir al régimen porfirista.

—Esto sería reconocer la Jefatura de Madero, ¡y yo no reconozco ninguna Jefatura! —exclamó Flores Magón.

—Pero si Madero tiene la jefatura, es a él y a su partido se debe la organización revolucionaria —objetó Villarreal.

A partir de ese momento y durante las siguientes reuniones a las que asistió José de la Luz Soto, las relaciones entre Villarreal y Magón fueron tan agrias, que el rompimiento entre los dos liberales era inminente.

Soto comprendió la imposibilidad de un entendimiento entre liberales y antirreeleccionistas, y dio por terminadas las pláticas, abandonando la ciudad de Los Ángeles y dirigiéndose a El Paso para revolucionar a México.

Se separa Villarreal de la Junta Organizadora

Villarreal, inconforme con la actitud de Flores Magón y creyendo que era indispensable la cooperación de los liberales con los antirreeleccionistas para poder exterminar al gobierno porfirisra, se separó de la Junta Organizadora y en los primeros días de diciembre llegó a El Paso.

Las primeras partidas rebeldes, liberales y antirreeleccionistas, habían aparecido en el norte de México. Villarreal se dispuso a organizar un grupo a fin de cruzar la frontera e internarse en territorio mexicano en abierta rebelión contra el gobierno porfirista.

Trabajaba con gran éxito en El Paso, y contaba para ello con las abiertas simpatías de la mayor parte de los habitantes de la ciudad americana, y con una junta revolucionaria que se encargaba de proveer armas y municiones a los revolucionarios. Era el Jete de esta junta Cástulo H. Herrera, con quien se puso en contacto Villarreal.

Provisión de carabinas

Por principios de cuentas, Herrera puso en poder de Villarreal ciento cincuenta carabinas de las que el ejército americano había recogido al ejército español durante la guerra de Cuba. Eran unas

viejas y pesadas carabinas. Habían sido puestas a subasta pública por el gobierno de los Estados Unidos por el año de 1902, y desde entonces habían estado almacenadas en las armerías de Nueva York, en donde las había comprado Gustavo Madero, al iniciar su hermano Francisco los preparativos para la revolución.

Con las ciento cincuenta carabinas, Herrera encargó a Villarreal una dotación de trescientos cartuchos para cada soldado que armara. Estas municiones eran tan viejas como las armas, y ya durante la revolución se vio que apenas el cincuenta por ciento de los cartuchos era útil.

Provisto de armas y municiones, Villarreal se ocupó de organizar el grupo al frente del cual entraría a México. La mayor parte de los voluntarios que se presentaban a Villarreal eran mexicanos empleados en el comercio tanto de El Paso como de Ciudad Juárez. Además, contó bien pronto con numerosos rancheros de los pueblos cercanos a la frontera y con varios estudiantes que habían abandonado la Ciudad de México para unirse a la revolución en el norte del país.

Con el club de tiradores

Mientras organizaba al grupo revolucionario, Villarreal entró en relaciones con los miembros del Club de Tiradores de El Paso. Estas personas, en su mayoría de nacionalidad americana, tenían vivas simpatías por la revolución, y ofreceiron hacer un donativo a los revolucionarios. Todo imaginaba Villarreal menos que el donativo del Club de Tiradores fuese un cañón. Este era un viejo cañón de mecha, que tenía una larga historia, pues perteneció al partido Confederado durante la Guerra de Secesión. El cañón había sido donado años antes de los sucesos que son narrados por el mismo Club de Tiradores a la ciudad de El Paso, y se encontraba en uno de los jardines públicos. Una noche, los miembros del

club tomaron sigilosamente el viejo cañón de la plaza donde era exhibido como una reliquia histórica y fue entregado a Villarreal.

Junto con el cañón, los miembros del club obsequiaron a Villarreal un buen número de “metrallas” fabricadas por algún aficionado al arte de la guerra, y que no habían de servir en la campaña, ya que en su fabricación habían sido utilizada varias docenas de cajas de hojalata.

Organizado y armado el grupo del general, Villarreal dispuso la marcha a territorio mexicano. En primer lugar, fue enviado al Bosque Bonito el cañón para ser conducido a México y en seguida se dispuso la marcha de la columna. Constaba ésta de ciento sesenta hombres.

[A continuación, el autor da cuenta de las acciones militares de Villarreal como parte de las fuerzas antirreeleccionistas, hasta la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, que marcan el fin del gobierno de Porfirio Díaz]

Villarreal y sus acompañantes regresaron a Santa Rosalía Camargo y, días después, cuando ya recibieron directamente la noticia de la firma de los tratados de Juárez, (Villarreal) resolvió ir a esta ciudad a saludar a Madero y demás jefes de la Revolución.

Acompañado de sus lugartenientes y de una parte de sus fuerzas, llegó el coronel Villarreal a Ciudad Juárez, yendo a saludar a Madero, guien recibió a sus partidarios afectuosamente.

Después de saludar a Madero, Villarreal le pidió que se hicieran gestiones por conducto del nuevo presidente de la República, Francisco León de la Barra, para lograr la libertad de los liberales que se encontraban presos en El Paso, desde el día que había salido la expedición a territorio mexicano, así como que se pidiera al nuevo presidente la inmediata libertad de Juan Sarabia, César

Canales, Manuel M. Diéguez, Esteban B. Calderón, Juan José Ríos y otros liberales que se encontraban en el castillo de San Juan de Ulúa, por sus actividades revolucionarias en contra del régimen porfirista.

Uno o dos días después de la llegada de Villarreal a Juárez, el señor Madero abandonó la población para dirigirse a la Ciudad de México.

Gestiones de paz con Flores Magón

Villarreal quedó al lado de don Abraham González, con instrucciones de ayudar al nuevo gobernador del estado de Chihuahua en el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias. Mientras el señor González se dirigía a Chihuahua a tomar posesión del gobierno del estado, junto con Villarreal, se alojó en el Grand Hotel de El Paso.

Permanecían todavía en la misma ciudad americana don Abraham y Villarreal, cuando llegaron el licenciado Jesús Flores Magón y Juan Sarabia —este libertado ya de San Juan de Ulúa—, comisionados por el señor Madero para que se dirigieran a Los Ángeles, con el objeto de convencer a Ricardo Flores Magón y demás miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal para que desistieran de su actitud rebelde en contra del nuevo régimen.

Tanto el licenciado Flores Magón como Sarabia creían que podrían convencer a los miembros de la Junta Organizadora para que desistieran de sus propósitos de continuar la lucha armada contra el partido triunfante.

Sin embargo, una semana después, Flores Magón y Sarabia regresaron a El Paso, refiriendo a González y Villarreal que habían fracasado en sus gestiones; que Ricardo los había recibido visiblemente molesto; que se había rehusado a entrar en pláticas formales; que a pesar de los tentadores ofrecimienros que se le habían hecho, había dicho que por ningún motivo colaboraría con el gobierno

maderista, y que seguiría en su actitud rebelde. Ya se disponían don Abraham y Villarreal a marchar a Chihuahua, cuando las auroridades de El Paso dieron un banquete en su honor.

A la hora de los brindis, el alcalde de El Paso, así como varios periodistas, hicieron el elogio de los jefes revolucionarios, contestando a estos don Abraham, en inglés. Enseguida, a petición de los comensales, habló el coronel Villarreal, haciendo la historia de los servicios que el cañón del Club de los Tiradores había prestado a los maderistas, y anunciando la devolución de esa arma a la ciudad de El Paso. El cañón había sido reformado y puesto a la altura de una verdadera arma ofensiva durante la estancia de Villarreal en Santa Rosalía.

[En el resto del relato, se cuenta la comisión diplomática de Villarreal durante el gobierno de Madero, su periodo como gobernador de Nuevo León, su adhesión al constitucionalismo y, en fin, su carrera revolucionaria hasta el delahuertismo]

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks
Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Fernando Luis Manzanilla Prieto
Coordinador del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

Dip. Reginaldo Sandoval Flores
Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. José Ricardo Gallardo Cardona
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Arturo Escobar y Vega
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

MESA DIRECTIVA

Dip. Porfirio Muñoz Ledo
Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna
Dip. Marco Antonio Adame Castillo
Dip. Dulce María Sauri Riancho
Vicepresidentes

Dip. Karla Yuritzi Almazán Burgos
Dip. Mariana Dunyaska García Rojas
Dip. Ma. Sara Rocha Medina
Dip. Héctor René Cruz Aparicio
Dip. Lizeth Sánchez García
Dip. Julieta Macías Rábago
Dip. Lilia Villafuerte Zavala
Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarin Cortés
Secretarios

Secretaría General
Mtra. Graciela Báez Ricárdez

Secretaría de Servicios Parlamentarios
Lic. Hugo Christian Rosas De León

Dirección General de Servicios de Documentación, Información y Análisis
Mtro. José María Hernández Vallejo

centro de estudios de las finanzas públicas
centro de estudios sociales y de opinión pública
centro de estudios para el logro de la igualdad de género
centro de estudios de derecho e investigaciones parlamentarias
centro de estudios para el desarrollo rural sustentable y la soberanía alimentaria
centro de estudios de los derechos humanos y de la población en situación de vulnerabilidad y su inclusión

Nuestros esfuerzos no han dado el fruto deseado; nos vimos obligados a sembrar un poquito antes de tiempo. Pero abrimos brecha, porque logramos voltear el surco y sembrar la semilla, que ha prendido ya. Andando el tiempo, cuande esté madura, aquella dará frutos. Tenemos la honda satisfacción de que hemos contribuido a la felicidad del Hombre del Futuro. Eso nos basta... Tengo la plena seguridad de que cuando muchos oropeles de hoy hayan pasado al olvido; cuando muchos fetiches de esta época no existan ni en recuerdos, la Historia, la Verdadera Historia, nos hará justicia.

Enrique Flores Magón, 1931



CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA





978-607-98413-1-7